

Trilogía 2ª Guerra Mundial

# Stalingrado

**Theodor Plievier**

EDICIONES DESTINO  
TALLERS, 62 – BARCELONA



Traducción del alemán por  
MANUEL TAMAYO

Título de la edición original:  
*STALINGRAD*

*Primera edición: abril 1949*  
*Segunda edición: mayo 1949*  
*Tercera edición: octubre 1949*  
*Cuarta edición: junio 1952*  
*Quinta edición: agosto 1954*  
*Sexta edición: septiembre 1958*  
*Séptima edición: julio 1964*

Depósito legal B, núm. 6.113. - 1958  
Núm. de registro: 5.974- 1948

© EDICIONES DESTINO, 1964

Agustín Núñez, impresor - París, 208 – Barcelona

## ADVERTENCIA

Este archivo es una versión corregida a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos **debes saber** que **no deberás colgarlo en webs o redes públicas, ni hacer uso comercial del mismo**. Que una vez leído se considera caducado el préstamo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...

## RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que un libro es siempre el mejor de los regalos. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

y la siguiente...

## PETICIÓN

Libros digitales a precios razonables.

## I

## LA «ESCORIA»

Allí estaba Gnotke.

Era un día gris de noviembre. August Gnotke trabajaba con una pala. Ocho metros de largo, por dos de ancho y uno y medio de profundidad medía la fosa de la que él, Aslang, Hubbe, Dinger y Gimpf acababan de sacar las últimas paletadas de tierra. En nada se distinguía el sargento Gnotke del brigada Aslang, ni ambos de los cabos Hubbe y Dinger, ni del soldado Gimpf. No llevaban hombreras ni distintivos. Sus manos y sus caras tenían el mismo color que sus uniformes. En realidad, de caras, manos y uniformes, no quedaba más que un vago y lejano recuerdo.

Hubbe y Dinger, Gnotke y Gimpf cogieron dos camillas. Sus ademanes eran lentos y pesados; caminaban uno tras otro con la mirada fija en el suelo, con movimiento uniforme, sin pausas. Clavaron sus palas en el montón de tierra que habían hecho y desaparecieron tragados por las tinieblas. Estaban en la región situada al este de Kletskaia, en la curva que forma el Don entre dicha ciudad y Wertjatschi; pertenecían a la 376.<sup>a</sup> división de infantería. A su izquierda, o sea, hacia el Oeste, los primeros hielos grisáceos corrían río abajo. Por atrás, a dos jornadas de marcha en dirección Este, se encontraba de nuevo el Don, que en aquel punto forma un recodo; y, al otro lado del río, a otras dos jornadas más al Este, se hallaban el Volga y Stalingrado. Aquí se apoyaba el flanco septentrional del frente, protegido precisamente por el recodo del Don. Por delante, por detrás, por arriba y hasta por abajo, aquello era el frente.

Así rezaba la orden dictada para el batallón disciplinario: «Que se les coloque en primera línea; se les encomienden los trabajos más duros y peligrosos, tales como limpiar de minas el terreno, enterrar a los muertos, construir diques con troncos en los pantanos, etc., bajo el fuego de los fusiles y de la artillería del enemigo; etc., etc....»

Y en un apartado se hacía constar:

«Sueldo: paga reducida. Vestidos: que estén hechos de tal modo que dificulten la desertión; los uniformes no deben llevar insignias; todos los distintivos, estrellas y galones, y hasta las hombreras, les serán arrancados. Alojamiento: peor que el del resto de la tropa. Correspondencia: sujeta a

censura; no se les entregarán los paquetes, que serán retenidos en la unidad. Relaciones fuera del servicio: terminantemente prohibida toda relación con otros soldados o paisanos. Alumbrado: no tendrán ninguno. Permisos especiales: únicamente se les concederán cuando lo estime oportuno el comandante del departamento.»

Diez meses llevaba ya Gnotke en este batallón, sobre cuyo origen y formación se había dicho en una orden del día: «Se ha observado que la guerra corrompe al soldado y, como consecuencia inevitable, se relaja la disciplina; cuanto más tiempo permanece el soldado en la línea de fuego y más dura es la lucha, más se hace sentir dicho efecto». El sargento Gnotke había sido «corrompido» por su estancia en el frente durante el último invierno y la marcha sobre Moscú. Un «incumplimiento de orden superior ante la unidad» había sido la causa de su condena.

El soldado Mathias Gimpf era otra «inevitable consecuencia» de la pasada campaña invernal. Un día en que los árboles crujían a causa del intenso frío y el viento arrojaba fino polvo de nieve a los rostros, se encontraba en una trinchera, tras el río Shisdra helado, de pie, con unas botas destrozadas, un delgado capote y las manos metidas en los bolsillos. Igual que sus camaradas. Un comandante que inspeccionaba las avanzadillas, le dirigió la palabra. Por única respuesta una incomprensible sonrisa se dibujó en sus labios. Ni sacó las manos de los bolsillos ni se cuadró —declaró después un ayudante—. Con su conducta había dado un típico ejemplo de la decadente moral de la tropa. Por tal falta le habían condenado.

El brigada Aslang llevaba poco tiempo en el batallón, lo mismo que los dos cabos, Hubbe y Dinger, llegados recientemente de Graudenz para cubrir bajas.

Gnotke y Gimpf pertenecieron anteriormente al 4.º grupo de «panzers», con el cual habían marchado a través de las blancas estepas de Kursk, mientras los zapadores minadores abrían senderos en las zonas minadas y limpiaban el camino. Esta «escoria» de la campaña anterior, como llamaban al personal del batallón disciplinario, limpiaba los campos de minas con ayuda de los habitantes de aquella región, mujeres, adolescentes, e incluso también judíos evacuados de Varsovia, Budapest y Hamburgo; todos ellos permanecían a ambos lados del surco abierto por los tanques en las zonas minadas y eran empujados hacia adelante, sufriendo tremendas bajas, al punto substituidas por más «escoria» reciente, suministrada por las nuevas levadas de paisanos y judíos. Estos batallones, juntamente con las divisiones de tanques, las fuerzas de choque y los regimientos de infantería, formaban ahora parte del ejército de la ofensiva hacia el Este.

Más de una vez, Gnotke y Gimpf habían sido derribados por la expansión de aire producida por las bombas, habían sufrido contusiones y dolorosas desgarraduras en la piel; otras varias, habían tenido que quitarse de la cara pedazos de carne y de entrañas de sus compañeros, mujeres, a veces; mas siempre habían tenido la fortuna de salir ilesos. Tal vez porque la sección del frente donde se encontraban fuera encomendada a formaciones italianas y húngaras, quizá porque el frente meridional requiriera más carne de cañón y tuviera más necesidad de «escoria humana», su vagón había sido agregado en la estación de Stary Oskol al frente de un regimiento en marcha; pero, una vez en Waluiki, les habían hecho desembarcar. Y otra vez agregados a una compañía de zapadores recorrieron nuevamente los campos minados cortando

alambradas, mientras las granadas enemigas rompían entre sus filas. Esto sucedía ahora en el sector defendido por el sexto ejército en la estepa del Don, en lo más hondo del recodo de dicho río. Marineros de Noruega, ladrones de propiedades militares, aviadores con los nervios destrozados, viejos conductores de la retaguardia, todos habían sido arrojados a la brecha abierta por el enemigo y allí perecieron, deshechos material y moralmente por los bombardeos. Gnotke y Gimpf, dos insignificantes partículas de aquella masa humana, se libraron de aquello. Una vez más, el hado les había conservado indemnes.

Fueron trasladados a otro batallón.

En la parte septentrional del recodo del Don, permanecían inmóviles en los hoyos, formando pequeños grupos, y, al llegar la noche, se movían cual fantasmas y construían diques con troncos de los árboles. De nuevo exhaustos y con los nervios desequilibrados por la guerra, restos de regimientos deshechos perecieron, no sólo por el fuego de la artillería, sino también por las fiebres y el agotamiento. Las semanas transcurrieron. Entre Kletskaja y Wertjatschi, la ofensiva alemana se hallaba contenida. En las cercanías de Kletskaja, el ejército rojo había formado una cabeza de puente con vistas a operaciones posteriores; y, mientras más hacia el Sur, cerca de Kalatsch, a través del Don y de la estepa Don-Volga, el Sexto ejército avanzaba hasta llegar a Stalingrado para detenerse en el laberinto de sus ruinas, aquí, hacía ya mucho que la ofensiva se había paralizado, y se combatía y se moría siempre en el mismo lugar.

Una gran masa de tropa fue opuesta al enemigo en Kletskaja y en la cabeza de puente próxima a dicha ciudad, que amenazaba peligrosamente el flanco del frente, al este de Stalingrado. Allí estaban el 4.º y 5.º grupos de ejército rumanos. Detrás, el 48.º grupo alemán de «panzers», la 23.ª división y parte de la 14.ª también de tanques y, además, una división rumana de tanques igualmente, compuesta por partes iguales con el material de formaciones alemanas y francesas. A esta concentración de tropas le correspondía llevar el mayor peso del combate y la mayor contribución en muertos, bajas que también alcanzaban a las divisiones alemanas de infantería vecinas. Las pasarelas improvisadas con troncos y los puentes de pontones, renovados continuamente por los zapadores, eran destruidos una y otra vez por la artillería rusa, y, durante semanas enteras, los cadáveres desfilaron en fúnebre caravana por las aguas del Don. No faltaban tampoco los muertos en la estepa y en las colinas al este y noroeste de Kletskaja. Gnotke y Gimpf trabajaban de enterradores.

Llegado el mes de octubre, a excepción de los soldados evacuados a retaguardia por los transportes sanitarios, el batallón al que estaban agregados había sido ya casi todo él enterrado con sus tres comandantes de compañía y su jefe de batallón. «Los jefes de batallón deben ser enterrados en ataúd, los comandantes de compañía, envueltos en sus capotes impermeables, y los soldados en sus mantas»; tales eran las órdenes emanadas de los oficiales enterradores; sin embargo, dichas disposiciones no existían más que teóricamente. Las salvas de honor ya no se disparaban, aunque los entierros fueron numerosos; ni se dispararon tampoco los días en que recibía sepultura media compañía. Los capellanes castrenses celebraron una misa por las almas

de los caídos, a la que asistieron el personal de sanidad, los conductores que se dirigían a la retaguardia y otros que pasaban casualmente por aquel lugar, siendo parados en la carretera por los capellanes. Esta misa se celebró sin la presencia de Gnotke y Gimpf, que cavaban una fosa tras otra bastante lejos, y que no fueron testigos de la ceremonia más que un breve momento en que levantaron la vista de su trabajo.

Así llegó octubre, y así había pasado. Estaban en noviembre.

La nieve flotaba en el aire; la superficie de la tierra se había endurecido; las grietas del suelo estaban cubiertas por la nieve, y algunas por una delgada capa de hielo; desde el Don y las tierras bajas, se elevaban densas nubes de niebla que envolvían el terreno. A veces, por entre las nubes, brillaban como relámpagos. Una pieza de artillería ladró y un volcán de fango y tierra dura se levantó como un surtidor entre la niebla. Los soldados de las trincheras y de los búnkeres permanecían cuerpo a tierra. Los que traían la munición al rayar el alba y los de intendencia se marchaban de noche. Raramente asomaba una cabeza durante el día.

Los enterradores eran los únicos que se movían libremente.

Aquel día, más que de costumbre, semejaban fantasmas en la niebla. Uno delante, otro detrás, formaban un solo cuerpo con la camilla y su tétrica carga. La niebla lo desfiguraba todo. Un jinete que apareció de improviso ante ellos, daba la impresión de ir montado sobre un perro. Hubbe y Dinger, separados por su carga, y Gnotke y Gimpf con su camilla, traían a la mente, más que nada, la imagen de buques cargados balanceándose lentamente.

La fosa cavada por mujeres y ancianos rusos, ensanchada por Aslang, Hubbe, Dinger, Gnotke y Gimpf, había de ser la fosa común para los muertos enterrados provisionalmente durante los últimos días, que ahora iban siendo exhumados —esta tumba sería un monumento más de los que Hitler se levantaba en su camino hacia el Este—; pero un ataque iniciado dos días antes por veintiocho «panzers» y un batallón de infantería, frustrado por los rusos, había modificado las órdenes del oficial enterrador, y, ahora, la fosa debía acoger, además de los cadáveres de las semanas anteriores, a las nuevas víctimas del batallón de tanques y del batallón de choque que habían atacado.

Todo indicaba que este entierro se celebraría muy apresuradamente y que aquella sería una de tantas «fosas olvidadas», que no sería la primera de aquellas ceremonias en las que los enterradores desprovistos de galones y distintivos de jerarquía eran los únicos «testigos de honor» al borde de la fosa. Desde allí habían visto aparecer al oficial y al cura, que, sobrecargado de trabajo, pronunciaba, sumergido en la niebla, unas palabras ininteligibles y ambos desaparecían tan rápidamente como habían venido, antes casi de cumplir con su obligación y de que la tumba quedara recubierta de tierra. Respecto a los sudarios —mantas o lonas impermeables—, ¿dónde podían proveerse de ellos en un ejército que había sufrido ya la primera oleada de frío hacia la mitad de noviembre, sin recibir más que una cantidad insuficiente de equipos para invierno, y a veces ninguna en absoluto? Los sudarios solamente se empleaban cuando los cadáveres no eran más que fragmentos; y aun en estos casos no se utilizaban sino para llevarlos a la fosa. La misma lona empapada de sangre debía servir una y otra vez para el transporte de restos humanos, y, al llegar la noche, para que el propio enterrador se protegiese contra la humedad del suelo.



Hubbe y Dinger regresaron a la tumba. Uno a cada extremo, inclinaron la camilla y su carga fue a parar al fondo como un saco. Era uno de tantos cuerpos inidentificables, llenos de fango helado. Hubbe y Dinger colocaron seguidamente la camilla en posición normal y, sin el menor descanso, emprendieron la marcha hundiéndose en la niebla.

Llegaron Gnotke y Gimpf y repitieron la misma operación. Cuando el muerto pertenecía al grupo de los «panzers», depositaban la mitad de la medalla de identificación y el contenido de sus bolsillos junto al brigada Aslang, quien, totalmente mudo, trazaba a cada viaje de las parejas una raya vertical en una hoja de papel y sobre cada cuatro de ellas, una inclinada.

No hablaban entre sí, ni en los lugares más espesos de la niebla, donde no podían ser observados. No era por respeto al reglamento, sino porque habían perdido la costumbre de hablar, como habían olvidado lo que es color y lo que es luz —por poca que fuese— en los hoyos donde pernoctaban. Al cuarto viaje de Gnotke y Gimpf, estalló un proyectil muy cerca. La metralla silbó en su trayectoria y gran cantidad de tierra cayó sobre ellos. Aunque la presión del aire no les alcanzó apenas, nubes cálidas pasaron sobre sus cabezas para perderse en la blanquecina niebla. No parecían haberse impresionado lo más mínimo, ni haber prestado mucha atención a lo ocurrido. Siempre uno tras otro, seguían andando, soltaban la carga y regresaban. La fosa esperaba recibir de ellos dieciséis metros cúbicos de carne humana, y los cuerpos de los muertos no siempre estaban completos. Por ejemplo, en el lugar donde combatían las fuerzas de choque, tuvieron que recoger numerosos restos humanos del suelo, y arrancar entrañas de los zarzales cubiertos de escarcha. Gnotke había sido recompensado algunas veces con los «permisos especiales» que concedía el comandante del batallón. En tales ocasiones, quedaba relevado de transportar la camilla; pero, lo mismo que hoy Aslang, debía estar desde la mañana hasta la noche, junto a la tumba viendo como se llenaba lentamente de cuerpos cubiertos de barro, rostros desfigurados, ojos desmesuradamente abiertos por el terror, piernas cortadas, brazos desarticulados y pedazos de carne triturada que no podía adivinarse a qué parte del cuerpo habían correspondido.

«Querido Sepp...», «Mi pobre amado Karl...», «Tesoro mío...», «Querido hijo...», Queridos hermano y cuñado...», «Amado mío...», así empezaban las cartas que recogía para ir haciendo la lista de los nombres que debía entregar al oficial enterrador.

«Querido esposo...», «Querido papá...», aquellas voces sonaban en la lejanía y no podían llegar hasta un Gnotke. Cuando las cartas fueron escritas, brillaba el sol de septiembre y la tierra estaba seca. Sabía que las personas a quienes iban dirigidas habían quedado muertas como troncos secos en la dura estepa y ahora eran recogidos como pedazos de leña. Sabía que, con el tiempo, se habían hinchado haciéndose más pesadas y después, tras haber sufrido jornadas de veinticinco y treinta grados bajo cero, aquellos cadáveres estaban duros, pesadísimos. Sabía también que los cuerpos helados, rígidos, eran más molestos de transportar y ocupaban mucho espacio en la tumba.

«Querido hijo», «...y ten cuidado», «...y no seas atrevido ni te arriesgues...», «Cuídate de que no se te enfríen los pies, ponte plantillas de cartón...». Todo cuanto aparecía escrito en las cartas carecía ya de interés para los cadáveres que se calcinaron en la estepa bajo el sol del verano, y para los todavía frescos del otoño o los ya endurecidos cuerpos inertes congelados;

aquello no era más que un balbuceo incoherente e inerte: Gnotke sabía mejor lo que pasaba. Se hallaba en una situación en la que ya no cabía esperar nada.

«...y espero ansiosamente el final, y con mayor ansiedad todavía, tu primera carta después del combate para tener la seguridad de que tú...» ¿Qué final podían esperar? ¿A qué combate podía sucederle un primer día y una primera carta?

«...no se puede prever todavía el fin de la lucha por Stalingrado. Con la ocupación de esta ciudad terminará, en ciertos aspectos, la ofensiva de este año. A lo sumo, continuará el avance por el Cáucaso si se ocupan a tiempo los puertos de Kluchow, Mammissow y de la Cruz, ya que en el sur del Cáucaso puede lucharse también en invierno, y de acuerdo con este plan podría ser ocupada, por lo menos, la zona petrolífera de Bakú.»

«...la batalla de Stalingrado continúa aún. Lo he visto hoy en el noticiario cinematográfico. ¿Cuándo caerá? ¡Tal vez mañana, domingo, llegue la noticia de que está ya totalmente en nuestro poder!»

De nuevo Stalingrado, siempre Stalingrado; más, para Gnotke, esta palabra, simbólica ya, no tenía mucho significado. Inconscientemente, su pasado se había esfumado hacía diez meses y su presente no tenía contornos.

Humedad, frío, fango, trincheras. Hasta por las noches estaban llenas de agua y fango. En estos días de noviembre, la oscuridad robaba ya gran parte al día, y la niebla, como una densa masa húmeda, se cernía sobre los «bunkers», las trincheras y las alambradas, cubriéndolo todo con su manto. La tierra se hundió en la oscuridad más completa y la noche reinó en aquella fosa mal tapada, donde los hombres del batallón disciplinario aguardaban sentados sobre cañas podridas y lonas sucias, bajo la vigilancia de los centinelas.

Aquella oscura noche, Gnotke se levantó y acercó su rostro al de Gimpf, junto al cual llevaba ya tanto tiempo.

—Mathias...—susurró.

Gimpf le miró fijamente sin decir palabra.

## II

## EL CORONEL DE TANQUES

Y allí estaba Vilshofen.

Vilshofen era algo más que la cara y el cuerpo de un hombre: era la personificación de un mundo nacido entre sangre y lágrimas, y de una sociedad producto de conflictos mundiales que dan un nuevo aspecto a fronteras étnicas modificadas y a leyes sociales rectificadas. En un principio, era como una densa nube de polvo que había descendido desde los Cárpatos, rodando durante el verano a través del Pruth, el Dniester, el Bug y el Dnieper — Vilshofen había luchado anteriormente en el sector de Moscú; fue en este segundo año cuando tomó el mando del regimiento de tanques donde se encontraba ahora—. Después, pasó al Mius y el Don, dejando a sus espaldas aldeas incendiadas y campos arrasados; corrió por la estepa de los calmuco y penetró en los arrabales de Stalingrado. Fue una marcha forzada, sobre las cadenas de las ruedas de los tanques, y, al mismo tiempo, uno de los cien puños destinados a quebrar y derrumbar la independencia y la voluntad de naciones extranjeras. Tenía como misión el cuidado de los cilindros estropeados de los motores, de los filtros de aire que debían cerrar herméticamente, y que, sin embargo, no pudieron evitar el paso del fino polvillo de la estepa, primero, y del desierto más tarde; tuvo que cuidarse también de las máquinas reventadas ya antes de la llegada de las reservas, de la escasez de hombres para la magnitud de la empresa militar ambicionada y para la extensión de los territorios que se querían ocupar —casi a tres mil kilómetros de distancia de las fronteras de su país.

Vilshofen había actuado con sus «panzers» en la parte septentrional de Stalingrado. Después de numerosos combates, que al cabo de cien días estaban tan indecisos como el primero, había sido trasladado, a través de la carretera de Gumrak-Rossoschka-Peskowatka y el Don, al frente del oeste de Kletskaja. No había realizado este camino pasando por Wertjatschi, sino a campo traviesa, vadeando lodazales y envuelto en nubes de humo y niebla; había conducido sus tanques por el idílico pueblo de Peskowatka, donde estaban emplazados el puesto de mando del estado mayor y los cuarteles de la tropa. Dicho pueblo, a pesar de hallarse situado en la carretera, estaba cerrado

para el paso de otras unidades. Pero también habría pasado por Golubinskaja, cuartel general del ejército, situado en la orilla opuesta del río, si aquél hubiese sido el camino recto.

Aquella tarde el coronel Vilshofen se hallaba al borde de la carretera en compañía de su ayudante. Sus tanques regresaban. Habían partido veintiocho y hasta ahora sólo volvían veinte. Esperaba el retorno de los demás.

Los carros rodaban por la carretera. El de la cola, un carro de transporte, se detuvo.

—¡Hola, Tomás! —saludó Vilshofen.

Un hombre descendió del vehículo adelantándose por entre la niebla; era Tomás, capitán comandante de compañía. Confirmó a su jefe lo que éste había sabido ya por boca de sus soldados. Después del éxito inicial y tras haber hecho enmudecer los cañones de una batería rusa, el ataque había sido detenido por el fuego de las restantes baterías enemigas próximas a la destruida. Alrededor de doscientos muertos fue el único resultado de este ataque.

Cuatro tanques se consumían pasto de las llamas. Otros cuatro debían llegar pronto, a remolque. El coronel Vilshofen esperó hasta oír el ruido de las cadenas de las orugas. Un tanque atravesó la niebla remolcando a otro. A continuación, el segundo, el tercero y, por último, el cuarto. Los daños sufridos por el primero no eran considerables; podría ser reparado en dos días, según opinaba Vilshofen. En parecidas condiciones se hallaba el segundo. El tercero había perdido tan sólo una de las cadenas. El cuarto se arrastraba sobre sus ruedas sin cadenas; cogido de lleno por un disparo, había quedado convertido en un montón de chatarra. ¿Por qué lo remolcaban? No había tiempo de recoger chatarra.

Vilshofen ordenó que lo detuvieran, se adelantó hasta el tanque, enfocó su linterna al interior y asomó la cabeza por el agujero. La luz blanca de la linterna iluminó su rostro. Vilshofen era un hombre de casi cincuenta años, de nariz aguileña y ojos grandes y claros. Su vista contempló los fantásticos efectos de un proyectil antitanque que había estallado en el interior cerrado del «panzer». El cuerpo del conductor se hallaba todavía en su sitio, pero tenía la cabeza arrancada de cuajo. Le faltaba la carne del pecho y de los brazos; de medio cuerpo para arriba era un verdadero esqueleto, a través del cual se veían los pulmones y el corazón. Permanecía sentado agarrado al volante, con las manos intactas que parecían guantes puestos sobre unos brazos descarnados. De los otros tres hombres, no quedaba casi nada. Lo que alguna vez había formado sus cuerpos estaba convertido en una espuma sanguinolenta pegada a las paredes del carro como una gran mancha de sangre.

El coronel conocía los nombres de los tripulantes y su procedencia. —«Burstedt, de Wuppertal, hijo de un herrero; Hoffmann y Rademacher, los dos de un pueblo próximo al río Eder, y el sargento Elmenreich, de Schwerin» —murmuró como quien reza una oración.

El día siguiente era el diecinueve de noviembre.

El lugar de la acción, la región de Kletskaja con el frente dando hacia el Norte y el Oeste. En el Oeste, es decir, en el flanco izquierdo, estaba la cabeza de puente rusa. Y desde allí, extendiéndose hacia el Norte, hasta el río, la tierra de nadie, un terreno bajo, cubierto de arbustos, estanques, pantanos y arena.

Siguiendo la línea del frente hasta la parte oriental del recodo del Don, se encontraba una serie de colinas alternando con barrancos. Aquellos lugares estaban batidos por la artillería rusa y por las incursiones de la infantería, siendo bombardeados a diario por la aviación alemana. En la noche del dieciocho al diecinueve de noviembre reinaba una tranquilidad mortal en este sector.

Es sabido el caso de capitanes de barco que se han despertado, de improviso, sobresaltados, presintiendo el peligro; otros también han sentido acercarse la tempestad sin haber observado el cielo ni el brillo del mar, ni haber consultado el barómetro: lo han respirado en la atmósfera ambiente. Tal fue el caso de un coronel que se levantó a medianoche y se quedó escuchando atentamente sentado en su camastro. ¿Qué podía oír? Sólo la respiración de su vecino, un comandante que le había proporcionado alojamiento. Las gruesas paredes del «bunker» no permitían penetrar el más pequeño ruido del exterior. El coronel Vilshofen se levantó, atravesó el vestíbulo, contempló durante un momento el joven rostro de su ayudante Latte, que dormía junto al del comandante, y subió los desgastados escalones que le condujeron al aire libre. Nada: obscuridad absoluta en el cielo; nieve y humedad en el aire; y negra la tierra del suelo. A no ser por una bengala que lucía suspendida de un pequeño paracaídas, nada habría hecho suponer que en aquel majestuoso lugar se enfrentaban dos ejércitos dispuestos a exterminarse mutuamente en cruel lucha a vida o muerte. Nada más que una oscura tierra dormida, tal parecía; pero Vilshofen estaba alarmado. Atravesó el poblado que constituían toda aquella red de fortificaciones subterráneas, encontró la abertura que buscaba, encendió su linterna y bajó. La atmósfera viciada por la respiración de una gran aglomeración de hombres en tan reducido espacio, y un fuerte y repugnante hedor de ropas húmedas y grasientas, pareció cortarle el aliento. Se hallaba en el taller de reparaciones de su grupo. Un centinela le indicó con la mano el camastro donde yacía el soldado Wilsdruff.

—¡Eh, Wilsdruff! —Un hombre de cara redonda y barba crecida abrió los ojos—. ¿Qué hay con los dos tanques, Wilsdruff?

—Tanques... —repitió somnoliento el soldado, despertándose al reconocer al jefe de su regimiento—, ¿...los tanques, mi coronel?

—¿Cuánto tiempo falta para repararlos?

—Dos días, mi coronel.

—¡Tienen que estar antes, los tengo que emplear mañana!

—¡Entonces, mi coronel, hay que ponerse a trabajar en seguida!

—¡Sí, empezad ahora mismo! ¡Es urgente!

El coronel no esperó a que despertaran los demás. Se marchó. Cuando regresó a su «bunker», el comandante estaba ya despierto. Se hallaba sentado a la mesa y tenía ante sí un croquis dibujado por Vilshofen.

—Eso va a empezar antes del veintitrés —dijo Vilshofen entrando.

Se había calculado que para dicho día comenzaría una potente ofensiva rusa en gran estilo.

—¡En este rincón no ha terminado nunca, mi coronel! —exclamó el comandante de antiaéreos—; sin embargo, nosotros estamos siempre preparados y dispuestos a todo.

—Tal vez lo estaríamos si hubiese bastante artillería pesada en nuestras posiciones y en la cota 120. Me temo que lo peor no será la sorpresa, sino el alcance de la ofensiva.

—Si me permitiera usted una pregunta, mi coronel...

—¡Diga, Buchner, pregunte!

Buchner, el comandante de antiaéreos, miró otra vez el croquis de Vilshofen. Éste tenía fama por sus croquis y dibujos, trazados con pedazos de carbón y, a veces, simplemente, con hollín; pero siempre indiscutiblemente acertados. Las manchas negras marcadas con el índice indicaban los puntos débiles.

—No comprendo esa mancha negra de ahí, en el lugar del frente donde estamos más fuertes.

—¡Donde debiéramos estarlo! —corrigió el coronel.

Según los informes, en dicho lugar se hallaban el 48.º grupo acorazado, la 23.ª y la 14.ª divisiones también acorazadas, y, además, la 1.ª división real rumana; por lo tanto, debería de haber una fuerza de tanques considerable; pero, ¿cuál era la realidad? Vilshofen la conocía, la había visto. Gran parte de los carros de combate estaban diseminados por la enorme bolsa del recodo del Don, y muchos otros en los talleres de reparaciones. A semejanza de las máquinas, los hombres se habían agotado también durante la ofensiva de verano y en los ininterrumpidos combates por Stalingrado. Aquellas máquinas y aquellos hombres deberían hallarse, no ya en el frente, sino en la retaguardia, donde debían estar descansando. Por otra parte, era preciso reanimar su abatida moral y hacerles efectuar ejercicios de conjunto en grandes formaciones. Tal era la norma de las divisiones alemanas; pero, especialísimamente, lo necesitaba la división rumana, equipada en parte con tanques alemanes y en parte con tanques capturados a los franceses, que no habían entrado en fuego todavía.

Vilshofen, al oír que su ayudante se había levantado, le llamó:

—¡Latte, todavía me quedan algunos cigarrillos! ¡Coja unos paquetes, por favor, y entréguelos a los hombres de nuestro taller de reparaciones! ¡Infórmese, al propio tiempo, de cómo va el trabajo!

—Si, como he dicho, hubiese la suficiente artillería pesada en las alturas que dominan los flancos —continuó, volviéndose a Buchner—, nada tendríamos que temer; pero no he visto en ellas más que algunas secciones de antiaéreos y lanzallamas, transportados allí a última hora, y unos cuantos cañones arrastrados por caballos.

La puerta de arriba se abrió. Una corriente de aire que trajo consigo polvo y nieve se adueñó unos instantes del interior del «bunker» y, en seguida, volvió a reinar la fatídica calma de muerte. ¡Veinte «panzers»!, pensó Vilshofen. ¡Y con los dos que se pondrán en condiciones, podré contar con veintidós tanques para la lucha!

## III

## EL ATAQUE

También en la trinchera donde estaba cobijado el batallón disciplinario se dejaba sentir aquella calma desacostumbrada. Gnotke habría podido contar las gotas de agua que caían de las vigas del techo, si hubiese parado mientes en ello. Tal vez el centinela, con su hundido casco de acero y la bayoneta calada que, cual fúnebre monumento, tapaba la entrada de la cueva, las había contado alguna vez. Hacía ya mucho que Gnotke no contaba las gotas; pero, en el casi palpable silencio de aquella noche, las oía como cuando alguien parece volverse de repente sordo a todo ruido que no sea el tic-tac del reloj de su habitación. Dirigió una mirada al medio centenar de hombres que yacían tendidos, hundidos en su miseria. A su lado, dormía Gimpf con la boca abierta.

Gnotke permaneció despierto hasta la hora de levantarse. Les dieron un trozo de pan y un cazo de agua caliente que recordaba al café, y se encaminaron al lugar de trabajo antes del amanecer. Aslang, Hubbe y Dinger se contemplaron extrañados. Por el Norte, donde, desde hacía muchas semanas, retumbaban todos los días las baterías rusas disparando a través de los pantanos hacia el Don, y por los lugares donde días pasados se había oído el fragor del combate, imperaba un traidor silencio preñado de amenazas, en la niebla flotante.

Cogieron sus camillas y empezaron sus acostumbrados y automáticos paseos; sin embargo, nada de aquello era natural; todo parecía irreal. También era un sueño lo que se le apareció a Gnotke cuando caminaba con los brazos caídos entre el denso vapor que aquella mañana se elevaba de la tierra. Era como una mano; una mano de mujer, una figura en reposo con el cuerpo y la cara cubiertos; sólo se le podía relacionar con un soldado muerto medio cubierto de tierra; mas lo que le cubría no era fango ni tierra; era como una nube de colchas blancas y blandas. Aquella mujer no estaba sola; yacía junto a otro; pero de ella sólo era posible ver una mano. ¡Y aquella mano le era bien conocida!

Pero, ¿qué...?

De repente, la tierra se estremeció. Era un temblor subterráneo. Aquella mano... ¿de dónde sale? ¡Pauline! ¡El cielo! ¡La tierra! ¡El ciclo arde, arde por el Norte... sobre el Don! ¡El cielo que abarcaba los pantanos y la tierra baja del

río, ya no tenía el puro color blanco de la leche; aparecía manchado por grandes borbotones de sangre!

Artillería. Morteros. Terribles estampidos de los cañonazos. Millares y millares de toneladas de pólvora por el aire. El calendario indicaba el diecinueve de noviembre. El fuego dura horas y horas. Las horas ya no son horas. El tiempo se ha detenido.

En la mañana del diecinueve de noviembre, las tropas soviéticas irrumpieron en el frente noroeste alemán de Stalingrado. Gnotke se hallaba en el flanco septentrional apoyado en el recodo del Don, y precisamente en el punto septentrional de la irrupción. Gnotke había tomado parte en la marcha sobre Moscú, donde su regimiento fue destrozado y rechazado a cien kilómetros por la artillería rusa; había participado en los avances a través de la llanura de Kursk y había estado trabajando para limpiar de minas la estepa del Don; sin embargo, todo lo que sus ojos habían visto en tales combates, bombardeos de aviación, fuego de artillería, explosión de minas, lanzallamas, etc., no tenía punto de comparación con la actualidad. Todo aquello era una insignificancia. Lo de ahora era el colmo, el caos, la caída en un abismo sin fondo.

Sin embargo, todo cuanto había visto con sus ojos y oído con sus oídos no podía causar mella en su conciencia; desde hacía mucho, no podía impresionar la conciencia humana que determina el movimiento de los deseos, de la voluntad, de los sentimientos, de la compasión, del amor y del miedo. Nada era capaz de hacer vibrar su sensibilidad. Su conciencia estaba como recubierta por una costra de tierra, lluvias, luchas, nieve y algo más, indefinible, infinitamente grande; pero sus ojos veían y su oído conservaba su agudeza.

Como un autómatas oyó y vio cuanto acaeció en la tierra y en el aire durante aquella hora. Una hora que había dejado de serlo, que estaba fuera del alcance de toda medida. También él había perdido la noción del tiempo. No habría podido decir dónde había dejado la camilla o qué fuerza se la había arrancado de las manos, ni cómo había llegado a aquel hoyo.

A su izquierda, los pantanos y el terreno arenoso, invisibles por la niebla, se extendían hasta el Don. Por debajo de la capa de denso vaho se oía un estrépito tremendo, cual si cien mil fauces exageradamente abiertas aullaran desaforadamente. Enfrente, los «bunkers» alemanes; más adelante, se podían reconocer las posiciones rusas, pero no durante mucho tiempo. Pronto éstas se envolvieron en densa humareda en la que brillaban rojos puntos de fuego que aumentaron hasta ocultar el humo, alcanzaron el cielo y se desplomaron como una alta catarata de llamas. Las baterías alemanas contestaban con tanta intensidad como les era posible, y aquello parecía como si se echaran brasas encendidas en una estepa que ya estaba ardiendo. No lucharon durante mucho tiempo.

Frente a las líneas alemanas, los cañones disparaban terribles andanadas; las granadas se veían venir, estallaban con ensordecedor estruendo y abrían grandes embudos en la tierra. Si hubiese habido un bosque en aquel lugar, sus árboles habrían caído segados como por una enorme guadaña. Mas el bosque no existía. En su lugar había un terreno llano, sin árboles. Algo como un enorme lago sobre cuyo espejo de agua cayeran las gotas de la lluvia. Pero no eran gotas de agua lo que caía; era metal candente lo que llovía sobre la tierra abriendo enormes boquetes; eran capas de fango y arena. Se formaban



embudos enormes. Donde había nieve, el cálido soplo hacía aparecer momentáneamente la hierba, la quemaba en seguida y pronto arrasaba cuanto había sobre la superficie de la tierra. Todo el espacio ocupado por las galerías subterráneas, los «bunkers», los nidos de ametralladoras, los emplazamientos de la artillería, los polvorines, los establos, los dormitorios, todo ello quedó revuelto en confuso montón. Todo quedó cubierto por grandes montones de tierra, sobre los que continuaban luchando los soldados supervivientes.

Las bocas de los cañones lanzaban relámpagos de fuego. Granadas y más granadas. De los montones de tierra se elevaban densas humaredas. Donde las ametralladoras y los fusiles empezaron a disparar, había cundido un principio de pánico, pues no existía objetivo alguno visible para el fuego de las ametralladoras ni de los fusiles.

A todo lo largo del frente, la muerte penetró en las posiciones alemanas.

Espesas nubes de humo y de polvo y lenguas de fuego ascendieron al cielo para caer otra vez sobre la tierra. Una explosión, una enorme llamarada, y ya no había modo de reconocer lo que antes fuera una batería. Los restos, que caían como lluvia, no eran más que trozos de metal y pedazos de soldados destrozados. Los relámpagos se sucedían sin interrupción. Nuevas masas de humo. Vigas, trozos de paredes de los «bunkers» saltaban al aire. Un caballo caía del cielo patas arriba. Un gran trozo de alambrada se desplomó pesadamente. Todo un regimiento de infantería con sus cañones y sus fortificaciones fue lanzado al aire y se abatió sobre la tierra, y una y otra vez fue hecho volar hasta quedar pulverizado. Los seres humanos que salían de los cráteres, andando pesadamente, cayeron unos sobre otros como hojas secas y se quedaron para siempre en el suelo o se levantaron echando a andar sin rumbo, pero en nada se parecía ya aquello a un regimiento: aquello era ya la «escoria». El alto teniente que se tambaleaba como un borracho, y, gesticulando, empezó a reírse a carcajadas, ya no era un jefe de sección: era un loco. Un hombre se tiró al suelo y se arrastró sobre la nieve como un gusano, dejando una huella de sangre a su paso y finalmente cayó en un hoyo: era el jefe de una compañía de tanques, el capitán Tomás del regimiento de Vilshofen. La nube de arcilla y nieve que descendía por la cota 127 hacia la carretera era el comandante Buchner, que con una sección de artillería pesada antiaérea abandonaba los antiaéreos ligeros, faros y otros aparatos, y huía de sus posiciones. Aquel hombre rígido como un poste, que permanecía de pie junto a la salida de un «bunker» y ponía en orden a todas las fuerzas que pasaban por su lado para retirarse luego con ellas hacia el lugar adonde había enviado los seis tanques que le quedaron de sus veintidós, era el coronel jefe de tanques, Vilshofen.

El fuego de la artillería enemiga entró en una nueva fase.

Todavía cayeron algunas granadas que abrieron sendos cráteres; pero el fuego concentrado se había desplazado hacia delante. Silbaron en el aire las granadas, pasaron sobre sus cabezas y la mortal metralla alcanzó de lleno a las columnas de infantería y a los cañones que se retiraban, causando muchísimas bajas.

Otros acontecimientos sucedían en el flanco izquierdo bajo la protección de la niebla. Los rumanos, situados en el terreno pantanoso, objetivo principal del ataque ruso, habían sido aplastados. Y ahora millares de manos y brazos

soviéticos se hallaban ocupados en construir muchos kilómetros de diques de troncos atravesando el agua helada del río y las arenas movedizas de la orilla, pues de no efectuar esta operación previa, grandes cantidades de hombres y caballos se perderían. Tal era la situación cuando Gnotke se levantó vacilante y, siguiendo el camino que tan bien conocía, llegó a la fosa que él y sus compañeros habían llenado hasta la mitad los días anteriores.

La fosa ya no existía. A su lado había un embudo tan grande como una casa entera. Los dieciséis metros cúbicos de carne humana habían sido lanzados al aire y parte de ellos colgaba ahora al borde de la fosa. En aquel mismo borde, atraído por una cara conocida, se sentó Gnotke. Habría podido tenderse en el fondo del agujero, como acostumbraba a hacer Gimpf, su eterno compañero; allí había sitio suficiente y ofrecía una relativa seguridad; pero si verdaderamente Gnotke tenía alguna idea, no era otra sino el deseo de ser enterrado lo más cerca posible del cielo para no yacer en un lugar tan hondo de la tierra. Se sentó junto a un montón de cadáveres, reconociendo en el que estaba a su lado al brigada Aslang. El rostro de Aslang aparecía completamente ennegrecido, con los dientes al descubierto, como si se estuviera riendo. Gnotke le miró sin extrañeza. Al fin y al cabo, Aslang tenía para él un aspecto más natural ahora, muerto, que de vivo. Gnotke, tan sucio y lleno de barro como estaba, sentado, con sus grandes ojos abiertos mirando fijamente al aire, sin ver nada, tenía un aspecto más propio de un muerto que la mueca de Aslang y que los hacinados cadáveres de la fosa.

Aquel parapeto de cuerpos sin vida le protegía la espalda contra el helado viento del Este. Al cabo de un rato, el cuerpo de Aslang ya no le daba calor y Gnotke se apartó de él, acurrucándose en la barriga aún caliente de un caballo muerto, cuyas patas separó. No efectuó movimiento alguno para salir de aquel lugar. El humo y la obscuridad se intensificaron, pasando por encima de su cabeza e impidiéndole la visión.

El frente alemán había sido roto. Las fuerzas de choque de primera línea cayeron en las trincheras, fueron destrozadas en la fuga o hechas prisioneras. Por la brecha abierta irrumpieron un sinfín de unidades rusas de infantería, de tanques y de tropas de asalto. Gnotke sólo vio lo que tenía frente a sí; no lo que sucedió a su derecha o a su izquierda, pues, ocurriera lo que ocurriese, ya le rozasen o sonasen junto a su cabeza las explosiones, las cadenas de, los tanques haciéndole correr el riesgo de ser aplastado, o aunque oyese gritos salvajes, jamás volvió la cabeza. Vio a los tanques moviéndose por aquel paisaje lunar bajo las espesas capas de polvo, apareciendo y desapareciendo como los buques sobre las aguas removidas; vio llamaradas de fuego que salían de la boca de los cañones, grandes masas humanas que surgían de los pantanos en completo desorden; eran los rumanos, que corrían en un intento vano de salvar la vida. Y entre los fugitivos, sobresalían cabezas de cabalgaduras y jinetes. Los caballos dieron media vuelta con ágil pirueta sobre sus patas traseras y los jinetes sembraron la muerte y el espanto por doquier.

El montón de cadáveres parecía ser el lugar señalado para el cambio de dirección de todas aquellas oleadas humanas. Continuamente aparecían formaciones rusas que al llegar allí cambiaban de rumbo y se dirigían al Sur, hacia Kalatsch. Las columnas en fuga, procedentes del Don, no lograban pasar de aquel lugar de muerte. Allí mismo y en sus alrededores encontraban su fin. La caballería rusa también se dirigía hacia Kalatsch. Sin embargo, aquel

revoltijo cubierto de fango, que exhalaba un olor dulzón, no llamaba la atención de nadie; y si el conductor de un tanque se encontraba impensadamente frente a él, viraba al instante dando un cuarto de vuelta. También los cosacos lo evitaban. Ya no se disparaba contra blancos invisibles, y el hacinamiento de hombres inertes y el mismo Gnotke no eran blanco para los disparos de los tanques, para las balas de ningún fusil, ni siquiera para un simple sablazo.

Y así llegó la noche. El viento del Oeste rasgó el techo de nubes. Se produjo un claro en el cielo invernal y por él asomó su faz la luna. Un grisáceo resplandor se posó sobre la tierra. Una planta de la estepa atrajo la mirada de Gnotke. La estepa había quedado arrasada. Algunos arbustos medio calcinados se erguían tímidamente. La nieve aparecía surcada por huellas de ruedas y reflejaba los débiles rayos de la luna. Parecía sentirse el murmullo del mar. Era el vacío.

## IV

## EL CERCO

¡Retirada hacia el Este! ¡Tras el Don!

¡Las fuerzas rusas de tanques y caballería han roto el frente alemán! Desde la región de Serafimowitsch y Kletskaja, la ofensiva rusa corría en dirección sureste contra Kalatsch, donde se encontró con una segunda oleada rusa lanzada al sur de Stalingrado a través del Volga, uniéndose con ella en sólido lazo.

Durante la noche y con la retaguardia expuesta al ataque enemigo, se distinguieron tres divisiones alemanas: la 376.<sup>a</sup>, la 44.<sup>a</sup> y la 384.<sup>a</sup> de infantería, dirigidas hacia el Don. Y, mientras desde el Sur el XLVIII cuerpo de ejército alemán en unión de la 62.<sup>a</sup> división de infantería y la 28.<sup>a</sup> división de tanques y otras formaciones reunidas apresuradamente, efectuaban un contraataque, siendo destruidos en la batalla del recodo del Don a excepción de pequeños núcleos, las tropas del Norte se retiraban ordenadamente hacia el Sureste. Las colinas de Golubaja parecían formar una línea natural de resistencia; pero el valle del Golubaja y los puentes de madera tendidos sobre el río cerca de Akimowski, Perepolni y Lutschenski, quedaban convertidos en un estrecho paso por el que se veía forzada a cruzar la tropa con toda su artillería, toda su impedimenta y servicios auxiliares.

El coronel Vilshofen era uno de los últimos que habían visto el camino de Golubaja en su estado normal de gran carretera de aprovisionamiento; había visto también el pueblo de Werchnaja Golubaja en orden y tranquilo. Por primera vez, durante su viaje a Kletskaja; la segunda, cuando fue a recoger víveres y municiones para sus hombres extenuados; es decir, la primera vez, hacía una semana; la segunda, apenas unos minutos antes de la catástrofe.

En su primera visita, era una mañana de niebla. La calle principal del pueblo, con sus pacíficas chozas a los lados, las ventanas que se abrían y los rusos barriendo la carretera, parecía una hermosa mujer que se desperezaba de su sueño. Se abrió una puerta corredera y por ella salió un jinete montado en soberbio caballo de pelo liso y limpio. Al final de la calle apareció otro jinete, cuyo caballo relinchaba alegremente. Vilshofen, que venía de un barrio industrial de Stalingrado, comentó con su ayudante: «Latte, ¡cuánto tiempo sin

disfrutar de una escena tan bella!». Luego desayunaron con los oficiales del cuartel; y más tarde, discutió con el coronel Unschlicht, jefe del cuerpo, y el general Vennekohl, jefe de la artillería, sobre los planes de batalla, quedando sorprendido sobremanera por el optimismo de estos señores, que tan descansados estaban. Todo aquello ocurrió la primera vez que él pasó por el pueblo, cuando iba con sus veintiocho «panzers» —el resto se hallaba en reparación en Stalingrado—. En su segunda visita al pueblo disponía ya únicamente de seis «panzers». Era cuando acudió a proveerse de víveres, municiones y carburante para los escasos hombres que había logrado reunir en la huida, cuando las fuerzas de infantería de segunda línea de la zona de Oresowski y Logowski habían sido derrotadas, y tuvo que llamar al coronel Unschlicht durante su sesión matinal de gimnasia. En aquella ocasión, el coronel se había mostrado vivamente impresionado por los acontecimientos; sin embargo, y tal vez con razón desde el punto de vista militar, no había querido generalizar los hechos relatados por Vilshofen, y le expuso su opinión de que las alturas de Golubaja debían ser defendidas y mantenidas, afirmando que la 16.<sup>a</sup> y la 24.<sup>a</sup> divisiones acorazadas, que se hallaban en camino como reserva, serían más que suficientes para este fin y para restablecer la situación. Del mismo parecer fue el jefe de artillería, el general Vennekohl, quien, con su típico acento berlinés, había exclamado: «Hombre, ¿qué se ha creído usted? ¡Ya verá cómo les hacemos astillas a los rusos cuando intervengan la 16.<sup>a</sup> y la 24.<sup>a</sup> divisiones! »

Pero Vilshofen, que discrepaba de ellos, concedía mayor importancia al hecho de no poder obtener víveres, municiones ni carburante para sus hombres y sus máquinas, y verse obligado a regresar con las manos vacías. Aquello sucedía pocos momentos antes del derrumbamiento del frente alemán en el recodo del Don. Durante su regreso, ya pudo presenciar dantescas escenas, propias de la retirada napoleónica: rumanos con armas y sin ellas, a pie y a caballo, soldados de infantería alemana, zapadores, restos de grupos sanitarios, soldados dispersos y fugitivos sin sus oficiales; una inmensa riada humana bajaba de las alturas de Golubaja al valle irrumpiendo en las columnas de reserva que se hallaban en la carretera. De todas las colinas descendían soldados, al principio formando pequeños grupos y más tarde en confusa y desordenada masa en la que se mezclaban hombres, carros, artillería, etc., etc., apretándose y empujándose en el estrecho valle. Nada podía ya oponerse a aquella corriente desbordada. Vilshofen tuvo que abandonar su coche y continuar a pie los últimos kilómetros acompañado de su ayudante Latte.

Entre ellos se encontraba August Gnotke, que iba en compañía de su compañero del batallón disciplinario, Gimpf.

August Gnotke pensaba en su sueño. El día anterior se le había aparecido una mano. La mano y el cuerpo pertenecían, naturalmente, a Pauline, y la nube de blancas plumas era su lecho. Lo conocía muy bien. También recordaba la alcoba de Klein-Stepenitz, donde estaba la cama. Sin embargo, el pasado había muerto para él hacía ya mucho tiempo. No había querido pensar en sus relaciones con ella, pues, seguramente, se habría casado con otro; pero había una cosa cierta: mientras caminaba mecánicamente por la niebla, era capaz de pensar todavía en una mujer. «Algo había en él.» No estaba muerto. La esperanza renacía en él y le permitía dar sus primeros pasos en aquel retorno a la vida.

Sacó a Gimpf de la fosa y ambos echaron a andar, pero no fue muy afortunado con su compañía. —«¿Dónde está Aslang?» «¿Y Hubbe y Dinger?» —le preguntó. Y se quedó esperando una respuesta que no llegó. Gimpf permaneció mudo mirándole, sin abrir la boca. Aslang, Hubbe y Dinger se habían retrasado y podía darse casi por seguro que habían perecido, pues no se sabía nada de ellos. Continuaron su marcha por el campo iluminado por la luz de la luna. En cierta ocasión, tuvieron que tirarse rápidamente al suelo hasta que un grupo de cosacos aparecido súbitamente se perdió a lo lejos y el ruido de los cascos de sus monturas cesó de oírse. Otras veces, distinguieron grupos de soldados dispersos, mas ignorando si eran amigos o enemigos, se tiraban también al suelo. Esto sucedió muchas veces, hasta que por fin llegaron a un gran cráter abierto por la explosión de un proyectil y allí se escondieron. Se quedaron tan profundamente dormidos, que no se dieron cuenta de que poco a poco el hoyo se fue llenando de fugitivos.

«¡Llegan los rusos!»

—Se despertaron al sonar este grito de desesperación, y cuando sus compañeros emprendieron espantados alocada carrera, ellos dos se quedaron. Por el reflejo de los cristales de unas gafas que se aproximaban a su rostro en la obscuridad. Gnotke comprendió que alguien más estaba con ellos, otro que tampoco había tomado parte en la fuga general.

—¿No os importa nada? —oyó.

—A mí, sí. Y más, precisamente ahora —contestó.

—Precisamente ahora —repitió sin comprender aquel hombre, que con tanta obscuridad no podía percibir del rostro de Gnotke más que una blancura difusa; y de los dos cuerpos solamente unas sombras vagas, pero nada que delatase en ellos su calidad de soldados pertenecientes al batallón disciplinario.

—Tampoco para mí carece todo de valor. Se sienten deseos de volver a casa, ¿no es eso? —continuó hablando aquel hombre.

—A casa... —murmuró Gnotke. Aquella era una palabra tan rara como el sueño que había tenido—. ¡A casa!, ¿Existe tal vez? —interrogó.

—Sí, hombre sí; ¡existe! Yo tengo una mujer y una niña de cinco años... — y cambió de tema sin darse cuenta—. Todo nuestro batallón está aniquilado. ¿Perteneceis al 5.º?

—No. ¡Somos del disciplinario!

—Bueno. No tiene importancia.

—Sí, claro. Nada tiene importancia.

El hombre de las gafas era de Colonia y no parecía demasiado joven, podía tener la misma edad que Gnotke. Sacó un pedazo de pan y un trozo de salchicha de sus bolsillos y lo repartió con Gnotke y Gimpf. Los rusos no se veían por ninguna parte, y no fueron rusos los que entraron en su embudo, sino otros fugitivos. Cuando despuntó el alba, Gnotke y Gimpf con sus nuevos camaradas continuaron su marcha. Siguieron las huellas dejadas en la nieve por los que les precedieron. Descendiendo por una pendiente, pudieron divisar el profundo valle de Golubaja y la corriente de hombres, carros y caballos que se movían por él. Al llegar a lo más hondo, el hombre de Colonia encontró a dos hombres del disciplinario; eran los dos amigos que había perdido la noche anterior. Uno de ellos también era de Colonia y se llamaba Schorsch. El de los lentes se llamaba Tuennes; y el tercero Hans Ketteler, de Krefeld. Los tres, con Gnotke y Gimpf siguieron el mismo camino.

Iban por la carretera de Werchnaja Golubaja. La columna avanzaba muy despacio. Las ruedas de los carros se paraban continuamente y la columna se estancaba una y otra vez. En la pendiente de la montaña, las chozas ardían.

Una explosión, otra y otra...

«¡Tanques rusos!» —gritaron. Entre la apretujada masa de hombres y vehículos no quedaba espacio para efectuar el menor movimiento de fuga. Gnotke vio palidecer las caras bajo la costra de barro que las cubría. Gimpf, con sus ojos de color azul claro, miraba siempre al vacío. Tuennes repetía: «¡No es posible que haya tantos tanques!». Las explosiones retumbaron de nuevo; pero no se vieron aparecer los tanques enemigos. Ante los fugitivos, surgían nubes de humo. Cuando llegaron a aquel lugar, sus ojos contemplaron a los soldados alemanes que habían hecho volar sus «panzers» al borde de la carretera, al no quedarles ni una gota de gasolina. Aquellos cinco montones de chatarra humeante eran los restos de un soberbio regimiento de tanques naufragado.

El éxodo continuó y el día tocó a su fin.

Gnotke retenía a Gimpf a su lado y le hacía seguir a la columna. No quería perder aquel rostro conocido, ahora inexpresivo, que había visto a través de las explosiones de minas en la estepa de Kursk y del Don, y en el ocaso de Kletskaja; no, no quería abandonar aquella cara que había visto surgir entre el humo y la muerte siempre indiferente a todo. La noche los envolvió antes de llegar a Werchnaja Golubaja.

También aquí había nieve. También aquí se movía la misma columna en su marcha sin fin: ruedas, cañones, infantería alemana y soldados rumanos que habían perdido sus unidades. Las llamas devoraban las casas. El pueblo entero ardía por sus cuatro costados. Los caballos y los carros levantaban sombras gigantescas. En el centro de la plaza se elevaba una gran hoguera, que Gnotke y Gimpf, con los dos hombres de Colonia y el de Krefeld, aprovecharon para desentumecerse los ateridos miembros. Una brigada les llamó, los condujo a una choza y les dio un pedazo de pan y salchicha a cada uno, encargándoles que les ayudaran a sacar cuanto pudieran de los «bunkers».

Pronto se dieron cuenta de que se hallaban en un puesto de mando. Tuennes, Schorsch, Hans, Gnotke y Gimpf sacaban a la calle lo que les entregaban el brigada, un miembro del tribunal de guerra, un secretario de administración y otros. A los ojos de Gnotke y Gimpf, todo este caos de baúles y cajas abiertas y la baraúnda que armaban los oficinistas militares y los oficiales pálidos como los muertos, les daba la impresión de un manicomio a ellos que venían de trabajar en las fosas comunes.

Desde mayo último, todo este equipo de funcionarios, oficiales y soldados había sido trasladado de Bjelgorod al Don, formando una larga caravana de coches y autobuses, cruzando pueblos, en un recorrido de setecientos kilómetros de tierra conquistada. Para la tropa, había sido una penosa marcha de sangre y muerte; pero aquellos «señores» no sabían nada de los muertos; de los pies ensangrentados por la marcha ni de ropa tiesa de sudor; para ellos, la marcha hasta el Don no era más que una sucesión de triunfos. Se habían alojado en las chozas de las montañas y en los «bunkers». Y cuando las semanas transcurrieron monótonas y el ataque contra Stalingrado se convirtió en una lucha calle por calle y casa por casa, y las tentativas de forzar el paso

del Don en dirección noroeste no obtuvieron más resultado que los millares de víctimas arrastradas por las aguas del río, habían procurado matar el tiempo de la mejor manera posible, leyendo, jugando a las cartas y poniendo en orden sus «bunkers», cuidando sus caballos y esperando impacientes el momento de continuar el viaje y la orden que diría: «¡En marcha! ¡Hacia la derecha, hacia Bakú y el mar Caspio! » O bien: « ¡A la izquierda! ¡Hacia Saratow, Kasan y Moscú! » Así pasaron semanas enteras, meses, todo el verano y llegó el invierno, aquel segundo invierno de la campaña del Este. En la mañana de aquel día, aún se habría considerado como imposible una desbandada. Habría podido aceptarse una retirada momentánea, pero manteniendo las alturas de Golubaja y el valle del mismo nombre. Tal cosa se creía posible aquella misma mañana.

Sin embargo, por la noche, aquella idea no era ya más que una quimera.

Los regimientos ya no eran regimientos. Las unidades acorazadas comunicaban: «Misión cumplida. ¡Los últimos cinco tanques han sido volados!» La artillería motorizada debía ser abandonada, pues faltaba la gasolina para los motores. Apenas quedaba el combustible preciso para los coches destinados a la retirada de los estados mayores. La noticia que había sembrado la alarma: «¡Los rusos han entrado en Kalatsch!», significaba la retirada a la otra orilla del Don; sin embargo, una terrible incertidumbre invadía todos los corazones: ¿la podremos alcanzar sin caballos y sin gasolina? Su significación era clara: el que no pueda valerse por sí solo, perecerá. Los polvorines saltaban al aire. Por todas partes se veían rostros demudados y ojos enfebrecidos. Un delirio de muerte y destrucción se había apoderado del alto mando.

Y allí estaba ahora Gnotke, adelantando sus brazos hacia un oficial administrativo que le hizo cargar con un montón de actas para subirlas a un camión. Ved a Gimpf, a quien un brigada le cargaba con botas nuevas. Tuennes tuvo que trasladar un montón de «pullovers»; Schorsch, de ropa blanca; y Georg, de uniformes; pero, al llegar al camión, un teniente los rechazó, los envió a la plaza; y actas, «pullovers», ropa blanca, uniformes y toda la carga, trazaron una breve trayectoria en el aire y fueron a parar a la hoguera, que cobró nueva vida con aquel combustible.

El secretario, como un loco, salió de la casa con los ojos desorbitados:

—¡Mi teniente, no pueden quemarse las nuevas instrucciones! ¿No queda sitio en su coche?

—¿Y yo voy a transportar sus condenadas instrucciones, hombre de Dios? ¿Está usted loco? ¡Aquí no hay instrucciones que valgan!

Inesperadamente apareció un coronel con las mejillas hundidas.

—¿Qué sucede?

—¡Las instrucciones, mi coronel!

—¡Fuera todo del coche! ¡Al fuego! ¡Cargad únicamente víveres y municiones! ¡Está en juego la vida!

El secretario se retiró a la choza abatido, con los brazos colgando. Lenguas de fuego se elevaban al cielo, y por entre el enrojecido humo se divisaban las ruedas en movimiento y los pies de la columna en marcha.

¡Los rusos en Kalatsch!

¡El estado mayor del ejército que se retiró de Golubinskaja, ha huido en un «cigüeña»! —fue la segunda noticia alarmante que llegó a oídos de Gnotke,



Tuennes y sus compañeros. El teniente había cargado su coche de víveres y cartuchos de fusil. Su chófer le ayudaba a ponerse el capote, cuando un sargento, blanco como la cera, se le acercó:

—Mi teniente... en el puesto de mando... está allí... ¡Dios mío!...

—¿Qué? ¿Quién? ¡Tranquilízate, hombre!

—¡El secretario se ha suicidado!

## V

## EL PUENTE SOBRE EL DON

Tres puentes cruzaban el Don.

Uno, cerca de Perepolni, estaba bajo el fuego de la artillería rusa, que disparaba desde el Norte; otro, cerca de Lutschenski, amenazado desde el Sur por los tanques y caballería rusos; el tercero, próximo a Akimowski, en medio de los otros dos, derrumbado parcialmente por el centro, había sido reparado rápida y provisionalmente. Cuando, después de la fuga del estado mayor de Werchnaja Golubaja, Gnotke, Gimpf, los dos soldados de Colonia y el de Krefeld llegaron a este último puente, la luna brillaba todavía en el cielo. A su luz contemplaban la corriente del río, que, arrastrando ligeras capas de hielo, se dirigía hacia el naciente día. En la orilla opuesta, la tierra era llana: pantanos, arenas movedizas, un vasto campo abierto, Wertjatschi, Peskowatka, y más allá, Sokarewka. Cualquiera de los pueblos del otro lado podía estar a merced de un ataque ruso.

La gris masa humana quedó estancada a ambos extremos del puente, en la orilla occidental y en el fondo llano de su parte oriental. Solamente se notaba un pequeño movimiento a la salida del puente, y aun allí la multitud no avanzaba más que a ratos. La superficie del río estaba helada hasta el punto de poder sostener a un niño o, incluso, un grupo de niños. Pero algunos camiones que habían intentado cruzar el río sobre el hielo, se hundieron cerca de la orilla. Igualmente, los hombres que quisieron pasar se hundieron algo más al centro, desapareciendo bajo la capa de hielo. Los oficiales encargados de ordenar el tránsito, sin afeitarse, sin haberse lavado siquiera ni comido, gritaban y gesticulaban, obligando a apiñarse aún más todavía a la riada de hombres, para dejar paso a un coche de mando, un automóvil, o, a veces, a un autocar o simplemente a un oficial superior a pie, o a grupos de oficiales o estados mayores de divisiones de infantería y de tanques.

Infantería, artillería, tanques, secciones de los antiaéreos, jinetes con altas gorras de piel de cabrito, etc., todos iban revueltos. La infantería venía en grupos desordenados desde el lugar donde se había producido la irrupción rusa, y todos iban a pie. Habían dejado abandonados en el camino las piezas de artillería y los tanques, muchos de ellos volados. Otros vehículos, que arrastrados fatigosamente durante días enteros, se habían aglomerado ahora

frente a la entrada del puente, obstaculizaban el tránsito. Caballo tras caballo, rueda tras rueda, eje tras eje, así marchaba un interminable tren de servicios auxiliares, carros con municiones, cocinas de campaña, coches sanitarios y un coche de mando con su séquito de camiones pesados.

En el coche de mando iba sentado un general, jefe de una división de infantería. Había pasado con el grueso de su tropa por Perekopka. Parte de su división caminaba por la carretera de Golubaja, y parte se había quedado atrás. El coche que llevaba al general marchaba a la misma velocidad que los hombres. Delante de él marchaban un grupo de hombres a pie y algunos carros; a su espalda, más carros y más hombres a pie; y, a los lados, filas de soldados con caras pálidas y demacradas. Algunos conocían al general; le habían visto en revistas o habían oído hablar de él. Gnotke y Gimpf sabían que para ellos había sido un importante proveedor de cadáveres.

¡General!

El camino era largo y el equipo pesado. Bombas de mano a la cintura; la pequeña pala a un lado; los bolsillos repletos de cartuchos..., así marcharon atravesando Flandes, Arras, Baileul, Hazebrouch y Poperinghe, a través de pantanos, ríos, humo y, por último, la estepa, sin llegar nunca al final, y siempre con la cara sucia, las mejillas hundidas y los pies sin calcetines.

¡Hoy, rey; mañana, cadáver!

¡Has sufrido dos guerras, general! La cruz de hierro en tu pecho es todavía un recuerdo de la primera guerra mundial; el broche y la cruz de oro son condecoraciones de la segunda. Perdimos la primera guerra; ¿perderemos también la segunda, cargando sobre nosotros los duros sacrificios de Njeschegol, Schebekino, del río Oskol y los del Este de Kletskaia? Y ¿para qué? ¿para qué?

¿Por qué sucumbimos, general?

¿Enjugarán nuestras mujeres y nuestros hijos sus lágrimas con la bandera victoriosa o tendrán que llorar eternamente? ¿Era esta guerra necesaria? ¿Fuimos realmente obligados a ella? ¿Se trata de una causa grande y sagrada, de una guerra justa? ¿Defendemos a Alemania en el Njeschegol, en el Oskol, en el Don, en el Volga, mi general? ¿Qué contestarás a las madres cuando te pregunten: «¿Dónde están mis hijos? ¿Dónde está el padre de mis hijos?»

¿Dónde están los hombres de tu división, general?

Parte de ellos se han ahogado en el río Njeschegol, parte han volado por los aires en los alrededores de Kletskaia, parte han caído en las alturas de Golubaja y parte se hallan dispersos. Otros abandonaron los cañones pesados y emprendieron la huida. Salimos con diecisiete mil, y ahora sólo un pequeño grupo se halla sobre el puente de madera que hay entre Akimowski y Wertjatschi.

¿Adónde nos conduces, general?

¡A través del Don, en retirada hacia el Este!

Sin embargo, la voz del soldado no habló. El soldado, el campesino de Celle, herrero de Remscheid, mecánico de Colonia, paisano de Ostermiething o empleado de Ottakring, apoyado en la barandilla del puente, miraba al general que iba en su coche seguido por su cortejo de camiones. El cielo se apretaba contra la tierra. El viento arrancaba la nieve de la superficie helada del río, la echaba contra los rostros de los hombres y cubría de polvillo de nieve las crines de los caballos. Los soldados estuvieron parados hasta que hubo

pasado el séquito del general, y luego se agruparon de nuevo en la columna, que continuó su marcha. No avanzaban mucho. Los del grupo fueron detenidos por una patrulla cuando bajaban del puente:

—¡Alto! ¿De qué regimiento? —les gritaron, y a continuación:

—¡Seguidnos!

Y el flujo humano continuó la marcha.

De nuevo los guardianes del tránsito con sus señales abrieron paso a otro general y a un jefe de división. El primero iba en su coche de mando. Era de mediana estatura, ojos claros y cabello rojizo; su rostro, semioculto por el cuello de la pelliza alzado y la gran gorra, reflejaba en su aspecto las noches sin dormir —las últimas pasadas al este de Kletskaia— y su gran cansancio; noticias alarmantes, comunicados sobre los tanques enemigos, que se abrían paso, posiciones asaltadas, etc., habían dejado profunda huella en su cara. El segundo iba también en automóvil y era bajo, rechoncho, de tez morena. Uno tenía fama de atrevido y poco amigo de contemplaciones, práctico y realista. El otro, trasladado al frente desde el Instituto de Historia Militar, era prudente, teórico e ideológico. El primero aprendió a vivir su vida en el frente —un «bon vivant», no rehúye a las mujeres y le gusta la vida de sociedad—. El segundo puede prescindir de la sociedad, ha continuado durante la campaña sus estudios y trabajos científicos y ha escrito una serie de narraciones sobre el proyecto de la Europa continental y sobre la guerra relámpago; ha descrito situaciones y perspectivas para la Prensa y la radio. Y mientras uno ha salvado unos cuantos millares de cigarrillos de la catástrofe de Kletskaia, el otro trae consigo de su «bunker» un voluminoso manuscrito con el título: «En el camino septentrional de la ofensiva hacia el mar Caspio» —el itinerario trazado para el Sur era: El Cairo, Canal de Suez y Asia Menor—. Uno era el teniente general Damme y el otro el capitán general Goennern. Al teniente general Damme le bastaba con fijar sus ojos claros en cualquiera de los que iban por el camino para darse cuenta de todo y notar todos los detalles: rostro pálido, capote sucio, botas rotas, sin bombas de mano, otras veces la falta de la manta, etc.; veía los distintivos del grupo de la artillería antiaérea, buscaba la pieza y no la encontraba; veía las insignias del arma de artillería y tampoco podía divisar las piezas correspondientes; su conclusión era: « ¡Una completa porquería! »

Cuando el otro general que también atravesaba el puente, el capitán general Goennern, dejaba deslizar su mirada, no se detenía en los detalles ni en ningún rostro particular, ni en el desorden del uniforme, pero abarcaba todo el conjunto: la infantería, la artillería, las compañías de panaderos y carniceros; oía el ruido de diez; mil pasos lentos y el chirrido de las interminables ruedas de la columna; pero... no era el ruido del avance lo que oía; veía más de lo que podían ver dos ojos y una mirada: aquella inmensa corriente gris de hombres que rodaban como masa arcillosa por el valle de Golubaja, bajaban por la altura de Perekopka, pasaban por el puente de madera y se deslizaban hacia el horizonte en dirección Este; y veía el vasto cielo por encima, y sentía ya los copos de nieve que caerían sobre los hombres y los animales; todo este gigantesco espectáculo era transmitido a su cerebro por sus retinas; y así como el viento sopla sobre el mar, así estas escenas y ruidos visibles y audibles desfilaban ante sus ojos e impresionaban sus oídos: crujir de pisadas de batallones en la nieve, gritos, blasfemias, órdenes, humo de cocinas de campaña, olor a zotal de los coches sanitarios, caballos muertos; todo se

repetía en un confuso ir y volver, mil y mil veces, en eterna monotonía, por entre la nieve, la niebla, el hedor de la sangre y el sudor, los gritos y la fila de caras cansadas y agotadas de los soldados.

Los dos generales iban a una distancia de algunos kilómetros; seguían el mismo camino, tenían las mismas imágenes ante sí y, sin embargo, no veían lo mismo.

Goennern, sentado en su coche, iba pasando el puente hacia la otra orilla, hacia la orilla oriental. A su alrededor sentía gritos, veía como patinaban los coches en el barro, vio un pesado camión y espaldas encorvadas, cuerpos gimientes, manos envueltas en harapos —y por manos, muchas veces también, nada más que harapos—. Era medio centenar de prisioneros de guerra que empujaban a los vehículos atascados.

Y aquello no era más que un aspecto del movimiento general, un detalle de aquel panorama gigantesco. El general comandante Goennern no era solamente jefe de una división de infantería, sino también profesor de Historia de la Guerra en una Academia Militar. Por eso, ante las escenas que se desarrollaban a su vista, no solamente veía espaldas rusas, sino que al mismo tiempo se imaginaba espaldas cartaginesas, macedónicas y etíopes, así inclinadas hasta el suelo, y le parecía muy natural que aquella carretera que conducía al mar Caspio y, más lejos, al Asia, aquella carretera, que era la ruta del nuevo Imperio occidental, fuera cimentada con los huesos de los esclavos vencidos.

Ciertamente, por esta vez, los prisioneros de guerra no empujaban unos coches que emprendían un costoso avance victorioso por aquellos barrizales, y esto constituía un notable desfiguración de la imagen, una disonancia aguda. Así lo comprendió Goennern, pero no hizo gran caso:

—¡Dése usted un poco de prisa, vamos, pase adelante! —dijo a su chofer.

También Damme pasó por el lugar donde estaba aquel gran camión atascado y vio a los prisioneros empujándolo. Pero no se le había ocurrido ningún paralelismo histórico, ni había venido a su mente el antiguo Imperio romano, ni la nueva «gran Alemania», ni las autopistas de la «gran Alemania» al Asia. Su mirada fue atraída por una cara picada de viruelas y unos ojos grises y pensó: «Este hombre tendrá unos treinta años. Seguramente habrá amado a una mujer y le gustarán las diversiones, y ahora ni puede beber una gota de aguardiente, ni ver el rostro de una mujer. Dentro de algunas semanas, acaso, ni siquiera exista. Es triste. No me extraña que su mirada sea tan fría como el hielo.»

El general Goennern veía la carretera obstruida por los cuerpos de los soldados, veía soldados apiñados ante las cocinas móviles, veía grupos de combatientes dispersos, veía rumanos con armas y sin ellas, veía camiones repletos de leña que bloqueaban la carretera, veía grupos de mujeres caminando sobre la nieve. Todo ello era indicio del derrumbamiento de un orden. ¡Urgía evitarlo! Necesitaba un cuarto y unas mesas para él y los oficiales de su estado mayor, un teléfono y habilitar puestos de recuperación. Todo cuanto antes: ¡No se podía perder ni un minuto!

Damme, el indiferente, el atrevido Damme, que sacrificaba sus hombres, sin escrúpulos cuando la ocasión lo exigía, Damme, que había dejado montones de cadáveres en Njeschegol y al este de Kletskaia, este Damme, y no el idealista Goennern, era el que sentía compasión ante aquel caos humano. Damme también veía a los rumanos, a los fugitivos, a los camiones

parados que querían cruzar el Don y no podían avanzar.

—¿Adonde vais? —preguntó a los conductores que llevaban las cargas de leña e impedían el paso de las divisiones.

—Al otro lado del Don y luego hacia Bogutschar —le contestaron.

—¿Estáis locos? ¡A la otra orilla y luego a Bogutschar! ¿Qué queréis hacer en Bogutschar?

Los conductores chapurreaban el alemán. Eran italianos. Su formación estaba en Bogutschar, en el sector de Woronesh y habían ido a Stalingrado a cargar leña. Después de desmontar una casa habían cargado las vigas; sin embargo, a su regreso ya no les fue posible pasar por Kalatsch, y ahora intentaban hacerlo por el Norte.

—¡Atrás, dad la vuelta, hacia Pitomnik, hasta Stalingrado! —ordenó Damme, y esperó hasta que los conductores se pusieron en marcha en dirección contraria. Luego, ordenó a su chofer que le siguiera hasta el estado mayor de la división de infantería, que se hallaba en el pueblo próximo. Descendió del coche y lo abandonó entre un mar de caballos, carros, hombres y trineos y continuó a pie su camino. Interpeló a un soldado:

—¿Cómo se llama usted? ¿De qué unidad es? ¿No puede cuadrarse? ¿Por qué no saluda a un superior?

En la carretera vio a un capitán que cojeaba ante él, apoyándose en un bastón.

—Hola, Tomás, ¿de dónde viene?

—¿De dónde viene también usted, mi general?

—¿Qué le pasa en la pierna?

—Han sido los rusos, mi general; pero no está tan mal como parece; ya me curarán.

El capitán Tomás no estaba solo. Un joven teniente iba a su lado. Era el ayudante de Vilshofen. Tomás le presentó:

—El teniente Latte.

—Y, ¿dónde está Vilshofen? —inquirió el general.

—El señor coronel está allí, en aquel grupo.

El teniente Latte miró hacia atrás, al Don y a la orilla opuesta.

—Estoy buscando a mi unidad. Tengo que hallar al jefe, al teniente coronel Unschlicht. ¡Tal vez el señor general podrá facilitarme algún dato! —dijo.

—Debe encontrarse en Peskowatka o aquí. ¡Esto es una porquería! ¿Qué dice Vilshofen?

—El señor coronel dice que nos movemos en dirección equivocada; que, por el contrario, deberíamos marchar hacia el Oeste para entrar en contacto lo más pronto posible con el frente alemán, abandonando Stalingrado si fuera preciso.

—¡Abandonar Stalingrado! —dijo el capitán Tomás.

—¡Vaya solución! ¡Así es Vilshofen: lo quiere todo!

—¡El señor coronel dice que no hay otro remedio, dada nuestra situación!

—¡Vaya solución —repitió el general Damme, como único saludo de despedida entre oficiales.

Pronto vio otra cara conocida. La del capellán de su división.

—Hola, padre, ¿cómo está usted y qué hace aquí, en medio de todo este revuelo?

—Hoy he celebrado una misa aquí, en Wertjatschi y luego estuve en Peskowatka, mi general; pero durante el camino ya me di cuenta de que no

podía celebrar ninguna misa más en medio de la baraúnda que reinaba en aquel pueblo. El patio del hospital estaba totalmente ocupado por los vehículos sanitarios. ¡Ha venido una verdadera invasión desde el Sur y por el puente de Lutschenski!

—¿También por allí?

—No es posible reconocer a nuestra hermosa Peskowatka, mi general.

El general conocía Peskowatka. Había estado allí con motivo de una conferencia de jefes de división, y quedó asombrado por el orden y belleza del pueblo. Era muy distinta del lugar donde estaba emplazado su cuartel general en la otra orilla del Don; era diferente también de Wertjatschi, donde la guerra había dejado profundas huellas. Peskowatka, con sus estados mayores, con sus administraciones, hospitales y sus casas para alojamiento, estaba en plena normalidad, permanecía intacta; y como había estado cerrada a las unidades en marcha, reinaba en ella la tranquilidad más completa.

—¿Es verdad que no se la puede reconocer?

—Por todas partes hay fugitivos. Han entrado en ella oficiales a caballo, vehículos y soldados rumanos procedentes de Kalatsch. Es completamente imposible transitar en coche por sus calles.

—¿Qué tribu de gitanos habrá acampado aquí? —El general señaló una casa rodeada de coches y otros vehículos; la entrada del corral estaba obstruida por carros y grupos de soldados con la cabeza vendada.

—Es el hospital militar, mi general.

Iba Damme andando, cuando oyó unos gemidos que partían del interior de uno de los coches, y las palabras «Kletsckaja... Perelasowski... tres días sin comer... ¡pan!»

Otra voz gritaba:

—¡Quitádmelo! ¡Está sobre mis rodillas!

—¿Y dónde lo vamos a poner? —interrogó Damme.

—Pero, ¡si hace horas que está muerto! —fue la respuesta un tanto desabrida e irrespetuosa del soldado.

Damme llamó a unos soldados que presenciaban aquel incidente:

—¡Sacad fuera ese muerto!

—¡Aquí hay más! —Se oyó otra voz que procedía de la parte posterior del coche.

—¿Dónde está el doctor?

Acudió el cura con el médico.

—Doctor, estos hombres vienen de Perelasowski, llevan muchos días de marcha; dicen que no les han dado nada de comer.

—¡El número de heridos es enorme, mi general! ¡Es absolutamente imposible atenderlos aquí a todos!

—Pero, ¡no puede dejarse morir a todos estos hombres así, ante la puerta de un hospital de sangre!

—Todo está lleno, mi general, la casa, los corredores, el establo, todo, hasta el último rincón.

—¿Qué van a hacer entonces?

—Se ha dado la orden de instalar hospitales de sangre provisionales más al Este. Hasta ahora no se ha decidido si la tropa debe dirigirse hacia Dmitrewka, Nowo-Alejewka u otra población, mi general.

—Usted debe ser de Renania, ¿verdad?

—Sí, mi general: de Aquisgrán.

—¿Lleva mucho tiempo en la división?

—No; estaba en un hospital más retirado. Hace poco que he venido.

—Dígame, dígame, ¿por qué no se transporta en seguida a estos heridos en avión a la retaguardia?

—Cumplimiento de órdenes. Solamente deben ser trasladados en avión los heridos que puedan viajar sentados.

—¿Y los demás?

El médico no contestó; se limitó a mirar al general, y éste comprendió. Damme decidió ir en seguida al estado mayor de su división y no hacer más preguntas sobre temas que no eran de su incumbencia. Más tarde vio a un grupo de mujeres y se detuvo. Eran alemanas. Una bandada de golondrinas en un temporal de nieve —pensó—; había caras muy jóvenes llenas de sudor y sucias de barro; estaban cansadas; parecía que las habían sacado de un lodazal; llevaban el uniforme de enfermeras de la Cruz Roja.

—¿Puedo ayudarlas en algo, hermanas? ¿Adónde van? ¿De dónde vienen?

Iban al aeródromo de Pitomnik y venían de Kalatsch. Habían huido de este punto cuando ya los tanques rusos rodaban por sus calles. Su camión se había negado a seguir marchando, por falta de gasolina. Y allí estaban ahora, de pie, enfundadas en su uniforme blanco-azul, sin capotes, llenas de frío y de cansancio. Damme buscó al cura con la mirada; pero éste se había quedado en el hospital; en vista de lo cual, se llevó consigo a las mujeres al estado mayor de la división.

El puesto de mando de esta división, cuyo frente estaba en dirección noreste, con su incongruente tránsito de vehículos y la invasión de los oficiales que llegaban de otra media docena de divisiones desorganizadas, parecía una casa de locos; por lo menos, así lo afirmaron el comandante y sus oficiales.

En el cuarto del jefe de la división, general Geest, había un número considerable de jefes y oficiales de la orilla opuesta del Don. Se encontraban en él, entre otros, los generales Goennern y Damme. También el comandante de artillería Vennekohl formaba parte de la reunión. Todos estos hombres tenían necesidad de algo; comunicación telefónica con sus formaciones, cosa que no podían conseguir en la mayoría de los casos, porque sus unidades se hallaban también en marcha; comunicación con el estado mayor del ejército, que tampoco podían obtener por desconocerse la nueva sede del mismo; abastecimientos, artículos sanitarios, alojamiento, combustible para los camiones y los tractores; en una palabra, lo necesitaban todo y allí no les podían dar nada. La propia división no tenía provisiones más que para diez días y en los depósitos de gasolina la reserva no llegaba a tanto. En cuanto a los heridos, el hospital de sangre y el principal estaban repletos y sólo podía admitirse a alguien en muy raras ocasiones y siempre a muy poca gente. El general fue hospedado con su estado mayor en una casa dedicada a la cría de cerdos, sita al este de la ciudad. Para el general Goennern y su séquito se acondicionaron dos habitaciones de la Administración del campo de concentración de prisioneros de guerra y una de las barracas destinadas a los soldados de guardia, y para éstos se desalojó un «bunker» hasta entonces ocupado por prisioneros. Cuando llegó Damme y pidió alojamiento, Goennern tuvo que cederle uno de los cuartos que tenía a su disposición; los soldados de guardia tuvieron que hacerle entrega de la segunda barraca, y, en



consecuencia, los prisioneros enfermos rusos se vieron también obligados a evacuar su «bunker».

## VI

## POSICIÓN «ERIZO»

Entre tanto, el general Geest y sus oficiales estaban totalmente ocupados en resolver su propia situación, que requería profundo estudio. Las divisiones se hallaban en retirada; pero los rusos no cesaban de presionar por la retaguardia. En el sector de su división, las incursiones rusas se sucedían una tras otra y cada hora exigía disposiciones nuevas. Un ataque verificado por tanques rusos aquel mismo día había sido rechazado; sin embargo, algunas máquinas enemigas habían llegado hasta las casas de Wertjatschi penetrando por algunas de sus calles.

El Oeste, que la víspera aún era tranquila retaguardia, se había convertido en frente durante la noche. Al otro lado del Don, cerca de Perepolni, la división alemana vecina mantenía todavía, en su retirada, algunas posiciones hacia el Norte; y, cerca de Lutschenski, la división de Geest sostenía una cabeza de puente contra los ataques que la caballería enemiga realizaba desde el Sur. Sólo mientras se mantuvieran estas posiciones, sería posible el cruce del Don por las tropas derrotadas.

La situación que se le presentaba al jefe no era muy halagüeña: incursiones enemigas por el Noroeste; lucha al Oeste con el frente invertido; en la orilla opuesta del Don, un batallón de zapadores con formaciones improvisadas, combatía contra los tanques y la caballería; más hacia el Oeste, en las alturas de Golubaja, peleaban algunos grupos formados de improviso, como el del coronel Vilshofen, que afirmaba no poder abandonar sus posiciones, hasta que el frente se derrumbara por completo. Para esto había enviado a su ayudante a la división próxima a pedir gasolina, municiones y toda suerte de socorros. Para completar el cuadro, numerosos fugitivos del Sur relataban como los tanques rusos habían penetrado en las calles de Kalatsch.

El jefe de la compañía del estado mayor, capitán von Holhvitz, repasaba en su memoria los relatos de los fugitivos de Kalatsch. ¡Órdenes contradictorias! ¡Dios mío: también aquí sobran! ¿Puede esperarse mucho de una población civil armada con hachas, cuchillos de cocina y animada de toda suerte de propósitos agresivos? En tales circunstancias, lo más conveniente es adoptar toda clase de medidas de seguridad.

El encargado del almacén entró en la habitación. Iba en busca del oficial de

intendencia; pero se detuvo un momento y exclamó:

—¡Toda la harina se ha perdido, mi capitán! ¡Sesenta toneladas! ¡Imagínese usted!

El capitán von Holhvit no se imaginaba ni comprendía nada, y así lo entendió el encargado del almacén, que se dirigió al brigada Poehls:

—Dígale al capitán lo sucedido. ¡Sepa usted, capitán von Holhvit, que la harina estaba almacenada en la otra orilla del Don!

—Llegué en un trineo y me encontré con el campamento ardiendo. Las llamas salían de todos los tejados. Un teniente había dado la orden de prenderle fuego. No pude enterarme de más detalles —contó el brigada Poehls.

—¡Qué lástima de harina! —quejose el encargado del almacén marchándose.

El capitán von Holhvit no se quedó mucho tiempo solo.

Esta vez fue el cura de la 376.<sup>a</sup> división, que se encontraba aquí como huésped desde hacía unos días, el que interrumpió al capitán en su trabajo, muy urgente, según su opinión personal.

—¿Qué novedades hay, señor von Holhvit; nos quedaremos o nos marcharemos? —interrogó el cura. Von Holhvit encogiose de hombros. No quería que le estorbasen en su faena; sus manos cogían papeles, cartas y fotografías. El capellán observó que tenía la estufa abierta, y comprendió que von Holhvit estaba revisando y quemando su correspondencia particular; que en aquel momento era inoportuno y que el capitán deseaba estar solo; sin embargo, aquellas manos que se movían nerviosas manoseando los papeles eran una respuesta bien clara a su pregunta sobre la situación del frente.

El capellán se marchó.

Se había hecho útil durante su permanencia en otra división, y quería solicitar del oficial de organización un permiso para una sección de cavadores de fosas comunes; necesitaba también del oficial de la IV sección una asignación de pan para distribuirla entre los heridos acondicionados en los vehículos aparcados frente al hospital. En el corredor, tropezó con un cabo de la compañía de estado mayor, cuyo nombre conocía, que servía ahora de enlace con la fuerza organizada improvisadamente en la otra orilla del Don.

—Hola, Riess, ¿cómo van las cosas por allá? —saludó.

—Los cosacos atacan en nuestro sector. Únicamente necesitamos refuerzos; pero a nuestras espaldas, en el sector vecino, en una sección mandada por un coronel de «panzers», anda metido el diablo —contestó el cabo.

El capellán entró en el cuarto del ayudante, el comandante von Bauske. En su compañía se hallaban Damme y el jefe de la división, que habían escapado con Goennern y Vennekohl del tumultuoso ajeteo que reinaba en la habitación de este último.

El barón von Bauske tenía la palabra. Tema: «Suicidio en situaciones sin esperanza». Contó un caso sucedido en su tierra, en Rakwere, Kurlandia, en el año 1625. Unos alemanes encerrados con mujeres y niños por los rusos, habían hecho volar su refugio. A éste, siguieron otros relatos del mismo género.

El teléfono sonó. Estaba llamando casi sin interrupción. Un regimiento que acababa de atravesar el Don buscaba a su jefe; además, el ayudante quería saber dónde podría encontrar cobijo para la tropa.

—Imposible alojar a un solo hombre en Wertjatschi. ¡Ni uno solo! ¡Lo siento mucho! —repuso Bauske, y continuó su interrumpido discurso:

—Sí, ¿qué po...?

De nuevo fue interrumpido por el teléfono. Esta vez era el jefe del campo de concentración de prisioneros y Bauske le contestó:

—Orden: ¡Los prisioneros rusos deben evacuar sus «bunkers»!... No, en la cuadra tampoco, también la necesitamos... No; no puedo hacer nada; en todo caso, se efectuará el transporte lo antes posible...

Von Bauske se dirigió de nuevo a sus camaradas. Miró a su jefe, el general Geest:

—Sí, ¿qué otra cosa vamos a hacer si los rusos nos encierran aquí?

Geest no encontró réplica. Goennern parecía concentrado en hondas cavilaciones. Damme miraba la ceniza de su cigarro. Vennekohl se acordó de su mujer y de su hija de ocho años, cuyas fotografías llevaba en la cartera y dijo:

—¡Realmente, volar al aire con mujer y una hija es encantador!

Bauske dijo con aire de entendido:

—¡Cuando luchan eslavos y germanos, el vencido se suicida siempre!

—Dígame, padre, ¿qué opina usted? —quiso saber Vennekohl. El capellán expuso toda una serie de razonamientos contra el suicidio, sin más resultado que el de provocar una sonrisa compasiva de Bauske y de algún otro, y cuando la conversación fue interrumpida, todos se alegraron. Un oficial se presentó trayendo nuevos partes del frente. Después de su lectura, Geest explicó:

—La situación es muy grave; pero nos mantenemos firmes; no obstante, la situación en la otra orilla del río es completamente confusa; si no fuera porque Vilshofen resiste en Golubaja, no hubiéramos podido sostener la cabeza de puente.

El oficial de Información tenía aún otro radiograma. Geest lo leyó en silencio y se lo entregó a sus compañeros sin hacer ningún comentario. El texto produjo el milagro de hacer olvidar a todos, momentáneamente, el peligro que se cernía sobre las fuerzas de la otra orilla. Vennekohl se enteró también de su contenido, limpió su monóculo y lo guardó, contemplando a Goennern, a Damme, al oficial de Información, a Bauske y al cura.

—Goennern, usted conoce bien la Historia. ¿Hay ejemplos de un caso como el presente?

—Sí: Waldai y Cholm.

—Es cierto, allí tampoco fueron las cosas muy bien; pero me refiero a casos anteriores de la historia de la guerra.

—No, no hay casos similares, salvo en algunas guerras de sitio.

—Yo tenía entendido que romper el cerco lo más pronto posible era un principio fundamental en tales casos.

—¡Claro está! —corroboró Damme, sin recordar que cuando, una hora antes, el coronel Vilshofen le había expuesto esta idea él había exclamado despectivamente: «¡Vaya solución!»

—¡Venga, Unschlicht! —dijo Geest dirigiéndose al coronel jefe del estado mayor de la unidad que combatía en la orilla opuesta del Don, el cual, abriendo la puerta, quería retirarse con una excusa—. Tenemos que fortificar y defender nuestras posiciones; ¿qué dice usted a esto, Unschlicht?

El coronel Unschlicht era un hombre que escogía cuidadosamente y con gran prudencia sus palabras:

—Estoy informado de que el jefe supremo ha tenido en cuenta las dificultades que la ejecución de este plan lleva consigo. Estas dificultades consisten, ante todo, en el hecho de que no hay instalaciones de defensa en los nuevos frentes meridional y occidental que tendrán que formarse, y en la imposibilidad de abastecer por el aire a un ejército tan numeroso. Esta es también la opinión de los generales jefes, y en este sentido se ha cursado el parte correspondiente al Führer.

—Aquí está la contestación —replicó Geest entregándole el parte donde se detallaban las nuevas líneas de defensa previstas bajo el supuesto del cerco.

—Debe de haber motivos muy importantes para esta decisión —sentenció después de haberlo leído.

—Es muy posible, mejor dicho, muy probable, que la columna de socorro se halle ya en camino —dijo Goennern.

Mientras tenía lugar esta conversación, un coche se detuvo en el patio. Un coronel descendió de él, era Vilshofen. No había transcurrido un minuto, cuando Vilshofen estaba ya frente a las personas reunidas en el cuarto del ayudante.

—Señores: ¡la 384.<sup>a</sup> no resiste por más tiempo! ¡La cabeza de puente de Perepolni saltará! ¡Es preciso reunir cuanto antes las fuerzas disponibles aquí y conducir las allá! ¡Perdone, mi general... Vilshofen! —Hasta este momento no había hecho Vilshofen su presentación al general para él aún desconocido—. Mi grupo —explicó dirigiéndose a Unschlicht, el jefe de su cuerpo— se ha retirado por Orexewski-Osinski-Werchnaja-Golubaja y se ha reunido con otros grupos formando una línea muy débil entre Lutschenski y Perepolni. Necesito municiones inmediatamente.

Unschlicht miró a Vennekohl, y, como éste no abriera la boca, dijo que, según órdenes recibidas, se habían volado todos los depósitos de municiones que no podían ser transportados.

—¡Volado!...; pero, ¡señores! —Vilshofen dirigió una penetrante mirada a los reunidos—, ¿han perdido ustedes la cabeza? ¡Y qué conversación era la que sostenían cuando les interrumpí al entrar? Oí que decían: «fortificar posiciones». ¿Han efectuado las maniobras pertinentes, preparando los polvorines, depósitos de combustible, armas especiales, etc.? ¡No! ¡No se ha hecho nada de esto! ¡Al contrario, ni siquiera se han estudiado las posibilidades de ello! Nuestras reservas son ya de por sí muy reducidas y limitadas; y a pesar de todo, ahora, durante la huida, ¡se abandonan o se vuelan! Señores: ¿adónde vamos a parar? ¡Hablemos claro de una vez! Hemos caído en una trampa y nos encontramos en ella no por un plan preconcebido, sino porque nos han encerrado. ¡Tenemos que salir de aquí lo más pronto posible!

—¡Lea usted eso! —dijo Geest entregando el parte a Vilshofen.

—¿Qué significa esto?

—¡Esto quiere decir que el Führer ordena que establezcamos una posición «erizo»!

—Bien, pues... aquí está la orden paralela, la única que he recibido de mi autoridad superior, y dice que, a partir de hoy, la ración de la tropa debe ser reducida a la mitad. Así comienza la posición «erizo».

—¡Si así se empieza, esto puede resultar una «magnífica» porquería! —fue el sarcástico comentario.

—Sea como fuere, me vuelvo a mi puesto. Necesito munición del 3,7 y del 5 para los antitanques, granadas y munición para las ametralladoras; y ya he

manifestado que es preciso reunir tropas de refuerzo inmediatamente.

El general consultó con su oficial de organización.

Vilshofen recibió munición para los antitanques y las ametralladoras; envió su propio coche al polvorín; lo hizo cargar, y se marchó con su ayudante.

El general Geest dispuso algo más. Con soldados dispersos y personal de retaguardia hizo formar una compañía de refuerzo que mandada por el capitán Holhvitze fue en ayuda de las fuerzas que luchaban al otro lado del Don. Entre tanto, los departamentos destinados para el alojamiento de sus huéspedes habían sido evacuados. Cuando Geest regresó al cuarto del ayudante a despedirse de Goennern, Damme y los demás, la noche extendía su mano ante las ventanas de la barraca de madera.

Venenkohl y Unschlicht se dirigieron hacia el extremo oriental del pueblo. Goennern y Damme llevaban el mismo camino y tomaron asiento en el mismo coche.

Tinieblas. La nieve flotaba en el aire. Grupos de soldados deambulaban todavía por las calles. Los dos generales se dirigieron al extremo septentrional y luego a la calle que desembocaba cerca del río. A su derecha, los árboles frutales bordeaban el camino. Los troncos grises de los manzanos se perdían a sus espaldas como fantasmas. A su izquierda se extendían los pantanos hasta la orilla del río y el puente de Perepolni.

Alguien se movía frente a ellos. Ruido de latas, perlas, palas. Era la compañía conducida por Holhvitze que se dirigía al puente de Perepolni. En ella iban también los soldados recuperados en la huida. El campesino de Celle, el muchacho de Ottakring, el contable de Durlach, los dos mecánicos de Colonia —Schorch y Tuennes—, Ketteler, el herrero de Remscheid, el sargento Gnotke y el soldado Gimpf.

El coche continuó su recorrido un rato aún; y cuando se detuvo frente a la barraca acondicionada para la administración y Goennern y Damme descendían para echar una ojeada a los alrededores, oyeron una pieza de artillería rusa que disparaba a intervalos sobre el puente de Perepolni.

—No nos quedaremos mucho tiempo aquí —observó Damme.

## VII

## OTORWANOWKA, HOSPITAL DE SANGRE

El médico jefe había estado al otro lado del Don, descansando en una casita. Lejos del bullicio y del frente, en una solitaria casita del valle de Golubaja, allí contempló el cielo de otoño. Había visto avanzar el invierno y reflexionaba sobre la guerra y su carrera militar. No podía continuar siempre así. Ayer, a través del río Njeschegol; hoy, el Don; mañana, el Volga; luego, el Ural y, quizá también, el Amur-Daria y el Indo; y él, con su grupo de sanidad, siempre detrás del ejército, recetando purgas, «cuprex» contra los piojos, vacunas contra el tifus y la disentería, o entregando muertos al capellán, que siempre ordenaba levantar un solitario cementerio algunos kilómetros más al Este, en el bosque o en la estepa.

No podía continuar así: «Los árboles no crecen hasta el cielo». Sin embargo, el médico jefe Huth no había sospechado que la interrupción se efectuaría de aquel modo. No podía caber en sus vacilaciones la catástrofe que tuvo lugar: rotura del frente alemán y ataque por la retaguardia, siendo empujados desde el Oeste hacia el Este. En aquella misma casita donde descansaba, recibió la orden de ponerse en marcha, presentarse en el hospital de Wertjatschi y quedar a disposición de las autoridades médicas de la división. No le habían facilitado medios de locomoción ni se le había presentado oportunidad para subir en uno de los camiones que circulaban por la carretera. Abandonando su equipaje particular, empezó la caminata, convertido en una cara pálida más de las que constituían la grisácea masa humana que se desplazaba hacia el puente del Don.

Un solo día y una sola noche pasó en el hospital de sangre de Wertjatschi. Al siguiente, ya estaba destinado a una compañía de sanidad, a las órdenes del doctor Baumler, y los dos se habían puesto en camino en dirección a una estación de tractores situada al sur de Wertjatschi, para establecer allí un hospital de sangre provisional. Cuando llegaron a una casa de labranza, encontraron una inmensa cantidad de heridos que les aguardaban. Lo mismo que en el hospital de Wertjatschi, yacían aún sobre los vehículos que los habían transportado, sin posibilidad inmediata de que se los pudiese descargar. La casa y los establos estaban ocupados por la tropa. Al caer la noche, recibieron una orden nueva, comunicándoles que el hospital debía ser

trasladado más a retaguardia, a un aduar alejado del pueblo, llamado Otorwanowka.

Al día siguiente, el comandante médico Baumler, el capitán médico Huth, el brigada y el sargento de sanidad, continuaron su camino montados en carros de aldeanos. A excepción de Huth, el resto de la compañía sanitaria, unos treinta en total, era el cuerpo sin miembros de una unidad recientemente aniquilada en el fatídico recodo del Don.

El camino bajaba hasta el barranco de Peskawatka y la carretera procedente de la ciudad de dicho nombre. Cuando hubieron atravesado el barranco y continuaron por la carretera, ya no iban solos. Ahora solamente formaban una minúscula porción de la riada de soldados de infantería, ambulancias, carros cargados con munición, coches de los estados mayores o de los depósitos de Peskawatka y Wertjatschi, que eran evacuados. Y por encima de la columna, bajo un encapotado cielo gris, la húmeda nieve caía sobre las cabezas de los hombres, los lomos de los animales y los techos de los vehículos.

Huth y Baumler marchaban codo con codo. Habían pasado varias noches de insomnio, y su conversación, que versaba sobre sus respectivas vidas, se agotó pronto. Baumler tenía veintinueve años; Huth, treinta y cuatro. El primero había cursado sus estudios en la Academia Médica Militar y desde un principio había elegido la profesión de las armas; pero Huth tenía un pasado muy extraño, que asombraba a Baumler a juzgar por lo poco que de él sabía, y no había obtenido el título de médico hasta la guerra.

Baumler pensaba en la instalación del hospital, en el material salvado, a todas luces insuficiente, en la ínfima cantidad de productos farmacéuticos, en el personal tan reducido; anteriormente, la compañía contaba con seis médicos, un farmacéutico, un oficial habilitado y sesenta y cinco hombres. Ya habría manera de arreglarse. Baumler buscó con la vista a su colega Huth. Éste se había quedado atrás, dejó pasar todo un tren de carritos rusos y se subió a un trineo que iba menos cargado por la poca nieve del camino. Baumler ya no vio en él a su «colega Huth», sino a su «inferior, el capitán médico Huth». Era lógico que se encontrase fatigado; pero, ¿quién no lo estaba? Su acción de subir al trineo era muy desagradable, y debería mandarle bajar de allí; pero no lo hizo. Baumler, el comandante médico, continuó hundiendo sus pies en el barro y la nieve.

Huth no pensaba en el trabajo que le esperaba. Iba sentado, y cuando alzaba la vista de vez en cuando, divisaba ora un camión cargado hasta arriba; ora las piernas de algunos soldados enfangados hasta el cuello; o bien un rebaño de vacas que marchaban a su lado para el suministro de los estados mayores. Caminos extraños los de esta guerra —reflexionaba mientras avanzaba en su trineo, respirando el húmedo aire de nieve—. Caminos extraños, y aquel general de ayer —¿anteayer, acaso?— había dicho: «No se puede dejar perecer a los hombres sobre los carros». —Y, ¿por qué no se...? ¡Naturalmente que no se podía! Sin embargo, así era. Cuando uno tenía una bala alojada en el vientre, se requería una operación de hora y media; sin embargo, se le aplicaba un puñado de algodón sobre la herida —trabajo de un minuto— y ya estaba listo; sí, listo para siempre. Y si se le atendiese, sería a costa de abandonar a otros veinte o treinta que se morirían también. Caminos raros y distintos. Él se hallaba ahora en el camino de Peskawatka a Dmitrewka;



mientras tanto, Lucía, que formaba parte de la Asociación de mujeres nazis, escribía desde Berlín: «...y África es una parte geográfica de Europa». También hablaba de «posiciones clave», de «espacio vital», y decía: «cada hombre es una fortaleza», «nuestro incomparable Führer», etc., etc. No faltaba más tópico que el consabido «los judíos tienen la culpa de todo». Pero esto no lo podía decir, porque su padre era judío. Afortunadamente era hija ilegítima, por lo que en sus papeles no salía nunca a relucir su origen. Le informaba también de la escasez de tabaco y del haba de soja, y sobre todo de los elevados precios del mercado negro. Sí, verdaderamente, aquel tiempo pasado en que vivían juntos en su cómoda casita y decidían por la noche, jugando una partida de dominó, quién tenía que levantarse a la mañana siguiente a buscar el desayuno, aquellos sí que eran buenos tiempos. Y, si no hubiera sido por Hitler, que expulsó a los judíos de las aulas y de las clínicas, viéndose obligado a aprobar forzosamente a los estudiantes porque se necesitaban con urgencia médicos, tal vez no habría aprobado aún, y continuaría su despreocupada vida.

Aquellos tiempos pasados eran buenos. El estudiante Víctor Huth no se había interesado únicamente por la medicina, sino también por otras muchas cosas; por la literatura, la pintura, la música, la política y el deporte, y más que por esto aún por los escritores, pintores, músicos, deportistas y políticos —los buscaba personalmente en el café, en la oficina, el gimnasio o el taller—. En la política, se interesaba tanto por los de derechas como por los de izquierdas y los del partido «nazi», e intentaba comprenderlos como hombres y su valor dentro de la comunidad. Así se comprendía que estas ocupaciones le emplearan más tiempo que el cadáver de un suicida tendido sobre la mesa del hospital; y que los cursos resultaran demasiado cortos para estudiar bien todas las asignaturas. Por fin, llegó Hitler, y teniendo en cuenta sus conocimientos de boxeo y de gimnasia, pudo aprobar la Física. Sirvió durante un año en el ejército, y luego, con gran satisfacción de su familia, se especializó en Cirugía. No había abandonado a Lucía —y en esto no había correspondido a las esperanzas de sus parientes—, sino que continuaba viviendo con ella. Durante algún tiempo, trabajó como ayudante en un gran hospital de Berlín, y pronto estalló la guerra. Y ahora... nieve, un trineo tirado por un caballejo peludo como un perro de pastor, que avanzaba lentamente, y él sentado encima, camino de Otorwanowka.

Al filo de la noche la columna llegó a Dmitrewka.

Una carretera larga con muchas casas destruidas; otras, sin establos, sin tapias; habitaciones sin techo. Avanzaron algo más aún, y la obscuridad más completa reinaba ya totalmente, cuando llegaron a su destino. A un lado, cinco barracas de madera; al otro, tres «isbas» o chozas de adobes. Esto era Otorwanowka, donde debían instalar el hospital, según la orden recibida.

Aquí esperaban a los heridos procedentes de Wertjatschi, Peskowatka y del nuevo frente en formación. Sin embargo, apenas se podía hablar de «instalación», pues ya les aguardaba el trabajo: la cura de gran número de heridos, conducidos a aquel lugar por el rumor de que allí se instalaría un hospital de sangre. Los habían llevado en ambulancias, en camiones, en carros rusos «panje», en trineos, en toda suerte de vehículos y a pie, y ya ocupaban todas las «isbas» hasta el último rincón.

Apenas llegó el camión de la compañía sanitaria con un pequeño generador, apenas fue instalada la luz en una de las habitaciones de la casa de

un campesino, desalojada previamente de los heridos que la ocupaban, y apenas la gran lámpara de operaciones había sido colgada sobre la mesa — mejor dicho, dos lámparas sobre sendas mesas—, el comandante médico Baumler y el capitán médico Huth se inclinaron sobre la larga hilera de heridos para quitarles los harapos sucios y sanguinolentos que cubrían sus llagas. Empezó el trabajo, y aquel hombre con mandil de goma y una sierra en la mano, dejó de ser el médico militar que se divertía esquiendo durante sus vacaciones en el pueblecito de Baviera, y que pasaba las noches en el café jugando al póker.

Y el otro tampoco era ya el bohemio que jugaba al dominó con Lucía, o al ajedrez en el café, y que dedicaba sus noches libres a reuniones políticas, conciertos, espectáculos deportivos, discusiones sobre la lírica china o el psicoanálisis. Los dos hombres, con sus delantales y sus brazos remangados, habían dejado de ser doctores en el verdadero sentido de la palabra; ahora no eran médicos ni cirujanos: eran condenados a trabajos forzados con sierra y cuchillo. Los practicantes les ayudaban, quitaban los vendajes sucios y ponían los nuevos, aplicaban narcóticos, esterilizaban instrumentos y colocaban el brazo o la pierna en la posición conveniente, mientras el médico cortaba y aserraba. El ayudante de Baumler conocía el significado de cada movimiento de su jefe y seguía atentamente cualquier señal. El asistente de Huth no estaba aún acostumbrado a la manera de trabajar de su jefe, al que ayudaba por primera vez. Atmósfera viciada y olor a sangre. Los aparatos de esterilización y la enorme lámpara que pendía sobre sus cabezas daban mucho calor. No se podía abrir ni una ventana. El sudor perlaba las frentes de los médicos y de sus ayudantes. La hilera de cuerpos destrozados no tenía fin. Apenas se quitaba uno de la mesa de operaciones cuando ya era reemplazado por el siguiente. La sangre corría por el suelo.

Trabajaron sin cesar. El alba sorprendió a Baumler con los pies hundidos en un charco de sangre. Lo mismo estaba Huth. Un soldado les trajo una taza de café. Baumler la cogió y se la bebió de un trago sin sentarse. Huth le imitó. Huth cerró los ojos un instante, luego volvió a inclinarse sobre un miembro humano destrozado. Una herida en el muslo: extracción de una esquirla de metralla, inyección contra el tétanos y vendaje. El siguiente: una cadera atravesada por una bala. El hombre yacía con la nariz sobre la mascarilla de éter, tenía la guerrera sobre la cabeza, los pantalones colgando de sus piernas y los pies embutidos en unas pesadas botas cargadas de barro. Le cortaron los trozos de carne que colgaban y limpiaron los bordes de la herida. Adelante. El siguiente: una bala en la barriga. Caso desesperado. Un trozo de algodón en el orificio de entrada del proyectil. ¡Fuera! El siguiente. El siguiente...

Ahora eran enfermos:

—¿Qué le pasa a usted?

—La cabeza, el vientre, los pies hinchados, los tobillos dislocados.

—¿A qué unidad pertenece?

—A tal y a cual.

—¡Vaya a incorporarse a su unidad!

Había heridos que podían andar, otros que podían sentarse y heridos graves; había enfermos, y sanos que se fingían enfermos. Dos médicos y treinta ayudantes atendían a todos y «hacían el trabajo». Por la noche, los heridos ascendían ya a centenares, y cuando llegó la mañana continuaban

desfilando a centenares. Llegaron ambulancias desde Wettjatschi y Peskowatka.

—El siguiente, el siguiente...

—¡Mi comandante, no queda sitio en las habitaciones!

—¡Que se pongan en camino! Detengan un camión y miren a ver cómo pueden llevárselos. El que pueda andar, debe irse ya, y el que pueda estar sentado, que se siente. ¡El siguiente!

Ambulancias de Peskowatka cargadas con heridos, vehículos de municiones también cargados de heridos. No había sitio en las casas. Los conductores dejaban a los heridos frente a la casa y se marchaban. En las habitaciones, los heridos estaban sentados en cuclillas, apoyados contra las paredes; los había graves, desahuciados, que permanecían tumbados sobre las tarimas y sobre el suelo de tierra de las «isbas».

Junto a la casa donde se operaba, mataron un caballo para la cocina; detrás de la casa se cavó una fosa para enterrar los muertos; y más allá, otra para echar la sangre, los pingajos de carne y el pus, que llevaban los sanitarios en cubos.

—¡El siguiente...!

Un soldado enseñó los pies hinchados y amoratados; congelamiento de primer grado. ¡Ungüento y al frente! Un ayudante le dio una pomada oscura y un vendaje tan fino que no le impedía calzarse. Lo entregaron a un brigada, que también recogió a otros soldados igualmente útiles para el frente. Algunos, después de asomarse al interior de las chozas, optaron por no quedarse y se presentaron voluntarios. Un sargento se puso al frente de ellos y el grupo marchó sin orden ni concierto, en medio de la noche, en dirección a Peskowatke, hacia el frente.

—¡El siguiente!

Trapos sucios de barro y sangre coagulada, heridas abiertas, heridas cerradas por costras, sangre fresca que manaba de los cortes del bisturí. Puertas y ventanas cerradas. Hedor de cien heridas repletas de pus. El termómetro marcaba una temperatura de 38 grados. ¡Y afuera, las ventanas dejaban ver, por segunda vez, una noche de hielo! Café puro y una droga antihipnótica. ¡Adelante! Una ambulancia de Wettjatschi con heridos por las balas de tanques. Tanques y bombas sobre Wertjatschi y Peskowatka. ¡El frente se acercaba a través del Don!

El asistente de Baumler se desmayó. El sudor cubría los brazos remangados y el pecho manchado de sangre de Baumler.

—Baumler, descanse ya; acuéstese un poco. Yo continuaré.

Baumler se quitó el delantal, lo colgó de un clavo y se marchó al cuarto contiguo. Huth continuó trabajando con las pinzas, el bisturí, las tijeras y la sierra. Extraía balas, sacaba metralla de las heridas infectadas, aserraba piernas y cortaba brazos. Aquella sola noche recompensaba todas las fatigas y desvelos de sus padres y parientes y desmentía todo cuanto se había dicho sobre el «eterno estudiante» y sobre el asistente médico ocupado siempre en asuntos ajenos a la medicina. Aquella noche aprobó su examen. Con aquellas manos que habían tenido sueños de artista y anhelaron reproducir cosas animadas, bellas y perfectas, con aquellas manos nerviosas, pero firmes, que podían ser muy bien de un cirujano, trabajaba sin descanso en los cuerpos ensangrentados y mutilados que llegaban en trineo o a pie.

Trabajó hasta que su colega se despertó sobresaltado, en una pesadilla de

muerte, descolgó su delantal y se colocó en su sitio.

Cuarenta y dos horas habían pasado desde que se inclinó sobre el primer herido.

## VIII

## NAVIDAD EN STALINGRADO

El frente retrocedía hacia el Este.

El movimiento efectuado desde el 19 de noviembre por las divisiones de la otra orilla del Don, mandadas por el general Geest, parecía una maniobra: ¡Formación: media vuelta, izquierda, mar...! A través del Don... hacia el Este. Cuando los rusos cruzaron también este río al sur de Kalatsch con sus tanques y su caballería, y cuando tuvieron que ser abandonadas las poblaciones de Wertjatschi, Peskawatka y Sokarewka, situadas en la orilla opuesta, se efectuó un giro aproximadamente de noventa grados.

La 384.<sup>a</sup> división de infantería, diezmada considerablemente en combates anteriores y, últimamente, en la cabeza de puente de Perepolni, fue retirada del frente. La 76.<sup>a</sup>, la 44.<sup>a</sup>, la castigada 376.<sup>a</sup>, y en el Sur la 3.<sup>a</sup> división de infantería motorizada, ocuparon posiciones nuevas al oeste del valle de Rossoschka hasta Kalatsch, situándose por el ferrocarril de Kalatsch a Marinowka. El trayecto más corto fue el efectuado por la división del general Geest, cuyas tropas del flanco derecho tuvieron que andar pocos kilómetros. Los soldados abandonaron sus «bunkers» para ir a enterrarse en rudimentarias trincheras cavadas apresuradamente por los prisioneros rusos, en las cuales apenas cabían tres hombres. Y los hombres de las otras divisiones ni siquiera encontraron tales trincheras, teniendo que quedar a campo descubierto. En aquel terreno, el arma más importante no era el fusil, sino la pala. Tierra llana con alguna colina aislada, que interrumpía la vasta llanura: al Sur, arroyuelos que descendían hasta el Karpowka. En el resto, todo era estepa llana, nieve y fango. La temperatura descendió de veinte a veinticinco y veintiocho grados bajo cero.

Aquella línea de resistencia al oeste del valle de Rossoschka era la fijada por el alto mando y el cuartel general del Führer, y debía ser mantenida a toda costa contra toda eventualidad y a cualquier precio. Bolschaja, Rossoschka, Baburkin, Nowo Alexejewka —al Oeste quedaban Dmitrewka, las cuatro barracas de madera y las tres isbas de Otorwanowka— y Karpowka eran ahora las sedes de los estados mayores.

Nieve. Frío. Un agujero en la tierra, cubierto por un capote impermeable de

lona. Si traían alguna estufa de los «bunkers» abandonados, no había leña para llenarla. Así eran las nuevas posiciones y así el hoyo ocupado por el sargento Gnotke, Gimpf y un muchacho de Ottakring. Unos metros más allá, había otro hoyo ocupado por el mecánico Tuennes, de Colonia, cuyo verdadero nombre era Ewald Stüwe; el segundo ocupante era Georg Ketteler, el herrero de Remscheid, y el tercero, el sargento Erich Urbas. La compañía que defendía estas posiciones era la del capitán von Holhvit, formada por parte de la antigua compañía del estado mayor y por fugitivos recuperados en Wertjatschi. Los soldados no tenían más aspiración que volver a un «bunker», a un auténtico «bunker» con estufa encendida. Su única esperanza era el general Hoth, que avanzaba desde el Sur con un grupo de «panzers» para liberarlos del cerco.

Hablaban poco. La nieve y el frío les cerraban la boca. Por lo que respecta a Gimpf, permanecía más callado que los demás. ¿Cuál podía ser la causa? Gnotke se formulaba mil preguntas mientras hundía la pala en la tierra para quitar el barro helado y hacer mayor el hoyo. Sabía poco de Gimpf, muy poco. Pertenecía a una familia de campesinos de Alten-Affeln, y como no podía heredar la casa de labor paterna por ser segundón, su padre le había enviado a la Escuela superior de la ciudad de Hagen. Durante la guerra, el cabo Gimpf estudió sin cesar para aspirante a oficial artillero en Munich. En esta ciudad había tenido una aventura con una mujer casada; mejor dicho, con el esposo de ésta, que pretendía haber encontrado un capote militar y una lona perteneciente a Gimpf en la habitación de su mujer, denunciándole por robo de propiedad militar y adulterio. Gimpf fue enviado al frente, y durante la campaña de invierno le había ocurrido algo en la región de Shisdra, por Wjasma o cerca de Wjasma. Gnotke no sabía con precisión de qué se trataba. Gimpf guardaba silencio y nunca le contó nada; no solía pronunciar más que breves exclamaciones relativas al frío, al hambre o a su estado físico.

—¿Cómo se llamaba aquella mujer de Munich? —le preguntó Gnotke en cierta ocasión.

Pero Gimpf le contempló con sus apagados ojos azules, y se inclinó sobre su trabajo.

—Liese, ¿no es verdad?

—Sí, Liese.

—¿Y cuando su marido llegó a casa, de pronto, con permiso...?

—¡Sí; llegó!

—Entonces vio las fotografías que os habíais hecho y que imprudentemente habíais colgado de la pared.

—¡Justo!

—Y te pidió dinero prestado. Era un verdadero...

—Sí, y le di el reloj, además.

—Pero él, a pesar de todo, te denunció.

—Así fue.

—Te enviaron al frente y se terminó la carrera...

—Se terminó.

—Y luego te encontraste en Wjasma...

Al llegar a este punto, Gimpf no volvió a abrir la boca. Gnotke habló de su propia vida: «En mi pueblo, había una mujer llamada Paula, éramos vecinos...» Y Paula se habría casado seguramente con Riederheim, el brigada, su compañero en las S. A. que le había destinado al batallón disciplinario. Era una

historia larga y complicada. Pero carecía de interés para Gimpf y no le escuchó, por lo que Gnotke decidió interrumpir su relato. Tampoco Hoth con sus tanques lograba interesar a Gimpf. Ni el hecho de que el muchacho de Ottakring tuviera que quitarse los pantalones a ratos y agacharse sobre la pala, en la que aparecía sangre. Ni el hombre de Remscheid, del hoyo vecino, que estaba tan agotado que ya no se subía los pantalones y se quedaba todo el tiempo sentado con las manos en las rodillas, siéndole todo indiferente. Estaban enfermos y acaso a punto de morir; mas la muerte reinaba por todo aquel ámbito. Tampoco le importaba a Gimpf el hecho de que el cabo, a su regreso de Dmitrewka, sólo trajera ya medias raciones de rancho; aquello significaba el hambre; pero el hambre existía en todos los rincones y sólo hambre podía esperarse allí.

El muchacho de Ottakring y el hombre de Remscheid no eran los únicos que se hallaban en aquella situación; eran muchos más los que echaban sangre con los excrementos, les dolía la cabeza, el vientre, y estaban tan agotados que ya se negaban a efectuar el menor movimiento; pero el más grave de todos era Georg Ketteler, de Remscheid: estaba sentado de espaldas contra la pared de barro y solamente servía de molestia a sus dos compañeros, Ewald Stüwe y el sargento Urbas, que tenían que profundizar el hoyo para mayor protección.

Stüwe intentó animarle:

—Cuando Hoth rompa el cerco, podremos salir de esta...

Ketteler no levantó la cabeza.

—¡Entonces nos darán permiso e iremos a Colonia a celebrar los carnavales!

La mueca que hizo Ketteler cuando levantó la cabeza e intentó sonreír demostró a Stüwe que su compañero había olvidado los «carnavales» para siempre.

Aquel mismo día, todavía siguió Stüwe con la mirada a Ketteler, que caminaba lentamente con los brazos caídos, hasta desaparecer en el blanco campo. Habían ido juntos desde la frontera hasta el corazón de Rusia. Habían obtenido juntos un permiso y juntos habían regresado. Y juntos —el tercero del grupo era Schorsch, que se quedó en la otra orilla del Don— habían llegado hasta aquí. Stüwe continuó mirando unos momentos el horizonte por donde había desaparecido Ketteler. El sargento Urbas le dijo:

—¡Escúpete en las manos y a trabajar! —y agregó: —¡No le veremos más!

Ketteler fue transportado con otros heridos a Dmitrewka. No encontraron sitio y tuvieron que seguir hasta el hospital de Otorwanowka. También este lugar estaba repleto y había gran número de heridos estacionados frente a la casa donde los recibían y reconocían. Ketteler se sentó en la nieve junto a los otros. Se quedó así hasta que las «isbas» desaparecieron ante sus ojos y en su lugar vio de pronto las casitas de Remscheid, su pueblo natal. No supo que habían pasado varias horas cuando le despertaron de aquellos sueños.

—¡El siguiente! —oyó gritar al irritado sanitario, al mismo tiempo que sus vecinos le empujaban.

Estaba frente a un capitán médico.

—¿Disentería también? —le preguntó. Ketteler no hizo más que abrir sus grandes ojos azules, ahora muy turbios y tristes.

—¡Sala número 5! —dictaminó el médico.

Ketteler se desveló al oír estas palabras:

—¿De veras? ¿y podré dormir bajo techado? ¡Gracias, doctor!

—¿Es usted de Remscheid? —quiso saber el médico, que lo había adivinado por el acento.

—Sí; de Remscheid-Hasten.

—¡Váyase, pues, y caliéntese un poco, Ketteler!

Le llevaron a una de las «isbas» de adobes y no solamente tuvo techo, sino calor. Las emanaciones de los cuerpos que había dentro hacían de estufa.

Los doctores Baumler y Huth tenían ahora un rato de relativa calma. Hasta el mes de diciembre, habían pasado diariamente quince y veinte horas ante la mesa de operaciones, sin que la sangre se secase bajo sus pies. Por sus delantales de hule y sus brazos remangados corrían los piojos de los trapos con que los heridos iban vendados. Actualmente, la instalación estaba terminada. La cocina funcionaba. Los ingresados eran curados regularmente, si tal palabra pudiera emplearse allí. Los que podían viajar eran conducidos en dirección a Stalingrado, al hospital de Gumrak. Baumler y Huth no sabían qué sucedería más tarde con los que se reunían allí procedentes de todos los sectores de aquel frente. No era asunto de su incumbencia ni podían adivinarlo.

Algunos eran transportados con trineos al próximo aeródromo de Pitomnik. Los heridos graves se quedaban, en la mayoría de los casos, en las «isbas» y, dada la limitación de medios de que se disponía, su último destino ya estaba decidido.

A mediados de diciembre las raciones disminuyeron más aún. El personal y los pacientes del hospital en infinidad de ocasiones no recibían más que la mitad de las raciones que los soldados del frente, y se veían obligados a sacrificar un caballo tras otro. Aquellos días había pocos heridos y casi ninguno de ellos lo era por bala de tanques. Baumler dijo una vez:

—Tal vez sea verdad que los rusos estén agotándose y ya no puedan más.

Pero Huth creía poder dar otra explicación de aquella disminución creciente de los ataques de los tanques y artillería rusos: «En otra cosa están entretenidos los rusos; algo sucede en Kotelnikowo; algo ocurre en el grupo de «panzers» de Hoth.» Tales eran sus hipótesis. Por la noche, cuando se hallaba con Baumler en el «bunker» —que entre tanto habían construido los prisioneros rusos—, mientras se quitaban los piojos a la luz de la lámpara, escuchando las emisiones de radio para el ejército, le habían dado ganas más de una vez de escuchar también, en presencia de Baumler, Londres, Moscú y otras estaciones extranjeras; pero siempre había renunciado a esta idea.

Aunque del frente venían menos heridos, eran más los enfermos. No era necesario un reconocimiento detenido. Bastaba ver a aquellos hombres, el color pálido de sus rostros y sus cuerpos, donde no quedaban más que la piel y los huesos. La única expresión de sus caras residía en los ojos, tristes y muy abiertos. Hombres adultos todos, se avergonzaban de que la orina les corriera por las piernas. Su mirada tímida y su voz débil y quejumbrosa eran señales inconfundibles de la clase de enfermedad que padecían. No había que preguntarles si tenían diarrea: se olía. Aquellos hombres no deseaban otra cosa sino esconderse en cualquier agujero y se daban por satisfechos si encontraban calor. Y el calor se les podía proporcionar por el cálido vaho que exhalaba aquella informe masa de enfermos.

Alojamientos limpios, condiciones atmosféricas soportables, desinfección cuidadosa, ropa limpia. ¡Cuánto se habría necesitado! Pero tenían que vivir en



hoyos hechos en la nieve, y los que habían tenido la suerte de poder entrar en un «bunker», estaban allí prensados como sardinas en lata. Estos hombres extenuados que poblaban Otorwanowka, estos esqueletos con piel, no estaban tumbados, sino sentados en las chozas, algunos con fiebre, otros delirando y todos casi siempre apáticos. Les dieron té caliente, mientras lo había, pero faltaba el azúcar de uva, faltaba la galleta; no había caldos de carne, vino, etc., que sin ser lo indicado, habría sido una medicina muy reconfortante; pero los caballos exhaustos —éstos también se agotaban ya— daban un caldo sin grasa. Se presentaron los primeros casos mortales de disentería, de agotamiento absoluto, fallecimientos por inanición. Era el principio de un hilo que no tendría fin.

Así llegó Navidad.

Navidad alemana. Árbol con velas, mazapán, nueces, figuritas de ángeles con las alas doradas, olor de manzanas asadas, la mesa de los regalos, la alegría de los niños. Los adultos se vuelven niños. El comandante médico Baumler también pensó en la significación de aquel día y ordenó que matasen un caballo más para que los enfermos pudieran hartarse y, por lo menos en tal fecha, llenar los estómagos vacíos. El inspector de intendencia le había entregado cierta cantidad de chocolate. Tocaban a un paquete cada cinco hombres.

Por la tarde, inspeccionó las «isbas».

—¿Cómo te encuentras? —era su invariable pregunta.

Todos afirmaban encontrarse de manera admisible:

—¡Ah! Ahora ya estoy contento.

—Nos encontramos muy a gusto aquí con este calor.

—Me encuentro mucho mejor, doctor.

Éstas eran las respuestas que recibía Baumler. Los que se quejaban de dolores o no tenían sitio para echarse, no eran los enfermos, sino los heridos, que físicamente se hallaban fuertes todavía. Los enfermos no se quejaban. Los agotados no sentían dolores ni apetito, estaban sentados, soñando, contestaban con sus voces débiles y miradas de ojos grandes y brillantes. Uno que estaba ya a las puertas del más allá, murmuró:

—¡Ahora estoy ya muy bien, doctor!

Huth también hacía visitas.

La obscuridad en el exterior era ya completa y a todas las chozas se había llevado una lámpara de petróleo. Huth miraba al interior de las habitaciones, sin poder distinguir los cuerpos, que aparecían como una masa grisácea al resplandor de aquellas débiles luces. En una de las «isbas» logró distinguir un cuerpo mudo e inmóvil. Sin despegar los labios, Huth continuó su camino. En otra choza solamente se adivinaba la presencia de hombres, ¡tan densa era la atmósfera! Huth habló con uno y otro de aquellos invisibles enfermos y escuchó sus contestaciones. Luego se dirigió rápidamente afuera para respirar profundamente el frío invernal, y cruzó la calle para entrar en una de aquellas chozas de adobes. Dentro reposaban unas cuatro docenas de soldados alemanes enfermos, ensangrentados y moribundos. Por ser la Nochebuena habían encendido una lámpara de petróleo que a lo sumo duraría una hora, dejándoles luego sumidos otra vez en la más negra obscuridad.

Huth buscaba a un hombre determinado: a Georg Ketteler, el herrero de Remscheid; éste no era muy joven; pero por el rápido avance de su

enfermedad, su cara parecía la de un niño. Huth le había visto algunas veces más, después de su ingreso. Le halló bañado en un mar de sudor, cuando acababa de despertar de un sueño delirante. El enfermo reconoció al médico: «Doctor, he volado —había tenido este sueño infinidad de veces— mejor que nunca.» Huth escuchó su relato. Volaba sobre los rascacielos de la ciudad, toda iluminada, con una inmensa muchedumbre transitando por las calles visitadas por hadas. Le explicó cómo había encontrado también a su hada cubierta con los míseros harapos de una lazarilla. Huth escuchó con atención la narración del moribundo herrero con sus alargados ojos de niño y su fantástica visión de la población de Otorwanowka y del ejército derrotado. En su delirio nadaba, nadaba, sí; era un magnífico «crawl» sobre la superficie de un mar de aire. Era una delicia. Y el mar de agua que se veía abajo era una concha azul, y por, donde se veían los bordes amarillos empezaba el desierto... y los ríos, y los bosques, y los campos labrados y la estepa, todo, todo cuanto sus ojos habían visto, se extendía allí, debajo de él, todo le pertenecía y podía establecerse donde quisiera. Aquello era un juego gigantesco, una embriaguez de su propio poderío... y oía: «Usted comprende, doctor?...» Y Huth comprendió... «Usted comprenderá, doctor, que este cuento no puede acabar bien...» Huth lo comprendió muy bien. Porque en el sueño aparecía la lazarilla que conducía al ciego, y, además, allí había también aquel gesto de tremenda despreocupación: «pero ¡qué me importaba a mí si poseía tal don!...» Y así sucedió que, de repente, el nadador sintió su cabeza completamente sumergida en el aire brillante y entonces se le nubló la vista, y la turbación subsistió, y la paralización se extendió a todos sus miembros, y así descendió velozmente hasta caer al fondo, como una piedra. Y allí yacía, en las tinieblas, y dentro de sí no sentía más que descomposición. Alguien le decía que lo que tenía en su vientre no era nada más que un nido de ratoncitos blancos... Huth había oído a centenares de hombres narcotizados pronunciar palabras incoherentes, dar gemidos, gritos, órdenes, palabras de amor, vocablos lascivos, o frases de temor, de vanidad, de orgullo... Generalmente no solía hacer mucho caso de aquello. Esta vez; le admiraba la exactitud con la cual un cerebro que se hallaba en plena desintegración reflejaba su propia existencia y al mismo tiempo el gran proceso social de la comunidad de que formaba parte, encontrando, para expresarlo, la fórmula más sencilla. Porque todo aquello era verdad: la fe en un poder extraordinario, el desgaste irreflexivo de fuerzas, la falta de respeto hacia los demás hombres, que son en definitiva los que hacen marchar los motores de la gigantesca máquina de tierra, mar y aire; todo aquello era verdad, incluso el inevitable relajamiento de fuerzas en el momento de la mayor tensión, e igualmente, la fatal caída, la ofuscación y hasta los ratones en el vientre. Tan real era aquello como la miseria de aquella choza de Otorwanowka y los tumores provocados por la enfermedad en el intestino grueso del paciente; pero aquello otro era mucho más grave.

Huth estaba sentado con la mano de Georg Ketteler, húmeda de sudor, entre las suyas y mirando fijamente la luz que iluminaba solamente una pequeña parte de la habitación, dejando oculta toda la miseria en la obscuridad.

Continuaba reteniendo la mano del soldado, cuando se oyó por encima de los tejados el ruido de una «máquina de coser» rusa, uno de aquellos viejos modelos del pequeño y lento avión UH, que aquella noche volaban por el frente —Otorwanowka estaba a muy pocos kilómetros del frente—, tirando bombas

explosivas no mayores que tiestos, pero suficientes para inquietar a los soldados de las trincheras en la nieve, y a los heridos de Otorwanowka. «Pero ¿qué me importaba a mí todo aquello, si yo tenía la facultad de volar?»

Huth seguía pensando en Ketteler cuando caminaba otra vez por entre las chozas, y también más tarde cuando se hallaba junto a Baumler en el «bunker». Baumler tenía aún una botella de coñac, y la destapó ahora. Hablaron de la Nochebuena y de la última Navidad que habían pasado, Baumler en Charkow y Huth en Berlín, gozando de un permiso. Conversaron también sobre un comandante médico llamado Hunde que siempre había estado tan apartado del frente que no había recibido una sola condecoración durante toda la campaña. Cuando el ejército de Stalingrado quedó cercado y en el estado mayor se hablaba de una inmediata liberación, había considerado el momento oportuno para remediar aquella falta. Se presentó voluntario para hallarse presente cuando fuera roto el sitio y recibir la preciada condecoración de Stalingrado. Quedó muy extrañado cuando en Pitomnik vio las toscas trincheras de tierra que rodeaban el aeródromo. Y atónito cuando en Dmitrewka se encontró con el frente en terreno completamente descubierto. La realidad no respondía a lo que su imaginación se había forjado de la «ciudadela» de Stalingrado con «bunkers» de hormigón a gran profundidad, según había leído en los artículos de los periódicos.

Más tarde, Baumler y Huth encendieron la radio y escucharon música de Berlín. Todavía fueron molestados una vez más. Ahora no fue una «máquina de coser» rusa, sino el ruido de los disparos de artillería que les traía el fino viento del Sur. Era un ataque de la artillería contra Marinowka y Karpowka, y cuando abandonaron el «bunker» pudieron contemplar el resplandor de incendios en el horizonte hacia el Sur.

—Tal vez sean los tanques de Hoth que han llegado al cerco. Debían romperlo antes de Navidad —deseó Baumler.

—Entonces el comandante médico Unde recibiría su condecoración tan anhelada; pero no lo creo —fue la escéptica respuesta de Huth.

El fuego contra Karpowka y Marinowka duró diez minutos y la noche cayó nuevamente en su silencio. Una «máquina de coser» les inquietó ligeramente algunas veces más. Baumler y Huth se sentaron en el «bunker». La radio alemana anunciaba una emisión para el ejército, llamando sucesivamente a todos los sectores del frente, a Narvik, Misuarata, Túnez, Velikije Lucki y Stalingrado.

—¡Llaman a Stalingrado!

—Aquí Charkow... ¡Aquí Stalingrado!

—Estimados oyentes, habla Stalingrado. Nos encontramos en las orillas del Volga. Ante nosotros serpentea la plateada cinta de hielo del majestuoso río. Aquí se encuentran los hombres de Stalingrado, la guardia alemana del Volga. El ruido que ustedes oyen es el fuego procedente de las trincheras rusas durante un ataque. Los rusos traman algo y no quieren dejarnos pasar la Nochebuena en paz.

»Pero aquí está el teniente. Un hermoso personaje típico de nuestra magnífica Wehrmacht. En su cabeza brilla el casco y su cinturón se adorna con las granadas de mano. Hace un instante sus ojos contemplaban las lucecitas del árbol de Navidad en el «bunker» acogedor. Ahora sus miradas se clavan en la noche hostil, en la que reina una tempestad de nieve. El teniente se dirige a

sus hombres con breves palabras:

»—¡Apretaos el barboquejo!

»Había que ver ahora los rostros de este teniente y de estos hombres, estos bellos rostros germánicos, tan enérgicos, y la transformación que en ellos se opera repentinamente... El gesto de apretarse la correa del casco les produce un efecto singular, parece darles la impresión de que sus rostros viriles se funden físicamente con sus brillantes cascos de acero...»

Baumler, el comandante médico, suspiró:

—¿Qué te sucede, Baumler?

—¡Eso no es Stalingrado!

—No, desde luego que no; seguramente será Charkow o la misma emisora de Berlín. En todo caso, eso es mentira.

Huth conocía bien la realidad y sabía también cómo se hacían las emisiones de propaganda.

La emisión continuó. El hombre de Charkow, o de Berlín, o de donde fuese, la había tomado con los barboquejos:

«...También su espíritu se pone en tensión. Nuestras queridas radioyentes tendrían que ver a estos hombres. Se están preparando para el asalto, y si el valor de alguno de ellos quisiera desmayar, le reanimará la correa que sujeta sus mandíbulas...»

—¿Quieres escuchar más, Baumler?

—¡No, basta! ¡Apágala!

Pero Huth no la cerró. Conocía las horas de emisión de varias estaciones. Hizo girar los mandos, cambió la onda y otra vez se oyeron palabras en alemán. Era un parte de guerra con grandes pérdidas de tanques alemanes cerca de Kotelnikowo —eran los «panzers» de Hoth—, con noticias de batallas en las zonas de Morosowskawa, Millerowo—¡Dios mío, Millerowo! Luego, ¿dónde está el frente?—, sobre el cerco de fuerzas alemanas en Velikije Lucki...

—¿Quieres oír más, Baumler?

—¡Sí, déjalo! —contestó Baumler, con rostro sombrío. A partir de aquel día, cuando se encontraban los dos solos en el «bunker», escuchaban las noticias rusas de guerra y los partes de Londres.

Baumler se acostó en su camastro.

Huth dio una vuelta en la fría noche, pasando junto a la casa de operaciones, donde todo el personal de la compañía dormía ya, y por el lado de las «isbas» donde descansaban los pacientes, que se encontraban ya envueltos en completa obscuridad. Luego volvió al «bunker» y se acostó también.

## IX

## «...EN POS DE UNA LUNA ROJA»

El terreno era tal como lo había hecho la Madre Naturaleza con sus elementos de agua y fuego. Al Oeste, el Don; por el Este, el Volga; al Sur, el Karpowka, paralelo al Don; y descendiendo hacia el río Rossoschka, la altura de igual nombre; más al Sur, una breve colina; paralelas a Karpowka y flanqueando al Volga por el Este, otras colinas; y, en el centro, la estepa martirizada por las tempestades de nieve.

Aquella zona, que por el Este se apoyaba en el recodo del Volga y en las ruinas de Stalingrado, viéndose constantemente barrida por la nieve, era el campo de batalla. Sostenida primero en sus orillas por algunas divisiones, se convirtió pronto en el espacio fatal donde quedó encerrado el sexto ejército.

Aquello era un desierto.

Las huellas del hombre, que antes había vivido y trabajado aquí, habían desaparecido. Las carreteras ya no eran carreteras. Las vías del ferrocarril ya no existían. Pueblos y caseríos habían sido bombardeados y destruidos por la artillería. En su lugar quedaban sólo las ruinas evacuadas por sus primitivos moradores.

El soldado alemán que los había substituido no encontró edificio alguno. Los estados mayores vivían en «bunkers» entre las ruinas de los pueblos de la estepa; y el soldado del frente, en trincheras simplemente cavadas en la tierra y muy a menudo, en simples hoyos hechos en la nieve; pero, en realidad, nunca había habido tantos hombres como en aquellos días entre el Don y el Volga; ni jamás la muerte recogió tan abundante cosecha.

En un hoyo situado en la pendiente de las alturas de Rossoschka, un rostro helado de color gris se inclinó sobre una cara igualmente grisácea.

—¿Duermes, Mathias?

—Sí, August.

Uno yacía sobre un camastro, el otro estaba frente a él. El que descansaba sobre la cama era Mathias Gimpf. El sargento Gnotke vaciló todavía un momento, como si quisiera decir algo más; después se abrochó el capote, se tapó la cabeza, las orejas y el cuello, y salió del hoyo.

Gnotke tenía que estar de centinela durante una hora.

Dos horas en el «bunker» y una en la trinchera. Así se había normalizado

la vida y éste era el programa de las guardias. Los sargentos también debían cumplir este servicio. Gnotke lucía otra vez los galones; pero no le daba a eso mucha importancia. Su uniforme era un montón de harapos, y llevaba los pies envueltos en trapos como los demás soldados. Verdaderamente, los galones no constituían ningún privilegio y él tenía que cumplir el servicio como un simple soldado raso.

Pasó la Navidad, y con ella la fecha fijada para la rotura del cerco, sin que se hubiese producido ningún acontecimiento extraordinario. Por Nochebuena salieron de sus hoyos cavados en la nieve y se acercaron más a la pendiente. Allí encontraron una trinchera y detrás un «bunker» construido por los rusos, después profundizado por los soldados alemanes. Como Georg Ketteler había sido evacuado a Otorwanowka y el muchacho de Ortaking, el campesino de Billerbeck, el Hohengustrow y otros muchos quedaban enterrados en la nieve, este «bunker» era bastante cómodo y en él había sitio para todos.

Llegó enero y las tinieblas grises procedían ahora del Este, del Volga; mas cuando el viento cesaba en sus juegos con los grises jirones de nubes y soplaba a ras de tierra, entonces no venía del Este, sino de todas partes, arrojando duro granizo al rostro. Así era aquel día. La tierra había sido limpiada por el viento, y el color del suelo era gris por causa del hielo. La nieve que antes lo cubría corría por el aire y pasaba ahora volando arrastrada por el viento. Por entre la nieve que flotaba en el cielo, se vislumbraba un disco blanquecino, el único punto visible en aquel incesante movimiento: era el sol.

Junto a Gnotke apareció una cara, con los labios amoratados y una enorme nariz sobre la que se apoyaban dos grandes cristales. Era el centinela de guardia en la parte opuesta del foso.

—¡Caramba! ¡Tengo un hambre! ¡Esta sopa de hoy...!

Gnotke buscó sus ojos tras las gafas. Comprendió por su expresión que se aproximaba lo inevitable, si no en aquel mismo momento, poco más tarde. El hombre que estaba frente a él, con los hombros caídos, había sido maestro de dibujo, pero ya no se lo enseñaría más a nadie.

—He contado las judías de la sopa: catorce; lo demás era agua pura. ¿No quedan caballos?

Gnotke le miró de frente a los ojos.

—¡Malditos piojos! Por lo menos, aquí afuera es soportable. Hay que tener cuidado de no estar donde haya calor. ¿Te encuentras tú también tan cansado como yo?

—Sí —contestó Gnotke.

Estaban el uno junto al otro y miraban afuera, hacia la tempestad de nieve. Sus caras y sus ojos estaban al nivel del suelo, y la maleza plantada para ocultar el terreno les impedía ver.

—¡Qué tiempo tan infernal! ¡Hoy, ni los rusos pueden tener los ojos abiertos! ¡Nadie! ¡Hoy, he de lograrlo! —Aquello era una propuesta y el maestro quedó esperando contestación. Gnotke continuó mirando al aire. El otro dio media vuelta y regresó a su puesto.

El enterrador August —así llamaban a Gnotke en la compañía— no quería participar en la empresa. El maestro miraba ahora fijamente desde su propio hoyo. Mas ya no con aquella mirada atenta de días pasados, cuando aún conservaba la calma suficiente para dibujar, con una larga línea recta y unos cuantos garabatos, el campo que se presentaba ante su vista, aquel campo

desierto con el hinchado cadáver del caballo en medio, cuya agigantada imagen ahora le obsesionaba. Al cabo de un rato, Gnotke se dio cuenta de que había abandonado su puesto. Le vio fuera del foso, con el cuerpo apretado contra el suelo, arrastrándose como un reptil. Gnotke sabía lo que iba a ocurrir. El maestro no era el primero en seguir este camino.

Unos catorce días antes, los soldados de un grupo próximo, de zapadores habían cazado un caballo flaco. Desgraciadamente, el animal, que consiguió escapárseles entre las dos líneas, cayó muerto por un disparo del enemigo. Allí estaba todavía el cadáver cubierto de hielo y nieve. Al borde de la colina había tres manchas oscuras, en las que se podía reconocer, cuando la atmósfera era clara, a dos zapadores que no habían querido dejarse perder su presa y a un hombre de su misma compañía que se había atrevido a ir hasta allí, siendo alcanzado por un disparo ruso.

Ahora, el maestro.

Gnotke había leído en sus ojos aquella idea que realizaría hoy o mañana. En los hoyos de la nieve había contemplado muchos rostros en los que había presentido la inevitabilidad de su destino. A ser posible hubiese preferido nuevamente la soledad de su anterior ocupación. El trato diario con los cadáveres le era más soportable. Aquéllos, por lo menos, no hablaban ni esperaban nada.

Pero los hombres de los hoyos en la nieve...

Allí estaba aquel muchacho de Ottakring. Ya presentaba una nariz afilada, inequívoco signo de que su suerte estaba echada. Todas sus esperanzas se cifraban en un paquete para Navidad y se pasaba las horas hablando de chucherías, de golosinas, de pescado con ensalada. Gnotke le había escuchado, intentando en vano disipar la idea que le despertaba aquella nariz afilada y aquel rostro cada día más alargado.

Allí estaba también aquel otro campesino de Ostermiething, que se tragaba cuantas píldoras le daban y, además, todas las que podía comprar a sus compañeros, a pesar de lo cual no conseguía cortar la diarrea. Éste no pensaba más que en sus tierras y en su ganado. Si las vacas estaban preñadas o si no debían criar. También detrás de éste, que soñaba en sus tierras y en su ganado, que se atormentaba pensando en quién le cortaría la hierba o le llevaría el agua al establo, también detrás de éste veía Gnotke la tumba abierta.

Pero aún vio cómo el muchacho de Ottakring ya no deseaba galletas ni bombones, sino que se conformaba solamente con medio pan para pasar las Navidades y cómo, en aquella triste realidad, ni siquiera eso consiguió. Y vio cómo el campesino de Ostermiething, que tenazmente regateaba por el precio de cada píldora, llegó a decaer de tal manera que un día, con los dedos tiesos de frío, escribió una carta —carta que nunca pudo ser cursada— en la que decía: «Queridos padres y hermanos: Pagadme dos misas para que yo logre salir con bien de ésta. Nada importa el dinero que en ello gastéis...»

El soldado de Billerbeck, de Westfalia, se había vuelto melancólico pensando siempre en su novia. Ésta había iniciado relaciones con un francés, y le había escrito diciéndole que ahora era ya su novio: «Ocho muchachas están en la cárcel por este motivo. Sus padres y sus esposos o novios las han perdonado. Yo estoy sola, no tengo a nadie, soy muy desgraciada y pienso siempre en ti.»

Y a otro, un contador de Rurlach (Badén), le subía la bilis porque en su pueblo le habían saltado en el reparto de viviendas, mientras que a un conocido suyo le habían dado un piso con tres habitaciones, aunque no tenía más que dos hijos; y a una mujer, casada con un médico, que llevaba una vida bastante ligera y no tenía hijos, le habían dado un piso con cuatro habitaciones, solamente para que pudiera vivir más cerca del cuartel de las SS., según él decía. Y él, que era un antiguo miembro del partido, se había quedado sin piso, porque los jefes de su pueblo estaban todos corrompidos.

Otro, un campesino rico del Mecklenburgo, se irritaba por las injusticias que se cometían en el reparto de los «trabajadores del Este», porque no le daban, con la suficiente rapidez que precisaba, los hombres que habían de substituir a sus trabajadores, todos viejos e inútiles que no valían para el trabajo de su finca. Además, tampoco se los facilitaban por el precio fijado — hasta cuarenta marcos, para una mujer, y cincuenta y cinco, para un hombre— y se veía uno obligado a pagar «propinas» en especie: huevos, mantequilla, tocino.

«Y eso para los paisanos rusos, que eran una gentuza miserable, todos llenos de piojos y sucios, más enfermos que sanos.» Esto era lo que contaba a los que le escuchaban sentados a su alrededor. Y añadía: «Luego tuvimos en la finca a una chica que no valía nada. Entró en relaciones con dos polacos y los trajo también. Pero cuando nos quisimos dar cuenta, a ella y a los dos polacos se los llevó la Policía... Creo que a los dos polacos los ahorcaron después en el bosque. ¡Cuando ya conocían tan bien la marcha de los trabajos!»

El campesino rico de Mecklenburgo, tal como Gnotke le tenía ante sí, llevaba el uniforme sucio, lleno de barro de muchos días, y su ropa interior había perdido por completo su primitivo color blanco; sus calcetines ya no eran más que harapos. Tenía treinta y seis años, y sus mejillas demacradas estaban cubiertas por una rojiza barba de varias semanas.

«Eran una gentuza miserable, todos ellos llenos de piojos y sucios, más enfermos que sanos...» Aquella descripción tan espontánea, tan gráfica, tan real, se le podía aplicar perfectamente a él mismo, al rico campesino del Mecklenburgo, y al de Ostermiething y al contador de Durlach, y al soldado de Billerbeck, a todos aquellos hombres. No sabían aún que habían caído más bajo, y que valían menos de lo que algunos de ellos hubiesen pagado por los polacos, rusos y hombres de otros países que trabajaban en Alemania. El sepulturero Gnotke dijo en cierta ocasión: «Entre Juchnow y Moscú los he visto tumbados en la nieve como pájaros, ¡tanto ha crecido nuestro número y tan poco valemos!» Aquí en estos hoyos en la nieve, Gnotke ya no se acordaba de aquello y no comprendía por qué se veía obligado a mirar con tanta insistencia aquellas caras, ni qué era lo que en el fondo de aquellos rostros buscaba.

En aquellos rostros no solamente había apatía, ictericia y ojos relucientes por el hambre y la fiebre. En el recodo del Don, cerca de Kletskaja, a orillas de un cementerio triste con mil cruces iguales, vio una vez, entre la niebla húmeda, la Luna, una luna redonda y gigantesca. Aquella enorme luna roja que ardía entre las tinieblas de la estepa es lo que veía brillar también en los ojos del muchacho de Ottakring y en los del campesino del Mecklenburgo, del soldado de Billerbeck y en los ojos de todos los demás. Y también en los del maestro de dibujo de Zwischenahan, éste que ahora se arrastraba hacia el cadáver de un caballo. Algunas veces también Gnotke había oído una risa que



venía de horizontes lejanos.

Todo lo abandonaron.  
Sus mujeres lloran;  
sus hijos lloran.  
Se han marchado,  
dejando en la noche una estela gris.  
Pero su estela se perdió en alta mar;  
sus velas se deshicieron...  
Espacios vacíos,  
sueños febriles:  
van en pos de una luna roja.

Y su ambicioso desvarío tenía palabras concretas y deseos bien determinados. El muchacho de Ottakring, que murió pronto, lo dijo bien claramente. Él se conformaba con una casa modesta, con una venta para cocheros o marineros a orillas del Volga y con una mesa donde no faltara el asado de ganso, la fritura de pescado y la tarta de manzanas. Esto era lo que él quería conquistar. Un alemán de los sudetes, hijo de un comerciante de Bernsdorf, que en su casa solía conducir un magnífico coche de tres caballos, deliró, con su estómago vacío. Y en medio de su sueño agitado hablaba de expediciones a ultramar, desde el Volga y el Dnieper. Un paisano suyo, hojalatero de Parsenitz, era más modesto: se conformaba con suprimir los techos de paja de las «isbas» que había entre el Don y el Volga y quería emprender un negocio de tejero con unos cien o doscientos oficiales. Un sargento alto, pelirrojo, de Leipzig, esperaba que, después de la victoria, muchos de los habitantes del Mecklenburgo colonizaran Ucrania y la estepa del Don y confiaba que nunca les faltarían trabajadores de estas regiones.

Encontraban palabras y frases concretas para expresar su locura, pues todos los días la radio y los periódicos del frente y las charlas de los oficiales de la compañía se las proporcionaban. Y sus palabras y sus deseos y sus ansias, todos los caminos de su imaginación, les conducían a Stalingrado, ciudad hacia la cual venían caminando desde la primavera. Y hasta muchos desgraciados que carecían de toda iniciativa propia y de todo entusiasmo por aquella lucha, que iban sólo arrastrados por el férreo mecanismo de la disciplina, llegaron a contagiarse de la misma demencia.

Stalingrado era la meta, el precio de tanta muerte, de las enfermedades, de las privaciones todas, y de todas sus llagas, heridas y mutilaciones y, además, significaba el perdón de todos sus pecados.

Aquel Stalingrado convertido en escombros y ruinas, que cada día se renovaba y constantemente luchaba y escupía la muerte y les causaba multitud de heridas a todos ellos —a jóvenes y viejos; a hombres de la ciudad y del campo; a audaces y cobardes; a desertores y a moribundos—, se les había prometido a todos ellos como panacea para todos sus dolores físicos y como expiación de todas sus culpas; se les había prometido por su Mando Supremo y por su Führer, una y otra vez. Y solemnemente se había renovado la promesa cuando Stalingrado, desde el punto de vista militar, estaba ya definitivamente perdido.

Aquella puerta de todas las ilusiones se había cerrado de golpe.

Kalatsch, población situada a orillas del Don, fue el punto por donde se cerró el cerco, y este cerco se fue estrechando cada vez más, mientras que el frente principal alemán se iba replegando cada día más hacia el Oeste. El grupo de ejércitos del espacio de Stalingrado, comunicado por la carretera que atravesaba el Don cerca de Kalatsch y por varios ferrocarriles, se extendía en forma de herradura con los dos extremos apoyados en el Volga y contenía en su interior la gran ciudad de Stalingrado. Todo este grupo de ejércitos vio cortadas sus comunicaciones y quedó todo él dentro de la tenaza, con sus ciudades y pueblos y sus desconectadas vías férreas y carreteras que ahora conducían a la nada. Aquella región, que aún era muy extensa, tenía ahora la forma de un corazón, y era un corazón que, arrancado del resto del organismo, latía angustiosamente.

«¡Es preciso que combatáis hasta el último cartucho!», había arengado el Führer a sus soldados. Y centenares de veces fueron lanzados al ataque para resistir oleada tras oleada y para impedir que aquel islote se desmoronase.

«¡Resistid, que yo haré cuanto esté en mi poder por liberaros!», había dicho el Führer, y ellos resistían. Primero se comieron la caballería rumana, luego la propia y los animales de tiro de su impedimenta; primero recibían un pan para cada cuatro hombres, luego a cada soldado le daban solamente doscientos gramos de pan, sin otro acompañamiento que el caldo de caballo. Pero ellos resistían y creían en la palabra del Führer y seguían esperando su ayuda.

Esperaban, primero, al gran ejército acorazado del general Hoth; luego, toda su esperanza la pusieron en los movimientos de las tropas del interior del cerco; pero ni les abrieron el cerco desde fuera, ni ellos lo podían abrir desde dentro. En las trincheras surgían constantemente nuevas esperanzas, cada día circulaban nuevos bulos: que China había declarado la guerra a Inglaterra y América, y también España y Turquía. Aquello haría cambiar la situación internacional y les traería la salvación. Pero los «panzers» de Hoth y Manstein fueron derrotados. China estaba muy lejos y de Turquía y España ya no se volvió a hablar.

Los aviones «Junkers» escaseaban cada vez más. El trecho que habían de volar para enlazar con ellos era cada vez mayor. Los aviones eran derribados a docenas durante el aterrizaje y el despegue. En la estepa entre el Don y el Donetz, un avión abatido lleno de sacas de correspondencia procedente del cerco de Stalingrado, se consumía en un voraz incendio. Las cartas contenían un grito unánime:

«Querida Carolina: Me encuentro bastante bien de salud. Resistiré hasta que me falten las fuerzas. Estoy en un sector maldito. No puedo adivinar lo que ha de suceder. ¡Cuántos se han estrellado aquí; cuántos se estrellarán aún! ¡Cuánta miseria! Querría llorar...» «Querido Herbert: Fue un día negro para nosotros. La 10.<sup>a</sup> está aniquilada. Nuestra compañía ha quedado diezmada. Georg Hartung, Otto Ghüssel, Gesich, Wahler, Dusch y el teniente Hey, han caído. Están heridos unos cuarenta hombres. No puedo escribir más, porque llueven las balas por todas partes; es mejor que me refugie en el «bunker». «Queridos padres: La lucha es muy dura, hemos sufridos graves pérdidas, los cementerios aumentan de día en día. Se entierra a los soldados a centenares. Los recogen a montones. Con los brazos y las piernas desprendidos del tronco; esto es lo que pasa aquí...» «Queridos padres y hermanos: Stalingrado exige

cada vez más y más muertos y enfermos. Mi compañía ya no puede atacar, ya no quedamos más que veinte hombres...» «Querida hermana: Llevo en el frente desde el diez de mayo. No quedan muchos de nosotros. No puedes imaginarte la nostalgia que siento de mis hijos.» «Queridos padres: ¡Esto es el infierno! La compañía apenas cuenta con treinta hombres. Mis mejores camaradas han perecido. ¡Es terrible!» «Querida esposa: No tengo ganas ni de escribir. Tengo calentura. Hace mucho frío. Desde hace ocho días no puedo comer más que píldoras. Estoy en el pellejo y en los huesos.» «Mi querida Ilse: Cada cuatro horas me toca la guardia. Entre las guardias no puedo dormir apenas. Los piojos no nos dejan descansar. Si tenemos un poco de calor, estos bichitos nos molestan, y nos pasamos el tiempo dando vueltas en los camastros de un lado a otro. Tenemos el cuerpo tan irritado que casi no lo podemos soportar. Añade a esto la carne de caballo, sin un gramo de grasa...» «Mi querida Friedel: Me duele tanto la pierna, que sólo tumbado puedo estar relativamente bien. Todos los días me ponen una inyección. ¡Con tal que no aumente el tumor! La ayuda médica no sirve de nada. Si uno no sabe apañárselas solo, está perdido...» «Mis queridos todos: Sostenemos aquí una lucha de «bunkers» que jamás olvidaré en mi vida. Si pudieseis ver esta lucha atroz a vida o muerte, gritaríais de espanto todo lo que os permitiesen vuestras fuerzas...» «Mi querida Frieda: Me desespero al ver cuántos hombres perdemos. ¡Son tantos los congelados! Y los que no pueden seguir andando se quedan atrás, perdidos. ¡Qué espantosa retirada, durante días y noches con ese frío! Verdaderamente nuestros pies ya no pueden más...»

Aquella saca era del mes de diciembre. Pasó diciembre y había llegado enero. Ya no se podían enviar más cartas, ni se hubieran escrito aunque los «Junkers» hubieran podido mantener un servicio regular. No se escribían cartas ni notas para los diarios. Todo eso pertenecía al pasado. Los cuerpos se cubrían de furúnculos reventando de pus, donde los piojos encontraban su yantar. Los soldados tenían hambre, más no suficiente comida para satisfacer su estómago. No quedaban píldoras ni inyecciones. Los dolores y el hedor de las heridas abiertas y putrefactas eran muchas veces los únicos narcóticos. Los rostros de la mujer, de los hijos se les aparecían continuamente en el delirio a las víctimas de la fiebre. Todos estaban agotados. Sin embargo: «En las condiciones actuales, todo hombre era útil para todo servicio». Así diagnosticaba el parte médico. Y aquellos cadáveres ambulantes prestaban servicio una hora sí y otra no; se levantaban tambaleándose como borrachos, para efectuar ataques contra las posiciones rusas, y eran derribados casi en su totalidad por las descargas enemigas.

Tal era el ambiente actual en que vivía Gnotke, y cuando se hallaba en la trinchera avizorando el campo azotado por la nieve, su memoria evocaba los pálidos rostros que había tenido a su lado, todos perdidos ya. Buscó con la vista al maestro, que no era más que una línea gris, allí tumbado, como una rama desgajada y caída al suelo. El maestro se movía con tanta prudencia, que parecía inmóvil, y sólo al cabo de un rato de observación se notaba cómo se iba acercando lentamente a su objetivo. El maestro tenía mujer, hijos y hogar; sin embargo, arriesgaba todo aquello, arriesgaba su vida por un trozo de carne de caballo.

Gnotke recordó también a Stüwe, el de los pies hinchados, que apenas hablaba desde la marcha de su camarada de Remscheid y que aun tuvo la

desgracia de que se le rompieran las gafas. Pensó también en el pelirrojo brigada Urbas, que yacía en su camastro víctima de una enfermedad extraña. Pasó por su mente el recuerdo del «raro» Gimpf.

El maestro Dingelstedt había alcanzado el cadáver del caballo. Alzó la mano empuñando el machete y cortó un trozo de carne. Gnotke escuchó. No oyó más que el silbido del viento y en aquel momento no vio más que el brillo de un machete entre la cortina de nieve. «¡Tal vez tenga suerte y salga bien», pensó. Al mismo tiempo sonó un disparo.

## X

## «AL JEFE SUPREMO DEL SEXTO EJÉRCITO...»

Era el ocho de enero y aproximadamente a unos treinta kilómetros del «bunker» de Gnotke, en las posiciones del frente septentrional; también aquí la tempestad arreciaba y el sol aparecía velado por blanca niebla.

El teniente Lawkow, un hombrecillo pequeño, con la cara picada de viruelas, gritaba excitado con el teléfono en la mano:

—¿Está usted loco, hombre? ¿No ve que son parlamentarios con bandera blanca?

—¡No importa! Son rusos. ¡Hay que disparar! —le contestaron desde el foso vecino.

El teniente Lawkow era el ayudante del batallón; pero como el jefe se había tenido que hospitalizar por enfermo, había asumido accidentalmente el mando de la unidad. Colgó el teléfono. Maldijo a su vecino y miró por encima de la trinchera el terreno cubierto de nieve. Una bandera blanca se veía tremolando al viento y ahora se retiraba bajo los disparos de los fusiles.

El teniente Lawkow llamó al regimiento y le contestaron que el teniente de la compañía vecina había actuado correctamente, pues, según órdenes superiores, los parlamentarios debían ser rechazados a tiros. El jefe del regimiento se puso al teléfono y escuchó el relato de Lawkow. Media hora después llegó el jefe con quien había hablado, el coronel Lundt.

Otra media hora más tarde, los parlamentarios volvieron a aparecer. Nuevamente la bandera ondeaba al viento. Se repitió el toque de trompeta. Pero esta vez no sonaron disparos. El coronel Lundt envió al teniente Lawkow al encuentro de los parlamentarios. Lawkow les condujo a las líneas alemanas, por un sendero limpio de minas a través de la tierra de nadie. Eran dos oficiales rusos y un trompeta. Declararon que tenían orden de entregar un documento al jefe supremo del Sexto ejército alemán en nombre del alto mando soviético.

El coronel Lundt les hizo vendar los ojos y los llevó en su coche al cuartel del regimiento. Desde allí llamó al estado mayor del ejército y habló con su jefe y con el jefe supremo. Luego rogó a los oficiales rusos que le entregaran el documento y se consideraran huéspedes suyos hasta su regreso.

El coronel subió a su coche, se dirigió al aeródromo de Pitomnik y siguió por la carretera de Gumrak hasta unos «bunkers» apartados, donde residía el

mando supremo del ejército.

El documento decía:

«Al jefe supremo del Sexto ejército alemán, coronel general von Paulus, o a su substituto y a todos los oficiales y soldados de las tropas alemanas sitiadas ante Stalingrado.

»El Sexto ejército alemán y las formaciones del cuarto ejército de «panzers» están totalmente rodeados desde el veintitrés de noviembre de 1942.

«Las tropas del ejército rojo han encerrado a este grupo del ejército alemán en un sólido cerco. Toda esperanza de liberación de estas tropas por una ofensiva del ejército alemán desde el Sur y el Suroeste, no se ha realizado; las tropas destinadas a tal empresa han sido derrotadas por el ejército rojo, y los restos de dichas fuerzas se retiran hacia Rostow.

»La aviación alemana que les aprovisionaba ya con grandes dificultades de escasos víveres, municiones y carburante, se ha visto obligada, ante el rápido avance del ejército rojo, a cambiar de lugar los aeródromos repetidamente, viéndose forzada a despegar desde distancias cada vez mayores. Además, la aviación de transporte ha sufrido enormes pérdidas en aviones y tripulantes, ocasionadas por la aviación rusa. Su capacidad de ayuda a las tropas sitiadas es irrisoria.

»La situación de estas tropas es grave: sufren hambre, enfermedades y frío. El crudo invierno ruso apenas ha empezado. Se aproximan fuertes heladas, vientos fríos y temporales de nieve. Los soldados no disponen de suficiente ropa de invierno y se encuentran en gran penuria de medicamentos y en condiciones sanitarias pésimas.

»Usted, como jefe y todos los oficiales de las tropas cercadas, saben perfectamente que no tienen a su mano posibilidades reales de romper el cerco que los aprisiona. Su situación es desesperada y toda resistencia, insensata. En vista de las circunstancias, acepten las siguientes condiciones de capitulación:

»1.<sup>a</sup> Todas las tropas alemanas sitiadas con sus oficiales y estados mayores deben cesar toda resistencia.

»2.<sup>a</sup> Deben entregarse incondicionalmente todos los soldados, con sus armas, equipos militares completos y todas las propiedades militares intactas.

«Garantizamos a todos los oficiales y soldados que cesen la resistencia, la vida y seguridad, y, una vez terminada la guerra, el retorno a Alemania o a cualquier país al que deseen trasladarse los prisioneros de guerra.

»A todos los jefes militares que se rindan, se les respetará el uniforme militar, distintivos y condecoraciones, propiedades personales y valores; a los oficiales, los sables.

»A todos los jefes, oficiales y soldados, se les asegura un inmediato abastecimiento normal de víveres.

»A todos los heridos, enfermos y congelados, se les facilitará ayuda médica.

»Se espera que su contestación será entregada por escrito el nueve de enero de 1943, a las diez horas cero minutos, hora de Moscú, por un representante nombrado por usted, el cual debe presentarse en un coche enarbolando bandera blanca, por la carretera, exactamente en el lugar de Konny, Estación Kotlubany. Su representante será recibido por comandantes

rusos autorizados, en la zona B, 0,5 kilómetros sureste del punto 564, el nueve de enero de 1943, a las diez horas cero minutos.

»Si rechazan nuestra propuesta de rendición, les advertimos que las tropas del ejército rojo y de la aviación roja se verán obligadas a aniquilar a las tropas alemanas sitiadas. Usted mismo será el responsable.

»El representante del cuartel general del ejército rojo, coronel general de Artillería, Woronow.

El jefe supremo de las tropas del frente del Don, teniente general, Rokossowski.»

Ni el sargento Gnotke ni otro cualquiera de los hombres del frente occidental de Stalingrado o de las formaciones septentrionales, podían imaginarse en aquel momento que al día siguiente, a las diez horas, empezaría un nueva hoja negra en el libro de su destino y comenzaría el aniquilamiento definitivo. No se cruzó ningún disparo entre la trinchera donde estaba Gnotke y la de enfrente, excepto uno. El tiro que dio junto al cadáver del caballo y levantó un nubecilla de polvo. El brazo que se había movido y la mano que empuñaba el cuchillo que había conseguido cortar un trozo de carne, cayeron. Luego, todo quedó como antes; pero en vez de tres eran cuatro los cuerpos que quedaron inmóviles en aquel lugar. A la mañana siguiente, este último tendría el aspecto de una mancha negra, como los otros tres.

Media hora después terminó la guardia de Gnotke.

El centinela que le relevó era el cabo Liebich, un empleado de oficinas de Merseburg, que había pertenecido en Wertjatschi a la compañía del estado mayor, y que por este motivo sentía el hambre más que los otros, y la obscuridad le infundía más pánico. Gnotke le indicó con la mano el caballo junto al que se veía un cuarto cadáver, al lado de los tres ya conocidos, todos ellos desamparados bajo el temporal de nieve.

Liebich comprendió:

—¿Dingelstedt?

Gnotke afirmó con la cabeza.

Antes de regresar a su «bunker», Gnotke debía dar parte al jefe de guardia de la desaparición del cabo Dingelstedt. El jefe de guardia, el brigada Poehls, días atrás sargento de cocina de la compañía del estado mayor, inscribió el nombre de Dingelstedt en su diario. No quiso saber más detalles, pues la sola mención del cadáver del caballo le hacía brotar gotas de sudor en la frente, y el incontenible movimiento involuntario que sentía en sus entrañas no era imaginario, a pesar de que el médico de Otorwanowka le había dicho que su diarrea podía ser causada por motivos internos procedentes del cerebro, choques nerviosos, miedo, sustos, etc., y que sólo el cambio de clima podía aliviar el estado de su enfermedad.

El jefe de la compañía, el capitán von Holhvit, tuvo que borrar dos nombres de su lista el mismo día. Un soldado fallecido por la noche y enterrado a la mañana siguiente en la nieve, y el cabo Dingelstedt. La compañía contaba todavía con treinta y dos hombres: un oficial, cinco sargentos y veintiséis soldados.

Trescientos hombres la componían cuando, mes y medio antes, el capitán von Holhvit conducía su tropa formada con media compañía de estado mayor y media de soldados fugitivos y recuperados desde Wertjatschi a la otra orilla del Don. El fuego del enemigo, el hambre y las enfermedades habían diezmado

su nueva unidad. Ahora podía calcularse el momento en que no quedarían hombres suficientes para sostener un fusil.

El pensamiento de von Holhvit voló hacia la campiña de Wertjatschi, hacia el lugar donde gozó su último permiso, el campo, los bosques, su padre y la dulce Use de la granja vecina. El capitán estaba sentado en su «bunker» a pocos metros de las trincheras más avanzadas. Había tenido la suerte de poder ocupar unos «bunkers» que pertenecieron a las antiguas posiciones rusas. Era una circunstancia rara en el frente occidental de Stalingrado encontrar fortificaciones tan bien construidas y cómodas.

«Pero, ¿cuánto tiempo duraría? ¿Cuánto tiempo podrían mantenerse allí? Una lámpara de petróleo ardía sobre la mesa; el petróleo comenzaba a escasear. Enfrente tenía los útiles personales del cabo Dingelstedt: una cartera con algo de dinero, unas fotografías y unas cartas. Holhvit contemplaba las segundas: una casita con un jardincito, en el que se veía un peral. Una mujer joven sentada en un banco con un niño de unos diez años. Un hombre con sombrero de paja: el cabo Dingelstedt. Puso las fotografías junto a las cartas y cogió al azar una de ellas, escrita por un niño, según se adivinaba por la caligrafía.

«Querido papá: Tengo un hermanito. El doctor y la comadrona dicen que se parece a ti. Mamá está muy enferma y el doctor viene aún todos los días. Si se muere mamá... ¿qué haremos? ¿Verdad, papá, que no se debe morir nuestra madrecita? ¡Papá, ven!. Ella te llama siempre: «¡Heinrich, Heinrich, ven!» Y la tía Lieschen tiene que llamar siempre al doctor por teléfono para que le ponga una inyección en la pierna para que se duerma. Cuando preguntan a mamá cómo se llamará el niño, nos mira y no dice nada... Saludos y besos. Walter.»

En el oeste de Stalingrado, el «hogar del soldado» era un hoyo en la nieve o en la tierra y, en muy contadas ocasiones, un «bunker». Las casas de los pueblos vecinos habían tenido que facilitar las puertas, ventanas y otros objetos, como mesas y bancos, para acondicionar estos «bunkers». Los primeros moradores del «bunker» de Gnotke, cavado por los rusos, habían pintado de negro el humorístico nombre de «Villa Paz de Invierno» sobre el orificio que servía de entrada. Pero lo que aquellos soldados se habían imaginado parecía como ellos mismos; nada sobrevivía allí. Los bancos —salvo uno—, los pequeños armarios y todos los objetos de madera habían terminado su existencia en la estufa. La noche anterior se quemó el camastro donde, hasta entonces, durmió el soldado enterrado aquella misma mañana en la nieve. Cuando Gnotke se hizo cargo de los enseres de Dingelstedt y salió del «bunker», algunas caras se levantaron y observaron sus movimientos; cuando regresó poco después, el camastro del cabo había sido desmontado y el soldado Altenhuden se ocupaba en hacerlo astillas para el fuego.

Gnotke se sentó junto a la helada estufa.

Con una sola mirada se dio cuenta de que Gimpf continuaba en su camastro en la misma posición que antes, sin haberse movido lo más mínimo. Ni se había descalzado ni había tocado los trapos que Gnotke dejó a su lado. En el caso de Gimpf, el mal no residía en los pies helados, sino que procedía del interior, del cerebro, lo mismo que le sucedía al brigada Poehls. Sin embargo, el miedo a los sustos no podía afectar a Gimpf, por lo menos en lo que se refería a la muerte; había perdido este temor trabajando en el batallón



disciplinario.

Antenhuden trajo un haz de leña.

—Leña para la estufa; hace poco era una cama, pero ya no la necesita su dueño.

—No, Dingelstedt ya no la necesita.

Este fue el epitafio dedicado al cabo Dingelstedt.

—Ya era hora de que pudiéramos calentarnos un poco —dijo la clara voz del cabo Riess.

Altenhuden prendió fuego a la madera y el bidón de gasolina, convertido en estufa, empezó a calentarse. Dos ocasiones había —de la tercera, la comida, no podía hablarse desde hacía mucho— en que se despertaban los moradores de un «bunker»: un ataque soviético o una estufa que irradiara calor. En caso de ataque, todos estaban despiertos sin sentir el mal que les aquejaba, pues perder el «bunker» significaba perderlo todo, y fuera de él acechaba la estepa azotada por las terribles tempestades de nieve. Ahora, se trataba de una estufa caliente y Altenhuden echó dentro todo lo que cupo. Los hombres empezaban a animarse. Primero, Tuennes, que saltó de su camastro y se sentó en cucullas junto a la estufa; un segundo y un tercero le siguieron y pronto se les unieron Liebich y los demás centinelas relevados. Gnotke había colocado una perola de agua sobre la estufa; cuando el agua estuvo caliente, la llevó al camastro de Gimpf; dio un pequeño empujón a éste y procedió a envolverle los pies con trapos mojados en el agua caliente.

—Están mejor que los de Tuennes y los de Kalbach —le animó Gnotke.

Los pies de Tuennes estaban fuertemente hinchados a causa del hambre padecida, y los de Kalbach eran masas deformes por la enfermedad del corazón que padecía y por el hambre. Gimpf pudo quedarse aquel día bastante rato en su cama con los fomentos que le pusieron en los pies, gracias a que Gnotke cambió la hora de su guardia de manera que Gimpf no tuvo que levantarse hasta bastante más tarde.

Cuando Gnotke regresó al «bunker» después de su segundo relevo, la noche había caído. En el interior, algunos permanecían sentados todavía junto a la estufa, otros se habían acostado en los camastros. Cuando Gnotke entró oyó las palabras de un soldado:

—Podemos considerarnos dichosos, pues si los rusos hubiesen podido realizar sus planes...

El orador se interrumpió para agregar al momento:

—¡Aún vivimos!

—¡Aún vivimos! —repitió una voz desde la oscuridad.

—¡Satanás nos ha encerrado; sólo podemos orar! —clamó otro.

Todos callaron y el silencio pareció materializarse. El que triunfaba sobre los rusos y «aún vivía» era Kalbach, con su corazón fatigado y sus pies hinchados. El que no creía en nada, ni en el Führer, en nada más que en la oración, era el cabo August Fell.

Pasó Navidad, con la «orgía» que les había animado durante una hora. Habrían podido aprovechar el calor de manera más provechosa —el soldado Altenhuden, por ejemplo, se quitó la camisa y se cogió doscientos treinta piojos, que fue echando en una lata de conservas llena de agua—, o habrían podido lavar sus trapos, coser calcetines, o curarse, como Gimpf, los pies, de los cuales dependería muy pronto su vida. Sin embargo, habían gozado del calor y la tranquilidad inesperada como habían saboreado en otros tiempos una

buena cantidad de aguardiente. Conversaron sobre todos los temas de las últimas semanas. Naturalmente, ya no se habló de los tanques de Manstein, pues esto era ya cosa perdida. Sin embargo, todos habían visto con sus propios ojos una gran cortina de fuego en el Oeste; el cabo Riess, que regresó aquel día del almacén del regimiento sin carne de caballo, había traído la explicación de aquel enigma: «Se combate al otro lado del cerco. Los rusos están todavía en Kalatsch, pero son atacados por un ejército entero de las SS.» También el sargento Urbas había tomado la palabra —este Urbas a quien nadie podía comprender—. Permanecía inmóvil durante horas enteras sobre su cama, contándose estúpidamente los dedos, sin oír a nadie aunque le hablaran a gritos; otras veces, oía todo lo que se decía en voz baja y empezaba a vociferar como un endemoniado, hasta caer postrado de nuevo en su lecho y su cara se ponía tan amoratada que, dada su inmovilidad, habían llegado a creerle muerto. Aquel día permaneció muy quieto también; pero cuando Riess habló del ejército de las SS. en Kalatsch, Urbas tiró bruscamente al suelo la manta, la lona, el abrigo y todo lo que tenía encima, gritando: «¡Sí, es verdad; ya han pasado el puente, y pronto romperán el cerco!» Nadie hizo caso a Urbas ni siquiera cuando una vez, por excepción, dijo la verdad. Todos respiraron cuando volvió a caer desmayado sobre sus mantas, pues así podían escuchar mejor lo que Riess había oído contar en el regimiento. Luego, August Fell, juntando las manos hizo un voto:

—Oídmelos todos; hago un voto y lo cumpliré: si regreso con vida a casa, regalaré cien marcos a la iglesia.

Kalbach, Liebisch, Riess, Liebsch, Gimpf y Altenhuden expresaron también sus esperanzas.

—Se ve combatir a los rusos de una manera desesperada, y esto es muy significativo.

—Naturalmente, no quieren abandonar Stalingrado; pero tendrá que caer una u otra vez.

—Ya ocupamos nueve décimas partes y no quedan más que pequeños grupos aislados de resistencia; sin embargo, están sumamente fortificados.

—Y cuando atacan en grandes masas se trata de hombres forzados que luchan obligados por los comisarios políticos.

—Sí, pero a los rusos se les agotarán las fuerzas, no pueden soportar indefinidamente pérdidas tan graves.

Así se expresaban. Mencionaban y exageraban el quebrantamiento ruso y el hambre en las líneas rusas para excusar sus propias bajas y acallar el hambre de sus propios estómagos; pero no lo podían conseguir. Liebisch se levantó y aportó su comentario.

—Hace días que reina una calma completa en nuestro sector.

—¡No tantos días! ¡Diablos! —le replicó el sargento Maulhard, que tres días antes había recibido una herida de bala en la nalga durante un ataque por sorpresa, y llevaba ese tiempo con el trasero deshecho tendido boca abajo en su camastro, esperando el momento de ser trasladado al hospital. Le habían vendado provisionalmente. No había inyecciones de morfina, pero el sargento de sanidad le dijo que, como pocos meses antes le habían puesto una inyección contra el tétanos, ésta podría resultar eficaz todavía.

Riess, que había pertenecido con Liebisch y el brigada a la compañía del estado mayor y había pasado el tiempo jugando a las cartas con sus camaradas, terminó pronto de contar todo lo que oyera. Aunque los hombres

del «bunker» llevaban cincuenta días cercados y cincuenta veces habían visto desvanecerse sus esperanzas, conservaban siempre su optimismo. Dentro de unos ocho días podrían volver a escribir por correo normal y cinco días más tarde —del quince al dieciséis de enero— serían liberados. Que el Führer cumpliría su palabra era tan seguro como que Hitler era el Führer.

—Nuestra fidelidad merece la suya —dijo Riess.

—Nuestra situación es grave; pero en el sitio de Waldai era aún más desesperada y, sin embargo, rompieron el cerco —consoló el cabo Fell.

—Entonces, me gustaría saber por qué no hemos roto el nuestro el día tres, según estaba planeado —interrumpió Altenhuden.

—No es preciso; nos quedamos donde estamos y seremos liberados desde el exterior —afirmó Riess, continuando—. De acuerdo con lo que comunica el alto mando, podremos salir de este cerco el veintiséis de enero a lo sumo. Y, naturalmente, nos darán permisos; primero a los que tienen hijos, luego a todos.

—El Führer lo ha dicho.

—Por eso no vacilamos ni retrocedemos un paso; estamos seguros de que seremos liberados.

—¿Es verdad, Emil, que estaba planeado lo que ha dicho Altenhuden? —le preguntó uno a Riess.

—Sí; regresaremos todos a casa en avión.

Se sentaron junto a la estufa. Llevaban varias semanas sin cortarse el pelo. En sus ojos brillaba el hambre. Pero el fin de sus sufrimientos se acercaba y sus dolores y sacrificios no habrían sido estériles. Habían defendido la fortaleza de Stalingrado, resistiendo hasta el final, hasta su liberación. El día de mañana se verían transportados en avión y volverían a ser seres humanos curados y atendidos por sus mujeres, por sus hijos, ¡por toda la nación!

Y todo aquello les parecía verdad porque en su «bunker» había salido la roja luna de la estufa.

Esta conversación tuvo lugar antes de la entrada de Gnotke. No quedaba leña; toda la había consumido la hambrienta estufa. El fuego estaba apagado y lentamente fueron desfilando todos aquellos hombres hambrientos, ateridos por la crudeza del clima, en busca del consuelo —más ilusorio que real— de sus desvencijados camastros.

Despertaron a Gnotke.

—¡Otra vez ese cochino de Liebsch! —maldijo Tuennes.

—¡No escandalices! —le gritaron desde la oscuridad; pero Tuennes no se calmó.

—Apático como un tanque y demasiado perezoso para levantarse, desabrochase los pantalones y hacer fuera sus necesidades. ¡Cuando estás debajo, recibes toda la bendición!, —gritó, levantándose para sacudir su capote de lona.

Aquello no era nada de particular; ocurría todos los días. Gnotke se volvió a dormir.

## XI

## TRECIENTOS TREINTA MIL HOMBRES

Trecientos treinta mil hombres figuraban en las listas del Sexto ejército alemán el primero de noviembre de 1942. Hasta el diez de enero de 1943 — setenta y un días—, ciento cuarenta mil hombres habían sido dados de baja. Habían sucumbido al hambre, al frío, a las enfermedades y a las armas rusas.

Trecientos treinta mil, menos ciento cuarenta mil.

Quedaban todavía ciento noventa mil soldados.

El diez de enero de 1942 habían iniciado su carrera a través de la estepa helada. El diez de enero de 1943, a las diez horas cero minutos —en aquel momento expiraba la propuesta de rendición del alto mando soviético—, empezó la carrera de la muerte.

En el «bunker» de Gnotke, la desbandada comenzó diez minutos antes. El dedo del soldado Altenhuden provocó el estallido del caos. Fue su índice derecho el que puso sobre una mancha roja, una mancha del tamaño y forma de una lenteja en el cuello del sargento Urbas. Retiró el dedo, la mancha había desaparecido; pero reapareció en seguida. Altenhuden entreabrió la camisa del sargento, que reposaba inmóvil; las mismas manchas rojas se destacaban en su pecho. Altenhuden miró su dedo como si se hubiese contagiado de algo imborrable, de algo que correría por sus venas hasta su cerebro y su corazón. Contempló a Urbas: tenía la cabeza hinchada, las fosas nasales negras, negros también los gruesos labios y los dientes, y el aliento fétido. Altenhuden se echó bruscamente hacia atrás, escondiendo su dedo bajo el sobaco; una sola palabra articuló su boca: «¡Tifus!»

—¡Tifus! —repitió otro como el eco.

La enfermedad característica de las ciudades sitiadas, de los ejércitos derrotados, y ¡no sabían qué hacer! Las caras de los soldados que rodeaban el camastro del sargento habían palidecido más que la tenue luz del «bunker».

—Pero, ¿qué podemos hacer?

—¡Hay que sacarlo en seguida! ¡Que venga un sanitario al instante!

Pero ¿dónde estaba el sanitario que le hubiese llevado inmediatamente? Y ¿adónde le habría podido llevar? ¿A Otorwanowka, acaso, donde ya hacía días que no había sitio para el sargento Maulhard con su herida en la nalga, o al

aeródromo de Pitomnik para evacuarle en avión? ¿O a Gumrak, donde las calles estaban atestadas de enfermos y allí perecían en sus miserables capotes-tienda de lona?

—Este animal, idiota, más que idiota —dijo el brigada Riess—, él mismo tiene la culpa por haber bebido agua de nieve sin cocerla. Ya sabía que eso está severamente prohibido.

—Déjate ahora de bobadas. Lo esencial es quitarle de en medio. ¿Cómo lo hacemos?

El brigada Riess, que pertenecía a las SS. y estuvo un año antes de guardián de un campo de concentración en el «Gobierno General de Polonia», conocía el remedio radical contra el tifus: Un tiro en la cabeza y catorce pies bajo tierra con un saco de cal encima.

—Tendremos que dar parte —dijo—, y por el momento le dejaremos fuera, en la nieve.

Pero también el sargento Urbas, que antes estuvo encargado de la impedimenta, había visto muchas cosas y conocía ciertos métodos y prácticas. Pero jamás había pasado por su imaginación que él mismo pudiera ser objeto de tales métodos. No sabemos hasta qué punto comprendió las frases que se cruzaron entre sus compañeros, pero cuando se incorporó y, lo mismo que la tarde anterior, se sentó con los pies colgando fuera del camastro y abrió sus ojos desmesuradamente, vio aquellos pálidos rostros dirigidos hacia él y entonces comprendió... Y entonces él, calenturiento, zumbándole la cabeza y casi sordo, oyó lo que los otros sólo se atrevían a pensar. Oyó y vio. Oyó el tono de recelo en las palabras de Riess y vio los sentimientos que ocultaban los rostros de los demás y el miedo que se escondía tras de sus ojos.

—Urbas —dijo Riess.

Esa llamada era lo único que le hacía falta para volver en sí y recobrar su lucidez. Urbas era él. Entre sus delirantes ideas, su vista se fijó en el bidón de gasolina convertido en estufa. Saltar del camastro, agarrar la estufa y arrojársele con todo su contenido a la cabeza del cabo Riess fue obra de un segundo. Tropezó con la mesa, y la hizo astillas a golpes. Todo su cuerpo estaba poseído de rabia y de furia. Todo cuanto caía en sus manos se convertía en proyectil. Era un hombre bajo y robusto que antaño había trabajado de mozo de cuerda en una casa de exportación de Leipzig. Tenía mujer, llamada Brigitte, y un hijo en el frente. Esta fiera que ahora corría y saltaba por todos los rincones del «bunker», personificando la fuerza centrífuga hecha carne, músculo y tendones, lo oía y lo veía todo. Vio a Riess tendido en el suelo, limpiándose la ceniza de la cara y de los ojos; vio a Liebisch y a Liebisch caer uno sobre otro; a Tuennes, Fell, Altenhuden que se echaron sobre él; al sargento Maulhard que saltó de su camastro y escapó sosteniéndose los pantalones y los vendajes ensangrentados; vio a Gnotke, de pie, en la pared, que le miraba fijamente; vio al brigada Poehls que bajaba las escaleras, y le vio incluso antes de que abriera la puerta del «bunker», pues veía a través de las paredes, a través de la niebla, veía muchísimas cosas...

...Llevaba en la mano un objeto pesado y lo hizo zumbir por el aire. Desde luego, no era una porra de goma que pesadamente cayera sobre un cuerpo humano. Pero al mismo tiempo el objeto que blandía era aquella recia porra de goma que tenía en su casa colgada detrás de la puerta del pasillo. En su mente se agolparon antiguas imágenes: era una tarde de domingo, en la mesa estaban aún las tazas del café, con su dibujo de flores. Brigitte le sirve el

humeante café, mientras él espera sentado en el sofá, en mangas de camisa. Cuando lo haya tomado, se tumbará para dormir la siesta. Tenía en la mano un buen trozo de tarta en el momento en que una vecina se presentó alarmada:

—Allá arriba, en la escalera, hay un vagabundo...

Y allí se presentó Urbas, al instante, con su porra de goma. Allí encontró al vagabundo, acurrucado, dormido. «Un individuo así puede muy bien ser capaz de forzar la puerta de las buhardillas y cometer un robo; esto sucede a menudo», pensó Urbas. Y la pesada porra de goma cayó sobre aquel desgraciado, que se despertó aterrorizado. Los golpes llovían sobre todas las partes de aquel cuerpo intimidado, que no se atrevía a huir siquiera. Pero Urbas era fuerte y pronto consiguió expulsar al inoportuno huésped escaleras abajo, volviendo a su comedor. Cuelga la porra de goma detrás de la puerta del pasillo y se vuelve a sentar en el sofá, junto a la mesa, donde Brigitte colocaba una nueva taza de café en lugar de la otra, que se había enfriado.

Aquél era Urbas.

Pero ahora no llevaba en sus manos la porra de goma, sino el mismo camastro de madera que había arrancado y lo blandía dando con él vueltas vertiginosas. Aquel a quien tocase quedaría bastante malparado. Pero este Urbas, ya no era el Urbas de la porra de goma, ya no era un defensor del «nuevo orden», ni tampoco un soldado de dicho «nuevo orden».

El Urbas del «bunker» ya no era el Urbas de Leipzig, con su esposa, su hijo y un piso de tres habitaciones con jardín y terraza. Ya no era tampoco aquel sargento Urbas que pasaba indiferente ante hombres y mujeres ahorcados y con la misma indiferencia seguía, con su columna de la impedimenta, a lo largo de las zanjas llenas de cadáveres de los caídos.

Sintió los golpes que daba y los dolores que le causaban: era un agonizante desesperado. Gruesas gotas de sudor resbalaban por su frente y sus mejillas, echaba espumarajos de rabia por la boca, que le caían hasta la barbilla; sin embargo, no podía evitar que las fuerzas se le agotasen; el camastro se le cayó de las manos. Entonces fue dominado. Le echaron al suelo, le golpearon y le ataron de pies y manos.

Media docena de hombres tenían que sujetarle mientras le estaban atando. Todos los enseres del «bunker» quedaron tirados por el suelo, en desorden. De pronto, se oyó la voz del brigada Poehls:

—¿Estáis locos? ¿No habéis oído el toque de alerta? ¡Los rusos atacan!

Von Holhvit, el capitán de la compañía, les gritó:

—¿Os ha mordido un perro rabioso? ¡Alerta! ¡Alerta!; ¡Todo el mundo fuera de los «bunkers»!

¡Los rusos...!

Eran las diez horas cero minutos. La artillería rusa tronó.

Una primera descarga; después, otra y otra... el eco se mezclaba ya con las detonaciones. Había empezado una horrible danza de la muerte.

Altenhuden, Fell, Gnotke, Gimpf, Liebisch, Riess —cegado todavía por las cenizas—, Tuennes cojo, Kalbach con su débil corazón y el apático Johannes Liebsch, se pusieron aprisa los cascos de acero sobre sus cabezas cubiertas de trapos. A saltos, salieron del «bunker», corriendo hacia los puestos de combate. El sargento Maulhard con su herida en la cadera, también les siguió; todavía podía tenderse detrás de la mirilla de una ametralladora tan bien como si estuviera en su camastro.

A occidente, el cielo estaba en llamas. Los arroyos, la estepa cuyos pueblos se extendían hasta el valle de Karpowka, y todo el campo cubierto de nieve, todo parecía arder. Un humo espeso se elevaba como de una enorme hoguera. Únicamente el estado mayor del ejército, que recibía los partes de muchos regimientos y algunas divisiones, y que podía reunir todos los informes y detalles sobre los emplazamientos militares, comprendió en seguida que el fuego había estallado sistemáticamente contra toda la mitad occidental del cerco. La mitad del corazón apresado en el puño de hierro.

—¡Se ha perdido la cota 126!

—¡Sí, mi general!

—¡El jefe supremo en persona!

Cota 126...

Era una de las alturas dominantes del frente occidental de Stalingrado y su pérdida significaba un camino abierto para el enemigo hasta el valle de Rossoschka; representaba una irrupción a espaldas de las tropas situadas al oeste de Marinowka y una grave amenaza principalmente para la 3.<sup>a</sup> división motorizada de infantería; pero no era únicamente la cota 126. De la parte meridional del cerco llegaron noticias igualmente alarmantes. Zybenko y Krawzow se habían perdido. La cota 126, la colina Kasatschi, el golpe dirigido contra Karpowka, contra el sur de Zybenko, contra Krawzow, contra la cota 129 y también el golpe dirigido contra Karpowka por otro frente.

El oficial jefe de información estaba ante el jefe del estado mayor del ejército. Éste le miró con sus claros ojos abiertos. Los dos sabían que la maniobra de socorro había fallado, que Hoth había sido batido en Kotelnikowo y se retiraba con sus tropas acorazadas en dirección a Rostow; que las tropas del ejército de Manstein huían también en dirección a Rostow. El ejército estaba derrotado. Las tropas de Stalingrado, perdidas; su material, perdido; lo único que hubieran debido hacer era salvar la vida de algunos hombres.

Hasta ahora, la cuenta era:

Trescientos treinta mil hombres menos ciento cuarenta mil, quedaban ciento noventa mil.

Lo que sucedió en aquellas horas fue el principio del fin. El jefe de ejército estaba pálido. Sus ojos claros brillaban de rabia apenas contenida. Todos eran unos inútiles, era la única consideración a la que le llevaban sus concepciones estratégicas y tácticas. ¡La 44.<sup>a</sup> división de infantería no resistía! La 367.<sup>a</sup> era perseguida por la catástrofe desde Kletschaja. La 3.<sup>a</sup> permaneció durante tanto tiempo en los «bunkers» de las avanzadillas que cuando quiso salir era ya demasiado tarde: ¡quedó cogida en la trampa!

—¡La 3.<sup>a</sup> debe salir de la encerrona! ¡Retirada inmediata! No hay más remedio en esta situación. Suprimiendo el saliente del frente se libera a la 29.<sup>a</sup> Se la enviaremos a Damme. En el resto de la consigna es: ¡Mantener las posiciones! Eliminar las cuñas del sector de la 44.<sup>a</sup> y de la 376.<sup>a</sup>, y resistir.

—¿Y en el Sur?

—Reconquistar la cota 129 y mantenerla.

En el plano del campo de batalla que tenía el jefe del estado mayor del ejército había una línea de defensa retrasada, marcada con la palabra «Violeta», y otra más atrás aún denominada «Girasol»; sin embargo, a excepción de una orden para la 3.<sup>a</sup> división de infantería, que ya tenía cortada la retirada y se hallaba en franca desbandada, no dio ninguna otra orden de

repliegue. Los cambios de frente tenían que pagar su tributo de sangre y fuego.

Ya no se trataba de un ejército ni de una meta que dicho ejército debería alcanzar. Allí ya no había ninguna misión estratégica que cumplir. El único problema era la suerte de los ciento noventa mil hombres cercados. Pero las órdenes emanadas del cuartel general del ejército que circulaban en todas las direcciones, hasta Bolschaja Rossoschka, Baburkin, Nowo Alexejewka, Karpowka, Woroponowo, Pestschenska, aquellas órdenes contradictorias, no tenían como objetivo la vida, la salvación de aquellos hombres, sino su muerte.

Los jefes de división estaban inclinados sobre los telegramas y partes escritos que les entregaban sus oficiales; todos gritaban, pero actuaban; distribuían órdenes y las hacían transmitir al frente por los oficiales de enlace y sus soldados, a pie, en bicicleta, en moto, o por mediación de los conductores de los tanques.

Uno de los jefes, el general Geest, estaba en una «balka» —como aquí se llamaban los barrancos— en los alrededores de Bolschaja Rossoschka. Su cuartel general se hallaba alejado del frente y más apartado que los demás de los lugares de peligro inmediato. A pesar de ello, llevaba puesto el casco de acero incluso dentro del «bunker». En caso de retirada o huida, debería encontrarse nuevamente en el centro de la curva del frente y, por lo tanto, había recibido la orden de formar un grupo de choque con parte de su división y lanzarlo al lugar amenazado. Y como su compañía de choque, organizada en Wertjatschi y mandada por el capitán von Holhvit, combatía fuera del sector de su división, tuvo que organizar otra, mandada por el teniente Wedderkop, poniéndola en camino hacia Baburkin.

Otro de los jefes era Goennern. Las flechas de los ataques al norte y al sur del frente no daban lugar a dudas sobre la dirección de la ofensiva, claramente dirigida contra Karpowka. Aquel era el momento de trasladar el cuartel general más a retaguardia.

Otro era el general Damme, instalado en Nowo Alexejewka. Su jefe de información estaba inclinado sobre un plano, señalando con lápiz-carbón, mientras con la mano izquierda sostenía el teléfono apretado contra la oreja. Damme paseaba de un lado a otro del estrecho «bunker». De vez en cuando, se paraba y miraba sobre los hombros de su jefe de información. Chupó su cigarro y se dio cuenta de que estaba apagado. Lo encendió de nuevo y continuó paseando.

Su ayudante entró con el uniforme todo manchado; su cara estaba cubierta de barro, de polvo y sudor; era el coronel Vilshofen.

—¡Gracias al cielo que ha llegado usted! —exclamó Damme, estrechándole las manos—. ¡Un jefe de tanques! ¡Tanques es lo que necesitamos!

—¡Ya no tengo tanques, mi general!

—¿Cómo? ¿De veras? ¿Nooo?

—Cuatro tanques es todo lo que me queda.

Pero aún Vilshofen traía nuevos desengaños a Damme. No venía para ayudarle a él con su grupo improvisado de combate, sino que debía ocupar posiciones en el flanco derecho entre la división del general y la vecina.

Damme miró el plano y suspiró:

—¿Qué voy a hacer? El estado mayor me ha prometido refuerzos. Hace una hora, el teniente Wedderkop ha pasado por aquí con doscientos hombres.



¡Había que verlos! No eran soldados. Era una tropa de inválidos con diez cartuchos cada uno. ¿Qué clase de refuerzo es éste?

Damme, el jefe de información y el coronel Vilshofen se sentaron ante la mesa. El ayudante cogió el teléfono, ya que continuamente eran transmitidas nuevas indicaciones sobre el frente.

Damme explicó la situación a Vilshofen:

—Se ha estado combatiendo durante semanas enteras por las colinas de Kasatschi. Han pasado de una mano a otra y, como únicamente costaban víctimas a ambos bandos, han terminado quedando desocupadas. Hemos perdido la cota 126 y tenemos que replegarnos. No nos queda otro remedio.

El lápiz de Damme no señalaba ninguna línea definida, sino una serie de puntos. Los azules ojos de Vilshofen siguieron aquella línea imaginaria. El lápiz tocó todavía algunos puntos más. Eran cinco tumbas antiguas de los escitas.

—Debería usted ocupar las tumbas y esta colina, Vilshofen.

—Está bien. Esta noche haré que se ocupe la colina.

—La colina debe ser mantenida por lo menos hasta que sean ocupadas las nuevas posiciones. La 3.<sup>a</sup> división se retira de su puesto avanzado. La nueva línea corre ahora paralela a la carretera y gira hacia el sur hasta la vía del ferrocarril, en dirección a Atamansk.

Vilshofen se levantó.

—La colina, Vilshofen —le recomendó Damme otra vez.

El general dirigió su atención al jefe de información con otro objeto. Era la evacuación y el traslado hacia atrás del depósito de víveres, de un taller de reparaciones y un campamento de sanidad. El jefe de información tomó el teléfono para escuchar los informes transmitidos del frente. El segundo teléfono llamó y por la comunicación de la división vecina, Damme se enteró de que el enemigo había profundizado su brecha.

Entretanto, el coronel Vilshofen subió los dos escalones del «bunker», se sentó en el «sidecar» de la motocicleta y marchó por la carretera helada, en la noche.

El «bunker» que Vilshofen había ocupado en la carretera de Dmitrewka no era un auténtico «bunker». Antiguamente había sido una cueva destinada a almacén de patatas y sandías. Estaba situada al lado de la carretera. Durante todo el día se oía el ruido de las cadenas de los tanques, el chirriar de las ruedas de los carros, el paso de las formaciones en marcha y el ruido de los transportes que trasladaban heridos hacia la retaguardia. Cuando se abría la pesada puerta, penetraba una blanquecina nube de niebla. Y cuando la figura de un capitán o un comandante aparecía en las tinieblas, se percibía durante unos momentos un olor penetrante a sudor, sangre, suciedad y muerte.

—Señores...

El coronel Vilshofen se levantó y los tres oficiales le imitaron. Vilshofen se despidió de ellos estrechándoles las manos.

—¡Vayan ustedes con Dios!

Sin querer, se le habían escapado estas palabras de los labios. Y a todos ellos les pareció aquel saludo el más propio del momento. En ningún rostro apareció el asombro ante la substitución del «Heil Hitler» de ordenanza. Se pusieron los pasamontañas y los guantes, se levantaron el cuello de los capotes, y desaparecieron en el blanco vapor de la niebla que inundó el «bunker» al abrir la puerta.

El coronel Vilshofen reflexionó sorprendido: «¡Vayan con Dios!» ¿Por qué no «Heil Hitler»? ¿Y por qué nadie lo echa de menos?

También el capitán Steiger pensó en ello cuando marchaba al frente de su columna de cuarenta hombres —cada cuatro de los cuales llevaban un cañón ligero—; aquel saludo tenía una significación bien distinta en la boca del jefe militar que en la del cura. El cielo se cubrió de nubes, quedando un claro por el que las luminosas estrellas bañaban con sus rayos las chozas de Dmitrewka, que se levantaban sobre el terreno llano y desaparecían lentamente a espaldas de la columna en marcha.

Caminaban muy lentamente.

El terreno, surcado por los «panzers» durante la estación de las lluvias, herido por las bombas, y helado ahora, aquel terreno por donde los hombres arrastraban los antitanques, parecía un paisaje lunar. Los soldados de infantería trabajaban como condenados para fortificar la nueva línea. Levantaban la endurecida tierra con picos y palas. La columna de Steiger tenía que recorrer cuatro kilómetros aún hasta llegar a la colina que debían ocupar antes del alba y después mantenerla a toda costa. Un cabo, enviado por Steiger a la compañía vecina en busca de refuerzos, regresó solo. «La compañía, más que ayudar, necesitaba recibir ayuda. El terreno parecía de piedra y los soldados no podían cavar» —fue la respuesta que le dieron. Les pillaría el día sin tener la menor protección. La columna Steiger continuó trabajando. Los hombres se quejaban y maldecían a la infantería, que les había negado ayuda; sin embargo, aquella infantería, unos kilómetros más allá, abría la dura tierra con los picos, trabajando hasta que les brotaba la sangre por los poros y ellos también se quejaban y maldecían al jefe del batallón y al jefe del regimiento; el jefe del batallón, a su vez, se quejaba de la gran cantidad de cosas que necesitaba y no tenía; y el jefe del regimiento se quejaba de las dificultades casi insuperables y enviaba a un oficial tras otro a la división para dar parte de la imposibilidad de establecer la línea planeada y la necesidad de un repliegue que se adaptara a las condiciones del terreno; por ejemplo, hasta Rossoschka.

El general Damme, jefe de la división, convencido de la imposibilidad de defender esta línea, mantenía descolgado el teléfono en espera de la contestación del estado mayor; y, cuando éste le negó la ayuda de antiaéreos y antitanques, se puso a jurar y a maldecir como un carretero.

En aquel momento, dentro del cerco de Stalingrado, una cara pálida y asustada emitió con temblorosos labios unas breves palabras que fueron taquigrafiadas, traducidas en código cifrado y enviadas al éter. Al cabo de unos momentos, llegó la Contestación a dicho mensaje:

«A cualquier precio, cueste lo que cueste, debe ser mantenida la línea del frente al oeste del valle de Rossoschka y el sur del valle de Karpowka. Además, debe explicarse cómo ha sido posible que el ejército haya evacuado Zybenko y Krawzow, al Sur, sin previa autorización del alto mando.»

Algunos generales y oficiales eran atacados de rabia tal, que sus rostros se ponían lívidos. En cambio, otros que recibían y transmitían órdenes del estado mayor, permanecían aparentemente inalterables y sus caras parecían máscaras.

## XII

## LAS TUMBAS DE LOS ESCITAS

El coronel del regimiento, Vilshofen, sale de su puesto de mando. Su regimiento está pereciendo ante él. Él también puede morir allí; pero acaso logre asimismo salvar lo que se pueda. Avanza en un tanque en medio de la obscuridad de la noche, llega a las avanzadillas, se detiene y desciende.

Sobre la blanca superficie de la tierra, totalmente cubierta de nieve, se extiende una fila de soldados provistos de picos y palas; sus fusiles descansan a su lado. Han hecho en la tierra un hoyo hasta la cintura, pero no podían más. En aquel momento, el jefe se acerca a uno de los del grupo:

—¿Cuánto tiempo lleváis trabajando?

—Toda la noche, mi coronel.

—¿Habéis desayunado?

—No, mi coronel... no puede llamarse desayuno al agua caliente que nos han dado.

—No; es cierto.

Tampoco tenían tabaco. El coronel repartió entre ellos los cigarrillos que llevaba encima. Contempló los rostros que se agacharon uno después de otro sobre el fósforo encendido que sostenían sus dedos. Los conocía a todos. Su tropa era ya tan reducida que no solamente recordaba los nombres de los que habían pertenecido a su regimiento acorazado, sino también a los recién ingresados. Uno era Wilhelm Vogt, joven campesino del campo de Minden, que tenía a su padre en casa, agotado ya por la fatiga del excesivo y duro trabajo del campo; sin embargo, el coronel le había tenido que negar permiso para irle a ayudar en su trabajo. Otro era también De Wede, un campesino, en cuya granja quedó sola su mujer, a la que ayudaban prisioneros de guerra rusos y polacos. El tercero era un joven oficinista de Krefeld. El cuarto, Wilsdruff, padre de cinco hijos, había sido cabo de su taller de reparaciones. Todos tenían el mismo aspecto: rostros escuálidos, barba crecida y vacía expresión en la mirada.

Vilshofen encendió también un cigarrillo y se lo fumó mientras conversaba con los soldados. No alentó su esperanza en aquello en que él mismo ya no la tenía.

—¿Llegará Hoth todavía, mi coronel? —le preguntó el campesino de

Minden.

—No parece probable. Estamos solos aquí.

Vilshofen se dirigió a De Wede y a Wilsdruff:

—Sinceramente, De Wede, ¿qué haría usted ahora si pudiera obrar libremente?

—Quedarme aquí y no dar un paso más, mi coronel.

—¿Y usted, Wilsdruff?

—¿Me permite usted una contestación sincera, mi coronel?

—Sí, Wilsdruff, diga.

—Pues, marcharme hacia allá y salvar la vida, mi coronel —contestó Wilsdruff, señalando vagamente hacia el Oeste.

—¿Eso haría usted? ¿Y los rusos?

El soldado se encogió de hombros; todo le daba igual.

Vilshofen miró atentamente la cara del soldado. Se la había visto por última vez aquella noche de Kletskaia y desde entonces habían pasado muchas cosas.

—¿Cree usted, Wilsdruff, que esto sería realmente una solución? Yo no se lo impediré; pero creo que cuando se efectúa lo que usted propone, debe ser realizado por todos y después de haber analizado detenidamente la situación general.

No era aún de día.

Vilshofen continuó su camino. Bajó a una pequeña hondonada y se acercó a un grupo de hombres. Uno de éstos era el capitán Tomás; otro, su ayudante, el teniente Latte, Runz, Hedemann y dos capitanes de su regimiento, se encontraban también allí. Los otros formaban parte de la tripulación de los cuatro tanques, y los había hecho venir Vilshofen, para que oyesen sus palabras y supiesen lo que estaba en juego, ya que quizá tendrían que dar sus vidas por ello.

—El enemigo ha abierto profundas brechas en el frente occidental y en el del Sur —dijo—. En estos momentos estamos abandonando el saliente de Marinowka, con lo cual no se pierde mucho. El único motivo por el que los soldados se habían aferrado a esta ciudad era porque en ella hay «bunkers» y más atrás, no. Ahora se ven obligados a retirarse y nuestro apoyo en este punto contribuirá a facilitarles la maniobra. Ésta es sólo una parte de nuestra labor general.

Vilshofen levantó la mano derecha señalando hacia las tinieblas:

—En aquella colina está el capitán Steiger; en cada uno de sus flancos hay un grupo de antitanques. La colina domina la carretera de Nowo Alexejewka. Ustedes deben ayudar a los ocupantes de la colina y rechazar el ataque que se espera contra su posición. Y ahora...

Estuvo a punto de repetir aquel «Vayan con Dios», que tanto le había impresionado, en substitución del «Heil Hitler», pero se interrumpió, recorrió el grupo con su mirada y se limitó a decir:

—¡Adelante!

Estrechó la mano de Tomás, cuyo rostro estaba surcado por profundas cicatrices, y la de Latte, cuyos rasgos eran todavía los de un adolescente. Continuó un momento pensativo, viendo cómo se alejaban sus hombres, entre ellos Tomás, que, desde su última herida, llevaba la pierna arrastrando. Los vio subir a los tanques, cerrar las escotillas, y los siguió con la vista cuando se alejaron. Aún los vio bajar rodando al fondo del barranco y subir después por la

pendiente opuesta, correr por la llanura más tarde... Cuatro escarabajos de color azul claro que dieron la vuelta a la colina de las tumbas y desaparecieron.

No hacía aún mucho que Vilshofen mandaba un regimiento entero de fortalezas de hierro, y ahora... cuatro tanques.

Se dirigió a los jefes de su batallón, los tenientes coroneles Runz y Hedemann, que le acompañaron al hoyo que habían mandado cavar durante la noche. Un hoyo de un metro de profundidad cubierto con una lona sobre la que ya se habían acumulado el polvo y la nieve.

El tema principal era: municiones y víveres para los zapadores. No tenían ni antiaéreos ni antitanques. Sólo quedaban unas cuantas granadas para los pocos cañones «supervivientes». En lugar de los doscientos gramos de pan diarios, las raciones eran de cien gramos al día. No había ni un clavo ni un metro de alambrada. Las ya diezmadas compañías disminuían diariamente y no había reservas con que llenar sus claros. El regimiento vecino se hallaba en las mismas condiciones. No se podía contar tampoco con la división de su lado izquierdo, la de Damme. Los soldados llamaban a ésta «la división perdida»; o «la división ahogada», en recuerdo del cruce de un río donde perdió muchísimos de sus hombres; también la denominaban «la división maldita», porque infinidad de veces había sido aniquilada y reconstruida de nuevo.

—¿Cuál será el final?

—Estamos abandonados.

—La línea no puede ser mantenida.

—El Führer hará todo lo que esté en su poder para liberarnos.

Así hablaban los jefes de batallón Runz y Hedemann.

Vilshofen dijo:

—Se le propuso romper el cerco cuando, tal vez; todavía estábamos a tiempo. La propuesta fue rechazada, y hoy es demasiado tarde. Para una tropa mal alimentada y equipada como la nuestra, eso ya no es una solución viable.

—¡Dios mío! ¡La palabra del Führer...!

—¿Qué hemos hecho para que nos hagan esto? ¿Nos abandonan?

El viento helado arreciaba. El hoyo era tan estrecho, que las rodillas de los que en él se guarecían se tocaban, y el aliento les daba en las caras. Vilshofen miró a sus dos oficiales. Runz era empleado del Estado; tenía cuarenta años; pocos días antes había celebrado el undécimo aniversario de su boda. Antes de quedar cercados recibía, por lo menos, una carta diaria de su mujer. Hedemann también era empleado; había adquirido por poco dinero una granja en Lituania, en los alrededores de Dunaburg, y solamente deseaba que terminara la guerra para regresar a ella y poder dedicarse tranquilamente a la caza y a la plácida pesca. Éstos eran Runz y Hedemann; y todo eso era lo poco que Vilshofen sabía de ellos. Aquella mañana presentaban el mismo aspecto —sucio y cansado— que los soldados que permanecían en sus hoyos mirando tristemente el alba llena de nieve y de ruidos metálicos.

—Para terminar —dijo Vilshofen—: hay que ahorrar municiones y sobre todo víveres, que escasean más todavía. No podemos contar con ayuda del exterior. Tal es nuestra amarga situación. Y tenemos que luchar y resistir con nuestras propias fuerzas.

Runz exhaló una nube de vapor por la nariz. Hedemann contempló sus enguantadas manos. El ruido que aún se oía a lo lejos se iba aproximando y las granadas estallaban cada vez más cerca.

Llegó el día señalado y el ataque previsto. La colina estaba sometida al fuego enemigo. Una columna de humo se elevó al cielo gris, como una bandera flameante. Era el momento cumbre de la catástrofe del frente occidental de Stalingrado ; el justo momento en que le tocó el turno al grupo de combate del coronel Vilshofen. Se oyeron unos pasos y una voz seca y cansada:

—Esta división parece una piara de cerdos.

Vilshofen apartó la lona y salió del hoyo. Vio a unos oficiales, entre los que había un teniente para él desconocido. El teniente contaba algo, acompañando sus palabras con exagerado movimiento de manos.

—¿Qué sucede, teniente? —preguntó Vilshofen.

—La división, mi coronel..., está en desbandada, en franca huida. El flanco izquierdo, mi coronel, está aislado.

—¿De qué división habla y quién es usted?

—Teniente Wedderkop, mi coronel.

El teniente había pertenecido a una compañía de choque improvisada que se había dispersado en todas las direcciones, siendo él el primero en alcanzar las líneas del coronel Vilshofen. Ahora, iban llegando otros grupos aislados de soldados, jadeantes. Los rusos les seguían gritando, vestidos con sus equipos blancos para la nieve.

—¡Todos aquí!... ¡Runz, la ametralladora!... ¡Hedemann, el antitanque!... ¡Wedderkop, las bombas de mano!

El coronel estaba detrás de una ametralladora. Runz, tras otra. Hedemann, con un antitanque. Wedderkop demostró que sabía manejar las bombas de mano. Vilshofen logró contener a un pequeño grupo de soldados que huían. Se defendieron rabiosamente contra la infantería enemiga. Rechazaron una oleada. Luego se adelantaron y esperaron la próxima al pie de una de las tumbas.

Vilshofen, con la cara ennegrecida por el polvo, llamó a Wedderkop:

—Y ahora, cuénteme usted lo ocurrido, Wedderkop.

He aquí el cuadro: Irrupción enemiga desde el Norte; la división de Damme y la 29.<sup>a</sup> de infantería no habían podido mantener sus posiciones; ambas fueron dispersadas y parte del resto de las mismas caía ahora sobre el propio regimiento de Vilshofen, provocando también la huida de sus formaciones.

Vilshofen se había quedado solo con un pequeño grupo de fieles seguidores; no podía seguir en la colina de las tumbas; pero, antes de iniciar el repliegue, quería recoger a los ocupantes de la colina y los cuatro tanques. Obtuvo comunicación con Lundt y Bauer; en cambio, el capitán Steiger no contestó. Vilshofen miró hacia el montículo; allí sólo se veía el humo que cubría su cima.

El capitán Steiger estaba allí, nada más que con dos antitanques y treinta y dos fusiles, y, sin embargo, ¡la colina debía ser mantenida a toda costa! Los hombres, rendidos, yacían agazapados en los pequeños desniveles del terreno, como liebres bajo cielo descubierto; y, lo mismo que las liebres, dormían con los ojos abiertos.

Steiger oyó un hurra ensordecedor procedente de una nube de humo. Desde lo lejos aparecieron unas figuras embutidas en cortas pellizas y cabezas cubiertas con gorros de piel de oso. Las bocas de sus fusiles despedían rayos de fuego. Las bombas de mano originaban nubes de humo. Un antitanque —

Amberger, Schuster y Mischke— disparó contra un tanque pesado ruso que subía y bajaba por las dunas de nieve. Parecía un toro embistiendo con sus cuernos.

Steiger sintió un violento golpe en la cabeza y cayó sin sentido.

La oferta de capitulación rusa había sido rechazada. La consecuencia de ello fue la liquidación de los sitiados. El primer golpe dividió el frente septentrional, en el sector de Dmitrewka y, al mismo tiempo, el frente meridional en el sector de Krawzow y Zybenko. El siguiente ataque se produjo en el Norte y llevó a los rusos hasta la gran población esteparia de Karpowka, situada en el ferrocarril Kalatsch-Stalingrado. Karpowka era también la meta del ataque procedente del Sur. La tropa que huía de la primera línea, perteneciente en su mayor parte a la 3.<sup>a</sup> división de infantería motorizada dejó abandonado gran parte de su material bajo el temporal de viento y nieve. Al este de Karpowka, cerca de Nowo-Rogatschik, estos hombres cayeron nuevamente bajo el fuego enemigo; y esta vez era un fuego de flanco del ejército rojo que avanzaba por el Sur. La 376.<sup>a</sup> división de infantería, diezmada ya gravemente al otro lado del Don, en el sector de Kletskaja, fue completamente aniquilada. La 29.<sup>a</sup> división de infantería, enviada a última hora en su socorro, quedó también aniquilada. Solamente algunos restos escasos de las dos divisiones pudieron huir hacia el Este. La 344.<sup>a</sup> y la 76.<sup>a</sup> fueron obligadas igualmente a retirarse, también hacia el Este. Era una huida a través de vastos terrenos azotados por la nieve, y una retirada desde un campo de batalla en el que se abandonaba todo el material y donde quedaron treinta mil muertos en tres días de continuos combates, hasta una nueva línea de resistencia, a la que no se llegó en un repliegue, sino en confusa y sangrienta desbandada y que, en realidad, no era más que una línea trazada de Norte a Sur sobre el mapa del estado mayor, era la famosa línea «Violeta».

Hacia esta línea en el vacío corrieron los restos de las divisiones batidas en el frente occidental. La 113.<sup>a</sup> división de infantería, en el Norte, únicamente tuvo que dar la vuelta y hacer frente hacia el Oeste. La 76.<sup>a</sup> no tuvo que moverse, pues había sobrepasado ya esta línea. La 44.<sup>a</sup> tenía que recorrer un largo y peligroso camino, demasiado largo para sus hombres, por lo que sólo unos grupos insignificantes pudieron alcanzar los campos de nieve considerados en los mapas del estado mayor como líneas de resistencia «Violeta». Cinco divisiones alemanas se retiraron, desordenadamente y sin provisiones, hacia el Este. Dmitrewka fue ocupada por los rusos. Los estados mayores alemanes, empavorecidos, abandonaron los pueblos de Karpowka, Nowo-Alexejewka, Baburkin y las aldeas de las orillas del río Rossoschka.

Baúles y cajones abiertos, mantas, uniformes, ropas de todas clases recogidas a toda prisa, documentos y papeles amontonados; matanzas de animales hechas con toda urgencia, cargamento de los animales vivos que se podían llevar, vacas conducidas apresuradamente hacia el Este, vehículos de todas clases, intentando transportar los almacenes de reserva, barracones, hospitales de campaña, material sanitario...

Tempestad de nieve.

Veintiocho grados bajo cero.

Los soldados en retirada seguían las huellas de los estados mayores. Siempre el mismo panorama se ofrecía ante sus ojos a su paso por Karpowka, Nowo-Alexejewka y Baburkin: cañones volcados, tanques abandonados,

camiones parados en la carretera; y, si alguna vez entraban en los «bunkers», se encontraban con puertas abiertas, cajas rotas, baúles desvencijados, de los que a toda prisa se había intentado coger su contenido: latas de conserva, chocolate, embutidos, jabón y víveres de todas clases que ahora aparecían por el suelo mezclados con los mapas y planos del estado mayor...

Aquellos hombres sucios, que venían del frente, contemplaban aquel improvisado botín, mudos de asombro. Se llenaban hasta rebosar los bolsillos y las mochilas y continuaban su marcha.

Sus pasos seguían las huellas de los camiones y tanques, en los que se habían retirado los estados mayores. Rumbo a Pitomnik-Gumrak-Gorodischtsche-Stalingrado. Ésta era la dirección en que marchaba el ejército de la derrota.

A pesar de todo, la disciplina y el orden se impusieron de nuevo en el camino hacia la línea «Violeta». Un joven teniente, de baja estatura, detuvo a sus hombres y les aprovisionó con la carga de un automóvil parado en la nieve y mandó a buscar el regimiento hasta que halló a su comandante y al estado mayor, de los que recibió órdenes. El comandante de antiaéreos —que había perdido todas las piezas de artillería en la batalla del frente occidental—, asistido por su ayudante, hizo recoger los cañones abandonados en los pueblos, con los cuales aumentó sus escasos medios de combate. Sin embargo, el principal factor de orden, aparte de los oficiales de mando directo, fue la cocina de campaña. Los regimientos buscaron, hasta encontrarlos, sus depósitos de aprovisionamiento. Hallaron gran cantidad de víveres en el aeródromo de Pitomnik, y a sus estados mayores en las vaguadas que hay entre Pitomnik y Stalingrado.

El coronel Vilshofen había regresado también de la primera línea. Juntamente con Runz, Hedemann, Wedderkop y los pocos soldados que lucharon con él al pie de las tumbas de los escitas, había vuelto con el teniente Kindt, el brigada Bauer y unos cuantos soldados que se le unieron en el camino. De los cuatro tanques sólo regresó uno, en el que vinieron Tomás y Latte y también el capitán Steiger, herido y los soldados que le habían recogido en la colina.

Al cabo de treinta horas, la retirada estaba desorganizada por el continuo fuego enemigo. Vilshofen, adelantándose con su tanque, había rebasado a las columnas fugitivas. El humo de la cocina de campaña, emplazada en el extremo del pueblo, era como una bandera de señales visible desde muy lejos. Vilshofen había podido reunir a una parte de sus hombres supervivientes. Disponía ahora de dos antitanques, un tanque, cien fusiles e incluso podía formar una sección de ametralladoras. No le fue posible establecer contacto con la división de la izquierda —la de Damme—, ni con la de la derecha, formada por austríacos, cuyo estado mayor se había alojado en Baburkin. Aislado de las restantes formaciones y con su grupo de hombres disminuido —muchos habían perecido en la huida, otros se habían marchado a otras formaciones o simplemente andaban aún dispersos—; así llegó a una aldea minúscula. Cuatro casas de madera y tres «isbas». Este pueblo no era otro que Otorwanowka, donde estaba el hospital provisional, ya evacuado en parte.

La artillería y los morteros enemigos les habían castigado durante su retirada; pero ahora la infantería rusa se había acercado tanto, que no quedaba más remedio que tomar posiciones allí mismo.



Aquí se presentó el capitán médico, joven todavía, muy poco militar y bastante indisciplinado. Súbitamente se plantó al lado de Vilshofen y le manifestó lo mismo que uno por lo menos de los jefes del batallón, el teniente coronel Runz, había pensado durante la última conferencia, aunque no se atreviera a expresarlo. Exigió breve y lacónicamente que se izara la bandera blanca.

—No es posible. No se meta usted en lo que no le importa —fue la respuesta que obtuvo el médico.

Se derrumbaban los tejados y paredes de las chozas, los heridos quedaban entre las ruinas, los que lograron quedar con vida se hallaban entre dos fuegos.

Allí estaba otra vez el médico. Ahora no venía a presentar proposiciones, pues ya era demasiado tarde. Preguntó y exigió respuesta. Un capitán médico exigiendo a un coronel. Este caso no se había dado jamás.

La posición de Otorwanowka no podía ser sostenida ni durante unas horas. Ni en su flanco izquierdo ni en el derecho había ya formaciones alemanas. Verdaderamente, como había dicho el capitán médico, mantenerse allí era un sacrificio insensato de hombres.

El capitán médico continuó hablando; no se limitó a Otorwanowka en sus apreciaciones, sino que se permitió enjuiciar del mismo modo a toda la operación de Stalingrado y aquel loco repliegue hacia dicha ciudad, cada vez más rebasada por los rusos. Merecía ser fusilado en el acto; sin embargo, seguía vivo todavía, marchando en las filas de la columna Vilshofen, en dirección hacia el Este. Había expresado despierto lo que los demás pensaban en sueños. ¿Era esto motivo para que le fusilaran?

Habían transcurrido treinta horas.

El grupo de combate de Vilshofen pasó por el valle de Rossoschka, atravesó el río helado y siguió caminando por el otro lado hacia adelante, por una honda vaguada que conducía, al cabo de muchas horas de camino, a un pueblecito situado al norte de Nowo-Alexejewka.

Eran las tres de la tarde. Nevaba. Las llamas se elevaban también en este pueblecito apartado de la carretera. Muchas chozas ardían y otras humeaban. Se desplomó el techo de un granero. Una nube de brasas voló sobre la columna en marcha.

Un soldado levantó la mano. Era el campesino de Wede. Con sus dedos sucios y encorvados se limpiaba la cara, quitándose el hollín de los ojos. De Wede, el de Krefeld y un tercero, el sargento Matzke, iban en la misma fila. También ellos, dos días antes, habían tirado las palas y los fusiles y escaparon corriendo. Se encontraron en la cocina de campaña y juntos fueron a Otorwanowka, defendiendo aquella efímera línea, parapetados detrás de las chozas de adobes. Ahora también marchaban juntos y atravesaban una aldea incendiada de la estepa. En la carretera había piezas de artillería y vehículos destruidos por las bombas y otros simplemente abandonados. Avanzaban mecánicamente y sus miradas ya no veían los cadáveres que yacían a la orilla, ya no veían siquiera la espalda del compañero que caminaba delante, ni su plato de campaña. Durante un trecho, los ojos de aquellos hombres se fijaron aún en las piernas cubiertas de harapos de los compañeros; luego, ni piernas, ni pies. Marchaban pesadamente por la nieve, sin sentir siquiera la nube de barro que les acompañaba.

A la salida del pueblo se detuvieron.

Allí encontraron la columna de la impedimenta con los trineos y los rusos que tiraban de ellos. Los rusos habían empezado a cavar una cueva. De Wede, el de Krefeld y Matzke se sentaron al borde del camino esperando la orden de marchar o de alojamiento. Allí había «bunkers» y allí quedaban también las sólidas paredes de madera de algunas chozas que les proporcionarían calor y les protegerían algo contra la metralla.

—Aquí seguramente encontraremos algo —dijo el sargento Matzke.

—De seguro —añadió De Wede.

El de Krefeld, antiguo agente de seguros, se llamaba Roberto Brünner. Se limitó a decir:

—¿Dónde se habrá metido Kramer, que tarda tanto?

A Hermann Kramer le habían mandado a inspeccionar los «bunkers» mientras atravesaban el pueblo. Matzke le había recomendado: «Si encuentras algo vuelve en seguida».

Al poco rato, Kramer llegó. Era empleado de profesión, como Brünner, y trabajaba en un banco de Magdeburgo. A juzgar por su cara demacrada y sus ojos alargados por el hambre, no podría decirse que contaba veintiocho años.

—No hay nada en este pueblecito. No he podido hallar más que esto —explicó sacándose una cosa de los bolsillos.

—¿Patatas?

—Sí, patatas.

Eran patatas heladas y las repartió entre sus compañeros. Tocaron a dos.

—Pero eran excelentes, estaban cocidas; las he encontrado en el duerno de una pocilga.

—¿En el duerno de una pocilga?

—Sí, allí había un puesto de mando donde criaban cerdos y les daban patatas cocidas.

—Pues en mi finca ya no me permitían tal cosa, desde hace seis años —comentó De Wede.

Sacaron a un hombre rígido de uno de los trineos.

—¡Vogt! —exclamó De Wede.

—Sí, Vogt —confirmó otro.

Y mientras masticaban las duras patatas heladas, siguieron con la vista el cadáver de Vogt. Dos días antes, habían estado cavando juntos con Vogt. Herido en las tumbas de los escitas falleció durante su traslado en el trineo. Un segundo y un tercer cadáver igualmente helados siguieron al primero. El último era el del teniente coronel Hedemann, el jefe de batallón.

—¿No lleva botas, tampoco?

—No; se las han quitado. Es la orden.

Wilsdruff se acercó al grupo:

—¿Qué masticáis?

—*Pommes frites* —contestó Brünner.

—¿Patatas fritas? ¿Patatas de verdad?

—Sí; las ha traído Hermann. Las encontró en el duerno de una pocilga.

—¿De dónde?

—Ya no quedan más —fue la respuesta de Krämer.

Wilsdruff inclinó melancólicamente la cabeza, y luego preguntó:

—¿Se quedará el nuevo teniente Wedderkop con nosotros?

Matzke se encogió de hombros.

Brünner preguntó:

—¿Dónde quieres que vaya? Toda su compañía ha sido destruida.

Los soldados vieron regresar de una patrulla al capitán Tomás y al teniente Wedderkop, los cuales dieron el parte al coronel. Muy pronto se dictaron órdenes para una inmediata salida.

El trabajo en la fosa fue interrumpido. Los cadáveres —además del capitán Hedemann, habían muerto nueve soldados en los trineos— fueron depositados sobre la tierra, limpia de nieve. Esperaron unos instantes al coronel, que estaba junto a un trineo en el que agonizaba el otro jefe de batallón, el teniente coronel Runz. Poco después, Runz fue conducido, ya cadáver, junto a los otros cuerpos sin vida.

Los once cadáveres yacían en fila, despojados de sus botas, capotes y uniformes. El capitán Tomás, el teniente Wedderkop, el teniente Kindt, el teniente Latte, el brigada Bauer, el médico de Otorwanowka, asistentes y soldados, estaban a su lado. Algo más allá estaban los prisioneros rusos. Una granada estalló en las cercanías, levantando una humareda de tierra y nieve. En aquel preciso momento, el coronel Vilshofen despertó de un sueño que había durado, no solamente treinta horas, sino también treinta años. De una guerra a otra; y de un Verdún junto al Mosa hasta un nuevo Verdún a orillas del Volga.

Vilshofen paseó su mirada bajo el cielo gris. Vio los once cadáveres, vio la columna de prisioneros rusos y oyó las detonaciones de las granadas en los pueblos de los alrededores. Tenía cuarenta y ocho años. Había consagrado casi toda su vida a la guerra y al ejército.

Allí yacía Hedemann, el juez de Leipzig; tenía mujer e hijas mayores. Hedemann era un hombre muy metódico. En su diario anotaba con toda exactitud los días y horas de sus viajes y permisos. La única aventura, en su monótona vida, fue la adquisición de una pequeña granja en Lituania, con la fortuna de su mujer. Sin embargo, el teniente coronel Hedemann no disfrutaría jamás de su posesión en Lituania ni se sentaría a las orillas del Druja con una caña de pescar en la mano.

Allí yacía el teniente coronel Runz. Había sido profesor de Universidad. Su último pensamiento fue para su mujer, y sus últimas palabras fueron:

—Tenga la bondad, mi coronel, de saludar a mi mujer y decirle que...

Su voz se quebró al cortarse el hilo de su vida.

¿Qué podía decir él a la señora Runz? ¿Qué diría al padre de Vogt? ¿Qué les diría? Han caído defendiendo una tumba de los escitas. ¿Qué les contestaría cuando le preguntaran si había negado el permiso solicitado, porque consideraba más importante morir en la defensa de aquellas tres tumbas que trabajar en la granja de Minden? Otros soldados habían muerto también: Stade, Burstedt y Scharrenbroich; también eran campesinos o hijos de campesinos y tenían padres o mujeres y un trabajo en casa que reclamaba su ayuda. Han caído en una posición durante la retirada y en defensa de una carretera un extremo de la cual se halla en poder de los rusos y el otro desemboca, pasando por el aeródromo de Pitomnik, en la derruida ciudad de Stalingrado. Han caído por la defensa de una carretera que viene de la nada y a la nada conduce. Esta carretera no es tampoco un objetivo militar como la vía interceptada del ferrocarril, y su defensa no podía ser tampoco una necesidad militar. Entonces, ¿por qué ese sacrificio de vidas humanas? Ésta era la pregunta.

Entretenemos fuerzas enemigas, ayudamos al resto del frente. Así, pues, el Sentido de nuestro sacrificio debemos buscarlo aparte de nuestra limitada zona de acción. Así se había podido contestar todavía ayer; pero, hoy, esta contestación no parecía ya tan justa.

Y no eran solamente estos muertos los que preguntaban por la razón de este sacrificio, sino que se levantaban también acusadoras las víctimas de la guerra anterior.

Latte, fiel y dispuesto a hacerse matar en el primer kilómetro de la carretera; Tomás, el hijo de un jefe de Correos de Koenigsberg, obediente y disciplinado, estaba dispuesto también a cumplir una orden hasta la muerte. Allí estaba el brigada Bauer, después de llenar la lista de bajas de todo el regimiento, que ahora se encarga de borrar los muertos con la misma calma y parsimonia que cuando se trataba de conceder permisos. Aquí está el teniente Wedderkop, educado bajo el principio nazi de: Hemos nacido para morir. Contemplad al médico de Otorwanowka, que no baja la vista cuando se le mira cara a cara; lleva un mandil de hule, y sus mangas remangadas dejan ver los brazos manchados de sangre hasta los codos; con este «uniforme» ha estado operando hasta que el techo se le derrumbó sobre la cabeza, aplastando al soldado que yacía tendido en la mesa de operaciones.

El teniente Wedderkop levantaba un pie después del otro. El brigada Bauer fijó sus ojos en los pies descalzos de su ex jefe de batallón, Runz. La mirada de Latte no se apartaba del rostro de su coronel. El capitán Tomás permanecía inmóvil. El teniente Kindt y los soldados contemplaban a Vilshofen también. Éste dejaba vagar su mirada por la fila de soldados y sanitarios, por los trineos, el terreno llano —desde el cual los carros rusos lanzaban todavía descargas de fuego— y por donde la niebla y el hielo se extendían hasta Otorwanowka. A lo lejos, como fantasmas, unas sombras se levantaban tambaleantes para caer de nuevo al suelo y para siempre bajo las ruinas ardientes y humeantes de las chozas.

Una sola palabra salió de su boca: «Amén».

Taparon con nieve la cara y el cuerpo de los muertos. Vilshofen llamó a sus oficiales y distribuyó órdenes para la marcha. El último tanque debía ser volado y utilizada su gasolina para poner en marcha dos o tres de los coches abandonados en el pueblo. El capitán Tomás, que por la herida de la pierna no podía ir a pie, subiría en uno de ellos para presentarse al estado mayor de Stalingrado, y llevaría consigo al capitán médico, al personal de sanidad y a los heridos leves de Otorwanowka. Con el otro coche, el teniente Wedderkop transportaría los restantes heridos hasta el aeródromo de Pitomnik; y, caso de que no pudieran ser atendidos allí, hasta el hospital de Gumrak. Wedderkop tenía que buscar también el emplazamiento del estado mayor de la división, para dar cuenta de la situación del regimiento y pedir abastecimiento de carburante y munición.

El teniente Kindt recibió la orden de ponerse en seguida en marcha con los servicios auxiliares. Su próxima meta estaba doce kilómetros más allá hacia el Este, en la carretera de Pitomnik. El brigada Bauer formaba la retaguardia; debía recoger en el pueblo todos los antitanques que pudiese y munición, y ocupar posiciones al borde oriental de la aldea, para rechazar los ataques de la infantería rusa y posiblemente también de los tanques, y proteger así la retirada.

El coronel conducía personalmente el grueso del grupo de combate.

El termómetro había descendido rápidamente. En el momento de la marcha señalaba dieciséis grados. Un nutrido fuego de artillería caía sobre la población que abandonaban. Oscurecía. A ambos lados de la carretera, un manto de nieve lo cubría todo y ante ellos todo estaba cubierto por la nieve. Era un grupo perdido en la noche. Uno de sus componentes era el soldado De Wede.

De Wede no era ni muy alto ni ancho de espaldas; pero en algún tiempo había disfrutado de envidiable salud. Su pecho parecía el de un toro. A los catorce años trabajaba en su casa como un hombre en las más duras faenas del campo. Su corazón le impulsaba siempre al trabajo y a las diversiones más ruidosas, y, cuando las circunstancias lo exigían, era capaz de efectuar un trabajo más intenso que los demás. Soportaba magníficamente el frío; raras veces usaba guantes. En tiempos de paz permanecía sentado en el pescante del carro aunque hiciera mucho frío, sosteniendo las riendas siempre con las manos al descubierto. Éstas se le amorataban algo, es verdad, pero nada más notó; y en la primera posada en que entraba, su circulación se restablecía rápidamente y sus manos hervían, sintiendo el hormigueo hasta la punta de los dedos. El año anterior, frente a Moscú, usó guantes de lana, cubriéndose la cabeza con pasamontañas; había soportado más frío que un esquimal; pero sus manos ignoraban lo que eran grietas y sabañones. Contaba cuarenta y un años, y en tiempo normal hubiera podido decir que aún tenía ante sí la mitad de su vida.

A la edad de ochenta y dos años, su padre trabajaba aún en el corral de su granja, y cuando él marchó del pueblo le acompañó a pie hasta la iglesia e incluso siguió hasta el ventorro que hay en el camino. Sin embargo, aquella despiadada noche, su hijo, De Wede, caminaba desde el valle de Rossoschka hacia el Este por una carretera, pero aquí no había iglesias ni ventorros, sino nieve, mucha nieve. Iba al lado derecho de la columna. A su costado, marchaban el sargento Matzke y el soldado de Krefeld. De Wede estaba fatigado y hambriento como todos. Al cabo de una hora se le empezó a poner la cara amoratada. Todos la tenían así. Sin embargo, en el caso de De Wede la causa era el corazón, que se hallaba extenuado.

Era una noche nublada, mas a pesar de ello, no estaba completamente oscura. Brillaba la nieve. Por lenta que avanzase la columna del regimiento, más lentamente aún caminaba la impedimenta, pero llevaba mucha ventaja. Era una columna de trineos cargados con fusiles, municiones, capotes-tienda de lona, instrumentos y toda clase de enseres. Los trineos iban cargados hasta arriba y eran arrastrados no por animales, sino por hombres. De la cuerda principal y de las quince o veinte laterales tiraban otras tantas filas de prisioneros rusos. De nada servían las imprecaciones ni los culatazos. Su paso era siempre lento, lo mismo cuando el camino era liso, que cuando atravesaban por la nieve blanda. Solía suceder con frecuencia que algunos de los que tiraban caían al suelo; en el acto cogía la cuerda otro hombre de los que estaban a su lado y la caravana seguía sin detenerse. Los que se iban quedando en el camino tenían un nombre, y habían nacido en un lugar. Su filiación quedó, sin duda, grabada en algún corazón, pero los hombres del regimiento que les seguía no conocían tal nombre, ni tal lugar, y cuando veían un bulto gris junto a la carretera, apenas lo miraban. Acaso alguien decía: «Un ruso de los trineos».

De Wede había visto por el lado donde él caminaba a tres de estos rusos; al primero y al segundo los distinguió muy bien; al tercero, a pesar de que estaba a dos pasos de él, ya no le percibió apenas: era solamente una mancha gris en un lugar desconocido. Además, De Wede ya no oía nada... Se había quedado sordo. Los pies que iban delante y detrás de él hacían crujir la nieve. Pero de Wede ya nada oía.

Avanzaban cansinamente, como un tropel de sombras condenadas a deambular por las tinieblas. De Wede seguía automáticamente el paso de sus camaradas. Sus pies se movían sin que él se diera cuenta. Sin ver ni oír, andaba inconscientemente. Sabía lo que necesitaba y lo que le podría salvar. Se acordó de media botella de coñac que había dejado en su casa, en el aparador. Alwine o Liese, su hija mayor, podrían prepararle café muy cargado o té caliente. Los pies y las manos ya no le dolían tanto como antes, los huesos tampoco le pesaban tanto. Era como si anduviese sobre algodón. Ya no tenía la cara amoratada. Si le hubieran puesto a la luz, le habrían visto pálido. Pero sus compañeros ni lo notaron ni se preocuparon de él. Bastante trabajo tenían consigo mismos, agotados como estaban por la fatiga. De Wede dio algunos pasos más, salió de las filas y se tambaleó en el borde de la cuneta. Permaneció unos momentos hundido en la nieve hasta las rodillas. El sargento Matzke comentó: «Tendrá que evacuar alguna necesidad» ; y continuó su camino. Transcurrió bastante rato hasta que el soldado de Oldenburg, que le seguía en la fila, notó el hueco que había dejado. De Wede cayó sentado y en seguida se tumbó completamente. Ya no sintió nada. Ni Alwine ni ninguna de sus rubias hijas se encontraban a su lado. Un bulto gris quedó junto a la carretera, el cuarto por aquel lado. Quizá algún soldado, al pasar junto a él, pensara: «Un ruso de los trineos»; pero no era muy probable, pues llevaban ya cinco horas de marcha y todos caminaban dormidos, sin poder sostener los ojos abiertos, hacia las nuevas posiciones, más al Este.

## XIII

## LLORE USTED, LLORE...

Aquella misma noche, el teniente Wedderkop cubrió con su camión la distancia que le separaba de Pitomnik. Wedderkop tenía veintidós años. Era un muchacho alto, delgado y rubio. Si se lo mandaran, sería capaz de colocarse un cigarrillo encendido en la boca y atacar a bayoneta calada a todo un regimiento atrincherado o a un tanque de cincuenta y dos toneladas. Atacaría y moriría si fuera preciso como uno de aquellos perros entrenados para la lucha contra los «panzers». Esto no lo había aprendido en el ejército, sino en un «campo de selección» de las juventudes hitlerianas, donde desarrollaron su «sentimiento de la fuerza moral y física». Con la frase «desarrollo del sentimiento de la fuerza moral» querían decir plena conciencia de su superioridad de «hombres-dueños», superhombres, en oposición al concepto de «hombres-esclavos», infrahombres. Y de este principio anticristiano se derivaba una audacia temeraria que no solamente se orientaba a la conservación de esta personalidad «superior», sino muchas veces también al aniquilamiento de esta misma personalidad física y moral. Esta audacia no tenía nada de noble, de humana. Y cuando en alguno de aquellos jóvenes se daba una predisposición natural hacia sentimientos más justos y humanos, le era sistemáticamente destruida.

Así entró en la vida el «junker» Wedderkop, hombre de las SS. En esta agitada vida podía hallar la muerte, y para eso le habían educado; pero ella podía también transformarle, obligándose a empezar de nuevo, mas en esta educación nadie se había molestado.

A pesar de todo, esta vida real, en la que el peso está más justamente repartido; en la que no hay de un lado «hombres-dueños» y superhombres audaces a los cuales pertenezca el mundo por derecho propio, y de otro lado, esclavos e infrahombres cobardes, sin derecho a nada; esta vida equilibrada de hombres buenos y malos, capaces e incapaces, audaces y cobardes, esta vida no la podía dominar él con la formación que había recibido.

Y ahora Wedderkop se encontraba sumido en plena vida, en la vida más cruda y más real. La noche que tenía delante, y el camino que había de recorrer, le reservaban una enseñanza dura: aquella noche aprendería a conocer el miedo. Y lo experimentó. De nada le servía decirse que el miedo era

una manifestación extraña a su raza, una característica de «sangre judía» o «impura». No pudo evitarlo y sintió como la sangre se le subía hasta las orejas, sintió un puño que le oprimía el corazón y frío en las venas. Palideció y tembló como un animal mortalmente empavorecido. Se habría desmayado de no haber ido en la cabina de un camión, sentado entre el chofer, a su izquierda, y el capitán Steiger, a la derecha. Llevaba a éste para entregarle, juntamente con los demás heridos del camión, en Pitomnik o en Gumrak.

Estaba temblando y por esto no pudo prestar a Steiger el servicio que éste le pidió. Sus manos se negaron a ello y fue el chofer el que tuvo que hacerlo. Abría la boca, mas no pudo pronunciar palabra alguna. No se trataba solamente de Steiger, ni del pie que éste le había colocado sobre las rodillas; no se trataba solamente de un pie, sino de muchos, y no solamente de pies. Lo que sucedió, lo que afuera, a la luz del faro, pudo ver con sus ojos, eran muchos rostros humanos surgidos de la noche, que se apretaban contra los cristales laterales; muchas manos aferradas a las puertas, a los picaportes, a los estribos, a las gruesas ruedas del camión llenas de hielo; una confusa maraña de brazos y cuerpos, hombres encaramados en el radiador, y más cuerpos que caían pesadamente en la nieve. Aquello era contra toda ley de la Naturaleza, contra toda experiencia, contra todo lo que uno podía haberse imaginado. El chofer habló, mas no dijo, como Wedderkop esperaba, «Pero, ¿mi teniente llora?», sino:

—¡Vamos, hombre, deja de llorar, que eso no sirve para nada!

Una vez, de niño, cuando tenía cinco años, vio un caballo que se había caído. Se había roto una pata, y cuando lo levantaron, Wedderkop se quedó mirando fijamente aquella pata colgando, en posición antinatural. Tanto se asustó que hubieron de llevarle a casa y meterle en la cama. Lloró mucho y aquella crisis nerviosa le duró varios días. Entonces tenía cinco años; y ahora, después de su paso por el «campo de selección de las juventudes hitlerianas», después de adiestrarse en «expediciones punitivas», después de combates en las trincheras y en los «bunkers», ahora, a sus veintidós años, había vuelto al punto de partida; un sentimiento natural, largo tiempo reprimido, resurgía en él. Su debilidad significaba... Steiger lo dijo: que se hallaba en buen camino.

—¡Llore usted, llore, que ahora es cuando va usted por buen camino...! — le dijo el capitán.

El capitán Steiger tenía la mitad de la cara abierta por la metralla del cañón de un tanque, tenía también el brazo derecho magullado, pero los pies aún los tenía intactos, cuando Tomás le cogió en la colina. Ahora, sin embargo, después de aquel viaje en trineo, también sentía algo en los pies, o por lo menos en uno de ellos. Ya no pudo subir por sí mismo al camión.

La carretera era muy difícil de recorrer, incluso en tiempos normales cuando la nieve no la cubría. Escaseaban los trozos llanos. Se hundía en pronunciados baches y atravesaba arroyuelos, adaptándose a la configuración del salvaje terreno, y era el único medio de comunicación entre dos pueblos de la estepa. Aquella noche estaba cubierta de nieve, de fino polvillo de nieve. A veces, se presentaban altos montones de nieve acumulada por el viento. A pesar de todo, los cuarenta o cincuenta kilómetros que Wedderkop tenía por delante, no serían un obstáculo serio; sin embargo, esa misma noche algunos batallones habían tenido que andar durante doce horas para recorrer diez kilómetros y otros no habían alcanzado su meta. Wedderkop estaba inclinado hacia atrás, con el cuello del capote levantado, el gorro de piel encasquetado



hasta los ojos, mirando el vasto paisaje que se extendía ante su vista. Un desierto de seco polvo blanco con ondas formadas por el viento y endurecidas por el frío, en un delicado trabajo de filigrana.

Él y sus hombres vieron un gran camión volcado en la cuneta; a un hombre de pie por el centro de la carretera y otros dos sentados a sus lados. El chofer paró y bajó del coche. El soldado de la carretera, ya ronco de gritar, levantó el brazo envuelto en harapos teñidos de sangre. Los dos hombres tendidos en el suelo emitían palabras ininteligibles; no podían mover los pies. El chofer, ayudado por Wedderkop, subió a los tres a su camión, colocándolos junto a los demás heridos. Miraron al camión volcado en la cuneta. En su interior, con un capote impermeable por toldo, quedaban los cadáveres congelados de veinte o treinta heridos graves.

Siguieron su camino. Vieron un segundo camión al borde la carretera. Después el tercero; y luego, el cuarto; y desde entonces, ya no dejaron de encontrar vehículos. Todo un convoy de camiones cargados de heridos había pasado por aquella carretera y se había ido disgregando poco a poco.

Una vez más tuvo que detenerse el auto.

A su paso, numerosas personas —chóferes, médicos, heridos que habían abandonado los camiones y continuaban a pie el camino—, se levantaron y dibujándose a la luz de los faros, se apartaban sólo en el último instante para evitar que el coche los atropellase, y hacían señas para que se detuviese, gesticulando y levantando los puños. Se quedaron atrás y se perdieron de nuevo, tragados por la oscuridad de la noche.

A Steiger le martirizaban los dolores, que ya le llegaban hasta más arriba de las rodillas, al deshélársele las piernas por el calor del motor. Pidió a Wedderkop, que iba a su lado, que le dejara extender la pierna. Como la estrechez de la cabina no permitía otra cosa, Wedderkop la puso sobre las suyas. Al cabo de un rato, a una nueva petición de Steiger de que le quitara las bandas y la bota para envolverle el pie en una manta, empezó a desenrollar la banda y le desabrochó la bota. El capitán Steiger apretó los dientes. El irresistible dolor que sentía no estaba localizado en el pie, sino más arriba. Estaba seguro.

—¡Por favor, sáqueme la bota de golpe! —exclamó.

Wedderkop necesitaba más libertad de movimientos. El chofer comprobó que no había soldados en el camino, y detuvo el coche. Sin embargo, las sombras estaban invisibles, agazapadas en las paredes de una choza junto a la carretera.

Todo ocurrió al mismo tiempo.

Wedderkop sacó de un tirón la bota y, con la bota —cuero, trapo, piel y carne en una sola masa—, sacó el pie congelado. En su regazo quedó el esqueleto limpio del pie de Steiger. Wedderkop gritó horrorizado y se echó hacia atrás.

Al mismo tiempo vio por la ventanilla, a la deslumbrante luz del faro, la figura de un hombre que bajaba por el camino y cuyos pies helados se quebraron como el cristal. No fue uno solo, sino una verdadera turba la que cayó de bruces en la nieve. Muchos soldados se levantaron, cojearon, se tambalearon y sus huesos se quebraron con espeluznante crujido. «Uno, dos..., diez», contó Wedderkop mecánicamente. Uno con la cabeza cubierta de sangre se levantó de la nieve y cayó sin fuerza. Otro se arrastró un poco boca abajo. Todo aquel revoltijo humano se acercó o intentó acercarse al vehículo.

Aquellos que todavía conservaban las piernas, se esforzaron por subir al coche. Tendían las manos hacia los ocupantes del camión. Algunos se asieron a los salientes, al todo o a las ruedas. Un disparo rompió el cristal de la ventanilla. En la trasera, los heridos gemían bajo el peso de los que habían conseguido encaramarse cayendo sobre ellos. El coche inició una carrera desesperada para huir de aquel lugar de muerte y desolación, y cuantos se habían agarrado a él cayeron al suelo.

No se trataba de un animal prehistórico, no era un mamut herido por hachas de sílex y enloquecido por el dolor; era un camión Daimler-Benz, 90 HP, motor Diesel, tres ejes, una máquina, pero conducida por hombres, que huía aullando en medio de la noche y saltando los baches dejaba tras de sí una nube de polvo de nieve. Esto no sucedía trescientos mil años antes de nuestra era, sino en la noche del doce al trece de enero del año 1943, y en el camino del barranco de Rossoschka, en la carretera de Karpowka a Pitomnik, en el cerco de Stalingrado.

El doce de enero fueron evacuados los hospitales provisionales de Karpowka, Dmitrewka y Baburkin. Eran trescientos o cuatrocientos heridos graves cargados en camiones descubiertos y protegidos únicamente con mantas. La gasolina se agotó en el camino. Otros quedaron detenidos por insalvables barreras de nieve. El convoy se disgregó, y de treinta camiones, solamente cinco llegaron a su destino.

De todos los médicos sólo uno, el jefe de un hospital de sangre del valle de Rossoschka, desobedeció la orden; y después de haber sufrido todas las maldiciones, imprecaciones, aullidos y súplicas que por teléfono le dirigieron, y después de haber repartido entre los heridos todos los narcóticos que le quedaban, les declaró que permanecerían allí. Esto sucedió en un solo punto. Los heridos graves de todos los demás hospitales de sangre fueron trasladados en camiones o a pie, no al aeródromo de Pitomnik para ser transportados en avión a la retaguardia y así liberados del cerco de Stalingrado, sino al hospital de sangre que había entre Stalingrado y Gumrak, lo cual no era otra cosa sino recogerlos en masa para enterrarlos después en el mayor de los cementerios, en Stalingrado.

«Llore usted, llore...»

Aquel hombre a quien le sacaban el pie como si fuese un calcetín sucio, lleno de fango, que se envolvía el esqueleto de su propio pie con una bufanda y una manta y seguía sentado en su asiento, que se olvidaba de los dolores y de la gangrena que ya le llegaba a la rodilla, aquel hombre fue quien pronunció tales palabras.

¿Es de piedra el hombre?

No, el hombre no es de piedra. Sin embargo, todos aquellos que quedaron abandonados en la nieve habían nacido de madres, de mujeres que conocieron el amor y que, amando, soñaron con hijos fuertes y libres. Pero no todos sus hijos se hicieron fuertes ni consiguieron la libertad.

«Llore usted, llore, que ahora es cuando va usted por buen camino...»

¿Por qué buen camino? Wedderkop no le hizo tal pregunta. Aún tenía presentes en su memoria las caras y el crujir de huesos que se quebraban; aún estaba paralizado por el terror y no comprendía nada en absoluto.

Steiger añadió:

—Los callos en las manos no demuestran que uno sea fuerte. Y los callos en el alma menos aún. Llore usted, que es lo mejor que puede hacer. El

campesino encorvado por el trabajo, o la mujer encinta, son mucho más fuertes que el soldado que recorre leguas y leguas, países y países, con treinta y cinco libras de peso en la mochila.

Dijo aún muchas más cosas de la fuerza. Habló también de la libertad humana, de Dios... y del miedo, de la ayuda que uno presta a otro para ganar la orilla opuesta; hasta que, aturdido por los dolores, cerró los ojos y se dejó caer en su asiento.

Wedderkop comprendió que Steiger llamaba al «campo de selección» un entrenamiento para «doblar la rodilla espiritual» y decía que habían logrado que el pueblo alemán hiciese este ejercicio, pero que en el empeño de robar a otros pueblos el alma, la libertad y su propio modo de ser, estaban condenados al fracaso, gracias a Dios. Pero el hecho de haber robado a un pueblo entero la voluntad y la conciencia y de haber transformado a este pueblo en una máquina rígida, era algo más terrible que la carretera por donde habían pasado, porque aquello era la causa, no de una, sino de muchas carreteras parecidas. Querían lo imposible, mas ocurría como cuando uno sube a la cima de una montaña: al llegar allí, no hay más remedio que volver a bajar. Pero los soldados que caen después de esta aventura, caen hasta donde los hemos visto tumbados: y entonces ninguno ayuda al otro, ningún coche saca a otro; tan profunda es la caída, ¡tan profundamente hemos caído!

Esto fue lo que dijo el capitán.

Steiger volvió en sí de su desmayo. Era un mundo blanco y vacío el que veía y unos ojos vacíos los que tenía a su lado.

Steiger pensó en otros ojos, en los ojos de aquellos que aun muriendo crean. Algunos de ellos fueron arrojados como leña al fuego y cuando ardían pronunciaron palabras que han sido conservadas y han servido de antorcha a la humanidad. El sacrificio de los mártires fue fecundo.

Pero aquellos que quedaban atrás en el camino...

—Aquellos de allá atrás, ¿por qué fueron tirados como leña seca? ¿Por qué murieron? —preguntó el capitán a Wedderkop.

—¡Por el Führer! —contestó el chofer.

Wedderkop se llevó la mano a la frente.

El capitán Steiger dijo:

—¡Estamos muriendo por nada...! ¡Es horroroso!

## XIV

## MISIÓN ESPECIAL

Un cuarto pequeño; paredes desnudas, cortinas blancas, una sencilla mesa y dos hombres sentados a la luz de una lámpara. Uno era el coronel Schuster, ayudante del Jefe del Alto Estado Mayor del Ejército; el otro, el teniente coronel Carras, que había sido citado a una hora intempestiva de la noche, con toda urgencia.

El teniente coronel Carras, con sus cuarenta y ocho años, era un hombre de inteligencia privilegiada y aspecto juvenil —en esto se parecía a su mujer, que a los diecinueve años de casada no parecía tener más de veintiocho de edad.

La notificación que le acababan de transmitir le había sorprendido por completo. Miraba perplejo al camarada que tenía enfrente. Se conocían bien, pues aparte de sus relaciones en el servicio, que eran constantes, les unía una gran amistad personal.

Carras se recobró.

—Estoy dispuesto a todo. Me he ofrecido para ir voluntario a El Alamein, Trípoli, Túnez, el Irak o para aterrizar en los Estados Unidos en paracaídas, si es preciso. Estoy dispuesto a todo, siempre que haya lógica; pero esto... es una locura, una insensatez.

Su amigo Schuster adoptó de pronto un tono oficial. Le releyó su traslado al Sexto ejército. «Completamente insensato», insistió Carras. «El Sexto ejército se halla metido en una ratonera, de la que no le libraré ni Hitler ni el diablo.»

Cuando abandonó la habitación se encontró en el corredor con un capitán que también había sido trasladado al Sexto ejército. Aquel caso era comprensible, ya que tenía un tío general, y él se había permitido críticas exageradas respecto a la estrategia del alto mando. Con un tío así, no podía extrañarse: era una sentencia de muerte. Pero en el caso del teniente coronel Carras, sin familiares de tal índole, con méritos reconocidos y buenas perspectivas para el futuro, era completamente inexplicable. ¡Era un absurdo!

No obstante, era un hecho consumado.

Cuando Carras salió por la puerta del despacho del jefe, adonde le había conducido Schuster, y recorrió los largos pasillos silenciosos y tranquilos como

un cementerio, disponiéndose a descender la escalera, ya no era el teniente coronel Carras, sino el coronel Carras. Le habían comunicado su ascenso a coronel y su traslado al Sexto ejército. Oficialmente, para hacerse cargo del mando de un regimiento de artillería, pero además de ello para encargarse de una misión privada muy delicada y honrosa, que le encomendaba el Führer en persona. Lo esencial era que debía tomar el avión a la mañana siguiente.

El coronel Carras llegó a su casa. Vivía en el barrio viejo del Oeste, cerca de la orilla de Bellevue, en un piso donde, antes que él, vivió un viejo profesor y médico judío. Los muebles de tubo de acero de las habitaciones habían sido adquiridos recientemente. La enorme mesa del despacho, la gran biblioteca, las hileras de libros, la estatuilla de Buda, los ídolos chinos que reposaban en los estantes y los grabados de las paredes, habían pertenecido al primer propietario.

Todo aquello tenía un aspecto algo anticuado, pero adoptaba un tono de completa actualidad gracias al retrato de Hitler donde el Führer aparecía con la frente cubierta por enorme visera y arrebolado por los dorados rayos del sol.

Quiso celebrar su ascenso a coronel y también su despedida. Pero nada dijo a su mujer sobre su traslado y mucho menos sobre su destino. No quería amargarle la última noche con aquella triste noticia. A su pregunta: «¿No deberíamos invitar a Schuster o a otros?», respondió: «No; esta noche quiero que estemos solos». Más tarde, al ayudar a su esposa a ponerse la capa de pieles, sus miradas se cruzaron en el espejo del recibidor. Su secreto quedó descubierto por la mirada que no pudo dejar de dirigir a los hombros y el cabello de su mujer; sin embargo, continuó disimulando; celebró su ascenso y su despedida; no una despedida cualquiera, sino, tal vez, la definitiva. El ascensor no funcionaba y bajaron a tientas la escalera. Fueron en el metro y se apearon para continuar a pie. El tiempo estaba húmedo y frío. Era el cuarto invierno de guerra. Rumores inquietantes del día: El Alamein, Trípoli, el frente Oriental. Margot se estremeció de frío en la oscuridad de la noche cuando se hallaban entre el Parque Zoológico y la plaza de Wittenberg. Él iba bromeando.

—Si alguna vez vuelve a haber alumbrado en las calles no sabremos orientarnos.

La más absoluta normalidad imperaba sin embargo en el restaurante Horcher, en la Lutherstrasse. Calor, luz, camareros sirviendo en silencio. Un comandante de aviación se hallaba en compañía de una actriz en la mesa vecina.

—¿Ha estado usted en África?

—Sí, y puedo contarle algo...

Creta, Sicilia, la llanura del Po —oyó Carras. También por aquel lado la retirada era general en todo el frente. Un poco más apartado, estaba un general de «panzers», joven todavía; debía haber tenido una carrera muy rápida y brillante. Más allá, paisanos y algunos conocidos pertenecientes al Alto Mando.

Margot no dejó traslucir su sorpresa cuando le oyó elegir la minuta, aunque calculó rápidamente que no le bastaría la mitad del sueldo de un mes para poder pagar aquel exceso. En otras ocasiones habían ido a Kempinski o al Rösch, en el Kurfurstendam, donde se comía discretamente, previa entrega de los cupones correspondientes; pero hoy tenía que ser precisamente en el Horcher y tenían que tomar precisamente caviar y beber vodka y vino del Mosela con el pescado; con el faisán, un Burdeos fino; y, de postre, queso,

tarta y fruta. ¡Cómo se viviría si se pudiese! Tintineo de vasos, una mirada en los ojos que pareció durar una eternidad.

—¡Margot!

—¡Hans!

Y nada más. Veinte años transcurrieron en un instante. Ella le miraba con los mismos ojos de antaño, cuando todavía era una muchacha y los dos salían temprano de casa para caminar entre la niebla matinal que se desvanecía. Veinte años, y nadie habría supuesto que había tenido un hijo, Hans-Otfried, caído en Welikije Luki, a los dieciocho años, por el Führer y por el Reich. Orgulloso dolor. Aquella noche se había puesto el collar que su hijo le trajo de París.

Después de cenar salieron paseando a pie. Al llegar al Zoo, entraron al cabaret «Frasquita», que permanecía abierto toda la noche.

«Hans Moser y Paul Hörbiger invitan a bailar...» y más tarde se dirigieron al bar, donde todavía pasaron una hora alegre. Cuando, por fin, regresaron a su casa, el metro ya no funcionaba y no encontraron taxi alguno, por lo que tuvieron que recorrer a pie todo el trayecto cruzando el Tiergarten.

Por fin, llegaron a su casa. Verdaderamente, la jornada había transcurrido como en sus primeros días de amor. Cuando amaneció y Carras se despertó de un profundo sueño, desperezándose, no sabía si tenía cuarenta y ocho años, o solamente veinte; ni se acordaba tampoco de si le había dicho sí o no...

Pero ella lo sabía todo.

Cuando estuvo levantado, bañado, vestido y se sentó a la mesa para desayunar, ya lo tenía todo preparado. Su maleta estaba hecha. Podía tener la seguridad de que Margot no había olvidado nada.

—¡Stalingrado!

¡Hans!

¡Margot!

Cuando se cerró la puerta, cerraba toda una vida. Lo que quedaba a sus espaldas era la vida y no sabía si aquella puerta volvería a abrirse para él. Una hora más tarde estaba a bordo del avión. La inmensa urbe de Berlín, como un mar de piedras, parecía deslizarse bajo las alas del «Junker». Le acompañaban cierto número de hombres en su misión especial. También viajaba en el aparato el capitán Dollwang, aquel capitán «condenado a muerte» por tener un tío general; era un joven de veinticinco años, extraordinariamente inteligente. Pertenecía, como Carras, al Alto Mando y había sido trasladado al Sexto ejército para «adquirir experiencia al frente de un regimiento».

Lemberg-Winniza.

Lemberg era la primera etapa. Continuo llegar de aviones que aterrizaban y despegaban. Carras y Dollwang buscaron al comandante jefe del aeródromo. Una escuadrilla de aviones aterrizó. Uno tras otro, se fueron deslizando por la pista y finalmente se detuvieron, siendo aparcados en la misma nieve, sin otro refugio que el del cielo. La puerta de una cabina se abrió y una vaharada de blanco vapor que olía a yodoformo les envolvió. Aquellos aviones procedían del Este y llegaban repletos de heridos. Encontraron al jefe del aeródromo rodeado por un grupo de aviadores recién llegados de Sicilia, vía Munich-Cracovia, los cuales deseaban pasar la noche en aquel campo.

—¡Completamente imposible! Hemos efectuado un vuelo de dos mil kilómetros y dentro de dos horas habrá oscurecido.

El jefe replicó:

—¡No puedo ayudarles, señores! Es orden del mariscal del aire. Ningún aparato puede permanecer en el campo más tiempo que el indispensable para despacharlo y abastecerlo de carburante.

Los aviadores tuvieron que partir de nuevo antes de verse envueltos por las sombras. El «Junker» que había conducido a Carras también se vio obligado a emprender el vuelo aquella misma tarde; continuando su itinerario. Primero, Kalinowka, en Ucrania. Llegada, aprovisionamiento de combustible y continuación del vuelo hasta Winniza.

Al día siguiente, volaron hasta Mariupol, donde pasaron la segunda noche. Cuando estaba todavía en Berlín, Carras se había permitido opinar para sí mismo sobre los comunicados del Alto Mando del Ejército que decían: «Defensa elástica y repliegues estratégicos previstos»; pero lo que oyó en Winniza de labios de los pilotos que hablaban de sus últimas operaciones, de bombardeos de estaciones, locomotoras y trenes cargados de material, no precisamente ruso, sino alemán..., veinte trenes aquí, treinta allá... le pareció cosa de locos.

Kamensk, Millerowo, Morosowski, Sais, Walujki y otras poblaciones salieron a relucir.

—Pero, ¡por amor de Dios! ¿dónde está el verdadero frente? —interrogó confundido Dollwang.

—¡Ya verá usted, ya verá usted! —aseveró un capitán piloto.

Otro de los pasajeros que iban con ellos era el capitán Henkel. Había estado al frente de una imprenta militar en Charkow y ahora se presentó voluntario para ir al frente de Stalingrado, ya que aún no había tomado parte en ninguna operación militar contra el enemigo.

Al día siguiente recorrieron la última etapa. Al principio volaron a ras de tierra, algunas veces sólo a veinte metros. Carras observaba el panorama por una de las ventanillas. Pasado Taganrog, cruzaron la desembocadura del Don con sus helados canales convertidos en pistas para el ejército. Columnas en marcha, entre las que se encontraban mujeres y ganado, se dirigían desordenadamente hacia Rostow, en dirección al mar.

¡Tropas en huida! Era indiscutible; volaban lo suficientemente bajos para poder precisar que se trataba de tropas alemanas en retirada. Las aguas solidificadas del Don quedaron a su izquierda. En la estepa, volvieron a encontrar caravanas de vehículos que parecían tomar parte en una carrera e intentaban adelantarse los unos a los otros. Había tanques sin techo o sin cadenas, arrastrados por tractores. Las columnas de infantes que reptaban como gusanos por la nieve, desaparecieron en el horizonte... Vasta estepa de blanca nieve mancillada por las manchas de cadáveres de caballos y cañones volcados. Seis caballos enganchados a una pieza de artillería habían quedado abandonados por su conductor; parte de los animales habían perecido en la nieve siendo pisoteados por los supervivientes en sus esfuerzos por soltarse y escapar.

¿Dónde estaba el frente? Repentinamente, unas nubecillas de humo que rodearon el aparato les dieron a entender que la defensa antiaérea enemiga disparaba sobre ellos; sin embargo, aún no habían visto el frente. El «Junker» se elevó por encima de las nubes. Sobre ellas brillaba un sol esplendoroso. A dos mil metros a la izquierda, otro «Junker» volaba también en dirección Este. Salvo este avión, no se divisaba nada en el soleado espacio. Pasada una hora,

rompieron aquel techo de nubes y descendieron. Al fondo, divisaron una enorme ciudad de gigantescas dimensiones, o... ¿era tan sólo una ciudad en construcción? Casas sin techo, esqueletos de hormigón, fachadas aisladas, columnas de piedra que se elevaban como gigantes postes. Volaban sobre Stalingrado. Una vuelta de ciento ochenta grados y un aterrizaje perfecto en el aeródromo de Pitomnik.

Una larga pista blanca con escasas huellas en la nieve.

El terreno cobró rápidamente gran animación. Apenas habían oído el avión, empezaron a aparecer grupos de heridos que se tambaleaban vacilantes, corriendo por la pista. No había hecho más que tocar tierra el aparato, cuando un alud humano le siguió en su breve carrera, rodeándolo tan pronto como quedó detenido. La puertecilla de la cabina fue bloqueada por cabezas vendadas, brazos en cabestrillo y rostros amoratados por el frío. A la tripulación le fue difícil abrirse paso. Media hora después el avión debía despegar de nuevo. ¿Dónde se habría quedado el aparato que les seguía? No se supo ya nada más de él.

Cuando la maleta de Carras llegó a su poder, estaba totalmente abollada.

—Me ha costado trabajo salvarla, mi coronel; toda aquella cuadrilla le ha pasado por encima —le explicó su asistente al entregársela. Estaba abierta y no se podía cerrar: se había estropeado la cerradura. Todo aparecía revuelto en su interior, camisas, pijamas, artículos de tocador, nieve, un álbum de fotografías. Todo aquello que Margot había colocado y preparado tan cuidadosamente apenas veinticuatro horas antes. Sin embargo, Carras no disponía de tiempo para ocuparse en sus pensamientos íntimos. Una serie de oficiales embutidos en abrigo de pieles y con las gorras caladas hasta las orejas, le interrogaban sin cesar. Todos deseaban saber algo de él. ¿Había traído pan, grasa, gasolina, víveres...? Todos estaban furiosos por su ignorancia.

Él, por su parte, tampoco obtuvo contestación a ninguna de sus preguntas.

Solamente cuando el avión hubo despegado de nuevo con su carga de heridos —algunos colocados en el aparato en sendas camillas y otros que habían entrado a la fuerza—, consiguió quedarse tranquilo unos momentos, y los aprovechó para enterarse de quién era el jefe del aeródromo y dónde estaba la comandancia. Supo que el mando supremo del ejército ya no tenía su residencia en Gumrak, sino en un barranco, situado más hacia el Este.

A las quince y diez minutos, cuando, por fin, se detuvo un camión ante la trinchera donde Carras aguardaba, la oscuridad más absoluta se había enseñoreado ya de aquellos lugares. Se sentó junto al chofer en la cabina. El capitán Dollwang y el capitán Henkel tuvieron que subir con los soldados en la parte posterior.

Dirección: Gumrak y Stalingrado.

Viento de nieve. Carras no podía contemplar el campo, como hubiera sido su deseo. No divisaba más que dunas de nieve. Ahora tuvo la impresión de que la tierra se había hundido a sus pies y de que había empezado a volar otra vez muy lentamente. El chofer iba en «segunda» y ahora atravesaba un desierto que parecía no tener fin.

El camión se detuvo.

El capitán Dollwang había llegado a su destino. Su rostro asomó por la ventanilla de la cabina. El chofer abrió la puerta.



—¿Por dónde? —preguntó el capitán.

—En aquella dirección, mi capitán. ¡No puede equivocarse! —gritó el chofer para que pudiera oír su voz con el ruido del motor en marcha, señalando hacia la infinidad de dunas endurecidas—. Unos dos kilómetros aproximadamente y luego en una vaguada está situado desde ayer el cuartel de la división —añadió el chofer.

—¡Llévele allí! —ordenó Carras.

—Mi coronel, no dispongo de gasolina para desviarme y, si se agota, nadie nos ayudará.

El capitán Dollwang se despidió. Carras le siguió con la vista. El capitán continuó su camino con un maletín en la mano y hundiéndose en la nieve hasta las rodillas. Henkel le seguía como un espectro gris.

Verdaderamente, Dollwang tenía su sentencia de muerte en el bolsillo; pero él, Carras, ¿qué podía hacer? ¿Cuál era su cometido? Su nombramiento como jefe de artillería no era más que un disfraz para su verdadera misión. Una tarea especial encomendada por el propio Führer. Debía amonestar y dar instrucciones a determinados jefes y oficiales cuyo nombre le habían facilitado en Berlín y a todos en general. Tenía que elevar la moral, reforzar la disciplina y arengar a la tropa.

¡Stalingrado, posición clave!

Sí; pero... aquello parecía una locura. Cuarenta y ocho horas antes, todavía se hallaba en Berlín.

## XV

## «VIOLETA Y GIRASOL»

Una cueva en la tierra y una mesa; sobre la mesa, un plano militar.

Varias cabezas estaban inclinadas sobre el mapa. La calva del general Goennern, la cabeza de su oficial jefe de información, su jefe de organización, el jefe del estado mayor, el reservado coronel Unschlicht, el general Vennekohl, jefe de la artillería del cuerpo, y, al lado de la mesa, los recién llegados, capitanes Dollwang y Henkel.

Sin embargo, la atención de estos caballeros no estaba concentrada en el mapa, sino en un croquis que Vilshofen había mandado hacer al teniente Wedderkop, que demostraba muy a las claras la verdadera situación del frente.

El croquis incluía el espacio existente entre el Volga y el Don, y, apoyada en el recodo del primero de dichos ríos, la ciudad de Stalingrado. La línea del frente, que corría desde el norte de Stalingrado hacia el Oeste y volvía luego al Volga, describía la forma de un corazón.

Aquella era la línea de ayer y de anteayer.

Tres flechas, que indicaban los ataques de los sitiadores, apuntaban al aeródromo y el pueblo de Pitomnik. El corazón quedaba dividido en dos secciones. El croquis abarcaba una de ellas. La cuestión era: ¿Podría subsistir la zona en que ellos se encontraban? ¿Podría ser cerrado aquel corte sangriento?

Esto daba a entender también la observación que Vilshofen había agregado a su croquis: «¿Cómo se puede formar la línea «Violeta»? Y, si ésta no puede formarse, ¿cuáles serán las consecuencias?» El trazado de la línea «Violeta» incluía también el aeródromo de Pitomnik. No obstante, por las noticias que llegaban, por las profundas brechas abiertas al Norte, Sur y Oeste, y teniendo en cuenta que las divisiones que se retiraban en el Oeste únicamente habían ocupado parte de las posiciones prefijadas, ignorándose el paradero de considerable número de ellas —Goennern y Vennekohl no querían aceptar el hecho de que dos de estas divisiones ya no existían y que de una tercera no quedaban más que restos insignificantes—, todo ello demostraba, sin lugar a dudas, que la línea «Violeta» no existía más que en teoría; y que, en la realidad de los campos de nieve, la tropa no era más que una masa sangrienta en desbandada que se dispersaba, precisamente en dirección al

Este.

Se dirigieron a Unschlicht, quien, como jefe de estado mayor, debería estar mejor informado que los otros; pero éste se encogió de hombros y su único parte fue:

—Las noticias y comunicados han sido hasta ahora tan escasos y son tantos los que faltan todavía por recibir, que difícilmente puede uno formarse una idea clara de la situación general.

—Pero, ¿cómo puede Vilshofen juzgar la situación de manera tan catastrófica? —preguntó Goennern.

—Según mi opinión particular, Vilshofen ha dado en el blanco con su croquis. La línea «Violeta» no puede formarse. Yo propongo que inmediatamente se ocupe la línea «Girasol».

«Girasol» era otra línea de defensa situada más a retaguardia. Esta línea excluía el aeródromo de Pitomnik y corría desde el Norte, aproximadamente, desde el sector de Borodkin, en dirección meridional, siguiendo la vía de ferrocarril hasta la estación de Woroponowo; desde allí, seguía hasta la ciudad de Stalingrado.

—Pero, ¿y si las divisiones no podían realizar su retirada hasta allí y tampoco podían ser ocupadas las posiciones de la línea «Girasol»?

—No nos incumbe a nosotros contestar a tal pregunta —respondió Goennern. Y en realidad, no era de su competencia, a menos que se rebelase contra sus superiores y su Führer, haciendo suyas la causa y la suerte de sus hombres.

Se produjo una breve pausa. Finalmente, Goennern tomó la palabra:

—Todo reside en la posesión de Pitomnik, el único aeródromo utilizable. En último caso, nuestra obligación será cerrar la carretera de Pitomnik. Esto le atañe particularmente a usted, querido Dollwang.

Cuando acabó de pronunciar estas últimas palabras dirigidas al capitán, sus pensamientos se apartaron de aquel tema. Conocía al otro Dollwang, al tío, desde hacía casi unos veinte años. Los actos del presente eran el final de una época que se remontaba a los tiempos del coronel general von Fritsch. Naturalmente, Fritsch tenía razón. Y ¿qué relación había entre estos pensamientos y el joven oficial que pertenecía a una época distinta? ¡Experiencia en el mando de un regimiento! Desde luego, un oficial debe adquirir experiencia práctica, pero ¿qué experiencia podía conseguir aquí? Y, sobre todo, ¿cuánto tiempo le serviría esta experiencia?

—No dispongo de regimientos, ni siquiera de batallones. Tenemos que improvisar grupos de combate. Creo que le mandaremos con el coronel Vilshofen... ¿Está usted de acuerdo?

Las últimas palabras iban dirigidas al jefe del estado mayor.

Este aprobó la decisión de Goennern.

—He retenido a Wedderkop, que puede acompañar a Dollwang al frente —dijo el oficial jefe de organización.

—¿Y el capitán Henkel?

—El capitán Henkel debe presentarse al regimiento de Dundt.

—De acuerdo, pues, ¡vayan con Dios!

Cuando Dollwang salió, Goennern le siguió con la vista, y sus ojos quedaron un momento fijos en la dirección que aquél había tomado. Por tercera vez en aquella hora, le venía a la mente la misma idea, que se refería tanto a sí mismo como a su propia situación y a su antiguo compañero Dollwang. Ahora

incluía también bajo el mismo concepto al joven capitán de veinticuatro años. Y antes de volver a sus asuntos dijo en alta voz lo que pensaba: « ¡No somos más que objetos! »

Dollwang y Wedderkop, jóvenes los dos, y ambos con educación militar, eran sin embargo muy distintos. No era una casualidad que Dollwang fuera gran amante de la música y que pudiera abandonarse ante la melodiosa armonía de una composición musical hasta la más completa abstracción; y esto no era para él una distracción, sino como el reverso de una profesión seria y material en la que igualmente podía concentrarse por completo. Existía una gran diferencia entre ambos jóvenes. Cuando Dollwang tenía que resolver un problema abstracto, como, por ejemplo, el desplazamiento de una carga de mil toneladas sobre una distancia de cien kilómetros, aquello representaba para él un conjunto de detalles bien determinados, tales como caballos de fuerza, condiciones de la carretera y dificultades y posibilidades que debían ser tenidas en cuenta. Ya en su primera juventud, pasada en la hacienda de su tío, había aprendido que se precisaban ciertos datos y materias para obtener determinados resultados.

El otro, Wedderkop, tenía también su ascendencia y su familia; pero no la conocía más que por el álbum de fotografías familiares. Aquel señor consejero, vestido con negro traje de etiqueta, de cara apergaminada, era su padre. Aquella señora de peinado alto y vestida a la antigua, era su madre. La familia del consejero de Potsdam le había dado la vida y le habían cuidado durante algunos años; pero siempre se había mantenido apartada de él y no le había servido más que para poder demostrar su ilustre ascendencia. Su vida espiritual se basaba en ficciones tan vagas y ampulosas como lo eran la política y la economía «nazis»: Los grandes espacios económicos y políticos, el totalitarismo, la supremacía de la raza aria...

Dollwang y Wedderkop tenían que seguir por la misma carretera que había recorrido este último la noche anterior.

En Pitomnik se detuvieron ante la sección de intendencia. A Wedderkop le dieron como ración diaria para la tropa tan sólo una pequeña parte de lo que habían calculado. De allí fueron al centro de recuperación de dispersados a buscar refuerzos para su diezmado grupo.

Ante la sección de Intendencia —es decir, ante aquel barranco donde la carretera se desviaba en un estrecho camino y los «bunkers» se encontraban uno junto a otro, convertidos en almacenes de víveres: galleta, legumbres, carne—, Wedderkop ni siquiera descendió del coche. Aquello tenía el mismo aspecto que por la mañana, pero ahora todo aparecía envuelto en la oscuridad. Coches procedentes de todas las direcciones bloqueaban el camino: camiones, carros y trineos de las secciones de artillería, en gran parte tirados por prisioneros que se agolpaban para darse algún calor todos juntos.

—¿Ha llegado el pan? —preguntó el chofer a un soldado.

—Sí; para Iván —le contestaron.

—Queremos saber si distribuyen víveres —intervino Wedderkop. Nadie respondió; pero más tarde le comunicaron que, aparte de un «Junker» que no había traído carga alguna, no había aterrizado ningún otro aparato.

Wedderkop volvió del centro de recuperación, lugar donde había descendido del coche, acompañado por un sargento y ocho hombres. Los

alineó frente al vehículo y les tomó el nombre. El sargento se llamaba August Gnotke. Los otros eran el cabo Riess y los soldados Altenhuden, Gimpf, Fell, Liebsch, Stüwe y Kalbach. Subieron todos a la parte posterior del camión y Wedderkop tomó asiento al lado del chofer, emprendiendo seguidamente la marcha.

«¡Qué aspecto más salvaje tienen estos soldados!, No son «dispersados» en el verdadero sentido de la palabra, sino el resto de una compañía de choque. Un brigada que se ha pegado un tiro esta mañana, también formaba parte de ella» —pensó Wedderkop, transmitiendo sus pensamientos en voz alta.

«El aspecto salvaje lo tienen todos: los soldados del depósito de víveres, los del estado mayor e incluso el teniente y el chofer» —se dijo Dollwang. Había encontrado algunas veces en Alemania trenes de soldados con permiso y traslados de heridos; pero nada de aquello tenía comparación con lo presente.

No fue el oficial curtido en el frente, Wedderkop, que había seguido paso a paso el desmoronamiento del ejército durante cincuenta días, quien comprendió en el fondo de su alma que se hallaban en un callejón sin salida, sino el joven oficial de estado mayor, Dollwang, para el cual Stalingrado, dos días antes, no era más que un punto en el plano del estado mayor. La maleta del coronel Carras, rota por unos soldados indisciplinados en el aeródromo, un chofer que desobedecía una orden con el simple razonamiento de que carecía de carburante, un centinela de estado mayor vestido como un bandolero, aglomeración de vehículos ante la intendencia, caballos esqueléticos, trineos tirados por hombres, la declaración de que un brigada se había pegado un tiro, y todo esto sin atribuirle importancia..., etc. Tal vez no eran más que detalles; pero, sumados todos ellos, eran claro indicio digno de ser tenido en cuenta, era algo que no debía faltar en los cálculos del estado mayor, algo tan importante como las flechas rojas indicadoras de la ofensiva rusa.

Por lo menos había una cosa evidente:

Aquella tropa no era más que una masa agotada, cansada, sucia, ensangrentada y desmoralizada, que no podía ser considerada como un ejército. Lo que necesitaba con urgencia era: descanso y cuidados, y más descanso y más cuidados; luego, buenos equipos. Sin embargo, él no estaba aquí para dedicarse a tales divagaciones sobre las necesidades del ejército; le habían enviado para adquirir experiencia en el mando de grandes unidades.

La carretera por donde corrían estaba cubierta de nieve. Al principio se notaban numerosas huellas de vehículos; más tarde, escasearon hasta casi desaparecer por completo.

A lo lejos, al borde de la carretera, se veían parados unos camiones que contemplados a la luz de la luna parecían grandes peñascos; pero, al acercarse, se convertían en montones de chatarra cubiertos de nieve. Divisaron en la lejanía innumerables manchas grises esparcidas en todas las direcciones, al borde del camino y en la estepa, y cuando se aproximaban veían, por los pies y manos que sobresalían de la nieve, que se trataba de cadáveres de soldados. El camino les condujo a un barranco, donde pudieron observar dos camiones destruidos, prueba de que en ellos se había sostenido un combate. Wedderkop suspiró. El chofer volvió la cabeza y miró a Wedderkop y luego a Dollwang. El primero exclamó:

—Sí, hay muchos destrozos, muchos coches estropeados...

Tenía la voz ronca. Dollwang no comprendió de qué se trataba. Esperó otra explicación; pero Wedderkop cambió el tema de la conversación.

—Han tenido que admitir en el hospital al capitán Steiger, el defensor de las colinas de Kasatschi. Naturalmente, aquello no habrá impresionado lo más mínimo en el hospital de Pitomnik. Aquellos cirujanos no saben nada del frente. Cortan y operan todos los días sin ver la realidad de las cosas. No querían admitir a Steiger; pero yo se lo coloqué sobre la mesa...

—A propósito, mi capitán, es su antecesor.

—Ten cuidado aquí, chofer, no nos demos de bruces con los rusos.

No transcurrió mucho tiempo hasta que apareció un centinela a la orilla del camino.

—¿El grupo de combate Vilshofen?

—Está al otro lado de la carretera.

El grupo Vilshofen había ocupado posiciones al norte de la carretera Baburkin-Pitomnik, en trincheras cavadas anteriormente. Desde ellas, había defendido la carretera que era la puerta de entrada a Pitomnik. Formaba parte de la línea «Violeta» en unión de otro grupo que se hallaba en el lado opuesto del camino. Un arco de dicha línea pasaba al norte por Bolschaja-Rossoschka, Borodkin, Kusmistcha y «el valle de la muerte», como le llamaban los soldados, hasta el barrio industrial de Stalingrado y el Volga. El otro arco cruzaba por el sur la vía férrea Stalingrado-Tazinskaja, pasaba por Woroponowo y Pestschanka y llegaba también hasta dicho río y dicha ciudad. El lado del cerco junto al Volga medía unos treinta kilómetros, y su profundidad, pasando por Pitomnik, era de unos cuarenta. Excepto la línea que se apoyaba en el Volga, este frente cambiaba cada día, de la noche a la mañana. Durante el día, los hombres resistían y sucumbían en sus posiciones, y durante la noche, se retiraban y caían en la huida. Las tropas alemanas, expuestas continuamente al helado viento, amenazadas de destrucción completa, evitaban combates decisivos y luchaban en retirada constante. No intentaban ya cavar fortificaciones en la endurecida tierra. Se replegaban disciplinadamente ocupando nuevas posiciones. Cuando no encontraban trincheras, se refugiaban tras el talud de la vía del ferrocarril, la pared de una casa semiderruida o donde el terreno les ofrecía alguna protección. El interior de este círculo a punto de derrumbarse, ocupaba todavía unos mil kilómetros cuadrados de estepa, terreno suficientemente grande para las unidades de artillería, tanques, talleres, estados mayores, hospitales, etc., y dejaban espacio todavía para que cundiera la desesperación y el pánico, seguidos de no pocas enfermedades que sembraban la muerte en aquel ejército desorganizado.

La débil línea que formaba la infantería en las posiciones exteriores del cerco tenía que ser mantenida. Era como una cáscara de huevo. Si se rompía, todo su contenido se perdería, no quedando más que pus, sangre y podredumbre, pues el huevo estaba podrido; su vida se había extinguido ya.

## XVI

## ¡NUESTRO «VIEJO» SE HA VUELTO LOCO!

El coronel Vilshofen contemplaba el cielo azul. Estaba echado sobre un montón de trapos viejos. Tenía puestos la pelliza y el gorro de piel. Mientras dictaba sus disposiciones sobre el servicio de la tropa durante la noche, el cansancio le dominaba. Advirtió a su ayudante que le despertara a los dos minutos justos y se durmió. Su ayudante estaba sentado en una silla. Reinaba un frío tremendo. No había puertas. El cuarto donde se encontraban el coronel y su ayudante, una hora antes no era más que un hoyo abandonado. Un hueco hecho en una de las paredes de barro servía de estufa, y en ella se quemaban trozos de goma y trapos viejos. El humo se elevaba hasta el techo, desde el cual caía el hollín en negros copos.

Algunos le dieron en la cara a Vilshofen. Semejantes también a copos negros, había visto una nube de cuervos posados en un camión abandonado, y dichos cuervos no levantaron el vuelo cuando se acercó él solo, sino que esperaron a hacerlo hasta que llegaron las primeras filas de la columna.

Antes, los cuervos se alimentaban de cadáveres de caballos abandonados a las orillas de la carretera. Ahora comían carne humana, de la que estaban repletos los camiones, y de éstos salían en negras y grandes bandadas los cuervos cuando alguien les asustaba.

El coronel Vilshofen respiraba pesadamente. Su ayudante tenía el reloj en la mano. Esperó el medio minuto que faltaba. Cuando su jefe sintió su mano en el hombro, se despertó y levantó la vista hasta la lámpara de petróleo que colgaba de un clavo en la pared y observó los rasgos de su joven ayudante, el teniente Latte. Aún seguía impresionado por su sueño. Pero no eran sueños, la pared de barro, la lámpara del «bunker», el teniente Latte, que estaba ante sus ojos. Todo aquello era la realidad. Y con esta realidad se mezclaban y se confundían aún las imágenes del sueño... Era un monstruo que revoloteaba, que batía unas enormes alas... agitación inútil la de aquella convulsión asquerosa, parto malogrado... una envoltura pestilente y regueros de pus en medio de la nieve. Y ¿qué tenían que ver con todo aquello Goennern, Damme, los jefes superiores? ¿qué tenía que ver con ello él mismo? ¿qué representaba aquel pajarraco monstruoso y estéril? ¿quién es el que en esta acción ha perdido su honor y su vida?

El coronel se levantó vacilante. Cuando se encontró con Dollwang, afeitado, lavado y vestido cuidadosamente, mirándole con sus claros e inteligentes ojos, se impresionó momentáneamente. «Imposible, imposible», pensó. Pero aquello era tan verdadero como el terror que entonces le asaltaba.

Walter Dollwang se presentó:

—Trasladado al grupo de combate Vilshofen —dijo, tendiéndole la mano.

«Pero no, esto no es posible», siguió pensando el coronel.

El capitán tuvo que reprimir su espanto al contemplar los rasgos tan cambiados de su paternal amigo, ahora tan pálido y agotado.

La atención de Vilshofen fue distraída por Wedderkop, que le dio parte del personal que le traía. Había dejado al capitán Steiger en el hospital de Pitomnik, y a los demás heridos, salvo a dos, no en el hospital de sangre, sino en el cementerio de Gumrak.

Viveres —fue lo que más impresión causó en Vilshofen—, solamente los había traído para media jornada.

¡Ración para media jornada!

Cincuenta gramos de pan duro, ocho gramos de legumbres —siete guisantes— y veinticinco gramos de carne, era lo que componía la ración diaria del soldado. ¡Y Wedderkop no había traído más que la mitad!

Dollwang, situado al lado de Vilshofen, contempló como éste distribuía las raciones. Para cada hombre que pasaba ante él y tendía la mano, tenía una palabra cariñosa o una mirada alentadora. Pero no conseguía consolar a nadie, se traslucían sus verdaderos pensamientos. Dollwang, que conocía a Vilshofen como a hombre ponderado, que siempre medía muy bien sus palabras, adivinaba ahora detrás de su acento al hombre interiormente destrozado, y profundamente dolorido.

Después de colocar en la mano sucia de cada soldado el pedazo de pan y el trocito de carne, hacía un breve comentario:

—¿Es bien poco, verdad, Hannes?

Y a otro:

—¡Repártelo bien para que te quede aún algo para el desayuno!

Al tercero:

—¿Cuántos cerdos cría tu viejo?

—Ahora solamente uno, mi coronel.

—Bueno, ya ves que a ellos también se les aprieta el cinturón.

El cuarto era un maestro:

—¡Mástícalo bien, así dura más el gusto en la boca!

Al quinto le preguntó:

—¿Cuántos hijos tienes, Willsdruff?

—Ya lo sabe usted, mi coronel, cinco.

—¡Vaya suerte, el no tener que repartir la comida con tu familia!

El sexto era Matzke.

—¡Bueno, Matzke, mi pobre Matzke, qué mal te encuentras! Me habría gustado poderte dar mejor comida.

No dejó a nadie.

—Ya tenemos la mesa puesta. Y para postre, un vals de Strauss.

Las emisiones nocturnas de propaganda de los altavoces rusos se iniciaban con música.

—¿Qué tocaron ayer? —preguntó al siguiente.



—«Rigoletto», mi coronel.

—No se te ocurra interrumpir el concierto, Müller; ya viste lo que pasó anoche: el «Rigoletto» terminó con una sinfonía del «órgano de Stalin». ¡Vete con Iván! Ya te lo dije ayer. ¡Idos con Iván! Aquí no hacéis más que perecer. Yo no retengo a nadie.

Así prosiguió; y todo lo que decía, ya fuera una palabra de aliento, o la despedida a un enfermo grave, o aquellas bromas equívocamente irónicas que parecían alta traición, todo lo decía en serio.

Una triste procesión desfiló ante sus ojos. Hombres de edad indefinible. Verdaderas calamidades. A ninguno de ellos dejó de dirigirle una palabra, una mirada, una sonrisa afectuosa, y, por un instante, sus rostros parecían animarse.

Los soldados recientemente llegados a Pitomnik se acercaron.

—¿Cómo se llama usted, sargento?

—Gnotke, mi coronel.

—¿Dónde estaba anteriormente?

—En el sector de Dmitrewka, mi coronel.

—¿Y antes?

—En el batallón disciplinario, mi coronel.

—¿Y antes?

—Frente a Moscú, mi coronel.

—¿Y antes de ingresar en el servicio militar?

—En las SA, mi coronel.

—¿Y antes todavía, sargento Gnotke?

—En mi casa, mi coronel, en Klein-Stepenitz, Pomerania.

—Seguramente se encontraba mejor allí, ¿verdad?

—Sí, mi coronel.

—Esperemos que algún día pueda volver, Gnotke.

Sin embargo, aún no le había despedido.

—¿Y sus hombres? ¿Quién es aquél?

—El cabo Riese, mi coronel.

—¿Qué puede usted decirme de Riese?

—Riese goza todavía de buena salud. Es el que nos traía los víveres de Dmitrewka. Anteriormente, estaba en las SS. Es un buen cumplidor. En sus horas libres, juega a las cartas.

—¿Es cierto, Riese?

—Sí, mi coronel.

—¡El siguiente!

—El soldado Altenhuden. También es de Pomerania.

—Está bien. ¡El siguiente!

—El soldado Gimpf, mi coronel.

Vilshofen no dijo ahora «el siguiente», sino que fijó sus ojos —que a Dollwang le habían parecido febriles antorchas— en la cara de Gnotke, en la que se reflejaban graves pensamientos.

—Sí, mi coronel, no puedo decir mucho de él. Cuando los rusos entraron en Kletskaja, él estaba echado en una tumba y se quería quedar allí. También quiso quedarse durante el camino. En Wertjatschi, nada le interesaba. Y, en Dmitrewka, todo le daba lo mismo.

—Así, pues, ustedes han hecho un largo camino juntos.

—Sí; también estuvo conmigo en el batallón disciplinario.

—¿De dónde es Gimpf?

—De Alten-Affeln. Allí tiene a su madre, que acaso piensa que aún tiene un hijo valiente, que algún día será un buen patrón en su granja.

Gnotke se detuvo. Hacía más de un año que no pronunciaba un discurso tan largo.

—¿Qué fue lo que ocurrió en la tumba de Kletskaia?

—La tumba estaba casi llena de cadáveres. El brigada Aslang estaba sentado al borde; otros muchos, dentro; yo no me fijé en ninguno; en cambio a él —Gnotke señaló a Gimpf— le saqué y me le llevé conmigo a Wertjatschi y Dmitrewka, arrastrándole a veces. En el fondo no sabría decirle por qué.

—Sí, Gnotke, ¿por qué? ¡Hay tantos otros!

—En efecto, mi coronel. Esta mañana el brigada Poehls se ha pegado un tiro. Estaba en la cocina anteriormente y ya no podía aguantar más. Ayer dejamos al sargento Maulhard en la nieve. No podíamos arrastrarle ya. Al sargento Urbas también le dejaron en el «bunker» de Dmitrewka. Pero éste ya no tenía salvación.

La amistad entre Gnotke y Gimpf interesaba vivamente al coronel. No se le había escapado que el rostro de Gnotke, endurecido por haber sido testigo de tantas escenas fúnebres, dejaba traslucir ocultos sentimientos de simpatía, cuando hablaba de Gimpf. El sol no puede despertar la vida en un desierto de piedra; pero sí que puede encender una luz en el desierto humano. El hombre, por muy menospreciado y maltratado que sea, mientras respire y se preocupe por uno de sus semejantes, no está aún perdido. ¿Qué era lo que Vilshofen quería decir con estas palabras? ¿No se daba, en el fondo, él también por perdido?

¿Quién sería capaz de ver claro en tan inextricables caminos? ¿Gnotke, Dollwang, Wedderkop, o cualquiera de los que estaban con ellos? Ninguno conocía la causa, pero el efecto era bien visible, y Gnotke, como Dollwang, Wedderkop o cualquiera de los que se encontraban en el fondo de aquel barranco de la estepa, sin otro techo que el nocturno cielo invernal, veía en la cara de su coronel una sonrisa, la vieron en sus ojos, la vieron recorrer sus finos rasgos como un rojo relámpago. Y aquella sonrisa permaneció visible cuando siguió hablando al contemplar a Gimpf:

—Conque éste es Gimpf, ¿eh? Le cuidaremos bien. Pero, ¡también a los demás, Gnotke! Por lo menos, atención al estado de sus pies. ¿Quién es éste? Parece que no los tiene muy bien los pies.

—El soldado Kalbach, mi coronel. Sería una pérdida muy grave para su mujer y sus hijos, si pereciera. Tiene los pies hinchados y el corazón débil.

—¿Y éste, quién es? ¿Y aquél? ¿Y ese otro?

—El soldado Stüwe, mi coronel. Le llamamos Tuennes. Está triste porque ha perdido a tres camaradas. El soldado Liebisch está preocupado por el alquiler; tiene una casita en Masserberg, en Turingia. El soldado August Fell está rezando siempre. Liebsch, soldado también, no puede contener la orina, y en el «bunker» tenía que dormir siempre en la litera de abajo.

—Bien; Riess, Tuennes, Liebisch y Liebisch quedan libres de servicio por el momento y ocuparán un hoyo vacío que esté limpio; y cuando puedan alojarse en un «bunker», Liebsch dormirá abajo. El sargento Gnotke, Gimpf, Fell y Altenhuden que sigan adelante.

Vilshofen los miraba mientras se retiraban. Los había visto dos veces.

Antes, con las caras redondas y sanas, cabeza levantada y busto erguido. Ahora, rostros demacrados, cuellos delgados, hombros caídos, ojos turbios. Miró también al sargento Matzke, que había sido fuerte y de paso ágil como un tigre. Matzke tenía verdadera afición por el servicio militar y se entregaba plenamente a él, pero ahora andaba con la cabeza inclinada y vacilante paso; parecía que se iba a caer a cada minuto. Vilshofen volvió a mirar a los recién llegados y al sargento Gnotke le pidió su cartilla militar. Dio unas cuantas instrucciones más y regresó a su «bunker».

Más que una posición fortificada, aquel grupo de cuevas parecía un primitivo poblado de indios o el aduar de una tribu de gitanos.

Al lado del «bunker» del coronel Vilshofen, se habían alojado Dollwang, Wedderkop y el teniente Latte. En otros hoyos más o menos profundos, se hallaban repartidos los soldados de la plana mayor, el personal de cocina y oficinas, y los sargentos.

Dos horas más tarde, el centinela oyó tatarrear una canción en el «bunker» del coronel. No creía lo que oía; pero la melodía alegre continuó y escuchó ávidamente. También Latte lo notó y no quedó menos extrañado que el centinela. Penetró en el «bunker» de Vilshofen, y vio al coronel de pie ante el fuego, alto y delgado, con su capote roto. Su silueta perfilada a la luz de las llamas, que se elevaban de la estufa improvisada, trajo a la mente de Latte la figura de Don Quijote.

Vilshofen silbaba una melodía de «Carmen». Dirigiendo una mirada a Latte, le dijo:

—¡La vida es grande!

Latte llegaba de las avanzadillas, donde el sargento Matzke acababa de morir agotado, siendo enterrado en la nieve.

—¡La vida..., mi coronel...! —balbuceó.

—¿Ha visto usted a ese hombre? Se llama Gnotke, he leído su cartilla y he seguido su ruta. —Vilshofen se golpeó el pecho con el puño y dijo: —Uno como ése debería estar ya tan muerto después de lo que ha pasado, que no sería menester ni una granada, ni una mina cualquiera ni un pelotón de ejecución; sin embargo, él limpia de minas el terreno y entierra cadáveres y pasa por el recodo del Don, por Wertjatschi y por el cerco de Stalingrado. Claro está que puede perder su vida; pero únicamente su vida exterior. Encuentra a Gimpf más desamparado que un niño de pecho, y lo toma a su cuidado. Imagínesele usted. Sus manos no trabajan solamente para enterrar muertos, sino también para cuidar vivos. Y gracias a esto él vive y vivirá del mismo modo, como un ser humano, hasta su última hora. Y esto es un triunfo. Búsquese un Gimpf, Latte, y vivirá usted. Para nosotros, Gimpf debería ser todo este grupo; más aún, deberíamos pensar en todo nuestro pueblo; pero debemos preguntarnos: ¿Adonde conducimos a nuestro grupo, a todo nuestro pueblo, Latte?

—¿Adonde, mi coronel?

—A la muerte, y lo que es peor, a la muerte... por nada.

—Y a pesar de eso, mi coronel, ¿usted silba la marcha de «Carmen»?

—Sí, Latte, sí. Ayer quise capitular, pero, hoy... ¿sé acaso lo que puedo querer hoy? ¿A qué puede aspirar una persona que se encuentra tirada por los suelos, deshonrada? Efectuar un golpe de mano y... se acabó. Pero tampoco esto es ya una solución. Acaso lo fuese cuando Stalingrado significaba aún una meta, cuando tenía una justificación estratégica. Pero Stalingrado se ha

convertido ya en el valle de la muerte y nosotros estamos en el fondo del mismo. Aquí uno se come al otro. El débil cae; el enfermo se queda tumbado; y esto es lógico, el enfermo que ya no puede ni arrastrarse, es de raza débil. Pero quien roba al prójimo, y gracias a ello puede llenarse la barriga, ése puede sobrevivir unos instantes más, es más fuerte, es de raza superior... ¿Ha visto usted ya, Latte, las barbaridades que se cometen?

—¡Mi coronel...!

—Sí, yo lo he visto. Y ¿quién sabe si esto no representa, acaso, una prueba más, en este valle de la muerte, de lo justa que es la teoría de «la selección de razas»?

—¿Me permite usted, mi coronel, que le recuerde?...

—No me hable usted de los rumanos, de los latinos, de los «no arios», de las razas inferiores. Ésos ya han tenido que pagar el pato de muchas cosas. En todo caso no son ellos los que han inventado el mito de la «raza superior». Las monstruosidades cometidas, y por irónica transposición, la meta por la cual luchamos, no solamente desde ayer ni desde que alcanzamos la estepa de los calmuco, todo eso no es más que la consecuencia lógica de la teoría de la «raza superior». ¿Oye usted esos gritos, Latte?

—No, mi coronel, perdone usted...

—¿Qué significa eso, Latte? ¿Lo sabe usted?

La mano de Vilshofen, con el índice extendido, señalaba el águila nazi cosida en el uniforme de su ayudante.

—Un cuervo, mejor que un águila. Ese sería el distintivo más adecuado. Ese mismo cuervo gordo que batiendo pesadamente sus alas nos acompaña a todas partes...

—Perdone usted, mi coronel, ¿puedo marcharme ahora?

—Sí, Latte, márchese usted ahora, descanse durante una noche, duerma, y mañana seguiremos hablando de esto.

Vilshofen continuó desarrollando sus pensamientos mientras seguía con la mirada a Latte. «Estamos encerrados —se decía—. Los golpes de mano, o cualquier otra empresa temeraria, ya no son posibles. Ahora ya no hay más remedio que aguantar, sufrir. Hemos recorrido un largo camino. Hemos dejado atrás muchos pueblos incendiados, y muchos hombres materialmente aplastados bajo las cadenas de nuestros tanques victoriosos. Entonces éramos nosotros los que íbamos subidos a los tanques, y los demás, que también eran hombres, yacían a nuestros pies. Esto era lo natural. Así lo predicaba el «nuevo evangelio», «¡la nueva religión del III Reich!»

Manfred Vilshofen, hombre que frisaba en los cincuenta años, había surcado los cinco océanos. Prestó sus servicios en la sección especial de información de la Wehrmacht. Él, que tanto había aprendido, debería saber ya hace mucho tiempo todo aquello. Y después de tanto viajar por países extranjeros, de nuevo se vio embarcado en otro viaje. Esta vez no iba con una simple maleta en la mano. Ahora iba a la cabeza de un grupo de tanques. Humo, cenizas y lágrimas sobre las cenizas aún calientes. ¡Qué importaba todo eso! Que a nuestro paso se destruyera la vida, la propiedad, la libertad, el honor de otros pueblos, ¿qué importaba todo eso?

Los escombros quedan atrás.

¡Adelante nos llama la meta!

Brillaba el sol, y el suelo estaba agrietado por el calor. El barro adoptaba la

forma de tejas cocidas. Polvo, humo, zumbidos. Las cadenas de los tanques pasaban sobre cadáveres de los soldados propios y enemigos. Los cuervos — siempre los cuervos—, la metralla y las piedras que saltaban, golpeaban constantemente en las paredes del carro blindado.

Por el micrófono se gritaba:

—La necesidad es nuestra ley. Mata, mata, mata... a ver quién puede más. Ahora o nunca... tenemos que pasar... Bien, bien, Tomás, mándale a ése al infierno...

—¡Atención, atención! ¡Latte, venga usted hacia aquí! Y Latte se aproximaba con su tanque.

—A la izquierda de la chimenea se mueven los tanques enemigos. ¡Siete piezas enfiladas en dirección a la fábrica de harinas!

—¡Ven, Tomás!

Se acercaba Tomás.

—Estoy enfrentado con un «T 34».

—¡Dale, dale! ¡No pares! ¡Venceremos!

Así se desarrolló el combate. Vilshofen y sus hombres, en cabeza de una avanzadilla de tanques, pasaron por el «muro de los tártaros», hundiéndose en el barranco del Tulewoj. Salieron de allí y conquistaron la cota 107, siguiendo en dirección a la fábrica de tractores. Avanzaban entre las nubes de humo que envolvían todo aquel salvaje panorama de escombros, de casas derruidas. Aquello era Stalingrado. ¡Aquello era la meta! Y el hombre del tanque, el conquistador del barrio industrial de la ciudad del Volga, era Manfred Vilshofen. Era el mes de septiembre.

Ahora la nieve cubría todo el país, y algunas decenas de kilómetros más al oeste, en una zanja cavada en el verano por los croatas, que llevaban la impedimenta, se hallaba el mismo Vilshofen. De estatura bastante más alta que los croatas, que antes habían vivido aquí, daba casi en el techo de la cueva con la cabeza. Allí se encontraba con los pies y el largo capote llenos del humo procedente del agujero que hacía de estufa. Nada más expresivo y simbólico que aquella figura delgada, aquel rostro demacrado y aquellos ojos ardientes como ascuas encendidas donde todo se reflejaba: las raciones escasas, el polvo de la estepa, sus tanques destruidos, su tropa diezmada, el horizonte oscurecido por las bandadas de cuervos.

Grupos de hombres que huían, que corrían en busca de salvación, alocadamente, y así caían antes. En los pueblos ya evacuados de la estepa, cañones abandonados, en los «bunkers» prendas de vestir y objetos de todas clases tirados para aligerar el peso de la huida... y patatas cocidas en los duernos de los cerdos.

Un hospital de sangre se veía en plena línea de fuego, y por segunda vez, los cadáveres y semicadáveres que yacían en las chozas, se cubrían de fuego y de metralla. En una noche de hielo, con la tierra completamente cubierta por espesa capa de nieve, camiones atascados y hombres caídos al suelo, sin que nadie moviera una mano para levantarlos.

Una línea de defensa rigurosamente determinada en el plano, pero sin puntos de resistencia real, sin una zanja, sin formaciones organizadas, sin material para cubrirla. Y el capitán Dollwang, que acababa de llegar con el avión, y «el viejo» que ha perdido todo su prestigio.

¿Qué es esto? ¿Qué significa todo esto?

Un golpe de mano... ¿Sería éste el final de unas ideas que no pueden ser llevadas a sus últimas consecuencias? Pero hay seres más consecuentes, más audaces, que se atreven a expresar ideas y sobre todo sentimientos, que les salvan de toda aquella miseria moral. Allí estaba aquel médico, que, en defensa de los heridos de su hospital, no tiene inconveniente en hablar de manera bastante irrespetuosa a un superior, manifestándose en contra de una orden. Allí estaba aquel sargento, un simple soldado del batallón disciplinario, que aún demostraba tener sentimientos humanos —no solamente porque protegía a Gimpf, pues también sabía cuanto a los demás les preocupaba—. Pensar sin miedo y tener la voluntad orientada hacia la vida, cultivar los propios sentimientos instintivos... todo esto existía aún aquí, en este valle de la muerte. Por todo eso vale la pena vivir, por eso sí que vale la pena luchar.

Pero aquella otra lucha... ¿por qué? ¿contra qué?

Vilshofen estaba de pie en su miserable hoyo de tierra sin ver la pared de barro que tenía enfrente... Sus ojos —los mismos que habían vagado por la estepa al frente de la columna que dirigía, y que desde la mirilla de su tanque habían observado las chozas en llamas, los cráteres de las granadas y las ruinas de las ciudades— estaban dirigidos ahora hacia la lejanía, contemplando mentalmente una escena que nada tenía que ver con su situación actual ni con la lucha por Stalingrado.

A pocos pasos de distancia estaba el hoyo donde había entrado Latte después de su inspección a los puestos de los centinelas y de su visita al coronel. Era una cueva como la de Vilshofen, sin puertas ni ventanas. El techo de tierra estaba agujereado en un punto, y este agujero, lo mismo que el orificio que servía de entrada, estaban tapados con lonas. También había una cavidad en el muro donde se quemaban trapos viejos y cualquier cosa combustible. El humo atravesaba la pared medio derruida que daba al hoyo vecino, donde dormían varios soldados.

A este lado de la pared, estaban el capitán Dollwang y los tenientes Wedderkop y Kindt, tendidos sobre una lona echada en el suelo. Tenían puestos los uniformes y las botas y se apretaban el uno contra el otro para darse calor. Las mantas que tenían encima y el capote-tienda con que se habían tapado estaban completamente tiesos por el intenso frío. Se habían quedado dormidos sin haber cambiado muchas palabras. Únicamente Wedderkop comunicó algunas de las noticias traídas del estado mayor.

—El cerco se ha estrechado todavía más por el sur y el Norte. El jefe supremo ha trasladado otra vez su cuartel general a un barranco al otro lado de Gumrak. El general Hartmann y su estado mayor, que estaban allí magníficamente instalados en sus cómodos «bunkers», han tenido que trasladarse a Stalingrado.

Kindt estaba demasiado cansado para abrir la boca y Dollwang permanecía abismado en sus propios pensamientos. «Stalingrado, con sus mandos, es la cabeza; nosotros, con nuestras bajas cotidianas, somos el trasero, y Pitomnik, con su aeródromo, es el ombligo; mientras éste exista y no se rompa, podremos subsistir»; con estas imágenes había expuesto Wedderkop su «informe sobre la situación», antes de echarse la gorra sobre la cara y quedarse dormido.

Durante mucho tiempo, Dollwang estuvo contemplando las caprichosas figuras que formaban el humo del fuego y escuchando los ronquidos de los

soldados que se hallaban al otro lado del muro. Su pensamiento habíase desplazado a Berlín, a su linda y tranquila habitación, arreglada todos los días por las manos invisibles de su cuidadosa tía. También había pensado fugazmente en el ejército en desbandada, en su llegada a Pitomnik, en el «bunker» del estado mayor, en el frente, en la distribución de víveres y en Vilshofen. Sobre todo en Vilshofen y en la manera como había escuchado sus respuestas a las preguntas que le había dirigido sobre su tío y a la opinión que imperaba en el Alto Mando del Ejército respecto a la situación de Stalingrado.

Habían transcurrido unas horas. Latte despertó a su relevo, al teniente Wedderkop, y, cuando éste se hubo levantado, ocupó el espacio que Latte había dejado libre. Ahora, era Latte el que no podía dormir. Escuchó las voces que procedían del otro lado de la pared, pertenecientes a los soldados que efectuaban el relevo. Uno era Wilsdruff; otro, Kramer, y también uno nuevo, Kalbach, el que, según el informe de Gnotke, padecía de los pies.

—Ya hemos estado aquí otra vez —dijo uno.

Los otros también habían reconocido aquel lugar, donde estuvieron durante uno de sus descansos, en los tres meses de lucha en el ataque contra Stalingrado.

—Antes, había aquí croatas —recordó Kramer—. Habían traído a mujeres rusas y las mandaban a por agua, o a lavar la ropa y zurcir calcetines. Y las obligaban a quedarse con ellos por la noche.

Kalbach replicó:

—Esas cosas no han sucedido con los nuestros.

A lo que respondió Wilsdruff:

—Que te lo has creído. No tenías más que haber visto el barranco donde descansaban los soldados de tanques.

Latte estaba acostado. Escuchó las voces de los soldados hasta que se fueron callando. Sin embargo, no pudo dormirse. Pensaba en Vilshofen. El jefe de tanques de Charkow, del Mius, de la estepa del Don, de Zymlija, el que llegó a los arrabales de Stalingrado. Recordó cómo Vilshofen, sobre las cenizas de su regimiento acorazado, se había transformado en jefe de un grupo de choque. Veía retratada la imagen del Vilshofen de aquella noche, y un frío muy intenso le atenazó el corazón.

El jefe de la formación vecina se ha vuelto loco; otro se ha pegado un tiro. Todos los días se suicida alguien. Alguno enloquece cada día. ¿Y qué es lo que le sucede a Vilshofen? Habla de conducir una patrulla y de acabar para siempre. ¿Acaso pensaba que le acompañase él mismo, Latte? Pero Latte es muy joven; aunque tal vez haya sonado ya la hora de la muerte.

Con tan lúgubres pensamientos, Latte logró dormirse al fin.

Una risa que partía del estrecho agujero vecino, y resonó en el «bunker» del teniente, le despertó. Alzó sus ojos y oyó a Wedderkop que le decía:

—Nuestro «viejo» se ha vuelto loco.

Kindt y Dollwang se despertaron también.

—¿Qué sucede?

—¿Quién se ha vuelto loco?

—¡Había que fusilar en el acto a esos canallas! ¡Eso hemos hecho siempre con tales infrahombres! ¡Han incendiado un trineo, y esto ha servido de señal para el enemigo!

—¿Quién? ¿Qué?

—¡Los rusos que llevan la impedimenta! ¡Y en lugar de aplastarlos, ha dado orden de dejarlos en libertad cuando se inicie la retirada!

—¿Y quién arrastrará los trineos? —preguntó Kindt.

—Necesitaríamos caballos para los trineos. Y como no los tenemos, abandonaremos los trineos, y cada uno cargará con su equipo. La munición y los demás instrumentos serán cargados en trineos pequeños llevados por soldados.

—¡Imposible! —se le escapó al teniente Kindt.

Los ojos de Latte denotaban honda tristeza. Sus labios temblaban. Parecía que iba a echarse a llorar de un momento a otro.

—¡Les digo a ustedes que se han vuelto locos! —repitió Wedderkop—. «No tenemos comida para los caballos; no tenemos comida para los prisioneros, ni hombres disponibles para su custodia o su traslado a retaguardia; por eso los rusos se quedarán aquí». Éstas han sido sus palabras.

—¡Esto no es ninguna locura: es una conclusión lógica! —clamó Dollwang.

Kindt sacudió la cabeza. Latte miraba a uno tras otro. Wedderkop continuó:

—¡Habría que fusilarlos, ésa sería la única conclusión lógica!

—Fusilar a unos hombres por no tener comida u hombres para vigilarlos, ¡sería un asesinato!

—Perdone usted, mi capitán; pero ya se nota que usted no lleva más que un día en el frente del Este —observó Wedderkop.



## XVII

## LOS HOMBRES DE LA LÍNEA «VIOLETA»

La línea de resistencia «Violeta».

Hambre, frío, soldados extenuados, sin comunicación entre las unidades vecinas, restos de formaciones derrotadas en completa dispersión. Muchos hombres no llegarán a la línea de defensa, otros conseguirán alcanzarla, pero proseguirán su marcha sin quedarse en sus posiciones. Uno de los grupos que la ocupaban es el de Vilshofen; otro, el de Keil; otro, el del regimiento de Lundt, y otro, el grupo de antiaéreos de Buchner.

El grupo de combate Keil se hallaba separado del de Vilshofen únicamente por la carretera. El comandante Keil era el sucesor de un jefe de regimiento que se había suicidado en la derrota del frente occidental. El grueso de su grupo, compuesto por soldados recuperados, pertenecía antes al 9.º batallón de ametralladoras de la Prusia Oriental. El joven comandante Keil era oriundo de un taller de reparación de coches en la carretera de Königsberg a Cranz. Keil se encontraba aquí desde unas horas antes que Vilshofen y había mandado tender una línea telefónica.

Tenía el teléfono en la mano.

—¿Quién habla? ¡Ah! Es Vierkant. Escucha, Vierkant; hemos hallado coñac en el «bunker» de un estado mayor. No; desgraciadamente no son dos cajas, sino dos botellas. ¿Qué hacemos? Si lo reparto, no habrá bastante para nadie.

—Si yo estuviese en lugar del comandante, me lo bebería solo, sin escrúpulos —contestó el soldado Vierkant desde la avanzadilla.

—Eso creo yo también. Por consiguiente, bebo a vuestra salud. Otra cosa, Vierkant; y ahora ya no se trata del coñac; pon atención. A la derecha, tenemos comunicación con el grupo de Vilshofen; pero a la izquierda, no hay nadie. Dicen que por allí anda el regimiento Schwandt. Dile al brigada que mande una patrulla a ver qué pasa en ese flanco de la izquierda. ¿Entendido?

Vierkant repitió la orden.

Keil se dirigió a su «plana mayor», compuesta por el cocinero Heinrich Halluweit, el soldado Karl Wischwill, su ayudante, y el brigada y maestro de escuela Goeritt, alojados en el mismo hoyo.

—¡Dame el divino líquido, Heinrich!

Heinrich Halluweit abrió la primera de las dos botellas.

—No vendría mal un bocadillo; pero hemos de contentarnos con las ganas.

En efecto, no podía sacarse nada de la ración de los siete guisantes y veinticinco gramos de carne. Las raciones se distribuían equitativamente en el grupo de Keil.

Keil no tenía aún treinta años. Una profunda cicatriz surcaba su rostro desde el ojo izquierdo hasta la boca. Una esquirla de granada le había herido en la cara en el sector de Bjelgorod. Pero se curó pronto. Más grave fue la herida que sufrió el año 1941, ante Moscú. Cuando tenía que andar mucho, empezaba a cojear. Entonces solía sentarse en un trineo y sus hombres le conducían. Aquella noche se bebieron entre los cuatro las dos botellas de coñac. Sin embargo, esto no impidió a Keil inspeccionar después, en compañía del soldado Wischwill, las avanzadillas, para precisar sobre el terreno hasta qué punto podía extender su tropa por el lado izquierdo, donde no había nadie.

En otro punto de la línea «Violeta» se hallaba el grupo Buchner, de antiaéreos. Aniquilado una vez en Werchnaja Businowka y otra en las colinas de Kasatschi, se había rehecho de nuevo, gracias sobre todo al joven y energético teniente Stampfer y el brigada Minz, que habían tenido siempre cuidado de las reservas de gasolina y víveres a retaguardia, y así habían podido cubrir las bajas y recoger cañones y vehículos de los abandonados en la carretera. Habían conseguido alinear, además de los antiaéreos de 2 cm., una batería entera de antiaéreos pesados de 8,8 cm.

El comandante Buchner, el teniente Stampfer, el brigada Minz, estaban sentados en el «bunker» y ante ellos se hallaba el sargento Januschek, que venía del puesto de mando del regimiento y de la sección de intendencia de Pitomnik. Los informes dados y las noticias recogidas habían producido tal impresión en el comandante y en todos sus hombres, que todos ellos estaban consternados.

Pero el sargento Januschek, que estaba allí de pie, se reía.

—¿Por qué se ríe ese mono? —preguntó Buchner.

—Perdone usted, mi comandante; pero yo sé por los demás que el jefe del regimiento también estaba tan triste como todos ustedes cuando recibió la noticia y lo mismo el capitán y su ayudante. Hablaban de un barco que se hunde y de ratas, y yo sé muy bien que no se trataba de ningún barco ni mucho menos, ni de ratas, sino de un «Junker» y de nuestro general, que estaba dentro de él.

—¡Cállate, Januschek! —gritó Buchner.

Pero Januschek aún no había terminado:

—... y decían que el coronel había perdido la *contenance*, lo cual significa que tenía una mesa delante y la hizo añicos.

Buchner y Stampfer permanecieron callados, y el brigada Minz, que había delatado a Januschek como difusor de «bulos», tenía una expresión bastante sombría.

Lleno de impaciencia, el comandante Buchner rompió el silencio.

—¿Y Loose, dónde se ha quedado Loose?

Loose, encargado de comprobar lo que había de cierto en la noticia traída por Januschek, se puso al habla, por teléfono, con el ayudante del regimiento. El hecho era el siguiente: El comandante de la división de antiaéreos, general Pickert, enviado en avión a dar parte al Führer, no había regresado. Al parecer,

desde su avión, había mandado un «radio»: «Intento aterrizar. Desgraciadamente, descenso imposible por los fuertes ataques enemigos».

Januschek había ido más lejos en sus informaciones particulares y supo por los soldados de los antiaéreos del aeródromo de Pitomnik que aquella misma noche habían aterrizado sin dificultad alguna unos veinte aparatos «Junker» de transporte.

El teniente Loose regresó.

Confirmó todos los extremos de la información de Januschek y además traía el texto de un nuevo mensaje radiado por el general Pickert, que debería publicarse en la orden del día para la tropa. He aquí dicho texto: «Richthofen prohibió vuelos. Recluto nueva novena división antiaérea. ¡Vengaremos Stalingrado!»

—Pero, ¡Dios mío...!

—«Recluto nueva novena división.» ¿Qué quiere decir esto?

—Estas palabras eran las que más le enfurecían al coronel, según me dijo el ayudante —añadió el teniente Loose—. Y ha teleografiado una respuesta que no le gustará mucho al general Pickert.

—¿Qué dice en esa respuesta?

—«Novena división antiaéreos sigue luchando, como antes, en las ruinas de Stalingrado.»

—¡Dios mío! Aún no soy capaz de comprenderlo. Eso quiere decir: «Estáis muertos; ya no contamos para nada con vosotros».

—Así es.

—¡Ratas al avión!

—¡Quieres callarte, Januschek!

—Me parece, mi comandante, que un hombre con el cual no se cuenta para nada, uno que ya habla desde la tumba, puede muy bien decir lo que piensa.

—No, hasta en la tumba tienes que estar callado. Y ahora, márchate, y ten mucho cuidado con difundirme más «bulos». ¿Has entendido?

—Sí, mi comandante.

Cuando Januschek y el brigada se hubieron marchado, el comandante Buchner dijo a Loose y a Stampfer:

—Señores míos, no encuentro palabras... esto no me ha sucedido nunca. Esto quiere decir que nos ha abandonado y que, en su mente, nos ha enterrado ya. Pero el coronel tiene razón: aún estamos aquí y no nos queda más remedio que seguir luchando en los escombros.

—A pesar de eso, no lo entiendo, mi comandante —dijo el teniente Loose—: Un jefe que nos ha mandado hasta conducirnos a la catástrofe, ¿puede sentarse tranquilamente en un avión y abandonarnos a la hora de la derrota?

—¿Qué actitud moral es ésta?

—¡Dios mío, actitud moral...! —se limitó a decir el comandante Buchner.

Otro de los grupos que defendían la línea «Violeta» era el del regimiento Lundt, compuesto por un estado mayor que se había acondicionado en un valle, y parte de un batallón dispersado, reorganizado más tarde. Prácticamente, este grupo había sido conducido por Lawkow, el teniente ayudante de batallón, desde la retirada del frente occidental.

Pero, ahora, el capitán Henkel, recién llegado en avión, debía tomar el mando del mismo. Por orden del jefe de división y con el fin de ahorrar

carburante, el camión que conducía al capitán Henkel fue directamente, sin pasar por el barranco donde se encontraba el cuartel del jefe de regimiento, el coronel Lundt, hacia las avanzadillas; es decir, a mitad de camino entre el sitio donde se habían concentrado las fuerzas y aquel donde Lawkow había colocado su puesto de mando.

El capitán Henkel bajó de la cabina, seguido del conductor... Allí estaban los dos, el capitán y el chofer, este último con las maletas en la mano, sobre el blanco campo y bajo las radiantes estrellas.

—Éste es el camino, mi capitán.

Henkel miró a su alrededor.

El conductor se adelantó por un sendero trazado en la nieve, que descendía y continuaba hasta el fondo de un pequeño barranco de la altura de un hombre, pasaba por entre las dunas de nieve y terminó bruscamente frente a una especie de cueva sin techo.

—Ya hemos llegado, mi capitán.

—¿Cómo...? ¡Debe de haber algún «bunker»!

—Aquí está, mi capitán —repitió comprensivo el soldado.

El capitán Henkel dio un paso más y siguió todavía sin más techo que el cielo y con los pies hundidos en la nieve, con la sola excepción de que había un hueco en la tierra, y allí ardía un mísero fuego, casi sin llama, que despedía un humo pestilente. Cuando una mano echó un poco de combustible para alimentar la agonizante llama, vio por un breve instante a los habitantes de aquella mansión. Un lecho formado con mantas y trapos, pucheros y latas de conserva en el suelo, y, entre el lecho y el fuego, una caja con un teléfono de campaña. Sobre la cama, un hombre con la cara picada de viruelas, que se levantó para efectuar su presentación: el teniente Lawkow, sustituto del jefe del batallón.

—¿Qué hace usted aquí esta noche? ¿Dónde está su «bunker», teniente?  
—preguntó Henkel, un poco repuesto de su sorpresa.

—¡Éste es el puesto de mando del batallón, mi capitán!

—¡No es posible! ¿Y dónde voy a instalarme yo?

—Tendremos que arreglarnos aquí. Aún queda sitio debajo de las mantas.

—¡Esto es terrible! Aquí faltan las cosas más indispensables. Esto es completamente imposible. ¿Dónde están alojados los demás oficiales del batallón?

—¡Yo soy el único oficial del batallón!

—¡Dios mío! —se limitó a contestar el capitán Henkel.

—¿No quiere tomar asiento, mi capitán?

—Sentarme...

Y como no quedaba otro remedio, Henkel se tapó con aquellas mantas. Lawkow se sentó nuevamente sobre los pies cruzados, envolviéndose bien con el capote.

—Así se protegen mejor contra el frío —explicó.

—¿Cómo dice usted?

—Que los miembros no se hielan tan fácilmente, porque así reciben el calor del cuerpo.

«¡Dios mío!; ¡Qué tontería he hecho!» —pensó Henkel—. «¡Estaba tan tranquilo en la imprenta militar de Charkow! ¡Qué ocupación tan bonita! Únicamente me faltaba una oportunidad para ascender. ¡Y pensar que aproveché la ocasión de ser trasladado a Stalingrado solamente porque me

aseguraron que tomaría inmediatamente el mando de un batallón!»

Y ya estaba aquí, en Stalingrado, y también tenía su batallón. Pero, ¡por amor de Dios! Aquella situación era inconcebible: sin precedentes. Jamás había existido un puesto de mando en semejantes condiciones.

—Y el batallón, ¿dónde está actualmente, teniente Lawkow?

—¡Allá fuera! —contestó Lawkow, señalando con la mano hacia la estepa cubierta con un manto de nieve—. Están metidos en hoyos, de dos en dos, de tres en tres, acaso de cinco en cinco. Nos extendemos al borde de una carretera que viene de Bolschaja Rossoschka. Tendría que dar una vuelta todavía para ver a mis hombres. No han recibido el suministro y por lo menos les tengo que cantar algo.

—¿Qué quiere usted decir, cantarles algo?

—Mi capitán, ya que no tienen nada que comer, hay que darles por lo menos comida espiritual, que es lo que yo suelo hacer siempre.

Al capitán Henkel, antiguo Inspector de Tribunales en Bautzen, acostumbrado a una vida metódica y a usar expresiones correctas y exactas, aquel pequeño teniente con las piernas cruzadas y la cara sucia y picada de viruelas se le llegó a hacer sospechoso. Le reprochó aquellas divagaciones confusas, de las que no podía él deducir nada concreto en un asunto tan serio como el informe del servicio y la entrega del batallón. El teniente Lawkow adoptó entonces un frío tono oficial, y esta vez el capitán Henkel supo de manera bien precisa que la tropa ya llevaba tres días sin recibir rancho caliente y que aquel día tampoco les habían podido dar ni rancho frío.

El capitán Henkel se sobresaltó.

—Habrà que mandarles en seguida la cocina de campaña, entonces.

—Aquí no hay cocinas de campaña ni nada que se parezca a comida. Hoy tampoco nos han mandado suministro del regimiento.

—¡Esta situación es increíble! ¡Tengo que llamar en seguida al jefe del regimiento!

—Bien, mi capitán, le pondré en comunicación cuanto antes.

Lawkow cogió el teléfono que estaba a su lado, y puso al capitán Henkel al habla con el coronel Lundt, jefe del regimiento.

La conferencia duró unos minutos. El teniente Lawkow, que estaba sobre la cama, tapado con las mantas y los trapos que había podido encontrar, observó cómo el rostro de Henkel palidecía por instantes.

La mano de Henkel no tenía fuerzas cuando colgó el teléfono. Transcurrió un tiempo considerable hasta que pudo recobrar el habla:

—Nuestro coronel es muy nervioso.

Éste le había contestado a sus demandas sobre los víveres:

—Arréglese como pueda. Yo no puedo ayudarle, lo siento. En lo demás, póngase de acuerdo con el teniente, que está enterado de todo. Y, especialmente, fortifique sus posiciones con todos los medios disponibles. No se puede perder un minuto.

En consecuencia, el capitán decidió visitar inmediatamente las avanzadillas; pero aún insistió sobre la cuestión de los víveres, antes de salir:

—El coronel dice que usted sabe cómo podemos conseguir las provisiones necesarias. Quiero decir con esto que supongo que el abastecimiento será efectivo y real.

—Mi capitán, realidades efectivas no las hay aquí ni en la cuestión de víveres, ni en la de municiones. ¡No disponemos de nada!

—Pero, ¿cómo se han alimentado, entonces, hasta ahora?

—Por pura casualidad. Durante nuestra retirada hacia el Este, cada vez más lejos de la retaguardia, encontrábamos abandonadas de cuando en cuando latas de conserva, las vacas o caballos que quedaban dentro del cerco, y esto es lo que nos ha permitido Sostenernos.

—¡Pero, teniente, esto es espantoso!

—Mi capitán, mientras hemos ido encontrando algo que comer, no era espantoso; hoy, que ya no tenemos nada...

—Nada... sin comer... esto nadie lo resiste.

El teniente no replicó; hizo una mueca que al capitán le pareció incomprensible y desagradable y Henkel continuó:

—¡Vamos a inspeccionar las posiciones!

Se levantaron y salieron de la cueva. El capitán se lamentaba en la densa oscuridad de que le era imposible verse la mano aunque se la pusiera ante los ojos.

El chofer se levantó junto al fuego moviendo la cabeza sentenciosamente: «No le tendremos mucho tiempo con nosotros», se dijo; «muy pronto estará haciendo compañía a los muertos».

Volvió a tumbarse y pronto se quedó dormido, rendido de cansancio. Nuevamente las quejas del capitán le despertaron:

—¡Insoportable! ¡Imposible! ¡Así no se puede luchar, resistir ni vivir! ¡Sin «bunkers», sin trincheras! ¡No hay fortificaciones! ¿Cómo pueden llamar a esto línea de defensa? ¡Es una ridiculez! No hay ni un clavo ni una tabla. Así no es posible. ¡Se lo aseguro, Lawkow: yo no tengo ambición alguna, ni deseo mandar ningún batallón! —Callose unos instantes, pero siguió: —En Charkow me aseguraron que muy pronto recibiríamos ayuda.

—Yo ya no creo en ninguna ayuda —contestó Lawkow.

## XVIII

## PÁNICO EN PITOMNIK

Todos los días hay alguien que se suicida, todos los días alguno se vuelve loco. Esto no era, sin embargo, exacto en el frente propiamente dicho, en la primera línea de aquel cerco defensivo que se iba haciendo cada vez más débil; allí acaso la gente se fuera sumiendo en progresiva estupidez; pero allí se moría de muerte normal, de tisis, de congelación, o a consecuencia de las heridas. Aquello otro solamente ocurría en el interior del cerco, en los «bunkers» del mando, en las comandancias, en los depósitos de intendencia y en las secciones de administración o en los talleres, en una palabra, en lo que allí podía considerarse como retaguardia, pero a donde se acercaban los frentes sin que detrás hubiera nuevos puntos de retirada posible.

En estos lugares en donde se forjaban los planes y se trazaban constantes proyectos de evasión. Allí se pasaban la vida jugando a las cartas, y mientras unos no podían dormir ni de noche ni de día, otros no hacían más que dormir; allí se traficaba, se efectuaban constantes intercambios de objetos, se ganaba y se perdía; la gente se encolerizaba y se calumniaba; otros rezaban y cantaban canciones piadosas y muchos discutían el tema del suicidio, que llegó a convertirse en obsesión colectiva, y frecuentemente las pistolas se dirigían a la propia sien, siendo impotentes los capellanes para cortar la creciente oleada de suicidas.

Allí donde la infantería inclinaba la cabeza contra la pared de la zanja o el montón de nieve levantado como parapeto, y donde el comandante acompañaba a sus hombres, en las mismas líneas, compartiendo con ellos todas sus penalidades, en aquella delgada cáscara exterior, los pensamientos eran simples, humanos.

Mas aquí, lejos de la línea de fuego, una sola palabra, una sola voz de alarma bastaba para poner en ebullición a todo el contenido, para transformar a seres humanos en monstruos con cuernos, cola y pezuñas, excitando en ellos una furia ciega que pisoteaba todo lo vivo, todo lo noble y rompía con todas las barreras de la ley y de la razón.

¡Tanques...! era una de tales palabras.

Era en los alrededores de Pitomnik, en la orilla meridional del vasto

aeródromo, en el sector donde, según los proyectos del mando, la 316.<sup>a</sup> y la 29.<sup>a</sup> divisiones de infantería debían ocupar posiciones. Pero ambas divisiones habían sido derrotadas entre Dmitrewka y Nowo Alexejewka, y nadie ocupó tales posiciones. De la nieve surgieron bultos grises que vagaban por la región y los camiones se trazaron un camino a través de aquel desierto de nieve y, sin detenerse, todos ellos pasaron el aeródromo y siguieron más allá del pueblo de Pitomnik.

No sabemos si fue el grito lanzado por uno cualquiera de aquellos bultos informes de fugitivos, o si fue el aspecto mismo de aquellos hombres deshechos, que llevaban ya varios días corriendo fatigosamente ante los tanques, lo que provocó la catástrofe.

¿Quién es capaz de señalar a la persona que da el primer grito en una multitud desordenada? Si en el ardiente polvo de la estepa una jauría de perros rabiosos emprende loca carrera por pueblos y más pueblos, ¿quién podría decir qué perro fue el primero en rabiar?

¡Tanques...! fue el grito que resonó en el vasto espacio del aeródromo de Pitomnik.

¡Tanques...!, se gritó en el mismo aeródromo, y la palabra fatídica llegó a la dirección del campo, a los «bunkers», a los hospitales de sangre, al centro de recuperación, a los vehículos que pasaban por la carretera, a los hoyos y zanjas, a los almacenes de provisiones de la sección de intendencia del barranco próximo, y el chispazo saltó al pueblo de Pitomnik, situado cuatro kilómetros más allá.

En la mano del cirujano tembló la sierra con que cortaba los huesos de los heridos; el radiotelegrafista de la dirección tiró los auriculares. Los enterradores arrojaron las palas en las fosas y el comandante del puesto llamó con urgencia a su chofer. Los recuperados se dispersaron de nuevo. Los heridos se retorcieron en sus camastros. El cajero de la sección de intendencia abandonó los depósitos de víveres. Quien pudo alcanzar un coche, escapó en él, y el que aún tenía pies para correr, corrió cuanto le permitían sus fuerzas. Todo aquel tropel pasó corriendo por Pitomnik, salió de Pitomnik y siguió por la carretera. Millares de hombres corriendo como una jauría enloquecida.

Las mismas circunstancias trazaban la dirección fatal: como obedeciendo a una ciega ley de inercia, aquellas tropas, en su huida, seguían la misma dirección del avance de muchos meses: hacia el Este, siempre hacia el Este, a Stalingrado. Ésta era su maldición, esto aseguraba el triunfo de la muerte.

Era un día en que había nevado mucho, y la niebla helada ascendía del Volga. Anochecía. El aeródromo estaba aún libre de la niebla y en la dirección se habían anunciado dos «Junkers» que se disponían a aterrizar. Los grandes aviones de transporte llegaron sin protección de cazas al aeródromo, dieron algunas vueltas, atravesaron la capa de nubes y descendieron.

Los sanitarios habían comenzado su labor llevando unos cuarenta heridos graves al campo: ésta fue la señal para los demás, como ya venía sucediendo desde días antes. Centenares de heridos menos graves se trasladaban arrastrándose o como podían al aeródromo desde sus tiendas y trataban de meterse en los aparatos.

Un «Junker» había aterrizado. Aún daban vueltas las hélices, mas los motores ya estaban parados. La puerta de la cabina se abrió y empezó la descarga. También el segundo «Junker» tocaba la superficie blanca levantando



una nube de nieve. Llenos de ansiedad contemplaban esta escena muchos ojos que pestañeaban bajo sus blancos vendajes, muchos heridos graves que aún podían entreabrirlos. Treinta y ocho de estos hombres estaban tumbados en sus camillas, en fila, con una inscripción colgada al pecho. Eran los heridos que oficialmente debían ser evacuados. Entre ellos se encontraba el capitán Steiger.

A Steiger le habían amputado la pierna izquierda por la rodilla; pero aún no le habían extraído la metralla del brazo. La herida de la cabeza no parecía grave. Podía confiar en que le transportaran a un hospital de sangre de la patria y luego se vería de nuevo en Bopfingen. En vez de pierna tendría una prótesis, pero volvería a verse otra vez dueño de su pequeño reino, de su chimenea ennegrecida por el humo, del fuelle, del yunque, de los martillos y de los taladros. La camilla donde yacía, el cartón que llevaba colgado al pecho, el camino hacia atrás —Bopfingen, su fragua, su pequeña casa, con tantos rincones llenos de tantos recuerdos; y en la casa su mujer; y después del trabajo el rato en la taberna tomando una cerveza en compañía del carretero y aquel otro compadre, el campesino de Haerdtfeld—, todo aquello, después de lo que había pasado, representaba tanta felicidad que no podía comprenderlo. El aeródromo nevado y aquel maravilloso pájaro con sus hélices y sus enormes alas, aquella vida magnífica, sencilla y natural que le aguardaba, todo ello le parecía como un cuento de hadas. Suspiraba de satisfacción y desconfianza al mismo tiempo, porque aquello era una contradicción a la severa ley en cuyas manos se encontraba desde hacía tanto tiempo.

¡Y era un cuento de hadas!

Steiger fue acaso el único que lo comprendió y lo vio todo, desde el principio hasta el fin. Todo cuanto dos ojos podían captar de aquel motín múltiple y disforme. Steiger fue el único también que, cuando le pisotearon y le hundieron las costillas en los pulmones y echaba espuma sanguinolenta por la boca, se limitó a decir: «¡Sí, amén...!»

Desde hacía varios días, la artillería antiaérea tenía la orden de disparar contra la multitud, si era preciso. Y varias veces se repitió la escena: Cuando aquella muchedumbre pretendía asaltar los aviones impidiendo el embarque normal de los heridos que habían de ser evacuados, los largos cañones antiaéreos se inclinaban apuntando a tierra. Pero nunca llegaron a tirar. Hasta aquel día se había conseguido descargar los víveres y, a duras penas, meter las camillas, y los aviones despegaban con su carga oficial y la suplementaria de cuantos habían podido colarse mientras las puertas permanecían abiertas.

Centenares de pies cubiertos de harapos machacaban la nieve o se arrastraban como podían. Heridos y enfermos menos graves, y muchos hombres sanos, pasaban sobre los montones de heridos menos afortunados y, con la boca y los ojos muy abiertos, las narices hinchadas, se acercaban anhelantes a los aviones. No fueron los atropellados y abatidos —éstos yacían de bruces en la nieve—, sino los imposibilitados de andar que permanecieron atrás, los que produjeron el ensordecedor griterío que cantó la victoria del pánico.

Sacos llenos de judías, de chocolate, de galletas, cajones con botellas de aguardiente, quedaron destrozados bajo los aviones. Y entre todo aquello quedaban también los cuerpos de los heridos, caídos en el último momento del asalto. Sin poderse ya levantar fueron aplastados por nuevos pies igualmente

envueltos en harapos y todo ello junto se convirtió en una masa que servía de puente para llegar a la puerta de la cabina. Y aquel puente creció de tal modo, que los «más fuertes», los vencedores que lograban ganar la entrada al pájaro encantado, tenían que inclinarse, que arrastrarse para penetrar en la cabina.

Los soldados de la guardia estaban aturridos por los chillidos y por el espectáculo de aquel espantoso montón de muertos que en un momento se había producido. Con las culatas de los fusiles se abrieron paso hasta la entrada del avión y, una vez arriba, tiraron las armas y ellos también se deslizaron dentro del aparato. Soldados dispersos, heridos, sanitarios, oficiales, todos se empujaban enloquecidos, todos querían entrar en el avión. Y en la cabina solamente había sitio para veinte hombres, y las provisiones no habían podido ser aún descargadas por completo.

El piloto no sabía qué hacer. Sin duda alguna, sin mucho tiempo, pues la niebla subía y aumentaba el peligro de no poder despegar, se decidió, por fin, a trepar a su asiento. La puerta de la cabina siguió abierta y de ella colgaban piernas, brazos, cuerpos. Por dos veces, el aparato dio aún contra el suelo y luego, pesadamente, se elevó en el aire.

Cuando el segundo «Junker», envuelto por aquella masa humana, empezó a aullar, y la muchedumbre tuvo que echarse hacia atrás y llegó a donde estaban los heridos graves en sus camillas, muchos de éstos perecieron. Uno de ellos fue Steiger. El capitán no murió inmediatamente; aún levantó la cabeza. Vio cómo el gran pájaro se escapaba volando y cómo sacudía de su cuerpo, cual si fuere barro, confusos racimos de hombres. Vio igualmente en el campo nevado a aquellos montones de condenados que también se quedaron atrás.

Y el capitán Steiger, moribundo, se preguntó y se contestó:

—¿He incendiado yo alguna casa? ¡No! ¿He robado a algún campesino su vaca del establo? ¡No! ¿Tenía yo necesidad de poseer el Volga o lo ambicionaba? ¡No, no, no! Pero otros lo han hecho, otros lo ambicionaban. Casas incendiadas, vacas robadas, viudas y huérfanos... Capitán Steiger, herrero Steiger, tú has tomado alguna parte en todo ello... Hacia tu chimenea, hacia tu fragua, ya no hay camino. Vas a morir y no precisamente por Bopfingen, ni por Alemania, sino por un pedazo de tierra de los calmucos...

Tal era el pecado.

Una mirada más de unos ojos que se apagan. Un vasto campo blanco que se hizo estrecho.

—¡Y lo torcido se endereza...! ¡Sí, amén...! ¡Cúmplase la voluntad del Señor!

Así murió el capitán Steiger.

## XIX

## EL CAPELLÁN KALSER

Cayó la noche sobre Pitomnik, el amplio aeródromo rodeado de «bunkers». Filas de tanques, camiones, coches, tractores, todos ellos cubiertos de nieve, sin carburante, sin vida. Parecían calles de una ciudad abandonada. Y algunos kilómetros más al sur, el pueblo de Pitomnik que estaba abandonado. El viento sacudía las puertas abiertas. En las tiendas de los heridos flotaban al aire trozos de lona. En las paredes de los «bunkers» y en las puertas se veían letreros. «Comandancia», «Correo de Campaña», «Armería», «Municiones», «Centro de desinfección», «Gasolina», «Intendencia», «Dirección», etc.. Pero allí ya no se veía ni un alma viva. La loca oleada había pasado. Hombres en automóviles, en carros arrastrados por caballos, en trineos... y colgándose a los vehículos, y cayendo de ellos, y tratando de seguir a pie, cojeando, arrastrándose, como fuese. Las columnas que venían detrás —los coches y camiones que antes se hallaban estacionados ante la intendencia y que procedían del frente—, hombres de todas las procedencias, así seguía la columna hacia el Este desde el aeródromo de Pitomnik al pueblo de dicho nombre y al «punto 44» y había quien llegaba incluso hasta Gumrak, quien seguía hasta Stalingradski y algunos aún más lejos, hasta el mismo Stalingrado.

Más que el cañón de un tanque, parecían las trompetas de Jericó, cuyo conjuro se exteriorizó por el grito angustiado de una garganta, la causa que provocó aquella escena. Pitomnik quedó al instante despoblado, desierto, solamente visitado por el helado aliento del Volga, que soplaba por el gigantesco cementerio de coches y por las ruinas de las casas y de los «bunkers». Mas quien tendiese su oído atento en medio de la niebla, acaso percibiría el gemido de un moribundo; y quien aguzase el oído para precisar más todavía, acaso pudiera oír unas cuantas preguntas monótonas y una respuesta sollozante; quizá viera en la niebla a una figura humana arrodillada, inclinada sobre un hombre tendido. De la guerrera del primero vería salir una brillante cadena de plata, colgando de la cual había un crucifijo.

—No, no quiero... sólo una vez... quiero...

—¿Qué es lo que quieres por lo menos una vez, hijo mío...?

—Ocho años en las juventudes hitlerianas, luego «frente del trabajo»,

después, de servicio en el «campamento de selección», de allí, como soldado, al frente... Una vez tan sólo, padre, quiero vivir sin pasar lista, una vez, por lo menos, quiero estar solo... No quiero morir, no quiero...

—El niño tampoco quiere dormirse, hijo mío. Pero cuando la madre le tapa los ojos con sus manos, entonces los ojos se le cierran solos.

El moribundo gemía. Se tendió del todo.

—Padre nuestro, que estás en los cielos...

Con sus dedos le cierra los párpados, saca la cartilla del uniforme del que ya es cadáver y recoge la parte inferior de la chapa de identidad. A pesar de la gran dulzura y humildad de tal gesto, sus manos lo ejercen mecánicamente, porque ya lo han tenido que hacer millares de veces.

Sus labios murmuran:

—Señor, dale el descanso eterno. Y que la luz eterna le ilumine.

El capellán siguió caminando lentamente. Abandonó este lugar solitario, dejó atrás los vehículos destrozados, los trineos desviados de la carretera, los caballos moribundos. Luego descendió a un barranco y siguió por el fondo del mismo. Iba camino de Gumrak, siguiendo las huellas de los que habían huido. Se encontraba en el camino de Pitomnik a Stalingrado.

«Soy el capellán de la 376.<sup>a</sup> división de infantería», solía decir al presentarse cuando se inclinaba sobre alguien que yacía al borde del camino. La 376.<sup>a</sup> división de infantería, derrotada cincuenta y seis días antes a la otra orilla del Don, había sido reorganizada de nuevo por su comandante, y en las colinas de Kasatschi fue nuevamente batida y dispersada. Ahora eran solamente algunos grupos sueltos, sin jefes, los que desde el Oeste caminaban por la nieve. El capellán no se había marchado con los mandos de la división. Permaneció al lado de los moribundos y, juntamente con su colega, el pastor Koog y su asistente, seguían a esta columna, subidos a veces en un pequeño trineo que ellos mismos arrastraban por turno, llevando así con ellos todo su equipaje. Esto les dejaba más libertad de movimientos en su piadoso menester. Pero ahora se habían perdido todos y el sacerdote católico seguía solo su camino.

A todo moribundo que veía le cerraba los ojos, fuese quien fuese. Aquella noche no eran hombres destrozados por la metralla los que encontraba, sino hombres magullados, que se habían caído o que fueron aplastados por las ruedas de pesados camiones, o congelados o heridos que huían y no podían seguir andando por la nieve.

El tiempo cambió. El día anterior había nevado, por la noche hubo niebla, ahora descendía la temperatura y el cielo aparecía momentáneamente despejado: helaba.

El capellán se inclinó sobre el siguiente.

Por la mirada del moribundo reconoció que era católico. Sacó una bolsita con letras bordadas en hilo de oro y de ella una bolita de algodón que ya había rozado centenares de frentes, y un minúsculo estuche con el óleo helado.

—¿Quieres que te acompañe Nuestro Señor?

—Sí —contestaron los ojos; y la mano que se extendió hacia la bolsita se cerró en el vacío.

Bajo la señal de la cruz con que el sacerdote le bendecía, bajo la mano que se posaba sobre su frente, los estertores del moribundo se hicieron más débiles. Acaso volviera a ver, por última vez, la llamita de la lámpara del

Sagrario de la iglesia de su pueblo, acaso, por última vez, sintiera el olor de la tierra de su país, acaso se le apareciera su madre o su mujer, a las que había dejado en casa.

Ojos desorbitados. Agonía. Se terminó.

—Padre, quédese conmigo —suplicó el siguiente.

«Haga el favor de llevarse esta carta.» «Escriba usted a mi mujer», le rogaban otros. Casi todos le pedían que les sacase de allí. Algunos solicitaban un cigarrillo; muchos, pedían pan.

¡Moribundos que quieren fumar un cigarrillo! ¡Agonizantes que piden un pedazo de pan! El capellán hubiera querido llevar cosas para complacerlos a todos. Pero ni tenía cigarrillos, ni llevaba pan. Conservaba aún cinco hostias y con ellas necesitaría dar la comunión a muchos todavía. Los Santos Óleos se le helaban en el bolsillo y las manos las tenía igualmente heladas.

Un rostro en la nieve. La nieve blanca, la cara amarilla.

—¿Cómo te llamas, hijo mío?

—Holhvit.

—¿Qué te pasa? Soy el cura de la 376.<sup>a</sup>.

—Un cigarrillo, es todo lo que necesito.

Von Holhvit reconoció al cura y éste reconoció al capitán von Holhvit, que en Wertjatschi estaba al frente de una compañía de choque. Con dificultad se pudo enterar de lo sucedido, pues las palabras tardaban en salir de su pecho. Von Holhvit, herido, había sido transportado al aeródromo de Pitomnik para ser evacuado en avión. Era una noche en que reinó un viento terrible. La nieve penetró en la tienda y los heridos morían uno tras otro, sin que allí se presentase médico o sanitario alguno. Holhvit se levantó, entró en el «bunker» de los médicos pidiendo que trasladasen a los «bunkers» el mayor número posible de heridos. Pero el médico jefe le dijo: «Déme su certificado de evacuación para diligenciarlo, capitán». Holhvit se lo entregó y no se lo devolvieron.

Y ahora, en plena noche, en medio de la nieve, se encontraba frente a aquel torpe cura de pueblo. Von Holhvit se acordó bien de la última vez que le había visto, aquel día en que estaba quemando sus cartas.

Aquel arrogante von Holhvit, vencido por la miseria, perdió la calma y sollozó. Echaba sangre por los labios. Llevaba vendados un brazo y parte del pecho. Había huido de la tienda donde estaban los heridos, como todos los que podían andar. En la carretera hizo señas a los camiones que pasaban, pero aquello no le había servido de nada. Ningún coche se detuvo. Desesperado, se colocó en medio de la carretera para ver si así conseguía que se parase un coche que venía a menos velocidad, pero éste le atropello y le dejó tirado en la cuneta. Y allí estaba. No tenía treinta años de edad. En el bolsillo llevaba la última carta de su padre, donde le hablaba de la caza, de las cosas de casa, de Use, ¡Dios mío!... Y un sinvergüenza de médico, y un sinvergüenza de chofer, le habían condenado a morir, allí, en la nieve, en la noche. Y ahora, en medio de la noche, como único socorro se le presentaba el cura. ¡Aquello era imposible!

Pero la mano de aquel cura de pueblo a quien él había despreciado siempre era ahora un contacto humano, una mano, la única mano que se le tendía precisamente ahora que él se encontraba sumido en la mayor angustia.

El capitán, que se revolvía contra la muerte, gimió en voz baja. Un instante

después el capellán Kalser le cerraba los ojos. Le cruzó las manos sobre el pecho, rompió la chapa de identidad y se la guardó en el bolsillo.

El camino era largo. La tierra blanca y el cielo gris.

En medio de la nieve, muertos, moribundos y hombres sanos que luchaban contra el agotamiento y la congelación. En la nieve había también muchos coches que no podían seguir su camino y chóferes que juraban. Hombres cubiertos con cascos que se esforzaban por sacar de la nieve las ruedas de un camión. Sudor en todas las frentes, brazos que se caían rendidos de cansancio, motores helados que no había modo de poner en marcha. Trineos lanzados a la cuneta, coches volcados, ruedas rotas, caballos sin dueño que caminaban paso a paso, perdiéndose en la noche: grupos de hombres cojeando, que avanzaban con vacilante paso.

—¿Adónde vais, muchachos?

—¡A Stalingrado!

—Pero, ¿qué vais a hacer en Stalingrado?

Miradas de extrañeza, miradas inseguras, risas idiotas. La nieve crujía bajo aquellos pies envueltos en harapos. Al lado del camino un triángulo oscuro se levantaba, unas patas traseras indicaban que algo se iba a levantar, pero caía de nuevo: un caballo más que había muerto.

¡Stalingrado!; Y ¿qué más, qué más se podría encontrar en medio de aquel caos blanco?

La nieve cruje. Las rodillas tiemblan, pies cansados que fatigosamente arrastran unos cuerpos flacos, y unos rostros demacrados. Narices blancas por el frío. Orejas que se desprendían congeladas. Lágrimas que se helaban al salir. Balbucesos.

—¿Adónde?

—¡A Stalingrado!

—¿Qué te pasa, hijo?

—Tengo que sentarme, ¡el corazón!

—Siéntate, yo me quedo contigo.

—El corazón, los pies... y ese canalla de Wedderkop.

—¿Quién es Wedderkop?

—Está en Pitomnik... el teniente Wedderkop, se ha escapado en Pitomnik con el camión del suministro, se ha marchado a Stalingrado, y ha abandonado al chofer y a los que le acompañábamos.

—Y tú, ¿cómo te llamas?

—Kalbach, padre.

—¿Te encuentras mejor?

—Peor, tengo que tumbarme.

—Échate, pon la cabeza sobre la mochila, y tápate con la manta. Yo me quedaré contigo. ¿De dónde eres?

—De Urbach, Turingia...

Su cara cambia de aspecto, habla con distinta voz, con una voz que parecía venir de muy lejos:

—Marta, ten cuidado, no levantes ahora cargas tan pesadas... Bueno, usted tendrá que trillar el trigo, porque Marta no puede trabajar ahora, y yo tampoco, con este frío... No, me sostiene solamente la buena voluntad, si no, ya no resistiría más... veinticuatro quintales de trigo y tres de avena, es demasiado... y veinticuatro de heno, y noventa de patatas...

La voz del soldado, que deliraba, se hizo más débil.

—Mañana trillaré el último trigo, luego entregaré veinticinco... ¿Por qué a Stalingrado?... bueno, bueno, pero que me dejen ahora en paz... Si se acabase esta terrible guerra... En la estación están otra vez cargando paja. Pero nosotros no entregaremos nada... ¿Me oyes, Marta?

Un copo de nieve le cayó en la nariz, otro en los labios; y estos copos de nieve ya no se fundieron. Otra chapa de identidad se fue a juntar con las demás, tantas y tantas, en el bolsillo del capote del capellán Kalser.

A todos daba su bendición. A los que temblaban les cogía las manos, a los moribundos les cerraba los ojos, a los muertos les daba en la frente el beso de la madre. Con todos los que morían, moría él también y con todos los que sufrían sentía él como suyos los dolores de todas sus heridas y de todas sus culpas.

## XX

## EN AQUELLA MISMA HORA...

El general Vennekohl tenía razón.

Con la línea «Violeta» no se podía contar. «Yo propongo que se establezca inmediatamente la línea «Girasol», había dicho. Y, efectivamente, la línea de resistencia había quedado rota, tenía una gran brecha. Mejor dicho, no pudo llegar a ser siquiera guarnecida. Los restos de la 379.<sup>a</sup> división de infantería, derrotada en el frente occidental, y la 29.<sup>a</sup> motorizada, aquellos grupos de hombres sin armas y sin jefes, habían rebasado Pitomnik en su repliegue y sin parar siguieron su camino. Y los grupos que venían de más lejos, del saliente de Marinowka, como la 3.<sup>a</sup> división motorizada, perecieron ya antes, víctimas de las tempestades de nieve y del pánico y gran parte de sus hombres quedaron entre las ruedas y cadenas de sus propios vehículos. El sector del frente que, según el plan previsto, había de ser cubierto por esta división, quedó desguarnecido y las tropas llevadas apresuradamente allí, ya no pudieron mantenerse en las posiciones. Esto hizo retroceder también a las tropas vecinas, que eran el grupo de combate de Keil, el de Vilshofen y el regimiento de Lundt.

Mas aunque ahora, a pesar de las órdenes recibidas, la línea retrocediera, era preciso mantener Pitomnik, durante tres días, o dos, o por lo menos veinticuatro horas para dar tiempo a que los depósitos de intendencia fuesen trasladados. Entre las unidades designadas para mantener aquella cabeza de puente que, describiendo un amplio arco, debía cubrir al pueblo y al aeródromo de Pitomnik, estaba el regimiento de Schwandt.

Y cerca de allí, solamente a unos cuantos kilómetros más al Este, al otro lado de la vía férrea, estaban los puestos de mando en el hondo barranco de Tulewoj.

En un «bunker», el jefe del E. M. del cuerpo de ejército, coronel Unschlicht; en otro, el comandante jefe de artillería, general Vennekohl. Los planos y proyectos que trazaron con sus colaboradores, definían la nueva línea de resistencia y, en tanto se constituía ésta, la cabeza de puente provisional de Pitomnik, cuya defensa era esencial para contar con tiempo suficiente para establecerla.



En aquella misma hora, en que el aeródromo y el pueblo de Pitomnik fueron abandonados en medio del pánico, el general Goennern tenía su puesto de mando en un valle junto al barranco de Tulewoj, lugar rodeado por altas dunas de nieve. Frente a él, acompañado por un nutrido equipaje de maletas y sacos de dormir, se hallaba el recién llegado general Damme, jefe de la división que venía rodando desde Kletskaja, había pasado el Don, hasta Wertjatschi y su última y sangrienta etapa había sido Dmitrewka y las colinas de Kasatschi. Su división, hasta entonces conocida por la «división ahogada», «perdida» y «maldita», había terminado por serlo en realidad. Tales calificativos podían aplicársele literalmente. Ahogado, perdido y maldito podían llamarle también al general. Su cara flácida, sus ojos sin expresión ni vida, así lo atestiguaban.

—Todavía queda algo de ella —contestó a la pregunta de Goennern respecto a su división—. He podido reunir los restos de la 29.<sup>a</sup>, con cierto número de soldados recuperados y parte de unas compañías de servicios auxiliares. Ha sido un milagro poder llegar hasta aquí. Steinle, el coronel Steinle, continúa sus pesquisas recuperando a cuantos hombres puede, y acaso llegue a formar un grupo de combate.

—Deshaz las maletas —ordenó a su asistente—. No, ésa no; en la de cuero oscuro deben estar los cigarros.

Dejó vagar sus ojos por el interior del «bunker».

—No está mal —comentó—. Completamente recubierto con madera, literas, ¡hasta cortinas y fotografías en las paredes con alegres figuras femeninas! ¡Vaya, no está mal!

—Antes estaban aquí los agentes de la policía militar— dijo disculpándose Goennern, que, como hombre casado y padre de tres hijas ya mayores, no quería se le supusiese autor de tan frívolas decoraciones.

—Ya me lo imaginaba, Goennern —contestó Damme.

Su asistente había encontrado los puros en la maleta. Dio una caja a Damme, quien, se la presentó a Goennern y escogió luego uno para sí mismo. A las primeras chupadas, empezó a animarse.

—Sí, Goennern, ¡esto es un asco! Ni más ni menos: todo el frente roto. ¡Hemos perdido Kletskaja! El enemigo concentra, desde hace dos horas, el fuego contra las colinas de Kasatschi y está destruyendo hasta los últimos cimientos. ¡No se puede resistir más!

Dio otra chupada a su puro. Prosiguió:

—Hube —el general Hube, jefe del ejército de tanques, había sido vecino de Damme en el sector de Dmitrewka—, ¡qué bonitas palabras, y sin embargo, lo ha visto todo con sus propios ojos! Salió en avión para dar parte al Führer. Habría podido explicar la insostenible situación nuestra y la imposibilidad de toda resistencia, ¿no es verdad? Pues bien, ha vuelto y su única noticia ha sido la orden de resistir hasta el fin. En lugar de tanques y soldados, ha traído palabras y nada más que palabras. Ha mandado cavar trincheras en Dubiniski, declarando que éste sería el último punto de defensa y que no retrocedería ni un paso más. ¿Y qué ha sucedido? ¡Que ha vuelto a partir en avión; pero, esta vez, para no regresar; y nosotros... metidos en esta... ratonera!

—¡Cómo! ¿También Hube se ha marchado?

—¿Quién más se ha ido?

—El general Pickert. Se fue en avión hace ya unos días.

Goennern explicó cómo el aeroplano de Pickert había regresado y dando unas vueltas sobre el aeródromo radiotelegrafió que no podía aterrizar,

marchándose de nuevo.

—Será porque sus gestiones en el cuartel de Richthofen no han tenido éxito y habrá vuelto para continuarlas.

—En la división de antiaéreos, su comportamiento ha sentado como un tiro. Ha causado, además de la estupefacción natural, honda consternación y rabia.

—Me lo imagino.

—¡Ahora ha regresado Baer!

—¿Estaba fuera también?

—Sí; también había ido a dar parte al Führer.

—¿Qué noticias ha traído?

—Concretas promesas —según dice— sobre el abastecimiento de provisiones. El mariscal del Reich se encargará personalmente del asunto.

—¡Que venga en persona a ver con sus propios ojos el caos reinante en el aeródromo de Pitomnik!

—O, por lo menos, ¡que venga hasta los aeródromos base de Schachty y Mariupol!

—¿Eh? ¿Schachty y Mariupol? ¡Yo creía que los aeródromos base eran para nosotros Morosowski y Salsk!

—¡Lo eran, Damme! ¡Nadie sabe ya con precisión donde está la línea del frente!

—Pickert se ha marchado a tiempo. Sin embargo, nosotros nos hemos quedado en esta ratonera. Todo se perderá aquí. ¡Continuar ahora la resistencia es la mayor locura que se pueda cometer! ¡Debo dar mi opinión, Goennern: en esta situación, no queda más remedio que capitular!

—¡Prohibido! Baer ha traído también órdenes concretas sobre este punto. Se dice que el Führer ha tomado medidas draconianas. ¡La rendición queda excluida de nuestro diccionario! ¡Es una orden! Y él quiere que todos sigamos su ejemplo.

—Acaso pretenderá también que todos seamos abstemios como él. Pues bien, ya lo somos; aquí no podemos beber más que agua. ¡Dios mío! ¡Pero es posible que pretenda hacernos perecer aquí en la nieve!

—¡Hombre, a propósito; todavía me queda una botella de coñac!

Efectivamente, Goennern poseía aún, no una, sino varias botellas de coñac. Acostumbraba a beberlo solamente antes de acostarse. Hizo traer una botella descorchada y dos vasos. No había servido aún el coñac, cuando el oficial jefe de información entró acompañado de su ayudante, el oficial del depósito de víveres y un consejero de intendencia.

—¡Pitomnik ha caído, mi general!

—¡Cómo! ¿Qué? ¿Es posible?

El jefe de información hizo adelantarse al oficial del almacén de víveres, que tenía más aspecto de muerto que de vivo. Llevaba el capote abierto; le faltaban los botones; traía los bolsillos desgarrados y la cara llena de contusiones.

—¡Un ataque de tanques!

Baluceó una serie de frases incoherentes. Tanques rusos en el aeródromo, en el almacén de víveres, en la población, soldados fugitivos, escenas inenarrables...

Sin embargo, no pudo obtener de él ningún detalle concreto. No pudo aclarar de dónde partía el ataque, cuántas eran las fuerzas que atacaban ni

qué tropas propias tomaban parte en el combate...

El teléfono sonó.

El oficial jefe de información habló con el jefe de información del ejército.

—Hay que sacar fuerzas del frente occidental para ponerlas en camino hacia el frente sur. Creen conveniente mandar a Vilshofen y a su grupo al punto de máximo peligro de desmoronamiento, sacándolo del lugar que ocupa en nuestra división —transmitió el jefe de información a su superior.

—¡De ninguna manera! —replicó rotundamente Goennern—. Si ya nos cuesta así trabajo mantener el frente... Pero, si Pitomnik... ¿dónde se hallará Vilshofen? —continuó, pensando en alta voz el general.

El grupo de Vilshofen estaba muy al oeste de Pitomnik.

Goennern redoblaba una marcha con la punta de los dedos sobre la mesa, mirando fijamente al oficial de intendencia.

—¿Ha visto usted tanques, capitán?

—¡No, mi general!

—Y se ha intentado establecer contacto con Vilshofen? —preguntó a su jefe de información.

—Hasta ahora, no, mi general.

—¡Establezca comunicación inmediatamente!

La central del grupo de Vilshofen contestó rápidamente, como de costumbre. Su frente estaba dirigido desde hacia más de diez días hacia el Oeste, luchando siempre a la defensiva. En aquellos momentos, se hallaba enfrascado en duros combates rechazando los ataques de los tanques y de la infantería del enemigo; sin embargo, no se tenía noticia alguna sobre una irrupción rusa a sus espaldas. Y además, la línea telefónica que comunicaba con Vilshofen estaba tendido por Pitomnik.

Goennern se encaró con el capitán Wenzel:

—¿Qué ha sucedido, capitán? ¿Trajo usted víveres?

—No, mi general.

—¿Por qué no? ¡Quiero saber los motivos!

—El depósito de víveres se ha, se ha... —tartamudeó el oficial.

—¿Se ha qué? —interrumpió bruscamente Goennern.

—¡Se ha agotado, mi general!

En aquel momento, una llamada telefónica del cuartel general del ejército cortó la conversación.

El jefe supremo deseaba un parte inmediato sobre la situación del sector que ocupaba la división.

—¡Contéstele que será cumplimentada en seguida! —respondió vivamente Goennern al jefe de información que le había transmitido la orden.

Entre tanto, el general Damme se había servido un poco de coñac de la botella. Se limitó a mover la cabeza, contemplando a los presentes, sin comentar.

—Así empezó en Nowo-Alexejewka. El ejército entero merece ser internado en un manicomio.

En aquella misma hora, el teniente Lawkow, jefe accidental de batallón, caminaba en medio de la noche flagelada por el temporal de nieve. Estaba rendido, le dolían los huesos; sus hombros parecían sostener una pesada carga; con la cabeza caída y la vista fija en la tierra, seguía adelante. Apenas tenía conciencia de que iba andando; pero continuaba tenazmente paso a paso

por el blanco campo hacia el barranco donde sabía estaba emplazado el puesto de mando del regimiento del coronel Lundt.

El capitán Henkel no había podido resistir más que una noche como jefe de batallón. Iniciado el ataque, una granada estalló en la proximidad del hoyo donde estaban cobijados, y, presa del pánico, el capitán corrió a esconderse en un rincón de la trinchera. También Lawkow se había protegido; pero el caso de Henkel era distinto: parecía haberse desmayado. No articulaba palabra alguna y estaba incapacitado para pensar fríamente y mucho menos para dictar las órdenes e instrucciones oportunas. Cuando se oyó el «hurra» victorioso de los rusos, no pudo resistir por más tiempo. Echó a correr con todas sus fuerzas y ya no le vieron más sus soldados. Desde entonces, Lawkow estaba de nuevo al frente del batallón.

Lawkow caminaba en medio de la noche, cuyo silencio se veía interrumpido por los constantes disparos y el silbido de las granadas. Apenas sabía que se movía.

No le importaba ni quería pensar en cuántos eran los que caminaban tras él. Dentro de su alma, eran muchos —cerca de mil soldados componían el batallón cuando fue retirado del frente septentrional y quedaban cerca de cuatrocientos únicamente cuando el capitán Henkel tenía que asumir su mando—. No quería pensar. Pero su conciencia era superior a sus esfuerzos. Serias voces resonaban en su alma. Rostros severos le interrogaban muda y acusadoramente. Sin embargo, no ignoraba que, a pesar de la realidad que aparentaban, eran voces y rostros pertenecientes al pasado, que no podrían materializarse. Por fin, llegó al barranco.

Siguió caminando por la nieve, bajó por la pendiente y sus hombres le siguieron también. Se detuvo ante el hueco que servía de puerta al «bunker» donde se hallaba alojado el jefe de su regimiento. Fue el instinto el que le movió a dar órdenes como si se hallara en el campo de instrucción de Arys, en la Prusia Oriental.

—¡Alineación derecha! Mar...

Esta orden, propia del pasado y emanada de él mismo, fue la que le despertó moralmente e hizo reaccionar a sus hombres, que se ordenaron con disciplina.

Lawkow entró en el «bunker», donde halló a su jefe a la luz de una pequeña lámpara.

El coronel levantó la vista y se asió fuertemente con las dos manos al borde de la mesa al ver al teniente, que debía hallarse en las avanzadillas.

—¡Aquí estoy! ¡Dios me guarde! —dijo éste.

Efectivamente, lo veía con sus propios ojos: Lawkow estaba allí, cuadrado y firme como un poste. El coronel Lundt se levantó casi de un salto, pálido, y su voz tembló cuando hizo la pregunta:

—¿Qué ocurre, Lawkow? ¿Dónde ha dejado usted su batallón?

El teniente se apresuró a contestar:

—¡Aquí afuera, mi coronel! ¡Debo poner en su conocimiento que el batallón se halla compuesto únicamente por cuatro hombres!

En aquella misma hora, el coronel Carras se encontraba en su cuartel provisional. Desde el cuartel general del ejército, sito en un barranco cercano a Stalingradski, se había trasladado a Stalingrado, acomodándose en las ruinas de un almacén que servía de sede al puesto de mando de un regimiento.

Molesto por el continuo ir y venir de los oficiales y deprimido por el ambiente de los sótanos, se había recluso en el último piso, junto a un puesto de observación artillera, desde donde se divisaba un vasto panorama sobre Stalingrado y el helado río Volga, que llegaba hasta más allá del blanco paisaje de la orilla opuesta. Le habían traído aquí una butaca, sacada de los escombros, y una mesita improvisada que le servía para colocar el cenicero y algunos otros objetos. Allí estaba sentado, bien tapado con su capote, y los pies abrigados con sus botas con forro de piel. El hueco de la ventana estaba cubierto con madera y trapos. En un block que tenía sobre las rodillas resumió con breves palabras sus primeras impresiones sobre la situación del cerco de Stalingrado.

«Evidencias: Carencia absoluta de provisiones. Disminución rápida de la combatividad de la tropa. Indisciplina. Infinidad de bulos. Confusión en los estados mayores. Nerviosismo peligroso en todas partes. La esperanza de ayuda externa origina una desconfianza innegable en las fuerzas propias...»

Eran apuntes para su informe escrito, o mejor aún oral, al Alto mando del Ejército, que, naturalmente, no debía discrepar en demasía de la opinión oficial, aunque Carras tuviese un punto de vista particular sobre la verdadera situación. Había estado en Pitomnik, en Gumrak, en las posiciones septentrionales y en el Sur. Y aunque llevaba pocos días en el cerco, había hablado con muchos oficiales, con jefes de estados mayores e incluso con dos jefes de cuerpo de ejército; y, a pesar de su temple, se sentía descorazonado. Un hombre cualquiera de los que no estaban cercados, un capitán, por ejemplo, el que había encontrado ocho días antes en el tren de Munich a Berlín—desde luego también los oficiales del Alto Mando— estaba más enterado de la verdadera situación de los sitiados, que ellos mismos. Y, si en el Alto Mando del Ejército se hacían muchas ilusiones y demostraban gran optimismo sobre lo que se podría esperar de los trescientos mil hombres sitiados, era debido a que se veían obligados a representar esta farsa oficialmente. Todos sabían perfectamente que esta elevada cifra no influiría para nada en el desarrollo de los acontecimientos, sino que, por el contrario, únicamente haría que la catástrofe fuese mayor. Y aunque ellos conocían muy bien la situación, no ocurría lo mismo con los mandos directos de la tropa, que se hallaban sumidos en la más profunda ignorancia.

Había encontrado allí gran nerviosismo, mucha falta de sentido común, desesperación. Todo esto era bastante comprensible, dada la situación. Pero lo que más le sorprendía era ver a comandantes de regimiento, de división, de cuerpo de ejército, hombres de cuarenta a cincuenta años, es decir, con veinte y treinta de experiencia en el servicio de las armas, que se abandonaban a una credulidad pueril, a una confianza verdaderamente mística en la palabra del Führer.

Encontró a generales y coroneles con mando sobre millares y decenas de millares de hombres, que hablaban de tentativas de ruptura del cerco y en sus fantásticos proyectos llegaban al extremo de dar órdenes terminantes de volar municiones, equipos y cuantos objetos no podían ser llevados en la audaz expedición, y al día siguiente, daban contraorden con la misma facilidad y todo aquello se abandonaba. Y se encontraban más pobres que la víspera y privados de las cosas más necesarias. A pesar de todo, seguían forjando nuevos proyectos y cuando éstos también fracasaban o el mando les prohibía llevarlos a ejecución, se encogían de hombros diciendo: «Bueno, da igual. Nos

quedaremos aquí. Ya nos liberarán desde fuera».

¿Quién los iba a liberar? ¿Acaso los japoneses? Porque en cuanto a Manstein y al ejército batido en el Don, aún no se había recobrado de su derrota, la derrota de Hoth, y para el sexto ejército se tenían muy bellas palabras, pero nadie contaba ya con él para nada.

Se había encontrado con un general jefe en el barranco de Gumrak, y éste demostraba tener una clara visión al comprender que al Sexto ejército se le daba por perdido. Este general, de cabello blanco, perteneciente a una antigua familia prusiana de gran tradición militar, sabía poner la mano en el pulso del enfermo y registrar con mirada clara la menor alteración del termómetro. No era, pues, de extrañar que sus miembros temblasen, que la inquietud le sacudiese, que no hallara sosiego en ningún sitio, ya que se trataba de la parálisis progresiva de un organismo, del ejército, y él, con todos sus hombres, constituía una de sus partes, y él en persona era una de las células vivas de dicho organismo. Y no podía llamarse a engaño al pronosticar que todos los síntomas presentes indicaban el fatal e inminente desenlace.

Se encontró con uno. Como él acaso hubiera millares; pero, en conjunto, no eran más que un ramo de esperanzas vanas, carentes de sentido y de voluntades paralizadas: un verdadero paraíso para un psiquiatra de las multitudes. Pero aquí no se trataba de hacer un memorial sobre la decadencia de la actividad psíquica, sobre el flaquecimiento de la capacidad de resistencia moral y física, sobre los fenómenos de una nueva enfermedad —la enfermedad del cerco— que conduce a la muerte en masa. Él no había sido enviado a aquel lugar para hacer disquisiciones sobre tal tema. El Alto Mando del Ejército y el gran cuartel general esperaban otras informaciones. Por otra parte, no eran solamente el general jefe de Gumrak, el comandante de antiaéreos o el soldado del hospital, las células de aquel organismo próximo a perecer: él mismo era también una parte integrante de dicho cuerpo.

En aquella misma hora, el teniente Stetten transmitía telegramas y descifraba otros antes de entregarlos, en la estación radiotelegráfica de Gumrak. He aquí el texto de un telegrama dirigido al Alto Mando del Ejército: «Vamos hacia una catástrofe total. Sin víveres ni municiones, con muy poca gasolina. Pronto llegaremos al punto muerto. Pregunta: ¿Qué dispone el Führer?».

Otros telegramas:

«Expreso profundo reconocimiento oficiales y tropa por gran éxito defensivo. Espero propuesta condecoraciones. —Firmado: von Manstein.» —«Mis gracias al II regimiento infantería 134.º y sincera admiración. —Firmado: von Manstein.» (¿A quién podía ser comunicada la admiración y las gracias si no quedaban más que seis hombres de todo el II regimiento de infantería?) —«Mi gratitud y consideración al grupo de combate Vilshofen. Coronel Vilshofen ascendido a teniente general desde el primero de enero de 1943. —Firmado: von Manstein.»

En aquella misma hora, entre la escuela de aviación y las primeras casas de Stalingrado, las ruedas de un camión patinaban en un trozo alto de la carretera, completamente helado. El chofer, que era un oficial no acostumbrado a conducir camiones, empleó el freno de pedal, y el camión dio una vuelta, salió de la carretera, cayó al terraplén y se quedó allí volcado.

Junto al camión volcado y entre los bultos y el suministro recogido en Pitomnik seguía sentado el teniente Wedderkop. Aquí habría quedado hasta el día siguiente, o hasta que se hubiese congelado o le hubiese descubierto una patrulla entregándole al puesto de mando del distrito. Pero antes de que cualquiera de esas cosas sucediese, le encontró el brigada Lachmann. Y éste creyó comprender en seguida de lo que se trataba cuando entre los restos del camión y los bultos y las provisiones diseminados vio a aquel hombre allí sentado, derecho como una vela y mirando fijamente con sus ojos azules muy abiertos e inexpresivos.

—Parece ser que el ombligo se ha roto —dijo Wedderkop con voz clara y sin cambiar de expresión.

—Sí, mi teniente; me parece que se ha roto.

—Bueno, lo esencial es tener una mentalidad combativa, y en cuanto a eso, seguimos teniéndola.

—Sí, seguimos teniéndola, aunque estemos sin ombligo.

—Mentalidad combativa, unión con la Naturaleza, sentirse uno mismo padre de la Naturaleza, esto es lo esencial de la profesión. ¿Qué me dice usted de la situación general?

—Algo nublado está —contestó Lachmann—, pero por allí me parece que veo una nubecilla plateada. —Y empezó a enumerar: —Guisantes, chocolate, pan, carne de vaca. Y aquí adentro aguardiente, ¿no?

—Sí, es el suministro para la tropa.

—¡Magnífico! Pero levantémonos, que empieza a hacer frío.

—Sí, es verdad, hace frío.

Lachmann lo veía todo aquello muy claro. Éste se ha escapado con el suministro de la tropa, ha caído en el terraplén y ahora tiene una especie de conmoción cerebral. «Pero, ¿qué voy a hacer con él? No le voy a dejar aquí. Esto atraería a otros hacia el botín.» Puso a Wedderkop de pie. Las extremidades las tenía todas perfectamente bien. Habría recibido el golpe solamente en la cabeza. De todos modos era un muchacho disciplinado. No protestó ante nada ni ofreció la menor resistencia. Lachmann cargó con él como una muía, y se llevó además consigo cuanto pudo. Y así, evitando a los centinelas entraron en Stalingrado y pasaron por los escombros, las alambradas, los patios y las ruinas de las casas, hasta que, finalmente, bajaron las escaleras de un «bunker». Y así fue como Wedderkop cayó en una guarida de merodeadores, que cada vez se iban haciendo más numerosos. Era una de las cuevas de los bajos fondos de Stalingrado.

En aquella misma hora, un convoy de trineos se deslizaba por uno de los interminables caminos del interior de Rusia, formando largas columnas que parecían no tener fin. A su lado avanzaba una caravana de camiones que llevaba el mismo propósito y se dirigía a la misma meta. En el otro lado de Stalingrado, las concentraciones de proyectiles para cañones de grueso calibre y camiones aparcados, aumentaban considerablemente. Sobre las heladas aguas del Volga, un alud interminable de soldados rojos abrigados con cortas pellizas y gorras de cuero y lana, calzando botas forradas con piel de cordero, avanzaba con abundante artillería de todos los calibres, morteros y tanques. Se dirigían a Woroponowo. Hasta ahora, los ataques habían procedido del Noroeste, Oeste, y Sur, sucediéndose ininterrumpidamente. El cerco se había reducido. Únicamente se resistía en el casco de la ciudad y en el recodo del Volga. Los rusos preparaban el ataque desde el Sudoeste, en dirección a

Woroponowo.



## XXI

## «POSICIÓN HARTMANN»

La vía del ferrocarril era la última línea de defensa.

El tendido de la vía férrea iba desde el centro de Stalingrado y la orilla del Volga, pasando por Gorodischtsche y Gumrak —unos quince kilómetros de estepa—, hacia el Sur y regresaba por Woroponowo hasta alcanzar de nuevo la orilla del Volga, formando la línea de defensa en la que combatían los soldados alemanes, hambrientos, exhaustos y andrajosos, para defender el escaso espacio donde se decidía el destino del Sexto ejército alemán.

Las posiciones de «bunkers», los nidos de artillería y los puestos de mando de los estados mayores del sector de Gorodischtsche y Gumrak, permanecían tranquilos desde el avance alemán hasta el Volga. El foso de Tulewoj, que durante los cálidos días de otoño, hasta el mes de noviembre, había devorado ingentes cantidades de tanques y soldados de infantería, llevaba el nombre de «barranco de la muerte». Una tumba junto a otra y las cruces en línea, indicaban los numerosos muertos de los regimientos desaparecidos en aquel rectángulo de la muerte que era el inmenso cementerio de soldados de Stalingrado.

Allí estaba el centro de recuperación de heridos del ejército de Gorodischtsche y el hospital de sangre de Gumrak y éstos tampoco eran otra cosa sino puestos donde se recogía a los hombres para luego llevarlos a la inmensa estepa, cada vez más poblada por las tumbas. Allí había regimientos de artillería que aún tenían caballos, y hasta caballos cebados, que habían estado paciendo durante los meses de verano y otoño por los alrededores. Allí había tropas de artillería, de transmisiones, de intendencia, o por lo menos los mandos de las mismas, que sobrevivieron a la catástrofe colectiva. También había puestos de mando de cuerpos de ejército, todos los cuales contaban con sus provisiones y tenían almacenados víveres desde hacía tiempo. Allí permanecían tan bien «camuflados» en sus «bunkers» ocultos en barrancos solitarios hasta el punto de que no solamente no se los veía, sino que ellos mismos tampoco veían apenas la miseria que, cada vez en mayor número, iba llegando por la carretera.

Aquí había estado el puesto de mando de la 71 división de infantería, y

este lugar era denominado, por el nombre de su antiguo comandante, «posición Hartmann». Con sus «bunkers» de invierno, con las paredes revestidas de madera, bien provistos de muebles y lámparas —allí estaba el propio despacho de Timoschenko, según se decía— todo cuanto habían podido trasladar de las ruinas de Stalingrado en los mejores días del botín. Un huerto propio y una lechería, completaban las dependencias. Esta «posición» había sido abandonada hacía unos días al comandante jefe del ejército y a su estado mayor.

La «posición Hartmann» estaba en la parte norte de la ciudad, que hasta entonces no había sufrido las consecuencias de las constantes derrotas y repliegues sucesivos del frente.

Y aquí, en esta región, podía suceder, y sucedió, que un escribiente de la plana mayor de una división de infantería se paseaba por el campo, y, sin darse cuenta, se fue acercando a la línea de fuego. Sacó de sus bolsillos una muestra de la avena que tenía en su «finca», preparando una posible operación de intercambio, cuando vio lleno de asombro que el capitán con quien hablaba no solamente masticó unos granos, sino que devoró al instante un puñado entero. Así se dio cuenta el «ciudadano» de la «posición Hartmann» de que su pacífico oasis se hallaba circundado por la masa de los hombres de primera línea.

Sucedió también que el comandante de una sección de artillería situada en la cota 107 vio un buen día cómo se acercaban a su «bunker» unos cuantos soldados que le parecían surgidos de tumbas o pantanos. Extrañado les preguntó:

—¿Adonde vais?

—A Stalingrado.

—Pero, ¿de dónde venís?

—De Karpowka, de Baburkin, de Sapadnowka, de Rossoschka...

¡De Rossoschka, de Karpowka...! Le parecía estar viendo visiones. Entonces solamente comprendió que el frente alemán se había derrumbado.

Sucedió igualmente que un teniente radiotelegrafista oyó que llamaban a la puerta de su «bunker» durante la noche. No abrió la puerta y, a la mañana siguiente, no podía abrirla. Dando golpes pidió ayuda a los vecinos y éstos, para poder abrir, tuvieron antes que retirar los cadáveres de tres soldados que en el mismo umbral se habían quedado muertos de hambre y frío.

Aquellos soldados eran los primeros del torrente humano que dejó jalonada de cadáveres congelados la retirada al interior del cerco. Así llegó el frente a la «posición Hartmann». En lo sucesivo fueron muchos los que llegaron arrastrándose hasta las puertas de estos «bunkers»; hasta que los cadáveres no pudieron ser retirados.

## XXII

EL CAPITÁN TOMÁS BUSCA AL CORONEL  
SCHWANDT

En un barranco de Gumrak se había establecido el general jefe citado por Carras. Descendía de muchas generaciones de militares. Llevaba treinta años de servicio y su pelo ya tenía el color de la nieve. Cuando por vez primera vio pasar por la carretera de Gumrak-Gorodischtsche a un grupo de soldados fugitivos que avanzaban tambaleándose y cojeando apoyados en palos, apáticos y abatidos, se detuvo y permaneció callado ante el hecho de que ninguno levantara la cabeza para saludarle. De regreso al «bunker», llamó a los hospitales y centros de recogida de heridos. Se hizo poner en comunicación con el estado mayor del ejército, con el jefe médico y con el jefe de las tropas combatientes. Dio la voz de alarma, aunque sabía que era una protesta débil e impotente. Desde el principio del cerco, había insistido en poner fin a esta situación insostenible y en que se luchase por abrirse paso a través de las filas enemigas hacia el Oeste. Había visto perecer a los soldados y sabía que en los hospitales y lugares de cura no había sitio más que en los puestos que dejaban libres los muertos. Tal situación duraba ya cincuenta y siete días y él se daba perfecta cuenta de que la muerte se había enseñoreado de su sector.

La zona norte se aproximaba mucho a la línea de defensa, y no podía evitar la invasión de los fugitivos moribundos. Pero aún se libró del ataque directo, por algún tiempo. La bolsa de Stalingrado empezó a romperse por el Sur.

Siete días habían transcurrido desde la oferta de capitulación hecha por el alto mando soviético. Durante siete días, la presión se había acentuado incesantemente desde el Oeste y el Sudoeste. El cerco defensivo había sido roto en muchas partes, y para cerrarlo de nuevo se habían visto obligados a replegarse y reducirlo cada vez más. La presión se intensificó contra las formaciones del Oeste, hacia Pitomnik y la vía férrea, que era atacada también por el Sudoeste.

Presa de pánico, la tropa había abandonado Pitomnik.

El Alto Mando alemán había dado la orden de que se recuperase al día siguiente. Poco antes de las once —la oscuridad era completa ya a las tres—,

los oficiales e inspectores seguidos de los brigadas y soldados llegaron en coches y camiones al aeródromo. Ciertamente, era un momento oportuno, pues dos «Junker» y un «Cóndor» cuatrimotor planeaban sobre el campo como pájaros sobre el nido abandonado. No se habían atrevido a aterrizar sin recibir señales ni instrucciones en aquel inmenso cementerio de aviones.

Desde tierra les transmitieron las señales correspondientes y en seguida iniciaron el aterrizaje y se posaron suavemente sobre la pista. Los pilotos descendieron de los aparatos dejando los motores en marcha. Debían descargar y cargar en veinte minutos para partir de nuevo.

Miraron a su alrededor. Uno de los pilotos de los «Junker», que frecuentemente había venido a este aeródromo, hizo un gesto de extrañeza, una mueca como si olfatease algo poco agradable. Aquello no presentaba el aspecto de otras veces. El jefe del aeródromo, habitualmente tan excitado, andaba distraído, lívido y taciturno. El aviador se dio cuenta de que un «cigüeña» había sido atropellado por un autobús y allí seguía en medio del campo, con la cabina destrozada. Algo más lejos se veían también los restos de otros coches que habían chocado. En un coche iba un oficial de un lado a otro, y después de hacer unas preguntas en las proximidades de cada avión, seguía a otro punto. Sobre el campo nevado se veían igualmente muchos cadáveres. Se acercó al otro piloto. Ambos continuaron juntos la exploración. Pronto descubrieron una serie de camillas sobre las cuales yacían los heridos con las cabezas vendadas, brazos entablillados, miembros amputados... todos habían perecido, estaban congelados.

—Veintiocho —contó uno.

—Nunca he visto cosa parecida.

¿Dónde estarían los enfermos, dónde los heridos graves que ellos tenían que transportar? En verdad, los viajeros no faltaban; por allí vagaban bastantes hombres, todos ellos heridos o con visibles huellas de enfermedad o de demencia, pero esta vez se acercaban a los aviones por sus propios pies.

—Aquél —dijo uno de los pilotos señalando a un hombre tocado con gorra de piel— me ha puesto en la mano ocho papeluchos azules —billetes de Banco — para que le llevara.

El de la gorra de piel se dirigía ahora hacia el «Cóndor».

—¿Qué pasa con el «Cóndor»?

—¡Qué imbécil!

El piloto del «Cóndor» había parado los motores del avión. Estaba aterido estremeciéndose de frío. Las cejas se le habían cubierto de escarcha. Ya tenía la cara amoratada, pues los vestidos que llevaba eran demasiado ligeros para la cruda temperatura ambiente.

—Pero, hombre de Dios, ¿por qué diablos has parado el motor? ¡Se te helará!

—¿Se helará?

O lo ignoraba o no había caído en ello. Era un piloto que había volado siempre por el Atlántico y había llegado el día anterior procedente de Mariupol. De un salto se plantó en la cabina. Quiso poner en marcha los motores. Vibraron, se pararon y volvieron a vibrar. Por último, se pararon definitivamente. Se había quemado el contacto.

—¿Dónde podríamos encontrar otra resistencia?

No había ninguna pieza de recambio para un «Cóndor».

En los primeros instantes, el piloto del «Cóndor» no se dio cuenta de la

gravedad de su situación; pero se estremeció cuando le dijeron:

—Los rusos van a atacar Pitomnik. Los morteros disparan a seis kilómetros de aquí.

—¿Y mi «Cóndor»?

—¡Dios mío, su «Cóndor»!

El jefe del aeródromo contempló el «Cóndor», admirando el gigantesco aparato, y dejó vagar su mirada por el vasto campo donde había unos ciento cincuenta o doscientos aviones, no averiados, sino faltos de combustible.

Su mirada pareció decir: «Donde hay tantos aviones, bien cabe un «Cóndor» más».

El coche, que aún seguía su recorrido, se detuvo ante el jefe del aeródromo. Se apeó un capitán que tenía la cara llena de cicatrices.

—Lo siento, capitán Tomás, he mandado telefonar a todos los puntos de la zona, no se encuentra ni rastro de él. Nadie sabe nada de su paradero — contestó el jefe del campo a su pregunta.

Por orden del mando del ejército, el capitán Tomás continuó sus pesquisas. Iba en busca de un coronel llamado Schwandt, que con su tropa debía defender el pueblo de Pitomnik, por lo menos hasta las nueve de la mañana del día siguiente, para dar tiempo al traslado de los depósitos de intendencia.

Los dos «Junker» despegaron. El piloto del «Cóndor» les siguió con la vista, lleno de tristeza y envidia. Grupos de soldados se acercaron por la nieve y desaparecieron como visiones incorpóreas. El piloto del Atlántico se olvidó por un instante de su frío. Le pareció incomprendible que tales seres pudiesen sostener en sus manos los fusiles, y menos ametralladoras. Tenían los capotes hechos jirones, se tapaban con trapos, como podían y solamente se les veían los ojos y la nariz, el resto de la cara lo llevaban cubierto con aquellos trapos sucios y malolientes.

Uno de ellos se acercó al aviador y extendió la mano izquierda señalando el cigarrillo que el piloto tenía en la boca. Llevaba la mano vendada hasta los nudillos. Tenía los dedos sucios y las uñas negras. Cara arrugada, ojos grises, miopes, con señales de haber usado gafas aunque ahora no las llevara. El aviador dejó de fumar. Se quedó mirando sorprendido a aquel hombre.

—¿Eres aliado? —preguntó.

No obtuvo respuesta. No le había comprendido.

—¿Croata? —insistió.

—¡No digas tonterías! ¡Dame la colilla de una vez! —espetó bruscamente el soldado, que empezó a chupar ávidamente apenas lo tuvo en su poder. Era Ewald Sruwe. Dio una chupada más y alargó el cigarrillo a August Fell, quien se lo pasó a Liebsch, el cual consiguió disfrutar del goce indecible de aspirar por una vez el humo del tabaco.

Aquellos hombres siguieron caminando; sonaban los platos de campaña; vacilaban los bultos que llevaban sobre las mochilas. ¡Soldados alemanes, primera línea!, pensó el aviador. Entonces fue cuando se olvidó de que estaba helado de frío.

Un coche se detuvo en el límite del aeródromo. El capitán Tomás descendió y se acercó a un hombre, contemplándole atentamente.

—¡Latte!

—¡Hannes...! ¡Capitán Tomás!

—¡Qué haces aquí!

—¡Despegándonos! Camino de Woroponowo.

—¿Y el viejo?

—Vilshofen...

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Tomás ansioso cuando vio transformarse el rostro del joven Latte.

—No le ha sucedido nada. Está bien.

Tomás comprendió que algo pasaba. Había visto por última vez a Vilshofen cuando enterraban a Runz y Hedemann en la nieve. ¿Qué le sucede a Vilshofen? Pero ahora no tenía tiempo de insistir con Latte. El viento le traía a los oídos el ruido de las ráfagas de ametralladoras y de los proyectiles de los tanques, que se oían muy próximos.

—Han colocado morteros sobre los tanques y disparan desde bastante cerca —explicó Latte.

—¿Está allí, tal vez, el grupo de combate Schwandt? —inquirió Tomás.

—No. Es el de Keil. También hay algunos antiguos conocidos pertenecientes a otros grupos. El capitán los conoce. Es el batallón número nueve de ametralladoras, compuesto por soldados de la Prusia oriental. El jefe se halla en el barranco, mi capitán.

—¡Llámeme Hannes, hombre!

—Bien, ¡Hannes!

Se dieron las manos. Latte siguió a sus hombres.

Tomás se aproximó de nuevo al coche. Quería ver al comandante Keil, en el barranco que salía de la carretera extendiéndose en forma de herradura, donde estaban los depósitos de intendencia. Como en días anteriores, ante la entrada se agolpaban multitud de coches; esta vez eran los vehículos destinados por el mando de intendencia para la evacuación. Un coche tras otro bajaban al barranco, se detenían ante los «bunkers» y salían cargados por el otro lado, que también daba a la carretera. Tomás estaba a punto de montar de nuevo en su coche, cuando oyó un disparo. Era una ametralladora, y algo más lejos se oía un antitanque. Una explosión más fuerte, y sobre el barranco, por espacio de un segundo, quedó una blanca nubecilla de pólvora, que pronto se diluyó en el cielo nublado.

Breves instantes más tarde estallaron algunas granadas de tanques. Y aquello fue la señal. Ya era demasiado para los nervios de aquel personal de «retaguardia». Pitomnik vivió por segunda vez la escena del pánico desencadenado. Los camiones, cargados o no, con sus chóferes o guiados por cualquier audaz entendido que se agarraba al volante, se pusieron en movimiento. Todo el mundo corrió, tratando de agarrarse de cualquier modo a un vehículo. Tomás podía felicitarse de estar aún en el aeródromo y cerca de la carretera. Por ésta vio acercarse a los coches —primero uno, luego dos, luego tres, luego un montón—; todos ellos trataban de adelantarse el uno al otro. Se chocaban, se empujaban, caían a las cunetas; y los hombres agarrados o subidos a ellos, caían también con gran frecuencia, siendo atropellados por los que venían detrás. Todos parecían haber perdido el juicio; y temblaban y gritaban de desesperación al no poder avanzar todo lo aprisa que querían.

Y, por segunda vez, cundió el pánico provocado, no por los tanques rusos, sino tan sólo por la idea de que realmente pudieran venir y sembrar la muerte en sus filas. Esto sucedió efectivamente unos doce kilómetros más al sur, pero en Pitomnik esta idea y el terror que se extendía por toda la estepa bastaban para sembrar el desconcierto. Los coches corrían en dirección Este como la

noche anterior en dirección al «punto 44». Una parte de ellos se desviaban hacia Gumrak, y otra parte, en dirección al pueblo de Pitomnik, tropezando así con las columnas que se replegaban desde el Oeste, que no solamente huían por un temor más o menos justificado, sino que realmente habían sido alcanzadas por los tanques rusos. Estos hombres habían visto los tanques con sus propios ojos y también habían visto como algunos coches, separados del grupo de la formación, quedaron aplastados en la nieve.

En la intendencia de Pitomnik no sucedió así. Bastó que unas granadas de un tanque que se había aproximado estallaran sobre el barranco. El grupo Keil, en cambio, estaba bajo el fuego real de los tanques rusos, pero mantuvo la línea. El comandante Keil era un audaz a quien siempre le había acompañado la suerte tanto en lo que se refiere al cumplimiento de su cometido como a su bienestar personal. La misión de defender este barranco y el estado en que lo encontró, las puertas abiertas de los «bunkers» llenos de pan, carne, chocolate, bebidas, le convirtieron de pronto en único dueño de todo aquel tesoro y esta «ganga» no era más que un punto, acaso un gran punto final, en la larga serie de las inesperadas ventajas con que siempre le había favorecido su buena suerte.

Keil había hecho todo lo posible para poner en razón a los de intendencia, tratando de calmarlos y de convencerles que cargasen las provisiones. Pero no pudo conseguir nada, no le escuchaban, dijo a Tomás, que le había encontrado en un «bunker» desalojado ante un teléfono de campaña.

Keil habló con Karl, con Paul, con Emil, dio órdenes, determinó la línea a la que su gente debería retirarse cuando cayera la noche, y añadió:

—Hoy habrá ternera con salsa... y ¿qué más hay, Heinrich? —preguntó al cocinero que entró.

—Bueno, ¡y también macarrones!

La cocina de campaña echaba humo y las perolas estaban llenas hasta los bordes. El cocinero no tenía más que coger las cosas desparramadas sobre la nieve. Allí estaban los camiones volcados, llenos de carne, legumbres, sacos de harina; allí había también por otro lado cajones llenos de uniformes, cigarrillos, pasta dentífrica, artículos de mercería...

—Cuando la granada del tanque estalló por encima del barranco —contaba Keil— todos parecían aturdidos, como si les hubieran dado un palo en la cabeza, y cuando un suboficial llegó echando sangre, entonces todo se acabó, de nada sirvieron nuestros gritos, todos escaparon volando, y el barranco se quedó solitario.

Keil había sido alumno de la Escuela Politécnica, donde estudió para ingeniero. Pero cuando se estableció el servicio militar obligatorio, abandonó sus estudios y se alistó en la Wehrmacht. Al empezar la guerra, su padre tenía un pequeño garaje en la carretera de Königsberg a Cranz. En el invierno del año 1941, cuando Keil, herido, fue con permiso a su casa, su garaje ya tenía dos talleres. Alemania se extendía, y los alemanes trabajadores que colaboraban fielmente con el Führer y el Reich se extendían paralelamente, y así un garaje se transforma en una fábrica, lo mismo que Alemania se convierte en la «Europa Continental». Este era un principio sencillo que Keil aplicaba a la guerra, a sus causas y a su justificación. Naturalmente, surgieron dificultades. Las materias primas empezaron a escasear y la mano de obra se hacía cada vez más rara. Se fusionaron varias empresas. Pero su viejo —siempre le tenía al corriente—, como fiel miembro del Partido, tenía sus ventajas en el reparto

de materias primas y de mano de obra, y para el siguiente semestre del año 1943, no le faltaban encargos. Era un pequeño escollo y había que salvarlo. También Stalingrado era otro escollo y por allí también era preciso pasar.

—Mantendremos el barranco —decía a Tomás— hasta que los almacenes sean trasladados o hasta el día del Juicio, si es preciso.

Se extendió en consideraciones sobre la situación general política y militar. En África iban mal las cosas; en el frente del Este, eran ya demasiados los constantes «despegues» y repliegues y rectificaciones estratégicas. Ya era hora de que el Führer levantara su voz para impedirlo. En cuanto a los ingleses y a los americanos, ya harían los submarinos alemanes que no cantasen victoria tan pronto. Los rusos, algo duros eran, pero pronto se iban a agotar; cuanto más fuertes fueran sus ataques, antes terminarían.

—Pero lo principal es que Stalingrado debe caer por completo. Cuando tengamos todo Stalingrado, entonces los japoneses también intervendrán. Y entre tanto llegaremos a Tiflis. Además, los turcos entrarán también en la guerra. Entonces ya habremos pasado lo peor. Si no hubiese entre nosotros tantos cobardes... Habría que cortarles el cuello a unos cuantos; entonces la situación del frente y la situación general mejorarían —dijo Keil.

Tomás supo también que el coronel Schwandt había estado al sur del grupo Keil, es decir, en su ala izquierda, pero, después del repliegue, Keil suponía que debía encontrarse cerca del pueblo de Pitomnik.

Al salir del «bunker» de Keil, Tomás se encaminó inmediatamente hacia el pueblo de Pitomnik. Tiflis, los turcos, los japoneses y los submarinos no son más que optimismos, pensó; pero no hay más remedio que considerar la situación desde tan risueñas perspectivas. Ahora bien, si efectivamente era verdad que Schwandt estaba cerca de Pitomnik, el flanco de Keil quedaba al descubierto, y el día del Juicio, de que Keil hablaba, podría llegarles muy pronto a él y a todos sus prusianos orientales. Tomás se dirigió al «bunker» del jefe del aeródromo, donde se encontró también con el piloto del «Cóndor».

—Está resfriado y tiene calentura. Es un muchacho muy joven, se llama von Felseck. Tiene que aguardar órdenes de Mariupol. Le enviarán una resistencia. Si no llega pronto, ni sé que haremos con él. Me parece que pronto nos veremos obligados a abandonar el aeródromo —dijo el comandante del campo.

La carretera del aeródromo al pueblo de Pitomnik era recta como una cuerda tensa. Durante el verano, el terreno era llano. Ahora, cuando Tomás avanzaba por ella, parecía una trinchera abierta en la nieve. De repente, llegaron a un lugar donde un camión bloqueaba el paso. Tomás y el chofer bajaron del vehículo y empezaron a trabajar en la nieve mientras oían silbar sobre sus cabezas las balas de los fusiles enemigos. Prosiguieron su camino y pronto Tomás encontró en un «bunker» cavado al borde de la carretera al coronel Schwandt. Alumbrado por una lámpara de petróleo, estaba con la cabeza apoyada en las manos. Ante él, sobre la mesa, tenía una pistola. Miró a su visitante como si se tratase de una aparición.

—Capitán Tomás —se presentó éste—. Transmito al señor coronel una orden: «Hay que hacer posible la evacuación del aeródromo de Pitomnik, y para ello es preciso mantener al pueblo de Pitomnik hasta mañana a las nueve de la mañana.»

El coronel Schwandt no se movió ni invitó al capitán a sentarse. No era



seguro que hubiese entendido las palabras que le dirigieron. Sus pensamientos habían estado completamente ausentes mientras el oficial le habló.

Al cabo de un rato, contestó:

—La población de Pitomnik es un portillo abierto; allí no queda ya nadie.

Schwandt había llegado a aquel lugar desde la derrota sufrida en Marinowka. Marinowka-Karpowka-Rogatschik; tales eran las etapas recorridas con su regimiento; una carrera en la que muy pocos habían conseguido llegar al final.

El capitán Tomás repitió la orden relativa al pueblo de Pitomnik.

Schwandt repitió también sus anteriores palabras sobre «el portillo abierto». El capitán no pudo sacarle otra cosa. El coronel volvió a contemplar la lámpara donde ardía el petróleo y no se enteró de las palabras del capitán. Éste dirigió todavía una mirada a aquel rostro terso y flaco cubierto por crecida barba gris, y sus ojos se posaron durante unos instantes en el arma que tenía cerca de sí el coronel. Por último, salió del «bunker».

Cerca de allí, en otro «bunker», encontró a dos soldados. Se sobresaltaron cuando entró. Estaban comiendo pan con carne que sacaban de las latas con las manos, y la llevaban a la boca tal como estaba, completamente congelada. Sin dejar de masticar contestaron a sus preguntas:

—¡Qué va! Allí ya no hay combate. No hacen más que volar las municiones cargadas en los camiones... —Tomás comprendió que el coronel Schwandt ya no disponía de regimiento. Durante siete días había sido perseguido en la nieve, desde el valle de Karpowka, y cuando llegó con los restos de su regimiento a la población de Pitomnik, ya había perdido el dominio sobre su tropa. Cuando sus soldados se cruzaron con columnas de coches y camiones que venían del aeródromo de Pitomnik, continuaron su retirada con los camiones en dirección Este.

Tomás pensó en la posición gravemente amenazada de Keil. Regresó al «bunker» del coronel, que se hallaba en la misma actitud en que le había dejado, pero éste tampoco se movió cuando el capitán hizo uso de su teléfono. Tomás tuvo que abandonar por segunda vez el «bunker», sin haber obtenido comunicación ni con el aeródromo ni con la unidad de Keil.

La misión de Tomás quedaba cumplida, por lo que emprendió el regreso. Dejó atrás los «bunkers», cubiertos de nieve. El camino iba al pueblo y salía a la ancha carretera que procedente del Oeste y pasando por Gumrak conducía a Stalingrado. En ella se veían las innumerables huellas dejadas por los coches, y numerosos fusiles, ametralladoras, mochilas, cajas de municiones y cadáveres que yacían en la nieve, todo ello iluminado por el resplandor de la misma. Como una roca negra surgió de pronto, en medio de la carretera, un autobús averiado, luego dos, más adelante un montón de ellos y había que salvar este obstáculo. Aún se veían algunos soldados aislados, procedentes del Oeste. Aparecieron en la nieve, en grupos de a dos, de a tres, y otros algo más nutridos. Aquella noche se arrastraron hasta la salida del pueblo, hasta el punto donde la carretera se hace más estrecha, y donde los coches amontonados, destrozados y abandonados impedían el paso.

Cuatro mil coches, acaso cinco mil, calculó Tomás. Antiaéreos y antitanques, camiones, coches, motocicletas, autobuses, ambulancias, coches de transmisiones con radio y tractores. ¡Y qué aspecto ofrecía el aeródromo situado a seis kilómetros de este lugar! ¡Y qué aspecto habían ofrecido antes

Marinowka, Dmitrewka, Nowo-Alexejewka y Dubiniski! ¡Cuánto material había abandonado ya el ejército agonizante, en las carreteras de su trágica huida!

Aquellos montones de vehículos estaban abandonados, y, sin embargo, en sus escombros aún latía la vida, una vida miserable, desesperada, vil, tenaz. Había incendios, cisternas de gasolina y cajas de municiones que volaban; muertos, heridos, hombres que rendidos de fatiga dormían, otros que allí se hartaban de comer o de beber al lado de algún camión de intendencia volcado. Todo aquello daba vida a estos montones de chatarra.

Tomás no podía continuar. Tenía que optar o por quedarse aquí, hasta que llegaran los rusos, o, como otros centenares, seguir su camino a pie. Podía tratar de atravesar aquel montón o rodearle aventurándose en medio de la nieve. Así lo intentó y logró su propósito.

¡Cuántas cosas había visto desde hacía seis u ocho días en el camino recorrido por el grupo de combate de Vilshofen, en la evacuación de Karpowka y Dmitrewka! Conocía la orden del ejército de que cada litro de gasolina había de ser empleado exclusivamente para los coches de combate. Y sin embargo, en Dmitrewka, cuando se empezaron a recoger apresuradamente las cosas y se emprendió la huida, entonces no faltaba la gasolina, aparecían coches de los más increíbles modelos de turismo, hasta los pesados autobuses. Todo un ejército de empleados, de auxiliares, de talleres de reparaciones, de servicios de la retaguardia, se puso en movimiento.

Y cuántas cosas se cargaron, aunque luego no sirvieran más que para tirarlas por el camino. Tomás había visto cómo se destruían emisoras de radio, aparatos de medida, instrumentos de precisión, indispensables para el combate; pero, sin embargo, se cargaban camas, muebles, maletas, toneles, sacos y cajones de víveres. En Dmitrewka, cuando la línea de fuego pasaba por las hileras de tiendas donde estaban los heridos, un comandante cajero no tenía sitio ni para un solo herido grave, pero en su coche, cargado a toda prisa, iban dos cerdos bien cebados, y no para la tropa, sino para su consumo particular, como le dijeron a Tomás. Una camioneta no tenía tampoco sitio para heridos, pero sí para tres mujeres rusas —la lavandera, la cocinera y la «camarera»—, las cuales, a pesar del empeño que tenían por quedarse, se vieron obligadas a entrar en el coche. Tomás había visto también cómo marcharon los coches de Nowo-Alexejewka. Lo sucedido después, el derrumbamiento definitivo y los ataques de flanco de la artillería rusa, Tomás ya no lo conocía. Desde entonces había estado en Stalingrado. En misión encomendada por el ejército vino ahora al aeródromo y al pueblo de Pitomnik, y en aquel instante, después de explorar el terreno, andaba buscando traviesas y trozos de madera para improvisar una pista para su coche, y poder volver con él a Stalingrado.

El capitán Tomás no podía saber nada de la estepa. Ningún hombre de su ejército había visto jamás la estepa en primavera. Nunca habían visto este milagro encantador. El cielo alto, despejado y suave como la seda. No había visto cómo el pueblo canta y las muchachas bailan en las plazas de los pueblos. Ellos ya no vieron más que una tierra hollada, calcinada, y un cielo ennegrecido por el humo y la atmósfera alterada por las constantes explosiones.

«¿Qué le pasará a Vilshofen?», se preguntó Tomás, acordándose que no había podido conseguir de Latte más detalles. Pensó en él de manera muy

extraña. Se acordó de las palabras de Vilshofen: «Uno devora al otro; el débil cae; el enfermo se queda tumbado!» Y Tomás oía el griterío de los cuervos que obsesionaban al coronel. El cuervo, gordo, satisfecho, reinaba en la estepa, ahora convertida en un desolado cementerio.

Tomás no vio nada que ya no hubiese visto en los «bunkers» de Dubiniski, en los vagones abandonados en la vía férrea de Marinowka a Woroponowo, en Stalingrado durante las razzias en el «Timoschenko» o en los sótanos del Teatro o en cualquier guarida de merodeadores. En un coche vio a un hombre sentado junto a un saco de galleta que a dos carrillos comía de aquel pan duro. En otro había tres hombres con las manos y la cara llenas de mermelada que sacaban como podían de un tarro. En otro coche encontró a un grupo que se estaba dando un verdadero festín. Tenían galleta, tocino y salchichas en abundancia, chocolate y aguardiente.

«A los que se dediquen al pillaje hay que fusilarlos antes de las veinticuatro horas», rezaba la orden del ejército; pero Tomás no hizo nada. ¿Para qué? Ya se matarán comiendo. A los del camión les dijo algo, más bien porque le repugnaron y por costumbre:

—¡Marchaos de aquí; idos a vuestra unidad! —les dijo.

Pero ellos, después de mirarle atónitos, siguieron su festín. Comprobó que tres de ellos pertenecían al regimiento del coronel Schwandt, el que habría tenido que defender Pitomnik. Los otros eran de la 29.<sup>a</sup> división motorizada, y llevaban siete días andando de refugio en refugio.

Tomás siguió su camino; oyó ruido en un camión. Cuando lo iluminó con su linterna de bolsillo, vio a un hombre sentado junto al baúl de un oficial; lo había forzado y tenía en la mano una pitillera de plata.

—¡Bestia! —dijo Tomás, alejándose.

Tropezó con un bebedor, que en su borrachera ni siquiera le vio ni interrumpió su monólogo. Más ruidos, y Tomás esta vez oyó en otro camión lastimeros gemidos. Uno de los heridos dijo con voz apagada:

—Camarada, ¿dónde estás? ¿qué haces? ¿viene ayuda? ¿seguiremos en el coche? —Pero nadie le contestó. Se percibía solamente el forcejeo de un baúl y la respiración del ladrón que en él buscaba cosas.

Tomás se alejó silenciosamente.

Más gemidos, más voces suplicantes. Un moribundo hablaba delirando. Pero en vano suplicaba ayuda, un sorbo de agua, cualquier servicio. Los ladrones seguían buscando en los equipos de oficiales, de heridos, de muertos, y no se preocupaban de nada.

Se oyó un tiro, luego otro y un tercero.

Una granada estalló en medio de aquel montón confuso. Un grito que salió de muchas gargantas contestó. Un sargento pasó cerca de él, echando sangre y gritando:

—¡Estamos rodeados! Los rusos, con abrigos de camuflaje blancos, andan por aquí.

Tomás alcanzó su coche, se sentó junto al chofer, que había conseguido abrirse paso por el trecho más difícil. Y ahora avanzaba poco a poco. Siguió el fuego, eran granadas de los tanques. Volaron camiones cargados de munición soltando surtidores de fuego. Y en la nieve se destacaban unos puntos negros; eran hombres que se movían huyendo hacia el Este.

El cielo se puso gris.

Tomás alcanzó la calle libre, y pasó junto a un grupo de hombres que

retrocedían. Cuando salió otra vez a la carretera, tenía ante sí columnas enteras de soldados sin armas, con los capotes destrozados, cojeando, sosteniéndose con bastones, con los pies envueltos en harapos. Muchos levantaron las manos, todos querían subir al coche, todos querían ir a Stalingrado. Tomás invitó a subir con él a un sargento de cabellos grises, sin gorra, con una gran herida en la cara. No había sitio para más.

El aeródromo y la población de Pitomnik se perdieron aquella misma noche.

## XXIII

AL COMANDANTE CAJERO LE COMEN LA  
MERMELADA

Se formó una nueva línea de defensa con restos de regimientos en retirada, con soldados recuperados y con hombres hambrientos y extenuados que por un pedazo de pan se dejaban llevar donde fuese. Esta línea comenzaba a unos kilómetros de la vía férrea y corría hacia el Sur, cruzando el ferrocarril de Stalingrado a Marinowka; e incluía Pestschanka, donde haciendo un ángulo agudo giraba hacia el Volga. Woroponowo era el centro del sector del frente dirigido hacia el Sur y el Suroeste, donde ahora se concentraba la batalla. La 29.<sup>a</sup> motorizada había sido retirada de allí y luego aniquilada en el frente occidental. Las divisiones 297.<sup>a</sup> y 371.<sup>a</sup> estaban ya tan diezmadas desde las batallas de Krawzow y Zybenko, que no podían resistir más. El mando supremo se vio forzado a poner en marcha apresuradamente grupos de infantería en dirección a Woroponowo. Entre estas tropas de refuerzo se hallaban el grupo de combate Vilshofen, el grupo Steinle, procedente de la división Damme, e igualmente el grupo Keil, todos ellos bajo el mando de Damme.

Woroponowo.

Un enorme depósito de agua. Una construcción cónica de hierro y hormigón con una gran tapa encima. Este gran recipiente era el centro visible desde la estepa perdida en el infinito. A los pies de esta gigantesca edificación solamente se podían distinguir ruinas y montones de chatarra. Una estación destruida por las bombas. En los alrededores, chozas semiderruidas, establos incendiados, cráteres de granadas y bombas de aviación. Algunos de ellos habían sido tapados con un techo improvisado y servían ahora de «bunkers». En uno de estos «bunkers» se hallaba alojado el jefe de estación, que se hallaba en paro forzoso. En otro, policías militares que mataban el tiempo jugando a las cartas, juego favorito de los soldados. Esperaban la orden de trasladarse a Stalingrado. En otros «bunkers» y en las fincas próximas, se había instalado la intendencia. Y también en «bunkers» y en ruinas de edificios estaban los hospitales de sangre. En los pasos subterráneos de las vías, nidos de artillería. En la estación, locomotoras sin vapor, trenes de mercancías,

trenes de viajeros, trenes ambulancias, que ya no podían ir a ningún sitio. Por la vía de circunvalación —la vía férrea que formaba un amplio arco en torno a Stalingrado— iba de vez en cuando y sólo en trayectos cortos, alguna vagoneta de pruebas movida con palanca. La bifurcación que se desviaba hacia Marinowka, Kalatsch y Tazinskaja estaba interceptada pocos kilómetros más al oeste por los rusos. Vagones destruidos o indemnes, habitados o vacíos, fríos o provistos de pequeñas estufas de hojalata, colocados en largas filas, en dieciséis, o dieciocho vías paralelas. Y entre ellos, agachados, a veces a gatas, dirigiéndose a la estación por agua, o en busca de un pedazo de carbón o de cualquier combustible, revolviendo la basura, vagando por los alrededores, unos seres embutidos en capotes grises hechos jirones, hombres que antes fueron soldados. Aquello era Woroponowo, último punto antes del frente, situado a pocos kilómetros de allí, en dirección Oeste, Suroeste y Sur.

Vilshofen había llegado a mediodía, instalándose en un «bunker» desocupado, antiguo almacén de víveres.

En seguida hizo evacuar otros «bunkers» y parte de las ruinas de una finca, para que los ocupasen sus soldados. En la misma casa se había instalado un comandante cajero que creía haber hallado una posición definitiva en los buenos tiempos del avance alemán. Zabel, antiguo comerciante de ultramarinos de Braunschweig, arruinado por los impuestos, disponía ahora de dos caballos, un carro y un trineo para el invierno y en sus establos criaba cerdos y alimentaba una vaca lechera. Dormía sobre una estufa de ladrillos de la gran casa de aldeanos llamados «panje». Un «panje» estaba encargado de calentarle la estufa y otro le cuidaba los establos. Los demás trabajos eran realizados por mujeres. Todos los demás habitantes de la finca habían sido echados. Un brigada le llevaba la contabilidad y tenía ocho soldados y un sargento, que era su mano derecha, llamado Kulicke. Últimamente, todo aquel lucido y perfecto engranaje se había parado quedando en el mayor desorden. Le habían requisado los caballos y la vaca. Se había visto obligado a matar todos los cerdos hasta que no le quedó ni uno en las pocilgas. La comida de las gallinas tocaba a su fin. No le quedaban más que un par de jamones y unas latas de conservas de grasa y carne.

Y lo que últimamente contaban los oficiales de intendencia que venían de la estepa —antes solían pasar la noche en su compañía y juntamente con ellos y el comandante veterinario que vivía en un «bunker» vecino, habían pasado muchos ratos alegres—, lo que contaban de los acontecimientos del frente, no era nada agradable, era indecible. Lo que pasaba en la estación de Woroponowo, tan próxima, y la «gentuza» que allí se acumulaba desde que el tránsito estaba interrumpido, era mejor no tenerlo en cuenta. Él y su persona nada tenían que ver con ello. Él nunca se acercaba a la estación; le bastaba lo que le contaba el brigada, el comandante veterinario y a veces también su Kulicke. Y esto bastaba, en efecto. Él había hecho todo lo posible para proteger su casa y su finca del abandono que se iba extendiendo a su alrededor. Pero confiaba en que tal abandono también terminaría, ya que, naturalmente, el cerco tendría que acabar más pronto o más tarde. Pero desde hacía unos días andaba bastante preocupado.

Cuando en esta hora gris del mediodía se le presentó un hombre tieso como un palo que parecía surgir de la tierra, sucio, lleno de barro y manchado

de humo, y se le anunció como coronel, comandante de un regimiento extraño, exigiéndole que saliera tal como se encontraba, en batín y zapatillas, para mostrarle la casa, aquel acontecimiento fue para él la primera manifestación de inestabilidad del terreno que pisaba. La tropa que dos horas más tarde entró por el portal de la finca fue el eclipse de sol que se iniciaba. Y donde quiera que uno iba, ya fuera en la casa, en un cobertizo o en el patio, por todas partes se tropezaba con aquellos hombres. A Zabel le pareció encontrarse de pronto en un muladar. La mayor parte de los hombres se marchaban después de haber descansando algunas horas. Ellos llamaban descanso a lo que para él no era más que alboroto y ruido. Generalmente se pasaban las horas tumbados, con la boca abierta y roncando. No pudo reprimirse de decir al capitán la opinión que le merecía la gente que mandaba. Este capitán aún le parecía bastante civilizado, pues a aquel palo con cara de ave de rapiña y ojos ardientes, nunca habría osado decirle tal cosa; antes se habría mordido la lengua. Pero al capitán, que además era un inferior jerárquico, le había hablado:

—Mi capitán, tengo que comunicarle que dos de los patos que durante todo el tiempo he tenido en la finca me han sido robados por su gente.

Y para que no creyera que en tales tiempos los patos eran cosa de poca importancia, añadió:

—Los he cebado durante mucho tiempo y sólo para la comida del domingo solía permitirme el lujo de matar alguno.

En aquel momento, su sargento Kulicke le trajo otra noticia alarmante, y así pudo completar sus quejas:

—Según acabo de saber, han robado un tarro de mermelada de diez kilos, de los escasos víveres que guardo para los señores oficiales de intendencia, para que después de sus pesados viajes se puedan confortar con algo.

El capitán parecía muy impresionado. Se acercó a la tropa que estaba formada y dijo:

—¡Atención! ¿Alguno de vosotros se ha comido, por casualidad, dos patos bien cebados? Pues bien, que sepa que aquello era la comida dominical del señor cajero.

Y a uno que aún tenía la boca llena de churretes de mermelada encarnada, le dijo:

—Soldado Stüwe, di a tu sargento que te enseñe esto: hay que limpiarse bien la boca no sólo antes de comer, sino también después.

En una palabra, aquello era un escándalo, una vergüenza; el comandante cajero no lo podía interpretar de otro modo.

—¡Izquierda, mar...! —oyó gritar al capitán. Y él se quedó allí con el correaje bien ajustado y tocado con su mejor gorra. Le parecía hundirse en la niebla. Vio algunas caras burlonas y los pies de la formación que se alejaba. Realmente lo de menos eran los dos patos y el tarro de mermelada, sino los más sagrados principios, menospreciados aquí por unos seres cubiertos de harapos. El comandante cajero se volvió a su casa atribulado.

El comandante cajero Zabel había demostrado aún en otro sentido su certero instinto, al interpretar la entrada del grupo de combate de Vilshofen en su granja como un eclipse de sol que comenzaba, pues, en efecto, cuarenta y ocho horas más tarde la línea de fuego atravesaría su finca.

Dos secciones componían el grupo: la de Dollwang y la de Latte. Cuando Dollwang y sus hombres se alejaron de la granja había oscurecido; y cuando la

abandonaron Latte y sus soldados, era ya de noche. Precisamente, en el mismo momento en que el capitán Tomás se hallaba en camino en busca del coronel Schwandt. El grupo de Latte, como antes el de Dollwang, pasó ante el depósito de agua, cruzó la vía del ferrocarril, dejó atrás la fila de vagones y tomó la dirección Suroeste, por la estepa cubierta de nieve.

Vilshofen se quedó con unos cuantos hombres.

Un enlace le comunicaba con sus avanzadillas. Hacia atrás, una línea telefónica le ponía en contacto con los estados mayores del barranco de Zariza; otra iba hasta el regimiento vecino, cuyo jefe, el coronel Enders, había llegado hacía tres semanas en avión, según supo Vilshofen por el jefe de artillería de Woroponowo.

Sostuvo una conferencia sobre la situación de la unidad vecina y la formación de su grupo. Recibió detalladamente las informaciones que necesitaba. Sin embargo, el coronel Enders le parecía un poco raro. Había instalado su puesto de mando en un horno de ladrillos y él habitaba en una chimenea. Su opinión era que el hecho de haber enviado refuerzos presagiaba una inminente catástrofe en el sector de Woroponowo. Se había pasado media noche leyendo a Lao-Tse, y decía que aquella lectura era la más adecuada para la situación, y mandó llamar a un cura, si quedaba alguno vivo en su grupo, sin importarle mucho que fuese católico o protestante; el único motivo de la llamada era el de distraerse un poco discutiendo.

A las tres de la madrugada, Vilshofen comunicó al estado mayor que sus dos grupos habían ocupado las nuevas posiciones. A continuación se acostó. Por su mente desfilaron en rápida sucesión una serie de imágenes torturadoras, antes de que consiguiera dormirse. El comandante Runz, Hedemann, el capitán Steiger, Wedderkop, el soldado De Wede, los que habían quedado abandonados en la nieve, las sentencias de Lao-tse... el extraño coronel Unschlicht convoca, en el «bunker» del estado mayor, una reunión de caballeros, canta canciones pías y toca la flauta... y Woroponowo... Woroponowo, todo un parque ferroviario, toda una ciudad llena de soldados dispersos, convertidos en vulgares merodeadores, y él mismo tiene bajo sus órdenes una masa de soldados agotados y hambrientos, pero disciplinados todavía y combativos; dispone de oficiales fieles y adictos; y él, en vez de ahorrar aquellas vidas valiosas, para un mundo libre de aquel cerco mortífero e insensato, en vez de conservarlos para un objetivo mejor, los empuja hacia adelante, a la línea de fuego, y sólo para mantener unos días más aquel pestilente núcleo, desprovisto de todo valor militar, de toda razón de ser defendido. El coronel Enders, el capitán Dollwang... ¿Por qué se envía a esos hombres a Stalingrado? ¿Acaso se considera esta plaza como lugar de ejecuciones...?

—¡Más allá de Stalingrado!—tal frase la había pronunciado aquel médico de Otorwanowka. ¡Más allá de Stalingrado! ¿Qué quería decir esto? ¿Dónde está el origen, la causa de todo esto? ¿Dónde está el jefe supremo, dónde la voz de los generales? ¿Dónde el fundamento para acabar con ese mundo de falsos cálculos, de superioridad vana, de criminal desprecio de los demás seres humanos?

Más allá de Stalingrado, quería decir lucha contra el desvarío que había conducido a todo aquello.

Pero, ¡Dios mío...!

Treinta años, la primera guerra mundial, la segunda guerra mundial. Y ¿no



hemos preparado la una y la otra, no nos lo hemos jugado todo a una sola carta, no hemos avanzado triunfalmente hasta el Volga, no creíamos que la justicia se acomodaba al éxito?

¿A qué errores, a qué mezquinos intereses hemos servido y sacrificado el bienestar y el porvenir de nuestro pueblo?

¡Stalingrado! ¡Esto tenía que suceder, no para nuestro triunfo, sino para enseñanza nuestra! ¡Más allá de Stalingrado! esto es, lucha para rectificar un falso camino...

Lucha, hacia adelante...

El cansancio rindió a Vilshofen. Llevaba muchos días sin dormir bajo techado, sin poderse quitar el capote, la guerrera y las botas. Antes del alba, Vilshofen se hallaba ya de pie sobre la plataforma del depósito de agua para inspeccionar el terreno. Durante la noche habían llegado noticias respecto a la situación del aeródromo y del pueblo de Pitomnik. Se habían retirado hasta la línea del ferrocarril. Latte y Dollwang, de acuerdo con los comunicados de su vecino Enders, habían dado parte de movimientos de tropa en las filas rusas. Se presagiaba una inminente ofensiva rusa de gran estilo. Vilshofen miraba hacia los campos blancos del Suroeste, desde donde partiría el ataque enemigo. Allí debían encontrarse concentrados los tanques rusos.

Con él se hallaba el comandante Buchner, de los antiaéreos, al que había encontrado ya en Kletskaja y con el que había pasado una noche en el mismo «bunker».

Buchner hablaba del carburante.

—Si tenemos que retirarnos de nuevo, podemos abandonar los cañones pesados, mi comandante —se interpuso el teniente Stampfer.

—¡De ninguna manera, Stampfer! Vaya usted a visitar a todos los estados mayores de Werchnaja Jelschanka y Minina. Diga que le acompañe Januschek; es ingenioso y huele la gasolina. Necesitamos gasolina. Si no, estamos perdidos.

—¿Por qué nos han enviado aquí? —continuó Buchner dirigiéndose a Vilshofen, cuando se marchó Stampfer—. Ha quedado una brecha abierta en el punto del frente occidental de donde nos han retirado. En cambio, aquí no podremos salvar la situación. Hemos consumido en el camino casi la totalidad de la gasolina y ahora no podremos conseguir ya mucha.

—¿Qué hay, Loose?

El teniente Loose, el ayudante de Buchner, se había acercado a ellos.

—Perdone, mi coronel... mi comandante, el cuerpo de ejército... una instrucción modificada... cambio de posición, un avance a primera línea de las baterías.

El comandante Buchner tomó el teléfono.

—¡Póngame en comunicación con el jefe... entonces, con el oficial de información! ¡La sección de antiaéreos en primera línea! ¿Están ustedes locos? ¡Estos cañones son mucho más eficaces a dos mil metros!... Pero, mi coronel, ¡perderé todas las piezas!

Vilshofen comprendió la verdad. La tenue línea de infantería necesitaba ayuda, es cierto; sin embargo, los antiaéreos no podrían apenas disparar desde aquella línea y su apoyo sería muy relativo.

—¡A sus órdenes!, —oyó decir a Buchner, cortando la conversación.

Y aquella seca despedida fue pronunciada con tal acento que Vilshofen la tradujo en su mente por un despectivo: ¡Vete a paseo!



## XXIV

## ATAQUE GENERAL

Fue un día gris. Soplaban un ligero viento sudoeste procedente de la estepa y del recodo del Volga. Una, dos, tres bengalas se elevaron al cielo desde los blancos campos de nieve. No solamente Vilshofen y el comandante de artillería en el depósito de agua en Woroponowo, sino también el coronel Enders, detrás de su puesto de observación en la chimenea, y el coronel Steinle más al norte, y el comandante Weil en el hoyo de nieve al oeste del ferrocarril de circunvalación, a mitad de camino entre Pitomnik y el «punto 44», todos los observadores desde el «punto 44» hasta Woroponowo, Wertschanka y el Volga y los del ala meridional apoyada en la orilla del río, vieron las bengalas. Aquellas señales ahorraron al comandante Buchner la operación de retirar sus antiaéreos a líneas más atrasadas. Las piezas podían quedarse donde estaban.

Aquellos cohetes y bengalas eran para Vilshofen la solución al dilema que le torturaba. El engranaje que entonces se puso en movimiento acaparó toda su atención, exigiéndole la máxima concentración y toda su capacidad, su experiencia y sus decisiones.

No había tiempo para preguntas. No había más que el combate.

El mecanismo funciona aunque su movimiento sea estéril. El observador de artillería indicaba en su plano las posiciones enemigas; sin embargo, no había municiones para disparar contra las baterías rusas. Apenas serían suficientes para rechazar a los tanques que ya iniciaban el ataque, o a las concentraciones de infantería si éstas intentaran avanzar hasta sus líneas.

A los pocos minutos, las explosiones de las granadas rusas se hicieron más frecuentes e intensas. El humo de las granadas, bombas y morteros se fundió en una sola masa que se extendía pesadamente sobre la blancura del suelo nevado, acercándose rápidamente a las líneas alemanas.

Vilshofen observó un movimiento en la blancura de la nieve. Los tanques se preparaban para un ataque.

—¿No lo ve usted, comandante?

—¡Claro que lo he visto!

—¿Por qué no ordena que abran fuego?

—¡No puedo! ¡No hay municiones!

Han transcurrido unos minutos. Ruido de aviones rusos de bombardeo. Explosiones de bombas. Surtidores de tierra. Metal incandescente. Vagones astillados que saltan al aire. Humo que se eleva de los edificios de la estación.

Los antiaéreos callan y ni siquiera miran al cielo. Estaban preparados para disparar contra las fuerzas de tierra o contra los tanques: no había proyectiles para otros objetivos.

El comandante de antiaéreos no podía intervenir. Loco de rabia se cogió con ambas manos a la barandilla del puesto de observación y contemplaba aquello: fango, humo y caos.

Puesto de observación...; pero ¿qué se podía observar allí, si no era la propia perdición?

El humo se hizo más denso y pronto una niebla espesa envolvió la población inundándolo todo. La plataforma del depósito flotaba como una balsa sobre un mar agitado. En Woroponowo, las granadas estallaban incesantemente; todo crujía. El depósito tembló de improviso como el mástil de un velero en loca carrera. Perdió su revestimiento de hormigón y quedó sobre sus desnudas y largas patas de hierro.

—¡Fuego sobre Jelschanka!

—¡Fuego también sobre Stalingrado!

—La artillería pesada dispara desde el otro lado del Volga.

También de Jelschanka se elevaban grandes y espesas humaredas de los lugares donde estaban emplazados los estados mayores y los soldados alemanes, e igualmente del Volga y de las ruinas de Stalingrado. Las explosiones se oyeron en muchos kilómetros a la redonda. Todo el cerco estaba en ebullición; por todas partes estallaban las granadas. En toda la extensión del cerco, de los innumerables incendios y explosiones salieron envueltos en humo torrentes de tierra negra, que como un surtidor iba hasta el cielo. Y entre el humo y el fuego, tierra, techos de los «bunkers», barricadas, trozos de metal, tornos, calderas, tablas... garajes enteros que saltaban, almacenes de municiones, posiciones de baterías, y entre todo ello hombres, o partes de hombres, troncos, cabezas, piernas, brazos, saltaban hasta cuarenta metros de altura, caían y eran lanzados de nuevo al aire, quedando confundidos con aquella masa de barro.

En Werchnaja Jelschanka, población situada en la carretera de Woroponowo a Stalingrado, en un «bunker», se hallaba sentado el jefe del cuerpo de ejército aniquilado en el frente Sur, el general Jänicke. El «bunker» de Jänicke estaba temblando bajo las explosiones que se sucedían sin cesar, y en el aire no había más que polvo y zumbidos. De pronto una bomba cayó a su lado. Las puertas se abrieron, y el aire se llenó de barro, nieve y astillas. El general se palpó la mejilla, luego se miró la mano: tenía sangre. Casi simultáneamente llamó al médico, al comandante de la división de infantería derrotada en Zybenko, mandó a su asistente y solicitó comunicación telefónica con el ejército. El médico le vendó la cabeza. El asistente le preparó las maletas. Dos horas más tarde todo estaba listo.

Por radio llegó a las oficinas de la sección de organización del Alto Estado Mayor la noticia de que Jänicke había sido herido. El jefe de dicha sección, antiguo amigo de Jänicke, se movilizó al instante, y Jänicke recibió, también por radio, la orden de partir en avión. El comandante de la división de infantería

derrotada en Zybenko entró en el «bunker» de Jänicke, y pasmado de asombro, escuchó la comunicación de su jefe. Le dejaba encargado de todos los asuntos del cuerpo de ejército, tomó bajo su mando dos divisiones de infantería derrotadas, se hizo cargo igualmente de algunas posiciones de artillería sin piezas, y además de una división rumana, que no solamente carecía de antiaéreos y de antitanques, sino que la mayoría de sus hombres ni siquiera tenían armas de mano.

El general abandonó el «bunker», partió en coche a Gumrak y allí tomó el avión. Los oficiales movían la cabeza y cambiaban miradas significativas.

—¿Gravemente herido? Pero, ¿cómo ha sido eso?

—¡Una viga le ha rozado la cabeza!

—¡El jefe de organización del Alto Estado Mayor es un antiguo compañero de regimiento de Jänicke!

El coronel Carras se hallaba en las ruinas del almacén de Stalingrado. Recién lavado y afeitado entró en su habitación de la torre. Deseaba echar una última ojeada —según creía helado lecho del Volga antes de encaminarse hacia el aeródromo de Gumrak. Una hora antes había recibido la orden: «El coronel Carras debe partir en avión para transmitir sus impresiones al Alto Mando.» Vio las bengalas suspendidas en el cielo y contempló el fuego que despedían los cañones enemigos, desde larga distancia a la otra orilla del río. Apenas habría podido contar diez al producirse la explosión de una de aquellas granadas del 24, cuando lo que antes era una casa quedaba convertido en trozos de pared, hierros, vigas y chatarra. Y un mundo se hundió: un viaje a Gumrak, un vuelo a Berlín, Alto Mando del Ejército e informe. Cuando Carras pudo cerrar otra vez su boca, le temblaban las rodillas, y frente a él, en vez de una alta casa, vio muros destruidos, y entonces todo volvió a aparecer: el viaje y el vuelo y el Alto Mando del Ejército y Margot y una mirada en unos ojos, pero no en aquellos ojos que miraban con dulce abandono, sino unos ojos grandes, fijos, sobre unas narices chatas —¡Dios mío, presentar un informe al Alto Mando del Ejército, quería decir recibir un informe de él! —Y en este segundo, cuando en las proximidades sonaron nuevas detonaciones y explosiones y vaciló el suelo bajo sus pies, cuando se levantaron nubes de humo y cuando en vez de una casa vio un montón de escombros y colgadas de las ruinas unas manos ensangrentadas, restos de los soldados de infantería que acababan de pasar junto a la casa, en aquella hora, el coronel Carras vio los ojos de su Führer, y nunca le había visto tan cerca.

No lejos de las ruinas del almacén había un teniente llamado Wedderkop y un brigada, Lachmann. Con un grupo de compinches tenían su guarida en unas galerías de la canalización de servicios urbanos de Stalingrado. La banda acababa de volver de una de sus hazañas nocturnas. Habían bebido y comido, y sobre sus rodillas tenían aún los restos. Cuando empezó el bombardeo, intentaron entenderse a gritos. Se pasaron de mano en mano una vasija con aguardiente. Uno tocaba el acordeón, otro soplaba en un peine, los demás cantaron con voces desentonadas. Wedderkop, curado de su conmoción cerebral, pero tan privado de energía que no sabía desligarse de aquellos hombres que le tenían como prisionero, bebió también y gritó aún más fuerte que ellos. Hasta que una formidable explosión sacudió la tierra y la cueva quedó llena de barro, de humo y de cal; y después de aquello solamente

Lachmann y Wedderkop salieron a la luz del día.

El capitán Tomás estaba en su coche, junto a un sargento de pelo canoso y cara enrojecida por la sangre que le manaba de una herida, y su chofer. Había llegado a través de Gumrak y Stalingradski, y estaba a punto de emprender el camino hacia la «posición Hartmann», cuando la presión del aire de una bomba que estalló muy próxima volcó el coche y lo tiró al fondo de un barranco, donde quedó cubierto por la nieve. Cuando Tomás pudo salir de allí, no encontró ni al chofer ni al sargento, que habían desaparecido. Después de un rato los halló muertos a ambos y siguió su viaje a pie.

«Posición Hartmann.»

Esta posición estaba guardada por hombres de elevada estatura. En uno de los «bunkers», acompañado por generales y coroneles, se encontraba un señor alto y delgado, que lucía en su pecho condecoraciones de la primera y segunda guerras mundiales. Un tic nervioso le hacía encoger la boca con frecuencia. Cayó tierra del techo. El vaso de agua que había sobre la mesa tembló. El general interrumpió su disertación, escuchó el ruido de la arena que se iba desprendiendo, y, a continuación, prosiguió:

—Según mi opinión, la catástrofe es inevitable. Durante la noche no ha aterrizado más que un solo «Heinkel 111». Esto, como comprenderán, es ridículo. Lo que más urge y es más imprescindible son las municiones de grueso calibre y los carburantes. Ni siquiera hay para llevar los víveres a las unidades.

Otra explosión hizo temblar de nuevo el vaso y desprendió más trocitos de tierra del techo y las paredes. El hombre delgado se dirigió al jefe de su estado mayor y dictó un radio:

—«La posición no puede defenderse más. Soldados alemanes muertos de hambre, heridos y helados, yacen a los bordes de las carreteras. Por lo tanto: 1.º He dado orden de ruptura organizada hacia el Suroeste. 2.º Ruego enviar a tiempo aviones para evacuación de especialistas —indicar nombres de oficiales—. No tengan en cuenta a mi persona.»

Mientras el teniente operador transmitía el radiograma de su jefe, desde un hoyo en la nieve entre Gumrak y Gorodischtsche, vio a través de la ventanilla grandes nubes de humo que oscurecían el cielo sobre el barranco.

Bajo el mismo cielo oscuro se hallaba el general jefe del cuerpo del ejército cuyo frente estaba dirigido hacia el Norte y el Volga. Estaba sin afeitar, sin peinar sus cabellos blancos, de ordinario tan pulcramente cuidados; cubriendo su elegante silueta de jinete con un amplio capote de camuflaje. Era general de artillería; pero sus cañones callaban. Había protestado una vez —era uno de los cinco generales jefes del sector de Stalingrado— contra la orden de fortificarse en el cerco y establecer una posición «erizo» y había pedido al jefe del ejército, en contra de la orden del alto mando, que se intentase romper el cerco luchando hacia el Oeste. Ahora ya habían transcurrido sesenta días, y por los senderos recorridos y sobre los campos que había atravesado, ante los «bunkers», y a derecha e izquierda del barranco, yacían helados y rígidos, con los miembros crispados, numerosos cadáveres de soldados, que ya no recibían sepultura. Cuando entró en el barranco donde estaba situado su «bunker», vio

a dos soldados de infantería. Estaban de rodillas y uno sostenía la cabeza del otro.

—No te acuestes, Mathias. Si te acuestas, ya no te volverás a levantar y todo habrá terminado.

Sin embargo, su compañero, sin hacerle caso, se tumbó en la nieve, y a su lado se quedó el que había hablado.

El general apretaba los dientes. Y él también pensó de repente en aquella cara con los grandes ojos fijos, sobre las narices hinchadas. Y él, un hombre de sesenta años, pensó de pronto en su padre, que de joven, siendo comandante, cuando quisieron imponerle un castigo injusto, se dirigió a su jefe con la espada desenvainada.

En la cota 107 se hallaba el comandante Holmers, jefe de una división motorizada de artillería. Holmers contaba treinta y dos años. Cuando empezaron a ondear en Alemania las banderas con la cruz gamada, tenía veintidós y era estudiante de Derecho, y como muchos de sus compañeros, se había hecho de las SS. Y otra vez, siguiendo la corriente, se hizo oficial del ejército, con lo cual trataba de salir del ambiente de las SS. Para su padre, comerciante exportador de Hamburgo, la carrera militar era una ruptura con la tradición. De oficial de artillería atravesó Francia, llegó hasta Moscú y, por último, se encontró en la cota 107, cerca de Stalingrado. Allí estaba ahora, con las ruedas de sus piezas hundidas en la nieve, sin poderlas sacar, pocas municiones, poca gente, nada de carburante; en el fondo ya no era más que el administrador de un parque de cañones, arzones y tractores. La mitad de su gente había sido enviada como refuerzo a las líneas de la infantería; la otra mitad estaba medio enferma en los «bunkers». Y los «bunkers» habían estado ocupados por soldados dispersos que retrocedían. Y mientras ahora proseguía la enconada lucha de la artillería, en la que él no pudo intervenir, porque para la lucha próxima ya no disponía de municiones, fue llamado por su división:

—Holmers; usted puede abandonar una hora su servicio, ¿verdad?

—Sí, puedo hacerlo.

—En su sector, en el muro de los tártaros, hay mucha gente, ¿verdad?

—Sí, dispersados; no los dejan entrar en Stalingrado, y todos se aglomeran aquí en el muro.

—Se trata de una misión especial de la división. ¡Escuche usted bien!

Y el locutor del otro extremo del hilo expuso a Holmers su «misión especial». Holmers contestó de modo lacónico:

—Sí..., sí..., sí...

Y cuando terminó su conversación empleó el mismo tono que el comandante Buchner en otro punto del frente:

—¡A sus órdenes, mi teniente coronel!

Holmers se sentó, y pensó: «Yo no tengo ganas de hacer tal cosa. Para esto no he venido yo aquí. Pero la orden ha de ser cumplida.» Llamó a su brigada:

—Brigada, tenemos una misión especial de la división. Hemos de ir al muro a buscar gente útil.

—Pero, mi comandante, ya sabe usted que todos están enfermos, congelados y medio muertos de hambre; el que no se muera hoy, no pasará de mañana.

—Llévese usted al cabo Schulte y mire a ver lo que se puede sacar de allí.

Al cabo de una hora vio Holmers lo que sus dos hombres traían consigo.

Tenía que ser un Holmers, rancia estirpe hamburguesa o bremense de empresas transatlánticas de pasajeros y mercancías, para poder ver a aquellos lamentables grupos de soldados «útiles». Jamás ningún agente de exportación ha arrastrado tras de sí, ni jamás llevaron sobre cubierta los grandes transatlánticos cargados de emigrantes, gente más miserable que estos hombres desarraigados, cojos y jadeantes, y jamás hubo criaturas llevadas a un objetivo más fatídico que éste adonde ellos eran conducidos.

Goennern, Damme y el coronel Lundt, al cual los dos generales habían cedido espacio, se hallaban sentados en un «bunker» del foso de Tulejow, en cuyas cercanías disparaba una batería compuesta de cuatro cañones del quince.

Los tres estaban sentados alrededor de la mesa y sobre ellos, a modo de baldaquino, tenían un capote-tienda de lona, a pesar de lo cual la tierra caía no sólo en nubes de polvo, a cada sacudida, sino en gruesos terrones.

—Yo estaba allí, en la unidad vecina. Efectivamente, Unschlicht tocaba la flauta metido en su hoyo. Yo le he oído —dijo Damme.

—Ejecutaba una melodía difícil —continuó—. Esto requiere gran concentración y dominio de sí mismo y tranquiliza los nervios, según dice él. Asegura también que durante el ataque no se puede hacer otra cosa.

—Si pudiera, yo también tocaría la flauta —observó Goennern.

—Sí, claro, todo el mundo se va volviendo loco —comentó Lundt, quien agregó—: Me refiero, naturalmente, de coronel para abajo, es decir, sus inferiores. Estoy pensando en aquel capitán Henkel que han encontrado ahora.

—¿Dónde?

—En el muro de los tártaros. He mandado a un teniente en su busca.

—Dicen que allí se han reunido muchos soldados fugitivos.

—Estaba presente cuando sacaron a Henkel de una cueva. Cerca de cuarenta personas de todas las edades se hallaban en ella. Apenas había más de uno de menos de los cuarenta años, y todos estaban destrozados, sucios, desmoralizados. Fueron a parar a aquella gruta desde todos los rincones del cerco. Cuando yo entré, uno de ellos tenía un hígado de caballo, asado sobre una plancha de acero, de un caballo muerto. Dios sabe cuándo, desde luego. «Señores, ¿no pueden ustedes tener algo más de limpieza?», les pregunté. «Todo cuanto hagamos será en balde», me respondió uno. Y ante esto, ¿qué va uno a hacer?

—Desde luego, las condiciones son insoportables —asintió Goennern.

—¿Y dónde se quedó Henkel?

—Le he mandado otra vez a primera línea; pero no ha llegado a su destino. Ha vuelto a desaparecer. No quiero verle más. Únicamente me pregunto: ¿Por qué nos envían a semejantes personajes al cerco? Aquel hombre no había visto jamás el frente ni sabía nada de la guerra. Se ha pasado toda la campaña en una imprenta militar imprimiendo formularios y consignas.

Goennern, Damme y Lundt estaban esperando a Vilshofen, recientemente ascendido a general.

—Se retrasa mucho.

—Seguramente habrá tenido que refugiarse en algún hoyo durante el camino.

Las explosiones de los cañones se oían a lo lejos.

—Sería preferible ahorrar la munición para emplearla cuando la infantería



enemiga ataque de lleno.

Las palabras de Damme no obtuvieron respuesta. Éste prosiguió:

—Dígame, Goennern: Desde luego, no podemos hacer otra cosa sino luchar y caer; pero, por lo menos, deberíamos saber por qué. ¿Por qué?, diga usted.

—¡Por luchar! Ignoro otra respuesta.

—Goennern, ¿cómo se encontraba Blücher en la batalla de Radkau?

—Se le acabaron el pan y las municiones y se rindió.

Las granadas enemigas caían más cerca.

Cuando, por fin, se abrió la puerta, no fue Vilshofen el que entró, sino el pastor Koog, de la división de Damme.

—¿Ha encontrado usted a Kalser? —le interrogó Damme.

—Sí, le han visto en Woroponowo. Pero vengo para otro asunto: el caso del soldado Krämer.

Krämer había abandonado su puesto y se había refugiado en las ruinas de una casa, ante cuya puerta tenía que permanecer de centinela. Se había quedado dormido durante treinta y seis horas seguidas, y por ello le habían condenado a muerte.

—La sentencia no puede ser cumplida, mi general —gritó Koog al jefe de división, mientras en el exterior sonaban sin cesar las explosiones de las granadas enemigas, haciendo desprenderse continuamente fragmentos de las paredes y del techo del «bunker».

—Ese hombre no está en sus cabales. Pronuncia palabras incoherentes. Es irresponsable como un niño. Hace ya muchos días que se encuentra en tal estado y así estaba cuando se durmió. Este caso entra de lleno en el párrafo 51. ¡No pueden fusilarle!

Damme se encogió de hombros. No podía hacer nada.

—Krämer formaba parte de otra unidad antitanque. Su regimiento fue casi totalmente aniquilado en el sector de Kletskaia. Se retiró con unos camaradas a nuestro sector. Únicamente poseía una pistola y unas botas de goma. Los pies se le han helado porque esas botas no le daban bastante calor. Y luego le han agregado a un grupo de combate.

—Sí, y de este grupo también ha desertado.

—Se podría alegar que no pertenece a nuestra unidad...

—Andaba perdido y fue agregado oficialmente a nuestro grupo.

—¡General, lo principal es que ese hombre no está en su sano juicio y no puede ser fusilado! Además, es padre de familia; tiene mujer y dos hijos; es joven y el destino de toda una familia depende de su vida.

—No puedo hacer nada por él. Son muchos los delitos cometidos ya por los centinelas. Todos los soldados están cansados y agotados y ninguno se halla cuerdo. El Tribunal del cuerpo de ejército ha escogido precisamente este caso para ejemplo e insiste en que la sentencia sea cumplida.

Koog no disponía de más tiempo. El pelotón de ejecución estaba ya en camino.

Marchó corriendo a un extremo del barranco, donde se encontró con el coronel Unschlicht, jefe de E. M. del cuerpo de ejército, que cesó de tocar la flauta sin dejarla y continuó leyendo una vieja canción religiosa del siglo XVII, mientras escuchaba los argumentos de Koog. No había nadie en todo el regimiento y en todo el ejército sitiado que no deseara dormir treinta y seis

horas o más, y por lo tanto la sentencia debía ser llevada a cabo. Era una necesidad militar. Fue todo lo que contestó a Koog.

Koog había asistido a centenares de soldados moribundos en los últimos días, y los había consolado. Este caso era completamente diferente. Cuando salía del «bunker» de Unschlicht, las rodillas le temblaban. Vio a tres hombres armados de fusiles que marchaban por el camino cubierto de nieve, conducidos por un sargento. Echó a correr a fin de llegar antes que el pelotón al hoyo donde esperaba el empleado de banca Hermann Kramer, de veintiocho años, para emprender el camino hacia el más allá. El pelotón llegó. Kramer fue llamado. Koog se puso junto a él. El sargento y los tres soldados siguieron al consejo de guerra. Kramer fue colocado contra una pared entre las puertas de dos «bunkers». Tenía los pies y la cabeza envueltos en harapos. Nada denotaba en su rostro salvaje, su barba crecida, sus ojos brillantes y desorbitados la profesión que había ejercido en su vida civil. Y nada en él recordaba su hogar con una lámpara en la mesa, cuadros en las paredes, un sofá... tal como estaba cuando lo abandonó.

—¡Tenía tantas ganas de que llegara la siguiente distribución de pan...! Pero dígame usted si entraré en seguida en el cielo o si existe un estado de transición, donde no habrá tampoco nada que comer —preguntó Hermann al pastor.

Koog no encontró palabras para consolarle ni tampoco esperaba el soldado tal cosa. Balbuceó unas frases sobre si tendría que mandar algún recado a su mujer o a sus hijos.

—Mi mujer se llama Use y los pequeños Use y Gustl —contó Kramer, desabrochándose el capote y sacando un paquete de cartas sucias—. Envíele estas cartas y escríbale, por favor, diciéndole que si no me hubieran fusilado, tampoco habría durado mucho más. Estoy en los huesos; no peso más de cuarenta kilos.

El consejero de guerra se impacientó. Levantó la hoja de papel con la sentencia. El humo llenaba el barranco. Todo aquello tenía un aire de juego de espectros o de marionetas. Tres soldados —también sus capotes estaban rotos y también tenían las caras escuálidas con los ojos relucientes por el hambre— alzaron sus fusiles. Una fina llamarada salió de las armas. No se oyeron los disparos de los fusiles entre el fragor del frente y el tronar de los cañones emplazados en el barranco. Los soldados se colgaron las armas al hombro y marcharon conducidos por el sargento. Un cadáver quedó tendido en la nieve. El pastor Koog le cerró los ojos. Un cadáver más que ya no interesaba a nadie, al que nadie miraba ya.

## XXV

GRUPO DE CHOQUE, PRIMERA LÍNEA: ¡CUERPO  
A CUERPO!

Mientras esto ocurría, la artillería rusa lanzaba millares de toneladas de metal ardiente sobre las posiciones alemanas, que se levantaban incendiadas y destrozadas por todo el frente, volando por los aires. Los hombres eran despedazados, quemados; muchos perecieron ahogados, otros quedaron sepultados bajo los escombros, y algunos saltaban a cuarenta metros de altura. La tierra temblaba. Los radiogramas eran dictados y transmitidos constantemente uno tras otro. En los «bunkers» abarrotados de moribundos y de cadáveres aún se reclutaban hombres para formar nuevos batallones. Uno tocaba una flauta. Un hombre era fusilado. Perecían grupos enteros de combate. Otros, cuyos soldados estaban cuerpo a tierra con la cara pegada al suelo, resistían esperando que acabase aquel fuego infernal.

El bombardeo duró treinta minutos. El fuego de morteros duró tres horas y media. Faltaban tres horas para la noche. Tres horas de ataque de infantería y tanques. Los hombres de los grupos Dollwang y Latte, que habían sufrido ya el fuego concentrado en el recodo del Don, en las colinas de Kasatschi y en el valle de Rossoschka, conocían el valor de los «bunkers» y de las trincheras fortificadas. Cuando las blancas bengalas se elevaron al aire y la artillería empezó su obra destructora, habían abandonado sus «bunkers» y las avanzadillas, refugiándose en cuevas situadas más atrás y en galerías subterráneas. Desde allí vieron saltar al aire los «bunkers» y fortificaciones con sus alambradas. Así pudieron soportar el fuego de la artillería con escasas bajas. Muchas más víctimas les causó el ataque de los morteros y de la artillería ligera: casi la mitad de hombres; pero fueron los nuevos, los soldados reclutados en el camino de Pitomnik a Wodoponowo, sacados de los talleres de reparaciones y servicios auxiliares, los que más sufrieron, pues perecieron casi todos.

Tres horas y media de fuego de morteros.

El resultado era de antemano conocido y Dollwang lo sabía teóricamente. Sabía que cuando los soldados no aguantan impasibles el silbido de las granadas, el ruido de las explosiones y la metralla, ni soportan la lluvia de

pedras y tierra, y en cambio, abandonan sus trincheras durante el fuego enemigo, sufren enorme número de bajas. Se sabe el caso de unidades que han perdido los nervios al iniciarse el fuego de mortero y eso les ha costado hasta un noventa por ciento de bajas; otras que, en cambio, han permanecido durante el mismo fuego en sus trincheras o simples hoyos, no han sufrido más que un tres por ciento de pérdidas.

Dollwang sabía, por teoría, que cuando el ataque enemigo dura mucho tiempo, se siente la necesidad de saltar del hoyo, y que entonces hay que agarrarse con las manos y con los dientes a la tierra. Por primera vez tuvo ocasión de comprobar el efecto desmoralizador de tales ataques en sus propios nervios, desde el temblor en el dedo meñique hasta la quiebra de todo el sistema nervioso, y el salto involuntario provocado por el pánico. Desde su hoyo no pudo ver la nube que se le acercó hasta menos de quinientos metros; pero vio las granadas que caían a montones, y vio cómo subían y luego bajaban estrepitosamente y como estallaron a la derecha y a la izquierda en las mismas filas. Era una catarata que se sucedía sin cesar y que se estrellaba contra un fondo duro.

Estaba en un hoyo tan estrecho, que sus hombros tocaban con ambas paredes; su cara y sus rodillas daban con las de otro hombre. Era el sargento Gnotke. El tiempo se había detenido y su dedo meñique ya no le obedecía. ¿Dónde estaban los demás? Cinco metros más allá, diez, cincuenta, cien, diseminados por otros hoyos; ningún camino, ninguna mirada le conducía a ellos. Todo su horizonte era el borde del hoyo donde se hallaban, del cual no podían salir. Uno que se atrevió a hacerlo, cayó lanzando un alarido. El meñique de Dollwang tembló.

—El pulmón atravesado —sentenció Gnotke, que por la voz sabía distinguir las características de la herida. Cuando cesó de quejarse, el sargento volvió a caer en su habitual letargo. Tenía las manos metidas en el capote. Sus músculos estaban inmóviles. Respiró pausadamente. Pasó metralla sobre el refugio. Iba tan a ras del suelo, y las esquirlas eran tan afiladas que, en verano, la hierba quedaba segada como por una guadaña. Un trozo de metralla ardiendo penetró en el hoyo y vino a caerle en el capote a Dollwang produciéndose un agujero que quedó con los bordes quemados. Gnotke tenía un sueño tan ligero, que abrió en seguida los ojos. Cogió rápidamente el trozo de metralla con los dedos y lo arrojó a la nieve. En aquel instante advirtió el estado de su capitán. No fue solamente el dedo sino toda su mano la que tembló. La mirada de Gnotke pasó de la mano de Dollwang a su cara y a sus ojos. El capitán tenía los labios abiertos y se le veían los dientes apretados, signo acaso de una tensión extremada; pero aquellas manos y aquellos ojos desorbitados... Media hora de fuego concentrado de artillería, y parecía que no iba a terminar nunca.

Ante aquello, sólo se puede hacer una de estas dos cosas: o morir o volverse loco, se suele decir. Pero esto no es justo, esto no es más que una descripción retórica del verdadero estado. Hay una larga escala de manifestaciones: temblor, ausencia de todo sentimiento, gritos histéricos, oraciones, evacuaciones involuntarias; todo esto sucede, y todo ello acaece a su alrededor, entre los veteranos y entre los que la víspera estaban en puestos de retaguardia. Todo esto y el hecho de volver la cabeza después de la explosión de una granada, y luego, paralizado por el terror, no poderla mover, y así, con el cuello inmóvil, aguantar un ataque de las bayonetas; todo esto

Gnotke lo había vivido ya, pero esto de ahora era aún peor. Gnotke sabía que aquel capitán se encontraba ocho días antes en una oficina de Berlín y dejó de ser un frío e imparcial observador como cuando leyó en los ojos del maestro Dingelstedt lo que había de ocurrir, sin que él hiciera lo más mínimo para impedir su fatal destino. No, él ahora volvía a ser aquel mismo Gnotke que había sacado a Gimpf de la fosa; únicamente el motivo era distinto en los dos casos. Allí le había impulsado a actuar el temor a quedarse solo; ahora no era tal temor, sino un motivo distinto.

Dollwang ignoraba que estaba sordo, que había perdido los sentidos y estaba completamente ausente de la realidad.

Únicamente se enteró, y no en seguida, cuando sintió la presión de una mano en la suya y vio una cara ante sus ojos; cuando vio la sucia cara de un soldado de ojos grises y al mismo tiempo reflejado en ellos el rostro de su tía con aquella expresión con que acostumbraba a mirarle cuando se hallaban sentados desayunando y él tenía que excusarse: «Perdona, tía, estaba distraído y no te he oído». Pero, ahora, no estaba distraído por un problema de matemáticas; aquí se trataba del fuego mortal y el pánico le hacía estremecerse involuntariamente. De pronto, se dio cuenta y aquella sensación le devolvió parte del dominio sobre sí mismo. Gnotke le hablaba. Seguramente no le habría oído durante su momentánea perturbación.

—Sí; realmente, es una fuerte tensión de nervios —dijo Dollwang, y Gnotke retiró suavemente su mano.

—Sí; todos los que abandonan sus refugios son soldados nuevos. Han permanecido hasta ahora en retaguardia y carecen de experiencia.

—Quien sale ahí, está perdido.

Aquello era una conversación, demasiado interrumpida por el fragor de la batalla, que no cesó. Pero a pesar de eso era una relación humana, una mano que se le tendía a él, que estaba a punto de ser llevado por el viento como paja seca.

A pocos metros de distancia, se hallaba Stüwe, en un hoyo tan estrecho y poco profundo que debía tener el pecho apretado contra sus muslos y mantener la cabeza agachada. En él no eran los nervios. Podía resistir un fuego inacabable y la explosión de millares de granadas. Pero sus músculos se negaban a moverse. Como no podía extender las piernas, movió la cabeza de un lado a otro. Luego movió los dedos, hizo un movimiento de rotación con las muñecas. Sentía un frío terrible. El final de todo ello sería rechazar o resistir un ataque de la infantería, con los pies helados y luego contraatacar.

Unos cuantos metros más allá, August Fell se encontraba en la misma postura. Ya no rezaba y estaba sordo y apático, física y espiritualmente.

Más lejos, Liebsch, con su vejiga floja, que solamente tenía un pensamiento: «Mantenemos la posición, debemos mantener la posición». En otro agujero se hallaba uno de los «nuevos». Éste no era soldado, era el mecánico Roben Rebstock, de Berlín, que había estado hasta ahora trabajando en Dubiniski en un taller de reparaciones, luego huyó siguiendo las columnas hasta Jeschowka, donde le habían reclutado para esta unidad. Y ahora estaba aquí, con un fusil entre las rodillas y los cartuchos en los bolsillos del capote. Todo zumbaba y aullaba a su alrededor; el mundo se hundía, y él no podía moverse. En su cabeza las ideas se perseguían como ratas en un barco que se hunde. Hans, Lise, Hitler, los «russkis» y Lotte. Hans tenía razón, se había

quedado en casa y ahora, en la fábrica, estaba de encargado de un grupo de rusos; Lise era su hermana, que pertenecía a una fanática secta protestante, por lo que él siempre se burlaba de ella; pero aquí conocía él «el mar de cristal» y el «aullar y el crujir de dientes» de que ella hablaba, y aquí era de verdad, no solamente en el papel. Y lo de Hitler era para volverse loco: nada de comer; nieve, nada más que nieve, y un fusil entre las rodillas:

El dice: —¡Yo os liberaré! —pero no hace nada por liberarnos. —¡limitad mi ejemplo!—Por todas partes hay muertos; ¡y decir que él ha sido propagandista de una cosa parecida! Y Lotte, ¡por amor de Dios! —Lotte era su mujer—, si yo ahora perezco como una bestia, Lotte se casa con Hans. Y acaso tenga razón, acaso tenga razón también Lise, y él alguna vez habría tenido que dar a los «russkis» un pedazo de pan y un cigarrillo, y ahora, finalmente, le machacan aquí la cabeza, por tonto.

En otros hoyos se encontraban Altenhuden, Gimpf, Liebich, Wilsdruff, Riess y más soldados «nuevos». Altenhuden, con sus veintiséis años, estaba tan agotado y envejecido como si hubiera vivido mil. Gimpf se propuso no dar un paso más; quería quedarse en este hoyo y ser enterrado en él. Liebich había llegado al límite de su capacidad de resistencia física y hundió la cabeza entre las manos. Wilsdruff se había olvidado de quién era y de dónde estaba, de que tenía mujer e hijos y en su alma no albergaba más sentimientos que una bola de barro. Riess sollozaba, bostezaba y juraba que aquel sería el último ataque de artillería y morteros que resistiera, y que abandonaría el frente para esconderse en las ruinas de Stalingrado, para esperar allí el final de la batalla, como habían hecho otros rezagados.

Altenhuden estaba con Gimpf en el mismo hoyo.

¿De dónde has sacado esas botas forradas de piel?

—Me las ha regalado Gnotke porque tenía los pies helados —contestó Gimpf.

—¿Y dónde las «recuperó»?

—Nada de recuperación; a él se las dio el coronel. El coronel en persona las llevaba al entregárselas.

Al cabo de unos instantes, Altenhuden exclamó:

—Esto no se acaba nunca.

—Por mí, que caiga una granada y nos entierre de una vez; así se acaba antes y no tenemos que seguir.

—¡Pues, por mí, no! ¡Yo quiero regresar a Nemitz y trabajar la tierra! ¿Piensas alguna vez en tu hogar?

—¡Mi hogar...! —suspiró Gimpf.

Un trozo de barro helado cayó en el hoyo.

Altenhuden lo recogió. Tenía un papel pegado en el que aparecía escrito con grandes caracteres: «Permaneced en los hoyos cuando termine el fuego. Cuando lleguen los tanques, dejadlos pasar. No disparen. Ahorren la munición para cuando ataque la infantería. Esperen la orden de hacer fuego.» Altenhuden tiró la bola de barro helado con la orden a su vecino Liebsch, y por este mismo procedimiento llegó hasta Fell, Wilsdruff, Rebstoch y los demás. La orden procedía de Dollwang, y éste la había recibido a su vez de Woroponowo, del depósito de agua, de Vilshofen.

Los veteranos y los soldados nuevos, Altenhuden, Gnotke, Fell y los otros, hasta cerca de cien hombres —el grupo Dollwang—, más otros cien —el de

Latte—, resistieron el fuego de los morteros enemigos durante tres horas y media.

Los cuerpos pierden poco a poco su sensibilidad. Los estómagos que primeramente se rebelaban están arrugados, convirtiéndose en bolsas vacías, las vejigas ya no aprietan, se han hecho aire. Y los cerebros no son más que tierra; el que piensa aún, por ejemplo, en una vida anterior o en la culpa de Adolfo Hitler o en una Lotte y con quién se casará después, éste, como el cerrajero Rebstock, ya ha saltado deshecho por la metralla como un pedazo de carne que cae en aguas tropicales y que inmediatamente es devorado por mil pececillos.

Durante tres horas y media la catarata de hierro, fuego y humo cayó del cielo.

Cuando el fuego cesó, aquello no significaba el final de la lucha, sino una paz momentánea, antesala de un nuevo episodio de horror. Ahora el cielo y la tierra guardan silencio, no se puede respirar. Los soldados están tumbados en tierra o agachados, con las caras apretadas contra el barro helado.

Siguió un impresionante chirrido de cadenas acompañado de un temblor de la tierra. Pasaban llamaradas sobre sus cabezas. Fango, tierra y nieve caían sobre los hombres que aguardaban ansiosos. Los tanques habían entrado en acción. Pasan por un hoyo más grande, sobre el que evolucionan hasta aplastar a cuantos allí buscaban refugio.

La artillería, los lanzagranadas, los tanques —toda una maquinaria del infierno tal como la desarrolló la técnica alemana, tal como el trabajo alemán la ha agigantado y los generales alemanes la han empleado para subyugar a otros pueblos— aquí se les presenta y cae sobre soldados alemanes que, convertidos en madera, en piedra, arrugados como momias, están ahora acurrucados en sus hoyos de tierra.

Los tanques han pasado.

Ha vuelto la tranquilidad. El fuego de la artillería se desplaza más hacia atrás. El silencio dura hasta que se oye el griterío y las pisadas de la infantería atacante. Aullidos, crujidos, una oleada humana se echa sobre ellos.

—¡Fuera!

Los entumecidos miembros pugnan por moverse. Las piernas rígidas han de obedecer, porque les va en ello la vida.

Bombas de mano, pistolas ametralladoras. La ropa tiesa de suciedad helada. Tienen los pantalones duros como tablas. Pero han de multiplicarse en número y valor gritando tanto como puedan:

—¡Hurra!

—¡Hurra! —contestan los rusos.

Gnotke, Gimpf, Dollwang, ucranianos, cosacos... Fell, con un uzbeko..., Altenhuden, Liebsch, Riess; calmuco, siberianos, rusos, rusos blancos...

—¡Hurra!

Comenzó el fuego. Las cabezas eran destrozadas como frágiles cáscaras de huevo. Los rusos apoyaban sus pistolas ametralladoras en su vientre o su pecho y vaciaban los cargadores contra las filas alemanas. Sueltan las pistolas ametralladoras y empuñan las armas blancas. El teniente Latte cae gravemente herido. Una batería dispara desde Woroponowo. Es Vilshofen que recibe a los tanques rusos.

Latte inclina la cabeza y muere.

Ya no se oían los cañones de Vilshofen. La artillería antiaérea pesada del comandante Buchner y los cañones de una batería de quince centímetros dispararon también hasta su último cartucho, para quedar definitivamente en silencio.

Vilshofen continuaba sobre la torreta del depósito de agua. Permanecía aún allí cuando la noche envolvió la estepa con su mano. La línea de defensa tuvo que ser abandonada durante la oscuridad. Latte había muerto. La mitad de su grupo de combate había caído y los otros se habían dispersado o estaban heridos o prisioneros. Sólo un reducido número de hombres ensangrentados pudo retirarse por la fría estepa.

El capitán Dollwang, el brigada Hanke, el sargento Gnotke y unos cuarenta hombres más marcharon cojeando en la oscuridad en dirección a Woroponowo. Esto era todo lo que quedaba del grupo de Vilshofen. No había salido mejor librado el grupo de Enders, ni el de Steinle, ni el de Keil, ni los restos de la 397.<sup>a</sup> y la 371.<sup>a</sup> divisiones de infantería, que habían combatido ya con el Volga a sus espaldas cerca de Pestschanka. Aquella noche se retiraron todos a nuevas posiciones en la línea del ferrocarril. Pero esta nueva línea ya no era de hierro ni de acero, sino de latón. No podría resistir el siguiente golpe. Se quebraría definitivamente.



## XXVI

DURANTE LA NOCHE DEL VEINTIDÓS AL  
VEINTITRÉS DE ENERO...

Durante la noche del veintidós al veintitrés de enero se escribieron en Alemania bastantes cartas. He aquí el contenido de algunas de ellas:

Al cabo Mathias Linz: «Querido Mathias: No recibo carta tuya desde... Si esto sigue así me volveré loca como la señora de Salm. Siempre esta terrible pesadilla de la guerra... y el pensar que te hallas en el cerco de Stalingrado... ¡Dios mío!...»

Al soldado Johannes Leimer: «Querido Jochen: Hazme saber si estáis cercados o no. Si es verdad, haz una crucecita en una esquina de la carta; con esto basta.»

Al cabo Wolfgang Specht: «Querido esposo:...todos estamos preocupados y nos dicen que se necesitan nervios de acero para resistir esta incertidumbre. Todos los días ruego a Dios que te libere del infierno de Stalingrado. Según parece, allí ocurren las cosas más horribles que uno pueda imaginarse...»

Al soldado Hermann Kramer: «Mi querido Hermann: Cuando anoche escuchamos la radio, se nos paralizó el corazón: «¡Fuego concentrado sobre Stalingrado!», dijeron. ¡Dios mío! ¡Pobre papá!: Gustl e Use se miraron muy tristes.»

Al soldado Karl Dennstadt: «Mi querido Karl: No puedo dormir ni de día ni de noche; si no vuelves no sé qué va a ser de mí. Estoy muy impresionada aún por el último bombardeo. Y ahora ya llevo muchos días sin noticias tuyas. Sería capaz de abrir el gas...»

Al soldado Kurt Mohr: «Mi querido y único hijo: Puedes imaginarte lo que sufro cuando adivino lo que os sucede a vosotros. ¡Eso es un crimen abominable! ¡Luchar con este frío! Cuando pienso en ti, quisiera sacarte de ese infierno y ponerme en tu lugar. Yo ya soy vieja y tú eres joven. ¡Tan guapo, y la muerte acecha a cada momento para acabar contigo! ¡Si no te vuelvo a ver, hijo querido... yo tampoco quiero vivir ni un minuto más!... Tu mamá.»

Al brigada Karl Tussich: «Mi querido Karl: Hoy ha sido otra vez día de colecta. Estoy muy preocupada porque tú lo pasas tan mal. En la oficina todos son muy buenos conmigo y sienten que estás en el cerco; todos, menos uno, que es un canalla. A éste todo le va bien... Me vio llorar y dijo que no había que

pensar siempre en lo peor, que serían más los que volvieran a casa que los que se queden allí. No puedo expresar mi indignación cuando pienso en ello. Tu preocupada, Luise.»

Al brigada Rudolf Dorninger: «Mi querido Rudi... Nada consolador se oye de ese maldito Stalingrado. ¿Podréis romper el cerco que los rusos han formado? ¡Dios quiera que todo acabe bien! Es verdaderamente trágico que en vez de venir con permiso hayas tenido que ir a ese infierno.»

Al soldado Roben Brünner: «Querido Bert: Tus cartas últimas son bastante enigmáticas. Ahora ya estamos enterados, por casualidad, no por la radio...»

Al soldado Hans Pippmansberg: «Mi querido Hans: Has tenido la desgracia de nacer en este mundo de locos. Muchas veces me pregunto por qué estamos abandonados. Los periódicos no dicen la verdad de lo que pasa en Stalingrado. La radio y el cine también lo ocultan. Si dijeran la verdad, los hombres se volverían locos. Se nos dice que no tenéis nada de comer desde hace seis días.»

Al soldado Albin Hedenick: «Mi queridísimo Albin: Creía que se me iba a partir el corazón. Escucha, tienes que volver. Tú siempre fuiste tan bueno conmigo, me has cumplido el menor deseo. Yo tengo el presentimiento firme de que mi maridito va a volver. No, no, no, Albin, a ti no te puede suceder nada malo...»

Al soldado Ewald Stüwe: «Querido Ewald: El hombre puede sufrir mucho, pero a mí me parece que tú ya has soportado bastante. También aquí en Colonia vamos cada vez peor. En la fábrica, es terrible; no tenemos luz ni calor; todas las ventanas están tapadas y todo el día tenemos que trabajar con luz artificial. Y esos cochinos aviones vienen día y noche. Ya no soy capaz de nada. Me duele la cabeza de tanto susto. Y cuando pienso en ti, lloro; es para volverse una completamente loca. Tu Tilla.»

Al soldado August Fell: «Querido hijo: En casa estamos todos alarmados. La muerte de Willy nos ha trastornado mucho. Tenemos que venderlo todo, incluso la vaca que nos ha dado tanta leche. A padre el trabajo se le va haciendo demasiado duro, está cada día más encorvado. Etsch ha caído en el frente, y a Haeb le han tenido que cortar el brazo derecho. Así a todos nos toca llevar nuestra cruz. Esperamos que tú estés bien, y que recibas la bendición del Señor. Que Dios te permita regresar a tu patria. Tu madre.»

Durante la noche del veintidós al veintitrés de enero, en la estepa de los calmucos, al sur de Woroponowo... era preciso recordar que una vía férrea se extendía por el desierto blanco, que en las proximidades de la misma se hallaba una ciudad, un refugio; había que acordarse —cosa muy difícil para la cabeza aturdida por las detonaciones, el frío y el hambre— si todo aquello había sucedido la noche anterior o había transcurrido ya mucho tiempo desde entonces. Aquello era el paso por los montones de chatarra, los techos hundidos, la estación y los vagones del ferrocarril. Una densa capa de nieve blanca y reciente lo cubría todo, lo borraba todo. No se veía más que la nieve, y el soldado que se desviaba del camino se hundía en ella como en un mar. Pronto perdía el pie como en una arena movediza, como en un tremedal, sus movimientos se hacían precipitados; ya no eran pasos, sino más bien los movimientos de un nadador; comenzaba a gritar, pero nadie le oía, sus voces se perdían en aquel desierto, allí no había más que las estrellas. Las grandes estrellas brillantes de la estepa, que parecían bajar a su lado. En la cima de

aquella inmensa ola de nieve había alguien sentado que le miraba...

«¡No, no, no, Albin! ¡A ti no te puede suceder nada malo!»

La voz de sus familiares, desde Alemania, denotaba temor, preocupación e inquietud por ellos. La de los hombres que se hallaban perdidos en la estepa de los calmuco, en los campos de nieve y en los barrancos del Volga, permanecía insensible; no denunciaba ni temor, ni esperanza, ni sentimiento alguno. A todos ellos les dominaba tan sólo una indiferente pasividad.

Y así, con los sentidos aniquilados, muertos de fatiga y cargados, caminaban también aquella noche los hombres de Dollwang por la nieve. El camino antes señalado por las pisadas, tapado con nuevas oleadas de nieve, pisado de nuevo y otra vez cubierto, iba como una zanja entre paredes de nieve. El depósito de agua habría sido un punto de referencia, pero en la noche azul no se le podía distinguir. Antes había postes indicadores del trazado de los caminos y carreteras, pero aquellos postes fijos habían sido arrancados para leña, y ahora cada veinte, treinta, o cuarenta pasos sólo se erguían en la nieve los montones de huesos de caballos, única señal que encontraban en su camino. El grupo de Dollwang estaba en marcha, y lo mismo otra patrulla, como la de Dollwang, un hombre tras otro, en fila india; era el resto del regimiento de Enders. Delante de ellos estaba Woroponowo, a sus espaldas tenían la tierra de nadie —lo que por aquella noche era aún tierra de nadie— y el campo de batalla, abandonado, y en parte aún alcanzado por los disparos de las baterías. Muchos caminos de huellas que provenían de las trincheras conducían a la carretera principal. Y aquellos que durante la lucha cuerpo a cuerpo, quedáronse atrás y tuvieron la fortuna de despertar de su aturdimiento y, aterrorizados, habían conseguido hallar el camino hasta encontrar la ruta jalónada por los esqueletos de caballo, aquellos tenían el hilo en la mano y la esperanza de poderse juntar otra vez con la tropa.

Por uno de aquellos senderos que iban de los «bunkers» al camino principal caminaba el soldado Ewald Stüwe, que se había quedado rezagado. Por otro, iba el cabo Hans Daussig —del regimiento de Enders—. Cuando el primero percibió a Daussig, que estaba escuchando en el cruce de dos senderos —nadie sabía hasta dónde habían llegado los rusos—, se quedó inmóvil, observando los movimientos del otro. Luego se acercó a él, se olfatearon como dos lobos y continuaron juntos el camino. Al poco rato se sentaron. Su sombra parecía realmente la de dos lobos malheridos y jadeantes.

—¿Qué tienes?

—Una herida de bayoneta en el brazo. ¿Y tú?

—Creo que es una bala de ametralladora en el costado.

El de la herida en el brazo era Stüwe.

—¿Se han marchado también tus camaradas? —preguntó.

—No lo sé. Cuando abrí los ojos me encontré solo en la nieve. Sin embargo, cuando caí se luchaba cuerpo a cuerpo, y ahora no había nadie.

Ambos callaron.

De repente, Daussig se echó a reír. Stüwe le miró con desconfianza.

—¿Te han dado también en la cabeza? ¿Eh?

—No, hombre; es que pensaba en una cosa...

—¿Muy divertida?

—Pensaba en mi casa...

No era un recuerdo nada alegre, pero, ¿qué le importaba todo aquello hoy día? Era motivo de risa el hecho mismo de acordarse uno de tales cosas.

—¿De dónde eres? —preguntó Stüwe.

—De Berlín, mejor dicho, de Kletzsche, en el Altmark.

—Yo soy de Colonia... Bueno, ahora tenemos que levantarnos y seguir hacia Woroponowo.

Tenían que llegar a Woroponowo, no pensaban en otra cosa. Stüwe tampoco sabía si su casa de Colonia quedaba aún en pie o si estaba ya reducida a escombros. Y de las preocupaciones de Tilla, que durante ocho años habían sido las suyas propias, ya no sabía nada; estaba muy lejos de todo aquello.

Daussig había sido músico; hubo un tiempo en que tuvo una colocación, un piso y un piano de cola alquilados, y una mujer, de la que estaba terriblemente celoso... Todo aquello quedaba tan lejos como si viviesen en otro mundo; nada le podía importar si su «mujercita» seguía sola o si ya se había marchado con otro. Stüwe y Daussig, apoyándose uno en otro, se pusieron de nuevo en marcha. Deseaban ansiosamente encontrar un hoyo que les ofreciera alguna protección y descansar.

No tenían más que recorrer algunos kilómetros; sin embargo, necesitarían horas enteras para llegar. Poco a poco se les fueron uniendo otros soldados que marchaban a la deriva. Finalmente eran ya un grupo considerable cuando llegaron a una estación de ferrocarril, y entonces comenzaron a buscar un vagón de sanidad. Y lo encontraron. Estaban obsesionados por la idea de un cómodo vagón con mantas, estufas, médicos y enfermeros que les atendieran, sobre ruedas que tal vez empezaran a rodar, acaso hasta Stalingrado... acaso hacia... Es posible caer; pero, ¿no es posible también seguir viviendo? Distinguieron las cruces rojas casi cubiertas por la nieve. Eran vagones de mercancías con puertas corredizas y ventanillas pequeñas. En uno de ellos se veía humo. Y de otro salía también humo por el techo agujereado. Aquellos vagones estaban habitados; pero, aunque llamaron, no obtuvieron contestación. Tropezaron con unos troncos helados a lo largo del tren, pero no se preocuparon por averiguar qué era aquello. Sólo buscaban un rincón caliente donde echarse. Por fin llegaron a un coche que pudieron abrir a los primeros intentos; estaría vacío, o, por lo menos, sus habitantes no daban señales de vida. En él había algunas camillas y una estufa. Sobre ellas vieron cuerpos inertes que fácilmente pudieron arrastrar y echar sobre la nieve. De esta manera consiguieron hallar sitio. Para subir a los vagones tenían necesidad de apoyarse en algo. Uno de aquellos troncos helados les sirvió de punto de apoyo. Sobre éste colocaron nuevos troncos, y así por aquellos peldaños podían ya subir incluso los heridos en las piernas. En esta operación fue cuando advirtieron que se trataba de cadáveres congelados. «Precisamente tú que eres tan joven...» «¡No, no; a ti no te puede suceder nada!...»

El soldado Stüwe, aquella noche, en medio de la nieve, tenía alucinaciones. Ante él había un vagón de la cruz roja. Vio subir al músico Daussig, que desapareció en su interior. Ante sus ojos vio un rostro de nariz grande y unos ojos claros como el agua. Era el soldado August Fell, que también había perdido el contacto con su unidad. Stüwe le asió con su brazo

sano y le dijo:

—Vámonos al almacén de víveres. Allí estarán también los demás.

—Sí; es probable —asintió Fell.

Abandonaron el tren sanitario y pronto dejaron atrás la estación.

## XXVII

EL COMANDANTE CAJERO PIERDE A SU  
SARGENTO KULICKE

Al día siguiente, la línea de defensa, que, en realidad, no existía más que en los planos de los estados mayores, pasaba por la estación de Woroponowo, seguía por los edificios del almacén de víveres, se alejaba de la vía de ferrocarril hacia el Norte para regresar al «punto 44», donde estaba el grupo Keil, y entraba en Gumrak, de donde salía en dirección al Este.

El nuevo día amaneció oscuro y cubierto de niebla. Los hombres que se despertaron en los establos del almacén de víveres y se levantaron vacilantes, parecían también de niebla.

Un nombre, unas palabras pronunciadas por el brigada Hanke o el sargento Gnotke, y un grupo marchaba a ocupar una nueva posición en un «bunker» o en una trinchera. Estas operaciones se realizaban sin mucha severidad ni disciplina militar. En cambio, los que presentaban un marcial aspecto eran el comandante cajero y sus hombres: el brigada, el sargento y los soldados. Éstos sí que tenían cascos de acero y pistolas en el cinto y habían colocado un centinela frente a la puerta y otro en el almacén de víveres. El centinela disponía de un pequeño bidón de gasolina para poder prender fuego a los víveres en caso de que avanzaran los rusos y corrieran peligro de caer en su poder.

Desde que oyó el fragor de la batalla, el comandante cajero no dejaba de moverse ni permanecía un momento tranquilo. La división había transmitido la orden de evacuar el almacén y había enviado unos cuantos camiones para tal fin. Pero los camiones no llegaban. El comandante cajero no tenía ni un minuto de sosiego. Observaba el cielo, la carretera y la estación, donde sonaban descargas de fusilería.

Entró también en el cuarto donde se había instalado Dollwang.

—Capitán...

Dollwang le tranquilizó con un movimiento de la mano, y dijo:

—Todo está en orden, comandante.

—Pero, ¿no cree usted que... no sería prudente?...

Sus palabras quedaron cortadas en seco. Su rostro palideció. Se oía como el silbido de una bandada de pajaritos.

—¡Eso es...!

—Balas perdidas de fusil, mi comandante.

El comandante cajero salió. Volvió a su habitación para telefonar a su vecino, el veterinario, que había conseguido un automóvil. Solamente necesitaba alguna cantidad de gasolina. En el camino tropezó con un hombre tendido en el patio. Era un sargento, ¡su sargento Kulicke!

Miró fijamente a aquel hombre tumbado:

—¡Sargento...! ¡Kulicke...!

El sargento no se movió. Tenía la cara amoratada. Un hilillo de sangre manaba de su sien.

—¡Dios mío! ¿Está muerto?

No era la primera vez que veía un hombre muerto. No tenía más que ir a la estación para ver cómo se hacían escaleras con cadáveres. Pero los cadáveres que había visto anteriormente estaban rígidos como postes, estaban sucios, no se podían identificar; sin embargo, su sargento Kulicke... Levantó el brazo del sargento y lo dejó caer. Le cogió las manos. Sus ojos se abrieron desmesuradamente al comprobar la veracidad de su primera afirmación.

—¡Dios mío! ¿Está muerto... está muerto?

—Sí, está muerto, y bien muerto —le contestaron.

Una hora más tarde, el comandante cajero Zabel, el brigada y un veterinario subían a un camión. El coche salió por la puerta de la granja en el momento oportuno. Ahora ya no eran balas perdidas de fusil las que llegaban, sino que un fuego graneado de morteros llovía sobre la casa que acababan de abandonar. No había llegado el coche aún a Zarita cuando vieron altas llamaradas que salían de los edificios. El objetivo del ataque soviético no se reducía a la granja, al pueblo y la estación de Koroponowo, sino que abarcaba a todo el frente. Ningún punto en el que se concentraba el fuego ruso podía ser mantenido.

La hora del colapso había sonado.

La agonía duraba ya sesenta y dos días. Quedaban unos cuantos hombres, cuyo número no se podía calcular exactamente. Unos vagones llenos de carne humana helada. Unas ruinas repletas de heridos, «bunkers» llenos de soldados hambrientos y cuevas rebosantes de piltrafas humanas ensangrentadas.

Varios vagones llenos de hombres ya inconscientes de frío, se hallaban en las vías de la estación de Woroponowo. En uno de esos vagones yacía el músico Hans Daussig, de treinta y dos años. Había oído todo cuanto es posible oír en aquel fúnebre cajón con ruedas: los ronquidos de un soldado con la garganta obstruida, el silbido de otro con el pulmón perforado, el gemido pidiendo un pedazo de pan o una gota de agua, delirios y alaridos de los moribundos. Había llegado la hora del gran silencio. La estufa perdió su color rojo y recobró el negro, a falta de una mano que la alimentara. No oía toser, ni tiritar, ni gemir, ni suspirar a nadie. La herida del costado y el pus que se le había formado en el vientre le daban calor a Daussig, salvándole de una muerte inevitable y rápida por congelación. El silencio persistió mucho tiempo, hasta que nuevamente se oyó ruido fuera de los vagones: eran explosiones de granadas del 12,7. Un casco de metralla abrió un gran boquete en el vagón y dejó entrar la luz del día en aquella estancia de muerte. La puerta del vagón se abrió. El hombre que se incorporó no era ni el cabo Daussig ni el músico Daussig, sino solamente un espectro.

Los soldados rusos ocupaban la estación de Woroponowo.

No sólo en la estación de Woroponowo imperaba la muerte. También en Krawzow y Pestschanka habían sido abandonadas las ruinas repletas de soldados heridos. Había también cuevas igualmente llenas de heridos en Jeschowka, en Gumrak, Stalingradski, Gorodischtsche y en la población de Woroponowo.

El soldado Stüwe deseaba ser atendido en el hospital de la carretera de Woroponowo a Jeschowka. Se lo negaron. Aquello sólo estaba habilitado para sesenta pacientes y actualmente había alojados más de cuatrocientos cincuenta. Para que le vendaran tuvo que cortarse un trozo del forro del capote. Un médico le hizo girar la vista por la sala. Soldados gravemente heridos yacían por el suelo únicamente cubiertos con sus capotes; sus rostros parecían de barro. Apretados unos contra otros, cuando se movían, el movimiento y el gemido recorría toda la fila. A Stüwe le enviaron al siguiente hospital de sangre. Continuó su camino con los millares de heridos que vagaban dispersos procedentes de todas las líneas de combate.

Los «bunkers» que ocupaban los famélicos soldados se extendían desde el valle de Zarina hasta Stalingrado. También en el barranco de Tulewoj había «bunkers» parecidos, y así seguían hasta el muro de los tártaros y Stalingrado. Allí donde antaño se alojaban los grupos de artillería, los estados mayores y los servicios auxiliares, ahora se habían construido cuarteles y alojamientos para la tropa y hospitales de sangre. Sin asistencia médica, sin víveres —¡si al menos recibieran la miserable ración que tenían los soldados del frente!—, el único alimento que les quedaba eran huesos de los esqueletos de caballos encontrados en la nieve.

Uno de los huéspedes de estas cuevas era el soldado Stüwe, que no había conseguido ingresar en ninguno de los centros sanitarios donde se había presentado. Caminaba a través de la estepa en dirección a Stalingrado. Entró en un «bunker», tuvo que sacar de él un cadáver para hacerse sitio donde pasar la noche; extendió sus trapos y se acostó. Puso a su lado una lata de conservas, pidió una cerilla a su vecino, y con hojas de papel y trozos de madera y de goma de neumático que había recogido por el camino y otros desperdicios combustibles, encendió una lumbre minúscula en la lata, y se calentó la nariz y los dedos casi congelados.

También los otros tenían unos braseros por el estilo. Todos estaban tumbados en el suelo y el humo pasaba sobre sus cabezas. También solía suceder que Stüwe y los demás se levantaran durante la noche, salían corriendo por la oscuridad —dispersándose en todas las direcciones— por la campiña cubierta de nieve. Esto solía acaecer cuando el zumbido de los motores de aviones que volaban a ras de tierra penetraba por sus oídos, cuando algún avión cargado de pan, de chocolate, latas de carne en conserva, daba vueltas sobre sus cabezas y, en medio de la niebla y la tormenta de nieve, no podía precisar el sitio donde soltaba su carga.

Entonces corrían por la oscuridad, se hundían hasta el cuello en los montones de nieve, salían fatigosamente de ellos y seguían corriendo hasta que jadeantes y agotados volvían a sus hoyos. También sucedía que alguno se encontraba con una de aquellas «bombas» de víveres que caían del cielo, y cargado con treinta y cinco kilos de pan, de carne o de chocolate iba a esconderse en cualquier rincón y se pasaba toda la noche masticando y



comiendo hasta hartarse, mientras los demás hombres del «bunker» le maldecían e insultaban.

En los arrabales de Stalingrado y en el casco de la ciudad había igualmente cuevas llenas de heridos que no habían recibido la menor asistencia. Toda la ciudad estaba inundada por esta miseria humana. Alrededor de mil heridos graves yacían en la antigua Comandancia Militar; unos tres mil en los sótanos de la «Casa del Ejército Rojo», cerca de ochocientos en los del Teatro y en otros muchos de doscientos a trescientos. Los soldados en «activo» dormían bajo el mismo techo que los heridos gravísimos y moribundos, tocando con ellos y muy a menudo con cadáveres. En la Plaza de los Caídos se había alojado el regimiento de artillería núm. 4, los restos del regimiento acorazado núm. 36 y lo que quedaba de la 71.<sup>a</sup> división de infantería, bajo el mando del general von Hartmann.

Era la agonía de un ejército.

Una agonía en el escenario de la estepa oriental con sus noches heladas, tempestades de nieve y explosiones de granadas. El ejército se deshacía; el centro de este gran organismo estaba aturdido; las transmisiones no funcionaban y sus miembros estaban paralizados. Los hombres morían; pero los muertos no eran enterrados. Los cadáveres de hombres que habían sido recios y hermosos, yacían ahora como árboles desarraigados.

Uno de estos hombres —debía encontrarse todavía en el Gimnasio de Breslau y no hacía mucho aún que iba a la escuela— había pasado por Zybenko, Krawzow y Pestschanka; cien veces las balas y la metralla podían haberle derribado como a aquellos otros cuyos cadáveres vio abandonados en la vasta estepa; sin embargo, pudo llegar hasta Woroponowo, como antes había llegado a Pestschanka, y también llegó a la estación y a las ruinas de la ciudad; bajo una enorme nube de humo negro, olor de incendios y gritos desgarradores, vio a numerosos grupos de fugitivos que tiraban sus fusiles y su equipo y se agregó a uno de ellos. Eran alemanes y rumanos.

Siguió con ellos hasta que reconoció el camino que llevaba a la granja convertida en depósito de víveres.

La hacienda ardía. Las llamas salían por las ventanas, las puertas y el tejado de la casa del comandante cajero. El de la casa vecina, donde en cierta ocasión él estuvo alojado, se había desplomado sobre las paredes, no quedando más que un confuso montón de piedras y ruinas. Por la situación comprendió que había entrado en el cuarto mismo donde durmió durante algunas noches consecutivas. Ahora no era más que un hueco en la tierra y en este hueco había un capitán con un teléfono.

—A sus órdenes, mi general; los rusos están en Woroponowo. Llevo más de una hora sin poder comunicar. Han llegado refuerzos. Los soldados están enfermos. Se les ha hecho venir sin comer y nadie les ha dado nada. El almacén de esta granja fue incendiado cumpliendo órdenes del comandante cajero y todos los víveres se han perdido... Ha recibido esta orden de su división...

En la última hora del derrumbamiento del frente meridional, el grupo de combate Vilshofen —ahora Dollwang— había sido puesto bajo el mando del general Goennern; de la misma manera que el regimiento Enders y los de Keil y Steiner estaban a las órdenes de Damme.

—Con los refuerzos y el personal abandonado por el comandante cajero,

tengo ciento dieciocho hombres; pero hay que tener en cuenta el hecho de que la hacienda no se presta para la defensa. Según la opinión del general Vilshofen, la vía férrea, unos doscientos metros más atrás, es mucho mejor para una eficaz defensa... Sí, los rusos atacan con morteros, ametralladoras y algunos tanques... ¡A sus órdenes, mi genera!

El capitán Dollwang colgó el teléfono y contempló al joven que había oído la conversación con su superior. Iba con la cabeza descubierta, el capote desabrochado, sin cinturón, sin pistola y los cabellos caídos sobre la frente y la cara.

—¡Valor, hombre! ¡Ánimo! ¿Qué le sucede? ¿De dónde viene?

El joven suspiró:

—Todo ha terminado. Los rusos han pasado. Zybenko y Krawzow perdidos.

—¿Y qué? ¡También se han perdido Pestschanka y Woroponowo!

El capitán Dollwang notó el galón de plata que llevaba en las hombreras.

—¿Es usted cajero?

—Sí, mi capitán. Después me enviaron a un regimiento de primera línea y me confiaron el mando de un pelotón de infantería.

—¿Jefe de pelotón? —el capitán Dollwang movió la cabeza—. ¿Y dónde está su fuerza? ¿Y su regimiento?

—¡Totalmente aniquilado! Ha sido destrozado por los tanques. ¡Dios mío, todavía los oigo!

—¡Siéntese! ¿Y cómo pudo escapar usted? ¡Hay unos quince kilómetros desde Zybenko!

—¡No lo sé! Oí los gritos y vi a los rusos, mi capitán.

—¡Siéntese! —repitió Dollwang.

Schweidnitz se sentó sobre una de las vigas caídas. Apenas podía mantener abiertos los ojos. Entró un enlace. Era August Fell.

—¡Seis tanques en dirección a la estación, mi capitán!, Dollwang salió corriendo.

Tardó una hora en regresar. Con él penetró en el «bunker» una vaharada de humo, ceniza, nieve y olor de azufre. Altenhuden y Gimpf traían un herido grave, era el teniente Kindt. Antes de poderle extender, tuvieron que desalojar al ayudante cajero, que dormía como un tronco. No había modo de despertarle.

Dollwang cogió el teléfono.

—¡Urgente, urgente! —gritó con voz ronca—. ¡El jefe de información en persona!

## XXVIII

## ORDEN DEL ALTO MANDO EN BERLÍN: «NI UN PASO ATRÁS»

El teléfono llamó a un «bunker» del foso de Tulewoj.

El ayudante de Goennern, el doctor Weichbrot, un joven capitán con una cara que parecía hecha de mantequilla y sangre, le contestó. El jefe de información no estaba presente y el comandante se hallaba ocupado en aquel momento en una conferencia urgente también.

—Sí, daré parte en seguida al general. La hacienda destruida, falta de munición, una cinta por cada ametralladora veinte balas por fusil y carabina, además cinco granadas por pieza. La hacienda no se puede defender. El capitán propone ocupar posiciones doscientos metros más atrás, junto a la vía férrea.

La puerta del «bunker» vecino estaba abierta. Dentro aparecía sentado el general Goennern ante una mesa con mapas iluminada por dos lámparas eléctricas. A su lado, con capote y gorra, apoyado de espaldas a la pared, se encontraba el general Vilshofen. Goennern no había escuchado la conversación sostenida en el cuarto contiguo. Tenía la oreja pegada a otro auricular y hablaba del mismo tema con el cuerpo del ejército.

—...pero, ¡si la hacienda ya no existe! ¡Dígale esto al jefe supremo! No. Solamente quedan ruinas. ¿Comprende usted, Unschlicht? Doscientos metros. ¡Esto es el colmo!

Goennern colgó el teléfono, y contempló a Vilshofen que permanecía callado. Allí estaba el plano con las líneas fijadas por el Alto Mando del Ejército. Woroponowo-Jelschanka, y a pocos metros de distancia, la vía férrea. Ayer todavía Jelschanka, Zybenko y Krawzow quedaban dentro de la línea.

Ningún Alto Mando ni cuartel general —sino sangre y muerte— habían borrado esta línea. Cada día variaba. Hacía sesenta o setenta días que el Alto Mando del Ejército había fijado la línea que iba al noroeste del sector del Volga en Lataschanka y al Oeste pasaba por las alturas de Rossoschka y por el Sur al otro lado del río Karpowka. Cuando las tropas se retiraron del Volga y Lataschanka, los oficiales del Alto Mando del Ejército habían mostrado gran estupor. El Cuartel General del Führer exigía informes y justificaciones. Llovían imprecaciones y epístolas del propio Führer sobre «las imperiosas necesidades

del momento».

—Y, cuando al Oeste, en las colinas de Kasatschi y en el valle de Rossoschka, la cosa empezó...

Vilshofen se sobresaltó:

—La cosa... Sé que no nos gusta llamar a las cosas por su nombre; pero, digámoslo de una vez: cuando la cota 126 quedó convertida en un montón de cadáveres y el valle de Rossoschka se llenó de muertos...

—Pues bien, dígalo así. Cuando el ejército se retiró más atrás, de nuevo se sucedieron las preguntas, las órdenes, amenazas y lamentos y no solamente amenazas, sino que también intervino el tribunal de guerra.

—En este momento y en este caso concreto —se trataba del grupo Dollwang— únicamente el jefe es responsable y puede juzgar la situación y sus necesidades.

—Pero, ¿usted ya oye lo que contesta el cuerpo de ejército! El Alto Mando del Ejército, en Berlín, ha fijado la línea defensiva y no puede ser modificada ni retirarse lo más mínimo sin su permiso.

—¡Así, pues, es él quien manda! Pero entonces, ¿dónde queda la independencia del ejército en campaña, su libre juicio sobre la situación y necesidades de cada caso y la autoridad de los jefes inferiores, dentro de los límites de su jurisdicción, su responsabilidad en la batalla? —preguntó Vilshofen.

—Esta pregunta ya se ha hecho muchas veces, querido Vilshofen.

—¡Ahora ya no se trata de ningún «querido Vilshofen»! ¡Se trata de la vida o la muerte de muchos hombres! ¡Y la pregunta es si esta muerte está justificada o no!

Goennern se quedó mirando fijamente al plano. Una línea blanca y negra indicaba la vía férrea, y un círculo negro Woroponowo; la hacienda estaba señalada por una cruz. Cruz, línea y círculo se confundían ante su vista.

El incesante fragor de la artillería rusa se oía amortiguado por las paredes de barro, y provenía del Oeste, o sea de la dirección del frente donde luchaban los grupos al mando de Goennern y Damme. El «baldaquino» colocado sobre la mesa de planos de Goennern estaba inclinado por el peso de los trozos de barro desprendidos del techo, por el polvo y la tierra que habían llegado hasta la mesa.

—No comprendo por qué nos hacen quedarnos aquí todavía —suspiró Goennern—. No se puede trabajar ni concentrar la atención, ni adoptar decisiones tranquilamente.

—¿Trabajar, concentrar la atención, adoptar decisiones tranquilamente? Yo le desearía a usted una intranquilidad sagrada. El problema debe ser resuelto aquí mismo, y la pregunta a que hemos de contestar, no sólo por nosotros, sino por toda Alemania, exige inmediata respuesta, aquí mismo, bajo el silbido de las balas.

Goennern levantó la vista, parecía atormentado.

Vilshofen continuó:

—Nos han dicho que Hoth y Manstein llegarían en nuestra ayuda; pero ni han llegado ni nos han ayudado. Luego nos dijeron que nuestro sacrificio serviría para apoyar al resto del ejército y así contribuiríamos a facilitar la formación de un frente nuevo; sin embargo, el frente se retiró cada vez más atrás y nosotros no hemos apoyado al ejército. Ahora, ya no nos quedan más que unos miserables desgraciados que caen defendiendo una línea que de

antemano sabemos que es insostenible. ¿A quién ayudamos ahora? ¿A quién servimos con nuestro sacrificio? ¡Explíquemelo usted, Goennern!

Goennern se rascó su calva cabeza con la mano. Se podía discutir con Damme y con los demás; pero con este hombre audaz —había que verle durante la ofensiva— no se podía hablar siquiera.

—Se trata de los grupos de Dollwang, Enders, Steiner y Keil. Pero, no solamente de esto: se trata de un problema de vida o muerte para todo un ejército, de todo un ejército de hombres, y la pregunta es si esto tiene algún sentido.

—Le repito, querido Vilshofen, que esta cuestión no nos compete. Por último, tenemos que acatar las órdenes, Vilshofen, y además tenemos que dar ejemplo.

Vilshofen se reía con sarcasmo. Estaba realmente medio loco.

—Hoth no puede ayudarnos, sino que deja a sus hombres muertos en Kotelnikowo; ¡éste es el único ejemplo! El jefe supremo hace tenebrosos pronósticos, transmite radiogramas al Alto Mando del Ejército y al Führer, y pide libertad de acción; pero deja nuestros cadáveres en Stalingrado: ¡éste es el ejemplo! De tales ejemplos, tenemos muchos, y no son ejemplos de muerte los que Alemania necesita sino ejemplos de vida. Es preciso obrar de la manera conveniente en el momento preciso, e incluso, cuando las circunstancias lo exigen, también en contra de las órdenes recibidas.

»¡No, Goennern, no, permítame hablar, déjeme decirlo todo! Cálculos erróneos, menosprecio de la opinión de los demás, supervaloración de la propia, todo un sistema de ideas equivocadas en su fundamento, ya no solamente ideas, sino hechos, y como consecuencia de todo esto, el edificio construido sobre falsos cimientos empieza a vacilar. Y nosotros, los de Stalingrado, somos los más expuestos. Y se persiste en el error a pesar de todo. Pero con cadáveres y más cadáveres no se puede ya remediar nada. Es una gran acción morir cuando se sirve a una causa grande, cuando sirve al bien de la comunidad y de la patria. Pero si se muere nada más que para ocultar errores cometidos; cuando se muere para encubrir una torpeza fatal —no, no, espérese usted, Goennern— cuando se muere para que el carro se vaya atascando cada vez más, entonces ya no es una acción grande, no, morir así, es una acción mezquina, miserable o vergonzosa...

Goennern estaba a punto de cortar la conversación, cuando volvió a sonar el teléfono en el «bunker» vecino. Vilshofen y Goennern escucharon las palabras que repetía el ayudante:

—El capitán Dollwang herido, el teniente Kindt muerto... únicamente un sargento y treinta y ocho soldados... doscientos metros...

Goennern exhaló un profundo suspiro. Vilshofen era un general sin mando y sin tropa. Goennern cogió el teléfono...

—Urgente, urgente —llamó al ejército—. Con el jefe del estado mayor.

Prefería refirir con él, a continuar su discusión con Vilshofen.

El jefe del estado mayor del ejército hablaba por dos teléfonos. En uno, tenía una conferencia urgente con Damme, que pretendía retirar su grupo Enders; por el otro, llamaba Goennern, que probablemente abrigaría intenciones parecidas. Saludó con un movimiento de cabeza a un jefe que entró en su habitación. Era el coronel Carras, que había marchado unos días antes y acababa de regresar en el último avión llegado a Gumrak.

—¡Tiene mala cara! —pensó el jefe mirándole—. ¿Qué habrá traído? —Y

mientras, contestaba a Damme:

—No puedo remediarlo. Orden del Alto Mando: «Ni un paso atrás».

—Pero, ¿qué significa esa porquería de su grupo Keil? ¿Cómo? ¿Ese hombre se ha dejado empujar al otro lado de la vía férrea? Hay que arreglar eso en seguida.

Habló con Goennern:

—¿Doscientos metros?... ¡Ni diez! No, no puedo hacer nada. ¡No se trata ni de un par de metros ni de un par de hombres! La situación es muy seria. Diga al capitán y a sus soldados que el destino del Sexto ejército está en sus manos. Orden: «Ni un paso atrás».

Su ayudante le entregó otro teléfono por el que protestaba el jefe del regimiento acorazado contra la orden colocando sus antiaéreos en el terraplén de la vía de Woroponowo. El jefe ni le dejó hablar; le interrumpió al instante.

—¡Los antiaéreos seguirán donde están! Los antiaéreos son hoy el único sostén moral de la infantería. Explique esto a su jefe de grupo... ¿cómo se llama?... Bien, Buchner, explique esto a Buchner. ¡Ni un paso atrás!

«¡Ni un paso atrás!» Ésta fue la orden recibida por el jefe del regimiento acorazado. Ésta fue la orden recibida por Goennern y esta misma orden fue la que recibió Damme. Y Damme se la transmitió a Enders y a Keil. Al coronel Enders, Damme le agregó una excusa, y al comandante Keil, una maldición bastante gruesa contra el alto mando del ejército y «los de allá».

Enders contestó arrancando el cordón del teléfono y tirando el aparato a la papelera. Keil tuvo que retroceder todavía más atrás, en el contraataque que dispuso en seguida. Cuando Keil celebró otra conversación después, con su general, hallándose en la carretera de Jeschowka, en un hoyo en la nieve, el general Damme ya no replicó con una maldición amistosa; esta vez estuvo frío y su tono era oficial, le increpó severamente. Usó palabras que hicieron palidecer a aquel comandante que llevaba la cruz de caballero ganada en el frente del Mius, y que le hicieron olvidarse de su pueblo natal, Craz, de su padre, de su joven esposa y de sí mismo. Llamó a sus hombres, en medio de la noche, mientras las detonaciones resonaban:

—Hans, Heinrich, Georg, ¿quién viene conmigo? ¡Voluntarios para un golpe de mano!

El coronel Enders ya no habitaba, como días antes había dicho a Vilshofen, en la gran chimenea, sino que se había instalado en uno de los hornos de la fábrica de ladrillos. Allí cabía una cama de campaña, una mesa, algunas sillas, maletas, libros, etcétera, y se estaba tan bien como en un invernadero. La fábrica estaba algo apartada de la línea de ferrocarril. Enders no se limitó a arrancar el hilo telefónico. Escribió una orden que debía ser la última. Se quitó el uniforme, lo colocó cuidadosamente en una percha, y se puso un pijama. Hizo que su asistente le preparase la mesa con blancas servilletas. Hacía sólo dos semanas que había llegado y disponía de todo lo necesario. Se despidió del asistente, regalándole una pitillera de plata.

El Pastor Koog, enviado por su vecino el coronel Steiner cuando la comunicación telefónica quedó interrumpida, halló la estancia así: sobre la mesa había dos cubiertos y dos vasos. Uno estaba completamente lleno, pero nadie lo había tocado. También había una botella medio vacía y un libro abierto. El coronel Enders estaba tumbado en la cama con su pijama de seda.

Junto a la cama, encima de un baúl, había un vaso de agua medio vacío y una cajita de cartón con la inscripción «Veronal». Su última orden era: «Teniendo en cuenta la situación actual, cada uno es libre de actuar como crea conveniente. Doy permiso a todos para que pongan su vida a salvo, se rindan o hagan lo que crean procedente y lo que les dicte su deber, sobre todo para con sus familiares».

Koog, encontró también a su colega católico, el capellán Kalsner, de quien se había separado durante el pánico de Pitomnik.

Entre el «bunker» donde se encontraba y el depósito de víveres, estaba instalado el jefe de antiaéreos Buchner. A su derecha, el antiguo horno estaba incendiado. A su izquierda, el almacén de provisiones, convertido en una enorme hoguera. Frente a él, la vía férrea hacia donde se desplazaba ahora fatigosamente todos los antiaéreos de que se disponía.

Junto a Buchner se hallaban su ayudante —el teniente Loose— y el teniente Stampfer, jefe de sección. Al resplandor del fuego de la artillería rusa, vieron cómo los antiaéreos subían a sus nuevas posiciones y, lógicamente, los cañones podían ser vistos igualmente, a la misma claridad, por los rusos.

«La Flak (artillería antiaérea) es el sostén moral de la infantería» —así rezaba la orden que Buchner había recibido como respuesta a su petición al jefe del estado mayor.

De improviso gritó:

—¡Pero si esto es una locura! —y apretó los puños de rabia. Sin embargo, no dio la orden de anular las instrucciones recibidas de la superioridad.

Aún no habían ocupado las baterías sus nuevas posiciones, cuando estalló el infierno; un fuego graneado de morteros y lanzagranadas. Las vías se convirtieron en un amasijo de hierros retorcidos. Un impetuoso torrente de fuego se volcó sobre los antiaéreos. Las granadas con sus mortíferas cargas se abatieron sobre los maltrechos e indefensos soldados y sobre las más simbólicas que reales piezas artilleras. Todo cuanto quedó de las fuerzas alemanas, se reducía a ruedas sueltas, piezas aisladas y fragmentos de cañones desparramados.

—¡Santo cielo! ¡Loose, Loose, Looseeee! —gritó Buchner prorrumpiendo en sollozos y cayendo en brazos de su teniente ayudante, mientras el resplandor de las explosiones iluminaba con un tinte verdoso su pálido rostro.

El sargento Januschek se limpió la sangre de la cara y exclamó:

—¡Ahora, sí que nos han... hecho polvo, mi comandante!

A seis kilómetros de distancia, al pie de una colina, un grupo de hombres se movía en dirección a la vía férrea. Eran Keil y algunos soldados de la Prusia oriental. Una granada estalló cerca de ellos y se tiraron de repente al suelo.

El cocinero Heinrich Halluweit vio al comandante Keil que seguía caminando, cojo, sin preocuparse de la metralla que silbaba por el aire.

Halluweit preguntó al brigada:

—Mi brigada, ¿qué significa esto?

El brigada se encogió de hombros sin despegar los labios. Unos soldados gritaron:

—¡Mi comandante, mi comandante!

Sin embargo, éste continuó su camino sin inmutarse.

Halluweit se dirigió a Vierkant:

—Pero, mil diablos, ¿qué le sucede al comandante?

—¡Ha perdido completamente el juicio! ¡Que Karl se encargue de él!  
Karl Wischwill, el asistente de Keil durante muchos años, que conocía también su casa en Cranz, y a su padre y a su esposa, echó a correr tras él.

Se tiró al suelo cuando oyó silbar otra granada. Se levantó y le alcanzó:

—¡Señor Keil!

Keil volvió la cabeza. Se dio cuenta de que no le seguía nadie.

—¡Cobardes! —fue lo único que dijo.

Sus soldados le oyeron; pero siguieron tumbados.

—¡Está loco de remate!

—¡No, aún no hemos llegado a tanto!

—¡Yo no estoy dispuesto a suicidarme!

—Mi comandante, mi comandante...

No escuchaba ni volvió la cabeza. Subió al talud de la vía, que estaba sometido a un intenso fuego de ametralladoras pesadas. Su cuerpo se doblegó inmediatamente, segado por una ráfaga.

«¡Ni un paso atrás!»

«El Führer dirige cada regimiento, él dirige cada batallón.» Igualmente dirige el regimiento de Enders, el noveno batallón de ametralladoras de Keil y el grupo de Dollwang...

¡Ni un paso atrás!

En el «bunker» de Goennern, el teléfono sonó de nuevo. El ayudante lo cogió y se lo puso al oído. Estaba pálido; parecía una vieja mujer cansada. Sus labios se negaron a pronunciar las palabras que debía repetir constantemente:

«¡Ni un paso atrás! ¡La posición debe ser mantenida!» Perdió el dominio de sus nervios y dejó caer el teléfono sobre la mesa.

El timbre volvió a sonar; pero nadie lo atendió. Las palabras se oían desde lejos. Eran pronunciadas en voz baja y sin embargo llenaron todo el «bunker» e incluso el vecino, donde se encontraban Goennern y Vilshofen: «Estoy mortalmente herido; no puedo resistir más; todavía quedan vivos veinte hombres; solicito...».

Volvió a sonar el timbre. Nuevamente aquella voz se dejó oír en el auricular. ¿No decía acaso «Orden cumplida: todo el grupo ha dejado de existir»?

Goennern se llevó las manos a la cabeza. Con los dientes apretados de rabia, silbó:

—¡Trágica indecisión...!

Una sombra se echó sobre la mesa.

Era Vilshofen, que no podía dar aquí ninguna orden; pero puso en comunicación el teléfono del ayudante con el de Goennern y le presentó el aparato. Cuando éste se negó a contestar, Vilshofen mismo habló:

—Dollwang, Hans... ¿Quién es usted? ¿Dónde está el capitán?

—Aquí el cajero Schweidnitz. ¿El capitán? ¡Oh, Dios mío, Dios mío...!

El teléfono cayó sobre la mesa.

El rostro de Vilshofen era de hielo; su corazón y su sangre, de nieve. Oyó gemir a sus espaldas. Era Goennern. Se volvió:

—Eso dice usted ahora, Goennern. No se ha cumplido una orden; sino una sentencia de muerte. ¡Dollwang, Hans Dollwang, mi muchacho...! ¡Y no es él solamente, son millares, todo un ejército! Piense que usted no es el único,



Goennern, si esto puede calmar su conciencia; todos los generales se han convertido en verdugos de sus propios soldados.

Vilshofen se movió hacia la salida.

—¡Loco! —le gritó Goennern. Vilshofen se volvió otra vez:

—¡Alemania —exclamó— no es una palabra escrita en el vacío! ¡Capitán Dollwang, teniente Latte, soldado Fell, soldado Altenhuden, sargento Gnotke!... Con los que pierden su vida en esta resistencia insensata, con éstos muere Alemania.

Goennern no replicó palabra, su mandíbula inferior cayó y permaneció así, con la boca entreabierta. Su rostro parecía de corcho.

## XXIX

## CAMINO DE STALINGRADO

Kaiser y Koog venían de la fábrica de ladrillos. Habían seguido por el interior de la curva del ferrocarril. Llegaron a un lugar donde los pocos soldados supervivientes del grupo de antiaéreos de Buchner pugnaban por mantenerse en una zona en la que no se veían más que tractores volcados y deteriorados. Continuaron su camino hasta llegar al sitio donde los escasos restos del grupo Dollwang, heridos o moribundos, habían atravesado la vía.

El padre Kaiser se inclinó sobre un hombre.

Era el soldado Altenhuden, que yacía aturdido en la nieve y sintió de improviso la mano que le tocaba el pecho cogiendo su medallón de identidad.

—Soy el capellán de la 376.<sup>a</sup> división. ¿Qué te pasa, muchacho?

—Nada, padre, gracias, no me pasa nada. Tengo una pequeña herida en la pierna. Lo único que necesito es que me lleven a un hospital.

—Siento no poderte llevar. Continúa andando en esa dirección. Por allí saldrás a la carretera de Jeschowka.

—Toma esto para el camino —añadió su colega Koog.

—¡Gracias, padre!

Altenhuden cogió un trozo de pan y una sardina arenque que el capellán le dio. Procedía del cuarto del coronel Enders, donde Koog se había llenado los bolsillos con las conservas que Enders trajo de Alemania.

Pronto encontraron a otro hombre tumbado en la nieve. Por la expresión de su rostro, se adivinaba al instante que estaba en sus postreros minutos.

—Padre, ya no puedo atacar más —dijo con voz infantil.

—Ya no tienes que atacar más. La guerra ha terminado para ti —le consoló.

Luego hallaron a otro que con ojos desvariados entonaba una frívola canción de moda.

El siguiente era August Fell. Estaba gravemente herido; pero se encontraba en plena posesión de sus facultades mentales. Las entrañas se le salían del vientre. El padre Kaiser le cubrió la herida para que él no pudiera verla. Pero tan piadosa precaución era inútil; Fell no se hacía ilusiones. Su último temor era morir sin poder tragar el pan sagrado. El padre rompió un trozo de hostia que llevaba y se lo introdujo en la boca con una gota de agua.

No transcurrió mucho tiempo cuando la vida se escapó del cuerpo de August Fell.

Junto al cadáver de Fell, se separaron Koog y Kalser.

Koog continuó por la vía y más adelante descendió al valle del Zaria. Kalser se dirigió hacia el Norte por la carretera de Jeschowka. Pronto alcanzó a los hombres que avanzaban cojeando, heridos, totalmente agotados y rendidos por la fatiga. En aquel grupo iban Gnotke, Gimpf, Altenhuden y el cajero Schweidnitz.

Hacia medianoche, uno vestido con un capote blanco los detuvo. Otros varios estaban de pie en la nieve. Todos empuñaban pistolas ametralladoras.

—¡Alto! ¡Ni un paso más! ¡Venid aquí!

Schweidnitz estaba tan cansado y agotado que no reconoció a su comandante cajero, al brigada y al veterinario. Los otros estaban también tan abatidos que se dejaron conducir sin dificultad a una nueva posición donde se acostaron junto a los demás soldados recuperados.

Cuando Gnotke se despertó a la mañana siguiente y abrió los ojos, se encontró tumbado en la nieve tapado con un capote-tienda de lona cubierto de nieve. Se encontraba en un pequeño desnivel del terreno y a su lado, mejor dicho a todo su alrededor, vio a muchos otros soldados tendidos en el frío suelo, cubiertos con mantas, lonas y harapos. De entre unos trapos que se movieron apareció una cabeza. Era Altenhuden. También vio a Gimpf y a otros muchos a quienes no conocía. En todo el campo blanco no se divisaba más que unas cuantas tiendas de campaña y la cocina del ejército. El resto estaba desierto, era un terreno agreste y hostil. Altenhuden se levantó y buscó la mirada de Gnotke.

—¡Otra vez el cielo raso! —dijo Gnotke.

—Entonces, aquí va a ocurrir el último acto —observó Altenhuden. Levantó la mano y se tocó la sien con el dedo. Este signo quería significar que estaban locos. Y los locos eran los del valle de Zariza, los de Stalingrado, los de Berlín o donde estuvieran los que pretendían continuar aquí la guerra.

El sargento Gnotke corroboró:

—Eso creo yo, desde luego.

Los dos estaban de acuerdo; Gnotke llevó a su «grupo», formado por Altenhuden, Gimpf y el «nuevo» Franz Schiele, a la cocina de campaña. A cada uno de ellos le dieron un pedazo de pan y caldo de carne de caballo. Era agua caliente en la cual más que carne se habían hervido huesos de dicho animal que ya habían servido más de una vez para tal fin. Luego, el jefe del grupo de combate, un joven inspector, se acercó a Gnotke y le ordenó:

—¡Haga una descubierta!

Con la mano señaló la dirección por donde se suponía debían andar los rusos.

—Sí, señor —contestó Gnotke.

Llamó a Altenhuden, a Gimpf y al «nuevo». Les dieron otro pedazo de pan y un cucharón de caldo y emprendieron la marcha. Caminaron en dirección a las ruinas de unas chozas. Encontraron una gran lata vacía que arreglaron de modo que les sirviera de trineo. Allí encontraron también trozos de vigas carbonizadas, y las cargaron con los capotes-tienda y los equipos, y por turno iban tirando del trineo. Así caminaron por la nieve. Eran un grupo de los muchos que vagaban por aquellos días esperando el final. La dirección que

habían de seguir estaba bien determinada: opuesta a la línea circular que se estrechaba cada vez más; y para ellos aquel día tal dirección significaba, primero, el barranco de Zariza, y luego, Stalingrado.

La vía férrea había sido rebasada por las fuerzas del ejército rojo. La ofensiva del Sur se dirigió contra la línea Zibenko-Krawzow-Pestschanka-Woroponowo, y los regimientos y grupos de combate allí apostados se habían retirado al otro lado de la vía. El regimiento Enders estaba deshecho. El grupo de Dollwang diezmado. Los restos del IV cuerpo del ejército, que eran solamente parte de la 297.<sup>a</sup> y 371.<sup>a</sup> divisiones de infantería y de una división rumana, fueron rechazados hasta Zariza, y, a través de Jelschanka y Minina, hasta los arrabales de Stalingrado.

Desde el Oeste, el ejército rojo ocupó también la vía férrea y siguió más adelante hacia el Sudoeste. Otra ofensiva desde el Norte, pasando por el aeródromo de Gumrak, alcanzó la «posición Hartmann», desde donde el jefe supremo tuvo que retirarse precipitadamente. Éste marchó hasta el río Zariza, donde tropezó con una columna del frente derrotada en el Sur. Se quedó durante un día en las ruinas de un gran sanatorio y se alojó más tarde en un enorme edificio de Stalingrado, en la Plaza de los Caídos.

El ejército aumentó su presión.

Después de Gumrak, también Gorodischtsche fue ocupada. Los tanques rusos llegaron hasta la extremidad del aeródromo de Stalingrado. Aquí se defendían los restos de los regimientos y divisiones que se habían retirado desde el Oeste. En las cotas 102 y 107 había posiciones ocupadas por grupos de artillería, morteros y lanzallamas, así como por el grupo del comandante Holmers.

La consigna era: Resistir. Ni un paso atrás.

La línea de defensa fijada en este sector era el «muro de los tártaros».

## XXX

## EL «MURO DE LOS TÁRTAROS»

El comandante Holmers se encontraba en su puente de combate a ochocientos metros del «muro de los tártaros». Aun poseía algunos cañones del quince, que habían llegado desde Bjelgorod, a través del Donetz, Oskol, Kalitwa y el Don, hasta Stalingrado y disponía también de cierta cantidad de municiones.

Era un día gris, vaho y tinieblas se elevaban del Volga. A sus espaldas, Holmers tenía el barrio industrial, lleno de montones de chatarra, troncos de árboles derribados, hornos inutilizados, ruinas de paredes, talleres destruidos, casas pertenecientes a una colonia de obreros bombardeadas, etc. A su izquierda, estaba el antiguo aeródromo ruso, que había estado siempre bajo los bombardeos de la aviación enemiga y el fuego de artillería, y que nunca pudo ser utilizado.

A la orilla del aeródromo estaba el «soldado de plomo», miserable resto de la atalaya destruida por las bombas y por los incendios. Las ruinas próximas eran los restos de la escuela de aviación, y en ellas habían instalado dos generales sus puestos de mando. Y algo más lejos se veía el «tiesto de flores», aquel bosquecito que lleno de baterías, lanzanieblas y morteros constituía el corazón de la defensa. Esta zona apoyada en la ciudad, y cubierta de ruinas de fábricas y construcciones de hierro retorcidas, estaba rodeada por un largo talud de tierra que formaba a su alrededor un amplio muro: el muro de los tártaros.

Este muro de los tártaros era la maravilla que contemplaba Holmers, causando la extrañeza del brigada que iba en su compañía. No le chocaba el muro de los tártaros, pues ya lo conocían desde hacía días, cuando pasaron por él con sus tractores, y después incluso lo ocuparon en una longitud de algunos kilómetros, cavando en él trincheras para sus hombres... También sabían cómo se había transformado con el tiempo cuando sus soldados se marcharon y fue ocupado por nuevos «inquilinos», convirtiéndose para los desperdigados y famélicos soldados en lo que era hoy día: Un «muro de las lamentaciones», donde se moría sin lamentos siquiera, calladamente, pues los que mueren de hambre o frío no hacen ruido, ni aúllan, ni se quejan.

Desde el día anterior, el muro constituía la nueva línea de defensa. La 76.<sup>a</sup> división de infantería y las 113.<sup>a</sup> y 60.<sup>a</sup> motorizadas debían de ocupar las posiciones; pero los grupos de fugitivos y soldados exhaustos que habían llegado durante la noche, no podían ser considerados de mucho valor. Y, en realidad, no estaban en condiciones físicas ni morales para sostener una batalla.

Así, pues, Holmers y su brigada miraron fijamente el muro, las nubes y las tinieblas. Más allá y cubierta por el muro, estaba la carretera que iba de Gumrak y Gorodischtsche a Stalingrado. La víspera y los días pasados también se había oído ruido de motores, crujido de ruedas y pasos de infantería en marcha. Ahora reinaba el silencio tras el muro de los tártaros, y, cuando a veces se oía ruido de motores, se sabía con corteza que eran tanques rusos que se movían ocultándose por la nieve.

El comandante miró a su brigada y éste se encogió de hombros.

Nada se podía hacer. Era preciso ahorrar la munición y solamente se podía disparar contra objetivos visibles.

Un soldado que Holmers había enviado a hacer una descubierta, regresó.

—Delante de nosotros no hay nadie —informó.

—¿Qué hacemos? ¿Enviamos unos cuantos soldados de los nuestros?

—¿Los pocos que tenemos? —contestó el brigada—. ¿Y quién quedará para guardar los cañones?

Un vigía adelantado llamó por teléfono:

—La tropa que ya debería estar aquí no ha venido.

—Pero si ahí tenía que estar la 60.<sup>a</sup> motorizada.

El brigada se encogió otra vez de hombros. El observador llamó de nuevo:

—A mi derecha, los soldados se retiran, ¿qué hago?

—Retirarse también —contestó Holmers.

¿Qué podía hacer? El muro estaba ocupado sólo parcialmente. Largos trozos del mismo estaban desguarnecidos. Restos de grupos y regimientos que vagaban por el campo sin encontrar sus posiciones, al llegar al sitio que les habían designado se encontraban sin vecindad que les cubrieran los flancos y tampoco ellos se quedaban. En tales circunstancias, tampoco hacía falta observador.

De improviso estalló un fuego nutridísimo; pero los grupos de artillería y sus jefes ignoraban lo que sucedía allí. La cota 102 y las piezas del grupo de Holmers callaban.

Le tocó al grupo de combate Keil, que desde hacía cuarenta y ocho horas carecía de jefe, pues en Jeschowka había caído el brigada Goeritt. Eran los últimos que quedaban del batallón número nueve de ametralladoras de la Prusia oriental, y llegaron al muro después de una larga marcha por un camino de nieve muy alto. Cuando los soldados oyeron el ruido de las cadenas de los tanques a sus espaldas y cuando los tanques rusos avanzaron, el cocinero Heinrich Halluweit, que había tomado el mando, hizo poner en posición de combate las ametralladoras pesadas. Pero, faltos de apoyo sólido a sus pies, los soldados y las ametralladoras se hundían en la nieve traidora. Las ráfagas que lanzaban contra las planchas metálicas no hacían más efecto que si hubieran sido bolas de nieve. Sin embargo, los soldados esperaban poder poner alerta a todos los del muro con sus disparos. Mas el muro permaneció callado; el único movimiento que se notó en él fue el de la fuga hacia la ciudad de todos los que se habían tendido junto a los «bunkers» abandonados.

Los tanques se habían acercado. El grupo de ametralladoras dirigido por el cocinero quedó aplastado en la nieve. A la izquierda, una hilera de tanques y a la derecha otra fila de tanques; las ametralladoras fueron abandonadas. Intentaron acercarse a los colosos de acero por el centro, suponiendo que los tanques no dispararían para evitar hacerse víctimas entre sí con sus propios disparos.

Se arrastraron junto a las cadenas de los monstruos elevándose sobre las olas de nieve que aquéllos levantaban. Sin embargo, su proyecto no tuvo el resultado apetecido. Los tanques enfilaron hacia ellos sus ametralladoras y los que no perecieron por tiros directos fueron víctimas de las balas que rebotaban sobre las planchas de los carros de combate... Así cayeron, en la madrugada del veintiséis de enero de 1943, los últimos hombres del noventa batallón de ametralladoras, frente al «muro de los tártaros».

Un hombre con la manga del capote colgando, caminaba por la nieve. Se oía el silbido de las balas de los tanques e innumerables bocas de fuego que resonaban en las tinieblas. Aquel hombre solitario atravesó un barranco. Era la misma «balka» de Krutaja, a través de la cual Holmers había visto pasar hacía unos días a los fugitivos del derrumbado frente occidental. Esta «balka» no era muy profunda; pero parecía cortada a pico. Solamente quedaban unos restos del puente que la cruzaba, pues parte de él había sido empleado como combustible en los «bunkers». Aquel hombre se atrevió a pasar con precaución por el puente. Caminó por la nieve, subió al muro y llegó a la posición del comandante Holbers. Era un teniente, bajito, joven; pero, con la cara arrugada como la corteza de un árbol.

Se presentó:

—¡Lawkow!

Ayudante de batallón; últimamente jefe de batallón en el regimiento Lundt... No, no sabía dónde se encontraba el regimiento... debía ocupar sus posiciones en el foso de Tulewoj y él había sido herido en el camino.

—Sí, el brazo está perdido. En una palabra, mi comandante, esto es un... asco.

El teniente Lawkow miró a su alrededor y no creía lo que veían sus ojos. Allí estaba el brigada inclinado sobre una gran fogata con una sartén en la mano. Y en la sartén se freían rodajas de auténtica salchicha. ¡Una enorme sartén llena hasta los bordes! Lawkow estaba asombrado. Como de gran distancia, oyó la voz del comandante y contestó a su pregunta:

—No sé dónde se halla nuestra división.

—...

—Sí, es verdad, en Gorodischtsche he visto a nuestro general en la carretera. No sabe lo que hemos de hacer ni yo tampoco. Yo no sé más que tengo un hambre espantosa.

—Siéntese usted a la mesa, Lawkow.

Los tres, el huésped, Holmers y el brigada, se sentaron a desayunar. Allí no se comía con la mano. Había cuchillos y tenedores e incluso tres vasos en los que bebieron aguardiente.

—Las mil y una noches —dijo Lawkow—. Cuando regresemos a Pellingken, mi comandante, mataremos un cerdo, lo asaremos y no dejaremos de comer hasta que no queden ni los huesos.

—De acuerdo —bromeó Holmers.

—¡Si ahora pudiera dormir...!

—Pues, acuéstese aquí.

Holmers y el brigada se marcharon a su puesto.

Otros pasaron también por allí. Uno era el comandante Buchner, que iba en busca del teniente Stampfer, desaparecido con los camiones y la columna de abastecimiento.

Algunas veces se oía aún el fragor de la batalla. Choques entre tropas rusas y alemanas que derivaban en batalla, perjudicial siempre para las fuerzas alemanas. El ataque aniquiló por completo a las tropas fugitivas en la parte más avanzada del muro de los tártaros y liquidó los restos de la retaguardia. Una oleada de infantería y tanques pasó también por el muro de los tártaros y los cañones «D 102» y «D 107» intervinieron en la lucha.

En resumen, la situación al término de aquel día no sufrió variación.

No fue así al siguiente, que también trajo un notable cambio en el tiempo. Durante la noche, se había levantado un fuerte vendaval del Nordeste. Las nubes habían desaparecido. Cielo despejado, sol y, en cambio, un frío intensísimo. Algunos de los soldados de artillería que Holmers dejó al pie del muro y que habían permanecido allí sin protección alguna contra el viento, perecieron congelados.

El día amaneció con movimiento de tropas. Apareció la infantería en la parte frontal del muro, que descendió y se retiró hasta la punta del aeródromo. Era el general Geest con los restos de su división. El regimiento de cazadores número 54, dio media vuelta y se retiró también hacia el aeródromo. También otro grupo de combate hizo un movimiento parecido. Los cazadores y aquel grupo de combate se replegaban ya bajo el fuego de las ametralladoras y los morteros que hacían saltar la nieve mezclada con humo y azufre hasta el cielo, como un surtidor.

Aquel día el aire no era tan pesado, hacía muy claro. Los hombres que saltaban, y se colocaban sus armas en posición de firmes, se destacaban netamente en el campo de nieve, como si estuviesen pintados a lápiz sobre un papel. Cuando la infantería pasó por la derecha y por la izquierda y la artillería vio que tenía al descubierto los flancos, el aire no solamente parecía claro como el cristal, sino que al mismo tiempo daba la sensación de un vacío angustiante.

En algún lugar debía de haber aún soldados, y en efecto, algunos grupos fugitivos se le presentaron al comandante de artillería.

Todavía quedaban restos de la 76.<sup>a</sup>, que se dirigieron al norte de Stalingrado. Los hombres que habían quedado indemnes, pertenecientes al 8.<sup>o</sup> cuerpo de croatas, también se retiraron en la misma dirección. Aquí estaba el estado mayor del 8.<sup>o</sup> cuerpo, dirigido hacia el centro de Stalingrado. Un coche con oficiales de alta graduación pasó muy cerca. Entre ellos iba el general Vennekohl y también el coronel Unschlicht. En el centro de la línea, había una poderosa formación de artillería, un grupo formado con restos de regimientos artilleros, una batería de morteros y una sección de lanzallamas. Los cañones, los morteros, los lanzallamas, arrojaron su fuego a través de los aires, haciendo retumbar el cielo. El humo envolvió a la infantería rusa que atacaba. Sobre el muro y descendiendo de él, aparecieron los soldados rojos. Por un estrecho paso en el muro de los tártaros, los tanques rusos descendieron y penetraron en el aeródromo.



—¡Carguen, fuego!

—¡Carguen, fuego!

El ataque ruso se concentró sobre el nido de artillería del seto que había al borde del aeródromo. La artillería de dicho seto estaba sin protección de infantería. Una compañía de choque que debía venir, no apareció. Holmers observó desde su puesto de observación los detalles del ataque. Los árboles segados por la metralla se abatieron sobre los combatientes. Los tanques rusos penetraron en las trincheras alemanas y aplastaron a los hombres fundiéndolos con la tierra y la nieve. Los fugitivos germanos que intentaron la huida en busca de salvación, cayeron bajo el fuego de las ametralladoras.

El centro de Stalingrado fue separado de la parte norte de la ciudad. Las fuerzas de Stalingrado quedaron divididas en dos partes. Ahora había dos cercos. Stalingrado-norte y Stalingrado-centro. El comandante Holmers no tenía que combatir solamente contra dos frentes, sino que ahora se vio amenazado por un tercero.

—¡Carguen, fuego!

—¡Carguen, fuego!

Hasta que las baterías dieron el parte de «¡Munición agotada!», continuaron disparando sin tregua.

—¡Volar los cañones! ¡Volar los camiones! ¡Volar los tractores!

Sólo restaba la huida. La rápida huida a Stalingrado.

## XXXI

EL COMANDANTE HOLMERS RENIEGA DE SU  
TRADICIÓN FAMILIAR

Al día siguiente, cuando Holmers se despertó en un sótano de Stalingrado, todavía estaba aturdido. Aún veía en su mente, reviviéndolos, todos los pormenores de la enorme y trágica batalla, que tantas víctimas y sacrificios humanos, inútiles y estériles, había costado al ejército alemán.

Cota 107. De allí se había marchado, pues, definitivamente. Las baterías voladas...

—Brigadas, ¿los tractores también fueron volados?

—Sí, mi comandante —contestó el brigada, que también se hallaba en el sótano.

El grupo de prisioneros de guerra rusos se había quedado atrás. Bien. ¿Qué hacían ya aquí? ¡La intendencia también se ha ido!

—Brigada, ¿las raciones han sido repartidas?

—Sí, mi comandante, todo se repartió entre los hombres.

—Luego, también nos hemos quedado sin víveres... ¿Cómo va ese café, brigada?

—Estará en seguida, mi comandante.

La retirada fue una desbandada general hacia la ciudad. Camiones, coches, tractores, soldados, oficiales, jefes, generales, todos se dirigían a Stalingrado, anegados en un mar de confusión y espanto. Sin embargo, Holmers sólo pudo formarse una idea exacta de lo ocurrido después de hablar con un capitán de infantería y con algunos otros oficiales de aquel sector. La mayor parte de la cota 107, la cota 102, la colonia de obreros, y el aeródromo estaban ya en poder de los rusos. El ataque se dirigía ahora contra el extremo occidental de la ciudad y pasando por aeródromo, hacia el corazón de Stalingrado.

El brigada regresó con el desayuno. No había agua para lavarse porque no había leña para deshacer la nieve. Además, Holmers, como jefe de artillería sin artillería, estaba sin mando; lo mismo que un gran número de jefes y un nutrido grupo de oficiales y estados mayores de Stalingrado. Sin embargo, a Holmers se le había confiado la misión especial de registrar ruinas y sótanos en busca de soldados que todavía pudiesen empuñar las armas. Aquel día debía visitar

las «casas blancas», acompañado por su brigada y un soldado Empezó muy temprano la tarea. El sendero formado por pisadas atravesaba los patios de las casas. Éstas eran calcinados esqueletos de piedra, sin puertas, ni ventanas, ni pavimentos. Cuando se miraba de abajo a arriba, podía contemplarse el cielo a través de cuatro o cinco pisos sin techo, y la nieve caía como si fuese polvo.

—¿Qué sucederá ahora, mi comandante? —preguntó el soldado.

—¡Hombre, qué se yo! Allí está la línea que no podemos pasar.

Repentinamente, a través de un boquete abierto en uno de los muros, divisaron la helada superficie del Volga. Los tres se detuvieron hundiéndose en un mar de reflexiones.

—Entonces, entre aquí y aquella raya...

—Sí; aquí debe decidirse.

—Y pensar que estamos a unos dos mil kilómetros de la patria...

El sendero continuaba a través de campos llenos de escombros. Las calles parecían enormes canteras, entre cuyos bloques de piedra había numerosos cadáveres. Cuando los tres salieron de aquel laberinto, se encontraron ante una hilera de altas ruinas. Aquello que antaño fuera una calle de limpias y altas viviendas, ahora un simple montón de piedras o fachadas sin techo, eran las «casas blancas».

Los patios y los sótanos estaban habitados. En los sótanos, tapados con sacos terreros, se habían alojado los estado mayores, los médicos y los jefes de servicios auxiliares. En otros sótanos de estos edificios habitaban soldados que habían perdido su unidad, y otros heridos o enfermos. Las entradas estaban protegidas por barricadas de sacos terreros. Piedras, escombros, vigas, etc., cerraban el acceso no solamente a los atacantes rusos, sino también a los recién llegados y a los oficiales de recuperación. Tuvieron que inclinar la cabeza para entrar en una cueva y penetraron en un corredor de un metro de ancho. A lo largo de las paredes se divisaban dos filas de caras grises una junto a otra. Entre ellos había rudimentarias estufas hechas con latas de conserva, que despedían un humo pestilente. Entre cada dos hombres había una de estas latas donde ardían las más extrañas materias combustibles. El humo les hacía andar agachados, en rigor habrían debido caminar a gatas. Tropezaron con los pies de aquellos hombres apenas entraron. En seguida oyeron gritos: —¡Fuera! Aquí todo está ocupado...

—¡Márchate! ¿Qué vienes a buscar aquí? ¡Ten cuidado, que me pisas las patas!

Holmers, después de haber desayunado mal, sin haberse lavado, lanzado de su metódica vida habitual a este abismo, se encontraba en un estado de ánimo propicio para rechazar enérgicamente tales insultos y faltas de disciplina, pero en esta covachuela se le pasaron las ganas de hacerlo. Hizo una señal a su brigada, dándole a entender que no tenía sentido reñir a aquella gente.

El único deseo de Holmers era el de cumplir cuanto antes su misión.

—¡Oigan todos! —gritó—. Hay una cocina de campaña para los soldados que puedan combatir. Se les dará café y pan. A todos los que se presenten se les dará, además, su ración de campaña.

Nadie se levantó ni contestó.

Holmers dirigió su vista por las filas y encontró los ojos azules de un hombre.

—¿Nos llegará socorro todavía, mi comandante? —preguntó aquél.

—Sí, hombre; si llegara Hoth todo cambiaría —contestó otro.

La sola mención del nombre del jefe de «panzers» provocó una ruidosa carcajada. Y aquella risa era aún mejor y más humana que la general apatía ambiente.

Holmers se volvió un poco.

—¡Enséñeme su cartilla!

«Soldado Ewald Stüwe, nacido el 28-XII-1911, en Colonia, profesión, mecánico. Nombre de la esposa: Matilde Raiutenberg; residencia, Colonia.»

—¿Por qué se encuentra usted aquí, Stüwe? ¿Por qué no quiere ir a la cocina de campaña y unirse a la formación?

Stüwe se levantó el capote y parte de la guerrera, y apartó unos trapos que llevaba sobre los hombros. Holmers vio un foco de pus, que penetraba en la carne dejándole el hueso al descubierto.

Holmers retrocedió ante el olor que apestaba.

—¿Le han sometido a tratamiento médico? —interrogó simplemente por decir algo.

—No, señor.

Holmers no hizo más preguntas en aquel sótano. Había perdido las ganas de entrar en el siguiente, donde había unos hombres sentados al fuego, cocinando un poco de masa de harina. Salió de nuevo a la calle, a través del hueco de la ventana. Le siguieron cuatro hombres, a quienes el hambre les indujo a dar aquel paso y estaban dispuestos a marchar de nuevo al frente por una ración de cuatrocientos gramos de carne de caballo y doscientos de pan.

En otro sótano, Holmers consiguió recuperar a unos cuantos soldados más. El ayudante de la división se burló de él cuando le vio llegar con tan poca gente. ¿Qué se creía? La tropa necesitaba soldados y no se trataba de un reclutamiento normal. Bastaba con que un hombre pudiese llevar cinturón, para que fuese «útil para todo servicio».

Todo esto se lo dijo a Holmers en tono de reproche. Y el coronel, que estaba sentado, le dirigió una fugaz mirada contemplándole como hubiera podido mirar a una pared.

—¡A sus órdenes! —contestó Holmers, retirándose.

¿Qué sabían ellos, que vivían en la abundancia, de la situación de los sótanos? Volvió, sin embargo, a su tarea, y ahora no toleró que se le escapase ni uno solo. También había recibido órdenes parecidas cuando reclutó la gente para los combates de la cota 107. Pero allí se las transmitió, a su vez a uno de sus jefes de batería. Luego vio las figuras de los recuperados. En tiempo normal, aquellos hombres no habrían sido enviados de ningún modo al frente. Sin embargo, hoy servían todos sin excepción para acciones de choque. Esqueletos agotados, enfermos de disentería que despedían un hedor penetrante y hombres medio muertos de hambre y desfallecidos de fatiga. ¡Por todos los diablos del averno! ¡Al fin y al cabo, yo no soy de la policía militar, sino un oficial!

En circunstancias tan especiales se necesitan personas de autoridad, le había contestado el ayudante... Y el coronel continuaba sentado sin hacer el menor caso de su presencia.

A los oficiales de los estados mayores casi no se les había podido ver. Habían vivido siempre en Jeschowka, a unos dieciocho kilómetros del frente.

¿Qué saben ellos de lo que pasa en primera línea? ¡Que vayan ellos mismos a sacar de los sótanos a esos miserables despojos humanos para que los acaben de triturar en el frente!

Pero era Holmers quien arrastraba tras de sí a aquel grupo de hombres pálidos. Unos con las piernas rígidas, otros que presentaban inequívocos síntomas de una muerte próxima, y otros, medio locos a consecuencia del hambre. Jurando y apretando los dientes, bajó al sótano siguiente: «¡Por cuatrocientos gramos de carne de caballo y doscientos de pan!» Y eso era bastante, porque sólo tenían que ir hasta la orilla de la ciudad y allí encomiaban la meta de la marcha, en la mayoría de los casos, la meta definitiva de su vida. Las orillas de la ciudad y la flecha que se iba dibujando en el centro de la misma devoraron aún muchos hombres más o menos «útiles», esqueléticos, enfermos de disentería, heridos, simplemente capaces de arrastrarse hasta allí.

El comandante Holmers era el agente que los reclutaba, él, un hombre civilizado, acostumbrado a comer con cuchillo y tenedor, incluso hasta la víspera en su «bunker» de la cota 107; más aún, sus refinamientos llegaban al extremo de usar en plena campaña soportes de plata para los cuchillos, y después de la comida nunca le faltó su tacita de café y su cigarrillo. Ahora, al salir de un sótano y dirigirse al próximo, no comprendía por qué esta maldición le había tocado precisamente a él, y en su desesperada ofuscación ya no veía el cielo, ni oía el ruido de las baterías en los alrededores de la ciudad, ni las explosiones de las bombas de aviación que caían en la misma calle.

Abatido, cansado, intoxicado por el aire de los sótanos e impresionado por tanta miseria, Holmers dejase caer en el hoyo que le servía de refugio. Estaba sentado a la mesa con la cabeza apoyada en las manos y mirando fijamente a la llama de la vela. Tres Holmers se hallaban allí en aquel instante. Uno viejo; otro, más viejo aún, y otro mucho más viejo todavía. Eran sus antepasados.

El viejo dijo:

—Yo también me dediqué a la leva de hombres; les daban carne salada y patatas secas; tres comidas calientes al día y las raciones normales, según exigían las circunstancias de la navegación.

El que esto decía era el padre del oficial de artillería de Stalingrado.

El otro, que era más viejo, habló:

—Yo también he reclutado hombres, mujeres y niños de la Galitzia oriental, Lituania, Polonia, Servia y Bucovina, llenando con ellos bodegas de barcos. No sé cómo les fue al otro lado del mar; pero mi trabajo tenía un motivo: satisfacer una necesidad y era, además, un negocio. Las compañías que se dedicaban al comercio de emigración han prosperado.

El que así hablaba era el abuelo del oficial de artillería de Stalingrado.

El tercero expuso:

—En nuestra familia ha habido hombres honrados que cuidaban los faros durante la noche y otros que continuaban la trata de negros aun después de la esclavitud. Yo he montado este comercio sobre una base legal y segura, reclutando hombres que luego trasladaba a Hawai para trabajar previo contrato; y cuando había despoblado la isla de Flores, en las Azores, empecé con la del Pico, y tras larga vida de trabajo regresé con muchos doblones de oro, siendo el fundador de nuestra firma y de nuestra familia.

Quien así se había explicado era el bisabuelo del oficial de artillería de Stalingrado.

El biznieto, que ahora estaba a la luz de una vela, no había conseguido despoblar los sótanos de Stalingrado, pues siempre llegaban del Oeste nuevas tropas. Los cuerpos enfermos de los sótanos «crecían» lo mismo que los moradores de las islas de Flores y del Pico; pero lo que seguramente sí que había hecho, era sacar tantos hombres de los sótanos como su bisabuelo había transportado en su velero desde las Azores a las islas Hawai en un viaje.

¿Y con qué objeto? ¡Ésta era la cuestión!

—A mí me costaban raciones de carne salada, de patatas secas y zumo de limón; ¡ero trabajaban para mí! —contestó una voz.

—A mí, cada emigrante, descontados los gastos, fuera hombre, mujer o niño, me ha permitido ganar cinco dólares —contestaba una segunda voz.

—Aunque en mi larga vida no hice tanto daño como un solo terremoto en una hora, volví con un cajón lleno de oro —contestó una tercera voz.

—Aquí no se trata de transportar mercancías ni de los cinco dólares. ¿Qué gano yo con todos estos hombres?

—En nuestro caso, tampoco se trataba solamente de nosotros. Y aunque ganábamos y construíamos barcos para nuestro beneficio, con ello colaborábamos también al resurgimiento de Alemania. El espacio que abríamos para nuestras mercancías era nuestro espacio vital, un espacio vital que existió de verdad.

—Tú reclutas hombres para arrojarlos al fuego. Pues bien, yo también recluté seres humanos y los envié a América; allí se quedaron y acaso trabajen en una hacienda o se hayan creado un porvenir; pero lo esencial es que yo cobré mi comisión e hice por ellos cuanto pude.

—Yo también recluté hombres y los conduje a las islas Hawai, donde trabajaron en plantaciones de azúcar y destilerías de ron y en mis manos quedaba la comisión del intermediario. Comercio y trabajo. Esto significa, yo gano y otros también ganan; un negocio sólido es siempre la satisfacción de una necesidad general.

Pero, ¿acaso pueden aplicarse los principios de la paz a la guerra? Se trata seguramente de los principios de la razón sana del hombre, y éstos tienen su valor tanto para asuntos particulares como para los de la comunidad, y estos principios son igualmente válidos en la guerra como en la paz.

—¡La «Gran Alemania»! ¿Es una verdadera necesidad, como lo era el tráfico transatlántico de pasajeros y mercancías, lo mismo de obreros para la fábrica de conservas del señor Swift o de trabajadores para las plantaciones de algodón o de azúcar, o para las líneas de ferrocarril, en lo que se transformaba finalmente la mano de obra de los emigrantes reclutados y transportados? Tú reclutas hombres; y ¿en qué se convierten al final tus hombres?

—Desde luego, en cadáveres. Y no son siquiera hombres lo que recoges para carne de cañón, sino inválidos, enfermos, hombres con el estómago ulcerado o las entrañas podridas y muchos heridos o con los pies congelados.

—Esto no quiere decir nada, pues también los inválidos pueden ser útiles aún —explicó la voz de la experiencia del viejo con corbata y gorra marinera—; en mis tiempos, en el puerto inglés de Plymouth, he visto un tren de gente vieja y enfermiza, muchos eran ya sexagenarios y algunos pasaban de los setenta, todos ellos habían sido «seleccionados» en los hospitales reales de Chelsea y fueron como soldados a bordo de un crucero con cincuenta y seis cañones y doblaron el Cabo de Hornos; los que antes no perecieron en el viaje, tuvieron que luchar en las costas del Pacífico. Es natural que esta escoria no pudiera

hacer mucho; pero el imperio contra el cual luchaban estaba aún más viejo y más débil que aquellos valetudinarios y así ellos han contribuido a cambiar el mapa en las costas del Pacífico, porque la empresa a la cual servían era sólida, y porque había una gran necesidad de cambiar la situación en aquellas regiones. Los inválidos se transformaron en cadáveres, lo mismo que los enfermos de los sótanos de Stalingrado. Que los hombres se transformen en cadáveres, no es nada extraordinario, ni antinatural. Esto sucede todos los días, y, especialmente, en los cambios políticos más o menos violentos, o en las grandes empresas como la construcción de diques en el mar y de líneas férreas a través de pantanos, desiertos o selvas vírgenes. Todas estas empresas son cimentadas con los cadáveres de sus realizadores. Pero tus hombres, que perecen en las ruinas de Stalingrado —y hasta la tierra se niega recibirlos y son pasto de los cuervos—¿qué es lo que cimentan? ¡Ésta es la cuestión! ¡La «Gran Alemania»!

¡La Gran Alemania hasta el Volga! ¿Es ésta una empresa sólida? ¿Hay razones para ella, obedece a una necesidad general, o es que los países del este o del oeste de Alemania son colonias donde establecer plantaciones como las islas Azores en el siglo XVIII, donde un velero cualquiera se podía acercar y sin que nadie se lo impidiese reclutar mano de obra barata? ¿Son, acaso, estos países las tierras de un milenario imperio decadente que, con soldados inválidos, con escoria de soldados se pueda abatir de un solo soplo? ¡Una «Gran Alemania» que se extiende del Atlántico al Volga! ¿Es necesaria tal cosa?

Y si no hay una necesidad suprema, ni un motivo justo o razonable, ¿qué es esto? ¡Locura, demencia, crimen!

Esto no es una idea genial, es una loca fantasía.

Una pesadilla...

—... Una pesadilla que aquí se deshace y los hombres que le dieron vida, se deshacen con ella. ¡Y Holmers se deshace con ella! Holmers se deshace con ella...

Esto era lo que gritaba el comandante de artillería Holmers.

El brigada se presentó corriendo:

—Mi comandante...

—¿He tenido yo necesidad de tal cosa? ¿He tenido yo necesidad de ello, me pregunto?

Holmers dio un salto. Ya no pudo aguantar más. Por naturaleza era un hombre tranquilo, más bien seco. Ahora bramaba como un león.

—«Países coloniales.» «Regímenes podridos.» «Coloso con los pies de barro.» No tenemos más que tocar la trompeta y todo se derrumba. Esto es lo que nos han hecho creer.

—¡Ron! ¡Hurra!

Silbidos. La tierra tiembla. Las paredes en ruinas se desprenden estrepitosamente. Una bomba estalló. Probablemente había sido en la casa vecina, que se derrumbaba, y el propio sótano daba vueltas, así parecía, al menos. Polvo de cal y en medio de la nube de polvo, Holmers gritaba:

—¡Demencia, ambición loca, megalomanía, es nuestro propio barro el que nos cae sobre la cabeza!

El brigada, oficiales, un teniente coronel:

—Vamos, Holmers, ¿ha perdido usted la razón?

—¡La «Gran Alemania» se hace añicos!

—¡Dios mío, Holmers; ya tenemos todos bastantes preocupaciones encima! Todos estamos a punto de perder la razón. Pero, ¡no agravemos las cosas!

—Hace mucho que la hemos perdido, mi teniente coronel. ¿O es que acaso usted, mi teniente coronel, no se había creído que los países conquistados eran colonias tropicales?

—¡Dios mío, ha perdido efectivamente la razón!

—Holmers, escuche...

—¡Holmers, escuche! Los rusos atacan intensamente por el sector meridional del cerco y si abren brecha, ¡nosotros también caeremos! En nuestro frente los rusos ya han ampliado grandemente su penetración. ¡Preséntese en seguida a la división! ¡Recorra inmediatamente los sótanos y recluté más gente!

—¡No puedo cumplir esa orden, mi teniente coronel!

—¡Comandante!

—Nadie puede enviarme de nuevo a los sótanos. Ruego al señor teniente coronel que me destine al frente.

—En el frente no es un hombre solo lo que hace falta, sino centenares, millares. Y nadie puede reclutar gente tan bien como usted Holmers. Hoy lo ha demostrado.

—Centenares, millares... doscientos mil, veintidós divisiones han estado ya en el frente. Hasta los residuos de los sótanos han sido llevados al frente, mi teniente coronel. ¡Dios mío, querido teniente coronel, usted que está tan bien afeitado, vaya usted mismo, mi teniente coronel, y meta su nariz en aquellos sótanos llenos de piltrafas hediondas, cubiertas de pus y de heridas infectadas...!

—¡Caballero...!

Fue una exclamación de reproche que no le causó mella a Holmers.

—¿Son esas piltrafas putrefactas, esos hombres llenos de granos y carnes desgarradas, lo que usted desea enviar al frente? ¡Vaya usted mismo a reclutar «su» carne de cañón!

Holmers no se dejó amilanar ni interrumpir:

—¡Stalingrado! Ya ocupamos nueve partes, ¡ocuparemos también la décima! Reclutaremos el resto de moribundos, cadáveres y esqueletos: ¡así lo dice el parte de hoy del Cuartel General del Führer! ¿Y para qué? ¡Ellos ya no pueden luchar! Sólo sirven para ser aplastados y triturados por los tanques. Yo no quiero hacer eso más tiempo. Yo no soy verdugo ni enterrador. Continuar la batalla con semicadáveres es...

Holmers dio un furioso puñetazo en la mesa. Había perdido el dominio de sí mismo. El pálido rostro del teniente coronel se desvaneció ante sus ojos y ya no oyó siquiera lo que le decían. Dirigió a su alrededor una furiosa mirada, y añadió:

—¡... es el acto de un irresponsable!

Y se dirigió a la puerta, cerrándola de golpe al salir. Alguien dijo:

—En verdad es para volverse loco.

El teniente coronel habló:

—¿Quiere ir al frente?, pues enviémosle al extremo de la ciudad.



## XXXII

## «CAPITULACIÓN EXCLUIDA»

El cielo de Stalingrado estaba cubierto por negros nubarrones, columnas de humo y altas llamaradas. Grandes incendios se extendían por todas partes y sobre las calles se abatía una lluvia de cenizas, chispas y tizones desprendidos de las casas roídas por el fuego.

La cuña enemiga que dividía la ciudad se ensanchaba; pero ahora, en sus extremos y a sus flancos, nuevos grupos de formaciones alemanas se lanzaban a la batalla e intentaban contener a los atacantes. El incendio sobre el cielo de Stalingrado era una señal muy visible que los soldados y oficiales sabían interpretar bien.

Era el síntoma del final, próximo e inevitable.

En la mesa de conferencia del jefe de más elevada graduación, se hallaba el general jefe del barranco de Gumrak. Alto, delgado, elegante, de pelo blanco y profundas sombras bajo los ojos, su cara se había adelgazado tanto en los últimos días, que su piel dejaba traslucir las venas y los nervios.

Su rostro y su voz temblaron:

—Durante el camino que me ha conducido aquí, he visto escenas inenarrables que no pueden ser explicadas con palabras. ¿Saben ustedes lo que exigen cuando dan la orden de continuar todavía esta batalla inútil y sólo propia de locos o de ilusos?

A la objeción de uno de los oficiales presentes replicó rápidamente el general:

—¡No, ya no cumplimos ninguna misión! Ya no servimos para cooperar a la formación de una nueva línea en el sector de Rostow ni en ningún otro. Por lo menos, eso ya no es posible desde el momento en que el cerco se ha estrechado hasta lo inverosímil y los rusos han podido sacar de aquí parte de sus fuerzas. Y esto ha ocurrido hoy, sobre todo cuando el cerco ha sido dividido en dos partes. Lo único que hacemos es prolongar esta terrible y atroz agonía.

«Ruptura del cerco». Ésta había sido antes la palabra mágica. Cuando ya no se supo aspirar a la ruptura, se suspiró por la «libertad de acción» y después se dijo «lucha hasta el último cartucho». «Hay que hacer una especie de «Alcázar» y así nos podremos mantener durante unos meses».

Un general se levantó y expuso:

—Dieciséis mil heridos sin recibir siquiera la primera cura; los víveres y municiones se han agotado; estamos sin alojamiento, sin fortificaciones casi y sin leña para calentarnos. Hay síntomas de descomposición en la tropa. Así lo hemos comprobado hace cuatro días. Así lo hemos comunicado por radio al Führer. ¡Los oficiales conocen la contestación!

El jefe del estado mayor repitió la respuesta:

—¡Capitulación excluida!

El general del barranco de Gumrak miraba a la cara a los que estaban sentados en torno de la mesa. Allí estaba el jefe supremo, con su mejilla y su ceja izquierdas que temblaban. Había también dos generales con mando; él mismo era el tercero; el cuarto se hallaba en la parte norte del cerco, ahora aislada; y el quinto, después de recibir una rozadura causada por una tabla, se había marchado en avión. Allí estaba el ayudante y algunos coroneles, Carras entre ellos, que había traído de Berlín las últimas órdenes. La mirada del general se fijó en el jefe del estado mayor, con su cara de caballo alargada. «El espíritu malo» del jefe supremo; ninguno tanto como él había intentado llevar el informe al Führer, seguramente para no volver. Se había desarrollado una escena famosa en la posición Hartmann. Durante una noche entera retuvo al último avión en el aeródromo de Gumrak. Se pasó la noche intentando ganar para su plan a uno de los jefes de sección del estado mayor. Era preciso una «revolución en palacio» y entonces la promesa del jefe de información, y la declaración del ayudante de que se suicidaría para impedir que el jefe del estado mayor se marchase, hicieron fracasar su proyecto.

—¡Capitulación excluida! —dijo ahora este mismo jefe. Esta palabra flotaba en el ambiente y perseguía a cuantos se hallaban en torno a la mesa: un jefe supremo de ejército, un jefe de estado mayor, tres generales, un jefe de cuerpo de ejército, coroneles, etc. Tenían los rostros pálidos. Estaban irritados y cansados, nerviosos por los continuos bombardeos. Presentían su destino, estaban condenados por el Führer al último sacrificio y obligados a hacer cumplir esta cruel decisión a sus soldados. Sin embargo, en todos ellos se leía una firme determinación y una fe ciega en obedecer: ¡La orden sería cumplida!

La orden sería cumplida aún teniendo pleno conocimiento de su significado, en contra de la propia conciencia y del propio honor. El general de cabellos blancos, de Gumrak —treinta años de carrera militar y doscientos de tradición familiar en el ejército—, se levantó. ¿Será posible que la orden y el honor no puedan estar de acuerdo? Sí, es posible; lo tiene ante sus ojos. El rostro inteligente del jefe supremo, la cara de caballo del jefe de estado mayor, la cara de gato del coronel Carras con sus ojos verdes, la mesa, los galones y los entorchados se confundieron ante él. Su cara se había puesto aún más pálida.

—¡Tres puntos culminantes; concluyamos de una vez, señores! El veintidós de noviembre de 1942 recibimos la orden de constituir una «posición erizo». Una orden desconocida en toda la historia bélica con un ejército tan numeroso, compuesto por veintidós divisiones, es decir, trescientos mil hombres. Expresamos nuestras dudas sobre cómo podrían ser abastecidos tantos hombres. También el mariscal von Manstein, el mariscal von Weichs, e incluso el general jefe del Alto Estado Mayor, elegido por el propio Führer; el general Zeitzler y los generales de la Luftwaffe dudaban de la posibilidad de un abastecimiento suficiente para dicho ejército. Las condiciones atmosféricas desfavorables para el vuelo, las grandes distancias para un eficaz transporte; el

terreno completamente llano, estepa descubierta sin defensas naturales; un frente en constante alargamiento por repliegues continuos y rápidos. Pero ¿qué importaba todo aquello? En las alturas de Waldai se había logrado con seis divisiones. ¿Por qué no se podría conseguir aquí con veintidós? Tal era la argumentación, resultado de un simplista agigantamiento de todas las cosas. Y hoy ya sabemos que un solo hombre se levantó —el Mariscal del Reich— y dijo: «Mi Führer, yo respondo del aprovisionamiento del ejército.» Aquella sola voz pesaba más que las dudas de dos jefes de ejército, dos generales de la Luftwaffe, más que nuestra propia opinión y nuestro juicio sobre la situación. Recibimos la orden y la obedecemos con nuestra propia estimación de la realidad. Esto tuvo lugar el veintidós de noviembre de 1942. El general de Gumrak continuó:

—El otro momento culminante fue el diez de enero. La oferta rusa de capitulación —el general notó por un momento el frío sudor que perló la frente del jefe del estado mayor que aquel día dio la orden de disparar contra los parlamentarios rusos—. Ya entonces nos encontrábamos en condiciones catastróficas. La disentería había irrumpido en las filas de la tropa y la muerte por agotamiento e inanición había hecho sus primeras víctimas. La insuficiencia del abastecimiento aéreo la habíamos pagado con más de cien mil muertos. Esto debería haber sido suficiente. Llamamos al jefe supremo y solicitamos libertad de acción; si no para una rendición, al menos para intentar una rotura del cerco y una retirada hacia el Oeste. Replicaron con una nueva prohibición. «¡Quedaos donde estáis!», nos dijeron. Frente a nosotros se hallaba Hube, recién llegado de Berlín. Ahora se ha marchado definitivamente para organizar el abastecimiento. Perdonen, pero el pensar todavía en una organización del abastecimiento es una necia e ingenua locura. He presenciado los últimos días de Gumrak. Aquello era el caos y no había modo de soñar en un restablecimiento de la disciplina. Con nosotros estaba Hube todavía y nos dijo: «Habrà que hacer una especie de Alcàzar». Ésta fue la orden y nosotros —que conocíamos la situación mucho mejor que él, que no éramos los señores de Berlín, sino que teníamos ante nuestros ojos la perdición de nuestros hombres —, nosotros obedecemos.

Nueva pausa. Limpiándose el sudor de la frente, prosiguió:

—Señores oficiales, ¡yo protesto!

—¿Contra qué? —contestó atormentado el jefe supremo, que de antemano había decidido no transmitir la protesta, y en seguida los generales con interés, y el jefe del estado mayor con formal curiosidad llena de malicia y el coronel Carras comprensivo y admirando el valor del hombre que había osado pronunciar la palabra que él jamás articularía, contemplaron al general de Gumrak.

—El tercer día culminante fue el veintidós de enero. Solicitamos libertad de acción para evitar el derrumbamiento total.

Respuesta: «¡Capitulación excluida!» Esto significa: «¡Pereceréis donde os encontréis!» Dieciséis mil heridos sin tratamiento se contaban hace cuatro días. ¿Qué ha pasado entre tanto? El número de heridos sin medicinas ni alimentos se ha multiplicado. Los soldados caen como moscas, de hambre o por congelación. Las reservas de infantería están agotadas. La batalla prosigue merced a los continuos refuerzos de unos semicadáveres. Y, ¿con qué fin? Únicamente para hundirnos en el caos. Lo que aquí se nos exige va contra nuestra conciencia y contra nuestro honor militar. Y contra eso protesto y yo

ruego se tome nota de mi protesta y que sea cursada.

Aquello parecía una conferencia de fantasmas.

—Señores, ¿y cómo se imaginan ustedes ahora la actual situación?

La «actual situación» era el fin.

Sin embargo, el jefe supremo ni quiso darse por enterado.

—Yo obedezco —se limitó a decir.

Así terminó la conferencia. Los participantes se levantaron, marchándose apresuradamente. El coronel Carras se quedó un momento a la entrada del sótano. El jefe supremo pasó. Era de alta estatura; oficial ya en la primera guerra mundial; luego, profesor de la Academia Militar; hijo de un inteligente funcionario del Estado; excelente como jefe de estado mayor, así como en la concepción de planes estratégicos; sin embargo, en esa situación se necesitaba la mano vigorosa de un hombre que no solamente fuera capaz de pensar, sino también de actuar por iniciativa propia y un hombre capaz de asumir toda la responsabilidad en una hora crítica. Y este jefe carecía de tal cualidad.

—Cumple la orden y sufre como Cristo llevando su cruz —dijo Carras al coronel Unschlicht, jefe de estado mayor, que seguía con la mirada al jefe supremo. Unschlicht contempló a Carras sin abrir la boca, se alzó el cuello del capote y desapareció. Nunca más volverían a reunirse en la misma mesa.

La protesta no surtió efecto alguno; como si no hubiera sido presentada.

El general de Gumrak lo sabía.

«Cuanto suceda aún en las inmediaciones o algo más lejos, sucederá y se desarrollará al margen de toda determinación humana, serán actos y movimientos de espectros, para nada intervendrá en ello nuestra voluntad», se decía cuando entró en las ruinas del edificio. Pasó junto al centinela, que le saludó, y junto al cañón allí emplazado. Penetró en el gran patio ahora iluminado por la luz de los reflectores. En el cielo zumbaban las hélices de los aviones que arrojaron los sacos de víveres —pan, latas de carne y otras conservas— sin paracaídas.

El general atravesó las barricadas de sacos terreros y las alambradas. Se encaminó hacia el Volga en dirección a las ruinas donde se había alojado. Luego cambió de idea.

—Quiero trasladarme al extremo de la ciudad. Haga transportar allí me equipaje —dijo a su ayudante. Y regresó a la Plaza de los Caídos.

## XXXIII

## BAJO LA MISMA NIEVE

Maldición. Gritos. Un general protesta. Un comandante se niega a cumplir una orden. Soldados en actitud de resistencia pasiva. Todo aquello, sin embargo, era insuficiente para detener la carrera de la muerte. Los soldados continuarían cayendo en defensa de la ciudad y de los accesos a Stalingrado. Las patrullas de oficiales continuarían explorando los sótanos de la miseria y «recuperando» constantemente hombres enfermos y heridos para enviarlos al frente.

A unos cien metros de distancia de la Plaza de los Caídos, y del cuartel general del ejército, se encontraban las grandes ruinas del antiguo Teatro de la ciudad. El edificio había ardido por los cuatro costados; su techo se había derrumbado; sus muros no encerraban más que escombros. Sin embargo, bajo los escombros, los sótanos estaban repletos de hombres que llenaban también los corredores de comunicación con los sótanos vecinos. En este laberinto de cuevas y sótanos, el capitán Tomás se había refugiado hacía unos días herido en la cabeza. Y en aquel sótano lleno de dolores y alaridos de muerte, donde imperaba el delirio, se había olvidado casi del mundo exterior. No se interesaba ya por si afuera era de día o de noche, si caía agua o nieve del cielo o si el viento soplaba por las calles. Tampoco le importaba lo más mínimo si un proyectil de artillería caía encima de ellos.

La sala de operaciones se encontraba bajando algunos escalones más. Tres médicos se relevaban en la tarea de operar a unos ochocientos heridos. La hilera de cuerpos ensangrentados que desfilaba por la mesa de operaciones no cesaba de moverse ni durante la noche. El capitán médico Huth no había conocido el descanso desde Otorwanowka, es decir, llevaba así setenta días de fatigosa labor. La única diferencia consistía en el hecho de que ahora ya no disponía de vendajes, ni de cloretilo ni de morfina ni de inyecciones antitetánicas. Los únicos instrumentos que le quedaban eran el bisturí, la sierra y las tijeras. Una vasija con agua caliente para esterilizar los instrumentos y una gran lámpara, colgada siempre sobre su cabeza, componían todo su equipo quirúrgico. El doctor se alegraba cuando sus pacientes perdían el

conocimiento bajo el dolor que les producían las operaciones sin anestesia, al herir con la sierra o el bisturí sus maceradas carnes.

Otra diferencia también, con relación a su anterior situación, era que los practicantes estaban esqueléticos y a menudo desfallecían a consecuencia de su intenso trabajo y de las emanaciones que constantemente aspiraban.

—El siguiente.

El siguiente era el capitán Tomás.

La estancia donde entró era como un pantano tropical. Calor asfixiante, humedad, hedor. El esqueleto que le señaló su sitio en la mesa de operaciones y el espectro que sacó los instrumentos del recipiente con agua hirviendo, eran los asistentes del doctor. El hombre con el pecho bañado de sudor bajo el delantal de hule, era el cirujano. Tenía los pies encharcados en un lodazal de polvo y sangre. La gran lámpara despedía intenso calor. No había ventanas ni agujeros para la ventilación. Cuando Tomás volvió la cabeza, divisó un caldero en el que había amontonados trozos de carne y un brazo entero. Era una mano fina y cuidada. «Sin duda, perteneció a algún intelectual», pensó Tomás, ya casi desmayado.

—No mueva usted la cabeza, capitán.

El esqueleto que asistía al médico, asió la cabeza con sus dos manos como si fueran tenazas. El caso del capitán Tomás era uno de los más sencillos. El doctor le limpió los bordes de la herida, cortó los trozos de piel del cuello y la mejilla y le tapó con el mismo vendaje que había traído.

—El siguiente.

Un asistente cogió el capote y la mochila de Tomás, le condujo a través de un largo corredor y le indicó un puesto en un cuartucho.

Al cabo de veinticuatro horas, Tomás ya no pudo soportar por más tiempo la calma de aquel lugar, donde había dos docenas de hombres uno junto a otro. Esto era peor que la sala grande, en la que los heridos se quejaban sin cesar y los moribundos deliraban en voz alta, ¿qué pasaba aquí? Ésta era la sala destinada a la 14.<sup>a</sup> división de tanques; sus ocupantes contaban con su propia cocina de campaña. Ellos, por consiguiente, a diferencia de la masa de los heridos de Stalingrado, tomaban por la mañana una especie de café, a mediodía un caldo de caballo, y por la noche un pedazo de pan. No eran heridos abandonados, a éstos no se les había cortado el hilo de contacto con la vida, y, sin embargo, aquí, este hilo era tenue y la lucecita más débil que en ninguna otra parte. Quien entraba en este sótano, penetraba en un ambiente extraño; aquí, el silencio crujía. Dos docenas de hombres sentados en amplio círculo. No se oía ni una palabra pronunciada en voz alta.

En esta habitación reinaba un profundo silencio, como en una sala de lectura. Aquí había capitanes, brigadas, comandantes y un coronel. Uno de ellos tenía un pie congelado, otro pulmonía, otro disentería y otros congelación en primero, segundo o tercer grado. Siempre callados, allí no se oía el menor ruido. Alguien se levantó, salió con sus entumecidas piernas y ya no regresó. Durante el tiempo que Tomás permaneció en este cuarto, dos hombres se habían levantado igualmente para marcharse y ninguno de los dos había vuelto; eran un capitán de antiaéreos y un farmacéutico. Cuando el tercero, un capitán jefe de columna, se puso en pie y salió tan rígido como los precedentes, Tomás cogió sus cosas y salió al corredor. Encontró a un teniente de tanques conocido, el cual tenía ambas manos congeladas y llevaba los

brazos en cabestrillo.

—¿A dónde va, mi capitán?

—¡No lo soporto más! ¿Tenéis un poco de sitio en vuestro cuarto?

—Procuraremos hacérselo.

El capitán se alojó en el sótano grande. El capitán que precedió a Tomás y que había sido jefe de columna, subió los peldaños que le condujeron al aire libre. El cielo de Stalingrado estaba enrojecido por los incendios, mas no se dio cuenta de ello. El ruido de los motores de la aviación zumbaba sobre la Plaza de los Caídos, pero él tampoco lo oía. No miró ni a derecha ni a izquierda. Se echó la mano al bolsillo y sacó una pistola. Un disparo sonó en la noche y el jefe de la columna rodó por el suelo. No lejos de este lugar yacían también el cadáver de un capitán de antiaéreos y el de un farmacéutico. La nieve que caía cubriendo poco a poco los escombros de la ciudad, extendió también su blanco manto sobre estos dos cuerpos que no mucho antes habían disfrutado de la plenitud de la vida.

La Plaza de los Caídos, rodeada por las ruinas de los edificios más altos de Stalingrado, estaba cerca de los sótanos del Teatro. También en éstos había heridos y con ellos algunos soldados de artillería y tanques, así como estados mayores de regimientos y algunas cocinas de campaña. En esta plaza se hallaban las ruinas del almacén con el cuartel de la 71.<sup>a</sup> división de infantería donde se alojaba el jefe supremo con su estado mayor.

Los accesos a la plaza estaban cortados por las barricadas —sacos terreros, faroles, rejas de balcones, soportes de hierro, balaustradas, maquinaria destrozada, todo rodeado de alambre espinoso. En las alambradas había cadáveres congelados, con los brazos muy abiertos y las manos clavadas en las puntas de alambre. Al extremo de aquella plaza alargada había un avión alemán destrozado y junto a él un coche igualmente deteriorado, y todo ello aparecía iluminado por la luz blanca de los reflectores. Era la hora en que las hélices zumbaban en el cielo; la hora en que el comandante mandaba a la gente a limpiar la plaza. Estos soldados llevaban carabinas o pistolas ametralladoras. Patrullaban alrededor de la plaza o se ocultaban parapetados detrás de algún montón de escombros.

Se oía el zumbido de las hélices; un avión descendió en picado, lanzó su carga, y en ángulo agudo volvió a subir. Y otra vez el zumbido de un motor, que tan pronto se oía de cerca, como de lejos. Un avión daba vueltas por la plaza, y otra vez volvió a soltar su carga. Las cargas no bajaban con paracaídas; lo mismo que piedras chocaban duramente con la tierra los paquetes con latas de carne en conserva, cacao, salchichones, jamones, pan; y no todo caía dentro de la plaza; algunos paquetes iban a caer más lejos, en las calles y entre las ruinas de las casas.

Allí quedó un soldado. Quien rompa la mitad de su chapa de identidad, le saque la cartilla del bolsillo y se preocupe de su filiación, leerá: «Franz Liebsch, usa calzado del número 42. Profesión: escribiente. Nacido en Masserberg (Turingia), casado, dos hijos.» ¿Quién llenará la última hoja? «Caído en... enterrado en...» O ¿quién leerá alguna vez: «Combates en los que ha participado: 1-IX-39 a 5-IX-39: batalla de la Prusia Oriental. 5-IX-39: batalla del paso de Narew. 15-IX-39: campaña de persecución en la Polonia oriental. Y más tarde: 2-V-40: paso del Mosa cerca de Maestrich. 17-V-40 a 28-V-40:

combates de persecución desde el Dyle hasta el canal de Charleroi, combates en el bosque de Mormal, batalla de Dunkerque, y finalmente: 22-VI-41: destinado al frente del Este»? ¿Quién se preocupará de ello, y quién, en este atardecer neblinoso, se lo preguntaría en aquella Plaza de los Caídos?

El general, que salía de las ruinas del almacén, que pasó al lado del obús del 10,5 con paso apresurado, dirigiéndose hacia el Volga y las calles contiguas, regresó pronto y no volvió la cabeza cuando oyó algunos disparos de carabina en la plaza.

El centinela que encañonó su fusil a través de la barricada y vio ante sí, por última vez como una masa viva, a aquel soldado, no vio más que una figura desarrapada, con el capote hinchado por el viento mientras corría hacia el centro de la plaza iluminada. El centinela no vio brillar en los ojos de aquel hombre la demencia y apenas se fijó en el botón del capote abrochado sobre el pecho hacia el cual apuntaba.

La orden decía: «Disparar sin previo aviso». Y él disparó y el soldado cayó algunos metros antes de llegar al pan hacia el cual quedó extendida su mano. Cayó de bruces. Poco después, en otro lugar, sonó un nuevo disparo.

Esto ocurrió en el centro de Stalingrado, en la Plaza de los Caídos.

Pero también en la bolsa septentrional de la ciudad iban las cosas de manera análoga. Allí también, no muy lejos de las llamadas «casas blancas», había una plaza iluminada por los reflectores; y una patrulla encargada de prohibir todo acceso a la misma, para proteger la recogida de los paquetes lanzados por los aviones.

Y allí tampoco el soldado de la pistola ametralladora se preocupaba de saber si el soldado se llamaba Ewald Stüwe, ni si tenía una mujer, llamada Matilde, que vivía en Colonia, que se pasaba las noches en el refugio y los días trabajando en la fábrica de armas, también bajo la luz deslumbradora de un potente foco. El soldado de la patrulla nada sabía de eso, ni si el muerto había soportado pocos días antes una terrible granizada de metralla, en Woroponowo, tomando parte en combates cuerpo a cuerpo de los que salió bastante malherido en un brazo, lo cual no le impidió manejar aún una ametralladora; ni que desde entonces venía en peregrinación de hospital en hospital buscando un hueco donde un médico le pudiera atender su herida infectada, pasando días y noches en los sótanos sin probar un bocado de pan. El soldado de la patrulla cumplió la orden, levantó su arma y descargó una ráfaga de proyectiles que derribaron al soldado Ewald Stüwe del mismo modo y en las mismas circunstancias que en la Plaza de los Caídos había sido derribado Franz Liebsch.

Pero las cargas soltadas por los aviones no solamente caían en las plazas iluminadas, sino también en las zonas de combate y hasta en las mismas posiciones rusas o en la «tierra de nadie», en los montones de escombros, en los patios y en los laberínticos caminos de aquella fantástica ciudad de ruinas.

En estos lugares no eran los soldados los encargados de recoger los paquetes que caían de los aviones, sino la policía militar, que siempre estaba al acecho. Y la tentación de coger un salchichón, o un pan, podía significar un peligro de muerte para el soldado hambriento que se lanzase a ellos. Cualquier soldado ruso o cualquier policía alemán podían apuntarse aquel victorioso tanto: un soldado muerto por causa del hambre.



La lucha por el pan o el salchichón o la lata de conservas, y la persecución de aquel «suministro particular», que todos los soldados buscaban, eran motivo de trágicas escenas a cada hora y a cada minuto. Los policías andaban constantemente cacheando todos los rincones de aquel mundo de los sótanos y las cuevas. La profesión que ejercían les permitía aún comer pan, y, en comparación con los inválidos de Stalingrado, con las caras sucias de la pólvora de cien combates, aquéllos aún tenían un aspecto bastante decoroso. Andaban con firmeza y no tenían aquella mirada apagada.

—A ver tú, ¿qué tienes en ese cajón? Harina... chocolate... un salchichón... envuelto en papel celofana, ¡hum! ¡Vente con nosotros!

Y así siempre. Nada les importaba su historial de combatientes. Habían incurrido en uno de los delitos más graves.

La nieve caía del cielo oscuro. El callejón tenía a un lado una empalizada y al fondo se veía el hueco de la ventana de una casa en ruinas. Éste era uno de los lugares elegidos. «El pillaje ha de ser severamente castigado. Los merodeadores serán fusilados dentro de las veinticuatro horas, sin formación de causa.» Y muchas veces no pasaban ni siquiera veinticuatro minutos.

La misma nieve cubría los cuerpos de heridos, fusilados y suicidas.

## XXXIV

UN CORONEL SE SUICIDA Y LA 297.<sup>a</sup> DIVISIÓN  
SE RINDE

Caía la nieve. Al principio, en gruesos copos pesados, que descendían casi verticalmente; luego, el viento empezó a soplar con furia, echando la nieve hasta los rincones más apartados de las ruinas.

El furor del viento se acentuó, convirtiéndose en tempestad. La magnitud de Stalingrado y de la estepa quedó pronto dominada por el vendaval. Con un tiempo así, el hombre es impotente. Cuando el calmuco es sorprendido por este vendaval en su camino, cierra los ojos, se envuelve en sus pieles y deja que su caballo le lleve donde quiera.

El cajero Schweidnitz, perdido en la estepa, no conocía la tierra que pisaba, ni jamás, en su vida se había encontrado bajo un cielo tan encolerizado como ahora. No supo que su llegada a Werchnaja-Jelschanka y su entrada en una choza colocada al borde del camino fueran debidas a una simple casualidad, a la circunstancia de que el terreno en pendiente le había conducido hasta allí como si fuese una bola de nieve. El viento le había zarandeado caprichosamente jugando con él como si fuera un arbusto desarraigado.

Un soldado le encontró aturdido, agarrándose a un tronco con las dos manos. Le condujo a una choza donde sabía que se alojaban un comandante cajero, un capitán veterinario, otro oficial veterinario también y algunos oficiales más. Y Schweidnitz, agotado y abatido, llevaba la cabeza caída. Miró a su alrededor y reconoció a su comandante cajero y al veterinario. El pastor Koog era para él el único desconocido. Sonrió. Schweidnitz tenía diecinueve años. Escuchó la conversación.

—¿Qué ha podido averiguar usted?

—Nada.

—¿Dónde están sus armas?

—En poder de los rusos.

El cajero oía esta conversación como si fuera sostenida tras espesos muros. Vio como el comandante cajero, el capitán veterinario, el consejero de guerra y el pastor, se ponían los capotes, cogían las armas —pistolas-ametralladoras— y salían de la choza.

Tardaron varias horas en regresar. Habían detenido a unos fugitivos. Cuando entraron de nuevo, Schweidnitz estaba dormido como un tronco, tumbado sobre uno de los camastros.

Podía decirse que este grupo, compuesto por funcionarios militares, formaban la retaguardia del estado mayor de la división, anteriormente alojado en aquellas chozas, y que ya había partido hacia el suburbio meridional de Stalingrado. Ahora esperaban el automóvil que debía transportarlos a ellos también allí. Se limpiaron la nieve de las botas y de los capotes y se sentaron a la mesa. Uno tras otro, se acostaron, esperando el coche y al pastor Koog, que no había regresado con ellos.

—Koog tarda mucho —dijo por fin el capitán veterinario.

—Ha ido a ver al intendente y al coronel —explicó el consejero de guerra.

—No es nada fácil su trabajo. Quitarle a cada uno las malas ideas de la cabeza —observó el comandante cajero Zabel.

—No empiece de nuevo con este tema, Zabel —gritó el capitán veterinario.

—No diga nada; pero los hombres se pasan horas y horas discutiendo si se debe hacer y cómo se debe hacer. Y aunque uno no quiera piensa en ello...

El veterinario no quiso escuchar más. Se acostó y se cubrió con su capote.

—El auto no llega.

—Deberíamos telefonar a Zarina.

Llamaron por teléfono y les contestaron que estuvieran preparados. Buscaban gasolina para un auto que antes tenía que efectuar otro viaje.

Al cabo de un rato entró el pastor Koog. Se sentó a la mesa y se quedó mirando fijamente la llama de la vela. No parecía darse cuenta de que tenía clavados en él ocho ojos ansiosos.

Estaba fatigado y habló como en sueños.

—También el coronel... Lo comprendo; cuando uno agota todos sus recursos, acaba quitándose la vida.

Una de las camillas que servían de lecho, crujió. El capitán veterinario se levantó. Era un hombre alto, robusto, con la cara encendida, ahora surcada por una profunda huella oscura bajo los ojos hundidos. Se adelantó hacia la mesa y se inclinó un poco. Su voz era ronca cuando habló:

—¡Y eso lo dice usted, un pastor! Me parece increíble.

—¡Querido capitán...! —contestó el pastor, con palabras que eran más bien una súplica y parecían quererle decir: «Déjeme tranquilo de una vez; no puedo más».

El capitán veterinario volvió a acostarse. La luz de la mesa se apagó y todos se durmieron, sumidos en una obscuridad absoluta.

Una detonación los despertó a todos, incluso a Schweidnitz. Pero no fue éste, sino el cajero Zabel quien gritó:

—¡Tanques!

Un segundo disparo sonó y del camastro del capitán veterinario cayó pesadamente un cuerpo al suelo.

—¡Dios mío, el capitán! —exclamó el pastor.

Apenas había pronunciado aquellas palabras, cuando se oyó otro disparo y algo que parecía una mano húmeda cayó sobre la cara del pastor. Los dedos con los que se tocó la frente y se limpió los ojos tropezaron con una masa blanda y caliente: eran los mismos sesos del oficial veterinario. Schweidnitz había encendido una cerilla y vio todo lo ocurrido.

—El veterinario se ha pegado un tiro en la boca —dijo con su voz infantil.

—Lo habría podido hacer ahí fuera también y tener un poco de consideración para con los demás —añadió encolerizado el comandante cajero, Zabel.

Sin embargo, el pastor Koog, al resplandor de la cerilla que seguía sosteniendo Schweidnitz, vio que Zabel se llevaba la mano al bolsillo y se encaminaba hacia la puerta. Koog no perdió el tiempo. Tomó la gorra y corrió hacia él. Llegó aún a tiempo para distinguir al cajero en medio de la tempestad de nieve. Le cogió del capote, le sujetó la muñeca y le arrancó la pistola de la mano tirándola muy lejos.

—¡Zabel! —le gritó—. Todo un hombre, con mujer y dos hijas. Piense usted en su familia, en su deber y en sus obligaciones para con ellos. No, comandante, no; un hombre no puede eludir así su deber. ¡Zabel!

El pastor le empujó hacia la puerta. Y cuando consiguió hacerle entrar se sentó en el umbral cubriéndose el rostro con las manos. Había llegado al final de sus fuerzas; se hallaba completamente agotado. No sólo había vivido en una casa de suicidas aquel día, sino que también había presenciado muchos casos como estos durante las últimas jornadas. Estaba moralmente destrozado. Con los nervios desequilibrados. Su espíritu no respondía y no tenía a nadie que le pudiera consolar. Allí sentado lloraba desconsoladamente, como un niño.

Pero los tanques rusos aún no habían llegado a la choza. Era otra la causa de la explosión que antes oyeron. Un grupo de zapadores había volado el puente que atravesaba el barranco próximo. Un sargento llegó a la choza y entró. Zabel, el consejero de guerra, el pastor y Schweidnitz no esperaron ya al coche; se unieron al sargento y sus hombres y se encaminaron a Zarina-Sur.

El camino pasaba por el barranco de Zarina. En un hoyo en la nieve, cerca de la carretera Woroponowo-Stalingrado, encontraron a un grupo de soldados. Formaban una masa irreconocible de mantas, harapos y prendas militares. Un hombre se había quitado los guantes y se soplaban los dedos helados.

—¿Dónde están las nuevas líneas del frente? —preguntó Koog.

—No hay líneas de combate —le contestó aquél sin dejar de soplar las manos.

—¿No hay líneas de combate?

El que se calentaba las manos con su aliento era un teniente.

—Prácticamente ya no existen, padre —respondió—. Allí —continuó, señalando un lugar desierto en la nieve— ayer había un regimiento. Anoche fue aniquilado. Ha quedado un grupo de zapadores, unos soldados de infantería y algunos de la plana mayor sin capacidad combativa.

—¿Y dónde están los estados mayores?

—Que yo sepa, el estado mayor del cuerpo de ejército ha huido. Sólo ha quedado el estado mayor de la 297.<sup>a</sup> división de infantería.

—¿Y dónde está?

—Cien metros más allá, a la izquierda de la carretera.

El grupo de zapadores se quedó atrás. El pastor, el consejero de guerra, el comandante cajero y el cajero Schweidnitz continuaron su camino. Cuando hubieron andado unos cien metros llegaron a un «bunker» situado a mano izquierda de la carretera. Repentinamente se hizo el silencio sobre la tierra. El ruido de la tempestad había cesado como por encanto. Al lado del «bunker» había un centinela con su fusil al hombro.

—¿Está aquí el estado mayor de la 297.<sup>a</sup>?

—*Nje ponimaju!* —contestó el centinela con cara inmutable.

*Nje ponimaju.* No comprendo.

El pastor, el consejero, el comandante y Schweidnitz no comprendían tampoco. El centinela levantó la mano y señaló hacia la oscuridad. Pero ahora sí que comprendían y se quedaron allí de pie inmóviles como cuatro muñecos de nieve.

Una formación se acercaba. Soldados en columna, de a tres, en fondo, cubiertos con harapos y sucios. Al frente, iban los oficiales y algo más adelante un general.

—¡Alto! ¡Descansen armas! ¡Mar...! Alineación derecha. ¡Firmes!

El comandante, después de ejecutados esos movimientos, dio parte al general. Éste le dio las gracias.

Pero algo faltaba en aquellos movimientos impecables. Algo que no estaba previsto en las ordenanzas militares. El comandante dio media vuelta, se colocó frente a la formación y dijo:

—¡Rompan filas! ¡Mar...!:

Y con un gesto nada militar, como quien pronuncia unas palabras de mala gana, dijo:

—Dejad las armas sobre la nieve.

Así lo hicieron. De nuevo ordenó el comandante:

—¡Firmes!

Eran unos trescientos hombres. Todos los que quedaban en aquellos alrededores. El comandante hizo señas al pastor y a sus compañeros. El pastor se detuvo, dio la vuelta y se fue. El cajero Schweidnitz le siguió. Nadie se preocupó de ellos. El consejero de guerra y el comandante cajero se colocaron al lado izquierdo de la formación junto a los oficiales. Eran unos trescientos hombres, y además dos jefes de regimiento y los oficiales del estado mayor. Los oficiales estaban también formados frente a la tropa.

El general se adelantó solo por el campo nevado.

Se detuvo y saludó militarmente. Frente a él estaba un oficial ruso con una gorra de piel plateada en la cabeza. Era el jefe de la 38.<sup>a</sup> división rusa de la guardia.

El jefe ruso contestó al saludo. Permaneció un momento callado. Contempló al general y a sus hombres. Las orejas cubiertas con trapos, caras pálidas, narices congeladas, hombres famélicos y enfermos.

—¿Dónde tiene usted sus regimientos, mi general? —interrogó el ruso.

—¿Y usted me lo pregunta?

Efectivamente, no era necesario. Aquella división alemana se había encontrado frente a la suya en Zybenko, Krawzow, Petschanka, Woroponowo, y él sabía muy bien dónde se habían quedado los regimientos del general alemán.

Se cumplieron las formalidades. Se comunicó al general lo referente al abastecimiento, alojamiento y asistencia médica para los heridos. Podía conservar su pistola. Los demás oficiales, sus espadas. Los oficiales de estado mayor se sentaron en un coche. El comandante cajero Zabel se quedó con la tropa que continuó a pie. Pasaron junto a unos camiones destrozados en dirección a Woroponowo.

—Trescientos hombres —dijo un soldado que caminaba al lado de Zabel—. Cuando salimos con la división, éramos diecisiete mil.

La 297.<sup>a</sup> división de infantería había capitulado con su general y sus oficiales. Esto había tenido lugar en el extremo meridional del cerco, al otro lado de Zariza. Soldados dispersos, llevarían la noticia a Zariza.

La batalla continuaba en las calles de Stalingrado, en sus ruinas y en sus sótanos.

Durante la noche imperaba el resplandor del fuego y los incendios y durante el día el humo que se elevaba de las casas incendiadas, convertidas en enormes hogueras cuyas llamas besaban el cielo.

No todos veían en esto un signo de la consumación de la catástrofe. Muchos no divisaban sino lo que el breve horizonte del muro de su sótano les permitía ver. A pesar de todo lo presentían.

Y aquel mismo signo de catástrofe se dibujaba más lejos de aquel lugar lleno de humo, de incendios y de casas que se derrumbaban; más allá del frente, que ya había retrocedido mucho hacia el Oeste; más allá de la noche y de los días y de las interminables y trágicas retiradas; aquel signo fatídico pendía también sobre toda Alemania.

## XXXV

## SOLEMNES FUNERALES

La Prensa gritaba en grandes titulares: «Un alto ejemplo: la lucha en un espacio reducido de Stalingrado se hace más encarnizada». «Heroísmo indescriptible de nuestros soldados». «Honor inmortal para los hombres de Stalingrado». «Por el Führer, la Nación y la Patria». «Así luchan y mueren juntos generales y soldados». «Comaradas en la muerte hasta el último cartucho para que Alemania viva. Su sacrificio no es estéril»...

Todo un pueblo comprendía la vacua ampulosidad de aquellas frases que no lograban encubrir la tragedia.

Era una viejecita. El periódico estaba sobre la mesa. Las gafas caídas sobre la punta de la nariz. Su mirada atraviesa la ventana de la casa aldeana y llega difusa hasta la carretera abandonada del pueblo, Pellingken (Prusia oriental). Era la madre de Lawkow. Abismada en sus pensamientos, veía a su Hans como si viniera por el camino, a punto de presentarse ante ella. Había estado en Francia y en Polonia; ante Moscú ascendió a teniente; y en Stalingrado, cuando escribió por última vez, era ayudante del batallón número 261. Veía a su hijo, bajo, recio, con su cara arrugada y picada de viruelas, pero en la que brillaban, llenos de juvenil alegría, sus grandes ojos claros. Así era su Hans. Una lágrima se desprendió de sus ojos y vino a caer en el periódico donde se destacaban tan altisonantes exclamaciones.

No lejos de Pellingken, en el pueblo de Kraupischken, tenía su granja Heinrich Halluweit. La esposa de Wischwill y la de Goeritt habían venido desde Ballupoenen y habían enseñado el periódico a la de Halluweit. Ésta y la de Wischwill no habían cumplido aún los treinta años. Solamente la de Goeritt lucía sus primeras canas en el pelo. El esposo de la Halluweit se llama Heinrich; el de la Wischwill, Karl; y el de Goeritt, Johann. Heinrich, Karl y Johann pertenecían a la misma unidad. Heinrich era cocinero; Karl y Johann, soldados del 9º batallón de ametralladoras. Las tres mujeres estaban sentadas y apenas tocaban el café que la señora Halluweit había preparado. Aquello parecía un funeral. Todas las preguntas que se dirigían, quedaban sin respuesta. ¿Era necesario todo esto? ¿Para qué tenían que ir hasta el Volga?

¿Qué pasaría ahora? Jamás volveré a ver a Heinrich. No, no puede ser. No puedo comprenderlo. Karl no viene y tendré que trabajar sola toda la vida en mi hacienda con rusos y polacos. No, si él no regresa yo acabaré también con mi existencia.

En Bottrop, María Widomec estaba sentada al borde de la cama con la cabeza apoyada en la palma de las manos. ¡Oh, Dios mío! Aquí en este lecho ha dormido. En esta mesa se ha sentado y en ella le he servido el desayuno todas las mañanas. La cama está vacía y la mesa desierta. La guerra es nefasta y cruel. ¿Por qué todos estos padecimientos? Nadie cree ya en la victoria ni en un final feliz. Esto no es una guerra: es un feroz exterminio de hombres. Franz ya lo había dicho antes. ¿Cómo han podido dudar de sus palabras? ¡Franz, no me quedan lágrimas en los ojos, no puedo llorar! Mi corazón se ha paralizado. ¡Oh, Virgen santa, si estuviera muerta, muerta, muerta...!

Aquí está un viejo campesino consumido, apoyado contra una estufa en el pueblo de Alten-Affeln. ¡Ya no volveré a ver a mi Mathis! Joches ha caído en Witebsch. ¿Dónde estará Mathis? ¡Hace tanto tiempo que no sé de él! No, no le veré ya más. Desde hace más de doscientos años, los Gimpf se han sucedido en esta granja, y ahora ya no tenemos heredero. No sé qué me pasa... ¡Tengo tanto frío!

—Deberías consultárselo al médico de Hagen —le respondió su esposa.

La esposa del comandante médico Kurt Simmering, vivía en Bad Pyrmont. En aquellos instantes estaba echada en la cama. Tenía la lámpara encendida y en las manos un libro abierto. Intentaba leer, pero las palabras bailaban ante su vista y las frases se confundían unas con otras. No era capaz de seguir el hilo de la lectura.

Tenía una idea fija: él está allá adentro. ¡Y si al menos no fuese Rusia!, ¡si no fuese, precisamente, ese Stalingrado de pesadilla! Pensar que en noviembre aún estuvo en casa con permiso, que por la noche, cuando salía de su sala de consulta, solía permanecer allí un rato, sentado en aquella butaca que ella tenía ahora delante de sí, bajo la cálida luz de la lámpara, fumando un cigarrillo. ¡Dios mío! ¡Qué tendríamos que ir a buscar en la inmensa estepa rusa!

La señora Simmering seguía hojeando el libro; pero la misma quietud de la estancia la agitaba y su pesadilla comenzaba de nuevo: ¡Si no fuera Rusia...! Pero, en fin de cuentas, allí también habrá seres humanos. Además, él no está en primera línea... los hospitales... pero aquellas terribles calamidades... La última vez que estuvo aquí estaba demasiado pálido, cansadísimo de tanto trabajo. Son tantas las penalidades y tan crudo el clima del invierno ruso... ¡ojalá lo pueda soportar...!

Observad, en Viena, en la Himmelfortgasse, a la señora Charlotte Buchner. En la puerta hay una placa: «Fritz Buchner, químico». Ahora, su esposo está en el ejército, tiene el grado de comandante y es jefe de un batallón de antiaéreos; se halla con su división en Stalingrado. La señora Buchner acaba de contemplar unas fotografías que la han puesto triste. Fritz en su despacho. Fritz en una sala de la fábrica, rodeado de trabajadores —era en



Hungría, donde se habían conocido—. Fritz con traje blanco y sombrero de paja, en la playa de Viña del Mar, Chile, donde había dirigido una fábrica de tejidos y donde habían vivido durante cinco años, y de donde volvieron con una hija de cuatro. La señora Buchner abrió los cajones sin saber por qué. Todo estaba en orden. Cogió un sombrero, un pañuelo de seda, y por último, su blanco vestido de boda. Le temblaron las manos y sufrió un acceso nervioso. Se le escaparon las lágrimas de los ojos. Tiró el vestido sin consideración alguna sobre una silla. La señora Buchner no pudo permanecer por más tiempo en casa y salió a la calle. Pasó por la Karrutner Strasse, atravesó el Ferdinandsbruecke y luego corrió por la Taborstrasse. Y cuando veía a dos mujeres que hablaban entre sí de sus maridos, les oía decir: «Ella también tiene el suyo en Stalingrado.»

En un chalet de un barrio apartado y tranquilo de Berlín se hallaba la señora Vilshofen. Además de la tranquilidad del barrio en que se hallaba emplazada, la casa tenía las puertas forradas de cuero, por lo que no penetraba el menor ruido de la calle. Ella estaba sentada en una butaca junto a la pared, y sus manos largas y finas descansaban sobre ambos brazos de la butaca. Su mirada se clavaba en el austero escritorio. Sobre la mesa no había más que una escribanía, papel secante, un calendario y dos fotografías —una de ella misma y la otra de su hija—. Por toda decoración un cuadro: Ulm con su catedral en primer plano. Era la ciudad natal de su marido.

La señora Vilshofen tenía la costumbre de permanecer así sentada, siempre en aquel sitio, con alguna cosa entre las manos y cuando levantaba la vista siempre veía el cuello y la cabeza de su marido envuelto en una nube de humo e inclinado sobre un montón de papeles. Ahora aquel sitio estaba vacío, desde hacía una eternidad, pensaba ella.

Seguramente la mitad de su vida de casada la había pasado sola, esperándole a él, siempre ausente, siempre en lejanos países. ¿Qué era, en realidad, su marido? ¿Militar? ¿Diplomático? ¿Conspirador? Un poco de cada cosa tenía su agitada profesión, y la desempeñaba en el amplio espacio de dos continentes.

Sin duda seguía siendo el «buen chico» de siempre, apasionado jugador, aficionado a jugarse el todo por el todo en arriesgadas empresas. No era egoísta, nada quería para sí; pero en su juego sacrificaba su propia felicidad y la de todos los suyos sin el menor reparo. ¿Y si el juego no le salía bien? ¿Y si aquella aventura fracasaba? Ella tenía de sus noticias últimas alusiones confusas a tal eventualidad. Y ahora se hallaba en peligro, no solamente su vida, sino la de muchos, la de muchísimos hombres.

La señora Vilshofen miraba al vacío. La casa le parecía irreal, como irreal era toda aquella tranquilidad. Allí, a lo lejos, los cañones tronaban y la guerra extendía sus garras por doquier. La guerra de la que tanto le había hablado el consejero del Ministerio de Propaganda que acababa de salir. ¡Dios mío, había sido tan feliz! Cuando Manfred regresaba, de tiempo en tiempo, a su casa — casi siempre estaba de viaje o en el extranjero—, entonces vivían plenamente. El sol inundaba toda la casa, que se hallaba siempre llena de invitados, a la hora de la comida y a la hora de la cena. Aquellos días la compensaban de los largos meses pasados en la soledad.

Después vino la guerra. Primero, Francia; luego, Rusia. Manfred pidió el traslado del Alto Estado Mayor a un puesto de mando de la tropa. A veces

recibía cartas de su esposo, en las que no decía nada de la guerra, sino que describía paisajes de la estepa o hablaba de los pueblos y de los hombres. Un permiso corto y luego otra vez al frente oriental, y el silencio, sin que apenas diese señales de vida. Más tarde una carta sobre el «río místico y la ciudad loca»: el Volga y Stalingrado. Otra carta que vino era tan confusa que ella no pudo comprenderla. Muchas cosas debían haberle pasado a su Manfred.

Desde entonces habían transcurrido tres semanas. Después le había mandado unas palabras y luego nada más. Aquel día había recibido una llamada telefónica y acababa de conversar en aquella misma habitación con el consejero del Ministerio de Propaganda. A la descripción de las pompas y el boato fúnebre que pensaban dedicar a los héroes de Stalingrado, había respondido rotundamente: «¡No! Él vive todavía y no puedo hacer lo que ustedes me piden. De antemano me niego a participar en ese acto.» Tal vez no había obrado bien, porque no se trataba sólo de su esposo. «Es más bien una simbólica manifestación de luto por todo el Sexto ejército, señora», había argüido el consejero. «No, no y no», repitió. Había actuado como una loca. No quería saber nada de luto ni por el ejército ni por Manfred. Él vive, y vive también el Sexto ejército. No podía convencerse de que el consejero tuviese razón. ¡Ascendido a general!. Y ¿de qué le serviría el ascenso, si había muerto?

—Acaso no me haya comportado como debía —dijo a una señora anciana que entró en la estancia. Era la madre de Vilshofen.

—No, has cumplido con tu deber, Irene —contestó la viejecita, dejándose caer sobre una silla y ocultando la cara entre las manos—. Dios mío, a esto habíamos de llegar. Era lo último que nos faltaba ver con Hitler. Que se preparen las tumbas para los que aún viven.

El consejero del Ministerio de Propaganda continuó su recorrido. Después de la señora de Vilshofen visitó a la mujer de un miembro del partido, teniente de la 3.<sup>a</sup> división motorizada, cercada en Stalingrado. Y por indicación suya se había invitado también a la señora Lilly Daussig, para que en esta gran manifestación de duelo no faltara una «auténtica esposa de un soldado raso».

Cuando el consejero regresó de su importante misión supo que el ministro se encontraba en la sala de mosaicos de la nueva cancillería del Reich. Allí estaba, en efecto, rodeado de tapiceros, a los que daba instrucciones sobre la disposición de las negras colgaduras de satén y crespón, de las banderas con sus lazos de luto, de los artísticos candelabros, de los hachones y del simbólico catafalco del Sexto ejército.

El ministro de Propaganda escuchó sólo a medias el relato de su colaborador. Estaba atareadísimo; en plena actividad. Conferencias de Prensa, entrevistas con reporteros, encargos a dibujantes, redacción de biografías de jefes, oficiales y soldados del Sexto ejército; episodios más salientes de la lucha, ejemplos de muerte heroica, últimas palabras, patrióticos legados a la nación, todo había de ser esbozado, inspirado, dictado y copiado con la mayor urgencia.

El ministro tenía que multiplicarse, tenía que «superarse a sí mismo». Esta vez no se trataba de un solo hombre, como en algunas de las crisis del partido. Ahora se trataba del cadáver de todo un ejército, de veinticuatro generales, diez mil oficiales, trescientos mil hombres que se verían simbolizados bajo aquel gigantesco catafalco. Y, para mayor esplendor de la fiesta, la relación de ascensos y condecoraciones: el jefe supremo del Sexto ejército, ascendido a

mariscal de campo; los coroneles, a generales; cruces de caballero, hojas de roble, cruces de hierro de primera y de segunda clase, serían concedidas profusamente.

Pero, desde el recién ascendido mariscal de campo, hasta el último soldado condecorado con la más modesta cruz, todos ellos habrían de morir. Un cadáver tiene que ser realmente un cadáver. Los que busquen o encuentren el resquicio para escapar con vida de aquella gran hazaña, obran en contra de la gran empresa. No hay excusa, todos tienen que morir, todos. En el rostro del ministro de Propaganda se dibujan graves preocupaciones, mientras se pasea por la sala de mosaicos de la cancillería del Reich.

Todo un pueblo, madres, mujeres e hijos, gemían bajo la propaganda que, para lograr un clima de exaltado heroísmo colectivo, les robaba toda esperanza de volver a tener consigo a sus seres queridos; bajo una propaganda que durante días dio por muertos a sus maridos, padres o hijos. Mas, a pesar del monstruoso bluff, ellos vivían aún. No es costumbre encargarse al sastre la ropa de luto cuando el deudo aún se debate en su agonía. Pero eso fue lo que la propaganda nazi hizo con los combatientes de Stalingrado y con sus angustiados familiares.

## XXXVI

EL COMANDANTE MÉDICO SIMMERING MARCHA  
AL FRENTE DE SU COLUMNA DE HERIDOS

¡Los hombres del Sexto ejército vivían aún! El ejército había quedado dividido en dos partes. La más pequeña estaba al norte de Stalingrado y la mayor en el centro de la ciudad. Aproximadamente diez mil hombres se encontraban en los sótanos del Teatro y en los de la Plaza de los Caídos. Cerca de cinco mil se habían refugiado en las ruinas de la «Comisaría del Pueblo para Asuntos Interiores». Otros millares bajo un antiguo almacén, bajo una casa militar y en otros puntos. Por el aeródromo y la carretera de Gumrak todavía marchaban restos de regimientos dispersos, buscando un refugio donde morir si era necesario. Ellos vivían todavía y se movían. El jefe de antiaéreos, comandante Buchner, buscaba a su teniente Stampfer, desaparecido con los camiones. El ayudante de batallón del 261.º regimiento de infantería, el teniente Lawkow, con el brazo envuelto en un trapo sucio y apretado contra el pecho, había llegado hasta la escuela de aviación y entró lentamente al centro de la ciudad. Sus compatriotas del batallón núm. 9 de ametralladoras de la Prusia oriental, entre ellos Halluweit, Karl Wischwill y Johann Goeritt, habían caído víctimas de los tanques rusos, más allá del muro de los tártaros.

El comandante médico Simmering conducía una larga caravana de heridos. El soldado Franz Widomec era uno de tantos hombres que la componían. Iban de Gumrak a Stalingrado y ya llevaban un día y una noche de camino.

El comandante Simmering había regresado al frente de Stalingrado en noviembre, después de un permiso que pasó en su casa. Llegó a Wertjatschi con cuatro días de retraso, y este retraso, es decir, las observaciones hechas durante las largas horas de espera en cada uno de los puntos de parada, le habían aclarado bastantes cosas referentes tanto a la sanidad como a la situación general de todo el frente de Stalingrado.

En aquel frente nunca había habido municiones en cantidad suficiente. El abastecimiento de víveres iba aún peor... Y el transporte de heridos estuvo siempre postergado a los aprovisionamientos de municiones y de víveres.

Hasta Tchirr la vía férrea no podía ser utilizada por los trenes sanitarios. Por consiguiente, desde el frente hasta dicho punto, los heridos tenían que ser transportados en vagones de mercancías ordinarios cuando volvían vacíos. Y en muchas ocasiones tales transportes de heridos seguían así hasta la cuenca del Donetz.

Simmering había podido darse cuenta de lo que esto representaba, cuando vio cómo las vías secundarias de todas las estaciones se hallaban abarrotadas de transportes de tropas que muchas veces iban en vagones descubiertos y hasta en simples plataformas, con los tanques, cañones, coches y cajas de piezas de recambio, municiones y mercancías de toda índole. En medio de aquellos convoyes se veía siempre una fila de vagones de mercancías cargados con heridos que, durante horas y a veces durante días enteros, permanecían parados en el mismo lugar.

Esto sucedía ya en noviembre, y los vagones de mercancías no tenían calefacción alguna. Por entonces aquella región estaba ya completamente cubierta de nieve y hielo, el termómetro marcaba diez y quince grados bajo cero. ¡Cuántos muertos, cuántos inválidos, cuántos hombres con las manos y los pies congelados ha costado este sistema de transporte al pueblo alemán!

Entonces fue cuando el comandante Simmering tuvo conciencia, por primera vez, del derroche de vidas humanas que tenía lugar. Esto sucedía ya antes del cerco y no era más que un débil preludio de la suerte que aguardaba a los heridos, después que aquel terrible cerco se hubo cerrado.

El comandante médico Simmering marchaba ahora, con su columna, tan despacio, que los heridos podían seguirle sin mucha dificultad. No volvía la cabeza para no ver a los que se quedaban atrás, ni cómo la columna disminuía constantemente. Ahora, aún era bastante larga. El que se sentaba en la nieve, estaba perdido; ya no recibía ayuda; Simmering no podía hacer nada. Había encargado a su brigada y al sargento que les dirigieran por última vez la palabra a los restantes. Todo lo más que podía hacer era encargarse él mismo, comandante médico, de la columna y conducir a los que todavía podían caminar.

Sin embargo, ¿qué esperanzas quedaban y adonde los conducían? Procedían de Gumrak, donde habían evacuado los hospitales antes que los rusos entraran en el pueblo. En el muro de los tártaros resistieron el fuego de los tanques, teniendo luego que huir hacia el Sur. Después de pasar la noche en los hoyos cavados en la nieve, iban otra vez caminando.

¿Adónde se dirigían? A la Comandancia de la ciudad. Tal era la orden recibida. Los restos de las unidades de sanidad y la masa de heridos de Stalingrado debían ser acogidos en el edificio de la Comandancia del centro de la ciudad.

«Acogidos y abastecidos», así rezaba el papel. Mas el médico sabía lo sucedido con los demás «acogidos y abastecidos» durante los setenta días de marcha desde Wertjatschi, Baburkin, Bolschaja-Rossoschka y Gumrak. ¿No sería más lógico y humano detenerse aquí, a la vista de la ciudad en ruinas y abandonarlos a su destino?

¿Adónde? A la Comandancia de la ciudad. Ésta era la réplica del ejército y ésta fue también la contestación del médico; sin embargo, bajo el uniforme está el hombre, y éste piensa más y su conciencia le hace indagar el origen de toda aquella miseria.

¿Cómo podía ocurrir aquella catastrófica desorganización en el abastecimiento y en el transporte de heridos?

Primero: El transporte defectuoso y lento hacia los restantes centros sanitarios de la retaguardia y a los demás frentes, había sido la causa de que al producirse el cerco de Stalingrado hubiese aún en los hospitales de este sector unos diez mil heridos esperando su evacuación.

Segundo: Durante el precipitado repliegue que, además, se hacía en dirección al Este, al interior de un círculo cada vez más estrecho, las instalaciones sanitarias quedaron al otro lado del Don. Sólo pequeños grupos de las compañías sanitarias lograron atravesar el río. Los heridos leves procedentes de los pueblos del valle de Golubaja y de la parte oriental del recodo del Don que pudieron pasar, llenaron, mejor dicho, colmaron los hospitales, que ya alojaban un número de heridos superior a su capacidad.

Tercero: No era posible obtener el carburante necesario para la evacuación de las instalaciones sanitarias y por lo tanto, al derrumbarse el frente, el instrumental médico, los aparatos y material sanitario tuvieron que ser abandonados.

Cuarto: Una orden del ejército prohibía dejar los heridos en poder del enemigo y la consecuencia de tal orden eran las carreteras abarrotadas de heridos andrajosos y llenas de cadáveres abandonados, semicubiertos por la nieve y tan duros como troncos de árboles; columnas de camiones parados y toda suerte de vehículos cargados de heridos que obstaculizaban la marcha.

Quinto: El transporte hacia el aeródromo estuvo dificultado en un principio por la escasez de vehículos y de carburante; además, el servicio aéreo no fue nunca satisfactorio por el escaso número de aparatos y por las grandes dificultades técnicas debidas a los constantes repliegues.

Sexto: Los razonamientos del médico se confundieron al llegar a este punto.

Después de la evacuación de Wertjatschi, en un barranco de Baburkin, cubierto de nieve, había una tienda de campaña. A su alrededor, los heridos yacían por tierra. Bajo la delgada lona de la tienda —casi a cielo raso—, tres mesas de operaciones. Un comandante, un capitán y un teniente médicos, en plena actividad. Tienen los dedos rígidos de frío. El contenido de las ampollas está helado. El cuerpo febril que se halla sobre la mesa, da calor como una estufa. ¿Cómo puede operarse en tales condiciones? ¿Qué final tendrán aquellos hombres que, después de una intervención quirúrgica, son depositados sobre la nieve? Los que han sufrido una gran hemorragia, mueren rápidamente. Los que sólo han perdido una pequeña cantidad de sangre, fallecen más despacio. Algunos se salvan de milagro, independientemente de la sangre perdida; y al día siguiente son depositados en «bunkers» cavados precipitadamente por los heridos leves, y allí permanecen hasta que la muerte se apiada de ellos o hasta que tienen que proseguir la retirada.

La siguiente estación era Bolschaja Rossoschka.

Aquí están de nuevo, con las reservas, tanto del cuerpo como del alma, totalmente agotadas. No esperan nada, y cuando se menciona a Hoth y a Manstein, ni siquiera levantan la vista. Las palabras del Führer según las cuales sus padecimientos se convertirían en la mayor victoria de la historia alemana —aún en Baburkin, cuando oían estas palabras sus ojos brillaban—, no les impresionan lo más mínimo. Ya no creen en nada y nada esperan. Estos

hombres que ya vienen desesperanzados de los puestos sanitarios, se juntan aquí con los que proceden de los frentes, igualmente desmoralizados. Entre éstos vienen ahora pocos heridos, pero bastantes con síntomas de congelación y todos exhaustos, cansados, demacrados, atrofiados, ya insensibles al hambre, sin deseos ni aspiraciones, sin la menor participación consciente en su propio destino.

Sobre la mesa de operaciones se halla el cadáver de un soldado. Su cuerpo yerto cuenta la historia de todos los demás. Mide 1,89 metros, y su peso es de cuarenta y dos kilos. No hay en él una onza de grasa.

Este cadáver era un síntoma de mal colectivo. El comandante médico Simmering lo sabía interpretar. Por eso era mayor la rabia con que se aferraba él mismo a la promesa del Führer, y mayor su fe en que los había de liberar. Por eso ordenaba a los chóferes, a los ayudantes, a cuantos cuidaban los caballos, y a los rusos prisioneros, que construyesen refugios con ahínco, desde el amanecer hasta la noche. Y gracias a sus esfuerzos consiguió alojamiento con calefacción para algunos centenares de heridos.

Mas vino la siguiente oleada, que anegó el valle de Rossoschka y el puesto principal de primera cura. El cerco se estrechaba cada vez más, y, en proporción inversa, el número de heridos crecía constantemente. El edificio de la estación de Gumrak había sido convertido en hospital de sangre; las salas eran los vagones parados en ambas vías. El edificio estaba repleto hasta los pasillos, por donde era difícil abrirse paso.

Y allí estaba otra vez el síntoma fatal. Un hombre levanta los brazos, tiesos como palos por efecto de la congelación, y suplica: «¡Un poco de calor!» Pero se cae de bruces, y sus brazos se quiebran como si fuesen de cristal.

Al llegar allí, nueva orden sobre los heridos. En Wertjatschi, en Baburkin, estaba rigurosamente prohibido dejar que los heridos cayesen en manos del enemigo. Cuando el frente retrocedió hasta Gumrak y las masas de heridos y enfermos, evacuados al mismo Stalingrado, se aproximaban a las paredes del cuartel general del ejército, entonces se permitió abandonar a los heridos, pero los enfermos debían seguir el repliegue. Esto era una sentencia de muerte para los heridos graves, y por ello los que podían andar, o por lo menos moverse cojeando o arrastrarse, se marchaban. Aquella caminata tan azarosa era preferible a la muerte cierta que les aguardaba permaneciendo allí sin nadie que les atendiese hasta la llegada de los rusos. Cuando los rusos entraron en Gumrak, encontraron el edificio de la estación y ciento veinte vagones que había en las vías, completamente llenos de cadáveres congelados.

La nueva orden del ejército, dada cuando el frente pasaba por Gumrak, ya no era un síntoma, era la revelación patente de un propósito deliberado y espantoso. Los hombres que habían sacrificado su sangre y sus miembros sanos, no deberían enseñar un día en Alemania los muñones ennegrecidos, ni pasear sus rostros desfigurados por el terror, por las calles de las ciudades alemanas. La única puerta que podía conducirles a la vida —una bandera blanca sobre los puestos de cura abandonados y un sanitario que les atendiese en las horas de espera— les era cerrada. Todos debían morir.

Sin embargo, el médico no podía aceptar tal orden que como militar recibía y cumplía, incluso. Su conciencia la rechazaba. Mas bajo aquella estrella negra seguía él su camino. «La misión del médico es prestar ayuda, curar, devolver la vida —pensaba—, pero desde hace setenta días la orden superior exige de él

otra cosa: aquella orden ha convertido al médico en un sepulturero.»

La nieve brillaba a los rayos del sol. La sombra de una nube corría por el campo. Sobre la ciudad se extendía una densa humareda y se elevaban las llamas de los incendios. A lo lejos se oía el tronar de los disparos. Gumrak quedaba a sus espaldas. Enfrente, Stalingrado. El médico se detuvo y dejó pasar a las cansadas filas de la columna que le seguían a muy poca distancia. Ni uno solo alzó la vista. Sus cerebros ya no funcionaban. De pie, mientras caminaban, dormían y soñaban. Sus pies desaparecían bajo los pliegues de sus largos capotes que se arrastraban por la nieve. La larga hilera de hombres semejaba un velero en cuyas lonas no soplara la más leve brisa y avanzara lentamente, muy lentamente. La mirada del médico recayó sobre el rostro de uno de los soldados que todavía parecía interesarse un poco por lo que sucedía a su alrededor. Se acordó de que este hombre había sido uno de los últimos que pasaron por su mesa de operaciones en Gumrak. Tenía tres costillas rotas. Andaba con gran esfuerzo y cada paso le hacía saltar una nueva gota de sudor en la frente. El médico siguió andando junto al soldado.

El soldado se llamaba Franz Widomec, de Bottrop, mejor dicho, de Viena, pero había trabajado en Bottrop. Llevaba año y medio casado y sólo había vivido cuatro meses con su mujer; después le habían llamado a filas. ¿Cartas? Claro que había recibido muchas cartas mientras aún funcionaba el servicio de Correos. También le habían concedido permiso en primavera y había estado en Viena con su esposa.

La conversación tomó un giro que sorprendió al médico:

—Tres costillas y el omoplato; de aquella había salido bastante bien librado —dijo el soldado Widomec.

Y lo decía con tal acento de resignación, como si con sus costillas hubiese pagado alguna culpa que descargase su conciencia. ¿Culpa? ¿De qué? ¿De la guerra? ¿De las miserias que la guerra trae consigo?

—¿De algún hecho concreto? —le preguntó Simmering.

—Sí —contestó Widomec—; yo, por ejemplo, en compañía de otros, me comí las últimas patatas cocidas que tenía una viejecita rusa. Y en Viena son muchos los extranjeros que tenemos: griegos, yugoslavos, ucranianos, todos ellos trabajan para nosotros por un jornal ínfimo, y perecen en medio de la mayor miseria. Los domingos van pidiendo pan por las calles. Cuando yo vi aquello, pensé: «Algún día nos tocará a nosotros pasarlo igual». —Y al pronunciar tales palabras su vista se extendía sobre la triste y lenta caravana de heridos.

«¡Qué extraño! —pensó el médico—. Nunca había oído exteriorizar tales ideas, tales reflexiones.»

—Se creen muchos que después de la guerra todo se olvidará rápidamente —continuó el soldado—, pero esto no es posible. Tendremos que enfrentarnos con la realidad, y con todos sus problemas y encontrar una solución, no nos quedará más remedio.

El comandante médico Simmering se adelantó a la cabeza de la columna. «Este hombre —pensó— tiene valor para afrontar los problemas, por eso va con la cabeza erguida y aún confía en el porvenir mientras tantos otros se deshacen como ceniza. La causa de este derrumbamiento espiritual no solamente es debida a la falta de grasa, sino a la carencia de algo que vale mucho más.»



La columna llegó a los suburbios de la ciudad. Atravesó patios y escombros. Era preferible no ir por las calles, que eran blanco preferido del fuego enemigo. El humo y las llamas seguían enseñoreándose de la ciudad. No se podía distinguir bien desde dónde venían los disparos. De delante, de atrás, de todas partes. Sólo los hoyos o huecos en las ruinas ofrecían alguna protección. Por fin, el comandante médico Simmering divisó el edificio de la Comandancia de la ciudad. A pesar de que no quedaban puertas ni ventanas, sino simplemente huecos, era uno de los edificios que menores daños había sufrido.

## XXXVII

## HACIA LA COMANDANCIA

A diferencia de la columna de heridos que, describiendo una gran curva se aproximaba por el Sur, el teniente Lawkow había alcanzado las afueras de la ciudad viniendo en línea recta desde el Oeste. Dos mil metros le separaban del gran edificio donde confiaba recibir tratamiento médico y el ya famoso caldo de caballo. Dos mil metros entre ruinas, escombros, fuego de fusilería rusa, fuego de los antiaéreos alemanes. Dos mil metros en los que la muerte acechaba a cada paso.

No le hacía mucha gracia tener que cruzar el terreno descubierto dominado por el fuego enemigo; pero no le quedaba otro remedio. No todas las balas dan en el blanco. Unos caen y otros continúan en pie. Lawkow lo había podido confirmar una vez más en su camino desde el barranco de Tulewoj. Tendido en la nieve, exploró el terreno. Quería saber cuál era el objetivo preferido por los disparos rusos, para mejor escoger el camino. Como no pudo conseguir ningún medio de transporte por rudimentario que fuese, había emprendido a pie la marcha desde Tulejow. Por lo menos en Gumrak ya podría recibir asistencia médica, pero tuvo que limitarse a contemplarlo desde las afueras, en la interminable cola de los que esperaban su turno para entrar. El problema era arreglárselas para llegar antes de que fuera tarde y que el cirujano le operara el brazo que tanto dolor le causaba. La artillería rusa y la retirada general hacia el Este, le habían arrastrado. Él también siguió la marcha hacia Gorodischtsche y el brazo ya no le molestaba, parecía como si no lo tuviera; ahora eran el cuello y la cabeza los que le dolían. En Gorodischtsche halló la solución. Se encontró con el general jefe de la 113.<sup>a</sup> división de infantería.

—¿Qué le pasa, Lawkow? —le preguntó.

—Esto, mi general —dijo enseñando su brazo.

—¿Le han curado ya?

—No, mi general; precisamente vengo desde Tulewoj buscando un hospital donde me atiendan.

—Bien, entre en ese «bunker» y preséntese de mi parte al médico de nuestra división.

—Sí, mi general. ¿Me permite una pregunta? ¿Puede usted decirme qué haremos ahora?

El general hizo un vago gesto con la mano y sumiose de nuevo en la contemplación de aquella retirada de características napoleónicas, mirando a la carretera.

Esto le sucedió en Gorodischtsche y aunque perdió un brazo, después se encontraba mejor. Le habían vendado decentemente y tenía la cabeza más despejada: ya no tenía la horrible sensación de llevar un bajón gigantesco sobre los hombros.

La siguiente etapa fue el muro de los tártaros. Los tanques se dedicaban en aquellos momentos a aplastar a un batallón alemán. Lawkow, que se encontraba ya sobre el muro, descendió por el lado opuesto, caminó por el aeródromo como si fuera por una pacífica pista de esquí, y recibió de manos de un jefe de batallón de antiaéreos un desayuno consistente en un poco de pan con mantequilla y un trozo de salchicha. Luego, se quedó profundamente dormido.

Al día siguiente estaba aún en el aeródromo, ahora convertido en pista para los tanques rusos. Las explosiones de las granadas se sucedían sin interrupción. Las balas silbaban por todos los rincones, entonando una canción nada agradable. Lawkow se dio cuenta de nuevo que él no era más que una ínfima partícula de polvo y con mucha suerte consiguió llegar otra vez al muro de los tártaros, donde había una terrible aglomeración de carros, camiones, coches y soldados y, dominando este terrible caos, los tanques rusos que pasaban sobre aquella masa como apisonadoras, cortándoles la retirada. Las escotillas de cinco o seis tanques se abrieron y por ellas aparecieron las cabezas de otros tantos oficiales rusos armados con pistolas ametralladoras.

En medio de la nieve, aquellos tanques, con los hombres que asomaban agitando sus armas, parecían barcos de pescadores que se disponían a recoger sus enormes redes.

Los rusos gritaban, señalando hacia atrás: —¡Dawai, dawai...!

Este grito debía de significar: «¡Daos prisa, daos prisa!» Y el que tenía piernas, las usaba para correr con todas sus fuerzas. Lawkow se encontró en los límites de la zona donde aquellos hombres se veían detenidos por los tanques. Jadeante, corrió en dirección opuesta cuanto sus fuerzas le permitieron. A su alrededor, los proyectiles estallaban en la nieve. Llegó primeramente a un chalet y luego, caminando bajo la protección de los montones de escombros, alcanzó las puertas de unos «bunkers» donde parecían estar de mudanza. El cocinero y el peluquero de un estado mayor colocaban sus instrumentos en unos camiones. Uno podría creerse que se trataba del mariscal de campo en persona, pero no era más que el jefe de un regimiento con el personal de su plana mayor. Actas, papeles, documentos, baúles, gasolina... a pesar de que allá afuera, en el muro de los tártaros, las baterías de antiaéreos habían tenido que ser abandonadas por falta de carburantes para los tractores. Aquello parecía una buena oportunidad para continuar el viaje, pero el coche donde se acomodó no pudo seguir su camino y no le quedó más remedio que permanecer allí durante aquella noche. Por experiencia sabía que un puesto de mando recién desalojado permitía una instalación bastante cómoda por algún tiempo. Por eso, se acomodó lo mejor que pudo y tranquilamente se echó a dormir. A la mañana siguiente reanudó la marcha, llegando a un punto donde se detuvo para examinar el terreno que aún le quedaba por recorrer. Desde un hoyo formado por la nieve inspeccionó el

panorama a su alrededor. A toda costa debía llegar a la Comandancia, que forzosamente sería el final de su carrera, ya que dos mil metros más allá se encontraba el Volga y al otro lado el frente ruso.

Lawkow observó atentamente el terreno poniendo especial atención en distinguir dónde se concentraba el fuego de los fusiles y morteros soviéticos. Se puso en marcha y a unos quinientos pasos llegó a una estrecha callejuela donde se detuvo junto a las ruinas de una casa. Durante unos segundos, se desencadenó en aquel lugar un verdadero infierno. Los rusos y los alemanes disparaban. Parecía que ambos bandos tiraban contra él. Las granadas estallaban por doquier. No se arrojó al suelo como acostumbraba sino que de tres zancadas se hundió en las profundidades de la casa derruida. No quedaba más que parte de las paredes y a través de su hundido techo pudo distinguir el cielo, en el que brillaba una pálida estrella. Unos gemidos se oyeron cerca de él. Vio el rostro de un hombre, que por su aspecto parecía insensible a cuanto acaecía a su alrededor. La mano sucia del soldado, tan pálida como su cara, se levantó en gesto de súplica. Lawkow se inclinó, levantó el capote de aquel hombre y lo dejó caer en el acto. Tenía ambas piernas destrozadas.

Por la mirada del soldado adivinó que tenía clara conciencia de su verdadera situación. Oyó sus últimas palabras, pronunciadas con voz débil:

—Camarada, si sales de esta...

—Sí, si consigo salir de aquí, haré lo que pueda...

Sacó un trozo de papel con una mano y con la otra garrapateó unas palabras. Su mano cayó sin fuerzas. Se había desmayado y Lawkow tuvo que recoger el papel del suelo. Se lo metió en el bolsillo y, como los disparos habían cesado, continuó su marcha. Había recorrido ya la mitad del camino. El enorme edificio estaba ante su vista. No tenía más que atravesar una gran plaza que estaba sin protección por lo que previamente quería observarla con todo detalle. Se sentó tras un montón de piedras, sacó el papel del bolsillo y acercándose mucho a los ojos leyó: «Querida Luisa: He terminado. Mis últimos pensamientos son para ti. No me olvides.» Pero, ¡por amor de Dios! ¿Quién es Luisa? ¿Dónde vive? ¡Qué tonto! ¡Tenía que haberle preguntado las señas y recoger su chapa de identidad!

En fin de cuentas daba igual. Pero, acaso no. ¿Y si logro salvarme? ¡Se lo he prometido! Frente a él reinaba ahora la tranquilidad, mientras a sus espaldas se reanudaba el tiroteo. Lawkow sostuvo una tremenda lucha en su interior. «Eres un asno. Si te pasa algo, ¿quién te ayudará? Pero, al fin, parece que he encontrado un sendero cubierto que pasa entre las ruinas y los escombros.» Estuvo unos minutos indeciso reflexionando sobre lo que debía hacer. Antes de emprender su camino regresó al lugar donde estaba el soldado de la carta. Reinaba casi la obscuridad. Había un segundo cadáver entre las piedras. Encontró al que buscaba. Y cuando recogió su chapa le pareció que le sonreía satisfecho. Le cerró los ojos. Se desencadenaba un fuego tan nutrido por allí que creyó prudente esperar un poco bajo la protección de aquellos muros. Penetró más al interior y descubrió un hoyo con unos escalones rudimentarios por los que descendió. En el interior halló a tres hombres:

—De modo que vosotros os habéis metido aquí, ¿eh?

—Así parece. Esos están locos.

—Nosotros no queremos seguir haciendo más tonterías.

Lawkow no quiso continuar la conversación en aquel tono.

—Pero, ¿qué es lo que sucede? ¿Están por aquí los rusos, o los nuestros? —preguntó.

—Eso no lo sabe nadie. Nosotros ahora contraatacamos, ¿sabe?

—¡Un contraataque! ¿Y a qué «nosotros» te refieres?

—A nuestra división, mejor dicho, al cocinero, al veterinario y a los de oficinas. También el general se ha colgado un fusil al hombro y está por alguno de aquellos hoyos en la nieve.

—Por él nos hemos metido en este «fregado».

—¿Por qué dices por él?

—Porque él no lo aguanta en el sótano y dice que allí todos se van volviendo locos.

—Diga usted que no es eso. Este mediodía habló con el jefe del cuerpo de ejército y cuando volvió se preparó el contraataque. Le han dado la orden de hacerlo.

Lawkow supo también que cerca de aquel lugar estaba el general jefe del VIII cuerpo de ejército y no lejos de él, bajo los escombros de una casa, los restos de una división de infantería y unos metros más allá, los hombres que habían quedado de otra unidad. Los dos jefes preparaban un contraataque. La unidad a que pertenecían los tres hombres estaba compuesta por el cocinero, el brigada, el veterinario y el personal de oficinas, en total unos ochenta hombres a todos los cuales el general había entregado sendos fusiles. ¿Qué contraataque pretendían realizar ni qué línea podían ocupar aquellos hombres?

No les quedó más remedio que volver poco después a los sótanos. Esta operación, llevada a cabo por los restos espectrales de una división, no tuvo la menor trascendencia militar. Mas para muchos que cayeron aquello fue un asunto muy serio.

Sin embargo, el contraataque se realizó y estos hombres avanzaron por la carretera que buscaba Lawkow, la cual estuvo aún media hora en calma, ocasión que éste aprovechó para llegar hasta la Comandancia de la ciudad sano y salvo, sin ser molestado más que por algunas balas perdidas de fusil que levantaban la cal de las paredes próximas.

Y aquí vería Lawkow cosas que no había visto en las colinas de Kasatschi ni en el barranco de Tulewoj, ni en Gumrak, lo que ningún cerebro humano podría imaginar. Aquí presenció algo espantoso.

Otro hombre que también había recorrido el mismo camino que el teniente Lawkow, con la sola diferencia de que ya lo había realizado otras dos veces o acaso tres, era el comandante Buchner.

La marcha del comandante Buchner empezó en Woroponowo. Allí había tenido que emplazar sus últimos antiaéreos sobre la vía férrea después de la ocupación de Pitomnik por los rusos. Inútilmente había llamado por teléfono a la comandancia de tanques.

—¿Estáis locos? ¡Los antiaéreos sobre la vía férrea!

—Es la orden, mi comandante: ¡Los antiaéreos deben quedarse allí; son el apoyo moral de la infantería!

Y allí se quedaron. Resultado: aniquilamiento total, sin haber llegado a disparar una sola bala. La infantería —la fuerza de Dollwang— no había tenido ni apoyo moral ni efectivo. Fue rechazada tras la vía. El grupo formado con soldados recuperados, fue casi totalmente destruido. Una parte en Jeschowka y otra en Gumrak. El comandante Buchner recogió los exiguos restos cerca de

Stalingradski. Se elevaban aún a ciento veinte hombres y dos carros. Él mismo todavía contaba con un vehículo casi destruido, pero cuyas ruedas giraban aún.

¿Qué hacer? Las baterías, aniquiladas. El general había partido en avión. Los soldados se rendían ya en el extremo meridional del cerco. ¿Debía seguir la lucha con sus hombres? No. Stampfer había terminado sus estudios. Minz había sido maestro. Él era químico, tenía conocimientos de la industria textil y ¡sobre todo había sido un solemne mentecato por haber regresado de América del Sur para tomar parte en la aventura hitleriana! No. Ellos no eran simples cifras, eran hombres.

—Teniente Stampfer, usted toma el mando y se dirige con los dos camiones y las provisiones a Stalingrado. Nos encontraremos en las «casas blancas», y allí descansaremos un poco para poder juzgar mejor la situación.

Así empezó la desbandada y aquella marcha sin fin. Por lo que se refería a él mismo, primero en un viejo coche y luego, agotada la gasolina, a pie. Primero en medio de la niebla y las tempestades de nieve, luego con tiempo claro y un frío glacial.

Los ciento veinte hombres llegaron al lugar de la cita. Sin embargo, el teniente Stampfer había desaparecido con los dos camiones y los víveres. Empezó la búsqueda por todo Stalingrado.

—¿Ha visto usted unos camiones de la «Flak»?

—No.

—¿Y soldados de antiaéreos?

—Tampoco.

—¿Conoce usted al teniente Stampfer?

—¡No le he visto!

Sus hombres, refugiados en un sótano, padecían hambre. Se puso al habla con un regimiento de infantería.

—No, lo siento, no puedo cederle víveres. Entrégueme a sus hombres y entonces les daré de comer.

De esta manera, el jefe de infantería recibió un refuerzo de ciento veinte hombres por ciento veinte medios panes, y Buchner continuó buscando a Stampfer acompañado por su ayudante Loose.

Se dirigieron al campo de aviación, donde no encontraron más que ceniza y cadáveres. En el muro de los tártaros dieron con un sótano lleno de heridos que les pidieron ayuda. ¿Cómo podían transportar a todos aquellos heridos sin disponer de vehículo alguno y con los pies que ya se les negaban a dar un paso más? Además, los heridos no tenían fuerza ni para levantarse.

Cuando marcharon, los heridos se quedaron llorando. El llanto de aquellos hombres adultos acompañó al comandante Buchner en su camino a través del aeródromo desierto bajo el claro cielo estrellado. Loose seguía en silencio y estaba tan agotado que iba retrasándose. Llegaron a otro «bunker», y como Buchner no podía soportar más llantos, hizo bajar a su ayudante. Éste regresó en seguida y asió al comandante por la manga:

—¡Mi comandante, los rusos están durmiendo allí!

Media hora más tarde divisaron una columna de ochenta hombres que avanzaban por el aeródromo. ¿Alemanes? ¿Rusos? Se acercaron.

El comandante se dirigió a uno que se quedaba rezagado.

—¿Quién sois?

El otro contestó en francés. También les había confundido con rusos. Eran

una sección de zapadores que se dirigían al centro de Stalingrado.

Por último, llegaron al cuartel del regimiento, donde el día anterior aún habían encontrado al estado mayor, cuyo jefe no había podido dar crédito a la noticia de que Gumrak estuviese ya en manos de los rusos. Ahora, este lugar estaba desierto y el «bunker» abandonado. Papeles y latas de conserva vacías se veían en completo desorden por el suelo.

El día anterior le quisieron encomendar una misión. El jefe le había dicho:

—Ha llegado usted a punto, Buchner. Tengo una misión para usted.

—No acepto ninguna misión, mi coronel; estoy tan cansado que antes que nada me voy a dormir.

Más tarde el coronel había insistido con aquella misión.

—No puedo aceptarla, mi coronel. Tengo que recoger a mis hombres y buscar luego al teniente Stampfer, que lleva los camiones y los víveres.

Aquello tuvo lugar la víspera, y ahora, cuando entraba por segunda vez en el «bunker», éste se hallaba vacío y abandonado.

Sin embargo, de uno de los «bunkers» cercanos salieron tres hombres. Eran soldados de su propia formación, los cuales manifestaron que en un sótano de Stalingrado se encontraban otros veinticuatro soldados de su grupo. También tenían noticias sobre Stampfer. ¡Había caído!

La artillería rusa había incendiado los camiones.

Esto significaba el fin del grupo. No podía ayudar a los ciento veinte hombres cedidos a la infantería. Sin víveres ni municiones no podía reclamarlos. Solamente le quedaban tres hombres, de los ochocientos, y deseaban recoger también a los veinticuatro de Stalingrado. Durante el camino encontraron una hoguera en la que se calentaron el comandante y sus hombres, echándose luego a dormir un poco. Cuando se pusieron nuevamente en marcha, tuvieron que correr y saltar de pared en pared, porque aquel sector estaba batido por el fuego de la infantería y de los morteros rusos. Durante uno de estos saltos, el ayudante —el teniente Loose— cayó al suelo.

—¿Qué te pasa, Loose? —acudió solícito el comandante.

—La pierna, mi comandante.

Le sostuvieron unos momentos en pie, pero ya no podía andar ni sostenerse. Le llevaron a un sótano. Era una herida causada por un casco de metralla y presentaba mal aspecto. Todavía les quedaban dos paquetes de gasa, pero con eso no bastaba por el tamaño de la herida. Le vendaron ligeramente con una camisa, prepararon unas improvisadas parihuelas y le trasladaron así a la Comandancia de la ciudad donde se atendía a los heridos. Allí encontraron también a los veinticuatro hombres de su grupo, que se unieron a ellos. Buchner, Loose y los dos hombres que le llevaban, entraron en el edificio. Cuando Buchner salió sin Loose, se puso silencioso al frente de sus hombres.

Volvieron a disparar sobre ellos. Buchner ni aceleró ni retrasó su paso. Todo le era indiferente. «¡Para eso, para eso!» No podía pensar en otra cosa. Todo aquel camino de Charkow pasando por el Mius y el Don y todo para eso, para eso la matanza de Werchnaja Businowka, para eso los combates de la cota 112, para eso la colina de Kasatschi, para eso el desastre en la vía férrea de Woroponowo...

No debía haber dejado a Loose allí. Casi habría sido mejor que hubiera muerto aquí donde él estaba ahora. Por lo menos así alguien le habría cogido la mano en sus últimos instantes.

Entraron en una casa. Tenía que comer y dormir. Los soldados no habían probado bocado desde hacía tres días. Estaban desfallecidos. El comandante pensaba presentarse al día siguiente al puesto de mando del regimiento. «¡Comandante Buchner y veintisiete hombres! Los restos de una unidad de antiaéreos, acaso de toda la división.» ¿Quién sabe? Solicitaría ser agregado a una unidad. No podía dejar a sus hombres sin comer. No podía dejar que sus hombres se murieran literalmente de hambre. No habían atravesado para eso el Mius, el Don, Weschnaja Businowka, Kasatschi... No debía haber abandonado al pobre Loose, su viejo camarada, con el que tantas penas y fatigas había compartido.

—Mañana nos presentaremos al ejército. Ahora, durmamos. ¿Qué es eso?

Era un molino de vapor, el molino de la 71.<sup>a</sup> división de infantería. Un brigada les gritó:

—¡Váyanse de aquí! De lo contrario, la artillería nos hará polvo.

—¿Qué significa esto, brigada? ¡Necesitamos alojamiento y víveres!

—¡A sus órdenes, mi comandante! No hay víveres ni alojamiento.

El brigada estaba gordo y lucio, cosa bien extraña allí. Su cara ancha y sonrosada y sus mejillas llenas, dejaron asombrado a Buchner, que le contempló al resplandor de las explosiones.

—¡Apártese! Ya veremos nosotros lo que hay aquí —replicó airadamente el comandante.

Con este grito se le escaparon sus últimas fuerzas. Estaba agotado. Le dolían los hombros. No podía olvidar a Loose ni a la Comandancia donde le había dejado. Tendría que sacarle de allí. Un hombre con el cual se ha compartido el último pedazo de pan...

Buchner hizo despertar al molinero. Parecía un cerdo bien cebado.

—Danos harina, molinero. Ración para veintisiete hombres. ¿Entiendes?

—Pero, mi comandante, antes tengo que tener permiso de la división.

—¡Tonterías! ¿Dónde crees que están los rusos? Los tenemos a nuestras mismas espaldas. Pronto llegarán aquí.

—No, sin el permiso del intendente...

¡Dios mío! ¡Si no estuviera tan cansado...! ¡Si no le doliera tanto la cabeza...! Se acordó de un paquete de cigarrillos que le quedaba. Se lo sacó del bolsillo.

—Toma esos cigarrillos, y ahora ¡danos harina!

—No puedo, mi comandante, sería desobedecer una orden. Pero aún me queda un poco de la mía.

—Está bien. Danos de la tuya —contestó el comandante.

El molinero cogió los cigarrillos, se levantó y desapareció por un rincón. Regresó con un kilo de harina. ¡Un kilo de harina para veintisiete hombres!

—Ésta es la última, mi comandante —balbuceó—. ¡Han pasado ya tantos por aquí!

De buena gana Buchner le hubiera dado una bofetada. Pero se hallaba tan abatido que ya nada le importaba.

—Con harina o sin ella, tenemos que perecer. Mañana mismo los rusos estarán aquí.

Tomó el kilo de harina y se lo entregó al sargento Januschek, para que viese cómo podría dar comida a veintisiete hombres con aquello. Entró con sus soldados en la sala grande. Estaba llena de heridos, fugitivos —alemanes,



italianos, croatas... oficiales y soldados—. Todos se apretaban contra la estufa. Toda la casa estaba llena de ayes, gemidos, toses, lamentos y oraciones. Buchner se dejó caer anonadado, acompañado siempre por sus hombres. Esperaban ahora al que hacía el número 27: Januschek. Cuando éste llegó y Buchner cogió como los demás aquella especie de oblea, salió de su letargo, que no era sueño. Buchner se la tragó y cerró los ojos. Cuando los abrió, ya no sabía cuánto tiempo había transcurrido. Vio a un hombre con una pierna machacada, envuelta en unos pantalones llenos de sangre. Se acordó de Loose. Habría podido tenerlo aquí y habría sido mejor. Lo que él había hecho era imperdonable. Nunca se entrega a un camarada vivo al infierno. Tenía que ir en su busca inmediatamente.

Con este pensamiento se durmió.

## XXXVIII

## CENA DE HÉROES

El general Goennern había llevado a cabo un contraataque en cooperación con su vecino el general Vennekohl. No fue ya un contraataque como el de días pasados para ocupar una altura y unos pueblos a fin de poseer una base de operaciones para el futuro. No; ahora ya no era una división con regimientos y batallones, con las correspondientes piezas artilleras, sino únicamente los miserables restos de su antigua división.

Tenía ilustres huéspedes en su sótano. Dos generales jefes con sus oficiales de estado mayor y sus ayudantes. Además, aquel hombre tan raro que era Vilshofen, quien, al verle echarse el fusil al hombro pronunció aquella frase tanto más amarga cuanto más fundada: «última convulsión».

En fin, una línea de combate no era solamente una línea trazada sobre el papel y, por lo tanto, si en ella se abría una brecha era preciso cerrarla. Los rusos estaban ya demasiado cerca y no les dejaban respirar.

Aunque no habían alcanzado gran cosa en el contraataque, por lo menos liberaron el sendero que conducía a la «balka» del jefe del cuerpo de ejército. Pero estas limpiezas de las calles no se podían hacer todos los días; eran demasiado costosas. El general Goennern con un fusil al hombro marchaba bajo el alto cielo donde brillaban las estrellas, por un camino lleno de nieve. El general entró en el sótano por un pasillo cuyo techo era sostenido por tablones. Eran las ruinas de un cuartel y debajo estaba el sótano donde Goennern se había alojado con el brigada, la cocina de campaña y un grupo electrógeno. Había sitio aún para los oficiales de su plana mayor e incluso para algunos huéspedes.

Allí había dos mesas, unas cuantas sillas y unos camastros junto a las paredes. Los oficiales, que estaban sentados o apoyados en las paredes, vieron entrar a Goennern que se quitó el capote.

—¡Una noche de perros! —exclamó uno.

La cueva exhalaba un fuerte hedor. Vilshofen estaba sentado a la estufa, secando un calcetín que sostenía con la mano derecha. Su mirada descansaba en la figura de Goennern, que se había quitado el capote y se le veían los pantalones, en los que se destacaban las franjas rojas de general. Nadie preguntó por el resultado del contraataque. Goennern había regresado sano y

salvo. Por lo demás, nada nuevo podía decir de su empresa. Se abismaron en su preocupación, y con la cabeza apoyada en las manos continuaron sus amargas y nada optimistas reflexiones.

Era preciso esperar pasivamente el acontecimiento, y éste vendría del exterior. La puerta ha de ser abierta desde afuera. No había mano capaz de abrirla desde el interior. La tragedia de los hombres del sótano era que se habían privado de toda capacidad de decisión. Ésta era su tragedia y la de todo el ejército, la de todo el pueblo. Esto fue lo que pensó Vilshofen y llegó más lejos: «Lo único a lo cual uno podía decidirse aún, era echar mano a la pistola... ¡Bonita solución! »

Los ordenanzas pusieron la mesa. Solamente esperaban a Goennern. Los oficiales se sentaron. Cenaron lo mismo que habían comido al mediodía; cada uno tenía ante sí un plato lleno de un turbio caldo en el que flotaban seis o siete trocitos de carne de caballo. Y con ello un poco de pan.

Goennern, como anfitrión, ocupaba la cabecera de la mesa. Los dos generales en jefe estaban sentados a ambos lados suyos. Uno era el general del barranco de Gumrak, que estaba aislado del resto de su tropa, la cual había quedado en el grupo norte. El otro, un hombre de sesenta años, de ojos azules y pelo blanco, era el sucesor del general Jänicke, que partió en avión, dejándole tan sólo el derrumbamiento. Este general del frente meridional ya no tenía mando alguno. Los restos de unos estados mayores se encontraban al extremo sur de la ciudad, y su última división, la 297.<sup>a</sup> de infantería, se había rendido al sur de Zariza pasándose a los rusos con su jefe al frente. Vilshofen, que estaba sentado al lado del general jefe del frente meridional, no tenía distintivos de general todavía, y llevaba su negro uniforme de tanques, que había llevado desde el Mius hasta el Volga, arrastrándolo por todos los barrancos, zanjas y agujeros del frente occidental de Stalingrado en constante repliegue. Había perdido el color, quedando de un tono gris sucio. También estaba presente el coronel Unschlicht. Un coronel y un capitán muy joven recién ascendido, el jefe de información, el veterinario y algunos oficiales jóvenes completaban el grupo de personajes allí reunidos. Ya habían empezado a cenar cuando entró otro general —el general Vennekohl—, alojado en un sótano próximo. Estaba al frente de una unidad improvisada y era el que había sugerido el contraataque de aquel día. Los oficiales tenían todos la cara muy seria, comiendo la sopa de carne de caballo.

—Un poco dulce —observó el recién llegado general Vennekohl.

Su compañero de mesa lo confirmó con un movimiento de cabeza. Los demás hicieron como si no hubiesen oído esta observación. Además, cuando uno está invitado no es cortés criticar la comida, aunque le sirvan a uno cualquier cosa. Pero más de uno de los comensales pensó en las latas de conserva, en los embutidos y en la galleta de la «ración de hierro» de su propia mochila y pensaron que ya podía considerarse muy bien llegada la hora de sacar aquella reserva suprema y colocarla tranquilamente sobre la mesa.

La cena prosiguió en el mismo ambiente de tristeza.

Levantaron la mesa y sirvieron a los comensales sendas tazas de agua caliente que olía a algo parecido a café. Encendieron un cigarrillo y se levantaron. De nuevo volvieron las meditaciones, los paseos, las miradas perdidas, la lectura distraída o el simple movimiento de los dedos hojeando un libro.

El general de Gumrak tenía la costumbre de darse siempre un paseo

matinal. Durante toda la guerra había seguido fielmente este hábito. En la campaña de Francia daba sus paseos por el fresco bosque o a lo largo de la costa. En la ofensiva oriental solía ir por los senderos a orillas de algún río o a través de espesos bosques o de las tierras sembradas de trigo. Por último, en Gumrak realizó sus paseos, primero, por el suelo de la estepa, agrietado por los ardientes rayos del sol, luego por la tierra llana cubierta de nieve, finalmente su camino se limitaba siempre a la estrecha vaguada, por donde iba y venía.

Necesitaba acción para coordinar sus ideas y adoptar decisiones. Tenía necesidad de moverse para mantener su equilibrio espiritual. Pero lo que le hacía moverse desde algunos días no era el cuidado de su equilibrio espiritual, sino simple inquietud y desasosiego. Muchas veces tuvo que cambiar su puesto de mando desde que había salido de Gumrak; una noche durmió bajo los escombros de un depósito de víveres; otra la pasó en las ruinas de un hotel cualquiera; la tercera en los sótanos de la cárcel, y ahora había tenido que cobijarse en ese miserable y destartado sótano. Y aquí se paseaba ahora, de arriba abajo, del camastro a la pared y de la pared al camastro.

El otro general jefe del frente meridional estaba sentado en su silla, rígido, completamente inmóvil; sin embargo, en su interior no estaba menos intranquilo e irritado, ni podía dominar sus pensamientos. Pocos días antes todavía se había sentido casi como un joven capitán; ahora, pesaba sobre sus hombros la carga de sus sesenta años.

El general Vennekohl, sentado en una silla, con las piernas cruzadas, concentraba su atención en la pierna que incesantemente movía.

El capitán doctor Weichbrot y algunos de los oficiales jóvenes, formaban un corrillo en un rincón, y hablaban a media voz. Goennern había sacado de su maleta un tomo de Goethe. El coronel Unschlicht leía un libro de cánticos antiguos y cuando encontraba algunos versos significativos, los leía en alta voz, consiguiendo conmover a los presentes.

Así pasaban las horas en el sótano. Siempre lo mismo: uno se hacía reproches a sí mismo. El otro iba y venía midiendo la estancia; un tercero meditaba constantemente; el cuarto leía su antiguo libro de cánticos y movía los labios; otro hojeaba el «Fausto» de Goethe —era el veterinario de la división—; otro se había dormido en su silla; otro —un coronel que antes había pertenecido al estado mayor de las fuerzas de ocupación en Francia— contaba constantes historietas del embajador alemán en París. «Ese señor —decía— lo único que hace por el nuevo orden es enriquecerse y deshonorar el nombre de alemán.»

El general Vennekohl dejó de mover su pierna y exclamó:

—Sí, París. ¡Qué tiempos aquellos! Y después de una pausa, añadió:

—Qué tontería no haber continuado el contraataque hasta más allá de la escuela de aviación, hasta el muro de los tártaros.

—Ya no le quedarán muchas posibilidades, Vennekohl.

—¿Qué quiere usted decir con eso, Vilshofen?

—Que me parece que después de lo de hoy, ya no es posible hacer demasiadas cosas.

—Demasiadas, no.

Vilshofen era, acaso, el único que había comprendido la asociación de ideas en la mente de Vennekohl: París y el muro de los tártaros. Ahora comprendía por qué Vennekohl sería capaz de quedarse allí afuera en un hoyo: en los últimos instantes algunos pequeños aviones habían conseguido aterrizar

al abrigo del muro de los tártaros, y Vennekohl, en el fondo, estaba esperando un milagro: el minúsculo aparato «cigüeña» que aterrizase y la posibilidad de ocupar un asiento en él.

Sonó el teléfono.

El jefe del cuerpo de ejército, enterado por su jefe de información del resultado del contraataque, llamaba desde su «balka». Todos escucharon la conversación, o por lo menos las respuestas de Goennern. Así pudieron formarse una idea de lo que hablaba el general desde el otro extremo del hilo.

—Pero, ¿no puede ser, mi general!

—¿Tiene munición todavía?

—Sí, mi general, aún queda alguna para los fusiles y muy poca para los morteros.

—¿Le queda algo de comer?

—Sí; hoy tenemos caldo de caballo y seguramente mañana también tendremos caldo de caballo.

—Entonces, resista. Siga defendiendo su posición. ¡Déme su palabra!

—Sí, mi general. Le doy mi palabra.

«Hasta la última gota de caldo de caballo», pensó Vilshofen.

Esta comida de héroes es un poco dulzona, como dulzona era también aquella gesta de héroes encerrados en el sótano, leyendo en un libro de cánticos o el segundo tomo del «Fausto», o meditando en la no menos heroica muerte que les aguardaba.

«¿Qué otra cosa buscará el coronel Unschlicht en su viejo libro de cánticos, sino encontrar un pensamiento profundo para fortalecer su espíritu? Se ha expresado claramente cuando dijo que su religión le impedía el suicidio. Ha descubierto que Goennern, enteramente ocupado con Goethe, es hijo de un pastor protestante y fue educado en los más severos principios religiosos. Y Vennekohl, que se pasa todo el día en su camastro, con la botella de coñac, la fotografía de su esposa y la pistola al lado, sueña todavía en un avión que aterrice e incluso inicia contraataques a fin de mantener libre por lo menos un pequeño espacio donde pueda aterrizar un «cigüeña». No; esos no lo harán, no lo harán —se decía Vilshofen—. Yo mismo tenía mujer y una hija, las tengo todavía y casi me había olvidado. Un río mítico y una ciudad fantástica. He estado completamente loco y embriagado y ahora, seguramente, lo más justo será que mis huellas se pierdan. Muero. Ya no le ha vuelto a ver nadie. Pero ¿cómo sucederá esto?, ¿cómo se desarrollará el último acto? ¿Cómo? ¿Cómo?»

Nuevos reproches, nuevos remordimientos de conciencia, otra vez las ideas agitadas, otra vez los paseos a lo largo de la estancia, otra vez las miradas fijas en la pared y el crujido del papel al hojear el libro. Nuevas historietas del embajador Abetz, de cómo adquirió su magnífica colección de cuadros, antes propiedad nacional francesa, otra vez las deliberaciones sobre si convendría trasladarse al sótano de la prisión o a qué otro lugar se podría ir.

Todos están como locos, intranquilos. Forjan constantes proyectos, para rechazarlos al instante y, aunque nadie se mueve, parece que constantemente estén huyendo. Todo aquello es sincero, humano y comprensible en tal situación.

El otro sigue rígido, indiferente. Vilshofen le conoció ya en la primera

guerra mundial, cuando ya era capitán y no muy joven; sabe bien que no teme ni al diablo y también que su rigidez es sincera y humana. Se comprende perfectamente que casi se le vean crecer los cabellos y cómo con cada inspiración envejece visiblemente pensando en tan terrible balance de una vida.

¿Cómo? ¿Cómo? ¿Cómo?

Esto es lo que están pensando todos los que son sinceros y no ocultan secretas intenciones. ¿Cómo? ¿Cómo hay que hacerlo? ¿Cuál será el camino que deban recorrer?

## XXXIX

## LA DECISIÓN DEL GENERAL DE GUMRAK

—¡Hartmann! —gritó alguien de improviso, en el sótano. Este nombre representaba en aquellos momentos algo más que el nombre de un general de Stalingrado. Causó un espanto general y todas las conversaciones se interrumpieron. Vilshofen también oyó aquel nombre y las miradas que le dirigieron todos los presentes le hicieron comprender que había sido él quien había pronunciado tal palabra.

El general von Hartmann era el jefe de la 71.<sup>a</sup> división de infantería, que fue la primera en entrar en Stalingrado, con dos regimientos. Sus soldados fueron los primeros en atacar y llenaron los «bunkers» de su puesto de mando con el botín de todos los barrios de la ciudad de Stalingrado ocupados por sus tropas. El conquistador era dueño de una posesión donde había toda clase de comodidades y servicios: graneros propios, una finca de experimentación agrícola, huertos, una granja, una lechería y un molino. Los subterráneos estaban adornados con ricas alfombras, butacas, arañas y muebles de todas clases. Pero todo aquello duraría poco. Era el esplendor de una pompa de jabón, una guerra perdida. Efímera gloria. Hartmann subió a la vía férrea a orillas del Zariza. Su silueta se perfilaba sobre el cielo invernal. Una bala le atravesó la frente, segando su vida en flor.

—Halló una muerte rápida y bella. Una muerte repentina.

—En efecto. ¡Hartmann...!

—¡El último prusiano! —dijo Vilshofen.

—¿El último? ¡No lo comprendo!

—Sí, fue el último. Después no he visto a nadie subir a la vía.

—Sin embargo, hay que reconocer que no fue más que una manera de suicidarse como otra cualquiera —intervino el general Vennekohl.

—¿Tiene usted algo que objetar contra el suicidio, Vennekohl?

—¿Qué quiere usted decir?

—Me refiero a los «principios» en que se basa.

—Yo creo que nuestro jefe supremo se ha expresado bien claramente en contra.

—Hartmann no hizo más que seguir el camino por donde antes había enviado a muchos otros —sentenció Vilshofen.

Vilshofen decidió marcharse. Se había cansado de aquellas conversaciones sobre todo lo divino y lo humano, y especialmente sobre el tema del suicidio. Prefería encontrarse en un hoyo cualquiera con los soldados. Por lo menos allí se sabía morir con indiferencia. Cogió la mochila y se dispuso a salir, pero se detuvo ante la puerta. El coronel Unschlicht había encontrado en su libro unos versos, y los leyó en voz alta mientras todos lo escuchaban atentamente:

«¡Oh Señor, cuántos y cuan fuertes son mis enemigos!  
 Muchos dicen que mi alma no encuentra apoyo en Ti;  
 pero Tú eres, ¡oh Dios!, mi escudo y protección.  
 Mi voz se dirige al Señor.  
 que me escucha en la cumbre del monte sagrado;  
 yo permanezco echado, duermo y me despierto lleno de confianza,  
 porque el Señor me ayuda.  
 No me asustan los miles de enemigos que me circundan.  
 ¡Adelante, oh Señor, ayúdame, mi Dios!  
 Tú confundes y aniquilas a todos mis enemigos,  
 ¡bendice, Señor, al pueblo elegido! »

—Bueno —dijo Vennekohl—; no está mal. Yo ya estoy tumbado y durmiendo. Pero, ¿qué pasará mañana, si Dios no ha aniquilado a mis enemigos, cosa que no presenta la menor traza de ir a suceder?

Y otra vez el inevitable problema. Vilshofen lo había suscitado con su grito de «Hartmann», y ahora se reflejaba en la cara larga y chupada del general Vennekohl. Una cara que ahora parecía mucho más delgada, porque Vennekohl, oficial de estado mayor, habitualmente sobrio y exacto, había cometido un exceso durante las dos últimas semanas. En ese tiempo se había bebido toda una caja de botellas de coñac, una tras otra. Hacía solamente veinticuatro horas que había bebido el último trago.

«Beber la última botella, romper el vaso contra la pared, y... asunto terminado», tal era su propósito.

Pero la última botella se la había bebido la víspera y nada más había sucedido. Luego pensó que el contraataque y el ardor del fogeo le habrían presentado la ocasión; mas el contraataque se había efectuado sin que se produjera ninguna de las consecuencias calculadas. Y ahora volvía a su sobriedad habitual, volvía a tener la cabeza completamente despejada como antaño. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que trabajaba con su compás y sus planos?

Pero, más que sobriedad, lo de ahora era el vacío. Todo lo largo que era se sentía vacío como un árbol seco; tan vacío que ya ni siquiera hacía sus acostumbrados movimientos con la mano y con los dedos, ni balanceaba la pierna. Estaba allí, alto y descubierto, simbolizando él mismo con su figura y sus pensamientos desnudos aquella pregunta que también para los demás allí presentes era una terrible interrogación:

¿Qué hacer...?

¿Qué hacer, cómo y cuándo?

—¡Jänicke, Pickert! —dijo alguien como despertándose de un sueño profundo. El general Jänicke no había sido herido en el campo de batalla; una



viga le causó una herida en la frente y partió en avión a última hora.

Jänicke había partido. Herido; pero había partido. También Pickert se había marchado. Se lo habían ordenado, es verdad; pero, también se había marchado. Hube había salido igualmente en avión. Por orden superior, desde luego; pero también había salido. En cambio, el oficial jefe de alojamientos del VIII Cuerpo, que había intentado hacerlo sin «orden superior», fue fusilado en el acto en el aeródromo.

Para ellos el dilema había terminado.

Hartmann, caído sobre la vía, y Stempel, envenenado, también habían resuelto el dilema.

Y otra vez: ¿Qué hacer, cómo y cuándo?

—El jefe supremo ha expresado de palabra sus ideas contra el suicidio y lo ha prohibido —dijo el general de Gumrak.

—¡No es tan fácil suicidarse! —saltó Goennern.

—No, no, es cierto; no es tan fácil —corroboró Vennekohl.

Vilshofen intervino también:

—Y tampoco un contraataque es un medio seguro, Vennekohl. Sobre todo, si uno carece del arrojo necesario para exponerse a las balas.

—Tiene usted razón —dijo Vennekohl.

La atmósfera del sótano estaba saturada. Primero, Vennekohl se limitó a pronunciar aquellas breves palabras; pero luego tomó su monóculo y se lo puso en el ojo derecho para poder mirar más fijamente a Vilshofen. Sin embargo, la descarga partió de otro rincón. El general del frente meridional, que ya otras veces había dado señales de impaciencia, se levantó de su silla y anduvo hasta el centro del cuarto, donde se paró con la cabeza algo inclinada bajo su blanca cabellera:

—¿Suicidarme yo? ¿Y por aquel rufián? ¡Jamás!

Aquellas concisas palabras cogieron a todos tan de sorpresa que tuvieron que recapacitar y repetírselas para darse cuenta de su trascendencia; para comprender que era un general jefe quien las había pronunciado, y no precisamente en familia, sino lanzándolas a los cuatro vientos.

El efecto causado fue distinto en todos los presentes. Hubo sorpresa, asombro, incompreensión, miedo y pánico. ¿Es posible que se derrumbe un ídolo sin que se produzcan truenos y relámpagos y el sacrílego no caiga aniquilado? Aún no se había pronunciado una palabra parecida en Stalingrado. Tal vez sí, en las «cuevas de los moribundos»; pero allí la palabra era débil y sin fuerza y la voz sería apenas recogida por el agonizante vecino.

Aquí la habían gritado para que se oyese.

Allí estaba el joven capitán, que no se dio cuenta de la palidez mortal que cubrió su rostro. Había otros oficiales, que miraron sucesivamente a todos los generales desde el primero al quinto. Sin embargo, la palabra de condenación que debía salir de sus labios no fue articulada. Un teniente, jefe de una sección de infantería, creyó leer en los ojos de los generales comprensión e incluso aprobación. Se sobresaltó, abrió la boca y se disponía a hablar, pero las miradas de toda la asamblea le hicieron cerrar la boca de nuevo sin que se perturbase aquel silencio. Sacó una caja de puros, tomó un cigarro, lo mordió, y como si nada hubiera sucedido, salió del sótano. El capitán Dr. Weichbrot, de treinta y cinco años, ayudante de Goennern y antiguo funcionario del partido en Berlín antes de empezar su carrera militar, se levantó también y salió por la

puerta con paso inseguro.

La puerta se cerró tras el segundo y la consternación creció, aumentando de volumen aquel silencio que parecía definitivo. Vilshofen no había advertido la salida del joven teniente ni la del capitán. Se había puesto el capote y estaba a punto de echarse al hombro la mochila, pero la dejó. La frase del general del frente meridional representaba para él un cambio repentino: «Por aquel rufián —había dicho—, por él, no.»

¡Por él, no...!

Era muy triste. Toda una vida equivocada. Ahora era demasiado tarde; ahora, cuando batallones y regimientos enteros habían perecido en los barrancos y en la nieve de la estepa hostil.

Para coronación de aquella negra hazaña, después de los infinitos cadáveres de soldados sacrificados sin sentido, sin clemencia, se requieren también los cadáveres de los generales. Para que sean uno más, a Vilshofen le ascienden y para que haya un mariscal, conceden el bastón al jefe supremo del sexto ejército. Da lo mismo que mueran en un contraataque o subiendo al talud de la vía férrea o por simple suicidio. Lo que hace falta es un cadáver, para montar la wagneriana escena. El hombre muerto ya no habla. Mejor dicho, al hombre muerto se le hace decir lo que uno quiera. Y una vez muerto es un caído por la causa, y aunque sea una mala causa, sus huesos sirven igualmente para batir el tambor y que continúe la danza macabra.

—¡Eso no puede ser! La muerte, una muerte que sólo sirve para cubrir con un tinte de trágico heroísmo lo que no es más que una matanza estéril. Una muerte que sólo sirve para colocar una aureola, un nimbo con que legalizar el desprecio y la defección de hombres en masa, este sacrificio final no tiene sentido; no debe suceder. La enorme fosa abierta desde el Don hasta el Volga sólo espera a los últimos supervivientes para ser tapada. Allí permanecerían el soldado, el general y el mariscal de campo y el crimen quedaría definitivamente enterrado.

—¡Esto no debe ser! ¡Esto no puede ser!

Vilshofen se torturaba. Le parecía verse atado a una rueda de fuego que daba vueltas por los escombros, por los incendios, por aquella estepa de la muerte, cabeza arriba, cabeza abajo, maldito, y sin embargo, con vida.

—Señores, comprendan ustedes... ¡El verdoso resplandor del hundimiento del mundo y, al mismo tiempo, una crepuscular luz de amanecer de un día de primavera sobre el cielo!

Vilshofen era realmente un loco. Un ser que se duplicaba y se disolvía al mismo tiempo, y, como el eje ardiente de una rueda en movimiento incesante, comunicaba a todos este movimiento, a todos tenía algo que decir, como si acabase de encontrar en el rincón del sótano el gran secreto, el gran elixir con el que quería invitar a todos los presentes.

—Ahí tiene usted la guerra, Goennern, el camino está libre. Salga usted, escape usted de sus lazos. Hágalo. Y usted también, querido coronel, cierre su libro de cánticos; ya le sirve de poco el escudo. El santo y seña es: «Con la visera alzada, adelante...» Coronel Ringhardt, la corrupción de la embajada nazi en París es algo más que materia para anécdotas; es tema serio para un tribunal popular... Disculpe usted, Vennekohl, si le molesto un poco. Piense usted que en las colinas de Kasatschi yo me he tropezado a veces con lo que usted dejaba atrás...

Vilshofen tendió la mano a Vennekohl. Pero éste no la cogió. Hizo como si nada viese. Y, en efecto, no lo veía, como tampoco oyó lo que Vilshofen dijo. Tenía la cara pálida como la cera. Ni siquiera notó las palabras que le señalaban, incluso a él, un camino. Solamente estaba dominado por la impresión de que allí ocurría en aquel momento algo grave. Vilshofen miró a su alrededor y vio que tampoco a Goennern se le notaba que hubiera comprendido o que, por lo menos, hubiera escuchado. Goennern miró fijamente a la puerta, que poco antes se había cerrado detrás de aquel teniente Hesse y del capitán Weichbrot. El coronel Unschlicht tenía la cabeza baja, la vista fija en el suelo y las manos cogidas en torno al libro de cánticos, ahora cerrado. El veterinario estaba pasmado de asombro, no sólo por lo que había dicho el general, sino también por el hecho de que hubiese alguien que todavía poseyera una caja entera de puros.

Goennern miraba perplejo a la puerta.

—¡Ya está! —pronunció inconscientemente al oírse un disparo.

La puerta se abrió de golpe. Un capitán entró.

—¡Mi general, el capitán Weichbrot...!

—¿Qué Weichbrot? —interrogó Goennern, completamente aturdido.

—El capitán Weichbrot cogió de su «bunker» la fotografía de su esposa y de su hijo, un niño de tres años, y la quemó con una cerilla.

Goennern pareció no comprender palabra. Escuchó atentamente hacia el corredor. Otros miraron también hacia la oscuridad. No así el general del Sur, que estaba completamente inmóvil como si aquellos acontecimientos carecieran de importancia.

El capitán, que se había interrumpido durante unos instantes, prosiguió:

—Sostuvo la fotografía en su mano hasta que quedó reducida a cenizas. Alguien le dijo: «No hagas tonterías, hombre». Sin embargo, él salió... y... allí, en el corredor... ha quedado tendido en el suelo. Un disparo en la sien derecha. Ayer había preguntado ya al médico de la división cuál era la parte más segura para pegarse un tiro.

Las palabras del general, aquel suicidio y la inminencia de otro, constituían tres peldaños de una escala por la que todos ellos trepaban; una escala vacilante que les reservaba a cada uno un final ignorado, pero inminente.

Sucedió lo que todos esperaban. Una múltiple explosión tan potente que la mesa donde estaban Goennern y otros oficiales tembló.

—Ahora sí que la calamidad es ya completa —fueron las primeras palabras. Partieron del general en cuyo sótano se habían suicidado en un mismo minuto un funcionario del partido y un jefe de las juventudes hitlerianas.

Unos pasos se oyeron fuera.

—La puerta ha saltado y...

—Bombas de mano, ¿verdad?

—Sí; ha hecho salir a todos y se ha colocado un cinturón de bombas de mano que ha juntado con una mecha, y la ha encendido con su cigarro.

El veterinario se sentó silenciosamente a la mesa:

—¡Llevaba tan poco tiempo casado!

Vilshofen oyó el tiro de pistola y la explosión de las bombas; pero ni hizo caso ni de lo uno ni de lo otro. Uno se suicida, otro se aniquila de manera más radical. Esto sucede a cada hora, aquí y un poco más allá, individualmente y en serie. La orden del jefe supremo no es eficaz para atajar esta epidemia. Y todo aquello quedaba del lado de acá de una puerta ya medio derrumbada. Pero

Vilshofen estaba ya ante aquella puerta. Afuera solamente reinaban la nieve, la noche y el terror; sin embargo, comenzaba a apuntar un crepúsculo luminoso. Si ninguno otro lo vio, en los ojos ardientes de Vilshofen se veía el reflejo. El general, que parecía una estatua de piedra, tampoco dio muestras de haberse impresionado.

—...Naturalmente, no es nada nuevo, general, que el «móvil» que nos conduce a esta catástrofe, no es más que un rufián. Tenemos multitud de hechos grabados en nuestra memoria: Fritsch, Beck, Brauchitch, Halder, Hoepfner delante de Moscú; Sponeck en Kertsch. La lista de generales degradados y condenados es muy larga. Y no podemos negar que hemos sido nosotros mismos quienes hemos preparado el camino al «rufián» y hemos construido los puentes dorados para su marcha triunfal.

Vilshofen había conocido a este general en la primera guerra mundial, cuando no era más que un capitán muy joven, que sabía estimular a los soldados con su ejemplo, saliendo de la trinchera y exponiéndose al fuego enemigo. Su vida, ya caduca, no le importaba mucho y no era por apego a esa vida por lo que había pronunciado aquellas palabras. Ahora se había sentado de nuevo. No se pueden pronunciar tales palabras y luego retirarse a la vida privada. Era muy viejo; pero en Stalingrado de nada valía ser viejo. ¡Hasta los cadáveres tenían que luchar!

—Por ése, no, ni pensarlo —dijo de nuevo el general, y volvió a su mutismo de piedra.

—Señores míos —concluyó Vilshofen—, está bien claro que «ése» no es nadie, sin la cohorte de generales que hemos puesto a su servicio. Ahora nos urge rectificar. Y luego, ¡adelante!

## XL

EL TREMENDO ALEGATO DE VILSHOFEN:  
«SEÑORES, ¡A VIVIR!»

Vilshofen era el hombre que necesitaban los allí reunidos para recordarles que aún eran algo más que nucas sudorosas y máscaras frías, que aún eran seres vivos que sufrían, seres capaces de razonar normalmente. Vilshofen les devolvió el sentido de su propio valor y empezaron a reaccionar. Vennekohl pensó: «¿Es posible que sea este hombre, un antiguo «agregado militar de embajada», quien nos hable de ir adelante?»

También Goennern se forjó su juicio personal sobre Vilshofen: «Siempre ha sido un hombre impulsivo, y si se excita de este modo es lógico que el arco, demasiado tenso, se rompa. Es lástima en un hombre tan brillantemente dotado. Confiemos que se pueda recobrar.»

El coronel Unschlicht seguía preocupado con sus proyectos. «Evidentemente había sonado la hora de adoptar determinaciones definitivas.»

Vilshofen se había dirigido al otro general jefe, que era muy sincero y no sentía hacia él los mismos prejuicios que Goennern, Vennekohl y Unschlicht. Por el contrario, le encontraba muy simpático y razonable. Al fin y al cabo, la situación era grave y se necesitaban palabras fuertes para expresarla.

Se sentaron los dos al extremo de la mesa.

—No solamente colaboramos con las palabras, sino también con material y con hombres, general. Cada trozo de hierro tuvo que convertirse en cañón, en fusil o en granada. Cada trozo de cuero, fibra o lo que fuera, tuvo que servir para el mismo fin: todo para la guerra. ¿Y no sabíamos nosotros lo que eso significaba?

—Es usted demasiado crudo, Vilshofen. Yo también llegué a creer en tales milagros. Aquel hombre era tan fanático, tan firme, tan fuerte; sus métodos tan efectivos, y sus éxitos tan sorprendentes...; sin embargo, podemos afirmar que le hemos creado considerables dificultades cuando comprendimos que sus fines eran distintos a los nuestros.

—También aquí, en Stalingrado, hemos protestado vivamente de sus locas órdenes militares —observó Goennern—. No, no estábamos ciegos. Una orden superior no significa forzosamente que proceda de un ser infalible. Vilshofen, usted siempre estuvo en las líneas avanzadas y no puede imaginarse los

conflictos en que se han encontrado a menudo nuestra conciencia y nuestro deber militar.

—¿Conflictos...? ¡Debilidad! —dijo Vilshofen—. ¡Me acuerdo todavía de Woroponowo y del grupo Dollwang y otros muchos ejemplos, ¡Goennern! Conocíamos la verdad en nuestro interior; pero, saber no significa hacer. Sabemos que en la hora presente los incendios dominan allá fuera. Stalingrado está en llamas. Desde el Don hasta el Volga no reina más que el olor de carne abrasada y el hedor de carne putrefacta. Mi general, nuestra protesta está basada precisamente en el conocimiento de la situación; mi coronel, usted acaba de aclararlo; Geonnern, usted lo estaba pensando mientras fingía leer en el libro; Vennekohl, usted también ha contribuido a ello.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que ustedes han dejado detrás de sí un camino, una huella.

—¿Puede explicarnos alguien todo esto?

—Sabemos que no todo es olor de huesos carbonizados ni de carne abrasada. Esa «ciudad de las llamas bajo el fuego eterno» no necesitamos ir a descubrir a las páginas de un libro, nosotros mismos la hemos creado. Señores, y no hago ninguna excepción, no tenemos más que mirarnos en nuestro propio espejo.

—¡No está mal! —exclamó riéndose Vennekohl, como si acabase de beberse de una vez todas las botellas de coñac del cajón.

—Mientras creíamos poder calentar nuestra sopa al fuego, estuvimos juntos, filosofando sobre lo divino y lo humano y los principios en que descansa el mundo de los hombres. Así hemos cabalgado despreocupadamente, hemos hollado el derecho y el honor de muchos pueblos, hemos cumplido órdenes de asesinatos o incendios, en nuestro insensato propósito de mantener las líneas hasta el último hombre y hasta el último cartucho. Pero ahora ya no somos jinetes, sino caballos, sobre los cuales cabalgan otros y así nos encontramos aquí a orillas del Volga, en los sótanos, sin acordarnos de que al principio aún no éramos caballos, y por eso protestamos, leemos en el libro de cánticos, buscamos consejos en el «Fausto» y realizamos unos contraataques miserables; pero todo esto no sirve para nada. Uno protesta, otro aprieta los dientes y se traga sus propias palabras, otro grita. Incluso el mando se calla, desde hace tres días y no da órdenes. Pero sigue. Siguen las conferencias telefónicas —hemos escuchado una hace un instante— y siguen los contraataques estériles; ¡explíqueme esto!

—Ahora yo... —dijo Vennekohl, levantándose.

—Sí; yo soy adversario ahora de los contraataques. Soy doblemente adversario de los contraataques cuando los hace un general que se pasa todo el día tras un montón de tierra, esperando que baje del cielo un «cigüeña» salvador. Soy adversario de los contraataques, cuando los hombres que los tienen que efectuar han de ser reclutados en los sótanos del Teatro, en la Comandancia, convertida en hospital, y entre los moribundos hacinados en las ruinas. Colóquese usted en la vía férrea, general Vennekohl; es una actitud demasiado rígida, mas, al fin y al cabo, ¡es una actitud! Pero que cese la matanza de hombres, que ya no son ni hombres ni soldados, sino esqueletos y piltrafas llenos de tumores. Así eran sus soldados, ese aspecto tenían los que usted empleó para su contraataque, Vennekohl. ¡Yo los he visto!

—De modo que, ¿los ha visto usted? ¡Qué bonito!

—¡Usted va demasiado lejos, Vilshofen!

—Eso me parece a mí.

—¡Eso es una impertinencia! Nuestros soldados, estos combates durísimos, toda una epopeya en la que cada uno es un modesto héroe anónimo... no pueden ser tratados de tal forma...

—¡Vergüenza!

—¡Vergüenza!

—¡Vergüenza!

—Se pone uno furioso...

—¡Usted es...!

Explosiones de animal herido. Vennekohl sentía en su cara como zarpazos de uñas y de garras y vapor caliente.

—¡Y usted se atreve!

—¡Que me sujeten! —gritó Vennekohl.

—Señores, les ruego... —dijo el general de servicio. Esta invitación, que en otros tiempos hubiese hecho callar a todos, no sirvió, para poner fin a la discusión.

—Vilshofen, usted exagera...

—¡Hablar así de los soldados alemanes! —dijo otra vez Vennekohl.

—Peor es sacar a esos hombres, antes sanos, fuertes y limpios, y ahora convertidos en estos seres miserables, temblorosos, cojos, llenos de tumores, de heridas, de enfermedades, en seres que ya no son de esta tierra; peor es irlos a buscar en los hoyos y rincones donde aguardan la muerte resignados y lanzarlos a un contraataque insensato. ¿Le parece lícita tal cosa, mi general?

—¡Señores! —dijo otra vez el general del Sur.

—Permítanme que les diga esto: ¡El frente y el mando son dos mundos distintos! ¡Recordémoslo! No hace mucho, en este mismo lugar se hallaba establecido el cuartel general de un cuerpo de ejército. Señores en sus mesas de trabajo, habían dormido bien, se habían bañado, afeitado... eran puntuales, aplicados y realizaban su rutina cotidiana, exacta y meticulosamente. Gimnasia por la mañana, pantalón largo para las comidas, casi como en el casino. Y por la calle, paseando sobre caballos danzarines que lanzaban sus relinchos al aire fresco de la mañana. Esto lo he visto yo con mi ayudante Latte, no hace mucho. Y acordémonos exactamente, mi teniente coronel, esto era el mes de diciembre, una mañana, cuando el barranco y la estepa estaban cubiertos de una niebla helada. Era a fines de diciembre, entre Navidad y Año Nuevo, es decir, en la época en la cual los hombres del frente occidental de Stalingrado ya dormían en la nieve, y cuando echaban sangre en la orina y con los excrementos. Aquella misma mañana se oyeron los ladridos de perros, coceo de caballos y vimos pasar, a galope, a un general en jefe, acompañado de coroneles, capitanes, tenientes. El coronel era un jinete magnífico; era en las proximidades del valle de Rossoschka. El mando del cuerpo de ejército organizaba una cacería, y esa cacería, en todos los sentidos, estaba retrasada. ¿No creen ustedes, señores, que el hombre de la nieve, con una ración de pan escasa, con disentería, se imaginaría vivir ya en un mundo distinto, y en su primera confusión le parecería haber muerto y estar viendo a fantasmas en la niebla?

»No era usted, mi general, ni tampoco usted, mi general —Vilshofen se dirigió a los dos generales jefes presentes en el sótano—, tampoco el tercero, ni el cuarto de los generales de nuestro ejército, pero sí el otro de los cinco, quien organizó en tal tiempo una partida de caza. Ustedes tenían otras

preocupaciones más serias, he de confesarlo. Pero el hecho de que esto haya sucedido en este suelo sacudido por la muerte es un síntoma. Acordémonos de que aún festejamos la Navidad y el Año Nuevo, que celebramos el cumpleaños de un jefe o la concesión de la cruz de caballero a otro; tales ocasiones eran siempre motivo para una pequeña fiesta, en la que se bebía; y, sin embargo, cuando un capitán del frente quería festejar una cruz de caballero, no se encontraba ni una sola botella de coñac.

»Sí, señores; he dicho que existían dos mundos, y esto no es una fantasía mía. Y ahora, volvamos a lo nuestro: la medida de nuestros sufrimientos está colmada. Nuestros tormentos son ya tan grandes que todo nos da igual, nada nos importa que nuestras heridas se manifiesten públicamente. Pero ustedes, que hasta estos días han llevado una vida normal, que aún llevan consigo sus uniformes nuevos y su ropa limpia, y se vuelven líricos cuando prueban una vez el caldo de caballo del que todo el ejército está comiendo desde hace muchos días, ustedes que hasta este momento descansaban, podían lavarse, peinarse y limpiarse los dientes, no olviden esto: aunque no nos demos cuenta de ello, estamos en el escenario de Stalingrado, ante los ojos del mundo entero. ¿Y ustedes creen que es un espectáculo digno, éste de unos cuantos soldados alemanes que apenas se pueden tener en pie, lanzarlos a un contraataque estéril, dirigidos por un general? ¿Ustedes creen verdaderamente que esto es lógico, que esto es lícito?

—¡Es una vergüenza!

—¡Hemos caído hasta donde nadie ha podido hundir a Alemania!

—¡Esto es el caos: yo lo he visto venir, he intentado evitarlo, pero cuanto he hecho no ha servido de nada! —dijo el general de Gumrak.

El otro general jefe también intervino:

—Vilshofen, le querría hacer una pregunta: ¿quiénes somos «nosotros» y quiénes son «ellos»?

—Mi general, usted ha recorrido un largo camino desde que era oficial en el frente. Compare usted su pasado con el presente, y en la diferencia que halle tiene ya la contestación. Es la diferencia entre «frente» y «mando».

«Cuando estábamos en la otra orilla del Don, en Logowski y Orechowski, ustedes evacuaban ya Wechnaja Golubaja, y cuando defendíamos las alturas de Golubaja y nos replegábamos paso a paso hasta el Don, ustedes desalojaron ya los puestos de mando de Wertjatschi y Peskowatka. Naturalmente, tenían que hacerlo, no cabe duda. Pero no se trata de eso. Yo sólo quiero decir que ustedes no han podido saber cómo habían quedado sus antiguos puestos de mando cuando nosotros, siguiendo de lejos sus huellas, pasamos sobre las cenizas malolientes de Werchnaja Golubaja, sobre los montones de cadáveres de prisioneros y soldados muertos de hambre en Wertjatschi, sobre el montón de objetos abandonados en la evacuación de Peskowatka. Ustedes no saben tampoco cómo conseguimos nosotros reagrupar aquellas divisiones diezmadas en el campo libre y cómo, en medio de la nieve y la metralla rusa, formamos el frente occidental de Stalingrado.

»Y luego, otra vez, siguiendo sus huellas, pasamos por Dmitrewka, por Nowo-Alexejewka, a través de objetos tirados, de montones de cadáveres de hombres y de animales, y de material abandonado. Las colinas de Kasatschi, la cota 135, las tumbas de los escitas, no son para ustedes más que conceptos abstractos o puntos en el plano. Y lo repito: no puede ser de otro modo, el mando no puede colocar su mesa de planos en la línea de combate. Ustedes



tenían razón. Pero ustedes hablan de epopeyas, de héroes, y no saben cómo los hombres se convierten en piltrafas, y son ustedes los que lo han hecho, señores míos, con sus líneas de defensa que no eran más que pura teoría. Y ustedes tampoco saben cómo la tropa era diezmada, aniquilada. Ordenan: ¡Resistir a toda costa! Dibujan líneas de defensa en los mapas, las denominan «violeta», «girasol»; pero ¿por qué no han venido una vez a admirar el aspecto de estas «violetas» y estos «girasoles»? ¿A contemplar el aspecto de los hombres, a saber si aún les queda un bocado de pan, o cuántos cartuchos llevan? Ustedes que no tienen ningún contacto con la tropa, que se forjan ideas abstractas de la situación, no saben nada de eso. No conocen la realidad. Ahora no tenemos ninguna perspectiva. Ante nosotros no queda más que el abismo. Y detrás, el derrumbamiento moral y físico más completo. Y ustedes siguen pidiendo más gente, más hombres, aunque estén echando pus y sangre por todos sus poros. Y esto ya hace muchas semanas, desde que salimos huyendo de Kletskaia, hace setenta y siete días.

»Setenta y siete interminables días de dolor y muerte, una serie inacabable de inmensos sacrificios. Consecuencia todo ello de la confusión y el nerviosismo, del pánico y de la simple idea de la exagerada disciplina y de la desmoralización de los estados mayores y de los círculos responsables. Y tanto mayor es, por eso, el mérito de los hombres del frente.

»El hombre de la pala y del fusil en los campos nevados del frente occidental de Stalingrado, en su lucha contra la infantería, los tanques, la tierra helada, el cielo cruel, el hambre atroz...

»El hombre de Ilarinowski, el de la cota 135, de la tierra de nadie, sin trincheras, aplastado en sus hoyos por los tanques, lanzado al aire por las bombas y enterrado otra vez en su hoyo, muerto o herido...

»El hombre del antiaéreo, interviniendo en los combates en apoyo de la infantería, con la barrera de fuego delante y sin comunicaciones por detrás, sin municiones, sin carburantes para los tractores, sin un cartucho, con el cañón reventado...

»El hombre derrotado en las retiradas, cien y cien veces batido y replegándose de cien líneas de defensa, resistiendo una y otra vez en lucha contra tempestades de nieve y fuego...

»El soldado hambriento de Stalingrado, acomodándose a todas las circunstancias, con su abnegación, su estoicismo, su hondo sentido del deber, su capacidad de lucha hasta el último minuto...

«Estos hombres constituyen el más alto ejemplo de un heroísmo incomparable.

»Y, por último, también, el hombre de la fe sin límites, lo cual era su mayor mérito y se convirtió en su mayor delito. ¿Qué epitafio pondremos en su tumba, señores?

»¡Murió por el Führer, por el Pueblo y por la Patria! Pero el Führer está liquidado, el pueblo nada tiene que ver con las locas ideas de este Führer, y la patria alemana no tiene sus fronteras en el Volga.

»Y como los planes del Führer van mal, todo va mal también para su séquito. Todas las líneas en los mapas de los estados mayores, todas las cifras de los mandos están escritas en la arena. Y la consecuencia es que la tropa tiene que soportarlo todo con paciencia. Y, por otra parte, las órdenes son disparatadas. Si se obedece, se sacrifica a los hombres. Y si no se obedece, uno se encuentra ante un muro que amenaza con derrumbarse sobre él. ¿Qué

hacer? ¿Seguir el camino de la propia conciencia? No; es más cómodo seguir el camino del menor obstáculo; se obedece, se cumple la orden y se sacrifica a la tropa.

»El esfuerzo de los mejores no vale más que las gotas de sudor del galeote que caen al mar. No dejan huellas. Tampoco aquí la suma de los esfuerzos individuales sirven para crear ninguna obra. La tropa, víctima de una oleada de demencia infinita, queda realmente aniquilada. El soldado que consigue levantarse después de un desastre se encamina vacilante al siguiente. Y el camino del derrumbamiento va quedando sembrado de cadáveres, de miserables criaturas enfermas, a las que sus torturadores obligan a levantarse de nuevo para un último esfuerzo, para que lleguen, como sea, a la muerte. Les repito, señores míos, miren a su alrededor, miren a los sótanos...

¿Qué le pasaba a Vilshofen? ¿Quién era este hombre?

Un jefe de regimiento de «panzers», jefe de grupo de combate, luego coronel y, recientemente, general.

Poeta y profeta. Traidor, perjuró, erigidor y debelador de monumentos. Stalingrado estaba en llamas y la ola del derrumbamiento alcanzó también el sótano. Lo que ayer parecía sólido, hoy yacía abatido por los suelos. Ayer, soberbia verdad; hoy, ruinas humeantes. Primer paso hacia el Reich de los mil años y salto en el vacío. Las manos que ayer levantaban la antorcha de la eternidad, hoy intentaban proteger tímidamente la agonizante llama de su mísera vela, para que no la apagase la tempestad que surgía.

—¡Señores: miren a su alrededor!

En la noche clara, llena de deslumbrantes reflejos de nieve y cubierta por el espléndido cielo estrellado y sobre el centro de la plaza y de la ciudad, se oyeron los motores de propulsión de unos aviones de transporte. El cielo se pobló de paracaídas con cargamento de víveres. A orillas del Zariza, los incendios continuaban y el humo denso seguía elevándose hacia el cielo. El edificio de la Comandancia quedó envuelto por las llamas; resonó un terrible estruendo producido por la explosión de las granadas. Los gemidos de los heridos y enfermos de los sótanos no se oyeron.

—¡Señores: miren a los sótanos!

Todos, excepto el coronel y el general del Sur, miraron a su alrededor.

Allí no había nada de particular. Sólo caras conocidas. Algo más excitadas y ceremoniosas que de costumbre; pero caras conocidas. Hacía falta un Vilshofen y sus acerbos palabras para dirigir los pensamientos a la cima y analizar los hechos.

¿Era la realidad tan anormal? Sí, indudablemente, aquélla era una noche extraordinaria. Se hallaban como en una escalera colgada sobre el abismo; en el último peldaño, agarrados de cualquier modo; no había más que soltarse y se caía en las tinieblas. Un general embutido en largo capote sin distintivos. Un capote usado por las noches como manta. Acaso no era más que la voz de la noche, de una noche en la que unos soldados miran asombrados desde un hoyo, en la que una mujer harapienta se estremece, en otro; y en la que sólo son visibles las piernas de un soldado destrozado, en un tercero. En la cual canta su miseria el esqueleto de un carro incendiado al borde de la carretera, y

más allá, un cañón reventado y montones de cadáveres o de moribundos. Acaso no era más que la voz de las cuevas y los sótanos de Stalingrado y la voz de aquel loco repliegue hacia la ciudad del Volga, de la muerte de los oficiales en Gorodischtsche, de los cadáveres helados en la estación de Gumrak, de los soldados aplastados por los tanques en la carretera de Pitomnik, de los combatientes caídos en las colinas de Kasatschi y la cota 135...

Y éste era su mensaje en aquella hora:

El frente ha sido sacrificado antes que un estado mayor, que ha sobrevivido; antes que los señores supervivientes de unos estados mayores, y esto era lo que jamás había podido expresar ningún soldado, lo que se había tenido que llevar consigo a la tumba.

Tal era el mensaje y él lo acababa de expresar claramente allí, en aquel lugar y en aquella hora.

—¿Qué monumento querrán hacerle, señores? «Murió como un soldado.» Esta inscripción no podrá ser grabada en su lápida. Aquel hombre de los hoyos en la nieve, en el frente occidental de Stalingrado, que después de luchar con el fusil en la mano y de arremeter en batallas, aún más duras, con la pala, se arrastró hasta el hospital completamente agotado, y en sus ojos brillaba la desesperación, y por sus piernas se deslizaban los excrementos incontenibles, en repugnante mezcla con sangre. El médico no tuvo necesidad de examinarle, porque «olió» la enfermedad y sus melancólicos ojos y su voz sollozante eran ya síntomas más que suficientes. Fue hospitalizado y murió de disentería. «Caído en el campo de batalla frente al enemigo.» Este epitafio puede darse al soldado de Ilarinowski; y al de la cota 135, o al de las colinas de Kasatschi; pero no al soldado que cayó herido en la vertiente oriental de la colina. Porque a éste le hemos vuelto a encontrar en los hospitales de Baburkin, Dmitrewka y Otorwanowka. Y en esta última población la línea de combate pasaba, según las órdenes superiores, a través de las chozas del mismo hospital de sangre, que aún no estaba evacuado. La batalla continuó sobre los combatientes heridos y enfermos allí acogidos y éstos perecieron por el derrumbamiento de las paredes y los techos. ¡Y un coronel llamado Vilshofen cumplió la orden de luchar sobre un hospital!

—Pero, ¿adónde va usted a parar con todo eso, Vilshofen?

—¡Termine usted!

—¡Tenemos que hacer cosas más serias que divagar, ahora!

—¡Ya lo creo!

—Los soldados tenían que morir. Ustedes, señores, pueden escuchar como gusten su balance de muerte. Yo quería hacer constar que ni una forma ni otra tienen nada que ver con nuestra idea de lo que debe ser la muerte de un soldado, sino más bien con las consecuencias que comporta el pánico cuando se tiene un sentido completamente erróneo del deber y cuando falla la organización; y no podemos excusarnos con la falta de transportes y abastecimientos por aire. Por lo menos, cuando tal estado de cosas era ya evidente, y el número de fallecidos por agotamiento e inanición iba siempre en aumento. Nuestra propia decisión, nuestra conciencia, deberían haberse dirigido entonces contra las órdenes que nosotros hemos reputado insensatas. Pero, no. Hemos seguido siendo fieles cumplidores de unas órdenes locas hasta el día de hoy. ¡Hasta esta misma hora, Vennekohl!

—¿Qué quiere usted decir? —replicó éste, airado.

—Y ahora todo esto sucede ante nuestras propias narices. Se reclutan soldados en la Comandancia, en los sótanos del Teatro, en los de «Timoschenko», nada importa quiénes sean, ni qué camino han recorrido. Nada importa el que ya no formen parte de este mundo, ni su aspecto miserable. Y con ellos se efectúa un contraataque y, naturalmente, para que ellos se levanten y ataquen es preciso que uno de los que llevan franjas rojas en el pantalón se ponga al frente de ellos...

—¡Señores, yo no aguanto más esto! ¿Se ha vuelto usted loco, Vilshofen?

—¡Usted no está loco; pero dicta órdenes locas, general Vennekohl! ¿Recuerda lo que le ordenó al capitán Tomás?

—¿A quién...?

—El capitán Tomás se hallaba herido en la cabeza desde hacía dos días; estaba en los sótanos del Teatro; antes había mandado una compañía de tanques. Hace unas horas estaba aún a sus órdenes a unos metros de aquí, como jefe de una batería de antiaéreos, pues no se pudo encontrar un oficial de la «Flak» que se prestara a tal locura.

—¿Adónde va usted con eso?

—Tres cañones antiaéreos. Uno con la mirilla inutilizada. Hasta el capitán Tomás se negó a emplear aquella pieza...

Vennekohl dio un brinco, y su rostro se puso rojo de ira.

—¿Puedo preguntarle, Vennekohl, lo que usted contestó al capitán Tomás?

Vennekohl balbuceó algo incomprensible, carraspeando.

—Se lo repetiré. Usted contestó: «Útil; se puede apuntar mirando a través del ánima de la pieza.» Ahora, dígame si usted mismo ha apuntado alguna vez de esta manera. Usted comentó: «Se juega la última carta. Ya no importa lo que caiga; sea lo que fuere». Y ¿conoce usted lo que pasó con esta batería, Vennekohl?

En su rostro se leyó que ignoraba totalmente lo sucedido.

—La batería no dio ningún resultado en el combate, general. Ya que parece ignorar el resto, se lo diré: Los tres cañones fueron destruidos por los tanques; los soldados cayeron todos excepto dos. El capitán Tomás fue nuevamente herido de gravedad en la pierna.

La hinchazón y la cólera de Vennekohl habían desaparecido. Su cara palideció, pero se mantuvo rígido.

—Y, sepan ustedes, señores, que esos tres cañones eran el resto de toda una batería. Hace dieciséis días, en las colinas de Kasatschi, la batería estaba aún compuesta por doce cañones de 8,8 cm, de treinta piezas ligeras de antiaéreos y ochocientos cincuenta hombres. Y, sin embargo, Vennekohl, antes le tendí a usted mi mano y sabía por qué. Se lo voy a explicar; Vilshofen en Otorwanowka, Goennern en Woroponowo, Vennekohl en el extremo de la ciudad, todos somos iguales, señores.

El coronel Unschlicht se levantó con un movimiento impecable. La frente alta y pálida. Abrió la puerta y la cerró desde fuera sin hacer el menor ruido. Cuando ya estaba fuera y las miradas iban hacia la puerta y de ella a su silla, parecían oírse las palabras que no había pronunciado: «Adiós, señores».

—Pero, señores, ¿quieren ustedes negar que todos somos iguales? Todos cumplimos la orden. Destruimos el ejército. Divisiones enteras han sido sacrificadas bajo nuestras órdenes y la marcha de unas divisiones se ha convertido en un desfile de cadáveres hacia el cementerio.

—Tengo que protestar, Vilshofen.

—Sí, ya estaba a punto de marcharme y ahora me marcho, general — contestó Vilshofen, y abrochándose el capote cogió la mochila.

Verdaderamente penoso y lamentable, pensó Goennern; pero se sintió aliviado. También los otros oficiales respiraron más libremente. Se oyó ruido de sillas, apareció otra vez un paquete de cigarros y uno de los reunidos encendió uno, después de ofrecer otro a su vecino.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Goennern, visiblemente irritado.

—Otra llamada telefónica acerca del hospital incendiado. Otra vez aquel teniente, mi general.

—¿Qué teniente?

—El teniente Lawkow.

—Un teniente excitado —dijo Goennern—. Dice que hay un fuego infernal de fusilería y que debemos retirar la tropa; pero si allí no tenemos ni un soldado.

—Ya se lo he dicho, mi general —exclamó el capitán—; pero dice que la situación está muy confusa y que no comprende nada; tal vez...

—Pero si no tenemos nada en absoluto...

Otra vez Vilshofen.

Estaba junto a la puerta con la mochila a la espalda.

—Permítanme una pregunta, señores. Sin ésta, toda nuestra conversación carecería de sentido. He notado, anteriormente, que aquí reina la tendencia a no hacer nada y a esperar los acontecimientos. No hacer nada tampoco contra sí mismos; quiero decir, no alzar la mano contra uno mismo. Comprenderán que es una cosa muy deshonrosa el sobrevivir a los soldados. E incluso saltar del barco que se va a pique, cosa que han prohibido a sus hombres, es una inconsecuencia.

»He aquí mi pregunta:

»¿Cómo se imaginan ustedes algún día, en Alemania? ¿El capitán de un gran buque, de un buque hundido con toda su tripulación, se pasea como único superviviente por la soleada calle? Era un buque hermoso, una tripulación numerosa, gran número de viudas de los marineros ahogados, una cantidad mayor de huérfanos; pero él se pasea, se sienta, se quita el sombrero y pide un vaso de cerveza y un cigarro. ¿Les parece posible todo esto, señores? ¿Quieren crear ustedes el nuevo concepto del capitán que sobrevive a su tripulación? ¿Este concepto que hasta ahora no existía en la ideología alemana? ¿Cómo se imaginan, una vez en Alemania, como jefes supervivientes de un ejército entero periculado? ¿Cómo pueden atreverse a sobrevivir, si no en contra de Hitler, de quien han sido un simple instrumento?

»Existe el caso de Hartmann: perece con su tripulación sacrificada. Esto se llama consecuencia.

»Pero tal consecuencia, transmitida aún a dos docenas de generales y cinco mil oficiales supervivientes, convirtiéndolos en cadáveres, significa la coronación del crimen, ejecutado aquí en nombre de un lema, como hemos oído decir recientemente a la radio de Berlín: «¡Mueren porque Alemania viva!»

»¡Esto es mentira, señores!

»Mueren víctimas de toda clase de enfermedades físicas y psíquicas, y mueren por algo que hoy comenzamos a vislumbrar. Mueren para sellar con su muerte la mentira, y convertirla en una verdad artificial, lo cual le daría alas, y así transformada en gesta serviría para contagiar a millones. Mueren, no para

que viva Alemania, sino para que viva el crimen, para que cunda más, para que también los sótanos de Berlín, de Hamburgo, de Bremen, de Munich, de Nuremberg, de Wuppertal, etc., se conviertan en lo que hoy son los sótanos de Stalingrado, para que también en la propia Alemania queden los cadáveres tirados en la calle como si fuesen trozos de leña, para que también sobre Alemania extienda el crimen sus gigantescas alas.

»Y esto no puede ser. Culpables o semiculpables, conscientes o semiconscientes, hemos vivido para el crimen y hemos izado sus banderas en los cuatro puntos cardinales, a tres mil kilómetros de las fronteras alemanas. ¡Esta es nuestra victoria! Pero aquí nos hallamos en la cumbre, ante la horrible e inevitable caída de Alemania, en Stalingrado, y ustedes lo saben incluso desde el punto de vista militar, aunque no den ningún valor al factor moral. Pues bien, morir en este minuto, conscientemente por el crimen y por su perpetuación, es demasiado.

«Esta es la situación, nuestra situación especial. Su conciencia de hombres y de patriotas y su honor militar les dicta a ustedes lo que han de hacer en esta hora: basta de muertes, nada de suicidios. Hay que afrontar la realidad. Su vida futura ha de ser la expiación de un pasado.

»Y con esto, señores, ¡a vivir!

Salió lentamente, y cerró la puerta.

Atravesó la ciudad de las cien «balkas» enfundado en su capote. Bajo la nieve, un soldado agonizaba entre los restos de carros y cañones deshechos y una mano crispada emergía cual mudo grito de reproche.

Pasó a través de escombros, patios, muros derruidos y boquetes que habían sido ventanas. No podía imaginarse que alguna vez hubiera habido canalización, tiendas, despachos, teatros, restaurantes e iluminación en las calles. Una ciudad muerta, cubierta por una lluvia de ceniza. En aquella soledad resonaron los pasos de un ser animado. Llegó a una plaza amplia donde ascendía del río la niebla helada. En la niebla se encendían, se apagaban y se volvían a encender las bengalas, con su luz blanca deslumbradora. En una colina ardía una casa y otra, y una tercera lanzaba nubes de humo negro que llegaban al cielo. Era un edificio de tres alas que formaba el ángulo de dos calles. Era la Comandancia, donde, por orden del ejército, debían ser acogidos los heridos que afluían a Stalingrado. En aquella misma esquina, a la derecha y a la izquierda del edificio se disparaba con ametralladoras, estallaban los proyectiles de los tanques, y se oía el estrépito de los antiaéreos. Atravesó la plaza, y se perdió en el laberinto de calles en ruinas. Abajo, la orilla del río. Casas de madera convertidas en cenizas. Cobertizos derrumbados, una vía férrea, y en ella una locomotora destruida por los proyectiles. Sobre esta región llena de «bunkers» y de trincheras solamente se podía mirar a través de las alambradas. Esta zona, situada a la orilla del río, ahora helado y cubierto de nieve, era el noveno barrio de la ciudad, que los alemanes nunca consiguieron ocupar.

Aquel hombre se volvió y desapareció otra vez por el laberinto de calles y ruinas. A través de murallas y piedras, su mirada cayó sobre la Plaza de los Caídos, iluminada, en cuya esquina se divisaban las ruinas del rascacielos. El hombre del largo capote continuó su marcha por la ciudad; dejó impresas sus huellas en la profunda nieve de una «balka», subió por la pendiente opuesta,

pasó otra vez por umbrales de casas, por ruinas y por blancos terrenos desiertos. A través de las piedras se deslizó la sombra de una delgada muchacha rusa que desapareció, con una brazada de leña, por un agujero.

En una cueva, el eco repetía los estertores de un soldado herido que había perdido el conocimiento. Dejó a sus espaldas la cárcel de la ciudad. La cortina de fuego hacia la cual se dirigía, se alzaba al extremo de Stalingrado. Atravesó por un negro hueco de la pared. Ante sus pies se extendía la vasta zona de la estepa, por la cual había llegado hasta aquí con sus «panzers». Ahora salió por aquel mismo camino a la noche cubierta por la arqueada bóveda del cielo.

La ciudad lunar, con sus cráteres, escombros, laberintos, piedras, hierros retorcidos, etc., quedó a sus espaldas. Era el lugar de la batalla perdida, de la guerra perdida, de la más grave derrota sufrida en la historia de guerra alemana, la más profunda caída moral y política del pueblo alemán.

El rostro de aquel hombre era el espejo del simbólico rostro de un ejército y de un país entero en descomposición, y en las arrugas de su cara llevaba reflejada tal caída el hombre que ahora caminaba por la nieve en medio de la noche.

La imagen de aquel derrumbamiento; pero también la conciencia del inmenso error.

## XLI

## ¡EL ÚLTIMO PRUSIANO!

«¡Oh, Señor, cuántos y cuan fuertes son mis enemigos!»

Este salmo no sólo podía ser recitado, sino también cantado, y este canto expiró en un sótano de las afueras de la ciudad. Una mano de largos dedos guardó en su estuche la flauta con la que había acompañado este cántico, y la tapó cuidadosamente. Por vez primera, el coronel Unschlicht, para quien la flauta era un mero pasatiempo, había tocado con toda su alma y la música se había adueñado de todo su ser. Dejó la flauta sobre la mesa, en vez de colocarla dentro de la mochila con las demás cosas. Los otros —un comandante, un intendente, un capitán y dos tenientes— llevaban ya puestas sus mochilas. El coronel Unschlicht se echó la suya a la espalda y se puso la gorra. Ya no había más que hablar. Todo se había dicho. Cinco caras pálidas miraron al coronel.

—¡Vamos, señores!

Salieron furtivamente de la cueva, como si fuesen ladrones. Pasaron junto al centinela, que se sobresaltó al ver aparecer de improviso el rostro pálido del coronel y a los cinco oficiales, todos ellos cargados con sendas mochilas.

El coronel Unschlicht dirigía. A veces se adelantaba tres y hasta cinco pasos. Iban hacia el Oeste: hacia la estepa al sur del muro de los tártaros. Pronto se encontraron frente al fuego concentrado de una batería rusa. El coronel marchaba a grandes pasos regulares, adelantando sus largas extremidades.

—Perdone, mi coronel; por aquí no es posible —dijo el comandante.

—Así es como lo habíamos planeado.

Los cinco oficiales regresaron. De nuevo guiaba el coronel. El camino pasaba junto al cuartel de Goennern, desde donde habían venido, y luego atravesaba la ciudad. Llegaron hasta la orilla del río, y más adelante se adentraron por la helada superficie del Volga. El cielo estaba más alto que nunca. Las estrellas brillaban con mayor fuerza que otras noches. La ciudad, que se extendía a la orilla derecha del río, quedó tan lejos como la costa del mar para el navegante. Los ruidos de la ciudad dejaron de oírse. Sólo de vez en cuando llegaba a sus oídos el trueno de una detonación de la artillería rusa. Luego, renacía aquel pesado silencio. Los hombres inclinaron la cabeza contra



el viento y se abrieron paso por el hielo.

Un avión tiró unas bengalas y el cielo y la tierra se transformaron. El cielo desapareció tras una luz blanca deslumbradora. La orilla dejó de ser un negro dique oculto por las tinieblas de la noche; se convirtió en un paisaje de piedras, árboles y colinas, por donde la luz penetraba hasta los rincones más apartados. Alguno de aquellos blancos globos luminosos descendió también sobre el río y no les quedó más remedio que hundir la cara en la nieve. Y solamente cuando la última bengala se apagó y el cielo se cubrió nuevamente de tinieblas, pudieron levantarse y continuar la marcha, como si no se hubiese producido aquel fenómeno que por unos momentos pareció llenar de fantasmas aquellos lugares.

Un disparo hecho desde la otra orilla rompió el silencio de la noche, levantando un eco interminable. Más bengalas con paracaídas y de nuevo tuvieron que tumbarse. Al cabo de tres horas de marcha no habían recorrido aún más de seis kilómetros de camino. Y cuando el coronel, que iba siempre unos metros delante de los otros, dio una vuelta y se dirigió de nuevo hacia tierra, los demás creyeron que aquel giro era aún prematuro y que debían seguir caminando por el río hasta el alba, antes de dirigirse a tierra y marchar en dirección oeste; sin embargo, siguieron silenciosamente los pasos de su superior. Llegaron a la orilla y subieron al dique. Encontraron chozas calcinadas, cuyos incendios lo habían llenado todo de negras cenizas; luego una fila de casas abandonadas. Repentinamente sonaron disparos de fusil.

¿Qué le sucedía al coronel?

Ya cuando las bengalas, habían notado que no se arrojaba al suelo como sus compañeros, sino que continuaba solitario su marcha. Había subido al dique y no denotaba tener miedo de encontrar alguna mina y ahora continuaba también, sin mirar ni a izquierda ni a derecha ni explorar previamente el terreno.

¿Dónde se encontraban?

¿En el sur de Zariza todavía o estaban ya en Jelschanka? No lo sabían. Habían entrado de nuevo en zona de combate. Una ametralladora pesada disparó desde muy cerca. El comandante, el intendente, el capitán y los tenientes, se tiraron al suelo, pero el coronel siguió impertérrito su camino. Con la cara apretada contra la nieve, agotados por la marcha a través del hielo y aturcidos por las detonaciones de las granadas, fue entonces cuando comprendieron la verdad, al divisar la alta silueta del coronel frente al fuego de la ametralladora: sí, ahora lo habían comprendido: él renunciaba al proyecto de evasión del cerco; era otra cosa lo que buscaba.

Y eso fue lo que ocurrió.

El coronel levantó los brazos y se detuvo, se tambaleó y cayó de espaldas en la nieve, donde quedó tendido a lo largo. Sus camaradas se pararon y escucharon sus gemidos. Después el comandante se acercó a gatas. Una ráfaga de ametralladora le había dado en la cara.

—Mi coronel...

Un gemido le respondió:

—Mi coronel, ¿puedo hacer algo por usted?

—Sí, lo que hemos convenido.

Habían convenido que en caso de ser herido alguno de ellos, sus compañeros le dispararían el tiro de gracia. El comandante no se dio cuenta de que él mismo gimió entonces más fuertemente que el herido; sacó su pistola y

una detonación sonó en el aire helado. Era una hora antes del amanecer. Así terminó aquella tentativa de evasión. El comandante, el capitán, los tenientes y el intendente estaban tumbados junto al muerto. Cuando la primera luz apareció sobre el Volga, se levantaron. Con las manos en alto se acercaron al centinela ruso más próximo.

También estos hombres, un coronel, un comandante, un intendente y tres oficiales y su fracasada tentativa de evasión, constituían un rasgo de aquel rostro en descomposición. Y aquella caminata, en fila india, Volga abajo, y la muerte en medio de la niebla del amanecer, entre Zariza y Peketowka, tampoco pueden ser olvidadas.

## XLII

## LA DIVISIÓN DE «PANZERS» CAPITULA

Negra e imponente se elevaba la casa de la Comisaría del Interior, llamada por los alemanes la casa de la GPU. El enorme edificio había sido víctima de las bombas. Los pisos superiores estaban quemados y el techo en su mayor parte derruido. Los gruesos muros exteriores protegían contra los proyectiles y cascos de granada y el gran patio interior estaba al abrigo del fuego directo de fusilería.

En aquel patio había una cocina de campaña, ante la cual los soldados hambrientos hacían cola noche y día. En sus proximidades, una letrina, cuyo camino se hallaba bien marcado por numerosas huellas de pisadas en la nieve. Por todas partes se encontraban cadáveres helados de las víctimas de los morteros rusos que caían dentro del recinto del edificio. Los fallecidos en el interior ya tampoco eran enterrados, sino simplemente transportados afuera y depositados sobre la nieve. Unos dos mil hombres —los restos de un cuerpo acorazado, de dos divisiones motorizadas y de otras formaciones— se habían refugiado en este lugar. Con el total de heridos y soldados alojados en las casas vecinas, se hallaban allí reunidos unos cinco mil hombres.

Uno de los sótanos del edificio —seis pasos de largo por dos de ancho— estaba ocupado por el general Damme, que había perdido toda su división y no contaba ya con más tropa que los oficiales de su estado mayor, los cuales se habían alojado en sótanos vecinos. Sin embargo, desde veinticuatro horas antes, Damme había vuelto a tener el mando de una formación. El jefe del cuerpo acorazado, que había salido al frente, es decir, que vagaba por cualquier rincón de aquel mundo de ruinas, le había confiado provisionalmente el mando de sus hombres.

Y, ahora, Damme estaba sentado ante la mesa, con el teléfono en la mano, manteniendo una discusión muy desagradable. Su interlocutor era el jefe supremo del ejército.

—Me he enterado, Damme... —así comenzó la conversación—, que en su unidad se han llevado a cabo negociaciones con los rusos.

Esto era cierto y era preciso hablar con franqueza:

—Sí, general mariscal de campo—. Estuvo a punto de decir simplemente

«general», pues el jefe supremo había sido promovido a mariscal aquel mismo día, y el ejército no se lo había comunicado a los estados mayores y guardaba silencio como era su costumbre.

—Sí, general mariscal de campo, yo mismo he celebrado las conversaciones preliminares con los rusos.

¿Qué querían de él? El ejército no daba órdenes desde hacía varios días; prácticamente ya no existía. La única orden que se había recibido, en las últimas jornadas, era «mantener las posiciones». Mantenerlas, aunque no hubiera tropas para ello. Así, pues, ¿qué querían que hiciera?

—¡El jefe del estado mayor me ha comunicado esta grave cuestión, Damme!

Naturalmente, podía imaginarse que el jefe del estado mayor tenía la mano metida en ese juego, y que el «espíritu malo» del recién nombrado mariscal de campo estaba enfrente, vigilando su conversación.

—Pero, escuche, Damme, usted ha iniciado unas negociaciones de capitulación de una tropa que no le pertenece y que sólo provisionalmente le ha sido confiada.

—Sí, mi mariscal, así es. Pero se ha efectuado una reunión de oficiales y se les ha puesto al corriente de todo y de las medidas que se han tomado para terminar honrosamente esta heroica batalla. Todos han sido consultados. «¿Está usted de acuerdo?», se le ha preguntado a cada uno. Y todos han contestado: «Sí».

—¿Conoce usted la orden, Damme?

—Sí, señor, la conozco.

—Entonces, todo está claro. «Capitulación excluida.» Las negociaciones están prohibidas. La orden ha de ser cumplida exactamente hasta el final.

La orden del cuartel general del Führer decía: «Hasta el último cartucho». La orden complementaria rezaba: «Los parlamentarios del enemigo serán rechazados a tiros».

Por consiguiente, todo estaba bien claro. Al menos, en el papel.

—¡Pero si ya no nos queda nada de comer!

—¡Lo sé!

—¡Los heridos carecen del tratamiento adecuado y de víveres!

—¡Lo sé!

—El cerco se estrecha. Ya se perciben a simple vista los cañones rusos.

—¡Lo sé todo!

—¡Y está clarísimo que no podemos esperar socorro, mariscal!

—¡Ya conoce usted la orden!

En este tono continuó la conversación. Comenzó a las doce y media de la noche y a la una aún no había terminado. Durante el último cuarto de hora habló el jefe del estado mayor, gritando e insultando, perdiéndose en una serie de amenazas.

Damme se llevó la mano a la frente. La retiró mojada. «La orden será cumplida.» La locura mayor que había oído en toda su vida. El sudor le salía por todos sus poros.

Sentía el vacío en su cabeza y un intenso frío en la espina dorsal. No tenía apetito ni el menor deseo de jugar una partida de bridge. En otros tiempos se habría bebido unas tazas de té caliente y un buen trago de ron y se habría acostado, tapándose con dos mantas, y la tranquilidad habría vuelto a su espíritu. Pero en aquel lugar, bajo el fuego continuado, la constante

permanencia en aquel maldito agujero y aquella terrible tensión de nervios, todo aquello eran cosas que no las aguantaba nadie: era bestial.

Y, naturalmente, cuando un capitán alemán entró acompañado de un comandante ruso, se sentó con los dos para reflexionar sobre lo que podrían resolver.

—Prepáranos un café, Wiedemann —había dicho al intérprete.

Pero no había café ni nada con que obsequiar a sus huéspedes. Otro cadáver salió por la ventanilla a sumarse al montón que crecía por momentos. En tales circunstancias, la conclusión era lógica: no quedaba más solución que terminar la heroica batalla honrosamente, y precisamente ésa era la fórmula que habían acordado. Todo estaba decidido y si no se había terminado la operación, era únicamente debido a que el ruso, como dijo, quería ampliar las bases e incluir también a la 29 motorizada y a otras formaciones de aquel sector.

Y cuando las cosas estaban así, intervino el mando y el propio jefe supremo. Los disparos continuaban en el exterior. Los muertos seguían saliendo por la ventanilla y el tumulto ante la cocina de campaña no cesaba. Y total, ¿por qué? ¡Por nada! Su mismo aparato digestivo se negaba ya a funcionar.

Y ¿cómo podrían cumplir sus funciones sin el consabido café y el insustituible cigarro? Pero algo había que hacer, pues el día siguiente sería el acto final, el gran desfile de la capitulación. Así se había acordado con los rusos.

El general Damme se levantó, abrió la puerta y llamó en voz alta a su intérprete. Wiedemann, que ya estaba al corriente de la conversación telefónica, y se hallaba en el cuarto vecino con los coroneles y demás jefes y oficiales del estado mayor, salió en seguida; estaba esperando la llamada y sabía lo que le iban a pedir. También los coroneles lo sabían y suponían la actitud del general. Pero ellos se habían puesto de acuerdo para realizar su propósito: si Damme no se decidía lo harían ellos por su cuenta.

—Sí, señor Wiedemann, la rendición me está prohibida. Esto es lo que debemos decir a los rusos. Tenemos que manifestarles que suspendemos las negociaciones. Encárguese, por favor, de esta misión —fue todo lo que dijo Damme.

Luego se quedó solo de nuevo en su habitación. Miró fijamente a la pared. Sabía también lo que se hablaba y se decidía al otro lado del muro y pensó: «Deben hacerlo los coroneles».

También esta conversación telefónica entre el «ejército» y el jefe, también esta capitulación interrumpida y, sin embargo, después llevada a cabo, completan el cuadro del derrumbamiento de un ejército y su caída en el caos. Y esta última hora y el sudor frío en la nuca de un jefe sin tropa que un día partiera con diecisiete mil hombres a su mando, tampoco esto puede ser olvidado.

## XLIII

## «CAMINANTE, CUANDO LLEGUES A ESPARTA...»

Separados por un montón de sacos terreros del cuartel general del ejército, se hallaban los sótanos del Teatro, que con los restantes sótanos, enlazados por un pasillo subterráneo bajo las ruinas de la Casa del Ejército Rojo y la llamada de «Timoschenko», formaban aquel hospital subterráneo, en cuya zona más profunda estaba la «sala» de operaciones del capitán médico Huth.

Huth había terminado. Había conseguido que sus nervios resistiesen tan largo camino. Los gritos bajo el bisturí y los alaridos de los moribundos se habían sucedido durante setenta y siete días. Huth estaba en los mismos huesos; pero sus manos habían seguido operando sin temblar y sin desmayo. Había luchado sin descanso, contra aquella oleada de la muerte. Si habían perecido cien pacientes después de una operación magistralmente realizada, acaso entre ellos hubiera quedado uno con vida. Pero ahora ni ese uno entre ciento podía conservar la vida, pues, aunque le salvara el bisturí, el hilo de su vida se quebraría a falta del aguado caldo de caballo que hasta ahora le habían dado. A tal extremo habían llegado. Los sótanos del Teatro estaban totalmente desprovistos de víveres desde hacía días. Por eso el trabajo del médico de cortar carne viva y aserrar huesos vivos no servía más que para prolongar la agonía y hacerla más dolorosa con aquellas operaciones sin anestesia.

Tal era la conclusión a que Huth había llegado. Y por eso no terminó el corte iniciado en aquel muslo. Dejó el bisturí sobre la mesa. Se volvió, se quitó el delantal de hule y lo colgó de un clavo. Después de lavarse las manos y los brazos y de haberse puesto la guerrera, su mirada recayó sobre el cuerpo que yacía sobre la mesa de operaciones. No era demasiado musculoso, pero, a juzgar por su aspecto, pertenecía a un hombre que aún habría podido vivir cincuenta años más. Era un capitán, y Huth se acordó de haberlo curado ya antes de una herida en la cabeza. Aquel hombre respiró profundamente. Sus labios se entreabrían de dolor y temblaban convulsivamente. Huth no quería esperar a que el dolor cesara con el definitivo desvanecimiento. Habría podido liberar inmediatamente de todos sus dolores a aquel hombre, y hacer con él lo que el régimen al que servía realizaba en masa con multitud de enfermos, ancianos y agotados; pero se estremeció al darse cuenta del alcance de sus pensamientos. Pero fueron religiosos escrúpulos de conciencia y un concepto

del deber en él innato los que le contuvieron.

Víctor Huth se marchó, y subió corriendo las escaleras, entró en la gran sala subterránea, donde yacían uno junto a otro hasta ochocientos cuerpos heridos, enfermos, moribundos, cadáveres. Un sótano que muy pronto, a lo sumo al cabo de algunos días, sería un antro de general rigidez de músculos, vientres hinchados, ojos vidriosos y hedor pestilente de putrefacción.

Ahora, la muerte acechaba por todos los rincones. Todavía se oyó un coro de muchas voces recias y tremendos ayes que traducían el acerbo dolor de los heridos.

Una voz sobrenatural, amplificada por baterías eléctricas, resonó en la sala. El altavoz hizo olvidar momentáneamente los dolores. Interrumpió la tarea de la muerte y promovió un vivo debate sobre si se debía escuchar o apagar.

—¡Cerrad, cerrad! —decía unos a gritos.

—¡Más fuerte! —gritaron otros.

—¡Cerrad!

—¡Escuchad!

—¡Que se calle ese puerco...!

—¡Si hubiera cumplido su palabra...!

—¡Él tiene la culpa!

—¡Nos deja morir de hambre!

Un hombre, consumido por la fiebre, pidió agua. Otro, torturado por los dolores, morfina. Del techo pendían las bombillas eléctricas. La parte superior de la sala estaba iluminada y la inferior quedaba en la penumbra. Entre los cuerpos tirados o sentados, dos capellanes castrenses se movieron. Eran el pastor Koog y el padre Kalser, que se habían vuelto a encontrar ahora, en este lugar de muerte. El pastor Koog recibió la última voluntad de un moribundo. El padre Kalser murmuró inclinado sobre un agonizante:

—La luz eterna te ilumine.

El médico Huth se apoyó de espaldas a la pared. Vio al capitán herido que había abandonado en la mesa de operaciones. De pronto aquel hombre se hallaba a su lado; había venido arrastrando la pierna hasta llegar junto a él y allí se dejó caer al suelo.

—Doctor —fue la súplica que salió de sus labios.

—Capitán. ¿Qué puedo hacer? Es una insensatez. Sólo conseguiremos prolongar la agonía.

—No me importa, doctor, que se prolongue... ¡Hágalo, por favor!

—Bien; extienda la pierna; pero, antes, escuche.

—¡El mariscal del Reich!

En medio de los gritos, gemidos, alaridos, etc., surgió la recia voz, que se hizo oír en toda la sala, por todos los presentes, incluso el capellán, atento a sus oraciones y últimos auxilios a los agonizantes, el médico y el capitán.

«...Ejército del pueblo... comunidad de la nación... hombres alemanes... terminado con las viejas ideologías... pero, camaradas, solamente puede combatir el que participa con toda la pasión de su alma...»

—...que participa con toda la pasión de su alma... ¡No me dejes desmayar en la lucha! —rezaba el capellán Kalser, tratando de concentrar su atención en cerrar los ojos a un moribundo. Con los suyos entreabiertos miró a su alrededor y descubrió a otro que le necesitaba... Pero... eran tantos. Lentamente se levantó, y, medio muerto de fatiga, siguió su camino. Sin una queja se arrodilló

al lado del otro. El doctor Huth, con sus treinta y cuatro años, con la cara como una momia, y los ojos atentos, lo observó todo, vio a los dos capellanes, a los que morían tranquilamente, y también a los que gastaban sus últimas fuerzas en un supremo acceso de rabia. Vio a un ayudante cajero, muy joven, que movía nerviosamente sus largos dedos. Oyó los bramidos del teniente de tanques, y no eran órdenes para los tanques, sino los gritos que se suelen dar en las trincheras. Sin duda aquel teniente había servido últimamente en la infantería. Oyó también cómo el capitán sollozaba. Comprendió aquella crisis nerviosa, y le dijo:

—¿Qué le sucede, mi capitán? Ya se lo haré, espere un poco.

A Tomás le había conmovido profundamente un recuerdo. La última emisión de radio para el ejército que él oyó había sido la víspera de Año Nuevo, y fue radiada desde Koenigsberg. Aquella emisión le dejó la dulce nostalgia de una música desesperada y triste. La locura de Koenigsberg era su novia. Pero ahora no era la voz del ser querido la que hablaba, sino la voz del mariscal del Reich.

«Ideología... ideología... una ideología granítica... ideología creada por nuestro Führer... ¡cuánta firmeza emana esta ideología... cuánta energía... el deber de los jefes de dar ejemplo... la hercúlea labor de nuestro Führer... convertir esta masa, esta masa de hombres... en una nación con temple de acero! »

Y después: «¡Un Führer que es el alemán más grande de la historia! » Pero esto ya no se podía oír, estas frases se ahogaban bajo los alaridos, los lamentos, los gritos de «apagar» y «silencio». El teniente de tanques gritaba: «¡Traed más municiones! ¡Fuego más intenso! ¡Quedaos tumbados! ¿Queréis quedaros tumbados? ¡Fuego!»

Un brigada bajó con un paquete de embutidos de los que habían tirado los aviones. «¡Regimiento de tanques 36!», gritó. Unos hombres de dicho regimiento que estaban en una esquina, gritaron con todas sus fuerzas: «¡Aquí, aquí, brigada! ¡A mí también, brigada! » En un momento repartió su carga. Los que pudieron conseguir algo lo tragarán ávidamente. Los demás los miraban con envidia. Después de haberlo comido, estaban fatigados de tal trabajo y se tumbaron de lado.

De nuevo se oyó tronar la voz del mariscal del Reich: «Hemos vencido el helado invierno ruso, así como también la debilidad de algunos jefes. Sobre todos estos contratiempos se hallaba otra vez el Führer, que con su energía y con su fuerza ha mantenido el frente del Este... Y amaneció el día en que por vez primera penetraron los tanques alemanes en la ciudadela de Stalingrado y se aferraron al Volga, el histórico río de Rusia...» Nuevos gemidos volvían a ahogar el brillante discurso. «El adversario es duro, pero también el soldado alemán se ha hecho más duro... hemos quitado a los rusos el carbón y el hierro, y sin esto no pueden continuar su producción de guerra... ahora vemos cómo hace un gigantesco esfuerzo final desesperado... nuevas divisiones, otras rehechas, pero no son nuevos reemplazos, no; son ancianos agotados, niños de dieciséis años...»

—¡Ancianos! ¡Niños!

Uno de los oyentes gritó esta exclamación. Otros aullaban. Muchos oficiales tenían las caras petrificadas, envueltas en vendajes ensangrentados. Apretaban los dientes para retener las palabras que querían escapar de su boca. Y ahora ya no eran gemidos, ahora era una rabia sorda la que mugía, era



la fiebre que ascendía rápidamente, era el tiro de pistola de un suicida.

La voz de tenor continuó:

«...de todos esos combates gigantescos surge ahora semejante a un majestuoso monumento gigantesco, colosal, Stalingrado, la lucha por Stalingrado. ¡Pasará a la historia como la mayor hazaña de héroes! »

—¡Dios mío, de qué nos sirven tales alabanzas, mejor habría hecho organizando el aprovisionamiento aéreo!

«...jamás en nuestra historia... nuestros granaderos, zapadores, artilleros..., desde el general hasta el último soldado... Así se lucha allí, contra una mayoría aplastante, y se defiende cada casa, cada piedra, cada agujero, cada foso; estos hombres luchan y luchan hasta caer agotados. Sólo conocemos una epopeya semejante a ésta, una lucha sublime, sin igual: es la epopeya de los Nibelungos. ¡También ellos resistieron hasta el último hombre!»

—¡Ya nos da por perdidos! —gritó uno.

¡Dar por perdidos! Esta idea era la que les daba vértigo y ahora se extendió por toda la sala. Ellos lo sabían, pero el hecho de que aún se lo dijiesen a gritos ya era demasiado.

¡Dar por perdidos!

—¡Con nosotros debía haber estado en el aeródromo!

—¡Yo no soy ningún héroe, yo tengo hambre!

—¡Hambre!

—¡Esto es una oración fúnebre!

—¡Apagar! ¡Apagar!

«...este sacrificio, camaradas, si alguno de entre vosotros se siente flaquear ¡que piense en los combatientes de Stalingrado...! Soldados, han pasado millares de años, desde que en un desfiladero de Grecia hubo un jefe increíblemente audaz que con trescientos hombres realizó aquella proeza que recuerda la Historia. Era Leónidas con sus trescientos espartanos. El cielo se oscurecía por la multitud de flechas enemigas, mas los trescientos espartanos no vacilaron ni retrocedieron, y así hasta que cayó el último... y allí quedó la frase: «Caminante, cuando llegues a Esparta, di que hemos muerto defendiendo a la patria, di que nos has visto yacer en cumplimiento de la orden dada...» ¡También la Historia dirá algún día: «Cuando vayas a Alemania, di que nos has visto yacer en Stalingrado en cumplimiento de la orden dada! »

—¡Apagar!

—¡Apagar!

—¡Es un discurso necrológico!

—¡Dios mío, se creerán en casa que ya estamos muertos!

—¡Ayuda!

¡Ayuda! Éste era el grito de aquellas almas oprimidas. Pero esta petición de ayuda se quedó en el aire. El sótano volvió a ser lo que antes era: el sótano del Teatro. Otra vez volvió la oleada de dolores y aquellos hombres seguían muriendo.

Algunos oían aún las frases:

«...para el soldado es lo mismo morir en Stalingrado, en Rshew, en África o en el Norte helado... Siempre hay algún descontento... Cuando el soldado parte, siempre cuenta con la posibilidad de no regresar. Y si vuelve, es porque ha tenido mucha suerte... Son los judíos los que están enfrente. Hay que conocer a los judíos y su odio del Antiguo Testamento... ¿Quién puede ser tan ciego, pregunto yo, que no vea dónde estamos, que ocupamos desde el cabo

del Norte hasta África y el Volga?»

Algunos oyeron también la débil excusa del mariscal del Aire:

«¿Y por qué, dirán algunos, por qué no respondemos? No olvidéis que luchamos en teatros de guerra muy amplios y que la Luftwaffe combate encarnizadamente en el Norte, en el Sur y en el Este...»

—¡Aquí, por lo menos, no se la ve luchar! Las únicas bombas que caen son las rusas y, seguramente, no son muy ancianos o niños los que van sentados en los aviones de bombardeo...

Pero, ¿quién escuchaba aún? La voz del mariscal estaba al margen de todo cuanto allí ocurría. El sótano del Teatro era un sótano sin abastecimientos, sin pan, sin esperanza. Aquello se daba ya por perdido, era la única conclusión que se desprendía de la voz que hablaba desde Berlín. Otro que tampoco pudo seguir callado gritó con todas sus fuerzas:

—¡Ayuda!

Junto a las paredes estaban sentados unos hombres temblorosos. Uno de ellos tenía la cara amoratada y espuma en los labios. Otros parecían esqueletos. Algunos ya no veían apenas. Otros estaban sordos.

Por allí andaba un grupo de gendarmes con sus chapas, y se paseaban por las filas mirando a los enfermos graves a la cara, a los moribundos que tenían oculta la cabeza les daban la vuelta para ver si disimulaban; y buscando, buscando, encontraron a algunos a los que aún pudieron poner de pie y se los llevaron como refuerzo a un grupo de combate. Sobre todo aquello, un hombre gritó otra vez con toda su alma:

—¡Ayuda!

Aquel era el grito de todos los hombres del sótano.

Víctor Huth seguía apoyado en la pared. De improviso, entre los alaridos de los moribundos, se oyó el ruido que preludiaba la catástrofe inminente. La explosión de un proyectil de artillería en las inmediaciones del sótano hizo temblar el sólido edificio. Cuando se produjo la segunda detonación, todos los heridos contuvieron su aliento. Huth estaba de pie. Operó todavía al capitán Tomás. Fue su última operación. Luego salió corriendo, sin capote ni gorra, subió la escalera y, atravesando las calles llenas de barricadas de sacos terreros, llegó hasta la plaza iluminada por los faros. Los centinelas estaban juntos en el umbral de unas ruinas y tan distraídos por los acontecimientos, que pudo pasar sin que le molestaran y así llegó hasta la puerta del cuarto del jefe supremo del ejército.

En el sótano, que había dejado atrás, retumbaban ahora las explosiones, que se sucedían a intervalos, marcando el ritmo de la respiración de los heridos. Y este sótano, situado en las ruinas entre el Volga y el Zariza, donde ochocientos hombres, en medio de la más profunda angustia, oyeron su propia oración fúnebre; donde los capellanes, muertos de fatiga y agobiados por el constante gemir de los moribundos, iban tambaleándose; y la disolución de un ejército gigantesco que se reflejaba en el temblor de una mano; la última hora de aquel horrible sótano del Teatro; tampoco esto puede ser olvidado.

## XLIV

## CUARTEL GENERAL DEL EJÉRCITO: «JEFE SUPREMO»

Las ruinas del gran rascacielos de Stalingrado eran sumamente irregulares; el edificio estaba en parte hundido hasta la mitad y, en parte, hasta la planta baja, mientras que algunas paredes se elevaban todavía hasta lo alto. Era uno de aquellos edificios ocupados por los dos regimientos del general Hartmann, los primeros que llegaron a la ciudad. Había sido perdido y recuperado infinidad de veces.

Primeramente, en estas ruinas se estableció el cuartel del regimiento de Roske, y luego el cuartel de la división de Hartmann. La división ya no contaba ni los efectivos de un batallón, pues había sido diezmada otra vez, hacía pocos días, al sur del valle de Zariza. Allí fue también donde el general von Hartmann subió al talud de la vía férrea y cayó muerto por una bala de la infantería rusa.

Esta división, que tan sólo existía en el papel, estaba mandada por uno de los jefes del regimiento, el coronel Roske; y el sucesor de Hartmann era ahora el dueño del edificio y tenía como huésped al jefe supremo del ejército, que, con su estado mayor, sus oficiales y soldados, y algunas fuerzas de policía militar, se había alojado allí.

Los encargados de pedir la documentación e indagar de dónde se venía, adonde se iba y motivos de la visita, continuaban en su puesto; pero ya no actuaban como en un principio. El sótano de aquellas ruinas ya no albergaba solamente al cuartel general, sino también al cuartel del regimiento y al del batallón, por lo que la puerta estaba abierta para los ayudantes, enlaces y bastantes personas más.

Los proyectiles de la artillería pesada silbaban por el aire. Las granadas de los tanques caían en los alrededores.

Sobre el patio flotaba una bengala iluminando todos los rincones. El estado mayor general del ejército, que había cambiado ya cinco veces de emplazamiento, se veía ahora inmovilizado en este lugar.

La policía militar era presa de aquella intranquilidad que llenaba todo el edificio, y sus miradas, habitualmente atentas y desconfiadas hacia todo visitante, se dirigían ahora preferentemente hacia los rincones del patio como si de allí esperasen que a cada momento les pudiera asaltar lo irreparable y

desconocido.

Dos coroneles, un capitán y un capitán médico solicitaron audiencia al mismo tiempo. Un coronel quería ver al jefe supremo, el otro pertenecía al estado mayor general, el capitán de la división de infantería debía presentarse al oficial jefe de la segunda sección del ejército. El capitán médico era Víctor Hunth.

Un médico excitado, sin gorra ni capote, quería hablar con el jefe supremo. Un policía, que parecía algo bebido, se encaró con él.

—Vamos, hombre, váyase ya; no puede usted pasar.

Sin embargo, un minuto después, Huth, los policías y los oficiales fueron lanzados violentamente al suelo, que quedó barrido y sin nieve. Una granada había estallado en el patio. Junto a Huth estaba tumbado el coronel del estado mayor general, el cual había oído la demanda de Huth, y dijo cuando se levantaron:

—Venga usted conmigo, doctor.

Y acompañado por este coronel, Huth atravesó la fila de policías. Los dos oficiales de servicio le saludaron. No había puertas. Un sendero en pendiente conducía al sótano, que tenía el aspecto de un gran garaje.

Dos naves, separadas por mamparas de madera, dejaban en el centro un amplio pasillo, desde donde se entraba a las habitaciones. Las ventanas que daban al exterior estaban protegidas por sacos terreros; pero ninguna de dichas ventanas daba al pasillo directamente, por lo que allí estaba siempre oscuro, excepto cuando se abría alguna de las puertas de las habitaciones laterales.

No lejos de la entrada estaba el capitán médico Huth, esperando al coronel Carras, que era quien le había introducido. Ahora, Huth comprendió que, sin su ayuda, no hubiese podido entrar y sin su recomendación no pasaría más adelante.

En su espera contemplaba la danza espectral que desfilaba ante su vista; el pasillo medio oscuro estaba lleno de oficiales, ordenanzas, escribientes, policías, que vagaban sin un fin concreto o se hallaban sentados. Aquel cuadro le era bien conocido a Huth; lo único nuevo era que tal escena alcanzaba ya a la sede del cuartel general del ejército.

Los dos oficiales que entraron con Huth siguieron su camino, que conocían bien. Uno de ellos, el coronel Steinle, que había visto en Jeschowka perecer a todo su grupo de combate y ahora se alojaba en la cárcel de la ciudad, quería hablar con el jefe supremo para pedirle lo mismo que iba a solicitar Hunth: la capitulación.

El otro, el capitán, era el ayudante del general Vennekohl. Había sido llamado por el mando, en ausencia de su jefe:

—¿Necesita más condecoraciones...? Bien, haga una lista y preséntela.

Y aquí estaba ahora. Entró en el cuarto del ayudante del jefe supremo. El ayudante estaba sentado a su mesa.

—¡Déjeme ver cuántos son!

Era una relación muy larga. El ayudante no se fijó ni en los nombres ni en las observaciones; sacó una caja que tenía debajo de la cama, contó las cruces de hierro, tomó un viejo ejemplar del «Voelkischer Beobachter», hizo un cucurucho con una de sus hojas y después de meter en él las condecoraciones se lo entregó al capitán.

Una puerta más adelante, en la estancia del jefe de información, encontró al jefe de esta sección con uno de sus colegas. En la mesa tenían una botella de coñac medio vacía, galleta recién sacada de su envoltura de celofana, mantequilla, queso y una lata de sardinas frescas. Ambos jefes estaban preparando las mochilas. El jefe de información entreabrió la puerta para ver si podían salir con facilidad. Sus asistentes llevarían las mochilas hasta la puerta de entrada, donde ellos irían a buscarlas. El plan que se habían trazado consistía en atravesar el Volga y seguir por la orilla izquierda hacia el Sur, hasta mitad del camino entre Stalingrado y Astracán. Allí volverían a atravesar el río y tratarían de alcanzar las líneas alemanas del frente del Cáucaso.

Unas puertas más allá estaba el sastre del regimiento de Roske. Tenía ante sí un montón de capotes, uniformes y pantalones, todo el equipaje del coronel Roske, jefe de división después de la caída del general von Hartmann y ascendido aquel día, según radiotelegrama recibido del alto mando del ejército, a general. El sastre quería quitar en seguida los distintivos de coronel y coser los entorchados, los botones dorados y las franjas rojas. Entre tanto, entró el recién ascendido a general.

—Déjate de tonterías. Da igual que entre en la fosa común con una graduación o con otra.

Este nuevo general, cuyo brazo izquierdo estaba paralizado por heridas recibidas en la primera guerra mundial, tenía, como patrón y dueño de las ruinas del rascacielos y como huésped del «ejército», muchas obligaciones. Había confiado a un comandante el mando sobre los insignificantes restos de su tropa que combatían en las calles de acceso a la plaza.

El coronel Steinle, jefe del grupo de combate del sótano de la prisión, había pasado ya la parte anterior del pasillo subterráneo, junto a la central telefónica y telegráfica, el cuarto del médico del ejército y el del general Roske. Estaba ante una cortina que separaba la parte del sótano donde se alojaban los estados mayores y los oficiales superiores, del local reservado al jefe supremo. De pronto se abrió una puerta y salió el jefe del estado mayor general del ejército, al que precisamente habría querido evitar a toda costa.

—¿Dónde va usted? —le preguntó éste.

—Tengo que hablar con el jefe supremo, mi general.

—¿Qué quiere usted ahora del jefe supremo? No puede ser. Es imposible. El mariscal tiene ahora preocupaciones muy graves y no se le puede molestar.

—Mi general, son esas mismas graves preocupaciones del ejército las que me han decidido a dar este paso.

—Usted no puede entrar aquí. Se lo prohíbo.

Un capitán se presentó:

—Perdone, mi general, si interrumpo. Es muy urgente.

Cuando los dos se hubieron apartado un poco, continuó:

—¡El cuerpo de «panzers» capitula!

—¿Después de haber hablado con Damme y de haberme dado su palabra? ¡Imposible!

—El comunicado no procede de Damme, sino del jefe de de su estado mayor. El jefe del cuerpo de «panzers», general Damme, ha regresado a su cuartel, mi general.

El general permaneció un momento inmóvil. Sus ojos cambiaron de color y

sus labios temblaron de ira. Se había olvidado totalmente del coronel. Mientras el general entraba apresuradamente en el cuarto de los enlaces, pidiendo comunicación a gritos, el coronel Steinle levantó la cortina y entró en la parte donde se hallaban las habitaciones de los oficiales y oficinas del estado mayor y las del jefe supremo.

En el cuarto de los enlaces, el jefe del estado mayor lo veía todo rojo; no se había enterado de que la comunicación no procedía del general Damme, sino del jefe del estado mayor de «panzers», y por eso gritaba como un loco.

—¿Ha perdido usted la cabeza? ¡Si hubiese supuesto tal cosa de usted, Damme, le habría hecho detener a usted y a todo su estado mayor. ¿Quién? ¡Qué! ¿Quién es usted? ¿Un teniente?

No era el general Damme ni el jefe de estado mayor de «panzers» el que estaba al aparato, sino un teniente que repetía cortésmente su comunicación:

—Tengo que dar parte al señor general de que, por orden del jefe de estado mayor, el cuerpo de «panzers» capitula en este momento, y yo no puedo recibir orden alguna después de mi comunicación. La única orden que tengo es cortar el cable del teléfono, cosa que hago en este instante, mi general.

—¡Mandaré fusilar a todo el estado mayor! ¡Escuche, escuche!

Pero en la otra parte ya no se escuchó nada. El cable del teléfono quedó cortado. El general dejó caer el aparato sobre la mesa. Parecía ahogarse. Salió corriendo del cuarto y tropezó con los que estaban tendidos en el suelo del oscuro pasillo, aumentando su cólera.

El coronel Steinle llegó frente a la puerta que llevaba la inscripción: «Jefe Supremo», y, como estaba abierta, entró. En el centro de la habitación había una gran mesa redonda. Sobre ella unas tazas de café. El cuarto estaba vacío. Steinle tuvo la tentación de retirarse, cuando su mirada, a través de una cortina entreabierta, vio en otra pieza vecina al mariscal. Aquella habitación se hallaba iluminada únicamente por la débil luz de un aparato de radio, junto al cual estaba sentado el jefe supremo con la cabeza caída: sensación de pesadumbre que se hizo más visible al coronel al verle de perfil. El coronel se decidió a hablar en voz baja:

—Señor mariscal.

Éste alzó la vista y reconoció al coronel.

—¿Es usted, Steinle? ¿Qué le trae aquí? ¡Siéntese!

El mariscal pasó a la habitación donde se hallaba el coronel y se sentó frente a él. Steinle le describió la situación del frente y las pésimas condiciones en que la tropa se hallaba. Frente a frente se encontraban un oficial que había visto morir mil hombres, cuyos nombres conocía y el jefe de alta graduación del alto estado mayor, que sólo conocía los nombres de sus oficiales de estado mayor y de los jefes superiores; pero nada más; para él, el soldado existía solamente en unidades multiplicadas, que servían para ser maniobradas por decenas de millares. Ahora estaban, frente a frente, el hombre del campo de batalla, que no conocía los combates más que como una horrible mezcla de humo, nieve y cadáveres, y el otro, a quien la misma batalla, la misma derrota llena de humo, aullidos y confusión, le era presentada en limpios y transparentes superponibles; pero que, sin embargo, había sentido la catástrofe ya desde mucho antes. No en vano había adquirido su prestigio. Oficial del estado mayor ya desde el principio de su carrera y en la primera

guerra mundial; profesor después de la Academia Militar y, durante esta guerra, jefe suplente del alto estado mayor; por sus excelentes dotes como consejero y en el planeamiento y concepción de operaciones, había recibido de improviso el mando de un ejército y de ahora en adelante tenía que tomar él mismo las decisiones, decisiones de tal alcance como hasta entonces apenas se habían presentado a jefes de ejército. El otro factor de su mala suerte era su jefe de estado mayor, que hubiera debido ser su consejero; pero que, prácticamente, habíase apoderado del mando y había trocado los papeles.

En resumen, el coronel no le dijo nada nuevo y el hedor de sangre y putrefacción que despedía la ropa de aquel hombre tan sólo podían molestarle. No necesitaba conocer todos los detalles del derrumbamiento; pero tenía muy presente lo que significaría tal derrumbamiento, tanto para el estado actual de la guerra, como para su desarrollo futuro. Su especial misión consistía en convertir el derrumbamiento en una gloria y la catástrofe en victoria. Alcanzar lo imposible; si no en la realidad, por lo menos simbólicamente.

La cuestión para él era solamente ver el rendimiento que aún podían dar aquellas tropas moribundas y el sacrificio que podría exigir de las mismas. Él estaba ya agotado y preveía su próximo fin. Se le exigía su propio sacrificio, dicho sacrificio era necesario en este caso, ya que era preciso dar un ejemplo.

El problema de ahora era saber cómo daría el ejército el último paso, y este detalle particular no entraba exactamente en sus planes.

—No es precisamente así como me lo han presentado a mí —dijo el mariscal.

No era así como su jefe de estado mayor le había descrito el «caso Hartmann» y como lo había generalizado y radiado a Berlín: «Soldados y generales combaten hombro con hombro, sobre la vía férrea, con arma blanca, bayoneta o pala.» No era así y el coronel le contó que el «caso Damme» no era un caso aislado, sino que se capitulaba ya en los extremos de la ciudad, en grandes y pequeños grupos. Hacía días que en Gorodischtsche y Gumrak, oficiales de poca graduación se negaban a cumplir las órdenes. Se daba el caso de un teniente que hablaba así a su capitán:

—Me paso al enemigo. Voy a acabar con esto, mi capitán.

—¿Cómo se atreve usted a tal cosa?

—Porque no tenemos qué comer.

Y se pasaba con diez, treinta o cuarenta hombres.

En otro lugar un capitán había dicho por teléfono:

—Voy a rendirme.

—¡Está prohibida la capitulación! —le replicó su jefe.

—Sí, ya lo sé. Los jefes se han vuelto locos. El jefe contestó de nuevo, pero la comunicación ya había sido cortada.

Dicho jefe mandó una patrulla para detener al capitán y aquella regresó diciendo que el «bunker» estaba defendido por barricadas de mesas y otros enseres, y parapetado tras ellos el capitán había respondido que podía resistir hasta el día siguiente, y que para entonces los rusos ya estarían allí.

En otros casos no se había comunicado siquiera la rendición, y habían desaparecido hasta los que iban en busca de los «desconectados».

—Ésta es la situación, señor mariscal.

—Sí, muy distinta de lo que creía.

—¿Era ése el proyecto de evasión?

—Efectivamente, había un desdichado plan de evasión.

El objetivo de tal plan consistía en lo siguiente: el cuerpo de «panzers» rompería el cerco a través del Volga, en dirección este, y las divisiones de infantería harían otro tanto por el norte, el sur y el oeste. Se había planeado una dispersión centrífuga en todas las direcciones; pero tal plan tuvo que ser abandonado.

—Ese plan fue concebido en una completa ignorancia de la situación real y jamás fue comprendido por la infantería, señor mariscal. Este plan ha causado una honda divergencia entre el mando y la tropa, que nunca comprendió la orden de ejecutar dicho plan, ni la contraorden de abandonar tal proyecto, y ahora se está sumiendo en el caos más completo. El ejército calla; pero la tropa espera todavía una orden. La orden que acabe con el caos y que dé instrucciones concretas sobre la capitulación global en lugar de esta capitulación individual y anárquica que se está produciendo.

—Capitulación excluida —dijo el mariscal, repitiendo la canción que recitaba mecánicamente desde hacía muchos días. La mitad de su cara tembló convulsivamente.

—Pero, señor mariscal, esto significa permitir que continúe esta disgregación. ¿Quiere esperar usted hasta que los soldados entren en su propio «bunker»? ¡Vendrán y le fusilarán! ¿Quiere esperar a que se produzca un motín a la vista de los rusos?

—Querido Steinle —el mariscal se levantó sonriendo—, esto no ocurrirá; esté usted seguro, Steinle. De todas formas, le doy las gracias por su informe.

Con estas palabras despidió al coronel, que recorrió de nuevo el sótano sumido en una maraña de confusos pensamientos.

El mariscal conocía por experiencia tan perfectamente esas situaciones, que sabía, y su sonrisa se lo reveló a Steinle, que no cabía esperar el menor impulso de rebeldía de aquellos hombres. Allí, más que hombres, ya no había sino huesos calcinados, algunos de los cuales, de milagro, se tenían de pie.



## XLV

## EL CORONEL CARRAS RENUNCIA A SU «MISIÓN ESPECIAL»

El coronel Carras había estado en el alto mando del ejército y en el cuartel general del Führer. Había podido estrechar la mano de su Führer, mano yerta y desagradable, durante un momento, y por eso tenía que dar ahora su vida. También el cadáver del coronel Carras quedaría entre los escombros como el de tantos otros. Volverá la primavera y resplandecerá el sol. El coronel Schuster estará, como antes, en su despacho al frente de la sección de organización del alto estado mayor y distribuirá misiones especiales muy honrosas. Se encontrará en la calle con la viuda del coronel Carras, que estará algo demacrada, pero muy elegante con su vestido negro y su favorecedora palidez. Y en aquellos mismos instantes, un cadáver —ya esqueleto— será extraído de las ruinas de Stalingrado, llevado en un carretón y hacinado con otros muchos en una fosa común. «Y cuando vayas a Alemania, cuenta que nos has visto yacer aquí...» No, no; gracias. Esta idea no podía entusiasmarle en modo alguno.

Y ¿en qué consistía su misión «tan honrosa»? Pues nada más que en contar, lo mismo que otros honrados emisarios recién llegados de los demás frentes —llegaban a sesenta—: «en nuestro camino hemos visto tantas fuerzas en Schachty, tantas en Mariupol, en Rostow, formaciones de «panzers» en África, Francia, Yugoslavia, Noruega, etc.». Y ahora tenía que quedarse en el cuartel general del ejército para ir contando tales historias a cada uno de los generales, jefes y oficiales del mismo. Para eso mejor hubiera sido mandar a un cómico cualquiera.

Verdaderamente, la situación era muy crítica.

Carras estuvo en la plaza iluminada, donde los aviones dejaron caer paracaídas con víveres. Buscó al regimiento Roske. Un comandante se defendía allí con los últimos restos del regimiento, protegiendo el acceso a la plaza. En un lugar, los rusos se hallaban ya a cuatrocientos metros del cuartel general. Los morteros lanzaban sus proyectiles dentro del patio. A su regreso, Carras se tuvo que echar al suelo junto a aquel capitán médico del sótano del Teatro. Naturalmente, aquel hombre tenía razón: la bandera blanca era la única solución posible. Los heridos no debían perecer. Sería una gran insensatez. Y

también lo sería su propia muerte, aunque él no fuera un herido. Por esto le había traído consigo. Él se encargaría del asunto; acompañaría al médico al sótano y le ayudaría a impulsar la capitulación. Ésta era una pequeña lucecita en la negra noche y tal vez fuera la salvación.

Carras manifestó al médico que los señores que debían haberse encargado de aquella misión estaban ocupados por el momento. Y, en efecto, lo estaban de veras. No se podía pensar en el jefe del estado mayor. Un momento que abrió la puerta del despacho de éste, le oyó gritar: «¡Mandaré fusilar a todo ese estado mayor, desde el general hasta el último teniente! » Otros jefes de estado mayor se habían encerrado en sus habitaciones y no dejaban entrar a nadie. Preguntó en el cuarto vecino, llevándose el dedo a la sien, y le contestaron: «No, no se piensa en tal cosa», y agregaron: «Están comiendo y preparando las mochilas y estudian el mapa de la orilla izquierda del Volga y la estepa de los kirguises».

—¿Y ustedes, caballeros, también atravesarán el Volga?

—No, mi coronel; nosotros iremos directamente hacia el Oeste.

«Así llegarán antes al infierno, por el camino más corto», pensó Carras. Y si los otros fuesen lobos, acaso habrían podido abrigar alguna esperanza de llegar hasta Alemania pasando por la tierra de los kirguises. ¡Dios mío! Así, con una botella de coñac y la mochila llena de galleta... Hacía ya diez días que venía observando la parálisis progresiva de aquel edificio y todas sus anormalidades, pero jamás se habría imaginado que pudiesen darse tales casos. Aquí se encontraba uno en medio de unos hombres que a toda costa querían escapar. El jefe de información se escapa y abandona al ejército, acompañado de otro jefe de estado mayor, que igualmente deja abandonados sus servicios y de un jefe de transmisiones que también abandona a sus telegrafistas. Cargan con sus mochilas y se marchan clandestinamente y pretenden pasar el Volga hasta la región de los kirguises y luego el Karpowka, hasta la región de los calmucos.

Detrás de la cortina se oían las palabras del oráculo: «No va contra el honor el dirigir el arma contra uno mismo.» Y aquellos hombres se suicidaban. «No va contra el honor intentar la huida en el último minuto.» Y febrilmente cargaban las mochilas o incluso las maletas. «No va contra el honor caer prisionero.» También esto se empezaba a decir, pero la autenticidad de esta sentencia no estaba aún comprobada. Pues hasta aquel instante seguía en vigor una orden escrita que rezaba: «Los parlamentarios serán rechazados por el fuego» y «Caer prisionero significa condenarse a una muerte lenta y terrible en Siberia». Y el jefe de estado mayor sigue pasando como una furia por todas las habitaciones. Donde ve una mochila, provoca una violenta discusión; donde supone a alguien en trato con los rusos, de nada le sirve invocar el oráculo del sótano, en el acto se le impone la máxima pena. En aquel edificio seguía en vigor la consigna: «Defender la posición hasta el último cartucho.» Por eso el soldado disciplinado no difunde tales frases sino que guarda sus granadas de mano bajo la mesa o el camastro. Y ocupados en tal menester también había encontrado a varios —aunque muchas veces se trataba simplemente de un estilo más rebuscado de suicidio. Pero el despacho del jefe del estado mayor aún no estaba convertido ni en un arsenal ni en un fortín.

Carras estaba de nuevo en la antesala del jefe del estado mayor y esta vez no tenía que abrir la puerta, pues el ruido se oía igualmente con la puerta

cerrada. El oficial de servicio se encogió de hombros ante su escrutadora mirada; sin embargo, luego declaró que se trataba de un teniente que solicitaba con gran insistencia la orden de que unos hombres suspendiesen toda resistencia cerca de la Comandancia, puesto que ya no dependía de ninguna formación superior.

El jefe salió furioso, sin darse cuenta de nadie y abrió la puerta del corredor, gritando:

—¡Brigada, un pelotón! ¡es un tal teniente Lawkow!

¡Le hago a usted responsable! ¡Tráigame aquí a ese hombre! ¡Quiero verle!

«Ha llamado asesino al jefe», le dijo a Carras el oficial de servicio. Ciertamente, aquél no era el momento más oportuno para hablar con el jefe.

Carras volvió a recorrer los pasillos. El «ejército» era pobre después de cinco mudanzas, pero la división Hartmann aún tenía provisiones. Aquella noche se disponían a acabar con todo, con el último bocado y la última botella.

En el corredor se encontró con su doble, el jefe de propaganda del ejército, del que todos decían que se parecía a él como si fueran hermanos gemelos. Se impresionó al ver que el otro llevaba una pistola en la mano. Pero pronto se tranquilizó; el otro se la guardaba en el bolsillo diciendo:

—Fíjese, iba buscando desayuno para mis hombres en los almacenes, cuando encontré a mi ayudante con esta pistola ya montada en la mano. Pues bien, se la quité; pero no sé si servirá de mucho. No puedo estar constantemente a su lado para prohibirle que siga jugando con fuego. Como usted ve, tengo, además de las mías, otras preocupaciones en estos momentos.

—¿Es aquel hombre tan alto su ayudante?

—Sí, ése. Imagínese usted, tiene una mujer encantadora; hace poco que se casó en Belgrado con la hija de un gran industrial y hace unos instantes le encuentro con la pistola en la mano.

—Si mal no recuerdo, su ayudante era uno de los más fervorosos idealistas, uno de los más firmes puntales del partido.

—Sí, señor. En cierta ocasión en que di mi opinión sobre Hoth y Manstein, cuando expresé mis dudas y critiqué a los dirigentes, saltó rápidamente: «Pero, mi coronel, su manera de enjuiciar la situación es realmente insoportable». Además, es un fanático, que cree en la infalibilidad de los partes de guerra. Se lo cree todo. Ahora lleva cinco días muy abatido y sin abrir la boca más que para decir: «Todo es mentira, todo es falso». Yo le respondo: «Vamos a copiar ahora el discurso del mariscal del Reich»; y automáticamente tira violentamente el lápiz y el bloc y sale corriendo, más blanco que la nieve. Cuando le sigo, le encuentro solo, y me veo obligado a quitarle este juguete para evitar que haga una tontería.

—Y usted, ¿qué es lo que piensa hacer? —preguntó Carras.

—Y usted, ¿qué es lo que piensa hacer? —fue la respuesta de su doble.

Los dos sonrieron. El jefe de propaganda habló:

—Ya hemos llegado al inevitable juego de salón: ¿rendición, suicidio, rendición, suicidio...? Bueno, ante todo, lo más importante es el desayuno de mis hombres. Además, la orden dice: «Hasta el último cartucho».

El jefe del estado mayor pasó ante ellos. Los dos le siguieron con la vista, y cuando sus miradas se encontraron, ninguno de los dos sonreía.

—A propósito, preste atención; hace poco estuve en su cuarto y le di

cuenta de que éstos y aquéllos habían desaparecido. Estaba esperando cualquier cosa, pero no hizo más que darme la mano y decirme que no podíamos hacer nada. ¿Cómo puede usted explicarse este súbito cambio de humor? —dijo el jefe de propaganda.

—No creo ni en sus gritos ni en su fingida calma —respondió Carras.

Sin embargo, hasta ahora, al ver a aquel hombre con sus pantalones largos y las franjas rojas de general, parapetado tras su aparente tranquilidad, no había comprendido que, en realidad, todo era una simple máscara.

—En mi opinión, ese hombre está completamente agotado.

Dichas estas palabras, se marchó. Carras permaneció allí. Miraba por el largo pasillo del sótano. De las puertas salía una luz gris. Seguía la danza constante de aquellas sombras andando o sentándose en el suelo. Al lado de la salida de la derecha, un montón de municiones de fusil y granadas de mano; a la izquierda, minas. El motor del pequeño generador de la radio hacía ruido y llenaba el aire de un humo azulado. Salieron unos ordenanzas que se abrían paso entre la multitud. Gritos de los policías y contestaciones: «¡Seguid andando!; ¡No pararse! ¡Silencio! ¿Quién era aquél? ¿A dónde va usted? ¿Qué hace aquí sentado? Espero al médico del regimiento. ¡Adelante, adelante! »

De pronto la puerta se abrió de golpe; los sacos terreros colocados ante una ventana se vinieron abajo a consecuencia de la explosión de una granada. El viento y la nieve penetraron violentamente en el sótano. Se oyeron más gritos y cayeron al suelo más sacos. El nuevo estallido se produjo en los mismos escalones que conducían al sótano e hizo temblar toda la casa. Ya no era la artillería más o menos lejana. Eran proyectiles pesados de morteros. Junto a la pared, seguían las mismas figuras apáticas y ensimismadas sin inmutarse ante las explosiones producidas sobre sus cabezas por armas de acompañamiento inmediato de la infantería enemiga, y así siguieron sentados en su estoica pasividad. Ya no eran capaces de levantarse. ¡Dios mío, una triunfal carrera militar de veinte años, llena de desfiles, de gloria, una ofensiva victoriosa a través de todo el continente para llegar a un final tan ignominioso, sin más solución que dirigir el arma contra la propia sien!

¡Por amor de Dios, no, no, no!

El coronel Carras corrió tras el jefe del estado mayor, al que encontró en su despacho. Tuvo una corta conversación con él, y salió a toda prisa en busca del capitán médico Huth.

—¡Doctor, creo que ha llegado el momento oportuno! ¡Me parece que todos están dispuestos!

Habían pasado veinte minutos. Durante todo ese tiempo había permanecido Huth sentado. No sabía quiénes eran todos aquellos que desfilaban ante su vista. No sabía que el oficial del frente con el cual había entrado, salía con un paquete de condecoraciones. No sabía que el coronel volvía de entrevistarse con el propio mariscal.

Huth alzó la vista. No sabía tampoco que aquel señor alto con el capote blanco de camuflaje, forrado de piel, era el jefe de información del ejército, y que el otro señor más joven, que iba detrás de él e igualmente vestido de blanco, era otro jefe de sección del estado mayor del ejército, y que ambos emprendían en aquel mismo momento su marcha hacia lo desconocido. Se había levantado también y había echado una mirada a esta o a aquella estancia y por todas partes había visto grupos de oficiales. Pero ignoraba que

entre los inquilinos de aquel edificio había dos bandos: unos eran los sucesores de Hartmann, al frente de los cuales estaba el general Roske, y otros los seguidores del jefe supremo y el intérprete del ejército, e ignoraba igualmente que los señores de ambos grupos, además de sus propias preocupaciones, tenían en aquella hora una preocupación principal, consistente en hacer todo lo posible para mantener el buen humor del mariscal de campo y hacer servir en su mesa cuanto, aun en el aspecto gastronómico, pudiera contribuir a darle una impresión lo más alejada posible del ambiente real que allí reinaba.

El comandante médico Huth había observado a aquellos hombres silenciosos sentados a ambas paredes del pasillo y se había dado cuenta de que la causa de su decaimiento no era la extrema flojedad de sus músculos, ni la tisis, ni la disentería, sino que la parálisis que les aquejaba tenía un motivo puramente psíquico. Había visto al jefe del estado mayor hinchado como un pavo y había visto moverse a los altos oficiales bajo aquella luz gris. Entre ellos había también algunos ejemplares muy raros —médicos, veterinarios, jueces— con rango de general; señores con misiones desconocidas, pero con franjas encarnadas y distintivos de generales y coroneles, altos mandos de funciones auxiliares asimiladas que vegetaban en aquella plana mayor dominada por el caos.

«Este gigantesco cerebro, la substancia gris del ejército, sufre también cambios patológicos y a simple vista se puede reconocer la deformación y observar, en las distintas células, alteraciones tales como melancolía, manía, paranoia, hipocondría, frenesí, mal humor, fuga mental ante las ideas, incapacidad de juicio y todo el cuadro patológico de las enfermedades mentales, toda la gama entre la demencia y la idiotez. Este centro nervioso se debate en la agonía, se encuentra en plena disolución, en plena parálisis.»

Tal era el diagnóstico del médico Víctor Huth, habituado a tratar hasta entonces las enfermedades —tan distintas: pus, tifus, congelación, disentería, fracturas, infecciones— del resto de aquel organismo. Y la causa de la enfermedad y como consecuencia de ésta la muerte prematura —también a esta conclusión llegó Huth— era el abandono pasivo y servil de la más noble de las facultades humanas: la libre voluntad, el libre albedrío.

Huth alzó la vista. Vio a Carras y se dio cuenta de que el coronel tenía los ojos verdes. La expresión de su cara era la de un gato sumergido en un agua profunda; pero también se descubría en él la energía y la voluntad de vivir, y en este instinto el médico podía confiar para el buen éxito de su empresa. Sin embargo, su empresa en aquellos momentos era insignificante. La capitulación de todo el ejército era una necesidad lógica. Pero no se sentía capaz de pedir tal cosa. Por lo menos, una capitulación parcial de los hombres que yacían en los sótanos del Teatro era la solicitud que pensaba presentar.

—Sí, mi coronel, yo también estoy dispuesto.

Huth avanzó por el pasillo del sótano al lado de Carras. Se apartó la cortina y los centinelas dejaron pasar al capitán médico acompañado del coronel Carras, sin hacerles ninguna pregunta. Atravesaron un despacho, pasaron ante la puerta del jefe del estado mayor general. Cuando Carras abrió, se oyeron de nuevo explosiones de granadas de mortero.

El jefe del estado mayor estaba sentado a su mesa. Era un hombre de rostro enérgico y ojos relucientes. Huth pensó de pronto en la morfina, pero observó que aquel brillo era causado por una voluntad reprimida y una atención

concentrada. Carras y el oficial de servicio, que habían visto la reacción del jefe cuando anteriormente oyó la palabra «capitulación», que entonces iba indisolublemente ligada a la idea de «fusilamiento», quedaron llenos de sorpresa; no así Huth.

El jefe no quitaba su vista del médico. No era posible adivinar lo que pensaba; pero le dejó hablar y le toleró expresiones que jamás habría permitido en su presencia. Una sola vez, cuando sonó una explosión, volvió la cabeza, pero continuó escuchando. Huth había terminado su exposición y su ruego.

—Por favor, doctor, siéntese, y aguarde unos minutos.

Inmediatamente salió del cuarto, llamó al intérprete y dijo unas palabras al ayudante del jefe supremo. Luego hizo llamar al sucesor de Hartmann, el general Roske, y también tuvo una corta conversación con él. Mandó llamar al jefe de la artillería dentro de cuya zona de mando estaban enclavadas las ruinas de la Casa del Ejército Rojo y los sótanos del Teatro. Se dirigió al cuarto del jefe supremo, pero en el momento de abrir la puerta cambió de idea y se retiró.

Y las altas ruinas del rascacielos fueron testigos de la agonía de aquel cuartel del estado mayor general de un ejército y de la conversación celebrada entre su jefe, el intérprete y el general, sobre la rendición, no solamente de los sótanos del Teatro, sino también del propio cuartel del estado mayor. Mientras, los soldados continuaban muriendo como habían muerto durante setenta y siete días, en cumplimiento de la orden recibida de «luchar hasta el último cartucho», que, a pesar de todo, nunca fue revocada. Y tampoco esto puede ser olvidado.

## XLVI

## EL PASILLO TRÁGICO

«Los heridos que entren en Stalingrado serán atendidos en el edificio de la Comandancia Centro», rezaba una de las últimas órdenes del ejército.

Cuando el comandante médico Simmering, con su columna de heridos de Gumrak, entró en el patio, reinaba ya la oscuridad de la noche. Cuando el teniente Lawkow, herido, pasó por la puerta, las estrellas brillaban ya en el cielo. Los altos muros del edificio se erguían en la noche y el informe montón inmediato sólo era reconocible en los puntos donde daba la luz procedente de alguna de las ventanas, sin que se notase, al principio, que se trataba de los cadáveres últimamente sacados del edificio.

El comandante médico Simmering se detuvo.

Los heridos que él conducía se detuvieron igualmente. Sin orden dieron media vuelta a la izquierda y quedaron en silencio, con los brazos caídos. Habrían deseado apartar la vista del espectáculo que tenían ante los ojos, pero les era imposible. Forzosamente habían de mirar al montón de cadáveres que ante ellos se iba formando. Así estuvieron largo rato los heridos, en silencio, frente a aquellos otros que, como ellos ahora, habían llegado allí la víspera y la misma víspera habían estado esperando, como ellos, en aquel patio.

—Pero, explíqueme, sargento... —dijo Simmering a un sargento que continuaba silenciosamente su labor de echar más cadáveres al montón.

—¡Ah, mi comandante...! —suspiró por toda respuesta, haciendo un desolado ademán con la mano—. Entre usted y ya no necesitará más explicaciones. Hace cuatro días, este montón aún no existía. Pero ahora ya no es posible enterrar a nadie, debido al constante fuego de la artillería y a la dureza del suelo helado. Antes, depositábamos los muertos en aquel cobertizo; pero ya está lleno hasta el techo. Los sanitarios no tienen otra tarea que sacar cadáveres y no dan abasto.

Cuando el teniente Lawkow vio el montón de cadáveres se estremeció. ¿Adónde ir? ¿Regresar a los hoyos de la estepa? Allí sólo había encontrado soledad, oscuridad y hambre. Y ahora, cuando venía al lugar fijado por el mando, al menos esperaba que le dieran caldo de caballo. A pesar del dolor que les causaban sus heridas, él y sus camaradas se agolparon para entrar en el edificio.

Hasta aquí había llegado el teniente Lawkow.

Hasta aquí había llegado también el comandante Buchner acompañando a su ayudante Loose. Buchner pudo atrapar a un brigada de sanidad y se convenció de que la camilla del teniente Loose pasaba al interior. Únicamente cuando se encontró otra vez en la calle se dio cuenta de los gritos y quejidos que llenaban la casa y lo interpretó como el estertor de una agonía. Con tan fúnebre pensamiento, sin alterar el paso a pesar del fuego de artillería, siguió con sus hombres hasta el molino de vapor.

El teniente Loose fue trasladado al interior de la casa. No era preciso un examen médico. Allí sólo había dos clases de enfermos y heridos: los que podían andar y los que no podían moverse, y para clasificarlos bastaba el brigada. Y cuando, como sucedía en el caso de Loose, se veía que el pantalón y la camisa estaban llenos de sangre, la decisión no era difícil.

—Llévenlo al pasillo —ordenó el brigada.

El teniente Loose, a pesar de haber tomado parte en la guerra y de haber pasado tanto tiempo en los hoyos del frente cavados en el barro y en la nieve, era aún un joven bien educado, por lo que esperaba en silencio. Al cabo de largo rato preguntó a un soldado a dónde le llevarían. El soldado no sabía nada. Luego pidió hablar con el médico; pero no vino médico alguno, sino dos soldados de sanidad que cogieron la camilla por ambos extremos y la dejaron algo más allá. Esto se repitió varias veces. Detrás de él, la fila de camillas fue creciendo hasta el infinito y poco a poco iba adelantando la suya. Aquel pasillo era muy largo y oscuro y estaba terriblemente frío. A juzgar por la corriente, algunas puertas debían estar abiertas, por lo que el teniente Loose pidió que las cerraran. Pero todo siguió lo mismo, sin más novedad que los periódicos y breves avances de su camilla. No le era posible reconocer a los hombres que tenía a su lado. Oía gritos y alaridos. La mayoría, sin embargo, guardaban silencio. A lo lejos se oían también disparos. Su camilla seguía avanzando, y de improviso distinguió el final del pasillo. Allí no había puerta alguna ni sala de operaciones, como esperaba. No había puertas ni ventanas. No se veía más que el cielo, que dejaba caer su soplo helado por aquel corredor. ¿Dónde estaban los hombres que le habían precedido? Entonces se acordó de que los camilleros regresaban siempre con las camillas vacías. El teniente Loose no se sentía desmayado ni estaba tan apático como los otros. Hacía pocas horas que había caminado aún por el muro de los tártaros y por el aeródromo. Tenía la pierna rota y no podía moverse; por lo demás, era un hombre sano, la sangre le circulaba normalmente y sus nervios seguían en buen estado. Calculó que delante de él habría unos veinte o treinta hombres. De repente se puso a gritar:

—¡Sáquenme de aquí! ¡Yo no quiero quedarme! ¡Que venga un médico!

Los camilleros corrieron nuevamente su camilla y volvieron a desaparecer en la oscuridad. Su pierna rota le dejaba clavado en aquel lugar. El cielo y el viento permanecían impasibles. El frío aumentaba. Tenía la nariz y los dedos congelados. Su espanto aumentó y se puso a gritar de nuevo. Gritaba tan fuerte que en otras condiciones se habrían alarmado los doctores y todos los de la casa; sin embargo, ahora, su voz sólo fue una de tantas y se perdió con las demás, sin influir en su situación.

También el teniente Lawkow había entrado en la casa.

Buscó la cocina de campaña. La encontró en un sótano, asediada por



largas colas de soldados. El teniente Lawkow era pequeño y ágil. Pronto halló el modo de colarse. Le dieron un cazo de caldo que no era más que agua caliente. Era el único alimento que pudo hallar, y Lawkow lo engulló con avidez. Luego caminó por los sótanos, que estaban abarrotados. Allí había de todo: oficiales y soldados; croatas, italianos, alemanes; soldados desconectados de su unidad, etc. Un hombre alto, seco, de ojos grises, le habló con marcado acento extranjero. Era un holandés que sólo quería saber si ahora que toda la casa había quedado convertida en un hospital se capitularía y cuándo empezaría la capitulación. Aún se oían disparos; pero no se sabía si venían de fuera o eran de los que se suicidaban.

Había también enfermos, entre ellos los atacados de disentería, que hacían sus necesidades en el mismo lugar donde se encontraban tumbados, y estaban tan débiles que no se podían sostener de pie. Algunos oficiales allí sentados o que andaban entre los enfermos —oficiales que, por haber estado casi todo el tiempo alejados de los frentes, en los puestos de mando, no sabían cómo mueren los enfermos de disentería—, se indignaban por aquello que consideraban una simple prueba de un estado de abandono injustificable. Muchos se habían refugiado allí como el huesudo holandés, esperando que el hospital capitulase y querían aprovecharse de las ventajas de tal situación.

Entre ellos se encontraba también un general que ocupaba toda una habitación. Pero un grupo de hombres cansados y envueltos en harapos penetró en aquella estancia sin que sirvieran de nada sus protestas para impedirlo. El general se resignó.

Algunos hombres rodearon a un capitán.

—Mi capitán, con nosotros hay un teniente. Lleva aquí ocho días y es la tercera vez que nos roba la comida.

—¿De dónde tenéis vosotros comida?

—Nuestro grupo se ha disuelto y el jefe ha repartido los víveres que quedaban.

Aquel capitán era el jefe de la tropa combatiente alojada en el edificio. Los hombres eran heridos procedentes de un batallón ciclista disuelto. El capitán hizo que le mostraran al teniente en cuestión. Este tenía el mismo aspecto que la pared, negra de hollín, en la que se apoyaba.

—Teniente...

El teniente apenas alzó la cabeza.

—¿No puede usted levantarse? ¿Está usted herido?

No estaba herido. Se levantó. Era un muchacho alto, completamente descuidado, no sólo en su indumentaria, sino en toda su actitud. Se llamaba Wedderkop, fue todo lo que el capitán pudo sacar de él. No supo decirle a qué unidad pertenecía.

—Estos hombres pretenden...

—Sí, es cierto.

—Y usted, un oficial, ¿ha podido robar la comida a los soldados?

—Si el capitán lo quiere llamar así...

—Bueno, mi teniente, supongo que usted tiene aún su pistola.

—No, no necesito arma alguna.

—Mi chofer le dará una. Vosotros, salid de aquí un momento. Antes de dos minutos podréis volver —dijo el capitán a los soldados.

Aquellos hombres salieron del cuarto. El chófer entró y salió al instante.

Transcurrieron dos minutos; el chófer volvió a entrar, y no había encontrado cambio alguno. Esto se repitió por segunda y por tercera vez. El chófer siempre decía al capitán:

—Aún no ha pasado nada.

Pero a la cuarta vez sí que pasó algo, aunque de manera distinta a lo previsto por el código del honor militar. Sonó un disparo y Lawkow vio que el chófer salía del sótano guardando la pistola humeante en su funda.

—Ya podéis volver a entrar —dijo este último a los hombres que estaban fuera esperando pasivamente y dirigiéndose al capitán, añadió:

—Ahora sí que ha ocurrido algo, mi capitán.

Lawkow se encontró también con un antiguo conocido: su último jefe de batallón, el famoso capitán Henkel. Había llegado en avión en el último instante y desapareció tan rápida y repentinamente como había venido. Tenía aproximadamente el mismo aspecto que aquel desdichado teniente Wedderkop.

—¡Oh, querido Lawkow, cuánto me alegro!

—Yo no, mi capitán.

—Aún no puedo comprender qué diablo me pudo traer a Stalingrado. Era teniente en Charkow y estaba al frente de una imprenta militar: un puesto magnífico. Nunca tuve ambición de llegar a jefe de batallón...

Lawkow continuó su camino. No había sala de operaciones ni de consulta. En un rincón estaba tendido un cirujano con las dos piernas ennegrecidas. Sabía que había llegado su última hora. Estaba fumando un cigarrillo y conversaba con su vecino sobre Gottinga, donde el otro había cursado también sus estudios. El jefe de la tropa combatiente allí alojada reunía a sus hombres. En la calle se entabló un combate de la infantería. Un sargento se despidió de su capitán:

—Si regresa usted a Viena, mi capitán, salude en mi nombre, por favor, a la viuda de Kumitsch.

El capitán le gritó:

—Venga usted acá, Kumitsch, no haga usted tonterías.

Pero Lawkow vio que el sargento se alejaba con ese paso extraño que él conocía. Este suicida, el holandés que esperaba la capitulación, el jefe de su batallón, aquel teniente Wedderkop, el general... todos aquellos seres, uno junto a otro, y muertos y más muertos y en todos los huecos, por muchas vueltas que diera; todo aquello tenía el aspecto de un circo inmenso, pero sin decoraciones, todo en gris: los reflectores ya no funcionan, las caras ya no tienen maquillaje, la pólvora de las salvas se ha gastado, la brillante pantomima se ha desvanecido; allí sólo reina la noche más profunda. Así era aquel sótano.

Desde su llegada, el comandante médico Simmering era el médico más antiguo de todo el edificio de la Comandancia. En el cuarto de los médicos recibió el informe del doctor Baumler sobre la situación de la casa. Los demás estaban distribuidos por todo el edificio. Según Baumler le había informado, la actividad médica se reducía a consolar, mientras que el trabajo del personal sanitario consistía en el transporte de los cadáveres al patio.

Cuando Baumler llegó, cuatro días antes, había aproximadamente mil heridos graves en la casa, todos medio muertos de hambre. Hasta entonces nadie los había curado ni les había dado de comer. La casa estaba llena por

completo. Los heridos yacían por las escaleras y en lo que quedaba de las habitaciones. Los sótanos también estaban repletos de heridos leves, soldados fugitivos y tropa combatiente. Los combates no llegaban aún hasta allí. Pero se luchaba ya en las casas de al lado, y a menudo las granadas y los morteros rompían en el interior del edificio, causando nuevas bajas entre los refugiados.

Tal era, en resumen, el informe del doctor Baumler.

El comandante médico Simmering se hizo acompañar por Baumler. Recorrió los sótanos excesivamente llenos de heridos. No dijo nada. Limitose a mover la cabeza. Continuaron su camino por la escalera, donde tuvieron que abrirse paso a la fuerza por aquel mar de cuerpos, cabezas, brazos y piernas. El aire estaba sumamente enrarecido y el hedor se infiltraba hasta lo más hondo de los pulmones. Subieron al primero, al segundo y al tercer piso. Siempre las mismas escenas de heridos, enfermos y moribundos. Hombres que lloraban, gritaban, gemían. Por los huecos de las ventanas se veía la noche espléndidamente estrellada. Los soldados tenían hogueras de leña sacada de los restos de puertas y ventanas, y estaban sentados alrededor. El resplandor atrajo el fuego de la artillería rusa sobre la casa. Las granadas estallaban peligrosamente cerca. La casa estaba llena de polvo y humo. El comandante médico Simmering se acercó a uno de los huecos de las desaparecidas ventanas y miró a la calle. Aparentemente, no se combatía desde la casa. Sin embargo, la tropa combatiente estaba allí apostada.

Simmering regresó por donde habían venido. Encontró a un brigada de sanidad, el cual le manifestó que se veían ya en la imposibilidad de acabar con el trabajo.

—¡Constantemente muertos por congelación! Y, además, los suicidios se suceden a oleadas.

—Bien, doctor, tenemos que empezar —declaró Simmering—; pero, dígame, ¿qué clase de instalación sanitaria es ésa? —interrogó, señalando el trágico pasillo por donde la corriente de aire helado pasaba sobre los heridos. Las puertas que daban a él estaban abiertas, y sujetas con cuerdas.

—No nos queda otro remedio, mi comandante. Aquí traemos a los heridos graves sin esperanza, y así encuentran una muerte rápida e indolora. De este modo conseguimos también hacer sitio para los heridos leves, que esperan impacientes a poder entrar.

—Y ¿es ésta la primera cura?

—¡Es lo más humano que se puede hacer por ellos, mi comandante!

Los dos médicos se dirigieron de nuevo al sótano. Entretanto, la mayoría de los doctores se habían reunido.

—Como no ignorarán, señores, la prohibición de capitular está todavía en vigor —inició Simmering—; pero lo que podemos hacer..., y según mi opinión es lo mejor y más urgente..., es que la casa sea reconocida como hospital de la Cruz Roja. Esto exige que solamente se alberguen en él los heridos, enfermos y personal sanitario. Por lo tanto, es indispensable evacuar a toda la tropa combatiente y hombres sanos, estén o no encuadrados en unidades determinadas. Ésta es nuestra primera y más urgente tarea. ¡Señores: les ruego me ayuden en ella!

El teniente Lawkow observó un nuevo movimiento en el sótano.

Por un lado se agolpaba una confusa masa de heridos, inválidos y

enfermos; por el otro, la multitud de los antiguos moradores de la casa que protestando o tranquilamente resignados, iban desalojándola. Entre ellos estaba un hombre vestido de paisano que había venido de París, para hacerse cargo de la estación de Stalingrado.

—Lo sentimos mucho y todos hubiéramos preferido verle a usted lucir su gorra encarnada en la estación —dijo Lawkow, que ayudaba a los médicos en el trabajo de evacuación de los sótanos—; pero esto no es ninguna estación, señor mío, y por lo tanto tiene usted que marcharse.

—Protesto de que no me hayan evacuado por avión.

—Tiene usted razón, pero éste no es el lugar indicado para que usted haga constar su protesta. Lo mejor será que usted la curse al jefe supremo de la Luftwaffe.

—¡Por favor, dese usted prisa y márchese! —dijo uno de los policías militares que también intervenían en aquella operación.

La policía militar se dispuso en seguida a salir del local y ayudar a su evacuación. De ningún modo deseaban exponerse a caer prisioneros, que es lo que aquella medida significaba. La tropa abandonó disciplinadamente la casa. La evacuación hacía notables progresos. Poco a poco, los ocupantes de todos los cuartos fueron marchándose y en el sitio abandonado fueron alojados inmediatamente los heridos que esperaban. Sin embargo, esta acción se había realizado demasiado tarde. La violencia del fuego de artillería contra la casa aumentaba. El temblor producido por las explosiones se hacía sentir hasta en los sótanos. No bastaba con no hacer fuego desde el interior de la casa; era preciso que los grupos de los alrededores cesaran también de disparar. Para esto hacía falta una orden del jefe de ese sector de la ciudad. Desde la Comandancia no se podía obtener comunicación, pues todas las líneas telefónicas estaban destruidas. Había que comunicar con el cuartel general desde el exterior, y Lawkow se ofreció para acompañar al capitán médico encargado de cumplir esta misión.

Al cabo de hora y media, Lawkow regresó. Volvió solo. El capitán médico se había quedado junto al cráter de una granada. Las estrellas se habían eclipsado. El edificio de la Comandancia se erguía en la sombra al extremo de la plaza. Lawkow pasó junto a un antiaéreo de 2 cm, y un grupo de infantería. Era uno de aquellos grupos que disparaban sin saber por qué, ni adonde, ni de qué formación dependían. Estaban allí parapetados en los escombros porque siempre habían estado en cualquier posición, y ahora seguían haciendo lo de siempre, sin preocuparse lo más mínimo de si con sus tiros provocaban el derrumbamiento de un gran edificio lleno de heridos.

—¿Qué hacéis aún aquí, borricos? —preguntó Lawkow a unos soldados.

—¿Qué quiere usted que hagamos? ¿Meternos dentro y que no nos den rancho? ¿Morirnos de hambre? —le contestaron.

Y aquella era la única explicación: estaban allí, disparaban desde allí, porque así eran considerados soldados de primera línea, y les daban aún algo de caldo o pan, pues de otro modo, lo sabían por experiencia, ya no tendrían nada.

Entre los escombros se encontraba también un capitán. Había recibido la orden de mantener la línea a toda costa y era lo que estaba haciendo o intentando hacer. Por encima de su autoridad había un coronel, y éste había desaparecido, y por encima del coronel... Aquí empezaba la confusión:

Goennern, instalado en las ruinas de los zapadores, Vennekohl en su «balka», Damme en los sótanos de la prisión, ninguno había dado la orden y nadie quería retirarla.

Dando una vuelta, Lawkow llegó a espaldas de la Comandancia. A través de una ventana estiró su cuerpo y entró en un largo pasillo lleno de camillas en fila. El camino aparecía cortado por los muros derruidos y por una barrera de vigas incendiadas. El resplandor de las llamas se reflejaba en los rostros de los hombres que allí yacían y parecía darles cierta animación. Lawkow tenía que regresar. Entró por un agujero y se encontró en un cuarto lleno de heridos y enfermos agonizantes. Quiso dar la vuelta y ya no pudo. Se lo impidió un maremágnum de brazos, piernas, cabezas y cuerpos envueltos por densa humareda. Todos esperaban la inminente catástrofe que todos sabían inevitable. El techo resistía aún; pero nadie podía saber cuánto tiempo lograría mantenerse. Lawkow no podía avanzar ni retroceder; ahora ya no era más que un par de pulmones que se esforzaban por respirar y gritar, encontrándose tal vez con la cabeza abajo y las piernas arriba. Aquel alud humano le dejó en la escalera. Precisamente era lo que deseaba para poder bajar al sótano. Pero allí se encontraba todo en una horrorosa confusión: todos corrían a los sótanos, los del primer piso y los del segundo. El tercero ya no existía. No distinguía ya nada de la escalera. Siempre brazos, piernas, cabezas ensangrentadas, cuerpos famélicos ya casi convertidos en esqueletos... Aquella masa de carne sin piernas tenía tanta esperanza de llegar abajo como los que aún contaban con sus extremidades. Bastaba con dejarse caer, y ellos se dejaban caer, caían hacia abajo, al montón, donde ya no se necesitaban piernas ni brazos. En el montón, arrastrados como una paja por la corriente, llegaban a algún sitio, acaso al sótano, vivos o muertos, eso les daba ya igual.

Lawkow gritó y se ahogaban sus gritos. Echaba humo por las narices y luchaba desesperadamente con su brazo sano y sus dos piernas. Una oleada —caras convulsionadas, manos torcidas, ojos entornados, bocas llenas de sangre y de espuma—, le lanzó al largo pasillo. Y allí estaba otra vez la barrera de vigas colgando que ardían, pero esta vez la vieron desde el lado opuesto. Se pudo desprender de la masa y atravesó aquella cortina de llamas.

Detrás reinaba el silencio, lo sabía.

Un paso más, y otra vez las camillas y los rostros resignados. Allí estaba el enorme boquete abierto por donde había entrado. Afuera el cielo estaba rojo por los incendios. De repente se dio cuenta de que había ido andando sobre montones de cadáveres, tanto a la ida como ahora.

Encontró un cable del teléfono con un aparato tirado entre los escombros. La Comandancia se derrumbaba por momentos, y era pasto de las llamas.

—¡General, ya es demasiado tarde! ¡Doy parte de lo que estoy viendo: El edificio es un horno encendido; todo arde, desde el techo hasta los sótanos! Los hombres escapan como pueden. Hombres por todas partes, por las habitaciones, por las escaleras, por el suelo, toda la casa está llena de esta masa de hombres. Los estoy viendo con mis propios ojos.

Llevo sus mordiscos en mis manos y sus arañazos en la cara. ¡Esto es un hospital de su sector, general!

La Comandancia ardió por los cuatro costados.

Cuando las llamas ya salían por todos los huecos y se derrumbaron las paredes y el techo, la tropa combatiente se retiró. Aún se seguía disparando contra los flancos y la parte posterior. La parte anterior estaba ya ocupada por

los rusos.

En la fachada de la casa en llamas, los tragaluces de los sótanos y todos los huecos, ventanas, rendijas, se abrieron. Salieron por allí un médico jefe y un grupo de médicos con los heridos y enfermos aún capaces de andar y aquellos que de algún modo podían deslizarse por la nieve, y así llegaron a ser prisioneros de los rusos.

## XLVII

## EL HUÉSPED HA LLEGADO

Ved aquí a un hombre en cuyo rostro cansado se refleja la desesperación. En su mano lleva un bastón de mariscal. «¡El mariscal ha muerto, su cuerpo yace en el Volga!...» Esto era lo que se pedía de él. Después de seis mil millones de reichsmarks gastados y doscientas mil vidas humanas sacrificadas, no era solamente el imperativo categórico de un Führer fanático, sino el de un espíritu de casta, que por dos veces se había lanzado a la lucha y las dos había fracasado. El punto culminante de la mortífera campaña debía ser el cadáver del mariscal en el Volga; la corona colocada sobre la frente del ejército perecido; la antorcha ardiente sobre los campos de nieve, para que iluminara a una nueva generación: ésta era la idea, la orden y la ley que debía obedecer el mariscal.

Este hombre estaba agotado hasta lo indecible y, sin embargo, sentía una inquietud vacilante. No había pronunciado aún la orden fatal, y, sin embargo, tal orden había costado ya doscientas mil vidas. Allí había un hombre tras la cortina, en la oscura habitación del sótano. Una mano se había acercado a su puerta; pero la puerta no se había abierto, y ahora él debería levantarse, buscar al jefe de su estado mayor general y gritar a su oído aquella orden que no había pronunciado todavía y que debería resonar en todo el sótano: «¡Obedezco! ¡El cuartel general será defendido hasta el último cartucho! ¡La orden también debe aplicarse a esta casa! »

El hombre del cual se esperaba esta orden, como última consecuencia, se levantó y anduvo a tientas por el pasillo oscuro, pasó junto al despacho de su jefe y entró en la habitación del jefe de la división, Roske.

—¿Cómo está la situación, Roske?

—Muy grave. Los rusos están ya en todas partes y el cerco se estrecha constantemente.

Aquel hombre volvió a su cuarto, se sentó en la oscuridad con la cabeza inclinada y las manos sobre las rodillas; luego se tendió en su camastro.

El papel del mariscal de campo era en tal ocasión mucho más difícil que el del califa del cuento. No podía envolverse en un manto de mendigo y vagar de incógnito por su propio reino. No podía meterse en el capote de un soldado y caminar por su reino de muerte, ni mirar la muerte a la cara, y ver la espuma en

la boca del agonizante, y oír con sus propios oídos los últimos gemidos de aquellos desdichados. Estaba atado a su cuartel general y tenía que conformarse con las abstracciones de siempre, imágenes siempre limpias y expresadas en guarismos. Era un hombre que gustaba de pedir consejo a la historia, sobre todo a la historia de la guerra, y cuando se trataba de disponer una batalla, siempre hallaba ejemplos que le servían de modelo. Hasta las faltas cometidas aquí y allí habían sido por él calculadas y evitadas, o, por lo menos, previstas. También en esta hora decisiva venía a su mente un recuerdo histórico. En noviembre de 1918, al final de la otra guerra perdida, un jefe supremo del ejército había retirado al general de infantería nombrado por él para llevar a cabo las negociaciones del armisticio. Así había desposeído de su carácter militar al acto de la conclusión del mismo; y un mariscal de campo dijo entonces: «Por primera vez en la historia del mundo, no son los militares los que concluyen un armisticio, sino los políticos. Y yo estoy completamente de acuerdo con eso, ya que el mando supremo del ejército no tiene que dar ninguna orden de tipo político».

El que había perdido la guerra se liberó así de toda responsabilidad ante la catástrofe nacional que se avecinaba. Esto era lo que había hecho un mariscal de campo en noviembre del 1918, al final de una guerra perdida. Luego... en enero de 1943, al final de una gran batalla perdida, también puede decir un mariscal de campo: «Yo tampoco quiero tener nada que ver con esto». Y por esto su jefe de estado mayor declararía aquella misma noche, en su nombre, que exigía ser considerado como «persona particular». Lo que había sido posible una vez, podía serlo una segunda. Pero esta conclusión final no era satisfactoria; el mariscal de campo estaba sentado en la penumbra y en su cara se producían insistentemente las convulsiones habituales.

Los acontecimientos seguían su curso. Los factores activos eran el jefe del estado mayor, el intérprete del ejército y el recién ascendido general Roske.

Durante unos veinte minutos, aproximadamente, el fuego de la artillería y de los morteros cayó sobre aquel montón de ruinas. El jefe celebró una entrevista a puertas cerradas con el intérprete y el general Roske. El intérprete y el general se pusieron el capote y salieron de la casa. El jefe se quedó solo, compuesto como de costumbre y, como siempre, dueño absoluto de la situación. Dictó sus órdenes a los oficiales, y éstas fueron transmitidas escrupulosamente:

—¡Quemen los papeles! ¡Quemen todos los documentos!...

—¡Quemen las listas y los libros!

—¡Quemen, quemen, quemen!...

El jefe de transmisiones del ejército recibió también una orden: «Orden del jefe del estado mayor general: Destruir todos los aparatos de transmisión; destruir los códigos cifrados».

La orden era terminante; pero el jefe de transmisiones no comprendió de pronto. Esperaba otras instrucciones; la orden de combate y la última batalla en el mismo sótano, y por último la mina que haría volar toda la casa, con los aparatos y ellos mismos. Salió de su cuarto y encontró a los demás oficiales que habían recibido órdenes idénticas. Carras se encontraba también allí y en aquel momento decía:

—No se preocupen. Quemen tranquilamente todos los papeles y destruyan los aparatos. Ya no tienen valor alguno.



El coronel Carras llevó al jefe de transmisiones al otro lado de la cortina para enseñarle una cosa. Entre el cuarto del jefe supremo y el del jefe del estado mayor había una escalera en la que se había levantado una pared de sacos terreros hasta el techo. Ahora había unos soldados ocupados en deshacer la barricada, dejando libre el paso.

—La escalera posterior se limpia para el huésped —explicó Carras.

El jefe de transmisiones volvió a su habitación. Reunió a sus hombres. Antes de empezar el trabajo de destrucción llamó al grupo septentrional, recibió la comunicación y les transmitió los códigos secretos, para que ahora este grupo aislado pudiera comunicar directamente con el alto mando del ejército. Luego, fueron quemados todos los papeles e incendiados o rotos los aparatos y el grupo electrógeno. Con la oscuridad, el silencio cayó sobre la casa y las explosiones cesaron repentinamente.

El bombardeo de la artillería cesó también. El huésped había llegado.

Aquel acontecimiento sucedió así:

El mariscal no pronunció su palabra. Se quedó dormido, o por lo menos se retiró a sus habitaciones. El jefe del estado mayor era el que había actuado, no como jefe del ejército, porque en este caso habría tenido que dar parte de sus nuevas órdenes a cuantos grupos aislados pudieran alcanzar, sino como cualquier dueño de una casa particular que la quiere salvar de la ruina. Sus dos delegados fueron el intérprete y el general Roske. El jefe hizo algo más: llamó al jefe de artillería —el coronel Ludwig—, que estaba alojado en las ruinas de la casa vecina y al que sabía ya en contacto con parlamentarios rusos. El coronel Ludwig dijo al enlace que le transmitió la orden de presentarse en seguida al cuartel general, que iba a terminar antes la cena, creyendo que aquélla sería la última. Tanto mayor fue su asombro cuando encontró a un jefe extraordinariamente amable que sólo le pedía la confirmación de que verdaderamente estaba en contacto con los rusos.

—Así, pues, ¿usted está en negociaciones con los rusos? Pero, ¿qué va a ser de nosotros, del «ejército»?

—El señor general puede solicitar también la venida de parlamentarios.

—Haga usted, pues, lo necesario para ello, Ludwig.

El coronel Ludwig recibió así de su jefe la orden de iniciar las negociaciones de capitulación referente al cuartel general del ejército y la solicitud de parlamentarios rusos. El jefe del estado mayor se aseguró así la comunicación con los rusos por dos conductos.

El intérprete y el general Roske salieron de la casa. Pasaron por el patio y Roske se detuvo a la puerta. El intérprete —natural del Báltico— continuó corriendo. Ante las ruinas próximas se encontró con el coronel Ludwig. Por las gestiones de éste los rusos cesaron el fuego contra los sótanos del Teatro, para dirigirlos contra las ruinas del almacén. El coronel Ludwig buscaba una comunicación por radio con los rusos para obtener parlamentarios que fueran al cuartel general. El intérprete siguió. Llegó a la vía férrea, donde aguardaba un tanque ruso. La escotilla del tanque estaba abierta y veía que por ella asomaba la cabeza un teniente.

El intérprete habló al teniente ruso.

El ruso le hizo una seña con la mano para que se acercara. El oficial alemán le dijo en ruso:

—Señor teniente, haga cesar el fuego. Tengo una misión muy importante para usted. Ascenso y toda clase de condecoraciones que desee. Puede venir conmigo y capturar al mariscal y a todo el estado mayor del ejército alemán de Stalingrado.

—¿*Schko-tagoi?* (¿Qué es esto?) —Ascenso, condecoraciones y mariscal, eran, demasiadas cosas y el teniente se lo hizo repetir. Luego desapareció en el interior de su tanque, dio parte por radio a su jefe y volvió a asomar por la escotilla.

El teniente contestó:

—¡*Ladno!* ¡Está bien!

Llegaron otros dos oficiales rusos y unos soldados armados con ametralladoras. Conducido por el intérprete, el grupo se dirigió a la plaza. En la puerta estaba aún el general Roske. El fuego había cesado repentinamente. Pero Roske no abandonó su refugio. Se llevó las manos a la boca y chapurreando el ruso les gritó algo que los otros no entendieron. Cuando el grupo llegó a la misma puerta, el general Roske repitió en su «ruso» que el jefe supremo de los alemanes deseaba tratar con el gran jefe ruso. El «gran jefe» de la tropa sitiadora, teniente Fjodor Jewtschenko, de veintiún años, dijo:

—¡*Ladno!*

Y acompañado por los suyos, por el general Roske y el intérprete, atravesó el patio y por una puerta falsa se encaminó directamente hacia la sección del sótano separada por la cortina.

Y allí estaban, sentados ante la mesa redonda del jefe supremo, la alta figura del ayudante del jefe supremo, con su cara tostada por el sol y el viento, el general Roske, el intérprete, un teniente ruso de tanques con dos oficiales y, a sus lados, algunos rusos armados con pistolas-ametralladoras.

El jefe del estado mayor se adelantó a la habitación de su superior, iluminada solamente por la débil luz de un aparato de radio, se cuadró, alzó la cortina y dio parte:

—¡Los rusos están aquí!

Sin esperar contestación dejó caer rápidamente la cortina.

En la mesa redonda se negociaba a pesar de que no había mucho que negociar. El teniente de tanques declaró que los soldados y oficiales alemanes que rindieran las armas serían tratados de la forma indicada en el ultimátum de los generales Woronow y Rokossowski.

Fuera, en el pasillo, en la larga pista del antiguo garaje, los altos oficiales se disponían a rendirse. Las pistolas iban cayendo en un montón que crecía por momentos.

El general Roske, el ayudante y el intérprete se levantaron y entraron con el teniente ruso en la pequeña habitación del mariscal. En un rincón había una cama y sobre ella descansaba el jefe supremo. Se levantó; estaba completamente vestido. Sobre el uniforme llevaba las condecoraciones de la primera y segunda guerras mundiales.

El mariscal dejó sobre la mesa su pistola y un puñal corto. El ruso cogió el arma de fuego. Respecto al puñal, dijo:

—¡*Nje nushno!*

No era necesario, el mariscal podía conservarlo.

Los oficiales volvieron a la habitación grande y se sentaron de nuevo. El jefe declaró y el intérprete tradujo que el mariscal exigía ser tratado como

persona no militar y que ponía como condición el no ser llevado a pie a través de la ciudad, sino que debía ser transportado en coche cubierto. Esto se lo repitieron también a un coronel ruso que llegó más tarde.

## XLVIII

## LA SOLUCIÓN AL DILEMA

Los acontecimientos siguieron su curso.

Desde las humeantes ruinas de la Comandancia se arrastraron los últimos supervivientes. Soldados formando grandes y pequeños grupos con las caras sucias y los ojos inflamados. Levantaban una bandera blanca y se iban reuniendo a la enorme masa de heridos y enfermos que estaban ya en la plaza.

Medio kilómetro más allá, en la plaza de la estación, seguía el fuego. Los rusos disparaban y contestaban los alemanes con fusiles, ametralladoras y pistolas. De improviso, un grupo de tanques irrumpió en la plaza. En los negros huecos de las ventanas, desde donde aún se disparaba hacía menos de un minuto, apareció un trapo blanco, luego otro y otro, y el primer grupo de soldados se atrevió a salir a la plaza. Otros grupos sucedieron al primero, con las manos en alto y las cabezas inclinadas. Pronto se habían reunido más de setecientos prisioneros en la estación.

El comandante Buchner se despertó de un sueño profundo. Ante sus ojos se dibujaron los rasgos de su ayudante Loose; pero no era Loose quien estaba delante de él, sino el sargento Januschek, quien dijo:

—Mi comandante, tenemos que salir de aquí. La casa se nos va a caer encima.

Los demás estaban también allí. ¡El grupo completo! El comandante salió al patio. El molino ardía. Todo el almacén estaba en llamas. El patio aparecía lleno de hombres; pero nadie quería salir a la calle. Sin embargo, empujados por los de atrás, tuvieron que ceder y una masa de soldados se echó afuera para rendirse a los rusos.

Los gritos atronaban los sótanos de las ruinas de la prisión.

—¡Fuera! ¡Fuera todos! ¡Han llegado los rusos!

Los rusos estaban allí. Se les veía en el centro del patio. Las puertas se abrieron y los hombres se deslizaron afuera. De los sótanos salían soldados y oficiales.

Un teniente se enfureció:

—¡Pegaré un tiro a quien se rinda!

—¡Hay que seguir luchando! —gritó un coronel.

Sin embargo, los soldados se movieron. Eran mil, dos mil hombres.

Aquellos dos jefes no eran más que dos gotas perdidas en un caudal de agua.

De repente, un antiaéreo de dos centímetros empezó a ladrar. La pieza se hallaba detrás de un montón de tierra. Los soldados que se encontraban en las proximidades exclamaron:

—¡El jefe del cuerpo de «panzers»!

El jefe del cuerpo de «panzers» estaba con unos jóvenes oficiales tras el cañón, con el rostro convulsionado, y disparaban cuanto podían. Las baterías rusas volvieron a cubrir el patio con los disparos. Un tremendo griterío de tres mil gargantas se elevó hasta el cielo. Otra riada humana empujó a los de delante para salir a la calle a entregarse a las fuerzas rusas. Pasaron unos minutos antes de que el antiaéreo callara. Otros veinte, antes de que el comandante ruso pudiera recibir comunicación telefónica y diera la orden de «¡Alto el fuego!»

Cinco mil hombres, entre ellos algunos coroneles y generales, se entregaron en este lugar.

Faltaba una hora para el amanecer.

Los tanques rusos se adelantaron desde el aeródromo y el muro de los tártaros, hasta el extremo de la ciudad. En cierto lugar, los soldados dejaron las armas al borde de la trinchera, se levantaron, alzaron las manos y dejaron pasar los tanques sin disparar un solo tiro. Los tanques pasaron en dirección a los cuarteles de los estados mayores. En otro punto, una ametralladora pesada rompió el fuego. Manos armadas con bombas de mano se levantaron y sus poseedores fueron aplastados por las cadenas de los tanques rusos, y los que lograban escapar de ellas caían víctimas de la infantería, que seguía a los pesados monstruos de acero.

En determinado número de hoyos y entre ellos un «bunker», estalló aún un breve fuego de fusilería. El jefe del batallón se hallaba en el «bunker» con su ayudante, y desde hacía unas horas trataba de disuadirle de sus intentos de suicidio. Afuera sonaron las descargas. La puerta se abrió de golpe y un sargento cayó ensangrentado al suelo, gritando:

—¡Los rusos han llegado!

—¡Salid con la bandera blanca! —gritó el jefe del batallón.

En aquel mismo instante sonó un disparo y el ayudante cayó desplomado al suelo, mientras un hilillo de sangre manaba de su sien derecha. La aparición del sargento y el suicidio del ayudante fueron dos actos tan simultáneos, que el jefe sacó también automáticamente su pistola, sin darse cuenta de lo que estaba haciendo. En aquel instante le cogió una mano.

—¡Mi capitán, usted no puede hacer eso!

La mano y el pánico retratado en el rostro congestionado del cabo devolvieron al capitán a la realidad, hasta que llegaron los rusos y entraron en el «bunker».

En otro lugar se hallaba el general Vennekohl, abandonado por todos sus hombres y sin centinela delante de su «bunker», en un terreno ya ocupado por los rusos. Horas enteras llevaba preocupado por el dilema: ¿rendición?, ¿suicidio? De improviso, oyó unos pasos lentos de alguien que bajaba a su «bunker» y un hombre vestido con una recia pelliza de algodón, acompañado por otro aparecieron en el hueco de la entrada.

—¡Ah, por fin! ¡Magnífico! —exclamó Vennekohl aliviado.

Pero los rusos miraban extrañados al general alemán. Evidentemente, esperaban encontrar vacío el «bunker».

—¿*Russki soldat*? —preguntó Vennekohl.

—*Njet soldat* —le contestaron.

Habían huido de las tropas alemanas. Eran paisanos rusos que no pensaban en la idea de capturar a un general alemán. Y Vennekohl se vio de nuevo ante el torturador dilema, que ya había dejado de serlo, porque para caer prisionero basta con esperar; mas para suicidarse se requiere una decisión y esta decisión Vennekohl no la había tenido.

Así empezó la capitulación. Sin plan coordinado y sin ejecución organizada. Se capitulaba y se disparaba al mismo tiempo y a veces dentro del mismo agujero. Allí reinaba un caos inmenso. Los hombres que durante el transcurso de aquella noche levantaron las manos y salieron de los escombros y trincheras eran únicamente las primeras gotas de un manantial que más tarde crecería convirtiéndose primero en un reguero y luego en un caudaloso río humano.

El cielo se tornó gris y la tierra se cubrió de blanca escarcha helada. Allí había un campo con un montón de escombros. Cinco tanques salieron de él, pintados de blanco. Parecían torpedos hundidos en un mar de nieve. Un hombre de piernas cortas y cabeza grande se vio de pronto frente a estos tanques. La noche pasada había telefoneado a su jefe y le había prometido defender la posición. Y ahora venía de la vanguardia de su jefe, que le había obligado a repetirle la misma promesa, dándole la mano. Llevaba, como la noche anterior, la carabina al hombro. Tenía una carabina y una cartuchera llena, y allí estaban aquellos cinco tanques pintados de blanco con sus cañones silenciosos, levantados, y ante la entrada de su «bunker» un grupo de soldados del Ejército Rojo. En una situación parecida o idéntica se encontraban el puesto de mando del ejército y sus hombres ya desde hacía bastantes días. Continuas conversaciones telefónicas y orales, promesas de echarse la carabina a la cara, y... pif, paf, disparar sobre el grupo de soldados rusos y sobre los tanques. Disparar, naturalmente, es cosa fácil y también hacer que ellos contesten. Pero esto es demencia y no un acto razonable, propio de un general, jefe de una división de infantería, ni tampoco adecuado para un consejero de la sección de «Historia de la Guerra» en el Alto Mando del Ejército. Además, uno ya es demasiado viejo para tales actos, uno se ha vuelto ya demasiado indiferente. El general Goennern tomó la carabina en la mano. En su rostro se dibujaba una decisión desesperada y con gesto bastante mecánico dio los doce pasos que le separaban de su «bunker». Los soldados rojos, riéndose, le dejaron paso.

El general llegó abajo. Se desabrochó el cuello, y respiró profundamente. Todos estaban de pie, en el centro los dos hombres de cabello blanco, el general comandante del Sur y el de Gumrak. Goennern no empezó: «Señores...»; no habló en plural, y lo mismo podía dirigirse a cualquiera de ellos, como a sí mismo, cuando dijo:

—Bueno, señor general, ¡ahí afuera están los rusos!

Esta noticia era ya conocida, y en los ojos de todos, Goennern también pudo leer la decisión. Pasó un minuto en silencio ; luego, Goennern dio media vuelta, subió los escalones, miró a los soldados rojos, distinguió entre ellos a

un oficial, y dijo:

—Oficial, aquí abajo hay tres generales que quieren entregar las armas.

En aquella misma hora, unos cuatrocientos metros más allá, entre las ruinas de la escuela de aviación, el general Geest, con su rostro huesudo, tocado con el casco miraba fijamente la mesa vacía; estaba rodeado por un grupo de soldados que disparaban desde sus hoyos. A través de los escombros se acercó un hombre. Era su ayudante, el comandante von Bauske.

—Mi general, ha llegado el momento. Yo propondría hacerlo ahora —dijo Bauske.

—No vuelva a hablarme de eso, Bauske. Ya conoce usted la orden del jefe supremo. Lo ha prohibido.

—¡Yo lo hago, mi general!

—¡Yo, no! Y si usted no puede evitarlo, por lo menos no lo haga en mi presencia.

Geest le vio con una bomba de mano a punto de estallar. Se volvió.

Pero la explosión no se produjo.

Otra vez apareció una sombra en la nieve. Era Bauske que regresó después de desistir de su intento de suicidio. Geest se levantó, apretó la mano de von Bauske y le dijo:

—Esta es la mayor victoria que usted ha logrado, Bauske: la victoria sobre sí mismo. Y por ello... —sacó de su bolsillo una «cruz de hierro» de primera clase... en casos especiales, un jefe de división está autorizado a concedérsela incluso a miembros de su estado mayor —terminó, prendiéndola al pecho de su ayudante.

Minutos más tarde los soldados alemanes disparaban todavía y los rusos replicaban. Geest vio a su ayudante en el suelo con un tiro en la cabeza.

Poco después, vio a su vecino, el general Vennekohl, escoltado por un grupo de soldados rusos. Llamó a estos soldados y rindió las armas con el resto de su estado mayor y los sesenta hombres que le quedaban de toda su división.

Vennekohl, Geest, Goennern y otros dos generales jefes que se habían rendido fueron llevados por las ruinas, hasta la orilla del Volga, donde estaban los «bunkers» del estado mayor general ruso. Así fue cómo los generales alemanes prisioneros dieron ejemplo a centenares de soldados que también entregaron sus armas. Un imponente silencio descendió sobre las ruinas donde minutos antes todavía resonaba el fuego de fusilería, y muchos hombres con las cabezas sucias, llenos de barro, comenzaron a efectuar su aparición adelantándose con las manos levantadas.

A pocos metros del frente ocupado por Goennern había una «balka», de donde partía un camino que conducía a una plazuela rodeada por fachadas de casas derruidas. En ella se encontraba un oficial ruso y grupos de soldados alemanes prisioneros. Por los cien hoyos entre las ruinas, miraban aún los soldados que todavía no se habían rendido. Por el camino que venía de la «balka» se adelantó un general alemán. Bajo su gorra asomaban los cabellos grises. Entre las abiertas solapas se distinguía la cruz de plata de caballero. El general se acercó al oficial ruso y le tendió la mano. El ruso se la estrechó y le dio un amistoso golpecito en el hombro. La masa de soldados que había a su alrededor estaba asombrada, e igualmente los que miraban desde las ruinas. Algunos dijeron:

—Cuando la cosa va así...

Al poco tiempo los soldados alemanes salieron de sus hoyos, con la mochila en la mano, o colgada al hombro, y la manta bajo el brazo; eran restos de batallones en disposición de marcha, esperando la orden de los rusos.

Había llegado la mañana gris.

Había llegado el día con las heladas nieblas del Volga, que silbaban sobre los altos esqueletos de las casas y las calles de varios kilómetros de largas, donde no quedaba ninguna ventana.

Empezó el éxodo. Los sótanos se abrieron en toda la extensión a lo largo del Volga hasta la desembocadura del Zariza, unos siete u ocho kilómetros —el Norte no fue alcanzado de este movimiento— y desde el Volga hasta la periferia de la ciudad, unos tres kilómetros. Los hombres caminaban en la niebla, con los pies envueltos en trapos, con capotes, con blusas de campaña, famélicos, heridos, con alguna manta en la mano o algunas cosas recogidas a toda prisa, o sin nada, una cara gris junto a otra y así se formó una columna que llenó varias calles.

Desde el Volga, un «T 34» subió lentamente por una cuesta. Sus cadenas trituraban montones de cadáveres esparcidos por el suelo, arrojando en todas las direcciones los miembros despedazados y aquellos que se encontraban a su lado estaban tan rendidos e insensibles que continuaron su camino sin limpiarse la cara de los trozos de carne humana que les salpicaba.

El techo de una barraca hundida estaba cubierto de hombres famélicos con ojos febriles, y las frentes bañadas de sudor por el agotador trabajo a que se dedicaban. Sacaban un cadáver tras otro para ver si allí adentro había algo de comer. Se enfurecieron al no encontrar los víveres que esperaban hallar en aquel antiguo almacén. Indudablemente no estaban en plena posesión de sus facultades mentales, pues uno de ellos se puso a gritar:

—¡Todos fuera! ¡Dejad paso a Heitz, el general de artillería! ¡Quiero entrar en mi «bunker»!

Los soldados continuaron su labor sin hacerle caso. Algunos ni se volvieron, pero otros le replicaron incluso contagiados por aquella demencia.

Desde la Plaza de los Caídos llegó un grupo de soldados rusos de intendencia con equipos sanitarios y ropa para hacerse cargo de los prisioneros y comenzar la clasificación.

De todos los sótanos, rincones, escombros, etc., salieron entonces interminables filas de hombres que se sumaban a las columnas, esperando la orden de marcha.

Aquellos hombres ya no necesitaban cubrirse con ceniza la frente. Aquellos soldados estaban agotados, aniquilados, sin piernas, sin cerebro, sin intestinos, sin corazón; sin pasado y sin porvenir, pues la marcha hasta el Volga no podía ser considerada como su pasado, ni tampoco era preparación de su porvenir. Eran hombres calcinados, eran ceniza.



## XLIX

## EL «MACHORKA»

Entre la multitud se abrió paso un coche, y aquellos hombres de la manta hecha guiñapos bajo el brazo, por todo haber, se apartaron. El coche traía la misma dirección que el grupo de los oficiales superiores; procedía de la Plaza de los Caídos. Era un coche cerrado, pero los cristales estaban limpios, y desde su interior los rostros de allá fuera se veían pasar como humo, como si fuesen una franja de humo a cada lado. También se veían, al pasar, como fugaces imágenes lejanas en el tiempo y en el espacio, la cocina de campaña colocada en una esquina, alrededor de la cual se agolpaban caras y cabezas retorcidas, brazos extendidos, todo lo cual se perdía en el mar gris de aquella muchedumbre; el «T 34» que subía de una vaguada sumida en la niebla y que salpicaba un barro blancuzco hasta la portezuela; un cobertizo con un grupo de hombres subidos en el tejadillo; parecían en éxtasis; era aquel grupo de pobres dementes. En la parte delantera del coche iban dos soldados rojos, detrás un comandante ruso, y a su lado un hombre alto con la cara rígida, como labrada en el anverso de una moneda; por un minuto, no se produjeron las habituales convulsiones en el lado izquierdo de aquel rostro, que aparecía tranquilo, cosa en él anormal, tan pesada había sido la carga que aquel hombre había conseguido quitarse de encima, y tan libre se sintió de su peso en aquel fugaz instante.

Allá afuera estaban los rostros de los soldados que pasaban, que se habían quedado sin una última orden del ejército, sin una frase de despedida, sin unas palabras de agradecimiento. Aquellos hombres derrotados no servían como tema de conversación. Tampoco los hombres del cobertizo podían servirle de motivo para cambiar unas palabras con su acompañante. Por lo demás, el hombre del coche cerrado nada sabía de la disentería ni del tifus exantemático, ni de la parálisis causada por el hambre; todo aquello lo conocía reducido a cifras. Con dos palabras se había agotado el tema de la conversación. De las locuras y monstruosidades que el hambre provocó en los últimos estertores del ejército sitiado no conocía detalles, para todo aquello no había tenido una sección de información. Por eso, en aquel momento, apenas tenía una vaga idea de que su ejército había llegado a un estado tal que una sola palabra, que fuese promesa de víveres ocultos, sería capaz de despertar

en ellos movimientos de locura desenfrenada, provocando en docenas y centenares de hombres una fulminante demencia activa. Por eso él no hallaba explicación para la rara actitud de los hombres que se afanaban en el cobertizo. Sí que vio que eran cadáveres lo que echaban al suelo en su búsqueda febril; pero su imaginación no llegó a adivinar que entre los cuerpos congelados y rígidos había también heridos y agonizantes sin que los dementes establecieran la menor diferencia entre los cuerpos yertos y aquellos otros donde aún latía un último soplo de vida. Y allá atrás se quedó aquel grupo gritando y gesticulando. Esto tampoco servía de tema para una conversación entre el mariscal de campo alemán prisionero y el oficial ruso que le acompañaba. Allí estaba el «T 34», y bien seguro que este modelo de tanque ruso pasará a la historia como una de las más perfectas creaciones bélicas de esta guerra, juntamente con el «Messerschmitt» alemán, las pistolas ametralladoras rusas, o la ametralladora «Bren» checa; pero esto tampoco era un tema apropiado por muy objetivamente que se tratase, ya que inevitablemente conduciría al terreno militar, que a toda costa quería eludir.

Por fin surgió el tema: un soldado de la guardia se detuvo a liar un cigarrillo a un soldado alemán herido; era de ese tabaco que fumaban los soldados rusos: el «machorka».

—Siempre me ha interesado saber, señor Polkownik —dijo el mariscal de campo— si el «machorka» contiene nicotina como el tabaco auténtico.

—Lo único que sé es que nuestros soldados lo prefieren, mi mariscal, y no lo cambian por el otro. Yo creo que sí, que también tiene nicotina.

—Eso pienso yo, porque si no, ¿a qué sería debida esa agradable excitación, esa sensación de bienestar general que proporciona el «machorka»? ¿Cómo es la planta, señor Polkownik?

Había encontrado un tema amplio y fácil, de aquello sí que se podía hablar a fondo.

Por detrás de los cristales, soldados, masas y masas de soldados, con los uniformes rotos, los rostros demacrados, apoyados en palos, con los pies envueltos con harapos y delante de ellos, el camino abierto por las pisadas en la nieve. Nadie había allí que pensase en su alojamiento provisional hasta la llegada al campo de clasificación. No quedaba ni una organización de intendencia, nadie que se preocupase de improvisar un miserable lecho de paja. En aquel ejército solamente funcionó a la perfección, hasta el fin, la policía militar y la 111.<sup>a</sup> sección con sus tribunales de guerra.

El mariscal de campo seguía en su coche, conversando sobre las hojas de una curiosa planta de propiedades análogas al tabaco.

No es el Führer, ése está muy lejos, el que tiene ante sí las masas grises de soldados, más miserables y derrotados que los granaderos de Kolin y de Kunersdorf; es el jefe del ejército, quien una vez cercado y aislado del resto del frente, tenía la plena autoridad y la plena responsabilidad del capitán del barco que navega en alta mar; y él había cumplido la orden de hundimiento. Después de haber vivido dos guerras y con una tradición familiar que llegaba hasta Kolin y Kunersdorf, hasta Rossbach y Leuthen, sueña incluso en una tercera guerra mundial. Él era el responsable de las consecuencias de aquella locura; a él le señalará en primer lugar el juicio de la Historia.

La idea del dominio del mundo, surgida de las condiciones de inferioridad material de un pequeño estado de la Europa Central, que se debate entre el

sudor de sus súbditos y la atmósfera de sus cuarteles, esta idea puesta a prueba, por primera vez y fracasada, horriblemente agigantada y dotada de los atributos inhumanos de un desprecio absoluto de la personalidad, sin escrúpulos, fue puesta a prueba por segunda vez, en una nueva guerra mundial y otra vez se derrumbó en el gran salto al vacío, y ahora tenía como consecuencia un campo de batalla con los huesos rotos de doscientos mil hombres. Un pueblo afligido, un pueblo depauperado, una nación convertida en un montón de ruinas, es el resultado de la aventura. Y aquí, en este inmenso cementerio junto al Volga, se produce una semiparálisis en el rostro del mariscal de campo. Aquello sucedió la noche anterior, y era signo de gran excitación, expresión de un dilema. Muy profundamente grabada en su interior estaba la idea de cumplir una orden de muerte, y en la superficie, la propia piel. En aquella mente había también una lógica inflexible, un relámpago que atravesó nubes de doscientos años: un sacrificio supremo solamente puede hacerse cuando se trata de la propia tierra y por la conservación y la seguridad del propio pueblo. Pero era imposible querer coronar una campaña de agresión fracasada con el lema de un sacrificio por ideales sublimes. Es absurdo, es grotesco. Éste fue el relámpago que brilló sobre el campo de doscientos mil cadáveres, iluminando en la mente del mariscal un puente oscuro. Todo aquello se agitaba bajo la parálisis parcial y momentánea del «tic» nervioso que daba un sello personalísimo, inequívoco, a su rostro.

Sentado en el coche cubierto, aquel hombre de rasgos finos —«un simple particular»—, seguía hablando del «machorka».

—Luego, ¿la flor de estas plantas es blanca o encarnada y más raras veces, amarilla? Ah, comprendo, señor Polkownik; se trata de una planta de la especie de las litráceas, de las que se conocen hasta veinte clases. Es muy interesante...

El mariscal de campo seguía hablando incansablemente del «machorka».

Afuera, detrás de los cristales, más soldados; los granos sueltos de un ejército trillado, paja vacía de lo que antaño fueran formas vivas. Y lo mismo que cuando el viento empieza a soplar sobre la paja, se inició un movimiento: aquella masa se movió sin que se viesen pies que reciamente golpearan el suelo, sino que, como una nube de paja levantada por el viento, con una lentitud infinita, caminaron de espaldas al Volga, hacia el Oeste...

Ni una mano levantada; ningún «¡Viva el mariscal!» Ningún «¡Heil!»

Una vez se levantaron aquellos rostros. En el camino encontraron grupos de rusos, cobijados bajo unas ruinas, ennegrecidas por el humo. Eran distintos a los «voluntarios» y distintos de los prisioneros de guerra que amontonados a centenares tenían que empujar camiones atascados en la nieve y el barro, construir carreteras, tirar de los trineos, inclinándose hasta el suelo, envueltos en harapos y famélicos.

Era un grupo de soldados del 62 ejército siberiano de la guardia. Estos soldados, a trescientos metros de las trincheras alemanas, habían defendido Stalingrado: estaban allí de pie, en grupos, fumando, envueltos en sus pieles de cordero, llenos de barro. Se habían tumbado en el mismo fango, habían sufrido el mismo fuego, idénticos ataques de los tanques, las bombas de los aviones, y habían resistido también, durante tres meses, aquellos terribles combates, que duraron todo un verano y medio invierno. Aquí estaban ahora, fumando «machorkas». Las caras de los prisioneros se levantaron por un instante y se volvieron a bajar.

## L

## EL PUENTE DE KRUTAJA

Comenzó el éxodo. Junto a las paredes ennegrecidas por el humo y el polvo, aquellos esqueletos pasaron, siguiendo por la carretera y contemplando los montones de chatarra y restos de hormigón. Caminaron sobre la nieve y se encontraban con resto de cañones y camiones volcados. A un lado, una mujer rusa con dos criaturas miraba, sin verla, aquella riada humana que se deslizaba lenta e interminable. A lo lejos se oían todavía disparos de fusil. Ruinas a la derecha. La cota 102 a sus espaldas. Árboles cortados en el campo. Más allá, la vía férrea y luego el desierto de nieve. Atravesaron el aeródromo, el muro de los tártaros y siguieron por la carretera de Gumrak. Hasta Gumrak no hay más que dieciocho kilómetros, pero tardaron dos días en recorrerlos.

Al amanecer, la niebla que subía del Volga helado se deslizaba por los umbrales, por los huecos de las ventanas y por aquel laberinto de piedras, cubriendo todo el terreno bajo su velo. Arrastrándose aún más lentamente que la niebla, marchaba la larga caravana de prisioneros.

A mediodía, el sol brillaba como un gran disco blanco. En el aire flotaban miríadas de cristalitos. La superficie de la nieve era tan deslumbradora, que hacía aparecer chispitas y sombras negras ante los ojos.

En el norte de Stalingrado, la batalla proseguía aún. Allí se hallaba aislado el grupo septentrional, que no sabía nada, o muy poco, de los acontecimientos sucedidos en los sectores central y meridional. Este grupo era ahora el único objetivo del fuego concentrado de la artillería rusa. Sobre el vacío campo brillante de nieve, dominaba el fuego y el humo. Volcanes de hierro se levantaban a intervalos. Grandes llamaradas y planchas de tanques destrozados saltaban al aire.

La columna de prisioneros continuó su camino por la carretera de Gumrak, bajó por una pendiente y subió luego como una larga cinta gris por la pendiente opuesta.

Y mientras una lluvia de metal y fuego enterraba las ruinas de la fábrica donde se encontraba el jefe del sector septentrional con su estado mayor, todavía llegaban radiotelegramas del cuartel general del Führer con la orden de resistir hasta el último hombre y hasta el último cartucho. Finalmente, las tropas que estaban algo más apartadas de la fábrica cesaron el fuego y entregaron las

armas, dejando pasar a los tanques rusos hasta los «bunkers» de los estados mayores. La confusión fue enorme y la caída inevitable e irreparable. Otros veinte mil soldados y oficiales, el jefe del sector septentrional y con él siete generales, fueron capturados. Como consecuencia de aquella nueva derrota, el caudal humano que se deslizaba suavemente hacia el Oeste, creció en volumen, durante toda la noche y la mañana siguiente.

Eran cerca de cuarenta y cinco mil hombres los que caminaban en grupos que se alargaban, se desconectaban y volvían a enlazar. Hombres con la cabeza vendada, otros con las costillas rotas, aquél con el brazo destrozado, todos con el estómago vacío y con la nieve helada alrededor de sus pies cubiertos de harapos, avanzaban lentamente a razón de un kilómetro por hora.

Cuarenta y cinco mil hombres y ya se había consumido la última miga de pan y se había gastado el último paquetito de gasa, el último litro de gasolina y se había volado todo cuanto quedaba en los depósitos. Ningún medio de transporte quedaba: estropeados los coches, los camiones, las ambulancias, los tractores. El ejército no había previsto para sus hombres más que la tumba, y sólo para eso había trabajado. Ahí estaba aquella masa humana, entregada a la muerte. No eran solamente las caras que parecían tierra, los brazos caídos, los capotes destrozados, sino también la disentería, el tifus exantemático y otras epidemias marchaban con ellos. Hubo de abandonarse la primitiva idea de conducir a esta caravana de la muerte en dirección Oeste, hasta el mismo frente alemán, para entregar los restos del Sexto ejército a los propios dirigentes alemanes. Ni un solo hombre, a excepción de los jefes y oficiales del mando, habría sobrevivido a la marcha de los cuatrocientos kilómetros que ya les separaban del frente, ninguno de ellos habría llegado vivo a las líneas alemanas. Deberían quedar en Rusia.

Cuarenta y cinco mil hombres. Con los soldados alemanes hechos prisioneros en días anteriores, sumaban noventa y un mil hombres; una masa gigantesca, que exigía cuidados inmediatos, provisiones, transportes. Las fuerzas rusas de aquel sector no estaban muy sobradas de elementos. Los pueblos de la estepa estaban destruidos, no quedaba en pie ni una casa, ni una res, ni una patata, ni un grano de trigo. Las vías férreas estaban destruidas. Los ferrocarriles solamente podían utilizarse a partir de las antiguas líneas rusas. La columna se dirigió hacia Kotluban. Hasta allí tenían que ir a pie. La primera etapa de marcha era Guram. Para este centro de concentración improvisado, la intendencia del frente ruso inmediato facilitó los medios necesarios. Una distancia que normalmente debía ser cubierta en cinco horas, tardaron en recorrerla dos días de penosa marcha. Al anochecer una helada neblina cubría de nuevo el terreno. Esta vez no venía del Volga, sino que ascendía de la misma tierra. Caminaban por la «balka» de Krutaja.

En el camino había un puente de madera en el que faltaban muchas traviesas y los huecos habían sido tapados con huesos de caballos y nieve helada. Por este puente desfilaron aquellos hombres semiesqueléticos, envueltos en capotes y harapos, en grupos desordenados. A veces era un montón, luego un grupo, luego sólo dos hombres, con las cabezas inclinadas, apoyados uno en otro; luego venía otro tirando de un trineo, con un herido tumbado, y después una columna formada. Todos ellos arrastrándose, tambaleándose, resbalando y volviéndose a levantar; así siguió adelante la

columna, como si fuera una inmensa y silenciosa nube de humo lo que pasara.

Aquella triste peregrinación había comenzado cuando el sol estaba ya en lo alto. Antes, aquí, no había más que el blanco desierto. Y cuando todo permanecía todavía en calma y las nieblas de la mañana eran las únicas que paseaban sobre el puente, llegó un hombre solitario, un general vestido con largo capote. En el centro del puente se detuvo, contemplando la profundidad de las aguas; vio el cadáver de un caballo y las cenizas de una hoguera apagada. Junto a las cenizas, en cuclillas, cuatro personas escondidas en sus capotes e impermeables, intentaban calentarse con los últimos rescoldos. Allí estaban todavía cuando la caravana de prisioneros pasó sobre el puente; pero ahora, ya eran cinco, pues había sucedido lo siguiente:

El hombre del capote los llamó:

—¡Eh, vosotros! ¿Qué hacéis ahí? ¿Por qué no os reunís con vuestra unidad? ¿Qué esperáis?

—¡El final! —fue la respuesta.

Aquella voz le pareció conocida. Bajó. El que había respondido era el sargento Gnotke, que sacudiéndose la nieve del capote se levantó, diciendo:

—Mi coronel —decir coronel o general daba ya lo mismo—, ya no creo en nada. Hubo un momento en que pensé que uno debe vivir en cualquier circunstancia que sea y esto me había ayudado; pero ya no creo ni en eso, y ¡jesto sí que es triste!

—Bien triste. Es una situación gravísima —replicó Vilshofen contemplando a los demás.

—Éste es el soldado Altenhuden. Ya no puede levantarse —explicó Gnotke—, y aquél, Franz Chiele, que tampoco puede ponerse en pie —cosa que se veía en seguida—. Y éste, Matías Gimpf, que ahora está dormido y cuando se despierta habla siempre de nieve y de una larga caravana de prisioneros.

Vilshofen conocía a Altenhuden, cuyo rostro estaba ligeramente amoratado; pero no conocía a Franz Schiele.

—Bien, sentémonos.

Vilshofen y Gnotke se sentaron.

—Es una situación muy difícil, que no tiene solución —comenzó diciendo Vilshofen. Y en verdad, no se había equivocado. Uno solo no va a ninguna parte. Uno solo ni siquiera viene a la vida. E incluso, cuando uno muere, queda abandonado bajo el cielo raso.

Tenía razón Vilshofen: uno solo no va a ninguna parte.

—¡Cierto! —Nadie lo sabía tan bien como Gnotke. Allí estaba Gimpf tumbado, con la nieve hasta los hombros, la frente febril, los labios secos, cruel testimonio del temor que Gnotke sentía por la soledad—. No, no se va a ninguna parte; pero nosotros no estábamos solos —contestó Gnotke, y a Vilshofen no se le escapó el ligero reproche.

No, no estábamos solos. Sabíamos que a nuestro lado estaba el otro, el camarada, y detrás...

Aquí empezaba la confusión. Delante, los hombres del fusil, uno junto a otro; detrás, el jefe, el estado mayor; más atrás, el cuerpo de ejército y el ejército y el Alto Mando y el Führer, el jefe supremo; y de arriba abajo, una sola voluntad, un solo destino y aquella pirámide, gigantesca expresión de la fuerza del pueblo, ejecutora de la voluntad del pueblo y protectora del destino del pueblo.

Todo estaba claro. Parecía perfectamente cristalino.

Sin embargo, lo único que allí estaba claro eran los ojos de aquel hombre de cincuenta años, cuya mirada se dirigía hacia aquel otro rostro encarnado lleno de sudor febril y hacia los rostros amoratados de los cadáveres. Claro y cristalino estaba también el cielo. Aquellos ojos claros pertenecían ahora a un hombre dormido.

Y aquel hombre despertó.

La Wehrmacht, compuesta por millones de botas con tachuelas de los granaderos, hasta su cima brillante, era de abajo arriba la expresión cristalina del alma del pueblo —ahí reanudó sus ideas—. Todo cristalino, cristalino... pero estaban sentados en la «balka» de Krutaja, uno enfrente, con las manos hundidas en el capote, y otro con los brazos cruzados a punto de dejarse caer, sin intentar dar un paso para salvarse; otro que estaba emprendiendo el gran viaje, y otros dos convertidos ya en sendas piedras moradas en el fondo de aquel mar profundo. Allí estaba el puente, por donde pasa, a docenas, a montones o en parejas, la caravana gris, interminable, de seres vivos aún, con la vista clavada en el suelo, miles de pies, que ya no son botas con recias tachuelas, de granaderos en formación cerrada, sino una masa informe, ondulante, pegajosa.

Y mientras aquel ejército estaba ya convertido en barro, aún seguían tronando los cañones que levantaban nubes negras en la parte norte de Stalingrado. Mil, tres mil, cuatro mil hombres más, cayeron. Ésta no era la voluntad del pueblo, ni los cañonazos póstumos a la capitulación de casi todo el ejército, ni aquella procesión de seres que se arrastraban sobre el puente, ni los cadáveres de la catástrofe; nada de eso —ninguna de tantas otras cosas que en su nombre se hacen— representa la voluntad del pueblo.

Ya no veía aquello cristalino, sino turbio. Vencido por la fatiga se durmió. Quedó con los ojos cerrados, pero su pensamiento no se detuvo. Tronó el ruido de los pasos sobre el puente. Aquel hombre con fiebre gimió y Vilshofen vio cómo Gnotke se apresuraba a atenderle.

La pirámide no parecía la expresión clara de la voluntad de una nación. El alma de un pueblo no se habría escondido a dos mil kilómetros de su hogar, en la «balka» de Krutaja. Los pasos sobre el puente, los dos cadáveres, los gemidos, todo eso nada tiene que ver con el alma del pueblo. Las divisiones, los cuerpos de ejército, los ejércitos, el Alto Mando, el Führer, todo ello no es la expresión del pueblo. ¡Pobre pueblo alemán! Has construido ciudades y catedrales, has tenido unos campesinos libres sobre tierras libres, has alcanzado el punto culminante en el arte, en la ciencia, en el derecho y en las letras; has desarrollado la técnica, la industria y el comercio; tu organización militar sólo es un aspecto, una parte de tu construcción; pero esta parte se ha hipertrofiado, se ha hecho predominante, ha roto sus diques inundando las fronteras de tu país, y el campesino ha tenido que abandonar sus tierras; el sacerdote, su rebaño de fieles; el maestro, sus discípulos; la juventud, su alegría; el marido, su esposa, y el pueblo ha dejado de ser nación y no es nada más que materia combustible para ese monstruo gigante, y el individuo, sólo leña para la inmensa hoguera, una gota de grasa ardiente y, por último, una ínfima partícula de ceniza.

Este semisueño se desarrollaba en la cabeza de un hombre que fue a la primera guerra mundial siendo estudiante de filosofía y terminó de oficial, luego perteneció a la sección extranjera del Alto Mando, y en 1938 se lanzó como tantos otros para hacer lo imposible.

Mathias Gimpf también gesticulaba entre dormido y despierto. Su vista reconocía a su camarada Gnotke y se perdía de nuevo en la noche. Las fosas nasales y los labios de Gimpf estaban negros por la mucosidad contenida y la respiración cortada. La cara tenía un tinte rojo oscuro; pero no presentaba las manchas que cubrían su pecho y su cuello que se había descubierto. Gnotke le colocó un poco de nieve en la boca; y como se quejara de fuertes dolores de cabeza, le puso su mano helada sobre la frente.

Gimpf ahora, por fin, abrió la boca, y dejó de ser un enigma para Gnotke. En sus delirios, e incluso en los ratos de lucidez, lo contó todo. Gnotke supo ahora dónde había perdido la expresión normal de su rostro, su vida: fue una noche de nieve, sin luna, en el camino de Wjasma a Smolensk.

Gnotke supo entonces, y también Vilshofen, que ya estaba despierto, lo ocurrido aquella noche de noviembre, trece meses antes, en la ancha carretera nevada desde Wjasma a Smolensk.

—...dos niños, con sus gorritos de piel y unos guantes pequeñitos... tendrían unos cuatro años, se quedaron atrás, y se cayeron, ya no podían más. El capitán Steinmetz dio la orden; y el sargento Leopold cumplió aquella orden... luego eran tres, y yo cumplí la orden... el capitán Steinmetz ordenó lo de las gorras, y nosotros quitamos las gorras a los prisioneros.

Con voz ronca siguió hablando:

—...un tiempo horrible, frío, viento, nieve... en la fábrica de la Fischertrasse estaban como arenques...

Vilshofen volvió a abrir los ojos. El barranco echaba humo, por todas partes había escarcha, un mundo de nieblas surgía, terrible. Junto al puente se veía el lucero de la noche, que parecía un farol del ancla de un buque parado, una mancha pálida en la niebla. Desde el puente llegaban voces, el aire húmedo transmitía los ruidos como un hilo telefónico.

—*Taschtschitje savoi!* ¡Arrastradle con vosotros!

Palabras alemanas contestaron:

—Este ya acabó, no puede más, y nosotros tampoco.

Los pies seguían arrastrándose por la nieve. Otro hombre cayó de bruces y se quedó tumbado. Sus gemidos se apagaron. Otra vez palabras:

—Capellán, usted tiene aún en la mochila...

—¡Nada más que últimos saludos! Pero aquí en el bolsillo del capote llevo todavía un paquete de galletas... —y ya desde lejos, desde el final del puente:

—Bueno, ahora tendremos que arreglarnos con esto hasta Gumrak.

Se oían palabras pronunciadas a media voz, y el roce de los pies que se arrastraban, a veinte, treinta metros. La niebla permite oír bien, pero no era sólo la niebla. Todo estaba tranquilo, reinaba una tranquilidad increíble. Setenta y siete días, ciento —desde el Mius eran doscientos días— y todos aquellos días con sus noches habían estado profanados por el tronar de los tanques, cañones, aviones y mil ruidos más.

Sin embargo, ahora reinaba de pronto un silencio tal que casi se hacía insoportable.

Silencio en el cielo y en la tierra. Tos en la niebla.

Una frase ronca, no pronunciada en el puente, en aquella mancha pálida de la niebla, sino abajo, donde un moribundo deliraba:

—¡Las gorras las tiramos en la nieve!



—¿Por qué en la nieve? —preguntó Vilshofen.

—Porque así corrían a buscarlas, y entonces se disparaba sobre ellos.

—¿Quiénes corrían?

—¡Los prisioneros! —contestó Gnotke.

—¿De qué está hablando? —preguntó Vilshofen.

—Es que antes era soldado de vigilancia y de eso es de lo que habla, de cuando acompañó a una caravana de prisioneros desde Wjasma a Smolensk...

Gimpf abrió los ojos en uno de aquellos momentos de lucidez que tenía. La expresión de su cara cambió, su mirada se hizo más sensata. Reconoció a su antiguo jefe.

—¿Intervino usted en ello, Gimpf? —le preguntó Vilshofen.

—Díselo al coronel; dile que tú no valías para aquello y por esto te echaron al batallón disciplinario dijo entonces Gnotke.

—Sí; yo era soldado de vigilancia en el campo 271, en Wjasma —dijo Gimpf con voz baja.

—Dile lo del transporte de prisioneros a Smolensk.

—¿Cuántos eran?

—Quince mil.

—¿Cuántos llegaron?

—Dos mil.

—¿Y dónde se quedaron los demás? —preguntó Vilshofen, que se irguió repentinamente acercando su cara a la del moribundo.

—En el camino... —contestó Gimpf.

—¿En el camino? ¿Qué era lo que decían antes? —preguntó Vilshofen, acordándose de las frases que oyera cuando estaba medio dormido—. Hablaban de niños con gorros de piel.

—También murieron en el camino, los soldados, mujeres, niños... también aquellos dos, los tres...

—¡Trece mil! ¡Gimpf! ¡Gimpf! —Vilshofen le cogió del brazo. Pero Gimpf tenía convulsiones y sus pupilas se llenaron de sangre. Su conciencia se oscurecía de nuevo. Sus labios se cubrieron de espuma negra. Y, juntamente con la espuma, emitió las siguientes palabras incoherentes:

—El capitán Steinmetz... ningún cartucho más... con las palas... ¡oh, la nieve...!

Pasos en la niebla, rostros amarrotados de los soldados muertos, Altenhude y Schiele. Gnotke inclinado sobre el agonizante Gimpf.

Silencio de muerte. La catástrofe.

No era sólo una catástrofe militar, no eran unas líneas de compás equivocadas en los mapas de los generales, ni columnas ni cifras equivocadas... tres niños de cuatro años... ¡cuánto pesan tres niños asesinados! y —el pensarlo da vértigo— no eran solamente tres niños, aquello no solamente ocurrió en Wjasma...

¿Cuánto pesa la culpa?

¿Cuánto pesa el ejército perdido en Stalingrado? ¿Cuánto pesa aquella caravana de fantasmas y cuánto falta todavía en el platillo de la balanza? ¿Puede efectuarse el balance de la culpa? ¿Cómo?

Guerra mortal de odio y destrucción. ¿Qué ley es la suya? ¿Es la ley de la Naturaleza, de la Razón, de la Metafísica, de las relaciones y lazos sociales? ¿Es el mantenimiento de los intereses comunes? ¿Dónde está su origen?

¿Quién la ha provocado?

¿Es ésta la Ley del pueblo alemán, del mismo pueblo que ha producido a un Gutenberg, un Goethe, un Kant y un Beethoven? ¿De una nación trabajadora que vive del producto de su trabajo?

¿No puede presentar otro rostro el pueblo alemán ante el Mundo?

¡Bien desfigurado es este rostro! Un joven campesino, hijo de generaciones de cultivadores de la tierra, con manchas rojas en el cuello, el cabello mojado, espuma en los labios, respiración pestilente, ¿no es esto desfiguración? La catástrofe no es sólo militar, la rotura no es sólo de huesos, no son simples espumarajos de tifus en los labios. Pueblo alemán, ¡qué locura tienes que expiar aquí!

Mathias Gimpf murió. Aún no había empezado a vivir.

Su vida había quedado truncada en la nieve de la carretera de Wjasma a Smolensk, y nunca pudo ya olvidar aquella carretera, ni el rostro de un niño que no comprendía por qué, de repente, tenía que hundirse en la nieve, ni cómo era posible que un ser con faz humana le deparase tal suerte. Los grandes ojos del niño se confundieron con los de su madre, y en ambos había la misma pregunta, que había de quedar sin respuesta.

Noche sin luz, pasos en la nieve, pasos aquí y allá.

Él murió y su muerte fue difícil. Una dura lucha. Vómitos y más vómitos, cuando ya no tenía nada que vomitar. Su agonía fue lenta... Murió por partes. La última fase fueron las convulsiones del pie izquierdo. Aquel pie izquierdo congelado, que tanto había preocupado a Gnotke. Y Vilshofen miraba aquel pie; mejor dicho, aquella bota, que un día fue suya y que ahora llevaba puesta el pie muerto de Gimpf.

—¡Tenemos que soportarlo todo, Gnotke! —dijo al cabo de un rato.

La vacía mirada de Gnotke, fija también en aquel pie, se elevó hasta el puente y luego se dirigió a Vilshofen, a su delgada cara de pómulos salientes y nariz aguileña bajo los grandes ojos.

Y entonces empezó una conversación entre uno que ahora se sentía completamente solo y otro que quería salir de la nieve y la confusión, de los errores cometidos y del destino forjado por fuerzas oscuras. Vilshofen tenía que permitir que le dijeran que él, el oficial leal, que siempre había estado en la línea de fuego y que había repartido sus cigarrillos y su pan con los soldados, había sido más pernicioso que el oficial «malo» que sólo había pensado en su propia salvación y en escurrir el bulto del peligro; que ganándose la confianza de los soldados con los que había compartido todas las penalidades, les había conducido, sin embargo, a la mayor de las catástrofes.

Y es sabido que todas las buenas cualidades morales y de disciplina causan un efecto mucho más nocivo cuando su poseedor ejecuta unas órdenes y obedece una ley que no son buenas, sino que constituyen una conspiración de individuos interesados exclusivamente en aumentar su poderío y sus riquezas privadas.

Allí estaba un hombre que durante semanas enteras había llevado consigo a su compañero, le había dado sus propias botas y su comportamiento había sido un ejemplo en una época en la cual en enfermo era abandonado en la nieve, y cuando los hospitales eran presa de las llamas con todos sus ocupantes; él poseía aquella savia de que carecían los demás y, sin embargo, a este hombre, que había pasado por todos los infiernos, le faltaba ahora la voluntad, el firme deseo de continuar.

—Aquí yace Altenhuden —dijo Gnotke—. Ayer dijo todavía que tenía que arreglar la puerta del patio de su casa, porque los goznes estaban enmohecidos. Y allí está Schiele; tiene solamente una hija y a nadie más; me dijo que tenía que pedir dinero al Banco para salvar la granja para su hija. Allí están ellos, y yo, como antiguo combatiente de las SA, también tengo mi parte de culpa en su destino y en el de Gimpf. ¡Aquí estoy y aquí me quedo! ¡Ya tengo bastante!

Los prisioneros estuvieron pasando por el puente desde el mediodía hasta la noche. La niebla había descendido a los barrancos de los que había subido por la mañana. El cielo poblado de estrellas se arqueaba sobre el campo de nieve. Por el puente continuaba la riada humana. Cuando una mirada perdida se fijó en las figuras inmóviles del fondo del barranco, lo hizo casi sin darse cuenta. Para los ojos del soldado ruso eran cadáveres.

—Gnotke —llamó Vilshofen.

Gnotke levantó la cabeza y escuchó. Comprendió que el hombre que le hablaba se hallaba tan abatido y agotado como él, por sus pensamientos. Si aquel hombre hubiese hablado quince días antes, un capitán Dollwang, un teniente Latte y unos soldados, Liebisch, Fell, Liebsch, Kalbach, Tunnes y cien más, vivirían aún. Si en aquella fecha hubiera hablado como ahora, todo un regimiento de tanques le habría escuchado y actuado tal vez. Ahora, Gnotke escuchó y era verdad lo que oyó. Él mismo lo había dicho: había que vivir en cualesquiera que fuesen las circunstancias. ¿Y qué valor tenía él —Gnotke— para que Vilshofen se le quisiese llevar a toda costa?

—Aquí está Altenhuden y allí Schiele —esta vez era Vilshofen quien hablaba—. ¡Hay tantas puertas rotas y tantos goznes enmohecidos! Toda Alemania es un cacharro roto. ¡Hay tantas personas sin padres y sin domicilio! ¡Hay tanto que reparar! ¿No cree usted, Gnotke, que se necesitan todas las cabezas y todas las manos?

—Ya lo creo; pero ahora tengo que decirle de una vez que yo procedo del batallón disciplinario, es decir, de los elementos más bajos, mi coronel...

—Y yo procedo del cuartel general del ejército, donde la culpa es mayor que la de cualquier soldado del batallón disciplinario.

—¿Se refiere a la culpa por la batalla perdida, mi coronel?

—He reflexionado mucho durante las noches de Stalingrado, sobre muchas más cosas que la catástrofe militar y ahora no me refiero solamente a ello; cuando hablo ahora de culpa me refiero al engaño de nuestro pueblo, hoy amenazado de muerte. ¡Hay mucho que arreglar allí!

—Así, pues, el señor coronel estará pensando ya en la próxima guerra.

—No, Gnotke; las armas son demasiado mortíferas y, además, van siempre mal dirigidas. Más que en el exterior, el mal está en nuestro propio país. Por eso creo que tenemos que arreglar las cosas, no de Europa, sino de nuestra propia casa. Todos deben gozar del derecho a respirar libremente, a ser dueños y señores de su hogar, a conservar y consumir lo que producen con su trabajo. Éste es el nuevo orden que hemos de crear!

—Sí, eso es lo que se decía entonces.

—¡Dios mío! Todas las imágenes están falseadas, todas las palabras torcidas, todas las fuentes agotadas. Ya no hay fe, no queda nada. No quedan más que escombros.

Era una conversación entre un general y un soldado en una hora extraordinaria. Dos helados rostros de muertos y un tercer cadáver retorcido en

su agonía eran los mudos testigos de aquella escena, bajo la niebla que flotaba sobre sus cabezas, mientras aquel antaño soberbio y arrogante ejército, marchaba camino de su expiación por el puente de Stalingrado. El cielo parecía más alto que nunca, frío y lleno de relucientes estrellas. La muerte imperaba en el aire. Era el cuadro típico de un teatro de guerra en el momento en que comienza a caer el telón.

Dos rostros: el general y el sepulturero. Ya no son ni general ni sepulturero, sino dos derrotados. ¿Cómo podían entenderse? Había habido batalla y destrucción. Si la batalla no era necesaria, sino un crimen, ¿qué valor podía tener el derrumbamiento? Un vaso enorme rebosante de lágrimas volcado en la nieve. Y nada sobrevivirá... El derrotado no se entenderá jamás con su compañero de fatigas para empezar una cruzada como la anterior, ¡que no había sido más que una marcha a través de la sangre de muchos pueblos y la crucifixión del propio pueblo!

—Hombre, Gnotke, después de este abandonado campo de batalla y de esta guerra perdida, habrá nuevos campos de lucha.

—¡Yo ya estoy harto de esto!

—¡Yo también!

—No sé cómo podemos entendernos, mi coronel.

—Y precisamente eso es lo que debemos saber.

Éste era el problema que ambos hombres debían aclarar bajo aquel telón que caía. No era el final de la tragedia, sino el final de un acto.

## LI

## HUELLAS EN LA NIEVE

A través de la nieve y el gran silencio, aquella multitud se movía. Desde Stalingrado-Centro pasó por el aeródromo, la «balka» de Krutaja y las llanuras de la estepa, cruzó la vía del ferrocarril y siguió a lo largo de ella hasta Gumrak, continuando por la estepa del Don en dirección a Kotluban; desde Stalingrado-Norte pasó por Gorodischtsche y Alexandrowka y desembocó también en la estepa del Don, también en dirección a Kotluban, donde una región libre de las huellas de la guerra y un ferrocarril en normal funcionamiento acogieron a los prisioneros.

Los gorriones cantaban por la nieve, en el silencio de los pueblos abandonados. Sobre la estepa volaban los cuervos que se cebaban en los destrozados cadáveres de los combatientes y con vuelo pesado seguían a la lenta caravana de hombres que andaban con paso vacilante.

Recorrían un trayecto jalonado por montones de huesos de caballos; y sucedió que en la niebla surgieron algunos hombres, envueltos en destrozados capotes alemanes. Estaban de pie y contemplaban con ojos desorbitados y febriles el largo cortejo de los prisioneros. Éstos apenas alzaban la vista; pero alguien los llamó invitándoles a unirse a la columna. Mas ellos contestaron con hueca voz que «defendían la posición», desapareciendo de nuevo entre la niebla.

Y siempre adelante, al paso lento de un kilómetro por hora.

En el horizonte se divisó un poblado en la estepa; pero, cuando se acercaron, resultó ser un inmenso cementerio de camiones, coches y autobuses. Un hombre se apoyó en uno de los vehículos inmóviles y otro se dejó caer bajo las ruedas de otro coche, para no levantarse más. Nadie hizo caso de ellos. La carretera descendió a un barranco convertido en tumba de cañones, morteros y tanques y morada de centenares de cuervos. La columna pasó por Gumrak, cerca de la estación y junto a los vagones cargados de cadáveres congelados. Bajo la nieve endurecida se podían leer aún inscripciones como éstas: «Deutsche Reichsbahn-Hannover», «France», «Belgique», «Rsecspolita Polska», «Eesti», «Magyarország», «Hellenike Demokratia», «Yugoslavia».

El pie envuelto en harapos no temblaba siquiera al pisar sobre un cadáver;

ni el gigantesco cementerio de coches recordaba a nadie el avance triunfal; ni la tumba de «panzers» del barranco evocaba el ejército victorioso, ni los vagones llenos de cadáveres con letreros de todos los países despertaron la idea del cementerio de pueblos que aquel ejército había dejado detrás de sí, ni del imperio que de este modo pensaban erigir.

Hubo alguien, sin embargo, que aún fue capaz de coordinar sus ideas. Cuando el comandante Holmers pasó junto a los vagones y descifró las letras blancas «Eesti» y «Romanía», pensó que una vez aquellos vagones habían llevado a Hamburgo petróleo, plomo, maíz y pasas. Cuando el comandante médico Simmering pasó junto a la sala de la estación y vio cerca un montón de brazos y piernas cortados, y numerosos cadáveres sin piernas ni brazos, se volvió bruscamente. El capitán médico Huth, que marchaba a su lado, tradujo sus pensamientos en palabras:

—Ayudar al prójimo no siempre resulta una buena acción.

«Cuando se ayuda a cometer un crimen toda acción buena se convierte en crimen», pensó Simmering.

El comandante Buchner alzó la vista y vio los restos de los antiaéreos de 8,8 cm. sobre la vía férrea y a su lado cadáveres y cajas de munición. Y pensó:

«¡La única solución habría sido encañonar esos antiaéreos hacia el cuartel general de locos! Así se habría abreviado la matanza.»

Muy pocos eran, sin embargo, los hombres capaces de pensar. Pero entre ellos, el pequeño teniente Lawkow pensó, al pasar al sur de Stalingradski, por una zona donde había «bunkers» llenos de restos de cajones de víveres volados con dinamita, en lo útiles que les habrían sido a ellos mismos, ahora, aquellos víveres con tanta precipitación destruidos.

Y el soldado Widomec se acordó otra vez de los griegos, de los ucranianos, de los polacos y eslovacos famélicos, y pensaba: «Bien decía yo que a nosotros también nos tocaría algún día pasarlo así. Y este día ha llegado».

La masa humana continuaba andando siempre a razón de un kilómetro por hora. Era como si, con el último estampido de los cañones se hubiese perdido también el alma y como si aquel silencio fuera el de un cementerio. Los hombres pisaban, apáticos, la nieve, con los pies o los dedos helados, con sus rostros mordidos por el frío, algunos sin orejas, otros sin nariz...

Aquella riada gris llegó hasta la llanura del Don y siguió la vía férrea hasta Kotluban. Por fin llegaron a un pueblo donde hallaron vagones que los acogieron. Y continuaron su viaje en tren. Los excrementos teñidos de sangre que caían de los retretes del tren delataban al terrible huésped que acompañaba a aquella masa enferma.

Como un buque infectado por la peste, este tren fue dejando un reguero de muertos de disentería, tifus, agotamiento o a resultas de las heridas sufridas. Estos muertos no cuentan. Sus nombres están escritos en la nieve. También cuarenta y dos médicos y enfermeros rusos, que acompañaron a aquella triste expedición perecieron víctimas del contagio.

Un pueblo engañado y desmandado que salta todas las barreras en su desatino, siguiendo la bandera desplegada de la demencia, extendiéndose sobre el mapa de Europa por valles y bosques, campos y mares y en aquella empresa concita la hostilidad de los demás hombres y es él mismo el que queda convertido en polvo, reducido a cenizas.

Este pueblo, en su profunda noche, debe ser conducido al amanecer de un nuevo día; su voz no debe apagarse en el concierto de las voces de la totalidad de los pueblos, ni sus colores deben quedar al margen del arco iris del conjunto de las naciones todas. Alemania debe sobrevivir a este hundimiento. Para ello es preciso que todos los hombres de buena voluntad se den la mano y encuentren el camino común que habrán de recorrer. Esto era lo que tenían que discutir los dos hombres de la «balka» de Krutaja, y sobre lo cual tan difícil les parecía entenderse, a pesar de hablar el mismo idioma. ¡Tan profundo era el abismo que les separaba y su fe tan poca!

El viento sopló por los desiertos de nieve: un viento helado. El sol brillaba en lo alto sobre las tierras de Pamir y el lago de Balcha, sobre el lago Aral y el río Volga. Era un primer viento de primavera. Sopló alegre sobre las ruinas y las paredes hundidas de Stalingrado, y luego sobre aquel campo cortado por zanjas, trincheras y alambradas o cubierto por restos de «panzers», cañones y tumbas. El cielo estaba en calma. No se oía ya el ruido de los motores de aviación, ni se veían los surtidores de humo y tierra. Nada. Nada más que el silbido del viento. Tierra vacía desde Stalingrado-Centro, pasando por Gumrak y los pueblos de la estepa del Don. Una ancha pista abierta por las pisadas de muchos pies. La línea fatal de un pueblo, de una ideología.

Allí estaban también la «balka» de Krutaja, con tres cadáveres que yacían bajo un montón de nieve y unas huellas que se encaminaban hacia arriba y cruzaban el campo nevado, uniéndose y perdiéndose en la ancha pista.

Eran las huellas de dos hombres que marchaban juntos.

## ÍNDICE

I. LA «ESCORIA».....	5
II. EL CORONEL DE TANQUES.....	11
III. EL ATAQUE.....	15
IV. EL CERCO.....	20
V. EL PUENTE SOBRE EL DON.....	26
VI. POSICIÓN «ERIZO».....	34
VII. OTORWANOWKA, HOSPITAL DE SANGRE.....	39
VIII. NAVIDAD EN STALINGRADO.....	45
IX. «...EN POS DE UNA LUNA ROJA».....	54
X. «AL JEFE SUPREMO DEL SEXTO EJÉRCITO...».....	62
XI. TRESCIENTOS TREINTA MIL HOMBRES.....	70
XII. LAS TUMBAS DE LOS ESCITAS.....	78
XIII. LLORE USTED, LLORE.....	90
XIV. MISIÓN ESPECIAL.....	95
XV. «VIOLETA Y GIRASOL».....	101
XVI. ¡NUESTRO «VIEJO» SE HA VUELTO LOCO!.....	106
XVII. LOS HOMBRES DE LA LÍNEA «VIOLETA».....	116
XVIII. PÁNICO EN PITOMNIK.....	122
XIX. EL CAPELLÁN KALSER.....	126
XX. EN AQUELLA MISMA HORA.....	131
XXI. «POSICIÓN HARTMANN».....	140
XXII. EL CAPITÁN TOMÁS BUSCA AL CORONEL SCHWANDT.....	142
XXIII. AL COMANDANTE CAJERO LE COMEN LA MERMELADA.....	152
XXIV. ATAQUE GENERAL.....	158



XXV.	GRUPO DE CHOQUE, PRIMERA LINEA: ¡CUERPO A CUERPO!.....	166
XXVI.	DURANTE LA NOCHE DEL VEINTIDÓS AL VEINTITRÉS DE ENERO... .....	172
XXVII.	EL COMANDANTE CAJERO PIERDE A SU SARGENTO KULICKE...177	177
XXVIII.	ORDEN DEL ALTO MANDO EN BERLÍN: »NI UN PASO ATRÁS«.....	182
XXIX.	CAMINO DE STALINGRADO.....	189
XXX.	EL «MURO DE LOS TÁRTAROS».....	192
XXXI.	EL COMANDANTE HOLMERS RENIEGA DE SU TRADICIÓN FAMILIAR.....	197
XXXII.	«CAPITULACIÓN EXCLUIDA».....	205
XXXIII.	BAJO LA MISMA NIEVE.....	209
XXXIV.	UN CORONEL SE SUICIDA Y LA 297. <sup>a</sup> DIVISIÓN SE RINDE.....	214
XXXV.	SOLEMNES FUNERALES.....	219
XXXVI.	EL COMANDANTE MÉDICO SIMMERING MARCHA AL FRENTE DE SU COLUMNA DE HERIDOS.....	224
XXXVII.	HACIA LA COMANDANCIA.....	230
XXXVIII.	CENA DE HÉROES.....	238
XXXIX.	LA DECISIÓN DEL GENERAL DE GUMRAK.....	243
XL.	EL TREMENDO ALEGATO DE VILSHOFEN: «SEÑORES, ¡A VIVIR!» .....	249
XLI.	¡EL ULTIMO PRUSIANO!.....	260
XLII.	LA DIVISIÓN DE «PANZERS» CAPITULA.....	263
XLIII.	«CAMINANTE, CUANDO LLEGUES A ESPARTA...».....	266
XLIV.	CUARTEL GENERAL DEL EJÉRCITO: «JEFE SUPREMO».....	272
XLV.	EL CORONEL CARRAS RENUNCIA A SU «MISIÓN ESPECIAL».....	278
XLVI.	EL PASILLO TRÁGICO.....	284
XLVII.	EL HUÉSPED HA LLEGADO.....	292
XLVIII.	LA SOLUCIÓN AL DILEMA.....	297
XLIX.	EL «MACHORKA».....	302
L.	EL PUENTE DE KRUTAJA.....	306
LI.	HUELLAS EN LA NIEVE.....	315